

SERMONES
ABREVIADOS
PARA TODAS LAS
DOMINICAS DEL AÑO

DE

S. ALFONSO M. DE LIGORIO,
traducidos del italiano al español

POR

D. F^{*} F^{***},**

Ex-catedrático de Teología y de Literatura, Examinador sinodal y Censor de las obras
que tratan de Moral y de Religión de Madrid.

Segunda Edición,

AUMENTADA CON
SERMONES ACERCA DE DIVERSAS MATERIAS
POR EL MISMO SANTO AUTOR.

TOMO I.

CONFIDENCIA.

PONS Y C.^a LIBREROS EDITORES.

MADRID,

Calle de Capellanes, núm.º 7.

BARCELONA.

Calle de Copons, n.º 2.

1847.

OBJETO DE ESTA OBRA.

No le damos el título de *Dominical*, ó *Anual*, sino el de *Sermones abreviados para todas las Dominicas del año*. Decimos *abreviados*, porque aunque contienen suficientes materiales para cada sermón; sin embargo, los sentimientos que encierran, no se escriben con estension, sino con brevedad, aunque no con tanta, que no pueda comprender el lector toda la sustancia que hay en ellos: y esto da á esta obra la ventaja de que puede servir de lectura espiritual. De intento nos hemos abstenido de dar á cada asunto la estension que parecia exigir, con el fin de que el compositor pueda estenderle por sí mismo, del modo que mejor le parezca. Porque difícilmente el orador pronunciará con calor los sentimientos de su sermón, si de antemano no los ha hecho propios: y por esto hemos compendiado las ideas, dejándole

la libertad de estenderlas y ampliarlas á su gusto , apropiándose las de esta manera.

Hemos sembrado muchas sentencias de las santas Escrituras y de los Santos Padres , y una multitud de reflexiones , quizá mas numerosas de lo que conviene á cada sermon , con el fin de que el lector elija de ellas las que mejor le parecieren. Tambien hemos procurado espresarlas con estilo sencillo y fácil , como lo exige el bien de las almas cuando se les anuncia la palabra divina.

ADVERTENCIA

Á LOS PREDICADORES.

1. Si el predicador quiere que sus sermones produzcan frutos abundantes, debe ante todas cosas proponerse por fin de sus afanes, no conseguir una vana gloria, y unos honores mundanales que no son mas que viento; sino conquistar almas para el cielo. Es pues necesario, que aquel que se dedica á la alta mision de embajador de Dios, le suplique con fervor, que le inflame y abraze con su santo amor, á fin de que sus sermones produzcan los mas felices resultados. Preguntado al venerable P. Juan de Avila, cual era el requisito mas necesario para predicar bien, respondió: *Amar mucho á Jesucristo*. Y en efecto se ha visto muchas veces, que mas fruto han conseguido con un solo sermón los predicadores que estaban abrasados del amor de Jesucristo, que otros con muchos.

2. Santo Tomás de Villanueva decia, que las palabras del predicador deben ser saetas de fuego que penetren é inflamen á los oyentes en el divino amor. Pero ¿como pueden inflamar los corazones (añade) aquellos sermones, por bien escritos que estén, que salen de un monte de nieve, esto es, de un corazon que no está inflamado del amor de Dios? San Francisco de Sales escribe, «que la lengua habla al oido, y el corazon á los corazones:» quiere decir que cuando los sentimientos no nacen del corazon del predicador, dificilmente inclinarán los corazones de los oyentes al divino amor. Conviene pues que esté inflamado el predicador, si quiere inflamar á los demás: *Lampades ejus, lampades ignis atque flammorum*. (Cant. 8. 6.) Primeramente necesita ser fuego para arder, y despues ser llama para abrasar á los demás. S. Bernardo esplicaba este pensamiento con otras palabras, diciendo: que es necesario sea primero *receptáculo*, y despues *acueducto*. *Receptáculo*, para recibir y

conservar el amor divino: *acueducto*, para comunicarle desde su corazón á los de los oyentes. ¿Como pues le comunicará el que no le tiene?

3. Tratemos ahora del asunto de los sermones. Deben elegirse aquellos que mueven mas al aborrecimiento del pecado y al amor de Dios. Por esto debe hablarse con frecuencia de la Muerte, del Juicio, del Infierno, de la Gloria y de la Eternidad, segun el consejo del Espíritu Santo: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis. (Eccl. 7. 40.)* Acuérdate de tus *novisimos*, y no pecarás jamás. Es útil especialmente recordar á menudo la memoria de la Muerte, predicando mas sermones al año, hablando ya de la incertidumbre de ella, con la cual acaban todos los placeres y trabajos de este mundo; ya de la incertidumbre del dia en que ha de venir: ya de la muerte infeliz del pecador; ya de la muerte feliz del justo.

4. Procúrese tambien hablar á menudo del amor que nos tiene Jesucristo, y del que nosotros debemos tenerle; y de la confianza que debemos tener en su misericordia siempre que queramos enmendarnos. Hay algunos predicadores que parece que no saben hablar de otra cosa que de la justicia divina, de terrores, amenazas y castigos. No hay duda que los sermones que espantan á los oyentes consiguen en efecto despertar á los pecadores del sueño del pecado: pero conviene persuadirse tambien, que la vida de aquel que se abstiene del pecado solamente por el temor del castigo, dificilmente persevera largo tiempo en el bien. El lazo de oro que une las almas á Dios, y las hace constantes, superiores á las tentaciones, y amantes de la virtud, es el amor. Por eso decia S. Agustin: *Ama, et fac quod vis.* Ama y haz lo que quieras. El que ama á Dios verdaderamente, evita ofenderle y procura darle gusto en todas sus obras. Y aquí debemos recordar aquellas palabras de San Francisco de Sales: *El amor que no nace de la pasion de Jesucristo, es débil.* Con ellas nos da á entender el Santo, que la pasion del Señor es lo que mas nos mueve á amarle.

5. Tambien es muy útil para conseguir esto, hablar á menudo á los pecadores de la confianza que debemos te-

ner en Jesucristo, si queremos abandonar la sènda del pecado: *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum.* (Psalm. 118. 32.) Cuando el corazon tiene confianza en Dios, corre fácilmente por los caminos del Señor. Igualmente debemos hablarles de lo que podemos confiar en la intercesion de la santisima Madre de Dios, y procurar comunicarlles continuamente la devocion á la Virgen, además de los sermones que se les prediquen anualmente en sus principales festividades, como la Anunciacion, la Asuncion, el Patrocinio, los Dolores, etc. Algunos predicadores observan la costumbre laudable de no dejar de decir alguna cosa en ninguno de sus sermones en alabanza de María, ó contando algun ejemplo acerca de las gracias hechas á sus siervos, ó de algun obsequio practicado por sus devotos, ó de las plegarias que debemos hacerle.

6. Debemos tambien procurar hablarles con frecuencia acerca de los medios que hay para conservarse en amistad y gracia de Dios; por ejemplo, evitar las ocasiones peligrosas, y las malas compañías; frecuentar los sacramentos, y especialmente encomendarse á Dios y á su purísima Madre, con el fin de obtener la gracia que necesitamos para conseguir la salud espiritual, y especialmente el don de la perseverancia, y del amor de Jesucristo, sin el cual no podemos salvarnos.

7. Procure además el predicador hablar á menudo en sus sermones contra las malas confesiones que se hacen, por callar pecados por vergüenza. Este es un mal bastante frecuente, especialmente en los pueblos pequeños, y que conduce muchas almas al infierno. Contribuye mucho á evitar este mal, contar de vez en cuando algunos ejemplos de almas que se condenaron por haber callado pecados en la confesion.

8. Hablemos ahora brevemente de las partes que tiene un sermon, que son nueve, á saber: *exordio, proposicion, division, introduccion, pruebas, confutacion, amplificacion, peroracion, ó conclusion, epílogo, y movimiento de los afectos.* Estas nueve partes se reducen á tres principales: 1.^a al exordio: 2.^a á las pruebas á las cuales van unidas la introduc-

cion que las precede, y la confutacion de las objeciones contrarias que las sigue: 3.^a á la peroracion ó conclusion, á la cual va unido el epílogo, la moralidad, y la mocion de los afectos, ó sea la parte patética.

9. Al exordio asignan los retóricos siete partes; introduccion, proposicion general, confirmacion, repeticion, complemento, proposicion particular y division. Pero comúnmente hablando, las partes sustanciales del exordio son tres. Proposicion general ó del asunto. Complemento ó enlace que la une á la proposicion particular. Proposicion particular ó principal del sermón á la que va unida la division de los puntos ó partes del sermón. Porejemplo: 1.^o *Es necesario salvarse, porque no hay medio entre la salvacion y la condenacion.* Esta es la proposicion general. 2.^o *Para salvarse es necesario tener una buena muerte.* Este es el complemento ó enlace. 3.^o *Pero es muy difícil tener buena muerte, despues de haber tenido mala vida.* Esta es la proposicion particular ó sea la principal del sermón; la cual debe ser clara, breve y fácil, y al mismo tiempo única: de otro modo, esto es, si en la proposicion no se guardase unidad, el sermón no seria uno solo, sino muchos. Y por lo mismo los puntos en que se divide el sermón, deben todos conspirar á probar una sola proposicion. Ejemplo. *El hombre que ha contraido malos hábitos, difícilmente se salva; porque los malos hábitos 1.^o ciegan el espíritu: 2.^o endurecen el corazon.* Estos serán los dos puntos del sermón. Ellos deben ser cortos y pocos; dos ó tres cuando mas. Á veces basta uno solo. Ejemplo. *El pecado mortal es un gran crimen, porque es una ofensa grave contra Dios. Otro. El que abusa demasiado de la misericordia de Dios, será abandonado por él.*

10. Hablando ahora del cuerpo del sermón, y en primer lugar de las pruebas, debemos decir, que han de ser un silogismo perfecto, sin que parezca que lo es. Para esto débese probar la mayor antes de pasar á la menor, y ésta antes de pasar á la consecuencia. Esto sucede cuando la mayor ó la menor necesita probarse: porque cuando son cosas claras y ciertas, basta amplificarlas sin necesidad de probarlas.

Á LOS PREDICADORES.

11. En cuanto al orden de las pruebas, se acostumbra hacer uso en primer lugar de la autoridad de las Escrituras y de los santos Padres: despues vienen las razones, las comparaciones y los ejemplos. Los textos de las Escrituras deben pronunciarse con mucha gravedad. Es mejor no citar sino uno ó dos, y desenvolverlos bien, que hacinar muchos sin comentarlos. Las sentencias de los Padres deben ser pocas y breves, procurar elegir las mas cortas, y que contengan bellas ideas y sentimientos. Despues se aducen las razones, acerca de las cnales dicen algunos que primero deben esponderse las menos fnertes, y despues las mas poderosas. Pero yo jnzgo que es mejor aducir primero alguna fuerte, en medio las mas débiles, y al fin las mas poderosas. Porque hacer uso al principio de las débiles, puede causar en la mente de los oyentes mal efecto. Despues de las razones vienen los ejemplos y las comparaciones. Se ha dicho que debe observarse este orden *ordinariamente hablando*; pero algunas veces puede convenir invertirlo, y hacer uso en primer lugar de las pruebas que reservábamos para el fin; lo que dejamos al gusto y prudencia del predicador.

12. La transicion de un punto á otro debe tener un enlace natural, evitando pasar de una idea á otra sin enlazarla con facilidad y sencillez. Los modos mas usuales y sencillos son estos: *Pasemos ahora al otro punto*, etc. *Despues que hemos visto*, etc. *Es menester que consideremos tambien*, etc., procurando cnanto sea posible que la última idea del punto ó de la razon que antecede, tenga alguna conexion con la del punto que sigue.

13. En cuanto á la amplificacion de las pruebas debemos distinguir dos especies; la *verbal* que consiste en las palabras, y la *real* que puede hacerse, ó por la *progresion*, por ejemplo: *Es virtud sufrir la tribulacion con paciencia; mayor virtud es todavia desealarla, y mucho mayor regocijarse sufriendola*: ó nace de las circunstancias del sugeto, ó de la comparacion que se hace con otro de igual ó menor importancia, ó valia. Las reflexiones morales se colocan regularmente en la peroracion; y á las veces pueden hacerse

despues de haber aducido alguna prueba fuerte. Y esto sucede especialmente en los sermones de misiones, cuyos oyentes son ordinariamente rudos, en quienes hace mayor impresion la moralidad. Pero jamás debe moralizarse mucho, ni á menudo por incidencia, de manera que se haga fastidioso y lánguido el discurso.

14. Finalmente la peroracion contiene tres partes; el epílogo, las reflexiones morales y la mocion de afectos. El epílogo es una recapitulacion del sermón en la que se repiten compendiosamente las razones mas convincentes y poderosas que se han espuesto, y deben servir como de preámbulo y preparacion á la mocion de afectos que viene despues.

15. Adviértase en cuanto á la moralidad, que regularmente el mayor fruto de un sermón consiste, especialmente cuando se predica al pueblo, en esponerla clara y fervorosamente. Por esto se debe tronar entonces contra los vicios mas comunes, por ejemplo contra el odio, la impudicia, la blasfemia, las ocasiones de pecar, y las malas compañías: clamar contra los padres que permiten á sus hijos conversar con personas de otro sexo, y especialmente contra las madres que dejan entrar en sus casas á los jóvenes á charlar con sus hijas: exhortar á los padres de familia á desterrar de sus casas los malos libros, en particular los romances y novelas, que comunican un veneno oculto que corrompe á la juventud; y hablar contra los juegos de azar que son la ruina de las familias y de las almas.

16. En suma, el predicador debe procurar siempre que pueda, insinuar en sus sermones los remedios para abstenerse de los vicios, y los medios para perseverar en la buena vida, como son, evitar las ocasiones de pecar, y las malas compañías; violentarse en los movimientos de cólera para no prorumpir en palabras injuriosas, y aconsejar á los oyentes que para evitar la maldicion ó la blasfemia, pronuncien algunas palabras santas y pacíficas; por ejemplo: *Señor, dadme paciencia. Virgen Santísima, ayudadme, etc.* Aconséjeles oír misa todas las mañanas, leer algun libro espiritual todos los dias, renovar á menudo el propósito de no

ofender á Dios, pedirle el don de la perseverancia, visitar al santísimo Sacramento y á la Virgen María; hacer el exámen de la conciencia todas las noches y actos de contricion; hacer uno de éstos inmediatamente que cometieren algun pecado, y confesarse cuanto antes pudieren. Sobre todo aconséjeles que recurran á Dios y á la Virgen siempre que fueren atacados de alguna tentacion, repitiendo muchas veces los nombres sagrados de Jesus y de María, sin cesar de invocarlos, hasta que la tentacion hubiere cesado. Estos remedios debe repetirlos algunas veces el predicador en el trascurso del sermón, y no debe darle cuidado la crítica que puede hacer algun literato, diciendo que repite las mismas cosas. El que predica, no debe ambicionar las alabanzas de los literatos, sino la voluntad del Señor y el provecho de las almas, y sobre todo el de los pobres ignorantes que le escuchan y que no sacan tanta utilidad de las sentencias y discursos bien razonados, como de estas prácticas fáciles que se repiten para su bien.

17. Los sacerdotes jóvenes deben escribir sus sermones antes de predicar, y aprenderlos bien de memoria. La improvisacion solamente conviene á los que con el largo ejercicio de la predicacion han adquirido cierta facilidad de hablar, y cuando sus discursos son ya naturales y familiares. Pero esponerse á improvisar sin tener una larga práctica del púlpito, seria esponerse al peligro de cortarse y confundirse. El estilo de los jóvenes no debe ser florido, ni hinchado, ni metafísico, ni notable por sus períodos sonoros y estudiados. El célebre literato Luis Muratori en su precioso tratado de la *Elocuencia popular*, dice, que todos los sermones que se pronuncian en presencia de un auditorio compuesto de sabios y de ignorantes, deben ser no solamente familiares, sino populares, esto es, de estilo fácil y sencillo para que los entienda el pueblo; pero debe evitarse en ellos igualmente el estilo hinchado y el bajo que desdican del púlpito. *El pueblo*, dice, *se compone ordinariamente de ignorantes: si le habláis de doctrinas abstractas, y os valeis de palabras y frases metafísicas; qué provecho podrá sacar un auditorio que no os entiende? Por lo mismo no debeis imitar á aque-*

llos que en lugar de acomodarse á la rudeza de la multitud, parece que hablan solamente á los literatos, como si se desdieran de dirigir la palabra á los idiotas que tienen igual derecho que los sabios á oír la palabra de Dios. Y el deber de todo predicador cristiano es hablar á cada oyente en particular, como si no hubiere otros que le escucharen. El que usando un estilo sublime no cuida de que todos le entiendan, falta a la intencion de Dios y á su obligacion, y no satisface la necesidad de la mayoría de sus oyentes. Por esto el concilio de Trento manda á todos los párrocos que arreglen sus sermones á la capacidad de los oyentes. Los arciprestes y los párrocos por si mismos, ó valiéndose de otros ministros idóneos, apacienten espiritualmente á los feligreses que les están confiados con pláticas y sermones acomodados á su capacidad. (Ses. v. cap. 1. de Reform.)

18. Decia S. Francisco de Sales, que las palabras escogidas y los períodos sonoros son la peste de los sermones: y la principal razon de esto es, porque los sermones floridos regularmente no los dicta el espíritu de Dios, sino el amor propio. Podrán agradar sin duda á los doctos, pero no convienen á los ignorantes, que son los que suelen componer la mayor parte del auditorio. Al contrario, los sermones hechos en estilo familiar, gustan á los ignorantes y á los doctos. Muratori añade, que cuando se habla solamente á la plebe, ó á la gente aldeana, debe usarse un estilo mas humilde y popular para acomodarse á su entendimiento rudo y limitado. El predicador entonces debe figurarse que es uno de ellos, y que va á persuadir una cosa á sus compañeros. Por esto los períodos de los sermones que se predicán al pueblo deben ser concisos y claros, de manera que el que no hubiese comprendido el primer sentido, comprenda el segundo: y no lo acierta el que pronuncia un discurso seguido con poca claridad. Porque en tal caso el que no entendió el período primero, no entenderá el segundo ni el tercero.

19. Muratori advierte tambien, que cuando se predica al pueblo, conviene mucho usar la figura *subjecion*, ó *hipóbole*, que es cuando el mismo que habla se pregunta y se res-

ponde. Ejemplo. *Decidme ; porqué reinciden en los mismos pecados que confiesan tantos pecadores ? Os lo diré : porque no evitan la ocasion.* Tambien conviene encargar á menudo á los oyentes que presten atencion á lo que se les dice, en especial cuando el asunto lo exige. Se les dice, por ejemplo : *Estad atentos á lo que voy á decir.* No es menos interesante hacer en el sermon algunas exclamaciones devotas , como esta : *¡ Buen Dios ! Vos habeis venido espresamente para salvarnos ; y nosotros huimos de vos para condenarnos !* Conviene igualmente repetir con gravedad alguna máxima fuerte y evidente. v. gr. *No hay remedio ; debemos morir presto ó tarde : presto ó tarde hemos de morir.* Ó esta : *Hermanos mios , es cierto que despues de esta vida hemos de ser , ó eternamente felices ó eternamente desgraciados.*

20. No me estiando mas sobre este punto importantísimo, punto que por precision le he tratado mas estensamente en una carta apologética que he dado á luz, en respuesta á un religioso que me vituperaba porque aplaudia los sermones predicados fácil y popularmente. Allí espongo brevemente lo que sobre este punto dice el célebre Muratori, y luego añado lo que escriben los santos Padres sobre la misma materia. He colocado dicha carta en este libro, y ruego á mis lectores que la lean.

21. Tampoco quiero dejar de decir algo sobre la modulacion de la voz, y del gesto que debe usarse en los sermones. En cuanto á la voz debe el predicador evitar el hablar con voz ronca, alta, ó monótona. Lo que mueve y concilia la atencion de los oyentes, es hablarles, ora con voz fuerte, ora mediana, ora baja, segun exige el sentimiento que se espresa: hacer ya una exclamacion, ya una pausa, y luego volver á comenzar con un suspiro. Esta variedad de voces y de maneras mantiene atento al auditorio.

22. En cuanto al gesto debe evitarse que sea afectado, uniforme, ó demasiado impetuoso, lo mismo que la agitacion escesiva del cuerpo. Los brazos deben moverse con cierta moderacion. La mano diestra ha de accionar mas que la izquierda, y ninguna debe alzarse á mayor altura que la cabeza, ni estenderse desmedidamente hácia los lados,

sino delante del pecho. El predicador debe pronunciar el exordio colocado en medio del púlpito sin moverse hácia los lados, y sin accionar en el primer período. Solamente en el segundo comenzará á mover la mano diestra, teniendo la siniestra apoyada en el pecho ó sobre el borde del púlpito. Absténgase de tener los brazos apoyados en los costados, y de elevarlos en forma de cruz, ó llevarlos detrás de la espalda. Herir una mano con otra, ó golpear con ellas el borde del púlpito, puede ser disimulable raras veces. El movimiento de la cabeza debe corresponder al de la mano, volviéndola hácia donde ésta dirige la accion. Es un defecto torcerla ó agitarla demasiado, tenerla siempre alzada, ó siempre caída, ó apoyada sobre el pecho. Los ojos deben acompañar el movimiento de la cabeza; y es defecto tenerlos cerrados, ó mirar siempre al suelo, ó fijarlos siempre en una parte, como tambien pasarse el orador bruscamente desde un lado del púlpito al otro. Ordinariamente debe hablar estando colocado en medio, para que le puedan ver de todas partes: pero conviene que de cuando en cuando se vuelva, ya á la diestra, ya á la siniestra, sin volver la espalda á ningun lado. Con respecto al tiempo que debe durar el sermon, digo que en la cuaresma no ha de pasar de una hora, y en los restantes dias del año, de media.

CARTA DIRIGIDA POR EL AUTOR Á UN RELIGIOSO AMIGO SUYO, EN LA QUE SE TRATA DEL MODO DE PREDICAR CON APOSTÓLICA SENCILLEZ, EVITANDO EL ESTILO FLORIDO É HINCHADO (*).

Viva Jesus, María y José.

1. Recibí su apreciable carta, en la cual, refiriéndose á lo que escribí en mi obra de la *Selva para los ejercicios de los sacerdotes*, á saber: que todos los sermones que se predicán en el templo, cuyo auditorio se compone de sabios é ignorantes, deben ser por un estilo sencillo y popular, me dice V. R. que mi aserto ha sido criticado por cierto literato, fundándose en que el orador sagrado debe efectivamente predicar con claridad y distincion, pero evitando el estilo popular, porque desdice del decoro del púlpito y envilece la palabra de Dios. Mucho he estrañado semejante proposicion, y hablando con amistosa sinceridad, ha llegado á escandalizarme lo que añade V. R., esto es, que le parecia un tanto razonable la mencionada crítica, puesto que todo sermon debe contener los requisitos de un discurso; y es indudable que uno de ellos es el procurar deleitar al oyente, por lo cual, componiéndose el auditorio de hombres ignorantes, y de literatos, y constituyendo los últimos la parte mas respetable, conviende hablar de modo que éstos encuentren tambien su aliciente, y no les fastidie la empalagosa sencillez del estilo popular.

2. Para decir con toda franqueza en este punto cual es mi opinion, y la de todos los hombres doctos y piadosos, y para desvanecer todas las objeciones, permítaseme repetir muchas de las especies que apunté en la indicada *Selva*. Tomemos el asunto desde su origen. Es indudable que por medio de la predicacion se logró que el mundo abjurase el paganismo, convirtiéndose á la fe de Jesucristo: *Quomodo autem*, dice san Pablo, *audient sine prædicante? Ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi.* (Rom. 10, 14 et 17.) Tenemos por lo tanto que habiéndose propagado la fe por la predicacion, por la misma se conserva, y por la misma se mueven los cristianos á vivir segun las máximas del Evangelio: no les basta saber lo que deben practicar para salvarse, necesitan á mayor abundamiento oír la divina palabra, para renovar la memoria de las verdades eternas, y de sus obligaciones, á fin de abrazar

(*) Esta carta, únicamente, es traduccion del licenciado D. Francisco Clamunt.

los medios oportunos para conseguir la salvacion. Por esto S. Pablo previene á Timoteo, que no deje de advertir é instar continuamente á sus ovejas por medio de los sermones: *Prædica verbum, insta opportune, importune, argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina.* (2 Tim. 4, 2.) Ya anteriormente lo habia mandado Dios al profeta Isaías: *Clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum.* (Isai. 58, 1.) Igualmente habia dicho á Jeremias: *Ecce dedi verba mea in ore tuo; ecce constitui te hodie super gentes et super regna, ut evellas et destruas, etc.* (Jerem. 1, 9.) Lo mismo prescribió el Señor á los apóstoles y en persona de éstos á todos los sacerdotes destinados al ministerio de predicar: *Euntes ergo docete omnes gentes.... servare omnia quæcumque mandavi vobis.* (Mat. 28, 18 et 20.) Si un pecador se condena por faltarle quien le intine la divina palabra, Dios pedirá cuenta de ello á los ministros del Evangelio, que han prescindido de anunciársela pudiendo hacerlo. *Si dicente me ad impium: Mor-te morieris, non annuntiaveris ei... ipse impius in iniquitate sua morietur, sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* (Ezechiel 3, 18.)

3. Pasemos al asunto. Mi proposicion es la siguiente. Prescindiendo de las oraciones fúnebres y de los panegiricos, bien que de éstos tambien diré algo mas adelante, los sermones doben predicarse en estilo sencillo y popular. Esta opinion no soy yo el único en defenderla: la sigue tambien el célebre Luis Muratori, que segun el público concepto pasa por otro de los primeros literatos de nuestro siglo; ni puede objetársele que reprobase la sublimidad y elegancia en el estilo por ser poco inteligente en este punto, pues es bien sabido, y lo publican bastante sus obras, que reunia un sublime talento y un aventajado conocimiento de la cultura de su idioma. Esto no obstante, en su preciosísima obra de la *Elocuencia popular*, que corre en manos de todos, sienta y prueba con maestría la indicada proposicion.

4. En apoyo de la misma, vendrán muy al caso las doctrinas y reflexiones de varios otros autores, especialmente de los santos Padres. Suplico á V. R. y á cuantos lean este escrito que nada pasen por alto, porque encierra muchas ideas sumamente útiles para quien se dedique á la oratoria sagrada con el deseo de ganar almas para Jesucristo. Dice S. Basilio: *Sacra schola præcepta rhetorum non sequitur.* (In Gord. mart.) No pretende el Santo que el predicador prescinda de las reglas

oratorias; sino que no debe imitar aquella vana elocuencia de los oradores antiguos, quienes en sus peroraciones solo tenían por objeto el efímero honor que de ellas les resultaba. No repruebo que en los sermones nos sirvamos de la retórica, ¿pero cual es el principal objeto de este arte? Es persuadir é inclinar el pueblo á practicar lo que se le inculca. Así lo sienta el erudito marqués Orsi en su carta al P. Platina sobre el arte oratoria. *La elocuencia, dice, debe esforzarse mas en conmover que en deleitar; porque en conmover se aproxima, y hasta diré, se identifica mas con la persuasión, que es el único objeto del arte.* Lo mismo defiende Muratori en su mencionado libro de la *Elocuencia popular*, del cual entresacaremos varias especies, ya que la autoridad de tan insigne escritor no será despreciada como lo sería mi opinion particular. Dice pues este autor: *Es necesaria la retórica no para acumular juguetes oratorios en el sermón, sino para aprender el modo de persuadir y conmover.* Añade en otro lugar, esto es, en la vida del P. Segneri: *La buena retórica es un medio de imitar en lo posible el modo natural y popular de hablar con otros y de persuadirles, suprimiendo al intento todo lo superfluo. Quanto mas el discurso del orador sagrado se aproxima á esta naturalidad, procurando que le comprenda bien el pueblo, al cual y no al corto número de literatos debe dirigirse el predicador, tanto puede graduarse éste de mas aventajado.* S. Agustín dice que el sagrado orador, *Agat quantum potest, ut intelligatur, et obediens audiat.* (Lib. 4. de Doct. Christ. c. 15.) Predique de modo que no solo se le entienda, sino que le obedezcan los oyentes en todo cuanto les propone. Por el extremo opuesto, segun el Doctor angélico, el predicador que pone todo su cuidado en afectar una cultivada elocuencia, no tanto pretende que el pueblo imite virtudes cuyos modelos le manifiesta, como que remede el estilo elegante con que se produce: *Qui eloquentiæ principaliter studet homines non intendit inducere ad imitationem eorum quæ dicit, sed dicentis.* (Opusc. cap. 19, 19.)

5. Es preciso por lo tanto cuando se predica ante un auditorio compuesto de literatos y de ignorantes, hablar de modo que todos entiendan claramente cuanto se les dice, y se decidan á practicarlo. Dos escollos hay que evitar, la sublimidad en los conceptos, y la estremada afectacion en las palabras. Seria muy oportuno en quanto al primero que todos los superiores practicasen lo que de S. Felipe Neri, refiere el autor de su vida (Lib. 4. cap. 19. núm. 6.). Mandó el Santo que en las plá-

ticas no se tocasen materias escolásticas, ni se arunciasen conceptos alambicados en demasía, profiriéndose en ellas únicamente ideas útiles y populares. Por este motivo cuando alguno de los suyos se metia en curiosas sutilezas le hacia bajar del púlpito, aunque estuviese en medio del sermón. Aconsejaba á todos, en una palabra, que procurasen demostrar la belleza de la virtud y la fealdad del vicio, con un estilo sencillo y fácil. Ciertos predicadores pueden compararse con las nubes que vuelan encumbradas por la region del aire, como dice Isaías, 60, 8. *Qui sunt isti, qui ut nubes volant?* Segun espresion de un lugareño cuando las nubes pasan muy elevadas, no hay esperanza de lluvia. Lo mismo digo yo de los predicadores que se remontan mucho en sus discursos. No es de esperar que los tales den aguas saludables. Por esto el sagrado concilio de Trento impone á los párrocos la obligacion de predicar segun la capacidad del auditorio: *Archipresbyteri etc. per se vel alios idoneos plebes sibi commissas pro earum capacitate pascant salutaribus verbis.* (*Trid. sess. 5 de Ref. cap. 2.*) Con mucha razon por lo tanto dice Muratori: Por el estilo con que un docto procuraria persuadir á solas á un hombre vulgar, debe el predicador hablar con el pueblo para hacer impresion en el ánimo del instruido y del ignorante.

6. Escribe el Apóstol: *Nisi manifestum sermonem dederitis, quomodo scietur id quod dicitur?* *eritis enim in aera loquentes.* (1 Cor. 14. 9.) Es por lo mismo predicar al aire, segun S. Pablo, hablar sin hacer entender al pueblo lo que se le dice. ¿Pero cuantos predicadores se afanan en llenar sus sermones de conceptos sublimes y de pensamientos agudos que dificilmente se entienden, y luego los recitan como si representasen su papel en un drama, para mendigar cuatro vanos aplausos de su auditorio? ¿Qué fruto se proponen sacar de tales pláticas? La ruina del mundo, segun el P. Luís de Granada, proviene de que los mas de los predicadores ejercen este ministerio mas bien para adquirir fama, que impulsados por el deseo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas: *Maxima prædicatorum turba* (permitiese Dios que no fuese harto cierto) *majorem nominis sui celebrandi, quam divinæ gloriæ et salutis humanæ procurandæ curam habent.* (*Lib. 1. Ruth. c. 6.*) Tambien el P. M. Avila, describiendo en una carta el miserable estado del mundo colmado de iniquidades dice: «No se halla remedio para un mal de tanta transcendencia, en gran parte por culpa de los predicadores, que debieran ser la medicina de esta llaga;

pues para tan peligrosa dolencia son inútiles los lenitivos de cláusulas sonoras y redondeadas. Lo que se necesita es el cauterio. » No faltan oradores aficionados á declamar con un estilo tan sublime que parece ponen un particular cuidado en no dejarse entender; ó bien como dice Muratori, se avergüenzan de hablar de modo que todos les comprendan, cuyo abuso deplora Jeremías diciendo: *Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis.* (Thren. 4, 4.) Observa S. Buenaventura, comentando dicho versículo: *Panis frangendus non curioso scindendus.* El pan de la palabra divina no debe dividirse con curiosa pulcritud: conviene sí desmenuzarlo en pequeños bocados, para que fácilmente puedan alimentarse con él los mas idiotas. ¿ Qué provecho sacarán los ignorantes de un concepto sublime, de una esquisita é intempestiva erudicion, de la animada descripcion de una tempestad marítima, y de un jardin ameno, á cuya composicion habrá dedicado el autor una semana entera, llevándosele despues un cuarto de hora de su sermon? Sobre este particular debo advertir tambien, que los conceptos sublimes y reflexiones ingeniosas, como que escitan la curiosidad y distraccion, por mas que gusten á los inteligentes, aun para estos mismos son perjudiciales en un sermon, pues, como dice Muratori, cuando un orador profiere ideas sublimes y curiosas, el que lo oye se entretiene en saborear la agudeza de su ingenio, ó en considerar la estrañeza del hecho que se refiere, sin atender á su propio provecho, de modo que, perdiendo el entendimiento un buen rato del sermon embelesado en aquel pensamiento, queda en ayunas la voluntad sin coger ningun fruto.

7. No lo practicaba así S. Pablo durante su predicacion, como lo escribió despues á los Corintios: *Et ego cum venissem ad vos, fratres, veni non in sublimitate sermonis, aut sapientie, annuntians vobis testimonium Christi. Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.* (1. Cor. 2, 1 et 2.) Al predicar, hermanos mios, decia, no me he servido de los sublimes discursos de la sabiduría humana; nada mas he querido saber que Jesucristo crucificado, esto es, que toda nuestra esperanza y nuestro bien estaban únicamente en la imitacion de sus dolores é ignominias. Son muy notables las observaciones que hace el doctísimo Natalio Alejandro, refiriéndose al indicado texto: *Quid mirum, dice, si nullum fructum faciunt plerique, qui prædicationem in eloquentiæ secularis artificio, in periodorum commensuratione, in verborum*

lenociniis, humanæque rationis excursibus totam collocant? Evangelium non docent, sed inventa sua. Jesum crucifixum nesciunt, decademicos oratores lubentius sibi proponunt imitandos, quam Apostolos, et apostolicos viros. Simpliciter sermonis, non penitus christiana destitutam eloquentia, naturali decore ornatam, non fucata, comitetur humilitas concionatoris. Timeat ne superbia sua, gloriæ humanæ plaususque captatione, ac ostentatione eloquentiæ, Dei opus impediat. Quo major ejus humilitas, quo minor in mediis humanis fiducia, minor eloquentiæ sæcularis affectatio, eo major spiritui et virtuti Dei ad conversionem animarum locus datur. No es de estrañar, segun el insinuado autor, que ningun fruto produzcan los sermones del que procura engalanarlos con palabras pomposas y agudos conceptos: el que recorre á tales medios deja á un lado á Jesucristo para formar corro con los oradores académicos; por este motivo añade, cuanto menos sean los adornos sacados de la elocuencia secular, y menos la confianza del predicador en los medios humanos, tanto mayor será el provecho para la conversion de los pecadores.

8. Segun expresion del docto y célebre misionero P. Jerónimo Sparano, de la venerable Congregacion de piadosos operarios, los predicadores amigos del estilo hinchado y florido deben compararse con los fuegos artificiales, que hacen mucho ruido mientras arden y luego no queda de ellos otra cosa que un poco de humo y cuatro cartones reducidos á pavesas. Con razon por lo tanto decia Sta. Teresa, que los oradores sagrados ensalzándose á sí mismos, son sumamente perjudiciales á la Iglesia. Los Apóstoles, dice la Santa, aunque pocos, como predicaban con sencillez y con verdadero espíritu de Dios, convirtieron el mundo. ¿De donde procede pues, que den tan poco fruto tantos predicadores como hay en el dia? De que los predicadores, añade la misma Santa, tienen demasiado talento y demasiados respetos humanos, procede que muy pocos oyentes abandonen el vicio. Confirma esta opinion Sto. Tomás de Villanueva: *Multi prædicatores, sed pauci qui prædicant ut oportet. (Serm. 2 de Spirit. Sanct.)* Decia S. Felipe Neri: «Con diez sacerdotes de buen juicio me empeño á convertir todo el mundo.» Pregunta Dios por boca de Jeremías: *Quare igitur non est obducta cicatrix filiae populi mei? (Jer. 8, 22.)* ¿Como no se cicatriza la llaga de la hija de mi pueblo? Contesta S. Jerónimo diciendo: *Eo quod non sunt sacerdotes, quorum debeant curari medicamine;* porque los sacerdotes no cuidan de aplicar el congruente remedio. Dice en otro

lugar el Señor , hablando de los predicadores que adulteran la divina palabra : *Si stetissent in concilio meo , et nota fecissent verba mea populo meo , avertissem utique eos a via sua mala :* (Jer. 23 , 22.) cuyo versículo comenta el cardenal Ugon diciendo : *Nota fecissent verba mea non sua*. El orador que no adopta un estilo sencillo no predica la palabra de Dios sino la saya ; y por este motivo , segun afirma el Señor , quedan los pecadores encenagados en sus vicios.

9. Causa admiracion y lástima el ver tantos predicadores de las mismas órdenes reformadas, cuyo hábito y cuya fama de vida mortificada y penitente parecen respirar santidad y zelo ; y no obstante cuando suben al púlpito dejan burladas las esperanzas de los que desean oír un discurso fervoroso y lleno de amor divino , y solo les toca escuchar un cúmulo de agudezas , de descripciones , de antítesis y otras variedades proferidas con estilo hinchado y con torneados períodos, resultando de esto que una buena parte del auditorio entiende muy poca cosa del tal sermón y no saca de él ningún fruto. Es sensible que muchos ignorantes acudiendo al templo para aprender los medios de asegurar su salvacion , y escuchando con religiosa atencion al predicador durante una hora , no comprendan casi nada de cuanto se les dice , teniendo que volverse en ayunas y fastidiados de haberse molestado tanto rato escuchando un discurso del cual nada han entendido. Dirán tal vez semejantes predicadores , que el auditorio les escuchaba con suma atencion. Estaba con atencion , les contestaré , para ver de entenderos , pero decidme si lo ha logrado. Refiere Muratori haber visto á varios lugareños escuchando sermones panegiricos con un palmo de boca abierta , conociendo por otra parte que aquellos pobres ignorantes no entendian ni una sola cláusula. De esto procede que los infelices , convencidos por la experiencia de que nada comprenden de cuanto se les predica , cobran á los sermones cierta antipatia que les aleja del templo y les deja mas pertinaces en sus vicios. Con justo motivo por lo tanto el P. Sanchez califica de los mayores perseguidores de la Iglesia á los predicadores que no se espresan con sencillez , porque efectivamente la mayor persecucion y daño que puede sobrevenir al pueblo , consiste en que se le adultere la palabra divina , la cual en medio de floridos follajes , se hace ininteligible ó pierde á lo menos su fuerza , con grave detrimento de las almas á las cuales se defraudan las luces y auxilios que se prometian.

10. Hablando en segundo lugar de las palabras conviene servirse de las usuales, evitando las poco conocidas, como dice Muratori en el dialecto de la gente idiota. Deben particularmente abstenerse de ellas los predicadores ancianos y los de mayor nombradía, porque los jóvenes, propensos naturalmente á captarse aplausos, oyendo las alabanzas tributadas á los que se producen con limada cultura, se esmeran y se acostumbran á predicar por el mismo estilo, tomando así pié el abuso de predicar en estilo florido, defraudando á la pobre gente del fruto de la palabra de Dios. Segun S. Jerónimo los oradores vanos y amigos de cláusulas retumbantes se parecen á las mujeres engalanadas: gustan éstas por sus atavíos á los hombres, pero no á Dios: *Effæminatæ quippe sunt eorum magistrorum animæ, qui semper sonantia componunt, et nihil virile, nihil Deo dignum est in iis.* (S. Hieron. sup. Ezech.) Es verdad que el P. M. Bandiera, en el prólogo á su *Gerotricameron*, impugna á los que dicen que la eleccion de las palabras y el cuidado de colocarlas de un modo elegante no edifica á los oyentes, privando al discurso de la sencillez propia de los argumentos espirituales, y obligando al orador á perder el tiempo en limar el estilo. No lo aprueba el mencionado autor, pretendiendo que la cultura de la elocucion pone mas evidentes las sublimes verdades, las máximas de la fe, el mérito de la virtud y la fealdad del vicio. Apóyase en el ejemplo de los santos Padres y en el elegante estilo de sus escritos, cual lo exige la dignidad de las divinas máximas, de las cuales se habla en el púlpito; y en que algunos por carecer del conocimiento de los primores del idioma patrio, pretestan desentenderse en sus discursos, del esmero en el lenguaje, como inútil y dañoso á la devocion. De todos los autores eclesiásticos es el único que yo sepa en defender esta opinion. Conviene por lo tanto rebatirla para desvanecer la impresion que podria causar su lectura. Ignoro en primer lugar como ha podido el P. Bandiera sentar en el insinuado prólogo unos principios tan poco conformes, cuando él mismo afirma en la propia obra citada, que si en el auditorio abundan las personas idiotas, *debe proferirse el sermón en estilo fácil y sencillo, descendiendo hasta la vulgaridad* (son sus propias palabras) *segun lo exija el provecho de los oyentes. Muy diferente es* (añade) *el estilo de las oraciones académicas, del de los sermones.* Advierte á mayor abundamiento, que haria muy mal el que para los sermones tomase por modelo el estilo de su sobrecitado libro. Su parecer por lo tanto conviene con el nues-

tro , esto es , que componiéndose el auditorio en gran parte de gente ignorante , para que sea fructífero el sermón , debe ser sencillo y aun humilde , atemperándose á la capacidad de los oyentes . ¿ Como pues ha podido sentar que la dignidad de los asuntos que se tratan en el púlpito requiere un estilo cultivado , para poner mas evidentes las máximas espirituales ; y que algunos , por ser poco versados en los primores de su idioma , prescinden de ellos , calificándolos de perjudiciales para la devocion ?

11. Contestemos á la objecion del memorado P. Bandiera , cuyo parecer en este punto no deja de ser sospechoso , pues siendo un consumado profesor de gramática , habrá tal vez emitido su opinion , impulsado de su aficion á la cultura del idioma . Dice el mencionado autor que conviene presentar las cosas espirituales bajo un brillante punto de vista . No es de este parecer S. Ambrosio , segun el cual no necesita el orador cristiano de la pompa y correccion de estilo , por cuyo motivo eligió el Señor para predicar la fe á unos rudos pescadores propios para anunciar la palabra de Dios desnuda y sencilla : *Prædicatio christiana , non indiget pompa et cultu sermonis : ideoque piscatores homines imperiti electi sunt , qui evangelizarent.* (S. Ambr. in Ep. ad Cor.) Tampoco sigue la opinion del P. Bandiera el erudito Natalio Alejandro , cuando establece que la palabra de Dios no necesita de afectados y floridos atavíos , bastándole el adorno de su natural é innato decoro , resultando de ello que se presenta bajo de un punto de vista mas brillante , para servirnos de las mismas palabras del padre Bandiera , en cuanto se propone de un modo el mas sencillo . Permitaseme repetir las palabras de Natalio Alejandro , ya anteriormente citadas , atendido lo muy concluyentes que son para nuestro objeto : *Simplicitatem sermonis , non penitus christiana destitutam eloquentia , naturali decore ornatam , non fucatam , comitetur humilitas concionatoris. Quo minor in mediis humanis fiducia , minor eloquentiæ sæcularis affectatio , eo major spiritui et virtuti Dei ad conversionem animarum locus datur.* De modo que la palabra de Dios cuanto mas sencillamente se anuncia , tanto mas se insinua en el corazon de los oyentes , pues como dice el Apóstol , es por su esencia tan viva y eficaz , que penetra con mas fuerza que la espada mas aguda : *Vivus est sermo Dei , et efficax et penetrabilior omni gladio ancipiti.* (Hebr. 4, 12.) Ya anteriormente por boca de Jeremias habia Dios calificado su palabra de fuego que por sí mismo enciende , y de martillo

que pulveriza las piedras , esto es , los mas duros corazones ! *Numquid non verba mea sunt quasi ignis , dicit Dominus , et quasi malleus conterens petram ? (Jer. 23, 29.)* Veamos tambien lo que dice sobre el particular el autor de la obra imperfecta : (*Homil. 46.*) *Omnia verba divina , quamvis rustica sint et incomposita , viva sunt , quoniam intus habent veritatem Dei , et ideo vivificant audientem. Omnia autem verba sæcularia , quoniam non habent in se virtutem Dei , quamvis sint composita et ingeniosa , mortua sunt , propterea nec audientem salvant.* La palabra de Dios por lo tanto , bien que sencilla y popular , por sí misma es vida , y da la vida al que la escucha , por contener la verdad del Señor que persuade y mueve los corazones. Al contrario las palabras mundanas por mas escogidas que sean , faltándoles la virtud divina , en cuanto Dios no concurre en ellas , son palabras muertas y de consiguiente infructíferas. Segun otro autor muy docto , la divina palabra despojada de adornos , hiere los corazones ; pero escesivamente engalanada es lo mismo que la espada dentro la vaina : *Sicut gladius ferire nequit , nisi sit nudus , nam intra vaginam constitutus , quantumvis sit acutus , non vulnerabit : ita verbum Dei , ut impiorum corda vulneret , nudum esse debet , sine figurarum ornamento , aut vanæ eloquentiæ floribus. (Mansi disc. 11, n. 16.)*

12. Dice el P. Bandiera , que los santos Padres escribieron con elegante estilo. Debo contestarle que nosotros no hemos oído sus sermones ni el modo como predicaban ; leemos sus pláticas , las cuales por lo comun se escriben con alguna elegancia aun por los mismos que las han proferido de un modo sencillo y popular. La misma reflexion hace Muratori hablando de S. Ambrosio : « Es verdad , dice , que el Santo se expresa á menudo con alguna oscuridad , pero no han llegado á nosotros sus sermones del modo que los decia al pueblo. Compilaba en tratados ó libros lo que habia anunciado en el púlpito , añadiendo varios adornos y dejando desconocida la forma primitiva de sus discursos populares. » A mas , añade Muratori , los mas célebres Padres de la Iglesia , los Basilio , Agustines , Crisóstomos , antbos Gregorios , Gaudencios y Máximos , preferian en sus discursos dirigidos al pueblo la elocuencia popular á la sublime , segun nos lo comprueban evidentemente sus sermones , tales como los leemos , y lo que en otras obras han escrito los mencionados santos. Oigamos lo que dice san Juan Crisóstomo de los discursos sobrecargados de palabras pomposas y de cadenciosas cláusulas : *Hæc nos patimur verbo-*

rum fucos conquerentes, et compositionem elegantem, ut delectemur proximum. Consideramus, quomodo videamur admirabiles, non quomodo morbos componamus. (Hom. 33, ad Pop.) Añadiendo que quien tal practique debe llamarse : *Miser et infelix proditor.* Dice S. Agustin : *Non nos tonantia et poetica verba proferimus, nec eloquentia utimur : s. ulari sermone fucata, sed prædicamus Christum crucifixum. (Serm. 1. de Acced. ad Grat.)*

13. Segun el P. Avila debe el predicador subir al púlpito con tal deseo del bien de las almas, que se proponga y espere, mediante el auxilio divino, ganar para Dios todas las de su auditorio. Por esto aconseja S. Gregorio al predicador, que humille su estilo de modo que se acomode á la comprension mas limitada : *Debet ad infirmitatem audientium semetipsum contrahendo descendere ; ne dum parvis sublimia, et idcirco non profutura loquitur, magis curet se ostendere, quam auditoribus prodesse. (S. Greg. Mor. l. 20, c. 2.)* Esto coincide con la opinion de Muratori, segun el cual el sagrado orador, predicando á gente rústica, conviene que se ponga en lugar de uno de esta clase, á quien otro quiere enseñar ó persuadir algo, para cuyo objeto debe echar mano de la elocuencia mas popular é infima, para que su discurso guarde proporcion con la grosera capacidad de los oyentes, produciéndose de un modo familiar, sirviéndose de un estilo conciso, interpolando preguntas y respuestas : concluyendo, que en tales sermones consiste la habilidad en saberse acomodar á aquel modo de hablar y á aquellas figuras, que suelen hacer mas impresion en un discurso vulgar.

14. Tambien escribe S. Gregorio, que tiene por indigna del orador evangélico la estricta sujecion á las reglas gramaticales, ó como diriamos nosotros á los preceptos de la academia ; por lo que, segun añade el Santo, en sus sermones muy poco le importaba pasar por ignorante incurriendo en barbarismos : *Non barbarismi confusionem devito, etiam præpositionum casus servare contemno, quia indignum existimo, ut verba cælestis oraculi restringam sub regulis Donati. (S. Greg. apud S. Antonin. 2, p. Hist. tit. 12, c. 4. §. 12.)* S. Agustin, comentando las palabras de David : *Non est occultatum os meum à te, quod fecisti in occulto,* considerando que la palabra *os* significa la boca y el hueso, como de este último habla el profeta, no se desdeñó de escribir *ossum*, diciendo que preferia incurrir en la critica de los gramáticos, antes que esponerse á que el pueblo no le entendiese : *Habeo in abscondito quoddam ossum : sic potius loquamur, melius est ut reprehendant nos grammatici,*

quam non intelligant populi. (S. Aug. in *Psal.* 138, cap. 115.) Este es el caso que hicieron los Santos del esmero en el lenguaje cuando hablaban al pueblo. También en el libro 4. de *Doctr. Christ.* c. 28. nos advierte el mismo santo Doctor, que generalmente en nuestros sermones nos atengamos á las cosas y no á las palabras : *In ipso sermone malit* (Concionator) *placere rebus magis, quam verbis ; nec doctor verbis serviat, sed verba doctori.* ¡Admirable documento ! No debemos sujetarnos á las palabras con peligro de ser oscuros ; antes al contrario, las palabras deben servirnos para hacernos entender con facilidad y para conmover á los oyentes.

15. Este es el modo de partir el pan que indica el profeta : *Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis.* (Jer. *Thren.* 4, 4.) Por esto vemos en la práctica que son tan provechosas las pláticas de las misiones y de los ejercicios espirituales, porque en ellas se desmenuza la divina palabra. Se me preguntará si quisiera que todos los sermones lo fuesen de mision. Dígaseme ante todo ¿qué se entiende por sermones de mision ? ¿Será tal vez un modo de predicar con palabras groseras sin orden y sin arte ? Nó : las palabras groseras desdican, no diré de un sermón, sino hasta de una conversacion familiar. El orden es necesario en todo discurso evangélico. También lo es el arte oratoria, sirviéndose en caso necesario de los tropos y figuras. Por esto habrá observado V. R. que en la 3.^a parte de mi citada obra de ejercicios para los sacerdotes, hablando del modo de predicar en las misiones, he incluido para la instruccion de nuestros jóvenes un escogido compendio de la retórica. Los preceptos del arte, segun Muratori, son muy al caso hasta en la elocuencia popular, con tal que sirvan al orador para mover á los oyentes á abrazar una vida cristiana, no á ensalzarlo y envanecerlo. Debe recurrirse á la oratoria, añade Muratori, pero sin darlo á conocer.

16. Es innegable que los sermones de mision deben ser mas sencillos y menos recargados de sentencias latinas. Ciertos misioneros jóvenes atestan sus discursos de citas de la Escritura y de largos textos de los santos Padres. ¿Pero de qué sirven todas estas citas á los pobres que no las entienden ? Son muy útiles los textos de la Biblia para corroborar lo que se dice, pero para este objeto conviene que no abunden mucho y que se desmenucen bien, atendida la corta capacidad del pueblo. Vale mas citar un solo texto bien escogido, sacando de él la correspondiente moralidad, que no agrupar muchos. A ve-

ces viene tambien al caso alguna cita de los santos Padres, con tal que sea espiritual y breve, y que declare el punto con un gusto y énfasis particular. Sirvannos de modelo los sermones de mision del venerable P. Pablo Segneri, tenido generalmente por consumado maestro en el arte de predicar, en los cuales escasean los textos latinos, al paso que abundan las reflexiones prácticas y la moralidad. En las misiones debemos espresarnos de un modo mas sencillo y usual, para que el pueblo se haga capaz, y se conmueva. Se necesita un estilo cortado y cláusulas cortas, de modo que quien no haya oido ó entendido una, no por esto quede á oscuras de la que le sigue, á fin de que si alguno encuentra ya empezado el sermón, comprenda al momento lo que dice el predicador. No hay que esperarlo de los ignorantes si están demasiado encadenadas las cláusulas. Entonces el que no oye el primer período, nada comprende del segundo ni del tercero. Dice tambien con muchisima razon Muratori, que para obtener la atencion del auditorio, es muy útil servirse de interrogantes, por medio de la figura *Antífora*, por la cual el orador se pregunta y se responde á sí mismo. Tambien es preciso, en el modular la voz, evitar el tono unisono é hinchado á manera de panegírico. Evitese igualmente el hablar con voz violenta y forzada, como hacen algunos misioneros con riesgo de romperse una vena ó á lo menos de que les falte el aliento, y fastidiando el auditorio sin provecho, pues lo que concilia la atencion es el interpolar el tono fuerte con el bajo, pero sin saltos escesivos y repentinos, haciendo tal vez una larga exclamacion, luego, una oportuna pausa, un suspiro, ú otras cosas por este estilo, cuya variedad en la entonacion y en el modo, cautiva la atencion del auditorio. En las pláticas de mision tampoco debe pasarse nunca por alto el acto de contricion, que es la parte mas interesante de semejantes sermones, de los cuales poco fruto se saca, si no quedan compungidos los oyentes con propósito de cambiar de vida, y este es el objeto del acto de contricion. Conviene, por lo tanto, repetirlo variando de formas, cada una motivada de por sí, para que la gente se compunja, no á fuerza de gritos, sino por las razones que se le alegan. En el acto de propósito, anexo al de contricion, hágase proponer al pueblo de un modo especial de huir de las ocasiones peligrosas: de recurrir en las tentaciones al auxilio de Jesus y de Maria, concluyendo con pedir á la divina Madre alguna gracia, como el perdon de los pecados, el don de perseve-

rancia, ú otras por este estilo. Si bien todo esto es peculiar de los sermones de mision, he querido apuntarlo porque puede ser útil al lector que tal vez se dedique á semejantes pláticas.

17. Entre los sermones de la clase que acabamos de indicar y los de la cuaresma y dominicas es cierto que debe haber alguna diferencia. Volviendo á nuestro tema, cuando el auditorio se compone de literatos y de idiotas, todos los sermones, como sienta Muratori, deben ser sencillos y populares si se quiere obtener fruto, no de palabras sino de hechos, de modo que de resultas del mismo, vayan los oyentes á confesarse. Me acuerdo que predicando en Nápoles por este sencillo estilo un célebre misionero, no solo se agrupaba la gente al derredor del púlpito, sino tambien al pié del confesonario á donde corría concluido el sermon. Y hablando de los pueblos cortos y aun de las ciudades en las cuales la plebe acude á los sermones, añade Muratori que el orador debe echar mano de un estilo popular y basta ínfimo, para acomodarse á los cortos alcances de la pobre gente. He visto pueblos enteros santificados por las pláticas cuaresmales de predicadores que apelaban al estilo sencillo y popular. ¡Pero que lástima causa el ver que en los pueblos del campo se predique anualmente la cuaresma y todo sea trabajo perdido! Al principio los pobres campesinos van á oír el sermon; pero viendo que el predicador recita su leccion de un modo que ellos no entienden, y que no sacan de ella ningun provecho, no se acercan mas á oírlo diciendo, segun frase vulgar, que habla en latin. Quisiera que semejantes predicadores destinados á recorrer los pueblecitos, ya que no se resuelvan á mudar enteramente los sermones que tienen escritos en estilo sublime, á lo menos en las últimas semanas de cuaresma diesen al pueblo ejercicios espirituales á modo de mision, escogiendo la hora de boca de noche, en la cual los trabajadores se retiran de sus faenas, pues por las mañanas, en los dias de trabajo, y en la hora comunmente destinada para predicar, no pueden asistir los jornaleros; y estoy cierto que sacarian mas fruto de semejantes ejercicios por un estilo sencillo, del que produce la predicacion de cien cuaresmas. No faltarán oradores que se escusen pretestando ser predicadores y no misioneros, y tal vez se ruborizarian de dar tales ejercicios para no perjudicarse y ser tenidos por oradores de poca monta, porque es cierto que en los ejercicios es indispensable el estilo popular y bajo, pues de lo contrario son inútiles. Pero he tenido la satisfaccion de

saber, que varios sacerdotes y hasta muchos religiosos dan en la cuaresma los mencionados ejercicios con manifiesto provecho del pueblo.

18. Tambien en los sermones dominicales se haria un bien imponderable si siempre se predicasen con estilo sencillo. En ciertas ciudades hay diariamente esposicion de Sacramento en varias iglesias, principalmente en aquellas donde están las cuarenta horas, á las que concurre por lo comun mucha gente de humilde estado, y se sacaria un gran provecho de tales sermones predicando de un modo popular, insinuando la manera práctica de prepararse para la santa comunión, y de dar gracias despues de ella; de visitar el santísimo Sacramento; de hacer oración mental; de oír misa meditando la Pasión del Salvador; explicando la práctica de las virtudes y otras cosas semejantes. ¿Pero es esto lo que se practica? Oímos las mas veces ciertos sermones encumbrados y elocuentes que difícilmente se entienden. En cierta ocasión pidió al P. M. Avila un predicador, que le diese algunas reglas para desempeñar con acierto su ministerio, á lo que contestó: «La mayor regla consiste en amar de veras á Jesucristo.» Y con muchísima razón, porque el que le ama de veras, sube al púlpito, no para adquirir una estéril nombradía sino para ganar almas para Dios. Decia Sto. Tomás de Villanueva, que para convertir á los pecadores se necesitan dardos inflamados en el amor divino que traspasen los corazones. ¿Como podrán salir saetas ardientes de un corazón helado, cual lo es el del orador que solo trata de adquirir celebridad?

19. ¿Dirémos, pues, que el orador elegante en sus sermones no ama á Jesucristo? Si bien no me atrevo á afirmarlo, diré no obstante, que los Santos no han predicado de este modo. En las vidas de muchos zelosos operarios que he leído no he visto que se les alabe por haber predicado de un modo elevado y florido; pero sí encuentro que se tributan particulares elogios á los que han echado mano de un modo sencillo y popular. Esto es efectivamente lo que en primer lugar enseñó con su ejemplo el apóstol S. Pablo, quien dice: *Et sermo meus a prædicatio mea, non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis.* (1. Cor. 2, 4.) Mi modo de hablar, decia, no estriba en los adornos de la humana elocuencia, como lo practican los oradores profanos, sino en hacer conocer al pueblo con sencillez las verdades de la fe: *Apostolorum fuit*, dice Cornelio á Lápide comentando dicho texto,

ostendere spiritum eructantem arcana divina, ita ut alii cernerent Spiritum Sanctum per os eorum loqui. Escribe el autor de la vida de Sto. Tomás de Aquino (l. 3. c. 5.) que el Santo se acomodaba en sus sermones á la capacidad de sus oyentes, reprimiendo el vuelo de su ingenio, proponiendo con toda sencillez aquellas materias que consideraba mas á propósito para inflamar los corazones que para satisfacer la curiosidad del entendimiento. Servíase al intento de los vocábulos mas comunes y usuales, acostumbrando decir : *Tam apertus debet esse sermo docentis, ut ab intelligentia sua nullos quamvis imperitos excludat.* En la vida de S. Vicente Ferrer leemos que para componer sus sermones no recurria á los libros reputados como modelos de buen lenguaje, sino á los pies del Crucifijo de donde sacaba su facundia. De S. Ignacio de Loyola refiere en su vida el P. Bartoli (lib. 2, n. 41.) : *Del modo que otros visitando la divina palabra él desnudándola la presentaba mas bella y sublime. Su manera peculiar consistia en esponer las razones con cierta desnudez que las demostrase en sí mismas ó segun expresion del Santo como son en su esencia.* Por esto refiere el mencionado autor, que los hombres instruidos decian : *En su boca la palabra de Dios tenia su verdadero peso.* Lo mismo practicaba S. Felipe Neri de quien he apuntado ya antes, como lo refiere su vida, que mandó á sus congregantes que en sus sermones anunciasen ideas fáciles y populares, haciéndoles bajar del púlpito cuando presentaban conceptos elevados y curiosos. Tambien leemos que S. Francisco de Sales, se acomodaba á la comprension de los oyentes mas rústicos. Es bien sabido el caso que le sucedió con monseñor Bellei. Este prelado, instado por el Santo á predicar, profirió un elegantísimo discurso que le valió mil elogios de todo el auditorio; pero S. Francisco callaba. Admirado el prelado de este silencio le preguntó qué le habia parecido del sermon. Respondióle el Santo : *A todos ha gustado excepto á uno solo.* Invitado monseñor Bellei á predicar por segunda vez, como ya comprendia que su primer sermon no habia gustado al Santo por sus ornatos, fué en este estremadamente sencillo y moral, y entonces le espresó san Francisco que de este último habia quedado muy satisfecho. En otra ocasion dijo al mismo prelado lo siguiente : *Es excelente el sermon del cual salen los oyentes sin decir palabra, mirándose unos á otros, y pensando mas bien que en alabar al predicador en la necesidad de mudar de vida.* Lo mismo que aconsejaba el Santo lo enseñaba con su ejemplo. Refiere el autor

de su vida , que predicando en París ante un concurso de príncipes , obispos , y cardenales , se producía con solidez pero sin adornos , no mendigando la fama de orador elocuente sino procurando ganar almas. Consecuente á estos principios escribe el Santo desde París á una religiosa de su orden : *La víspera de Navidad prediqué delante de la reina en la iglesia de capuchinas , pudiendo aseguráros que lo desempeñé mejor en presencia de tantos príncipes y princesas , de lo que acostumbro en nuestra pobre y pequeña capilla de la Visitacion en Annesi.* Como este siervo de Dios predicaba con firme deseo del bien de las almas , aun cuando no se sirviese de adornos era inmenso el fruto que recogía , pues como decía madama Monpensier , segun leemos en la vida del Santo : *Los otros en sus sermones se remontan por el aire , pero el prelado de Ginebra se deja caer sobre la presa , y cual digno orador del amor santo embiste en derecho el corazon y se hace dueño de él.* Notaré mas abajo lo que escribió el Santo en una carta sobre el modo de predicar , y el concepto que formaba de los oradores aficionados á los vanos adornos. Se cuenta tambien en la vida de S. Vicente de Paul (c. 11.) que no contento con predicar sencillamente , exigía especialmente de los sacerdotes de su instituto , que hiciesen las pláticas y discursos á los ordenados en estilo familiar , por no ser la ostencion de las palabras la que aprovecha á las almas ; sino la sencillez y la humildad que predisponen el corazon á recibir la divina gracia. A propósito de lo dicho citaba con frecuencia el ejemplo de Jesucristo , el cual pudiendo haber explicado los divinos misterios por medio de conceptos proporcionados á la sublimidad de los mismos , con ser la misma eterna sabiduría habia echado mano de términos y comparaciones muy usuales para acomodarse á los alcances del pueblo , y para dejarnos un verdadero modelo del modo de explicar la palabra de Dios. Refiérese tambien en la vida de S. Juan Francisco Regis que explicaba las verdades de la Fe con tal claridad y sencillez , que las ponía al alcance de los mas ignorantes. Mas abajo citaré otras bellas particularidades del modo de predicar de este Santo.

20. Hablando ahora de otros piadosos operarios no debe pasarse por alto el caso del P. Taulero de la orden de Santo Domingo , quien al principio predicaba de un modo muy elevado ; pero habiéndose dedicado á una vida mas perfecta , sujetándose á los consejos de un mendigo que le envió Dios para director , dejó de predicar durante algunos años , pasa-

dos los cuales habiéndole mandado su mencionado director emprender otra vez esta carrera, cambió totalmente su estilo de sublime en popular, y se refiere que en el primer sermón fué tal la compuncion del pueblo, que muchas personas cayeron desmayadas en el templo. El P. Avila se espresaba de un modo tan vulgar en sus pláticas, que muchos le tenian por ignorante, de modo que una vez cierto literato bastante depravado, sabiendo que predicaba dicho P. M. dijo á sus compañeros: Vamos á oír este imbécil. Pero la gracia de Dios le tocó en aquel sermón, haciéndole mudar de conducta. Oigamos cual era el parecer de este siervo de Dios. Refiérenos el autor de su vida que decia (*lib. 1. c. 6.*): Si el predicador no cumple con su ministerio, si pone mas cuidado en deleitar los oídos que en mover la voluntad, si atiende mas bien á las palabras que al fruto: en una palabra, si con sus delicados conceptos se ensalza mas á sí mismo que á Jesucristo, está en inminente peligro y en una prodigiosa perversidad y traicion. Lo mismo leemos en las vidas del P. Luis Lanuza, del P. Segneri el jóven, y de otros que omito por brevedad.

21. Lo dicho nos manifiesta la cuenta que darán á Dios no solo los oradores que se ensalzan á sí mismos, y no á Jesucristo, sino tambien los superiores que les permiten predicar. Oyendo yo una vez á un jóven de la Congregacion produciéndose en el púlpito de un modo elevado, le hice bajar á medio sermón. Los que así predicán deben tener por cierto que aun cuando no les traten con esta severidad sus superiores, no dejará Dios de castigarlos, porque por su ministerio deben procurar el bien de todos los que les escuchan, desempeñando en el púlpito el cargo de embajadores de Jesucristo, como escribe el Apóstol de todos los sacerdotes: *Dedit nobis ministerium reconciliationis.... et posuit in nobis verbum reconciliationis. Pro Christo ergo legatione fungimur, tamquam Deo exhortante per nos.* (2. Cor. 5. 18.) Luego el predicador está en la cátedra de la verdad en lugar de Jesucristo, hablando en nombre del mismo á los pecadores de su auditorio, para que vuelvan á la gracia de Dios. Si el rey, dice en una carta el P. M. Avila, enviase un vasallo á ofrecer su real mano á una doncella, ¿no seria un traidor el legado casándose con ella? Lo propio sucede, prosigue dicho autor, con el predicador que corriendo tras una fútil gloria, hace inútil la divina palabra, adulterándola de modo que no fructifique. Por esto S. Juan Crisóstomo, al orador vano en sus sermo-

nes, le llama : *Miser et infelix proditor.* (*Hom. 33. ad Pop.*)

22. Con adornos de conceptos sublimes y de frases escogidas tan distantes de la sencillez evangélica, se adultera la divina palabra, de lo cual se guardaba muy bien el Apóstol, como escribe á los de Corinto : *Non enim sumus, sicut plurimi adulterantes verbum Dei, sed ex sinceritate, sed sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur.* (2. Cor. 2. 17.) Refiriéndose á este texto dice S. Gregorio : *Adulterari verbum Dei est, ex eo non spirituales fructus, sed adulterinos fœtus quærere laudis humanæ.* (*Mor. l. 2. c. 17.*) Los adúlteros no aspiran á tener hijos, antes bien los aborrecen y solo pretenden satisfacer su desarreglado apetito. Lo mismo son los oradores que no predicán principalmente para ganar almas sino para adquirir nombradía. Toman los tales que Dios no les aparte de sí, como lo amenaza por boca de Jeremías : *Propterea ecce ego ad prophetas, ait Dominus, qui furantur verba mea... projiciam quippe vos.* (*Jer. 23, 30 et 33.*) ¿Quiénes son estos que roban la palabra de Dios? Son los que se sirven de ella para obtener fama de grandes oradores, robando la gloria á Dios para aplicársela á sí mismos. S. Francisco de Sales decía, que el orador cargado de hojarasca, esto es, de bellas espresiones y de curiosos conceptos, corre riesgo de ser cortado y echado al fuego como el árbol infructífero del Evangelio; puesto que el Señor dice á sus discípulos y en nombre de éstos á todos los sacerdotes, que les ha elegido para que den frutos duraderos. Por esto afirma Cornelio á Lápide (*in Luc. 6, 26.*) hablando de tales oradores, que pecan mortalmente, ya por abusar del divino ministerio para satisfacer su amor propio, ya tambien por impedir con su estilo hinchado y elegante la salvacion que les está confiada de tantas almas, las cuales se convertirian si se les predicase con sencillez apostólica : *Prædicator, dice Cornelio, qui plausum quærit, non conversionem populi, hic damnabitur, tum quia prædicationis officio ad laudem, non Dei, sed suam abusus est, tum quia salutem tot animarum sibi creditam impedit et avertit.* Lo mismo decía el P. M. Avila como hemos notado arriba, esto es : « Si el orador no cumple con su ministerio, si procura mas bien deleitar el oido que mover la voluntad, si atiende mas á las palabras que al fruto, si por fin, con sus sublimes conceptos se ensalza mas á sí mismo que á Jesucristo, está en evidente peligro y en una prodigiosa perversidad y traicion.»

23. Tal vez habrá quien diga : Yo lo que principalmente

me propongo es la gloria de Dios. El que se produce con frases sublimes y palabras poco usadas, de modo que no todos le entiendan, im pide la gloria de Dios impidiendo la conversion de muchos desus oyentes, porque, como dice Muratori, el ministro del Evangelio está obligado á mirar individualmente por la salvacion de cada uno de los que le escuchan, ya sea literato, ya sea ignorante, como si fuese el único que le oyese. Si alguno deja de convertirse por no comprender lo que se le dice, tendrá el predicador que dar su cuenta á Dios, como lo declara éste por medio de Ezequiel: *Si dicente me ad impium morte morieris, non annuntiaveris ei.... ipse impius in iniquitate sua morietur, sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* (Ezech. 3, 18.) Este texto bien lo saben todos los predicadores, aunque poco caso hagan de él en la práctica; no pudiendo negarse que lo mismo seria dejar de predicar la palabra de Dios, que predicarla adulterada con un estilo sublime capaz de impedir el provecho que se lograra esponiéndola con sencillez. En el dia del juicio, dice S. Bernardo, los pobres ignorantes se convertirán en fiscales de los predicadores que viviendo de las limosnas de los fieles no se cuidan de remediar sus dolencias espirituales: *Venient, venient ante tribunal viventis, ubi erit pauperum accusatio; quorum vivere stipendiis, nec diluere peccata.* (S. Bern. apud Ugon. card. in Luc. 10.)

24. Reflexionemos y persuadámonos que adulterando la palabra de Dios con la estudiada afectacion en el lenguaje, la debilitamos hasta el punto de hacerla inútil no ya para los ignorantes sino aun para los sabios. No soy yo el que sienta esta proposicion sino S. Próspero, ó el autor antiguo que corre bajo su nombre: *Sententiarum vivacitatem sermo cultus ex industria enervat;* (De vita contempl. l. 3, c. 34.) sacándolo de san Pablo que dijo: *Misit me Christus evangelizare, non in sapientia verbi ut non evacuetur crux Christi.* (1. Cor. 1, 17.) Sobre cuyo texto dice S. Juan Crisóstomo: *Alii externe sapientiæ operam dabant, ostendit (Apostolus) eam non solum cruci non opem, ferre, sed etiam eam exinanire.* (Hom. 39. in Epist. 1, Cor.) De modo que la sublimidad de los conceptos y afectado estudio en las palabras, impiden y hacen nulo en los sermones el provecho de las almas, esto es, el fruto de la redencion de Jesucristo. Por esto decia S. Agustin: *Non præsumam unquam in sapientia verbi, ne evacuetur crux Christi; sed Scripturarum auctoritate contentus simplicitatis obedire potius studeo, quam tumori.* (Lib. contra Felician. cap. 2.)

25. Declama Sto. Tomás de Villanueva contra aquellos que llevando una mala conducta corren no obstante tras los sermones elegantes: *O stulte!* dice el Santo, *ardet domus tua; et tu expectas compositam orationem?* Este reproche mas bien podria dirigirse á los ministros del Evangelio que hablan á un auditorio en el cual es de presumir habrá muchos que están en pecado, cuyas almas necesitan de rayos y dardos para despertarles de su letargo, traspasándoles no ya con frases académicas, sino con palabras sólidas del corazon, y dictadas por un verdadero deseo de arrancarlas de entre las garras de Luzbel; y esto no obstante nos empeñamos en adormecer á nuestros oyentes con frases limadas y encumbrados períodos. ¿Si tu casa estuviese ardiendo, dice el P. Mansi, no seria una locura acudir al farmacéutico, pidiéndole un poco de agua de rosas para apagar el incendio? Cuando oigo alabar algun orador acostumbrado á predicar con pulido esmero, y oigo decir que hace mucho fruto, riome de ello y digo que no es posible. La razon es evidente. Sé que Dios no concurre en tales sermones: *Prædicatio mea*, decia el Apóstol, *non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis sed in ostensione spiritus et virtutis.* (1. Cor. 2, 4.) ¿De qué sirven nuestras palabras si no las vivifica el espíritu y la virtud de la divina gracia? *Hæc verba Apostoli*, dice Origenes comentando el citado texto, *quid aliud sibi volunt, quam non satis esse quod dicimus, ut animas moveat hominum, nisi doctori divinitus adsit cœlestis gratiæ energia, juxta illud. (in Ps. 67, 13.) Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa.* El Señor concurre con el ministro que anuncia su palabra desnuda, sencilla y sin vanidad, dando á su discurso una energia y virtud que conmueva los corazones de sus oyentes. Pero esta virtud no la concede á las palabras afectadas y escogidas. La elegancia y cultura del idioma segun la sabiduria humana, dice S. Pablo, como dejamos ya notado, debilita la fuerza de la palabra divina y hace ilusorio el provecho que de ella podia esperarse.

26. ¿Que cuenta tan terrible darán á Dios al morir los sacerdotes amigos de predicar con vanidad! Sta. Brigida, como se lee en sus revelaciones (*Lib. 6. cap. 35.*) vió el alma de un religioso condenada al infierno por haber predicado de este modo; añadiendo el Señor á la Santa, que por boca de los predicadores vanos no es él quien habla sino el demonio. Conversando un dia con el P. Sparano, de quien he hablado mas arriba, me dijo que cierto sacerdote sumamente elegante en

sus sermones, sintiendo en su agonía una grande aridez de espíritu en arrepentirse de sus pecados, casi desconfiaba de su salvacion, cuando el Señor le habló por boca de un Crucifijo puesto á su cabeza, de modo que lo oyeron todos los que estaban presentes, diciéndole: «Te concedo aquel dolor que has escitado en los otros con tus sermones.» Mas terrible aun es el caso que refiere el padre capuchino Cayetano María de Bergamo en su libro titulado: *El hombre apostólico en el púlpito capit. 13. n. 10.*) Dice el autor que á otro capuchino le aconteció lo siguiente: Siendo jóven y aficionado á las bellas letras empezó á predicar con vana elocuencia en la iglesia mayor de Brescia, y repitiendo en ella sus sermones, pasados algunos años, se produjo enteramente con apostólica sencillez. Preguntándosele porqué habia mudado de estilo, contestó: He conocido á un religioso, célebre predicador y amigo mio, que se me parecia mucho en la vanidad de sus discursos, al cual en el artículo de la muerte no fué posible persuadirle que se confesase. Fuí á verle y le hablé con eficacia; pero fijaba en mí la vista sin responderme. Ocurrió al superior llevarle el Santísimo para moverle así á recibir los sacramentos. Al llegar la santa Eucaristía le dijeron los que allí estaban: Ved á Jesus que viene para perdonaros. Entonces el enfermo echó á gritar con desesperada voz: *Este es el Dios á cuya santa palabra he hecho traicion.* Los que presenciábamos aquella escena, unos nos pusimos á orar, pidiendo al Señor que se apiadase de aquel infeliz, y otros á persuadir al moribundo que pusiese su confianza en la divina misericordia; pero él levantando mas la voz, volvió á esclamar: *Este es aquel Dios á cuya santa palabra he hecho traicion. Ya no hay esperanza para mí.* Proseguimos animándole, y repitió por tercera vez: *Este es aquel Dios á cuya santa palabra he hecho traicion.* Y añadiendo luego: *Por justo juicio de Dios estoy condenado,* espiró. Este hecho, dijo aquel religioso, me ha enmendado y obligado á mudar de estilo en mis sermones.

27. No faltará quien se ria de los casos referidos y de todo lo que digo en esta carta. Pero en el tribunal de Jesucristo nos veremos. Es verdad que no siempre se ha de predicar por el mismo estilo. En una reunion de sacerdotes y de gente ilustrada, prodúzcase el orador con un lenguaje mas culto; pero siempre con un estilo sencillo y familiar, del mismo modo con que se habla en una conversacion con hombres instruidos, sin el adorno de conceptos sublimes y de palabras escogidas. De lo contrario, se sacará menor fruto á proporcion de lo que

sea mas florido el lenguaje: *Quod luxuriat, dice S. Ambrosio, in flore sermonis, hebetatur in fructu. (In Ps. 118.)* La pompa y hojarasca en los sermones los hace infructíferos. Segun san Agustin, el predicador que trata de deleitar el auditorio con un estilo linado, no es un apóstol que convierta, sino un declamador que engaña, cuadrando á sus oyentes lo que se dice de los Judios, los cuales oyendo á Jesucristo, admiraban su doctrina sin convertirse: *Mirabantur, et non convertebantur.* Por mas que digan: *Muy bien, se ha explicado perfectamente,* ningun provecho espiritual habrán sacado. Por esto aconseja S. Jerónimo á su Nepociano, se proponga mas bien hacer llorar á los oyentes, que obtener sus alabanzas: *Docento in Ecclesia te, non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Auditorum lachrymæ laudes tuæ sint. (Epist. ad Nepot.)* De un modo mas espresivo lo dice S. Francisco de Sales en una carta dirigida á cierto eclesiástico (*part. 1. cap. 5.*): Al salir del sermón no me gustaria que dijesen: *Este es un aventajado orador: tiene una feliz memoria: es muy erudito: se ha explicado á las mil maravillas.* Quisiera sí que esclamasen: *¡Cuan hermosa é indispensable es la penitencia! ¡Cuan bueno y justo sois vos, Dios mío!* ú otras cosas por este estilo, ó que, por decirlo en una palabra, hicieren tal impresion las máximas del predicador, que no hallasen los oyentes otro modo de demostrar cuanto las apreciaban, que enmendando sus costumbres.

28. ¿Y creará el orador aficionado á las bellezas del lenguaje, obtener el voto universal, por mas que en ello se empeñe? ¿Y cuanto se engaña! Unos le alabarán y otros le censurarán. Este criticará una cosa, aquél otra. En esto consiste la locura de los oradores sagrados, que se predicán mas bien á sí mismos que á Jesucristo. Con todos sus esfuerzos para obtener un vano aplauso, nunca consiguen los elogios de todo el auditorio. Al contrario, el que predica á Jesus crucificado, nunca yerra en su sermón; pues contenta á Dios, y este debe ser el único fin de todas nuestras acciones. Así pues, generalmente hablando, como dice Muratori, los sermones familiares y sencillos, *pueden* ser agradables y útiles á los talentos elevados, porque si el orador habla de un modo elegante y encumbrado, el oyente se embelesa en la sublimidad del ingenio, sin atender á su provecho. Al contrario los mismos hombres ilustrados no pueden dejar de alabar á un predicador, que para ser útil á todos, desnuerza la palabra de Dios. No alabarán su talento, pero sí el fervor con que sin ostent-

tacion de ingenio se propone únicamente el bien de las almas. En esto consiste la verdadera gloria, á la cual debe aspirar el ministro del Evangelio. Los mismos doctos cuando desean sacar fruto de un sermón, quieren que el orador en vez de embelesar sus entendimientos, cure las llagas de su espíritu. Por esto á las pláticas del que se produce de un modo popular, concurren los sabios y los ignorantes, porque en ellas halla cada uno el pan que necesita.

29. El enfermo, decia Séneca, no busca un médico que se explique bien, sino que le cure. ¿De qué me sirve, escribe dicho autor, que me entretenga con bellos discursos, si necesito el cauterio y la sierra? *Non quærit eger medicum eloquentem, sed sanantem. Quid oblectas? aliud agitur; urendus, secandus sum: ad hæc adhibitus es.* (Sen. Epist. 75.) Por esto escribe S. Bernardo: *Illius doctoris libenter vocem audio, qui non sibi plausum, sed mihi planctum moveat.* (Serm. 59. in Cant.) Me acuerdo que el recomendable y célebre literato D. Nicolas Capasso, iba á oír diariamente al canónigo Gizzio, en sus ejercicios espirituales á los religiosos del Espíritu Santo, diciendo que iba á escuchar al siervo de Dios, porque anunciaba la divina palabra de un modo apostólico y sin adornos; y que si al contrario se hubiere producido dicho orador con afectada elegancia, le habria dado márgen para criticarle de tal modo, que para no perder el tiempo, ni siquiera habria asistido á sus sermones. Muchísimo gusta á los mas instruidos, la palabra de Dios clara y sencilla. Dice Muratori en la vida del P. Segneri el jóven, que éste, predicando de un modo humilde y popular gustaba tanto, que se enseñoreaba del corazón de sus oyentes. Por el mismo estilo leo en la vida de san Juan Francisco Regis lo siguiente: «Eran sencillos sus discursos: proponíase solamente instruir el vulgo, y no obstante, era tal la concurrencia de caballeros, eclesiásticos y religiosos de la ciudad de Puy, que dos ó tres horas antes de empezar á predicar, toda la iglesia se llenaba; diciendo públicamente los vecinos de aquella ciudad, que preferian su santa sencillez á la afectada elegancia de los mas aventajados oradores.—*Este es el hombre, decian, que nos predica á Jesucristo y la palabra divina cual es en su esencia. Los otros vienen á ensalzarse á sí mismos y en vez de la palabra divina, nos dirigen la suya puramente humana.*» Es digno de admirar lo que luego se añade en el lugar citado. Cierta eclesiástico predicaba la cuaresma en la iglesia mayor de otra ciudad, al mismo tiempo

que el Santo hacia su mision. Maravillado el tal sacerdote de que la gente le dejase solo, para correr en pos de un ignorante, pues tal le creia comparándolo consigo, se dirigió á su provincial, que á la sazón estaba allí haciendo la visita, y le dijo: El P. Regio efectivamente es un santo; pero su modo de predicar desdice de la dignidad del púlpito, deshonrando el sagrado ministerio con un estilo humilde y con sus ideas triviales. Respondióle el provincial: *Antes de condenarle vamos á oírle los dos.* Hizo tal impresion en el provincial el modo con que explicaba las verdades evangélicas, que durante el sermón no hizo mas que llorar, y al salir de la iglesia, volviéndose á su compañero, le dijo: *¡Ah padre mio! permita Dios que todos los predicadores se produzcan de este modo! dejémosle predicar con su apostólica sencillez. Veo aqui el dedo de Dios.* Aquel mismo orador, añade el autor de la citada vida, se conmovió tan vivamente oyendo aquel sermón, que en vez de criticarlo como se habia propuesto, le tributó los elogios que justamente merecia.

30. Digamos algo de los panegíricos, como lo he ofrecido. ¿Cual es la razon porque sean infructíferos los que hoy dia se recitan? ¿Cuan provechosos serian si se predicasen con sencillez, esponiendo con devotas reflexiones las virtudes de los santos y procurando mover los fieles á imitar sus ejemplos? Este es el objeto de los panegíricos y por lo mismo los directores de almas aconsejan eficazmente la lectura de las vidas de los santos. Por esto S. Felipe Neri, como dice el autor de su vida, procuraba con tanto empeño que sus congregantes refiriesen la vida y ejemplos de algun santo, para que se grabase mejor su doctrina en la mente de los oyentes; pero queria que se refiriesen hechos mas propios para escitar la compuncion que la admiracion. El P. Juan Dielegis explicando el modo de hacer los panegíricos, dice, que no acostumbran dar fruto por culpa de los que á ellos asisten, no con ánimo de sacar provecho, sino para oír conceptos elevados y un lenguaje ameno; pero, en mi concepto, habria hecho mejor en dar la culpa á los oradores que sobrecargan sus sermones de agudezas, y de cláusulas afectadas con el objeto de adquirir vanos aplausos, cuando su único fin deberia ser, como dice el mismo autor, inducir el auditorio, á imitar las virtudes del santo que motiva el sermón. Oigamos lo que dice Muratori de los panegíricos modernos en el cap. 13. de su obra de la Elocuencia popular: *Aquí es donde por lo comun cifran su mayor empeño los sagrados orado-*

res, en amontonar flores, y riquezas de lenguaje, haciendo alarde de los recursos oratorios. El verdadero objeto de los panegiricos, es el conducir á los oyentes por medio de los ejemplos, á la práctica de la virtud; pero muy pocos panegiristas atienden á este fin; antes bien, Dios mio! ¡cuantas exageraciones extravagantes se proferen en ellos, cuantas reflexiones arriesgadas, cuantas necedades, en una palabra!

31. Y verdaderamente ¿que provecho se saca de los panegiricos de muchos literatos cargados de floreos, de agudezas, de ingeniosos conceptos, de curiosas descripciones, de cláusulas retumbantes que sobrepujan la comun inteligencia, de periodos redondeados y tan largos que el hombre instruido tiene que fijar en ellos una particular atencion, todo lo cual apenas puede pasar en una oracion académica, en la que no tiene otro objeto el orador que la propia gloria? ¡Que desórden, ver á un ministro de Jesucristo perder muchos meses de tiempo y de trabajo! (pues como decia cierto sugeto que ya pasó á la eternidad, para componer un panegirico necesitaba á lo menos seis meses) y para qué? para amontonar follajes y bellezas oratorias y redondeados periodos. ¿Qué provecho saca de esto ni el orador ni su auditorio? El orador nada mas que un poco de humo, y el auditorio nada ó casi nada, porque ó no entiende lo que se le dice, ó si lo entiende se entretiene en saborear la dulzura del lenguaje y la agudeza de los conceptos, perdiendo de este modo el tiempo. Se me refirió como cierto por persona fidedigna, que el mismo orador de quien insinué que para un panegirico necesitaba seis meses, en el artículo de la muerte dispuso que se quemasen todos sus escritos. Se me añadió tambien, que el mismo oyendo una vez los elogios que se le tributaban por sus oraciones panegiricas, contestó sumamente perturbado: *Ay de mí! estos sermones son los que un dia me condenarán.* Escribe Muratori en el tom. 2, capítulo 25 de su obra de la Caridad cristiana: *¿A qué sirven tantos panegiricos que no encierran las mas veces sino una vana ostentacion de ingenio y alambicadas sutilezas de una hinchada mente, que no es dado entender á la mayor parte del pueblo?* añadiendo luego: *Hágase el panegirico, si se quiere sacar provecho, con aquella elocuencia popular é inteligible que persuade y conmueve á los ignorantes y á los sabios, elocuencia tal vez desconocida del que se figura saber mas que los otros.* Destiérrense de nuestros templos semejantes panegiricos llenos de viento, y háganse de un modo familiar y sencillo, como espresa dicho au-

tor , tan recomendable por su piedad como por su ilustracion.

32. Antes de concluir , debo contestar á la opinion que ha manifestado V. R. escribiendo : « Que el deleitar es una de las principales circunstancias del discurso y que por lo tanto asistiendo al sermon gente ilustrada , se necesita la cultura del lenguaje , para que los tales encuentren tambien su aliciente. » No quiero responderle , padre mio , sobre este punto. Cumplirá por mí con este encargo S. Francisco de Sales , el cual en la carta arriba citada (*lett. 1. tom. 1.*) dirigida á un eclesiástico , refiriéndose al modo de predicar , en confirmacion de todo cuanto queda sentado en el *cap. 5.* dice así : « Los largos períodos , las palabras selectas , los gestos afectados , y otras cosas de este jaez , son la peste de los sermones. El mas útil y hermoso artificio consiste en prescindir de todo artificio. Debe inflamar nuestras palabras el amor interior , saliendo éstas del corazon mas bien que de la boea. El corazon habla al corazon ; la lengua solamente al oido. El tejido de la oracion debe ser natural sin vanos follajes y sin palabras afectadas. Los antiguos Padres y todos los que han dado algun fruto , se han abstenido de producirse con escesiva cultura y con adornos mundanos : hablaban con el corazon al corazon , como buenos padres á sus hijos. El objeto del predicadores lograr la conversion de los pecadores y la perfeccion de los justos. Por esto al verse en el púlpito debe decir en su corazon : *Ego veni , ut isti vitam habeant , et abundantius habeant.* » Hablando luego el Santo de nuestro objeto , dice : « Me consta que muchos afirman que el predicar debe deleitar. En cuanto á mí distingo que hay un modo de deleitar inherente á la doctrina que se predica , y á la conmocion de los oyentes ; porque ¿ cual será el alma tan insensata que no escuche con mucho gusto el modo de encaminarse al cielo , de lograr el paraíso y de considerar el entrañable amor que Dios nos profesa ? Para deleitar por este estilo ningun cuidado es escesivo , procurando enseñar y conmover. Hay otra clase de deleitacion que las mas veces impide el que se enseñe y conmueva , la cual consiste en una impresion agradable al oido , dimanada de cierta elegancia profana , de la curiosidad , y de la coordinacion de las palabras que solamente estriba en el artificio. En cuanto á la última digo redondamente que no debe apelar á ella el orador evangélico , por ser propia de los declamadores mundanos , de los charlatanes y de los cortesanos , que la buscan con particular esmero , y el que de este modo predica , no predica á Jesu-

cristo crucificado sino á sí mismo. S. Pablo detesta á los predicadores *prurientes auribus*, esto es, que se proponen halagar el oído del oyente. » Hasta aquí son palabras del Santo, siendo de advertir que sus documentos los ha recibido con particular elogio la Iglesia, mandándonos pedir que con la guía y práctica de los mismos procuremos obtener la eterna gloria : *Concede propitius ut.... diligentibus monitis æterna gaudia consequamur* : como leemos en la oracion del oficio de este eminente siervo de Dios.

33. Coincide con esto lo que dice el profundo teólogo Herbert hablando tambien de lo que deben observar en sus sermones los ministros del Evangelio : *Evangelii minister delectabit, si sit sermonis apti, facilis, ac perspicui.* (*Tom. 7, c. 4, §. 10.*) Debe por lo tanto el predicador procurar agradar hablando de un modo claro, fácil y proporcionado á la capacidad de todos los que le escuchan. De este modo deleitará á los oyentes, como dice S. Francisco de Sales, el oír las verdades eternas y las máximas del Evangelio, y el saber lo que han de practicar, ó evitar para salvarse : les deleitará, en una palabra, el verse compungidos, alentados á confiar, y enfervorizados en el amor de Dios. Segun S. Agustin (*tract. 20. in Joan.*) el conocer la verdad deleita mas que los placeres de los sentidos, añadiendo que nada anhela tanto el alma como conocer la verdad : *Quid enim fortius desiderat anima quam veritatem?* Lo confirma S. Francisco de Sales en su tratado del amor de Dios (*lib. 3. c. 9.*) : « La verdad es el objeto del entendimiento, el cual cifra todo su gusto en conocerla. Y á proporcion que ésta es mas sublime, queda aquél mas satisfecho. Por esto los antiguos filósofos abandonaron las riquezas, los honores y los placeres, para escudriñar la verdad de la naturaleza. Segun Aristóteles, la felicidad humana consiste en la sabiduria, esto es, en conocer la verdad de las cosas escelentes. » Deduce el Santo de todo lo dicho, que el mas sabroso gusto lo encuentra el alma en conocer las verdades de la fe. Su conocimiento no solo nos es agradable sino á mas sumamente útil por depender de él nuestra felicidad temporal y eterna. Por lo tanto, dice S. Antonino, el orador debe deleitar al oyente ; pero con qué objeto ? Únicamente con el de que impresionándole el sermon, se resuelva á practicar cuanto se le ha enseñado : *Ut sic moveat affectum ut flectat, scilicet curando, ut quæ dicta sunt, velit implere.* (*Part. 3. tr. 18. c. 3. §. 2.*) Por el lado opuesto, segun opinion de S. Juan Crisóstomo, la ruina de la Iglesia está ba-

sada en el cuidado que ponen sus ministros no en compungir á sus oyentes, sino en deleitarles con la belleza del lenguaje; como si aquéllos acudiesen al templo para oír cantar por un profesor escelente un villancico desde el púlpito: *Subvertit Ecclesiam*, dice el Santo, *quod et vos non quæritis sermonem, qui compungere possit, sed qui oblectet, quasi cantores audientes. Et idem sit ac si pater videns puerum ægrotum, illi, quæcumque oblectent, porrigat. Talem non dixerim patrem. Hoc etiam nobis accidit, flosculos verborum sectamur, ut oblectemur, non ut compungamus, et laudibus obtentis, abeamus.* (Hom. 30. in Act.)

Son terminantes las palabras, y entendiendo V. R. el latin, no necesitan esplicacion. Es cierto que abundan los oradores de estilo pomposo y elegante, y que se agrupa á oírles un numeroso concurso; pero quisiera que se me dijese, cuantos son los oyentes que atraídos por el enbeleso de tales sermones sobrecargados de elegantes follajes, salen compungidos del templo y mudan de conducta? Lo mismo preguntaba san Francisco de Sales, hablándose de los mas afainados predicadores: *Decidme por favor ¿cuantas personas se han convertido por medio de sus sermones?* El detestable prurito de darse tono, afea los discursos de muchos oradores, haciendo perder el fruto á los que los escuchan. Por esto exclamaba S. Vicente de Paul, como leemos en su vida: ¡O maldito deseo de lucir! cuantos bienes infectas, y cuantos males causas! Por tu causa el que debia predicar á Jesucristo, solo se ensalza á si mismo, destruyendo en vez de edificar.

34. Otros para atraerse un numeroso concurso adornan, ó mejor diré, afean sus sermones con chistes y cuentos ridiculos, ateniéndose á afirmar que es indispensable practicarlos así, especialmente en las instrucciones ó pláticas doctrinales, si se quiere que el pueblo asista y esté atento y sin fastidio. A esto solo contestaré, que los santos con sus sermones no hacian reír, sino llorar. Cuando S. Juan Francisco Regis profesaria sus discursos, que todos eran unas sencillas instrucciones, el auditorio no hacia mas que llorar sin interrupcion, desde el principio hasta el fin de la plática. Pase que se diga algun chiste, con tal que naturalmente dimanase del mismo asunto que se está tratando; pero convertir la instruccion en una escena cómica, como lo practican algunos, refiriendo cuentos ridiculos y curiosas fábulas, acompañadas con movimientos y gestos sugeridos por el prurito de hacer reír, me parece que desdice de la reverencia debida á la Iglesia, del decoro del

púlpito desde el cual se profiere la palabra de Dios, y donde el orador hace las veces de embajador de Jesucristo. Será fácil hacer reir á los oyentes, y pasarán un rato divertido; pero despues quedarán distraidos y faltos de devocion, y muy á menudo fijarán mas la atencion en el arte ó hecho ridiculo que se les ha referido, que en la moralidad que á duras penas, y como tirada por los cabellos procurará sacar el orador de sus chanzas, para que no se diga, que ha subido al púlpito solo para desempeñar el papel de charlatan. Esto sucederá con el vulgo, al paso que la gente sensata oirá con repugnancia tales juguetes. A muchos les gusta ver bailar, pero si alguno se pasease danzando por las calles, causaria fastidio el mirarlo. Por el mismo estilo muchos hay aficionados á oir chistes; pero les disgusta, principalmente siendo gente piadosa, escucharlos desde el púlpito, esto es, desde la cátedra destinada á enseñar la palabra de Dios. Es una equivocacion el figurarse que no concurrirá la gente sin estos chistes, ó que escuchará la plática doctrinal con poca atencion; antes al contrario, estóy en que acudirá en mayor número y estará mas atenta, cuando se convenza de que su asistencia al templo no es un pasatiempo ó diversion, sino que de ella saca el alma su provecho. Baste ya sobre el particular. De todo lo que dejo notado en la presente, deducirá V. R. cuanto he estrañado su proposicion: á saber, que el predicador debe atraer el auditorio con su estilo culto y adornado. Espero en el Señor que se dignará despreocuparle de este grande error, tan perjudicial á su alma, como á las de todos los que asistan á los sermones de V. R.

35. Atendido por otra parte, que por su eximia humildad, me pide al fin de su carta algun consejo sobre el modo de predicar con fruto, le encargo que se esplane con preferencia en sus sermones en hablar de los novísimos, de la muerte, del juicio, del infierno, de la eternidad, y otros puntos semejantes, por ser estas las verdades que hacen mas fuerte impresion y escitan mas á vivir bien. Le ruego tambien que procure hacer conocer la tranquilidad que disfruta el que está en gracia de Dios. Por este medio sacó S. Francisco de Sales muchas almas del camino de perdicion, y por esto le elogiaba mucho Enrique IV de Francia, quejándose de los otros predicadores, los cuales pintan como muy dificil el camino de la virtud, haciendo perder la confianza de seguirlo. Ruégole tambien hable á menudo del amor que nos demostró Jesucristo en su pasion y en la institucion del santísimo Sacra-

mento, y del que nosotros debemos profesar á nuestro amantísimo Redentor, recordando con frecuencia estos dos sublimes misterios de su afecto. Lo digo, porque comunmente hablando, pocos predicadores, y aun éstos muy de paso hablan del amor de Jesucristo, y es innegable que todo lo que se hace solamente por temor del castigo y no por amor, es de corta duracion. Decia el zeloso operario y gran siervo de Dios P. D. Genaro Sarnelli : *No quisiera hacer mas que ir predicando por todas partes : Amad á Jesus ; amad á Jesucristo que muy bien lo merece.* Ruego tambien á V. R. que inculque siempre en sus sermones la devocion á Maria santisima, por medio de la cual nos vienen todas las gracias, haciendo recurrir el pueblo, al fin del discurso, á esta divina Madre, para obtener algun importante beneficio, como el perdon de los pecados, la santa perseverancia y el amor de Jesucristo.

36. Pídele sobre todo, que en sus discursos proponga siempre verdades prácticas, indicando los medios de conservar la gracia de Dios, como el abstenerse de mirar objetos peligrosos : huir las ocasiones, tratando con personas de diferente sexo ó con malos compañeros : frecuentar los sacramentos : inscribirse en alguna congregacion : hacer oracion mental, enseñando prácticamente el modo de practicarlo : la lectura de los libros espirituales : las visitas al santísimo Sacramento y á la purísima Virgen : el exámen de conciencia y el santo rosario. Insinue á menudo la conformidad con la voluntad de Dios en las adversidades, pues en ella estriba nuestro bien y nuestra perfeccion. Aconseje con preferencia, que diariamente se recorra á Jesus y á Maria, para obtener la santa perseverancia, particularmente en el tiempo de la tentacion. Y lo que especialmente le recomiendo es, que indique al pueblo el gran medio de la oracion, de la cual veo que raras veces y muy por encima hablan los predicadores, siendo así que de ella depende nuestra salvacion eterna y todo nuestro bien. No ignoro que la esplicacion de estas verdades prácticas gusta muy poco á los oradores de elevada esfera, que las miran como triviales y poco á propósito para lucir su sutileza con encumbrados discursós. Pero así predicaba S. Francisco de Sales, que convirtió con sus sermones una infinidad de almas. Siempre que podia indicaba la práctica de la vida cristiana, de modo que en cierto paso pidióle el pueblo le diese por escrito las verdades prácticas que habia enseñado en el púlpito, para poder mejor ejecutarlas.

37. Si todos los sagrados ministros se portasen de este modo, predicando con el solo objeto de agradar á Dios, con un estilo claro y popular, esplicando las verdades eternas y las máximas del Evangelio desnudas y sencillas, indicando los remedios prácticos contra el pecado, y los medios de perseverar y adelantar en el amor de Dios, el mundo cambiaria de aspecto, y no serian tan frecuentes las ofensas de Dios, como las presenciarnos todos los dias. Vemos que si en un pais algun sacerdote fervoroso predica verdaderamente á Jesucristo, aquel pais se santifica. Diré aun mas: si en una iglesia se profiere un sermon espiritual y sencillo, el pueblo se compunge, y el que no se convierte enteramente, á lo menos se conmueve. Ahora pues, si en todas partes se predicase de este modo ¿cuanto provecho no sacarían las almas? No quiero molestar mas su atencion, pero ya que ha tenido la paciencia de leer esta difusa carta, le ruego tenga la bondad de hacer conmigo la siguiente súplica á Jesucristo:

« Divino Salvador de este mundo, que tan poco os conoce y os ama, especialmente por culpa de vuestros ministros: vos que para salvar las almas sacrificasteis vuestra vida, conceded por los méritos de vuestra pasion, la conveniente luz y discernimiento á tantos sacerdotes, que podrian convertir á los pecadores y santificar la tierra, predicando vuestra divina palabra sin vanidad y con sencillez, del modo que lo hicisteis vos y vuestros discípulos; pero léjos de practicarlo así, se predicán á sí mismos y no á vos, de lo que resulta que habiendo en el mundo tantos predicadores, el infierno se llena continuamente de almas. Poned, Señor, un dique al mal que por culpa de los predicadores sufre la Iglesia. Pidoos tambien que humilleis, si es necesario, para escarmiento de los otros, con algun portento visible á los sacerdotes que, para adquirir una efímera gloria, adulteran vuestra divina palabra; á fin de que se enmienden, y no se impida el provecho espiritual de los pueblos. Así lo espero y así sea. »

Concluyo pidiéndole me tenga V. presente en sus oraciones, y repitiéndome

Su afectísimo seguro servidor.

ALFONSO M., obispo de Santa Agueda, etc.

SERMONES

ABREVIADOS

PARA TODAS LAS

DOMINICAS DEL AÑO.

SERMON I.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE ADVIENTO.

DEL JUICIO UNIVERSAL.

Et videbunt Filium hominis venientem in nubibus cœli cum virtute multa et majestate.

MATH. 24. 30.

Dios es desconocido en nuestros tiempos, y por esto es tan despreciado de los pecadores, como si no pudiera vengarse, cuando quiera, de las injurias que se le hacen : *Et quasi nihil posset facere omnipotens, æstimabant eum. (Job 22. 17.)* Pero el Señor ha fijado un día que en las santas Escrituras se llama *Dies Domini*, en el cual el eterno Juez se dará á conocer con toda su grandeza y majestad : *Cognoscetur Dominus judicium faciens. (Psalm. 9. 17.)* Sobre este texto escribió S. Bernardo : *El Señor que ahora es ignorado mientras es misericordioso, se dará á conocer cuando venga á juzgarnos. (Lib. de 12. Rad.)* Por esto se llama este día, *día de ira, de tribulacion y de angustia; día de calamidad y de miseria. (Soph. 1. 15.)* Comencemos pues á hacer las reflexiones siguientes :

En el punto 1.º El diverso aspecto que presentarán los justos y los pecadores.

En el 2.º El exámen de las conciencias.

En el 3.º La sentencia de los elegidos y de los réprobos.

PUNTO I.

Del distinto aspecto de los justos y de los pecadores en el valle de Josafat.

1. A este día dará principio el fuego que bajará del cielo y abrasará la tierra con todos los hombres que vivan entonces y todo cuanto exista en el mundo : *Terra et quæ in ipsa sunt opera exurentur.* (2. Petr. 3. 10.) Todo se convertirá aquel día en un monton de cenizas.

2. Luego que estén muertos los hombres, sonará aquella terrible trompeta, que hacia temblar á S. Jerónimo, y todos resucitarán á su acento, como dice el Apóstol : *Canet enim tuba, et mortui resurgent.* (1. Cor. 15. 52.) S. Jerónimo (in *Math. cap. 5*) decia : *Siempre que pienso en el día del juicio, me pongo á temblar. Bien esté comiendo, bien bebiendo, bien haciendo cualquier otra cosa ; siempre me parece que resuena en mis oídos aquella terrible trompeta que dice : levantaos, muertos, y venid á juicio.* Y S. Agustin confesaba, que ninguna cosa le distraia mas de los pensamientos terrenos, que el temor que le inspiraba este día.

3. Al sonido de aquella trompeta descenderán del cielo las hermosas almas de los bienaventurados á unirse con aquellos mismos cuerpos con que sirvieron á Dios en este mundo; y saldrán del infierno las de los réprobos, desesperadas y horribles á unirse á los cuerpos desgraciados y malditos, con los cuales ofendieron á Dios. ¡Cuan diferente será la presentacion de los unos de la de los otros ! Los réprobos aparecerán deformes y negros como tizones del infierno : y los bienaventurados resplandecerán como astros brillantes : *Tunc justi fulgebunt sicut sol.* (*Math. 13. 43.*) ; Que contentos estarán entonces los que hayan mortificado su cuerpo con la penitencia ! Deduzcámoslo de las palabras que dijo S. Pedro de Alcántara á Sta. Teresa, cuando se le apareció despues de su muerte : *O felix pœnitentia, quæ tantum mihi promeruit gloriam !* Dichosa penitencia que me granjeó tan grande gloria !

4. Luego que los hombres hayan resucitado, los ángeles los conducirán al valle de Josafat para ser allí juzgados : *Populi, populi in vallem concisionis, quia juxta est dies Domini.*

(Joel 3. 14.) Luego los mismos ángeles separarán los réprobos de los elegidos , colocando á éstos á la diestra y aquéllos á la siniestra : *Exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum.* ; Que confusion sufrirán entonces los tristes condenados ! dice el autor de la *Obra imperfecta* (Hom. 54.) : *Quomodo putas impios confundendos , quando segregatis justis, fuerint derelicti!* Esta pena sola seria bastante para servirles de infierno , como dice el Crisóstomo : *Et si nihil ulterius paterentur , ista sola verecundia sufficeret eis ad pœnam.* (In Math. cap. 24.) El hermano será separado del hermano , el marido de la esposa, el hijo del padre , el amigo del amigo.

5. Pero repentinamente se abren los cielos, los ángeles acuden á presenciar el juicio , llevando la enseña de la cruz y los otros signos de la pasion del Redentor , como dice el angélico Sto. Tomás : *Veniente Domino ad judicium, signum crucis, et alia passionis indicia demonstrabunt.* (S. Thom. Opusc. 2. cap. 244.) Esto se confirma con aquellas palabras de S. Mateo (24. 30.) : *Et tunc parebit signum Filii hominis in cœlo , et tunc plangent omnes tribus terræ.* Derramarán lágrimas de desesperacion los pecadores al ver la cruz del Salvador ; porque , como dice S. Juan Crisóstomo , los clavos se quejarán del pecador , y las llagas y la cruz de Jesucristo hablarán contra él : *Clavi de te conquerentur , cicatrices contra te loquentur , crux Christi contra te perorabit.* (Homil. 20. in Math.)

6. Tambien la Reina de los santos y de los ángeles María Santisima , asistirá al juicio universal del género humano , y finalmente comparecerá el eterno y supremo Juez sobre las nubes , cercado de esplendor y majestad : *Et videbunt Filium hominis venientem in nubibus cœli , cum virtute multa et majestate.* (Math. 24. 31.) Verán al Hijo de Dios y de la Virgen en las nubes rodeado de pompa y de virtud. ; Que pena causará á los réprobos la vista imponente del Juez ! *A facie ejus cruciabuntur populi.* (Joel 2. 6.) S. Jerónimo dice : que la presencia de Jesucristo les causará mayor tormento , que el mismo infierno : *Damnatis melius est inferni pœnas , quam Domini præsentiam ferre.* Por esto , segun S. Juan , dirán ellos aquel día á los montes : Caed sobre nosotros , y ocúltadnos de la vista del Juez irritado : *Dicent montibus et petris : Cadite super nos et abscondite nos à facie sedentis super thronum , et ab ira Agni.* (Apocal. 6. 16.)

PUNTO II.

Exámen de las conciencias.

7. *Judicium sedit, et libri aperti sunt.* (Dan. 7. 10.) Se abren los libros de las conciencias y comienza el juicio. Nada quedará entonces oculto. El Apóstol dice que el Señor, *Illuminabit abscondita tenebrarum.* (1. Cor. 4. 5.) Dios mismo dice por Sofonías (1. 12.): *Scrutabor Hierusalem in lucernis.* Pesquisaré, examinaré los crímenes de Jerusalem, esto es, de todo el mundo, á la luz de una bujía, que quiere decir, con tanto rigor, que no se me oculte ninguno: porque con la bujía se registran los rincones mas ocultos.

8. S. Juan Crisóstomo escribe (*Homil. 3. de Dav.*): *Terribile judicium, sed peccatoribus, justis autem optabile et suave.* El juicio causará espanto á los pecadores, pero á los justos alegría y dulzura; porque entonces Dios dará á cada uno el premio ó castigo que haya merecido segun sus obras, buenas ó malas. (1. Cor. 4. 5.) El Apóstol dice, que en aquel dia los elegidos serán sublimados sobre las nubes para obsequiar al Señor en compañía de los ángeles: *Rapiemur cum illis in nubibus obviam Christo in aera.* (1. Thess. 4. 16.)

9. Los hombres mundanos que al presente llaman insensatos á los justos que viven mortificados y humillados, confesarán entonces su propia insensatez, y dirán: *Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam, et finem illorum sine honore: ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* Nosotros, insensatos, creíamos que la vida de los justos no era mas que estravagancia y locura, y que al fin nada conseguirían: pero vemos que han sido contados entre los hijos de Dios, y que les ha cabido la suerte de los santos. (Sap. 5. 4.) En este mundo se llaman felices los ricos y los que disfrutan honores; pero la felicidad verdadera consiste en alcanzar la bienaventuranza. Alegraos pues vosotras, almas piadosas, que pasais en este mundo una vida llena de tribulaciones; porque vuestra tristeza se convertirá en alegría: *Tristitia vestra vertetur in gaudium.* (Joan. 16. 20.) Y en el valle de Josafat estareis sentados en tronos de gloria.

10. Los réprobos, al contrario, serán colocados á la siniestra como cabritos destinados al matadero, para esperar allí su última sentencia de eterna condenacion: *Judicii tempus,*

dice el Crisóstomo , *misericiordiam non recipit*. El día del juicio no habrá esperanza de misericordia para los desgraciados pecadores. S. Agustin escribe : *Magna jam est pœna peccati , metum et memoriam divini perdidisse judicii*. (Serm. 20 de Temp.) Ya es gran pena del pecado vivir sin acordarse del día del juicio , y sin temerle. Y en efecto, la mayor pena del pecado que experimentan los que viven en desgracia de Dios , es haber perdido el temor y la memoria del juicio divino. Sigue , sigue sin embargo viviendo obsunado en el crimen , dice el Apóstol , que segun es tu obstinacion , el día del juicio hallarás amontonado un tesoro , no de gloria , sino de ira divina : *Secundum autem duritiam tuam et impœnitens cor , thesaurizas tibi iram in die iræ*. (Rom. 2. 5.)

11. Entonces , dice S. Anselmo , no podrán ocultarse los pecadores , sino que se verán precisados á comparecer en juicio con dolor insufrible : *Latere enim impossibile , apparere intolerabile*. Los demonios barán su oficio acusándole , y dirán al Juez , como dice S. Agustin : *Judica , esse meum , qui tuus esse noluit*. Juzga , como juez recto que eres , que es mio y me pertenece el que no quiso ser tuyo. En contra de ellos testificarán , primeramente su propia conciencia : *Testimonium reddente illis conscientia ipsorum*. (Rom. 2. 15.) En segundo lugar las criaturas y las paredes mismas de la casa en que pecaron estarán clamando en su contra : *Lapis de pariete clamabit*. (Habac. 2. 11.) En tercer lugar el Juez mismo dirá : Yo que todo lo sé , yo á quien nada se puede ocultar , soy testigo : *Ego sum judex et testis , dicit Dominus*. (Jerem. 29. 23.) Sobre lo que escribió despues S. Agustin : *Ipse erit judex causæ tuæ , qui modo est testis vitæ tuæ*. (Lib. de 10. Chord.) Será juez de tu causa el mismo que ahora es testigo de tu vida. A los cristianos condenados les dirá especialmente las palabras de S. Mateo (11. 12.) : *Væ tibi Corozain , væ tibi Bethsaida , quia si in Tyro et Sidone factæ essent virtutes , quæ factæ sunt in vobis , olim in cilicio et cinere pœnitentiam egissent*. Cristianos , les dirá , si las gracias que á vosotros os he hecho , las hubiese hecho á los turcos , ó á los idólatras , ellos hubieran hecho penitencia de sus culpas ; pero vosotros no habeis puesto fin á vuestros pecados , sino con la muerte. Y entonces les pondrá á la vista sus maldades ocultas : *Revelabo pudenda tua in facie tua*. (Nahum 3. 5.) Descubrirá todos sus desórdenes , sus injusticias y crueldades ocultas : *Ponam contra te omnes abominationes tuas*. (Ezech. 7. 3.) Manifestará á los réprobos todos sus pecados.

12. ¿Que excusas podrán entonces alegar? *Omnis iniquitas oppilabit os suum.* (Psalm. 106.) Sus numerosos pecados les cerrarán la boca, y en lugar de poder responder para escusarse, pronunciarán ellos mismos su propia condenacion, diciendo: *Ergo erravimus à via veritatis.* En efecto abandonamos el camino de la verdad.

PUNTO III.

Sentencia de los elegidos y de los réprobos.

13. S. Bernardo dice (*Serm. 8. in Ps. 90.*) que primeramente escucharán su sentencia los elegidos, destinándolos á la gloria del paraíso, para que sea mayor la pena de los réprobos, viendo lo mucho que han perdido: *Prius pronuntiabitur sententia electis, ut acrius (reprobi) doleant videntes quid amiserint.* Volveráse, pues, Jesucristo, primero á los elegidos, y les dirá: *Venite benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum à constitutione mundi.* Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo. (*Math. 25. 34.*) Bendecirá todas las lágrimas que derramaron, doliéndose de sus culpas, todas sus obras buenas, sus oraciones, sus mortificaciones y comuniones: sobre todo las penas de su pasión y la sangre derramada por su salud. Y en medio de estas bendiciones entrarán en el paraíso, cantando himnos de alabanza para alabar á Dios eternamente.

14. Luego se volverá hácia los réprobos, y pronunciará su condenacion con estas palabras: *Discedite à me maledicti in ignem æternum.* (*Math. loco cit. v. 41.*) Id léjos de mí, malditos, al fuego eterno. Serán pues maldecidos, separados de la presencia de Dios y enviados á arder eternamente en el fuego abrasador del infierno: *Et ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.* (*Math. 25. 46.*)

15. S. Efren dice, que despues de esta sentencia los réprobos serán obligados á dar un eterno á Dios á sus padres, al paraíso, á los santos y á la Virgen María. (*Efren. de variis serm. inf.*) En seguida se abrirá un abismo en medio del valle; y los desgraciados réprobos serán lanzados en él, y luego se cerrará aquella boca para siempre jamás. ¡Maldito pecado! ¡Á que fin tan triste tienes que conducir un tiempo á tantas almas redimidas con la sangre preciosa de Jesucristo! ¡O almas infelices á quienes está reservado un fin tan triste y lamentable!

Pero alegraos vosotros, amados cristianos, para quienes Jesucristo hace al presente las veces de padre y no de juez. Preparado está siempre á perdonar al que se arrepiente. Pidámosle presto perdon de nuestras culpas. Detestémoslas, diciéndole de lo íntimo del corazón: Me pesa, Señor, de haberos ofendido, me pesa de haber pecado, me pesa de haber estado sordo á vuestros llamamientos, que como divino Pastor de las almas has llamado tantas veces la mía, para que dejando los pastos vedados de los vicios, acudiera á los prados amenos de las virtudes que cercan la mansion deliciosa del paraíso. Habed, Señor, misericordia de mí, habed compasion de una alma arrepentida; misericordia, Dios mio, misericordia y gracia.

SERMON II.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE ADVIENTO.

SOBRE LA UTILIDAD DE LAS TRIBULACIONES.

Joannes autem cum audisset
in vinculis opera Christi, etc.
MATH. 11.

Dios enriquece en el tiempo de la tribulacion á las almas que *Dama* con sus mayores gracias. Ved á S. Juan que entre las cadenas y estrecheces de la cárcel, conoce las obras maravillosas que hacia Jesucristo: *Cum audisset Joannes in vinculis opera Christi*. Grande é inapreciable es la utilidad que nos resulta de las tribulaciones. Y el Señor nos las envia no porque quiera nuestro mal, sino porque anhela nuestro bien; y por lo mismo debemos recibirlas cuando las envia, y darle tambien rendidas gracias, no solamente resignándonos á cumplir su divina voluntad, sino alegrándonos de que nos trate como antes trató á su divino hijo Jesus, cuya vida sobre la tierra fué un tejido de penas y de dolores. Procuraré haceros ver en mi breve discurso:

Cuan útiles son las tribulaciones. *Punto 1.º*

Como debemos portarnos en ellas. *Punto 2.º*

Virgen purísima, Reina de los Angeles, y Madre de los

pecadores , interponed vuestra poderosa intercesion para que vuestro Hijo santísimo que es la fuente de toda gracia , me conceda la que yo necesito para esponer á mis oyentes santa y debidamente aquella misma palabra divina que él mismo nos enseñó , cuando vivió en la tierra revestido de nuestra misma naturaleza , con el fin de enseñarnos el camino del cielo. Para esto os saludamos con el Angel , diciéndoos , Ave-María.

PUNTO I.

Cuan útiles nos son las tribulaciones.

1. El que no ha sido tentado ¿qué es lo que sabe? El que tiene mucha esperiencia , pensará muchas cosas , y el que aprendió muchas cosas , muchas contará : *Qui non est tentatus , quid scit? Vir in multis expertus , cogitabit multa , et qui multa didicit , enarrabit multa. (Eccl. 34. 9.)* El que siempre ha vivido en la prosperidad y no tiene esperiencia de la adversidad , no sabe nada acerca del estado de su alma. El primer buen efecto de la tribulacion , es abrírnos los ojos que la prosperidad nos tiene cerrados. Ciego estaba S. Pablo cuando se le apareció Jesucristo , y entonces conoció los errores en que vivia. Recurrió á Dios el rey Manasés estando preso en Babilonia , y conoció sus pecados é hizo penitencia de ellos : *Postquam coangustatus est , oravit Dominum. . . . et egit pœnitentiam valde coram Deo. (2. Paral. 33. 12.)* Cuando el hijo pródigo se vió reducido á guardar puercos , y afligido del hambre , dijo : *Surgam et ibo ad patrem meum. (Luc. 15.)* Iré y me echaré á los pies de mi padre. ¿ Cuando abrieron los ojos para ver y detestar sus culpas S. Pablo , Manasés , y el hijo pródigo? Habeis visto que en la tribulacion. Mientras vivieron en la prosperidad , solamente pensaban en el mundo y en los vicios.

El segundo buen efecto de la tribulacion es separarnos del apego que tenemos á las cosas de la tierra. Cuando la madre quiere destetar á su hijo de pechos , pone hiel en el pezon , para que el niño le aborrezca , y se acostumbre á comer. Lo mismo hace Dios con nosotros para apartarnos de los bienes terrenales : pone hiel en las cosas terrenas , para que hallándolas nosotros amargas , las aborrezcamos , y amemos los bienes celestiales. S. Agustin dice : *Ideo Deus felicitatibus terrenis amaritudines miscet , ut alia quæraturs felicitas , cujus dulcedo non fallat. (Serm. 29. de verb. Dom.)* Que quiere decir : que

hace Dios amargas las cosas terrenas , para que busquemos otra felicidad , cuya dulzura no nos engañe.

El tercero consiste , en que aquellos que viven en la prosperidad son molestados de la soberbia , de la vanagloria , del orgullo , del deseo immoderado de adquirir riquezas , honores y placeres. De todas estas tentaciones nos libran las tribulaciones , y nos hacen ser humildes , y contentarnos con el estado y condicion en que Dios nos ha colocado. Por esto escribia el Apóstol: *A Domino corripimur , ut non cum hoc mundo damnemur.* (1. Cor. 32.) Nos arrebató el Señor por medio de la tribulacion , para que no seamos condenados con este mundo.

2. El cuarto es , que sirven las tribulaciones para satisfacer por los pecados cometidos , mucho mejor que las penitencias que nosotros hacemos voluntariamente. S. Agustin dice : *Intellige medicum esse Deum , et tribulationem medicamentum esse ad salutem.* Sepas que Dios es el médico que da la salud , y la medicina que para esto aplica es la tribulacion. ¡Oh, que remedio tan eficaz son las tribulaciones para curarnos las llagas y heridas que nos abrieron los pecados! Por esta razon reprende el Santo á los pecadores que se quejan á Dios cuando los atribula : *Unde plangis? quod pateris medicina est , non pœna.* ¿Por qué te quejas? La tribulacion que sufres , es una medicina , no un castigo. (S. Aug. in Ps. 55.) Job llama dichoso al que es visitado por el Señor con tribulaciones , porque los sana con la misma mano con que los hiere : *Beatus homo , qui corripitur à Deo , quia ipse vulnerat et medetur , percutit et manus ejus sanabunt.* (Job 5. 18.) Por esto se gloriaba S. Pablo de verse atribulado : *Gloriamur in tribulationibus.* (Rom. 5. 3.)

3. El quinto efecto es , que las tribulaciones hacen que nos acordemos de Dios , y nos precisan á recurrir á su misericordia , viendo que solamente él es el que puede aliviárnoslas , ayudándonos á sufrirlas : *In tribulatione sua mane consurgent ad me.* (Oseas 6. 1.) Por eso dice el Señor hablando á los atribulados : *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis , et ego reficiam vos.* (Math. 11. 28.) Y por esto se hace llamar : *Adjutor in tribulationibus* ; el ayudador en las tribulaciones , como dice David. El mismo añade : *Cum occideret eos , querebant eum , et revertebantur ad eum.* (Ps. 77. 34.) Cuando castigaba á los hebreos , entregándolos á sus enemigos , le buscaban y se volvian hácia él.

4. El sexto es , que nos hacen contraer grandes méritos ante Dios , dándonos ocasion de ejercitar las virtudes que mas

ama, como son la humildad, la paciencia, y la conformidad con la voluntad divina. El venerable Juan de Avila decia, que vale mas en la adversidad *un bendito sea Dios, que mil acciones de gracias en la prosperidad*. S. Ambrosio (in *Luc. cap. 4.*) dice: *Tolle martyrum certamina, tulisti coronam*. Despoja á los mártires de sus tribulaciones, y los despojarás de la corona del martirio. ¡Que tesoro de méritos consigue el cristiano sufriendo con paciencia los desprecios, la pobreza, y las enfermedades! Los desprecios que se reciben de los hombres son los verdaderos deseos de los santos que anhelan ser despreciados por el amor de Jesucristo, para hacerse semejantes á él.

5. Además ¡cuanto ganamos sufriendo las incomodidades de la pobreza! *Tú eres mi Dios, y todas mis cosas*, decia san Francisco de Asis: y diciendo de este modo se creia mas que todos los grandes de la tierra. Demasiado cierto es lo que decia Sta. Teresa: *Cuanto menos tengamos en este mundo, mas gozaremos en el otro*. Dichoso el que puede decir: *Jesus mio, tú solo me bastas*. Si te crees infeliz porque eres pobre, dice san Juan Crisóstomo, realmente eres infeliz y digno de compasion; no porque eres pobre, sino porque siéndolo, no abrazas tu pobreza y te tienes por desgraciado: *Sane dignus es lacrymis ob hoc, quod miserum te existimas, non ideo quod pauper es*. (S. Joan. Chrysost. *Serm. 2. Epist. ad Philip.*)

6. Tambien es alcanzar de antemano una gran parte de la corona que nos está preparada en el cielo, sufrir con paciencia los dolores y las enfermedades. Si se queja un enfermo de que por estar así no puede hacer nada, se equivoca; porque lo puede hacer todo, ofreciendo á Dios con paz y resignacion cuanto padezca en su enfermedad. El Crisóstomo escribe que la cruz de Jesucristo es la llave del paraíso: *Cruz Christi clavis est paradisi*. (*Homil. in Luc. de Virg.*)

7. S. Francisco de Sales decia, que la ciencia de los santos es, sufrir constantemente por Jesucristo para llegar presto á ser bienaventurados. Con los sufrimientos prueba Dios á sus siervos para ver si los halla dignos de sus favores: *Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se*. (*Sap. 3. 5.*) El Apóstol dice que Dios castiga á quien ama, y envia tribulaciones á sus predilectos: *Quem enim diligit Deus castigat; flagellat autem omnem filium quem recipit*. (*Hebr. 12. 6.*) Por este motivo Jesucristo dijo un dia á Sta. Teresa: Sepas, que las almas que mas aman al Padre, son aquellas que padecen mayores tribulaciones. Por esto decia Job: Si hemos recibido bienes de mano del Se-

ñor ¿por qué no hemos de recibir males? *Si bona suscipimus de manu Dei, mala quare non suscipiamus?* (Job 2. 10.) Justo es que el que recibió con alegría la vida, la salud, las riquezas temporales, reciba también las tribulaciones que nos son mas útiles y provechosas, que la prosperidad. S. Gregorio dice, que así como crece la llama, si el viento la agita, así se perfecciona el alma fortificada con la tribulación.

8. Las tribulaciones mas terribles para una alma buena, son las tentaciones con que el demonio nos incita á ofender á Dios: pero el que las resiste y las sufre, acudiendo á Dios, adquiere con ellas gran tesoro de méritos: *Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis: sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere.* (1. Cor. 10. 13.) Por esto permite el Señor que nos molesten las tentaciones, para que, resistiéndolas, merezcamos mas. Dichosos los que lloran, dice el Señor, porque ellos serán consolados: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.* (Math. 5. 5.)

9. Es necesario pues, dice S. Juan Crisóstomo, sufrir las tribulaciones con resignación, porque así ganaremos mucho: empero de otro modo, no disminuirémos nuestros males, sino que los aumentarémos. Si no sufrimos con paciencia la tribulación, no mejorarémos nuestra situación, y será mayor el peligro. No hay remedio; si queremos salvarnos, es preciso entrar en el reino de Dios por medio de muchas tribulaciones: *Per multas tribulationes oportet introire in regnum Dei.* (Act. 14. 21.) Un siervo de Dios decía, que el paraíso es el lugar de los pobres, de los humildes y de los afligidos. Tales han sido los mártires y los santos. Por esto dice S. Pablo: *Patientia enim vobis necessaria est, ut voluntatem Dei facientes, reportetis repromissionem.* (Heb. 10. 36.) Hablando S. Cipriano de las tribulaciones de los santos, dice: *Quid hæc ad Dei servos, quos paradisos invitat?* (Epist. ad Demetr.) ; Que cosa tan grande es para los santos sufrir las aflicciones de esta vida, cuando en recompensa les están prometidos los bienes eternos del paraíso!

10. En suma, las tribulaciones que Dios nos envia, no vienen para nuestro daño, sino para nuestro provecho: *Flagella Domini, quibus quasi servi corripimur, ad emendationem et non ad perditionem nostram evenisse credamus.* (Judith 8. 27.) Cuando se ve un pecador atribulado en esta vida, señal es de que Dios quiere tener misericordia de él en la otra. Al contrario, es desgraciado aquel que no es castigado por Dios en este

mundo : porque es señal de que el Señor está desdeñoso con él , y le tiene reservado para el eterno castigo.

11. El profeta Jeremías pregunta á Dios : *Quare via impiorum prosperatur ?* (Jerem. 12. 1.) Señor , ¿porqué son felices los impíos en este mundo? Y el mismo Jeremías se responde diciendo : *Congrega eos quasi gregem ad victimam ; et sanctifica eos in die occisionis.* (Ib. v. 3.) Así como el día del sacrificio vienen reuvidas las bestias destinadas á la muerte , así los impíos son destinados á la muerte eterna , como víctimas de la ira divina.

12. Cuando nos veamos, pues, cercados de las tribulaciones que Dios nos envia, digamos con el santo Job : *Peccavi , et vere deliqui , et ut eram dignus , non recepi.* (Job 33. 27.) Señor , mis pecados merecian un castigo mucho mas grande que el que me habeis enviado. Así debemos orar á Dios con S. Agustín : *Hic ure , hic seca , hic non parcas , ut in æternum parcas.* Señor, quema, despedaza, y no perdones en este mundo para que me perdones en el otro , que es eterno. Demasiado grande es el castigo de aquel pecador de quien dice el Señor : *Misereamur impio , et non discet justitiam.* (Is. 26. 10.) Dejemos de castigar al impío mientras vive sobre la tierra ; así seguirá viviendo en el pecado y será castigado eternamente. Por lo que dice S. Bernardo , considerando este pasaje : Señor , no quiero esta misericordia , porque es el castigo mas terrible que hay : *Misericordiam hanc nolo , super omnem iram miseratio ista.* (S. Bern. Serm. 42. in Cant.)

13. Por consiguiente, el que se ve afligido por Dios en esta vida, tiene una señal segura de que es amado por él : *Et quia acceptus eras Deo*, dice el Angel á Tobías, *necesse fuit , ut tentatio probaret te.* (Tob. 12. 13.) Porque eras amado de Dios fué necesario que te hiciese sentir la tribulacion. Por esto Santiago llama feliz al que sufre tribulaciones, porque recibirá la corona de la vida eterna , despues que haya sido probado con la afliccion : *Beatus vir qui suffert tentationem , quoniam cum probatus fuerit , accipiet coronam vitæ.* (Jac. 1. 12.)

14. El que quiere ser glorificado con los santos, debe padecer en esta vida, como padecieron los santos. Ninguno de ellos ha sido bien tratado ni querido del mundo, sino que todos fueron perseguidos. Por eso es demasiado cierto lo que escribió el mismo Apóstol : *Omnes qui volunt pie vivere in Christo Jesu , persecutionem patientur.* (2. Tim. 3. 12.) S. Agustín dice que no ha comenzado todavía á ser cristiano el que no quiere

la persecucion: *Si putas non habere persecutiones, nondum coepisti esse christianus.* (S. Aug. in Ps. 55.) Cuando estemos atribulados, debe servirnos de consuelo saber que entonces el Señor está cerca de nosotros y nos acompaña: *Juxta est Dominus iis qui tribulato sunt corde.* (Ps. 33. 10.) *Cum ipso sum in tribulatione.* (Ps. 90. 15.)

PUNTO II.

Como debemos portarnos en las tribulaciones.

15. El que se vea combatido de tribulaciones en este mundo, necesita ante todas cosas dar de mano al pecado, y procurar ponerse en gracia de Dios. De otro modo, todo lo que padezca estando en pecado, será perdido para él. S. Pablo decía: *Si tradidero corpus meum, ita ut ordeam, charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest.* (1. Cor. 13. 3.) Que quiere decir en sustancia: Si yo me entregare á mis enemigos y me hicieren sufrir los tormentos de los mártires, ó me abrasaren en una hoguera; si no tengo caridad, de nada me aprovechará.

16. Al contrario, el que padece con Dios y por Dios con resignacion, convierte todos sus padecimientos en consuelo y alegría: *Tristitia vertetur in gaudium.* (Joan. 16. 20.) Y por esto los Apóstoles despues de haber sido injuriados y maltratados de los Judíos, partieron del concilio llenos de alegría, por haber sido creidos dignos de sufrir por el nombre de Cristo: *Ibant gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* (Act. 5. 41.) Así cuando Dios nos envia alguna tribulacion es menester que digamos con Jesucristo: *Calicem, quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* (Joan. 18. 11.) ¿No he de beber el cáliz que me dió mi Padre celestial? Porque además de que debemos recibir la tribulacion como venida de la mano de Dios, ¿cual es el patrimonio del cristiano en este mundo sino los padecimientos y las persecuciones? Cristo murió en una cruz; los Apóstoles sufrieron martirios crueles; ¿y nos llamaremos nosotros sus imitadores, cuando ni sabemos sufrir las tribulaciones con paciencia y resignacion?

17. Cuando nos veamos muy atribulados y no sepamos que hacernos, debemos volvernos á Dios, que es el único que puede consolarnos. El rey Josafat, hablando con el Señor, decía así: *Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum agemus*

residui, ut oculos nostros dirigamus ad te. (2. Paral. 20. 12.) Cuando no sepamos que hacernos, nos contentaremos con levantar los ojos hácia tí. Esto hacia David cuando se veia atribulado: recorria á Dios, y Dios le consolaba: *Ad Dominum cum tribularer clamavi, et exaudivit me.* (Ps. 119. 1.) Debemos recurrir á él y suplicarle, sin dejar de hacerlo hasta que nos oiga. Conviene fijar los ojos en Dios y no apartarlos de él, y seguir suplicándole hasta que tenga compasion de nosotros. Conviene que tengamos gran confianza en el corazon de Jesucristo que está lleno de misericordia, y no hacer lo que hacen algunos, que se abaten, si no los oyen al punto que han comenzado á suplicar. Para estos tales se dijo lo que el Señor dijo á Pedro: *Modicæ fidei, quare dubitasti?* (Math. 14. 31.) Hombre de poca fe ¿por qué desconfiaste? Cuando las gracias que deseamos obtener, son espirituales, y pueden contribuir al bien de nuestras almas, debemos estar seguros de que Dios nos oirá siempre que le supliquemos con teson, y no perdamos la confianza. Es por consiguiente necesario, que en la tribulacion no desconfiemos jamás de que la piedad divina nos ha de consolar: y debemos repetir con Job mientras dura nuestra afliccion: *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* (Job 13. 15.) Aunque el Señor me quitare la vida, esperaré en él.

18. Las almas quetienen poca fe, en vez de recurrir á Dios en el tiempo de la tribulacion, recurren á los medios humanos, desdeñándose de acudir al Señor, y no pueden verse socorridas en sus necesidades: *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt, qui ædificant eam.* (Ps. 126. 1.) Si el Señor no edificare la casa, en vano la levantarán los arquitectos.

19. De esto se lamenta el Señor diciendo: *Numquid Dominus non est in Sion?... Quare ergo me ad iracundiam concitaverunt in sculptilibus suis?* (Jerem. 8. 19.) ¿Acaso no estoy yo en Sion para que recurran á mí? ¿Por qué, pues, los hombres me han irritado volviéndome la espalda, y prosternándose ante los ídolos que han inventado, y en quienes colocan toda su esperanza?

20. En otro lugar dice el Señor: *Numquid solitudo factus sum Israël, aut terra serotina? Quare ergo dixit populus meus: Reccessimus, non veniemus ultra ad te?* (Jer. 2. 31. 32.) ¿Por qué decís, hijos míos, que ya no quereis recurrir á mí? ¿Acaso me he convertido yo para vosotros en tierra estéril que no da fruto ó lo da tarde, y por eso hace tanto tiempo que me

habeis abandonado? Con estas palabras explica el gran deseo que tiene de que recurramos á él á buscar consuelo en las tribulaciones para podernos dispensar sus gracias. Y al mismo tiempo nos hace saber que cuando le suplicamos, no se hace mucho de rogar, sino que está presto á socorrernos y consolarnos.

21. No duerme el Señor, dice David, cuando nosotros recurrimos á su bondad, y le pedimos algunas gracias útiles á nuestras almas: porque entonces nos oye con cuidado de nuestro bien: *Non dormitabit neque dormiet, qui custodit Israël. (Ps. 120. 4.)* Y S. Bernardo dice, que cuando le pedimos gracias temporales, ó nos dará lo que le pedimos, ú otra cosa mejor: *Aut dabit quod petimus, aut utilius.* O nos concederá la gracia pedida siempre que nos sea provechosa para el alma, ó alguna otra mas útil, por ejemplo la de acomodarnos con resignacion á su santísima voluntad, y á sufrir con paciencia aquella tribulacion, que nos aumenta los méritos para conseguir la vida eterna.

(Aquí se añade un propósito de penitencia y de conformidad, en las tribulaciones, con la voluntad de Dios y una súplica á Jesus y Maria para que nos ayuden en ellas.)

SERMON III.

PARA LA DOMINICA TERCERA DE ADVIENTO.

SOBRE LOS MEDIOS NECESARIOS PARA CONSEGUIR LA VIDA ETERNA.

Ego vox clamantis in deserto: Dirigite viam Domini.

JOAN. 1. 23.

Todos querrian salvarse y entrar en el paraíso celestial; mas para conseguirlo, es preciso tomar el camino que conduce en via recta al paraíso. Este camino es la observancia de los preceptos divinos. Por eso predicaba el Bautista: *Dirigite viam Domini.* Pero para que podamos siempre caminar por este camino del Señor sin separarnos de él á la diestra ni á la siniestra, debemos tomar las medidas necesarias que son:

1.^a Desconfiar de nosotros mismos.

2.^a Confianza en Dios.3.^a Resistir á las tentaciones.

MEDIDA I.

Desconfianza de nosotros mismos.

1. El Apóstol dice: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.* (Philip. 2. 12.) Para conseguir la vida eterna es preciso que temamos siempre y que desconfiemos de nosotros mismos: *Cum metu et tremore.* No debemos confiar en nuestras propias fuerzas, puesto que nosotros nada podemos hacer, sin el auxilio de la gracia divina. *Sine me*, dice Jesucristo, *nihil potestis facere.* Sin mi ayuda nada de bueno podeis hacer para utilidad de vuestras almas. San Pablo dice, „qué sin ella no podemos tener ni un buen pensamiento siquiera: *Non quod sufficientes sinus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est.* (2. Cor. 3. 5.) Ni nombrar á Jesucristo podemos con algun mérito nuestro, si la gracia del Espíritu Santo no nos ayuda: *Et nemo potest dicere: Dominus Jesus, nisi in Spiritu Sancto.* (1. Cor. 12. 3.)

2. ¡Desgraciado aquel que confia en sí mismo para andar por el camino de la salvacion! Bien palpablemente experimentó esta desgracia S. Pedro, cuando prediciéndole Jesucristo que le negaría tres veces en aquella noche: *In hac nocte, antequam gallus cantet, ter me negabis:* (Matth. 26, 34.) le respondió él, confiando en sus propias fuerzas y buena voluntad: *No te negaré, aunque fuera preciso morir contigo.* (Ibid. v. 35.) Pero luego que aquella misma noche se encontró solo despues de la prision de Jesus en el atrio de Caifas, qué sucedió? Que apenas una criada le reconvino de ser uno de los compañeros de Jesus, sobrecojido de miedo le negó tres veces, afirmando que no le habia conocido. La humildad nos es tan necesaria, que Dios se contenta á las veces permitiendo que nosotros cai-gamos en algun pecado, con el fin de que consigamos así la humildad y el conocimiento de nuestra propia debilidad. La misma desgracia que á Pedro sucedió á David; y por eso confesó despues de su pecado: *Priusquam humiliarer, ego deliqui.* (Ps. 118. 67.)

3. Esta es la causa de llamar el Espíritu Santo dichoso al hombre que nunca confia en sí mismo, y siempre anda reze-lososo de su salvacion: *Beatus homo qui semper est pavidus.* (Prov.

28. 14.) El que teme caer, desconfiando de sus propias fuerzas, huye cuanto puede las ocasiones de pecar, se encomienda á Dios á menudo, y de este modo evita los pecados. Pero el que no teme, y confia en sí mismo, se espone con la mayor facilidad á los peligros, sin encomendarse á Dios, y de aquí resulta que cae con la mayor facilidad. Figurémonos que alguno estuviera sostenido de una sogá desde la cima de un monte por otro hombre en actitud de caer en un precipicio. Viéndose en tal peligro ¿no le suplicaria y diria al que le sostenia con la sogá: *Sostenme fuertemente por caridad, y cuida de no soltarme?* Tan grande es el peligro que corre cada uno de nosotros de caer en el abismo del pecado, si no nos sostiene Dios con su poderosa proteccion. Por esto debemos suplicarle continuamente, que no nos deje de su mano, y nos socorra en todos los peligros.

4. S. Felipe Neri decia á Dios todas las mañanas al tiempo de levantarse: *Señor, no aparteis hoy de Felipe vuestra mano; porque si no lo haceis así, Felipe os vende.* Y caminando un dia el Santo por Roma contemplando su misera condicion, cuenta su vida que iba diciendo: *Estoy desesperado.* Fueron oidas estas palabras de cierto religioso, y creyendo que efectivamente estuviere tentado de desesperacion, le animó á tener confianza en la divina bondad. Pero el Santo le respondió entonces: *Estoy desesperado, esto es, desconfiado de mí mismo, pero confio en Dios.* Lo mismo debemos hacer nosotros en esta vida, donde hay tantos peligros de perder á Dios: desconfiar de nosotros mismos y colocar toda nuestra esperanza en el Señor.

MEDIDA II.

De la confianza en Dios.

5. San Francisco de Sales dice: que si nosotros no hiciésemos otra cosa que desconfiar de nosotros mismos, atendiendo solo á nuestra debilidad, solamente serviria esto para hacernos pusilánimes con gran peligro de abandonarnos á la vida relajada, ó quizá á la desesperacion. Por esta razon conviene, que á proporcion que desconfiemos de nuestras fuerzas, confiemos en la misericordia divina, y seamos como una balanza en que se ve, que cuanto mas sube uno de los platos, tanto mas descende el otro; es decir, que á medida que crece la

confianza que tenemos en Dios, debe disminuirse la que tenemos en nuestras propias fuerzas.

6. Oidme, vosotros pecadores, que por desgracia vuestra habeis ofendido á Dios y habeis estado condenados al infierno: si el demonio os dice que teneis poca esperanza de conseguir la vida eterna, respondedle: que ninguno que ha confiado en el Señor, ha quedado burlado: *Nullus speravit in Domino, et confusus est.* (Eccl. 2. 11.) Tened firme propósito de no pecar mas, poneos en las manos de Dios, y no dudeis que él tendrá piedad de vosotros, y os salvará de la muerte eterna. Blosio escribe que el Señor dijo un día á Sta. Gertrudis: *Me mueve tanto el que confía en mí, que no puedo menos de oírle y concederle lo que me pide.*

7. El profeta Isaías dice: *Qui autem sperant in Domino, mutabunt fortitudinem, assument pennas sicut aquilæ, current et non laborabunt, ambulabunt et non deficient.* (Is. 40. 31.) Los que ponen en el Señor su confianza, adquirirán fortaleza, dejarán su propia debilidad, se revestirán de la fuerza divina, y volarán por el camino de Dios como águilas sin fatigarse. También David dice: que al que confía en la misericordia del Señor, de tal modo le ayudará éste, que jamás le podrá abandonar: *Sperantem autem in Domino misericordia circumdabit.* (Ps. 31. 10.)

8. Y S. Cipriano dice, que la misericordia divina es una fuente inagotable: el que á ella se presenta con mayor confianza, saca de allí mayores gracias. Por eso dice el real Profeta: *Fiat misericordia tua Domine super nos, quemadmodum speravimus in te.* (Ps. 32. 22.) Cuando el demonio nos espanta, poniéndonos á la vista las grandes dificultades que hay de perseverar en la gracia de Dios en medio de tantas ocasiones y peligros que nos rodean en esta vida; elevemos los ojos á Dios sin responderle, esperemos en su bondad infinita, y estemos seguros que de él nos vendrá la ayuda para resistir á sus asechanzas: *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.* (Ps. 120. 1.) Y cuando nos haga ver nuestra propia debilidad, respondámosle con el Apóstol: *Omnia possum in eo, qui me confortat.* (Phil. 4. 13.) Yo por mí, nada valgo, pero todo lo puedo con la gracia de Dios, que no me abandonará.

9. Por esta razón, hallándonos cercados de tantos peligros entre los que podemos perdernos, debemos tener siempre fijos los ojos en Jesucristo, y abandonarnos al cuidado de aquel que nos redimió con su muerte, diciéndole: *In manus tuas*

commendo spiritum meum : redemisti me Domine Deus veritatis. (Ps. 30. 6.) Señor, en vuestras manos pongo mi espíritu; á tí te confío lo que tú mismo redimiste. Palabras que debemos pronunciar con la mayor confianza de conseguir la vida eterna. ¿Como es posible que desconfíe el que diga lleno de fe y de confianza? No creo ser confundido, Señor, porque he esperado en tí: *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*

MEDIDA III.

De la resistencia á las tentaciones.

10. Es indudable que Dios nos socorre en las tentaciones peligrosas cuando llenos de confianza recurrimos á él: pero quizá en ciertas ocasiones de mayor peligro quiere tambien que trabajemos por nuestra parte haciéndonos violencia para resistir á la tentacion. En tales casos no será suficiente que recurramos á Dios una ó dos veces, sino que será necesario duplicar las súplicas, gimiendo muchas veces é invocando á la Virgen Maria, ó decir con lágrimas postrados á los pies de un Crucifijo: Madre mia, asistidme. Jesus, Salvador mio, salvadme: no me abandoneis por piedad; no permitais que os pierda jamás.

11. Acordémonos del Evangelio que dice: *Quam angusta porta, et arcta via est quæ ducit ad vitam : et pauci sunt qui inveniunt eam.* (Math. 7. 14.) Angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce al paraíso, y pocos van por él: porque pocos se esfuerzan en resistir á tanto género de tentaciones que nos cercan: *Regnum cælorum vim patitur et violenti rapiunt illud.* (Math. 11. 12.) El reino de los cielos es preciso conquistarle haciéndose violencia, resistiendo á las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne. El que quiera conseguirlo sin incomodarse, y llevando una vida muelle y licenciosa, se equivoca enteramente, pues no conseguirá otra cosa, que ser escluido de él para siempre.

12. Para salvarse los santos, el uno ha ido á vivir en un claustro, el otro se ha encerrado en una gruta, el otro ha abrazado la cruz de Jesucristo, esto es, los tormentos y la muerte, como han hecho los santos mártires. Se lamentan algunos de que no tienen confianza en Dios, y no conocen que esto dimana de que no están resueltos eficazmente á servirle.

Sta. Teresa decia, *que el demonio no teme d las almas tibias , ó faltas de resolucion.* El Sabio dijo, que al perezoso le matan los deseos: *Desideria occidunt pigrum.* (Prov. 21. 25.) Algunos querrian salvarse, querrian ser santos; pero nunca pueden resolverse á poner en práctica los medios necesarios para conseguirlo; la meditacion, la frecuencia de los sacramentos, la fuga de las ocasiones de pecar. Se alimentan de deseos ineficaces que nunca tienen efecto, y entre tanto siguen viviendo en desgracia de Dios, y en una frialdad estúpida, que finalmente los conduce á perder á Dios, y así se verifica que los deseos matan al perezoso: *Desideria occidunt pigrum.*

13. Si queremos, pues, salvarnos y ser santos, es preciso que tengamos una resolucion fuerte y eficaz, no solamente de dedicarnos al servicio de Dios, sino tambien de practicar los medios oportunos y necesarios para conseguirlo: y no solamente practicarlos, sino no traspasarlos ni omitirlos jamás. Para esto es necesario que no dejemos jamás de suplicar á Jesucristo y á su Madre Santísima, para que nos concedan la santa perseverancia en la virtud: porque solamente se salvará el que perseverare hasta el fin: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.*

SERMON IV.

PARA LA DOMINICA CUARTA DE ADVIENTO.

DEL AMOR QUE NOS TIENE JESUCRISTO Y DE LA OBLIGACION QUE NOSOTROS TENEMOS DE AMARLE.

Et videbit omnis caro salutare Dei.

LUC. 3. 6.

EL Salvador del mundo de quien habia vaticinado el profeta Isaías que le habian de ver algun dia los hombres en la tierra: *Et videbit omnis caro salutare Dei;* vino ya, católicos; y nosotros le hemos visto, no solamente conversar entre los hombres, sino tambien sufrir y morir por nuestro amor. Entretenámonos pues esta mañana, en considerar el amor que debemos á Jesucristo, que es ese Salvador de quien hablamos,

al menos en recompensa del que nos tuvo y tiene el mismo á nosotros. Examinarémos en el

1.^{er} punto, el grande amor que nos ha manifestado Jesucristo.

En el 2.^o el que debemos tenerle nosotros.

PUNTO I.

El grande amor que nos ha manifestado Jesucristo.

1. San Agustin dice, que Jesucristo vino al mundo para que los hombres conocieran lo mucho que Dios los amaba : *Propterea Christus advenit, ut cognosceret homo quantum eum diligat Deus*. Vino segun esto para manifestarnos el inmenso amor que nos tenia aquel Dios que se entregó á sí mismo á los pecadores, abandonándose á todas las penas de esta vida, y últimamente á los azotes, á las espinas, y á todos los dolores y desprecios que sufrió en su pasion hasta morir en una cruz : *Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis. (Galat. 2. 20.)*

2. Bien podia Jesucristo habernos salvado sin morir en una cruz y padecer. Una sola gota de su sangre bastaba para redimirnos, una sencilla súplica hecha á su Padre eterno; porque siendo ella de valor infinito por razon de su divinidad, era suficiente para salvar á infinitos hombres é infinitos mundos; pero no lo hizo así: porque como dice el Crisóstomo, ú otro escritor antiguo : *Quod sufficiebat redemptioni, non sufficiebat amoris*. Lo que bastaba para redimirnos, no bastaba para manifestarnos el amor estraordinario que nos tenia. Quiso, pues, para demostrarnos lo mucho que nos amaba, no solo derramar parte de su sangre preciosa, sino toda ella entre tormentos inauditos. Esto significan las palabras que pronunció en la noche que precedió al dia de su muerte : *Hic est enim sanguis meus novi testamenti qui pro multis effundetur. (Math. 26. 28.)* La palabra *effundetur* denota que Jesucristo en su pasion derramó toda su sangre hasta la última gota: y por esto quando despues de su muerte le abrieron el costado con una lanza, salió de él sangre y agua en señal de que aquellas eran las últimas gotas de sangre que le quedaban. Se ve pues, que pudiendo Jesus habernos salvado sin padecer, quiso abrazar una vida toda llena de penas y amarguras, y terminarla con una muerte dura é ignominiosa como era la de la cruz, propia solamente de esclavos. Los ciudadanos romanos estaban li-

bres de este género de muerte, y era un crimen castigarlos de este modo; pero el Criador de cielos y tierra para demostrar-nos el grande amor que nos tenia, *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis*. No solamente, dice el Apóstol, se humilló hasta morir, sino hasta morir en una cruz, como si fuera un vil esclavo.

3. S. Juan dice: *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis*. (15. 13.) Que la mayor muestra de amor que puede dar uno, es morir por las personas que ama. ¿Qué mas podia, pues, hacer por nosotros el Hijo de Dios que morir? Lo que hizo, que fué morir en una cruz, morir del modo mas indigno é ignominioso que entonces se conocia. Decidme, hermanos míos, si un siervo vuestro, si el hombre mas vil de la tierra hubiese hecho por vosotros lo que hizo Jesucristo, ¿podriais acordaros de él sin amarle?

4. No sabiendo S. Francisco de Asis pensar en otra cosa que en la pasión de Jesucristo, y pensando en ella continuamente, lloraba sin interrupcion, de modo que se quedó casi ciego de tanto llorar. Un dia le encontraron llorando á los pies de un Crucifijo; y preguntado porqué derramaba tantas lágrimas, respondió: *Lloro los dolores é ignominias que sufrió nuestro Salvador: y lo que me hace llorar mas amargamente es, que vivan los hombres tan olvidados de aquel que sufrió tanto por ellos*.

5. Si dudas alguna vez, ó cristiano, de si Jesucristo te ama, ó no, levanta los ojos y mírale pendiente de la cruz. ¿Que testimonios tan ciertos y evidentes son del amor que te tiene, dice Sto. Tomás de Villanueva, aquella cruz en que estuvo enclavado, aquellos dolores internos y externos que sufrió, y aquella muerte amarga que apuró por ti! *Testis cruz, testes dolores, testis amara mors quam pro te sustinuit*. (Conc. 3.) ¿No escuchas, decia S. Bernardo, la voz de aquella cruz, y de aquellas llagas, que están gritando para hacerte conocer lo mucho que Cristo te amó?

6. S. Pablo dice, que no deben movernos tanto á amar á Jesucristo, los azotes, la corona de espinas, el viaje doloroso al Calvario, la agonía que sufrió en la cruz durante tres horas, las puñadas, bofetadas y salivas que recibió en su rostro divino, como el amor extraordinario y sin límites que nos manifestó queriendo sufrir tanto por nosotros. Este amor, dice el Apóstol, no solamente nos obliga, sino que en cierto modo nos

fuerza y precisa á amar á un Dios que tan intensamente nos amó: *Charitas enim Christi urget nos.* (2. Cor. 5. 14.) S. Francisco de Sales dice sobre este texto: *Sabiendo nosotros que Jesucristo hijo verdadero de Dios nos amó hasta morir por nosotros en una cruz, ¿no es esto tener nuestros corazones como en una prensa para esprimir de ellos todo nuestro amor con una violencia tan fuerte como amorosa?*

7. Fué tan grande el amor en que se abrasaba el corazón de Jesús hácia los hombres, que no solamente quiso morir por nosotros, sino que toda su vida estuvo suspirando porque llegara aquel día en que debía sufrir la muerte por nuestro amor. Por eso repetía á menudo mientras vivía: *Baptismo autem habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur?* (Luc. 12. 50.) Debo ser bautizado en mi pasión con mi misma sangre para lavar los pecados de los hombres: *et quomodo coarctor!* y como deseo que llegue presto el día de mi muerte! Tan grande era el amor que nos tenía, que ansiaba sin cesar padecer y morir por nosotros. Por esto la noche antes del día de su muerte dijo: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum, ante quam patiar.* (Luc. 22. 15.)

8. S. Lorenzo Justiniano escribe: *Vidimus sapientem præ nimietate amoris infatuatum.* Hemos visto al Hijo de Dios, que es la sabiduría divina, casi infatuado por el amor escesivo que tenía á los hombres. Esto respondían también los gentiles cuando les predicaban la muerte sufrida por Jesucristo por el amor que había tenido á los hombres, diciendo, que era una tontería que no podía ni aun imaginarse. Por eso dice el Apóstol: *Nos autem prædicamus Christum crucifixum, Judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.* (1. Cor. 1. 23.) Y ¿quién podrá creer jamás, decían ellos, que un Dios que de nadie necesitaba para ser feliz, haya querido tomar la naturaleza humana, y morir por el amor de los hombres, que son la obra de sus manos? Sería esto lo mismo que creer que un Dios se había infatuado con el escesivo amor á sus criaturas. S. Gregorio (*Homil.* 6.) dice: *Stultum visum est ut pro hominibus auctor vitæ moreretur.* Les parecía una necedad que hubiese muerto por los hombres el autor de la vida. Pero digan y piensen los gentiles lo que quieran, es de fe, que el Hijo de Dios quiso derramar toda su sangre por el grande amor que nos tenía, para lavar con ella nuestras almas de las manchas de la culpa: *Dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.* (Apoc. 15.) Nos amó y nos lavó las manchas de nuestros peca-

dos con su sangre. Por esta razón, considerando los santos el amor de Jesucristo, se llenaban de admiración y de estupor. S. Francisco de Paula al mirar un Crucifijo, no sabía sino exclamar: ¡O amor, amor, amor!

9. *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* (Joan. 13, 1.) No se contentó este amantísimo Señor con amarnos hasta morir por nosotros en una cruz, sino que hallándose ya al fin de su vida y próximo á la muerte, quiso dejarnos su misma carne por comida y su misma sangre por bebida y alimento de nuestras almas en la institucion de la sagrada Eucaristía, con el fin de perseverar eternamente entre nosotros, y legarnos una medicina general y eficaz contra todas las dolencias que nos puede ocasionar el pecado. Pero de esto hablaremos largamente cuando tratemos del santísimo Sacramento del altar. Pasemos ahora al otro punto.

PUNTO II.

Quan obligados estamos á amar á Jesucristo.

10. El que ama quiere ser amado. Por eso dice S. Bernardo, que cuando Dios nos ama no exige otra cosa que el que nosotros le amemos: *Cum amat Deus, non aliud vult, quam amari.* (Serm. 83. in Cant.) Y antes que él lo dijo el mismo Redentor: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?* (Luc. 12. 49.) Yo, dice Jesucristo, he venido á la tierra á encender en los corazones de los hombres el santo fuego del divino amor; ¿y qué he de querer sino que se inflame? Dios nada más exige de nosotros sino ser amado, y por eso quiere la santa Iglesia que le supliquemos: *Te rogamus, Señor, que nos inflames los espíritus con aquel amor que nuestro Señor Jesucristo envió á la tierra, y quiso con ansia que se inflamase.* ¡Qué cosas tan grandes no hicieron los santos encendidos de este fuego de amor divino! Todo lo abandonaron, delicias, honores, púrpuras y cetos, para atender exclusivamente á vivir abrasados de este divino amor. Pero, me diréis, ¿como podremos conseguir abrasarnos en el amor de Jesucristo? Haced lo que hacía David: *In meditatione mea exardescet ignis.* (Ps. 38.) La meditacion es el horno santo donde se inflama este fuego divino de amor. Ora mentalmente todos los días, pensando en la Pasion de Jesucristo, y no dudes que tú tambien conseguirás de este modo arder en el divino amor.

11. Con este fin, dice S. Pablo, quiso morir Jesucristo por nosotros, para dominar en todos nuestros corazones: *In hoc enim Christus mortuus est, et resurrexit, ut et mortuorum et vivorum dominetur.* (Rom. 14. 9.) Quiso dar la vida por todos los hombres sin escluir á ninguno, dice el mismo Apóstol, para que ninguno viviese en adelante para sí, sino para aquel Dios que se dignó morir por él: *Pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est.* (2. Cor. 5. 15.)

12. Mas ¡ah! para corresponder al amor de este Dios, sería necesario que otro Dios muriese por él, como murió Jesucristo por nosotros. Quién no exclamará aquí pues ¡oh ingratitud humana! Un Dios ha querido dar su vida por la salud de los hombres, y estos hombres, ni siquiera se dignan pensar en él. Si cada uno de ellos pensase á menudo en la sacrosanta Pasión del Redentor y en el amor que en ella nos manifestó ¿como podríamos dejar de amarle con todo nuestro corazón? Al que considera con fe viva á Jesucristo pendiente de tres clavos en la cruz, cada una de sus llagas le habla y dice: *Diliges Dominum Deum tuum*: ama, ó mortal, á tu Señor y Redentor que tan ardientemente te amó. Y á estas voces tan tiernas ¿quién puede resistirse? S. Buenaventura dice, que las llagas de Jesucristo son heridas que ablandan y traspasan los corazones duros, y que inflaman las almas tibias: son llagas que lastiman los corazones mas duros, y entusiasman las almas mas frias.

13. ¡O si penetráras el misterio de la cruz! dijo S. Andrés apóstol al tirano, mientras éste le escitaba á negar á Jesucristo. Si entendieses, quiso decirle, ó tirano, el amor que tu Redentor te manifestó cuando quiso morir en una cruz por salvarte, no te cansarias en tentarme, sino que abandonarías todos los bienes de este mundo para dedicarte enteramente al amor de Jesucristo.

14. Terminaré mi discurso, amados oyentes míos, encargándoos que de hoy en adelante mediteis un poco todos los días en la Pasión sagrada de Jesucristo. Y me contento que empleeis en esto la cuarta parte de una hora. Deseo al menos, que cada uno de vosotros procure tener un bello Crucifijo, le tenga en su habitacion, y le dé una ojeada de cuando en cuando diciéndole: *Por mí moristeis, Jesus mio; y yo no correspondo á vuestro amor.* Si un amigo sufre injurias por otro amigo, se complace mucho de que el otro se acuerde de

esto y le hable de ello, manifestándole su gratitud. Y al contrario, siente mucho que el otro no se acuerde de tal beneficio, ni se digne hablar de él. Del mismo modo se complace mucho Jesucristo de que nos acordemos de su Pasion, y le desagrada que no nos dignemos pensar en ella ni recordarla. ¡O como nos consolarán á la hora de la muerte los dolores y la Pasion de Jesucristo, si durante nuestra vida hemos tenido la costumbre de meditar en ella con frecuencia! No esperemos que á la hora de nuestra muerte tomen otros el Crucifijo en la mano, y nos recuerden que Jesucristo murió por nuestro amor. Abracémosle ahora en vida y tengámosle siempre á nuestro lado, para que podamos vivir y morir en su compañía dulcísima. El que es devoto de la Pasion de Jesus, no puede menos de serlo tambien de los dolores de María, cuya memoria nos servirá de grandísimo consuelo á la hora de la muerte; como que el uno es el Redentor y la otra la Madre de los pecadores. ¡Que meditacion tan consoladora la de la Pasion y cruz de nuestro divino Salvador! ¡Que muerte tan tranquila la de aquel que muere abrazado á la cruz de Jesucristo, y por el amor de aquel Dios que murió por nuestro amor!

SERMON V.

PARA LA DOMINICA DE LA INFRA OCTAVA DE NAVIDAD.

EN QUE CONSISTE LA VERDADERA SABIDURÍA.

Positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum.

LUC. 9. 54.

A sí dijo el anciano Simeon, cuando tuvo el consuelo de recibir en sus brazos al niño Dios. Una de las profecías que entonces anunció, fué esta: *Positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum*. He aquí que este es puesto para caída y para levantamiento de muchos. Con estas palabras alabó la suerte de los Santos, que despues de la presente vida resucitarán á la eterna, en el reino de los bienaventurados, y deplora la desgracia de los pecadores, que por los gustos breves y despreciables de esta vida se precipitan á la ruina de su eterna condenacion. A pesar de esto, son tan ciegos, que

estos miserables solo piensan en gozar de los bienes pasajeros de este mundo, y llaman necios á los Santos que procuran vivir pobres, humildes y mortificados. Pero día vendrá en que conocerán que han errado, y dirán: *Nosotros, insensatos, tuvimos por una locura la vida de los justos. Nos insensati vitam illorum æstimabamus insaniam.* (Sap. 5. 4.) De este modo vendrán á confesar que los verdaderos necios lo fueron ellos mismos. Examinemos sino, en qué consiste la verdadera sabiduría, y verémos:

Punto 1.º Que los verdaderos necios son los pecadores.

Punto 2.º Que los verdaderos sabios son los justos.

PUNTO I.

Los verdaderos necios son los pecadores.

1. ¿Qué mayor necedad puede haber que haberse hecho enemigos de Dios, pudiendo haberle tenido por amigo? Y este modo de obrar ha sido la causa de llevar una vida miserable, y de prepararse despues una eterna desventura, condenándose. Cuenta S. Agustin, que habiéndose encontrado en un monasterio de solitarios, dos palaciegos del servicio del emperador, uno de ellos se puso á leer allí la vida de S. Antonio Abad. *Legebat*, dice el Santo, *et exuebatur mundo cor ejus.* Leia, y leyendo se iba desembarazando su corazon de los afectos mundanos. Luego que volvió á ver á su compañero, le habló de este modo: *Quid quærimus? Major ne esse potest spes nostra: quam quod amici imperatoris simus? Et per quot pericula ad majus periculum pervenitur? Et quamdiu hoc erit?* Amigo, le dice, que anhelamos? Podemos aspirar á otra cosa mayor en este mundo que á ser amigos del emperador? Para conseguirlo; por cuantos peligros debemos pasar esponiéndonos al mas terrible de perder la salud eterna! Y concluyó diciendo: *Amicus autem Dei, si voluero, ecce nunc fio.* Si quiero, dijo, ser amigo de Dios, puedo serlo desde luego, procurando volver á su divina gracia. En efecto; cuantos afanes y sudores cuestan las amistades de los príncipes! Al contrario, nada es mas fácil que hacerse el pecador amigo de Dios, y ninguna amistad puede darnos la vida eterna que esta nos ofrece.

2. Los gentiles tenían por imposible que la criatura pudiese obtener la amistad de Dios, siendo así que la amistad hace iguales á los amigos, como dice S. Jerónimo: *Amicitia pares facit, aut pares accipit.* Sin embargo Jesucristo dice, que seré-

mos sus amigos con tal que observemos sus preceptos: *Vos amici mei estis, si feceritis quæ ego præcipio vobis. (Joan. 15. 14.)*

3. ¿Y no es, digo yo ahora, grande necesidad de parte del pecador querer vivir aborrecido de Dios, pudiendo disfrutar de su amistad? El Señor no aborrece á ninguna de sus criaturas, ni aun á los tigres ni á las víboras: *Diligis enim omnia quæ sunt, et nihil odisti eorum quæ fecisti. (Sap. 11. 15.)* Al contrario, Dios no puede menos de odiar á los pecadores: *Odisti omnes qui operantur iniquitatem. (Ps. 5. 7.)* En efecto, Dios no puede dejar de odiar el pecado, como que es un enemigo que diametralmente contradice su voluntad, y se opone á ella: y por consiguiente odiando el pecado, odia tambien al pecador: *Similiter autem odio sunt Deo impius et impietas ejus. (Sap. 14. 9.)*

4. La segunda necesidad del pecador es hacer una vida contraria al fin para que Dios le crió. No nos ha criado el Señor, ni nos conserva la vida para que procuremos hacernos ricos, y adquirir honores en este mundo; sino para que le anemos y sirvamos en esta vida, y despues sigamos amándole y gozando de su presencia y amor en la eterna. Por tanto la vida presente, como dice S. Gregorio, es para nosotros como un camino que tenemos que hacer para llegar á nuestra patria, que es el paraíso. (*Hom. 11. in Evang.*)

5. Mas la desgracia de la mayor parte de los hombres es, que se entontecen mientras viven, porque en vez de andar por el camino de la salud, andan por el de su condenacion. El que se entontece por un vil interés, pierde los bienes inmensos del paraíso: el que se entontece por los honores y por un poco de humo, pierde la ocasion de ser hecho rey del cielo: el que se entontece por los placeres de los sentidos, y por deleites momentáneos, pierde la gracia de Dios, y se condena á arder para siempre en la cárcel espantosa del infierno. ¡Pobres necios! si á cada pecado que cometen se les marcára una mano con un hierro candente; si debiesen estar cerrados en una oscura prision por diez años, ciertamente no le cometerian. Y ¿no sabe el infeliz, que pecando será condenado á permanecer siempre cerrado en la sima profunda del infierno, donde debe estar ardiendo por toda la eternidad? S. Juan Crisóstomo dice, que algunos por salvar el cuerpo, pierden el alma; y no ven que perdiendo el alma, pierden tambien el cuerpo que será condenado á sufrir tambien con ella eternamente: *Si animam negligimus, nec corpus salvare poterimus.*

6. Pierden de tal modo el juicio los pecadores, que se hacen semejantes á los brutos, los cuales siguiendo el instinto de los sentidos hacen lo que éstos les inspiran, sin examinar lo que es lícito, ó prohibido. Pero el obrar de esta manera no es propio de hombres, como dice S. Juan Crisóstomo, sino de bestias. Ser hombre denota un ser racional, es decir, que obra conforme á la razon, no segun el apetito de los sentidos. Si Dios concediera el uso de la razon á una bestia, y ésta obrase conforme á razon, se diria que la bestia obraba como el hombre. Del mismo modo, pues, cuando el hombre obra siguiendo el impulso de los sentidos y contra lo que dicta la razon, debe decirse que obra como bestia. El que obra como hombre, razonablemente, atiende á lo futuro. Por eso dice el Deuteronomio (32. 29.): *Utinam saperent et intelligerent es novissima præviderent*. Prevé lo futuro, es decir lo que debe suceder despues de esta vida, á saber: que tiene que dar cuenta al fin de su muerte, y será destinado al infierno ó al paraíso, segun se hubiere portado.

7. Los pecadores solo piensan en el tiempo presente, y están olvidados del fin para que fueron criados. Pero ¿de qué les sirve ganar algo que no les aproveche para conseguir el fin que es lo que únicamente puede hacerlos felices? Perdido este, lo hemos perdido todo: y este fin es el conseguir la eterna felicidad. Si preguntado el piloto de una nave, á donde dirige su rumbo, respondiera que no lo sabe, ¿quién no diria que conducia su nave á la perdicion, como dice S. Agustin? *Fac hominem perdidisse quo tendit, et dicatur ei: Quo is? et dicat nescio. Nonne iste navem ad naufragium perducet?* Y concluye el santo Doctor: lo mismo hace el que anda fuera de camino, y los sabios del mundo que saben amontonar dinero, y obtener honores, pero ignoran asegurar la salvacion del alma. ¡Ay del rico epulon, que supo enriquecerse y vivir espléndidamente, pero murió despues, y fué sepultado en los infiernos! ¡Ay del grande Alejandro, que supo conquistar tantos reinos, pero murió despues, y fué condenado á los eternos tormentos! ¡Ay de Enrique VIII de Inglaterra, que despues de haberse rebelado contra Cristo y la Iglesia, viendo á la hora de la muerte que habia perdido el alma, exclamó desesperado: *Amici, perdidimus omnia!* Cuantos además de estos lloran ahora del mismo modo en los infiernos, y gritan desesperados: *De qué nos aprovechó la soberbia, ó la jactancia de las riquezas! Todo esto pasó como la sombra.* S. Agustin dice, que no hay cosa mas in-

feliz para los pecadores, que la felicidad de esta vida : *Nihil est infelicias felicitate peccantium, quia mala voluntas, velut hostis interior roboratur.* (Ep. ad Marcellin.)

8. Finalmente á todos los que viven olvidados de la salud de su alma, sucede lo que dice Salomon : *Extrema gaudii luctus occupat.* (Prov. 14. 13.) Todas sus diversiones, honores y grandezas terminan en tristeza y llanto eterno. Mientras estaban tejiendo la tela de sus esperanzas y su fortuna mundana, vino la muerte, cortó su vida y los sumergió para siempre en el abismo eterno del infierno : *Dum adhuc ordiretur, succidit me.* (Isai. 38. 12.) ¿Y que necedad mayor puede haber, que hacerse esclavo de Lucifer el que antes fué amigo de Dios? ¿Que hacerse tizon del infierno el que era heredero del cielo? Desde que el pecador comete un pecado mortal, queda escrito entre el número de los condenados. S. Francisco de Sales dice; que si pudieran llorar los ángeles, cuando ven la desgracia en que incurre el alma que comete un pecado mortal, no harían otra cosa que llorar.

9. Pero la mayor insensatez ¿en qué consiste? Consiste en que viviendo en pecado, hacen una vida infeliz, puesto que todos los bienes del mundo no pueden saciar nuestro corazón, criado únicamente para amar á Dios, fuera del cual no podemos hallar descanso. ¿Qué vienen á ser las grandezas y las delicias mundanas, sino vanidad de vanidades y solo vanidad? Así se explica Salomon que habia hecho la prueba. Los bienes del mundo no solamente no contentan al alma, sino que la afligen. Son como ciertos manjares nauseabundos, que aunque los apetece el paladar, los repugna el estómago. Los pecadores esperan hallar paz y descanso en el pecado; pero ¿como se engañan! *Non est pax impiis, dicit Dominus.* (Isai. 48. 22.) No me estiendo mas sobre la vida infeliz de los pecadores, porque hablaré en otro lugar de intento. Basta ahora saber, que la paz es un don que hace Dios á las almas que le aman, no á las que le desprecian, y que en vez de ser sus amigas, se hacen esclavas de Lucifer, que es un tirano terrible y aborrecido, que solo piensa en afligirnos sin piedad. Si él nos promete algun gusto, no lo hace por nuestro bien, sino por tener compañeros de sus tormentos, como dice S. Cipriano : *Ut habeat socios pœnæ, socios gehennæ.*

PUNTO II.

Los verdaderos sabios son los justos.

10. Estemos en la inteligencia que los verdaderos sabios son aquellos que saben amar á Dios y asegurar la vida eterna. Bienaventurado aquel á quien el Señor concede la ciencia de los santos : *Dedit illi scientiam sanctorum.* (*Sap.* 10. 10.) ; Que ciencia tan hermosa es , saber amar á Dios , y salvar el alma ! S. Agustin decia , que tenia por bienaventurado al que amaba á Dios, aunque todo lo demás lo ignorase. El que sabe conocer á Dios y amarle con el amor de que es digno , no importa que ignore lo demás.

11. Esto era lo que envidiaba S. Agustin , y le obligaba á avergonzarse de sí mismo , cuando decia : *Surgunt indocti, et rapiunt cælum.* ; Desgraciado de mí ! los ignorantes conquistan el cielo : y nosotros sabios del mundo , ¿ qué es lo que hacemos ? Y en efecto ¿ cuantos rudos que no saben leer , pero saben amar á Dios, se salvan ? ¿ y cuantos sabios del mundo se condenan ? Grandes sabios fueron segun esto , un S. Juan de Dios, un S. Felix , un S. Pascual Bailon , ignorantes en las ciencias humanas , pero doctos en la ciencia de los santos. Mas lo que hay en esto de maravilloso es , que los mismos mundanos conocen esta verdad , y alaban á los que se separan del mundo para vivir dedicados al servicio de Dios ; aunque despues en la práctica hacen todo lo contrario.

12. Decidme , hermanos míos : ¿ á quienes quereis vosotros imitar , á los sabios del mundo , ó á los de Dios ? *Acerquémonos á los sepulcros para elegir bien* , nos dice S. Juan Crisóstomo. ; O que bella escuela son los sepulcros de los muertos para conocer la vanidad de los bienes de este mundo y aprender la ciencia de los santos ! Yo por mi parte , dice el Santo , nada veo en ellos, sino podredumbre , huesos y gusanos : *Nihil video, nisi putredinem, ossa et vermes.* Entre los cadáveres no sé distinguir al noble , ni al rico , ni al literato. Todos los veo reducidos á podredumbre ; de suerte que su grandeza y su gloria terminaron con la muerte, como un sueño , como una flor , como una pavesa que arrebatara el viento.

13. ¿ Qué debemos pues hacer ? Oid lo que S. Pablo nos aconseja : *Hoc itaque dico ; fratres : Tempus breve est ; reliquum est , ut qui utuntur hoc mundo , tamquam non utantur ; præterit*

enim figura hujus mundi. (1. Cor. 7. 29 y 31.) Os digo pues, hermanos míos, que el tiempo de nuestra vida es demasiado breve, y que vivais en este mundo, como que habeis de salir de él. Con estas palabras nos dice el santo Apóstol, que procuremos vivir de manera que aseguremos la salvacion de nuestra alma, huyendo las ocasiones de pecar, que frecuentemos los sacramentos, que amemos á nuestros prójimos, que obedezcamos á nuestros superiores, tanto á los espirituales, como á las autoridades que nos gobiernan, que seamos devotos de Jesus y de María. Y este es el modo de ser verdaderos sabios y de vivir felices en esta vida, asegurando la bienaventuranza en la eterna.

SERMON VI.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DESPUES DE LA EPIFANIA.

DE LA MALICIA DEL PECADO MORTAL.

Ego et pater tuus dolentes
querrebamus te.

LUC. 2. 48.

HABIENDO estado perdido el niño Jesus por el espacio de tres dias, María Santísima no cesó de llorar, ni de buscarle hasta que vió que no le podia encontrar. Y ¿en qué consiste que perdiendo tantos pecadores, no solo la presencia de Jesus, sino tambien su gracia, no solamente no lloran, sino que duermen tranquilos, sin desvivirse por volver á encontrarla? Consiste en que no entienden que es lo que significa perder á Dios por el pecado. Hay quien dice: yo cometí aquel pecado, no para perder á Dios, sino por disfrutar aquel placer, aquella alhaja de otro, ó por el gusto de vengarme. El que de este modo habla, da á entender, que no comprende la malicia del pecado mortal. ¿Que cosa os parece, oyentes míos, que es el pecado mortal? Os lo voy á explicar, y vereis,

Que es un desprecio que se hace á Dios. *Punto 1.º*

Un gran disgusto que se da á Dios. *Punto 2.º*

PUNTO I.

El pecado mortal es un gran desprecio que se hace á Dios.

1. El Señor escita al cielo y á la tierra á detestar la ingratitud que tienen con él los hombres que pecan mortalmente, despues de haber sido criados por él, nutridos con su sangre, y exaltados hasta hacerlos sus hijos adoptivos: *Audite cali, auribus percipe terra: filios enutrevi et exaltavi; ipsi autem spreverunt me. (Isai. 1. 2.)* ¿Quién es este Dios despreciado por los pecadores? Es una majestad infinita, respecto del cual todos los reyes de la tierra, y todos los bienaventurados del cielo son menos que una gota de agua y que un grano de arena: *Quasi stilla situla, pulvis exiguus. (Isa. 40. 15.)* En suma, Dios es tan grande, que todas las criaturas comparadas con él, son tan pequeñas como si no existieran: *Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram eo. (Isa. 40. 17.)* Y el hombre que le ofende ¿quién es? S. Bernardo dice, que un saco de gusanos, y alimento de los mismos que le han de devorar en el sepulcro: *Saccus vermium, cibus vermium.* Un miserable que nada puede, un ciego que nada sabe discernir, un desnudo que nada tiene: *Miser et miserabilis, pauper et cæcus, et nudus. (Apocal. 3. 17.)* ¿Y un gusanillo tan despreciable tiene el atrevimiento de despreciar é irritar á Dios que es tan grande? *Tam terribilem majestatem audet vilis pulvisculus irritare!* dice el mismo S. Bernardo. Tiene pues razon el angélico doctor Sto. Tomás para decir, que el pecado mortal encierra una malicia cuasi infinita (*S. Th. q. 3. q. 2. a. 2. ad. 2.*). Y S. Agustin llama al pecado *infinitum malum*: un mal infinito. Por cuyo motivo, ni el infierno, ni mil infiernos bastan para castigar condignamente un solo pecado mortal.

2. Los teólogos definen comunmente el pecado mortal: *Aversio ab incommutabili bono (S. Thom. part. 1. q. 24. a. 4.)*; que quiere decir: separacion, abandono del sumo bien. Y en efecto, por el pecado vuelve la criatura las espaldas al Creador, y se hace amiga de Lucifer. De esto se lamenta Dios, y dice al pecador: *Tu reliquisti me, retrorsum abiisti. (Jer. 15. 6.)* Ingrato, yo no me hubiera separado jamás de tí, tú eres el que te has adelantado á abandonarme, y á volverme la espalda.

3. El que desprecia la ley divina, desprecia á Dios, pues-

to que sabe, que despreciando la ley pierde la divina gracia: *Per prævaricationem legis*, escribe el Apóstol, *Deum inhonoras.* (Rom. 2. 23.) Porque Dios ha criado y conserva todas las cosas, es Señor de todo: *In ditione tua cuncta sunt posita..... tu fecisti cælum et terram.* (Esther 13. 9.) De aquí resulta que todos los seres insensibles, los vientos, el mar, el fuego, la lluvia obedecen á Dios: *Venti et mare obediunt ei.* (Math. 8. 27.) *Ignis, grando, nix, glacies faciunt verbum ejus.* (Ps. 148. 8.) Pero el hombre cuando peca, le dice: Señor, vos me imponéis preceptos, mas yo no quiero obedecerlos. Me mandais que perdone aquella injuria; pero yo quiero vengarme: me mandais que restituya al prójimo lo que es suyo; pero yo quiero aprovecharme de ello: quereis que me abstenga de aquel placer deshonesto; pero yo prefiero entregarme á él: *Confregisti*, dice Dios, *jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: Non serviam.* (Jerem. 2. 20.) En suma, el pecador cuando quebranta sus preceptos, dice á Dios: Yo no os reconozco por mi Señor: que es lo que respondió Faraon á Moisés cuando le mandó de parte de Dios que dejase en libertad á su pueblo: *¿ Quien es ese Señor cuya voz quieres que oiga, y en cuyo nombre me pides que dé libertad al pueblo de Israel? Yo no le conozco: Nescio Dominum.* (Exod. 5. 2.)

4. Crece el desprecio que se hace á Dios con el pecado, considerando la vileza de los bienes por los cuales ofende á Dios el pecador: *Propter quid irritavit impius Deum?* (Ps. 10. 13.) *¿ Por qué causa ofenden tanto á Dios? Por un poco de humo, por un acaloramiento, por saciar un apetito bestial: Violabant me propter pugillum hordei et fragmen panis.* (Ezech. 13. 19.) Me ofendian, dice el Señor, por un puñado de cebada, y por un pedazo de pan. Oh Dios! Y por qué nos dejamos engañar tan fácilmente? Porque no pesamos las cosas con la balanza de Dios, que no puede engañarnos, sino con la del demonio, que no procura mas que engañarnos, para arrastrarnos al infierno: *In manu ejus statera dolosa.* (Os. 12. 7.) Señor, decia el profeta David, *¿ quién es semejante á ti? Es un bien infinito; y de aquí resulta, que cuando se le compara con los pecadores que no son mas que un poco de tierra, con razon se lamenta por Isaías, diciendo: Cui assimilastis me, et adæquastis me?* (Is. 40. 25.) *¿ Con que valia mas en tu corazón aquel placer, que mi gracia, y me pospusiste á él? ¿ Tanto me has despreciado que antepones á mí las cosas mas viles de la tierra?*

5. El tirano mandó poner delante de S. Clemente un monton de oro, plata y perlas, para dársele si renunciaba á la fe de Jesucristo. El Santo dió entonces un gran suspiro, contemplando la ceguedad de los hombres que ponian en parangon con Dios un poco de tierra. Pero muchos pecadores cambian la gracia de Dios por cosas de menos valor que aquellas, y dejan á Dios que es un bien infinito y el único que puede contentarlos. De esto se lamenta el Señor por Jeremías, y dice primeramente á los cielos *que se llenen de estupor y que vengan a tierra sus puertas de dolor al oír tales horrores*: y luego añade: *Dos crímenes ha cometido mi pueblo; me abandonó á mí que soy la fuente de agua viva, y se abrió cisternas que se filtran y no pueden contener el agua.* (Jerem. 2. 22 y 23.) Nos maravillamos de la injusticia que hicieron á Jesucristo los Judíos, cuando proponiéndoles Pilato á quien querian librar de la muerte, á Jesus ó á Barrabás, respondieron: No á Jesus sino á Barrabás. Pero obran peor los pecadores; pues proponiéndoles el demonio, que es lo que prefieren, el gusto de vengarse, ó Jesucristo, responden que la venganza.

6. Dios les dice: *Non erit in te Deus recens.* (Ps. 80. 10.) Yo no quiero que me abandones á mí que soy tu Dios, y te fabriques un Dios nuevo á quien prestes obediencia. Pero sucede, como dice S. Cipriano, que lo que prefiere el hombre á Dios, es erigido por él en Dios, cuando lo hace el fin de su voluntad, siendo así que solo Dios debe ser el último fin del hombre: *Quidquid homo Deo antepomit, Deum sibi facit.* Y S. Jerónimo escribe: *Siempre que uno venera lo que apetece, ocupa este apetito el lugar de Dios.* Aquella criatura que cada cual antepone á Dios, viene á ser su Dios. Y por esto dice el santo Doctor, que así como los gentiles adoraban á los ídolos en los altares, así los malvados adoran al pecado en sus corazones. Cuando el rey Jeroboan se rebeló contra Dios, procuró incitar al pueblo á adorar los ídolos como él los adoraba: y por esto, poniéndole delante sus ídolos un dia, le dijo: *Ecce dii tui, Israël.* Mira á tus dioses, Israël. (3. Reg. 12. 28.) Lo mismo hace el demonio: pone por delante al pecador aquel placer, aquella venganza, y le dice: Mira á tu Dios, adórale, y vuelve la espalda al Criador. Y esto es lo que hace el pecador cuando cede á la sugestion del demonio: deja á Dios y adora al pecado en su corazon.

7. Se aumenta todavía el desprecio que hace de Dios el pecador cuando peca en su presencia. S. Cirilo de Jerusalen es-

cribe (*Catech.* 4.) que algunos pueblos adoraban al sol por Dios para poder hacer lo que se les antojase durante la noche en que no veían á su dios, creyendo que no viéndole, no los castigaria. Aunque pecaban estos desgraciados que obraban así, al menos tenían la atención de no pecar en la presencia de su dios. Pero el cristiano sabe que está presente su Dios en todas partes, y que todo lo ve: pues como dice el Señor por Jeremías (23. 24.): *Cælum et terram ego impleo*: yo lleno el cielo y la tierra: y sin embargo no se abstiene el pecador de ofenderle en su presencia. Por eso dice Dios por Jeremías (29. 23.), que el pecador pecando delante de su juez le hace testigo de su pecado: *Ego sum iudex et testis*. S. Pedro Crisólogo dice: que carece de excusa el que peca á la vista del juez: *Excusatione caret, qui facinus, ipso iudice teste committit*. Esta idea de haber ofendido á Dios en su misma presencia era lo que mas lágrimas hacia derramar al profeta David, y esclamar: *Tibi soli peccavi, et malum coram te feci*. (*Ps.* 50. 6.) Contra tí solo pequé, y obré mal en tu misma presencia. Pero pasemos al segundo punto donde veremos mejor cuan grande es la malicia del pecado mortal.

PUNTO II.

El pecado mortal es un gran disgusto que se da á Dios.

8. No hay disgusto mas sensible que el verse uno maltratado de una persona á quien amó y favoreció. El pecador desprecia á un Dios que le ha hecho tantos beneficios, y le ha amado hasta morir crucificado por su amor: y el hombre cometiendo un pecado mortal, destierra á Dios de su corazón. Un alma que ama á Dios, es amada de Dios, y va Dios mismo á habitar en ella: *Si quis diligit me, Pater meus diligit eum, et ad eum venimus, et mansionem apud eum faciemus*. (*Joan.* 14. 23.) Y el Señor no abandona á aquella alma, si ella no le destierra primeramente: *Non deserit, nisi deseratur*; como dice el santo concilio de Trento.

9. Cuando el alma, pues, consiente en el pecado mortal, entonces la ingrata dice á Dios: Señor, separaos de mí: *Impii dixerunt Deo: Recede à nobis*. (*Job* 21. 14.) No lo dice con la boca, sino con los hechos, como observa S. Gregorio. Ya sabe el pecador que Dios no puede habitar con el pecado; y por tanto debe conocer, que si él peca, tiene Dios

que abandonarle, y por lo mismo le dice al tiempo de pecar: Ya que no podeis morar mas tiempo conmigo, y os vais, tened buen viaje. Y por aquella misma puerta y en aquel instante que sale Dios del alma, entra el demonio á tomar posesion de ella. Cuando el sacerdote bautiza á un niño, manda al demonio que salga de aquella alma: *Exi ab eo, immunde spiritus, et da locum Spiritui Sancto*, como dice el Ritual. Pero cuando el hombre consiente en el pecado, dice á Dios: *Exi á me, Domine, et da locum diabolo*. Sal de mi alma, Señor, y cede ese lugar al demonio á quien quiero someterme.

10. S. Bernardo escribe, que es tan contrario á Dios el pecado mortal, que si Dios pudiera morir, le quitaria la vida. Por esto dice Job, que cuando el hombre comete un pecado mortal, se las ha con Dios, y estiende su mano contra él: *Tetendit enim adversus Deum manum suam*. (Job 15, 25.)

11. Dice S. Bernardo, que quien peca, quita con la voluntad la vida á Dios, si se atiende á la malicia que hay en ella: *Quantum in ipsa est, Deum perimit propria voluntas*. (Serm. 3. de Res.) Y luego añade la razon: *Vellet Deum peccata sua videre et vindicare non posse*. (Ibid.) Quisiera el pecador, dice el Santo, que Dios viera sus pecados, y que no pudiera castigarlos. Bien sabe el pecador que su pecado merece el infierno, pero como está decidido á pecar, quisiera entonces que no hubiera Dios, y por consiguiente le quitaria la vida para que no pudiera castigarle.

12. ¿Qué otra cosa hace el que comete un pecado mortal? Aflige el corazon de Dios, como dice Isaías (63. 10): *Ipsi autem ad iracundiam provocaverunt et afflixerunt Spiritum Sanctum ejus*. ¿Qué pena sentiriais vosotros si supieseis que andaba detrás de quitaros la vida alguno á quien hubieseis amado y hecho grandes favores? Dios no es capaz de sentir dolor, pero si lo fuese, bastaria un solo pecado mortal á quitarle la vida, como dice el P. Medina: *Un solo pecado mortal le destruiria, si fuese posible, porque le causaria una tristeza infinita*. Con que meditad, hermanos mios, que cuando cometeis un pecado mortal, matariais á Dios, si fuese posible que Dios muriera, solamente de ver que le injuriabais y volviais la espalda, despues de haberos hecho tantos beneficios, hasta haber derramado toda su sangre por vosotros. (Aquí se escita á los oyentes á llorar sus culpas.)

SERMON VII.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DESPUES DE LA EPIFANIA.

DE LA CONFIANZA QUE DEBEMOS TENER EN LA MADRE DE DIOS
CUANDO RECURRAMOS Á ELLA.

Deficiente vino, dicit Mater Jesu
ad eum : Vinum non habent.
JOAN. 2. 3.

Nos dice el Evangelio de hoy, que habiendo sido convidado Jesus á las bodas de Caná de Galilea, asistió á ellas juntamente con su Madre : y que habiéndose acabado el vino en la comida, dijo la Madre á su divino Hijo : *Vinum non habent*. No tienen vino. Con estas palabras queria María suplicarle, que consolase á aquellos esposos que estaban afligidos por la falta del vino. Pero Jesus le respondió : *Quid mihi et tibi est mulier ? Nondum venit hora mea.* (Joan. 2. 24.) Con esta respuesta queria decir, que no habia llegado todavía el tiempo de hacer milagros, que debia empezar cuando saliese á predicar por la provincia de Galilea. Pero á pesar de una respuesta que parecia tan repugnante á los deseos de su Madre, dice S. Juan Crisóstomo, que el Hijo determinó obedecerla (*Homil. 2. in Joan.*) : *Licet hoc dixerit : nondum venit hora mea ; maternis tamen præceptis obtemperavit*. Y en efecto, María mandó á los que servían á la mesa que hiciesen cuanto Jesus les ordenase. Luego Jesus les previno, que llenáran los cántaros ó hidrias de agua hasta la boca, y esta agua se convirtió inmediatamente en vino, consolando de este modo á los esposos, que estaban afligidos por la falta de vino. De este suceso admirable deduciré dos consideraciones :

El gran poder de María para alcanzarnos de Dios la gracia.
Punto 1.º

La gran piedad de María para socorrernos en todas nuestras necesidades. *Punto 2.º*

PUNTO I.

Cuan grande es el poder de María para alcanzarnos de Dios la gracia.

1. S. Buenaventura dice, que tiene tanto poder la Virgen María para con Dios, que el Señor no puede dejar de atender á las peticiones de esta Señora: *Maria tanti apud Deum est meriti, ut non possit repulsam pati.* (*De Virg.* c. 3.) Pero ¿porqué tienen tanta eficacia las súplicas de María delante de Dios? S. Antonino dice, que por ser su Madre. Las súplicas de los santos son súplicas de siervos; las de María son de madre: de donde deduce S. Antonino que tienen cierto aire de imperio sobre Jesucristo, que tan especialmente la ama; y por lo mismo es imposible que no le conceda lo que le pide.

2. Por esta razon Cosme de Jerusalem llama omnipotente la ayuda de esta Madre divina: *Omnipotens auxilium tuum, ó Maria.* Confirma esta opinion Ricardo de San Lorenzo, porque dice que es muy justo que el Hijo comunique su poder á la Madre. Y por esto el Hijo, que es omnipotente, ha hecho tambien omnipotente á la Madre, en cuanto es capaz una criatura, esto es, en obtener de su Hijo cuanto le pide.

3. Oyó Sta. Brígida (*Revel.* l. 1. cap. 4.) un dia, que hablando nuestro divino Redentor con la Virgen, le decia: Pídemelo cuanto quieras, porque tu peticion no puede quedar frustrada: *Pete quod vis à me, non enim potest esse inanis petitio tua.* Y la razon que da para afirmar esto es fuerte: *Quia tu nihil mihi negasti in terris, ego nihil tibi negabo in cælis.* Puesto que nada me negaste tú mientras viviste en la tierra, nada te negaré yo mientras reine en el cielo. S. Gregorio arzobispo de Nicomedia dice que Jesucristo oye todas las súplicas de su Madre, como si quisiese cumplir de este modo las obligaciones y deberes de hijo, por haberle dado el ser humano con el consentimiento, quando le adoptó por hijo. Por esto decia S. Metodio mártir, á la Virgen María: Alégrate, alégrate, ó Virgen santa, que tienes por deudor á aquel Hijo de quien todos somos deudores; pero él lo es vuestro por haber recibido de vos la humanidad.

4. De aquí toma márgen S. Gregorio de Nicomedia para animar á los pecadores, haciéndoles saber, que si recurren á la Virgen con voluntad de enmendarse, ella los salvará por medio de su intercesion: y volviéndose despues á María, le

dice: *Tienes fuerzas insuperables; de modo que tu clemencia es mas poderosa que la multitud de los pecados.* Y luego añade: *Nada resiste á tu poder; porque el Criador reputa por suya tu gloria.* Nada os es imposible, dice S. Pedro Damian, puesto que podeis hasta comunicar á los desesperados la esperanza de salvarse. (*Serm. 1. de la Nativ. de la Virgen.*)

5. Refiere Ricardode San Lorenzo, que cuando el arcángel S. Gabriel anunció á la Virgen que Dios la elegia por madre de su Hijo, le dijo: *Ne timeas Maria; invenisti gratiam* (*Luc. 1. 30.*); y despues añade: Los que quieran hallar la gracia, busquen á la inventora de ella. Cuando el ángel le dijo, que habia encontrado la gracia, se entiende que no la halló para sí, sino para nosotros los pecadores que la habíamos perdido. Y por esto dice Ugo cardenal, que debemos acudir á María y decirle: Señora, la cosa perdida debe restituirse al que la perdió: la gracia que vos habeis encontrado no es vuestra, porque vos no la habeis perdido nunca: es nuestra, porque nosotros la perdimos por la culpa, y por tanto debeis restituírnosla.

6. Sta. Gertrudis tuvo revelacion de que nos serán concedidas á los pecadores cuantas gracias pidamos á Dios por intercesion de María. Pues la Santa oyó que hablando Jesus con su divina Madre, le dijo estas palabras: *Por tu intercesion conseguirán la gracia todos los que pidan misericordia con propósito de la enmienda.* Si todo el paraíso junto pidiera á Dios una gracia, y María sola le demandára otra, contraria á esta; el Señor oiria á María y no á todo el paraíso: porque segun dice el P. Suarez: *Deus plus amat solam Virginem, quam reliquos sancta omnes:* Dios ama mas á la Virgen que á todos los demás santos juntos. Pongamos fin pues á este primer punto, diciendo con S. Bernardo: *Busquemos gracia, y busquémosla por medio de María; porque es la Madre de Dios, y no puede menos de ser servida por su Hijo.*

PUNTO II.

Cuan grande es la piedad de María para socorrernos en todas nuestras necesidades.

7. Cuan grande sea la piedad de María, se deduce del mismo hecho descrito en el Evangelio que hemos espuesto arriba. Falta el vino; los esposos se afligen: ninguno de aquella

casa suplica á la Virgen que pida á su Hijo que los consuele en tal necesidad : pero el corazon de María que no puede menos de compadecerse de los afligidos , como dice S. Bernardino de Sena , la mueve á hacer el oficio de abogada , y á suplicar á su Hijo que obre un milagro. De aquí deduce el mismo Santo la reflexion siguiente : Si esta buena Señora hizo tanto sin que nadie le suplicase , ¿ qué no hará cuando se le suplique ? *Si hoc non rogata perfecit , quid rogata non perficiet ?*

8. S. Buenaventura deduce otro argumento del mencionado hecho que refiere el Evangelio , para probar las muchas gracias que podemos esperar de María , puesto que es Reina de los cielos. Si fué tan piadosa , dice el Santo , mientras vivia en este mundo , ¿ cuanto mas lo será ahora que vive y reina en el paraíso celestial ? Y aduce en seguida la razon en que se funda : Porque ahora ve mejor la miseria de los hombres : *Quia magis nunc videt hominum miseriam.* (S. Bon. in Spec. Virg. cap. 8.) María en el cielo y á la vista de Dios ve nuestras necesidades mucho mejor que cuando estaba en el mundo ; y por esta razon así como se ha anmentado en ella la compasion hácia los hombres , así tambien se aumenta el deseo de consolarnos : porque es demasiado cierto lo que dice Ricardo de San Victor , hablando con la misma Virgen : *Adeo cor tenerum habes , ut non possis miserias scire et non subvenire.* No es posible que esta amorosa y tierna Madre sepa que una persona sufre, sin moverse á socorrerla.

9. S. Pedro Damian dice , que la Virgen nos ama con un amor invencible : *Amat nos amore invincibili.* (Serm. 1. de Nat. Virg.) Esto significa , que aunque los Santos han amado á esta Señora tan amable , jamás el amor que ellos le han tenido ha podido compararse con el que María les ha tenido á ellos. Y este amor que nos tiene es quien la hace estar tan solícita y cuidadosa de nuestro bien. Los Santos, dice S. Agustin, son muy poderosos en el cielo para obtener de Dios las gracias que los hombres piden por su mediacion ; pero María es mas poderosa que todos ellos , y mas ansiosa por conseguir la divina misericordia á favor de sus devotos.

10. Y segun esta nuestra ilustre abogada dijo á Sta. Brígida , cuando un pecador implora su intercesion , jamás ella atiende á los pecados que ha cometido , sino á la intencion y disposicion con que pide. Si la invoca con voluntad de enmendarse , ella le oye , y le defiende y salva con su intercesion. Ricardo de San Lorenzo dice : que el Señor tiene fijos sus ojos

sobre los justos : *Oculi Domini super justos.* (*Ps.* 33. 16.) Pero la santa Virgen los tiene sobre los justos y sobre los pecadores ; y con cada uno de nosotros se porta como una madre que no separa un momento la vista de su tierno hijo para que no caiga , ó al menos para levantarle , si alguna vez cayere.

11. La Virgen María es llamada en la Santa Escritura : la hermosa oliva de los campos : *Quasi oliva speciosa in campis.* (*Eccl.* 24. 19.) Del olivo no sale otra cosa que aceite , así como de las manos y del corazon de María no sale otra cosa que gracias y misericordias. Dicese que está en el campo , para dar á entender , como dice Ugo cardenal , que está dispuesta á dejarse encontrar de todos los que la busquen : *Speciosa in campis ut omnes ad eam confugiant.* En la antigua ley habia señaladas cinco ciudades , donde encontraban asilo los delincuentes no por todos los delitos , sino por algunos solamente. Pero S. Juan Damasceno dice , que en María encuentran refugio todos los reos , por cualquier delito que hayan cometido : y por esto el Santo la llama : *Ciudad de refugio de todos los que se acogen á ella.* ¿ Qué temor , pues , dice S. Bernardo , debemos tener de recurrir á María , la cual nada de austera tiene y ningún terror inspira ? Por el contrario , toda es dulzura , toda clemencia : *Quid ad Mariam accedere trepidat humana fragilitas ? Nihil austerum in ea , nihil terribile ; tota suavis est.*

12. Decia S. Buenaventura , que cuando miraba á María , se figuraba ver en ella la misma clemencia que le amparaba bajo su proteccion : *Domina , cum te aspicio , nihil nisi misericordiam cerno.* Un dia dijo á Sta. Brígida la misma Virgen María : Será infeliz el que no se acoge á mi clemencia pudiéndolo hacer : *Miser erit , qui ad misericordiam , cum possit , non accedit.* El demonio cual leon rugiente , anda siempre buscando á quien devorar , como dice S. Pedro : *Circuit quærens quem devoret.* (*1. Petr.* 5. 8.) Pero esta piadosa Madre , como dice Bernardino de Bustis , va siempre buscando á los pecadores para salvarlos de sus garras. Es tan piadosa esta Reina , añade Ricardo de San Victor , que se adelanta á nuestras súplicas , y nos ayuda antes de que le supliquemos : *Velocius succurrit ejus pietas quam invocetur , et causas miserorum anticipat.* (*In Cant.* cap. 23.) En efecto , porque como dice el mismo autor y ya hemos observado arriba , tiene María un corazon tan tierno para ayudarnos , que no puede ver nuestras necesidades sin compadecerse de ellas.

13. No dejemos pues de recurrir á ella en todas nuestras

necesidades, puesto que es una madre tan clemente, que se deja hallar del que la busca, siempre dispuesta á ayudarle : *Invenies semper paratam auxiliari*, dice Ricardo de San Lorenzo. Pero ordinariamente quiere que la invoquemos, y se ofende de que así no lo hagamos : *Pecan contra vos, ó Señora*, decia S. Buenaventura, *no solamente los que os ofenden, sino tambien los que no os imploran. (In Spec. Virg.)* De aquí se deduce, como dice el mismo santo Doctor, que no es posible que María deje de socorrer al que la invoca; porque ni sabe ni ha sabido jamás dejar de ayudar y consolar á los infelices que recurren á ella.

14. Pero para mejor alcanzar la gracia de esta buena Señora, conviene hacerle ciertos obsequios particulares que practican sus devotos, como son : 1.º Rezar todos los dias, al menos una parte del santo rosario. 2.º Ayunar todos los sábados en su obsequio. Y puesto que algunos ayunan á pan y agua, ayunar de este modo al menos en las vigiliass de sus principales festividades. 3.º Saludarla con las tres Ave-Marías de costumbre al toque de oraciones, y con una, siempre que suena el reloj, ó se encuentra su imágen en cualquier parte : pronunciar el Ave-María siempre que uno sale de casa, ó entra en ella. 4.º Decir las letanías de nuestra Señora al retirarse á dormir, para lo cual debe cada uno procurarse una bella imágen de la Virgen y colocarla cerca de la cama. Teneis además otras muchas devociones que practican sus devotos; pero la mas útil es, encomendarse á menudo á esta divina Madre, y rezarle por la mañana una Ave-María, suplicándole que nos permita pasar sin ofender á su Hijo aquel dia, y recurrir á ella siempre que nos veamos atacados de alguna tentacion, diciéndole : *Amparadme, Señora*. Basta nombrar á Jesus y á María para vencer la tentacion. Mas si esta no cesa, debemos seguir implorando su ayuda á fin de que no seamos vencidos del demonio.

15. S. Buenaventura llama á esta Señora, la salud de quien la invoca : *Salus invocantium*. Y en efecto, si se condenára un devoto verdadero de María, por ejemplo, uno que quiere de corazon enmendarse, y se acoge con confianza á esta tierna Madre de los pecadores; esto sucederia, ó porque María no podia ayudarle, ó porque no queria : pero esto no puede suceder, segun dice S. Bernardo, siendo como es, Madre de la omnipotencia y de la misericordia; y esta es la causa de llamarse : *la salud de quien la invoca*. Valga por otros muchos el ejemplo de Sta. María Egipciaca, que hallándose en pecado

después de haber tenido una vida disoluta, y queriendo entrar en la iglesia de Jerusalem, en donde se celebraba la fiesta de la Santa Cruz, para hacerla volver en sí el Señor, permitió, que la iglesia que estaba abierta para todos, estuviese cerrada para ella sola, porque queriendo entrar, se sintió repelida de una fuerza invisible. Entonces ella se reconoció; retirábase afligida, y quiso su fortuna que hubiera encima del atrio del templo, una imagen de María Santísima á quien se encomendó de veras aquella infeliz pecadora, prometiéndole mudar de vida. Este propósito le dió fuerzas para entrar en el templo, y entonces cesó la dificultad de entrar que antes encontraba: entra, se confiesa, sale luego, váse en derechura al desierto inspirada y movida por Dios: y allí vivió cuarenta y siete años, haciendo penitencia de sus pecados, hasta que murió y consiguió ser santa.

SERMON VIII.

PARA LA DOMINICA TERCERA DESPUES DE LA EPIFANIA.

REMORDIMIENTOS DEL CONDENADO.

Filii autem regni ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus et stridor dentium.

Matth. 8. 12.

CUENTA el Evangelio de hoy, que habiendo entrado Jesus en Cafarnaum, le salió al encuentro el Centurion para suplicarle que se dignase conceder la salud á uno de sus siervos que estaba enfermo en su casa con una parálisis. El Señor le respondió: *Ego veniam et curabo eum*. Yo iré, y le sanaré. Señor, replicó el Centurion, no soy digno yo de que vos entreis en mi casa: basta que queráis sanarle para que él sane. Viendo el Salvador tanta fe en él, le consoló al punto dando la salud al siervo: y volviéndose Jesus entonces á sus discípulos, les dijo: *Muchos gentiles del Oriente y del Occidente vendrán á oír mi doctrina y descansarán en el reino de los cielos en compañía de Abraham, Isaac y Jacob: mas los hijos que tienen derecho al reino celestial serán arrojados á las tinieblas, donde habrá llanto y rechinar de*

dientes. Con estas palabras quiso decirnos, que muchos que nacieron entre los infieles, se salvarán con los santos, y muchos nacidos en el gremio de la Iglesia, irán á parar en los infiernos, donde el gusano roedor de la conciencia con sus remordimientos les hará llorar amargamente por toda la eternidad. Veamos los remordimientos que el cristiano que se condena sufrirá en el infierno.

Remordimiento 1.º De lo poco que tenia que hacer para salvarse.

2.º De lo poco porque se ha condenado.

3.º Del gran bien que perdió por su culpa.

REMORDIMIENTO I.

De lo poco que tenia que hacer para salvarse.

1. Aparecióse un dia un condenado á S. Uberto, y le dijo, que dos eran los remordimientos que mas le atormentaban en el infierno. 1.º Lo poco que tenia que haber hecho para salvarse. 2.º Lo poco porque se habia condenado. Lo mismo escribió Sto. Tomás: *Principaliter dolebunt, quod pro nihilo damnati sunt, et facillime vitam poterant consequi sempiternam.* Será lo que mas sentirán, haberse condenado por tan poca cosa, y considerar cuan fácilmente podian haberse salvado. Contraigámonos ahora á considerar el primer remordimiento, á saber: cuan breves y efímeras fueron las satisfacciones ó placeres por los que se condenaron los pecitos. Los desgraciados repetirán inútilmente: Si me hubiese abstenido de aquel deleite, si hubiese vencido aquel respeto humano, si hubiese huido aquella ocasion, ó aquella mala compañía, no me hubiera condenado. Si hubiese frecuentado los sacramentos, si hubiese hecho confesion de mis culpas todos los meses, si hubiese recurrido á Dios en la tentacion, no hubiera caido en ella. Mil veces he hecho propósito de hacerlo así; pero nunca lo he cumplido, y por esta razon me he condenado.

2. Crecerá el tormento que le causará esta reflexion con el recuerdo de los buenos ejemplos que haya visto en otros jóvenes sus contemporáneos, que llevaron una vida casta y ejemplar, en medio de los peligros del mundo. Crecerá especialmente la pena, con la memoria de todos los dones que el Señor le ha hecho para obtener la salud eterna, como salud, bienes de fortuna, padres honrados, ingenio despejado, todo

lo cual le concedió Dios, no para vivir entregado á los placeres de la tierra, sino para que los empleara en provecho de su alma. Recordará además las santas inspiraciones que tuvo para enmendarse, y la vida larga para llorar sus culpas. Pero oirá al ángel del Señor que le hará saber, que pasó ya para él el tiempo de la salvacion: *Et angelus quem vidi stantem.... juravit per viventem in sæcula sæculorum.... quia tempus non erit amplius.* (Apocal. 10. 6.)

3. ¡O que espadas tan crueles serán todos estos beneficios recibidos, para el corazon del infeliz condenado, cuando se vea encerrado en la cárcel oscura del infierno, y conozca que ya perdió la ocasion de evitar su eterna condenacion! ¡Como dirá llorando de desesperacion en compañía de los otros condenados del infierno: *Transiit messis, finita est æstas, et nos salvati non sumus!* Pasó el tiempo de recoger méritos para la vida eterna; pasó el estío en que pudimos haber asegurado nuestra salvacion; pero no conseguimos salvarnos, y ha llegado nuestro invierno, pero un invierno eterno en el que tenemos que vivir infelices y desesperados para siempre, mientras Dios sea Dios.

4. El desgraciado dirá tambien: ¡O que necio he sido! Si las penas que he sufrido para satisfacer mis caprichos, las hubiese sufrido por Dios; si las fatigas toleradas para condenarme, las hubiese empleado en la consecucion de mi salvacion; que contento me hallaria al presente! Mas yo no hallo ahora sino remordimientos y penas, que me atormentan y me atormentarán por toda la eternidad. Finalmente dirá: Yo podia ser feliz para siempre, y tendré que ser eternamente desgraciado. ¡O cuanto mas afligirá al condenado este pensamiento, que el fuego y todos los otros tormentos del infierno!

REMORDIMIENTO II.

De lo poco porque se perdió.

5. Mandó el rey Saul estando campado, que ninguno, bajo pena de la vida, tomase alimento alguno. Jonatás su hijo que era jóven y tenia hambre, comió un poco de miel; y sabiéndolo el padre, quiso que se ejecutára la orden que habia dado, y que fuese juzgado el hijo. Viéndose el infeliz condenado á muerte, lloraba diciendo: *Gustans gustavi paululum mellis, et ecce morior.* (1. Reg. 14. 43.) He gustado un poco de

miel, y me va á costar la vida. Pero habiéndose movido á compasion de Jonatás todo el pueblo, medió con el padre y le libertó de la muerte. Mas para el pobre condenado no hay ni habrá jamás quien se mueva á compasion, ni se interponga con Dios para librarle de la muerte eterna del infierno: todos se gozarán en la justicia de su castigo, por haber él querido perder á Dios y el paraíso por un placer pasajero.

6. La Escritura dice, que despues de haberse alimentado Esaú de aquel plato de lentejas por el que habia vendido su primogenitura, se puso á gritar atormentado del dolor y del remordimiento por la pérdida que habia experimentado: *Ir-rugit clamore magno.* (Gen. 27. 34.) ; Que rugidos y gritos tan fuertes dará el condenado, al pensar que por unos pocos, breves y emponzoñados placeres perdió el reino eterno del paraíso, y se ve condenado á una eterna condenacion!

7. Continuamente estará el desgraciado pensando en el infierno, en la causa de su triste perdicion. A los que vivimos en este mundo, la vida pasada nos parece un momento, un sueño. ¿Qué parecerán, pues, al condenado los cincuenta ó sesenta años de vida que habrá pasado en este mundo, cuando se halle en el abismo de la eternidad y hayan pasado para él ciento, y mil millones de años de penas; y verá no obstante, que el tiempo de su condena no ha hecho mas que principiar, porque no ha de tener fin? Y aun aquellos pocos años que vivió en el mundo ¿estuvieron acaso llenos de placeres? ¿Acaso cuando vivia en desgracia de Dios se gozaba en sus pecados? ¿Sabeis cuanto duran los gustos del pecado? Unos breves momentos; y todo el tiempo restante no es mas que angustia y dolor para quien vive léjos de Dios. ¿Qué parecerán, pues, al infeliz condenado, aquellos breves momentos de placer cuando se vea sepultado en aquel abismo de fuego?

8. *Quid profuit superbia, aut divitiarum jactantia? Transierunt omnia illa tamquam umbra.* (Sap. 5. 8 y 9.) Pobre de mí, dirá él: ¿de qué me aprovechó la soberbia, ni la jactancia que tenia en mis riquezas? Todo se disipó como la sombra, y de nada me han servido. Solo me duraron unos breves momentos, y me hicieron pasar una vida amarga sobre la tierra, y ahora tengo que estar ardiendo en este horno para siempre, desesperado y abandonado de todos.

REMORDIMIENTO III.

Del gran bien que perdió por su culpa.

9. La infeliz princesa Isabel de Inglaterra, obcecada con la pasión de reinar, dijo cierto día : *Deme el Señor cuarenta años de reinado, y yo le renuncio el paraíso.* Ya reinó los cuarenta años la desgraciada ; mas al presente , que está encarcelada en el infierno , seguramente que no estará contenta de haber renunciado el paraíso. ¡ O que afligida estará , al pensar , que por haber sido reina cuarenta años , ha perdido el reino eterno de los cielos ! Los míseros condenados , dice San Pedro Crisólogo , sufren mas por la pérdida que voluntariamente hicieron del paraíso , que por las penas que experimentan en el abismo del infierno.

10. La principal pena que se siente en el infierno , es la de haber perdido á Dios , aquel bien infinito que forma las delicias del paraíso. S. Bruno dice : *Addantur tormenta tormentis, et Deo non priventur.* (Serm. de judic. final.) Se contentarían los condenados si se añadiesen mil infiernos al que están sufriendo , con tal de que no se les privára de la vista de Dios : porque su infierno principal consiste en verse privados para siempre de la presencia de Dios por su culpa. Sta. Teresa decía , que si uno pierde por culpa propia cualquiera bagatela , por ejemplo una moneda , ó un anillo de poco valor , se aflige mucho , y no puede consolarse , pensando que ha perdido esto por su culpa propia. ¿ Cual será , pues , la pena del condenado , al pensar que ha perdido un bien infinito , cual es Dios , por su propia culpa ?

11. Verá que Dios queria salvarle y habia puesto en su mano la eleccion de la vida ó de la muerte eterna , como dice el Eclesiástico (15. 18) : *Ante hominem vita et mors.... quod placuerit ei, dabitur illi.* Verá , por tanto , haber dependido de él hacerse eternamente feliz , y que él quiso condenarse. Verá el día del juicio tantos compañeros suyos que se han salvado , y que él se ha condenado por no haber querido salvarse. Hemos errado el camino de la salvacion , dirá á sus infelices compañeros en el infierno , puesto que nos separamos de él , perdiendo por nuestra culpa el cielo y á Dios , y lo peor es , que no tiene remedio nuestro error. Esta pena les hará decir : *Non est pax ossibus meis à facie peccatorum meorum.* (Ps. 37. 4.)

Está metido el dolor en mis huesos y no me dejará encontrar descanso jamás. Por esto no verán objeto que les inspire mas horror que ellos mismos; y probarán la pena con que amenaza el Señor á los pecadores : *Statuam te contra faciem tuam.* (Ps. 9. 11.)

12. Hermanos míos, si hasta aquí habeis incurrido en la necedad de querer perder á Dios por un gusto efímero y despreciable, no sigais en esa necedad : procurad poner presto remedio, puesto que le hay. Temblad; porque ¿quien sabe si Dios os abandonará y os perdereis para siempre, si desde ahora no determinais mudar de vida? Cuando el demonio os tienta, acordaos del infierno : el pensamiento del infierno os libraré del mismo infierno. Acordaos, os repito, del infierno, y recurrid á Jesucristo y á María Santísima, implorando su ayuda, y ellos os librarán del pecado, que es el mayor de los males y la puerta del infierno.

SERMON IX.

PARA LA DOMINICA CUARTA DESPUES DE LA EPIFANIA.

PELIGROS EN LA CONSECUCION DE LA SALUD ETERNA.

Ascendente Jesu in naviculam, secuti sunt eum discipuli ejus, et ecce motus magnus factus est in mari.
Math. 8. 23. 24.

ASUNTO ÚNICO.

Quan grandes son los peligros de nuestra salud eterna, y como debemos evitarlos.

1. **E**N el presente Evangelio de S. Mateo leemos, que habiendo entrado en la nave Jesus con sus discípulos, sobrevino una gran tempestad, de modo que la nave era agitada de las olas y estaba en peligro de sumergirse. Entre tanto, el Salvador dormía, pero los discípulos espantados de la tempestad, le despertaron, diciéndole : Señor, salvadnos, porque si no perecemos : *Domine salva nos, perimus.* Entonces

Jesús les reprendió diciendo: ¿Qué teméis, hombres de poca fe? *Quid timidi estis modicæ fidei?* Y al mismo tiempo mandó á los vientos y al mar, y todo se quedó tranquilo. Consideremos ahora que es lo que significa esta nave en medio del mar, y que significan los vientos que levantan la tempestad.

2. La nave que está en el mar, significa el hombre que vive en este mundo. Así como la nave que camina por el mar, está sujeta á mil peligros, de corsarios, de incendio, de escollos y de borrascas; así el hombre en esta vida se ve cercado de peligros, por las tentaciones del infierno, por las ocasiones de pecar, por los escándalos y malos ejemplos de los hombres, por los respetos humanos; y especialmente por las pasiones desordenadas, figuradas en los vientos que mueven la tempestad y ponen la nave en peligro de perderse.

3. Así es que, como dice S. Leon, nuestra vida está llena de peligros, de emboscadas y de enemigos: *Plena omnia periculis, plena laqueis: incitant cupiditates, insidiantur illecebræ, blandiuntur lucra.* (S. Leo Serm. 5. de Quadr.) El principal enemigo de nuestra salud que todos tenemos, somos nosotros mismos: *Unusquisque vero tentatur à concupiscentia sua.* (Jac. 1. 14.) Además de los apetitos desreglados que habitan en nosotros y nos arrastran al mal, ¡tenemos tantos enemigos exteriores que nos combaten! En primer lugar están los demonios, con los cuales vivimos en continua guerra, y son mas fuertes que nosotros: *Bellum grave, quia cum fortiore,* dice Casiodoro en el salmo 5. Por esto nos advierte S. Pablo, que nos prevengamos con los auxilios divinos, puesto que tenemos que combatir á enemigos tan poderosos. *Induite vos armaturam Dei, etc.* (Eph. 6. 11. 12.) El demonio, añade S. Pedro, es un leon que anda siempre en torno de nosotros, rugiendo y buscando devorarnos: *Tamquam leo rugiens circuit querens quem devoret.* (1. Petr. 5. 8.) S. Cipriano escribe, que el enemigo siempre anda en torno nuestro para ver si puede esclavizarnos. (Lib. de zelo.)

4. También nos combaten la salud y los hombres con quienes tenemos que tratar, los cuales, ó nos persiguen, ó nos venden, ó nos engañan con las adulaciones y los malos consejos. S. Agustin dice, que entre los fieles, cualquiera que sea su profesion, hay hombres fingidos y engañosos: *Omnis professio in Ecclesia habet fictos.* (In Ps. 99.) Si una plaza estuviese por dentro llena de rebeldes, y por fuera cercada de enemigos ¿quién no la creeria perdida? Tal es el estado del

hombre mientras vive en este mundo. ¿ Quien puede , pues , librarle de tantos males , sino solo Dios ? *Nisi Dominus custodierit civitatem , frustra vigilat qui custodit eam. (Ps. 126. 2.)*

5. ¿ Cual será , pues , el medio de salvarnos entre tantos peligros ? El que hallaron aquellos santos discípulos de Jesus , que fué recurrir á su Maestro divino , diciéndole : *Salva nos , perimus*. Señor , salvadnos , porque si no perecemos sin remedio. Cuando la tempestad es grande , el piloto no separa la vista de la estrella polar ó de la brújula que le guia al puerto. Así debemos nosotros tener siempre los ojos fijos en Dios , que es el único que puede salvarnos de los peligros de este mundo borrascoso. Y así lo hacia David cuando se veia asaltado del peligro de pecar : *Levavi oculos meos in montes , unde veniet auxilium mihi. (Ps. 121. 4.)* Con este fin dispone el Señor , que mientras estamos en este mundo vivamos en una continua tormenta y estemos rodeados de enemigos , para que continuamente nos encomendemos á él , que es el único que puede salvarnos con su gracia. Las tentaciones del demonio , las persecuciones de los hombres , y todas las adversidades que sufrimos en este mundo , no son un mal para nosotros , sino un bien , si sabemos aprovecharnos del bien que encierran , como quiere Dios ; que por nuestra utilidad las permite. Ellas nos apartan del apego que tenemos á los bienes terrenos , y nos inspiran desprecio al mundo , haciéndonos hallar amarguras y espinas en los mismos honores , en las riquezas y delicias de la tierra. Todo esto lo hace Dios para que perdamos el afecto que tenemos á los bienes caducos , en los cuales hallamos tantos peligros de perdernos , y procuremos unirnos con Dios , que es el único que puede hacernos felices.

6. Nuestro error y engaño consisten en que cuando nos vemos maltratados por la enfermedad , la pobreza , las persecuciones y otras varias tribulaciones , en vez de acudir á Dios , recurrimos á los hombres , y ponemos nuestra confianza en la ayuda de éstos , atrayéndonos de este modo la maldicion del Señor , que dice : *Maledictus homo qui confidit in homine. (Jerem. 17. 5.)* No nos prohíbe que recurramos á los medios humanos en nuestras aflicciones y peligros ; pero maldice á los que ponen su confianza esclusivamente en ellos ; y quiere que ante todas cosas recurramos á él , y coloquemos en él nuestras esperanzas , y á él le amemos sobre todas las cosas de la tierra y del cielo.

7. Mientras vivamos en este mundo , debemos procurar

conseguir la vida eterna , temiendo y temblando en medio de tantos peligros como nos hallamos. Por eso dice el Apóstol : *Cum metu et tremore vestram salutem operamini. (Phil. 2. 12.)* Hallándose un dia en medio del mar una nave , sobrevino una tempestad , y el capitan estaba temblando. Al mismo tiempo habia en la nave una bestia que comia tranquilamente , como si hubiese una gran calma. Preguntaron al capitan , porque temia tanto ; y respondió : Si yo tuviese un alma como la de esa bestia , podria estar tranquilo y sin temor : pero porque tengo un alma racional y eterna , temo la muerte , puesto que he de presentarme al juicio de Dios. Temamos tambien nosotros , amados oyentes míos : se trata del alma , se trata de la eternidad ; y el que no tiembla , está en gran peligro de condenarse , como dice S. Pablo ; porque el que no tiembla , poco se encomienda á Dios , poco procura valerse de los medios que hay para salvarnos , y así se pierde fácilmente. S. Cipriano nos advierte que estemos atentos y preparados á la batalla , para combatir por la salud eterna : *Adhuc in acie constituti , de vita nostra dimicamus. (Lib. 1. cap. 1.)*

8. El primer medio , pues , para salvarse , es encomendarse á Dios para que nos ayude á vencer las tentaciones y no le ofendamos. El segundo es limpiar el alma de todos los pecados cometidos , haciendo una confesion general. Este es un gran remedio para enmendar su vida el pecador. Cuando la tempestad es grande , se procura aligerar la carga de la nave , y cada cual arroja al mar su equipaje para salvar la vida. ¡ O necesidad de los pecadores , que estando en este mundo en medio de tantos peligros de condenarse para siempre , en vez de aligerar la nave , esto es , de descargar el alma de los pecados cometidos , la cargan todavía con mayor peso ! En vez de huir los peligros de pecar , no temen meterse voluntariamente en nuevas ocasiones de ofender á Dios. Y en vez de recurrir á la misericordia divina para que les perdone las ofensas que le han hecho , le ofenden mas , obligándole de este modo á abandonarlos.

9. El segundo medio es , procurar con todo cuidado no dejarse dominar de las pasiones desarregladas : *Animæ irrevocanti ; et infructuæ ne tradas me. (Eccl. 23. 6.)* Señor , dice el Eclesiástico , no me encadeneis á una alma obcecada de alguna pasion. El que está obcecado , no ve lo que hace , y por lo mismo está espuesto á no hacer mas que disparates. Por esto se pierden tantos por dejarse dominar de las pasiones. ¡ Cuan-

tos se dejan arrastrar de la codicia de las riquezas! Un personaje que murió poco ha, solia decir: ¡Ay de mí! veo que el amor al dinero comienza á dominarme. Así decia el infeliz, pero no por eso ponía remedio al mal. No supo resistir desde un principio á esta pasion, antes la fomentó hasta la muerte, y por eso murió sin dejar esperanzas de haberse salvado. Otros se dejan dominar de la pasion de los placeres sensuales, y porque no se contentan con los lícitos, pasan de estos á los prohibidos. A otros domina la pasion de la ira, y por no tener cuidado de sofocarla en un principio cuando la pasion tiene poca fuerza, despues va creciendo y se convierte en espíritu de venganza.

10. Dice S. Ambrosio, *que estos son los enemigos mas terribles y los mas violentos tiranos. Muchos que salieron vencedores de la persecucion pública, quedaron vencidos en la oculta.* (Ps. 118: Serm. 20.) Si los afectos desordenados no se refrenan al principio, se convierten en nuestros mas terribles tiranos. Orígenes fué triste ejemplo de esta verdad, que despues de una vida ejemplar y de haber combatido en defensa de la fe, resuelto á morir por ella, se abandonó hasta renegar de la fe; como dice Natal Alejandro en su *Hist. Ecl.* tom. 7. Todavía fué ejemplo mas triste Salomon, que colmado por Dios de tantos dones hasta ser inspirado del Espíritu Santo, despues sin embargo se degradó hasta á ofrecer incienso á los ídolos, arrastrado de la pasion hácia las mujeres extranjeras. Símbolo de los infelices que se dejan dominar de sus malas pasiones son los bueyes, que despues de haber pasado trabajando toda su vida, van á morir al matadero. Lo mismo sucede á los hombres mundanos, que se fatigan toda su vida, gimiendo bajo el peso de sus culpas, y al fin van á parar á los infiernos.

11. Pero concluyamos el sermón. El piloto de la nave amaina las velas y arroja al mar las áncoras cuando los vientos son muy fuertes é impetuosos. Así debemos hacer nosotros cuando nos veamos acometidos de alguna violenta pasion. Lo primero que debemos procurar es amainar las velas, esto es, huir todas aquellas ocasiones que pueden irritarla, y acogernos despues á Dios, suplicándole que nos dé fuerzas para resistir á la tentacion á fin de no ofenderle.

12. Dirá alguno: Pero ¿qué puedo yo hacer, hallándome en medio del mundo en donde estas pasiones me atacan continuamente contra mi voluntad? Orígenes responde á esta pregunta, diciendo: *que difícilmente puede ser fiel á Dios, el que*

vive en las tinieblas del siglo y entre los negocios mundanos. (Homil. 3. in Exod.) El que quiera pues asegurar su salvacion, salga del mundo, al menos con el afecto, haciendo penitencia, y guerreando á las pasiones y á la concupiscencia, como nos enseña el Espíritu Santo : *Post concupiscentias tuas non eas, et à voluntate tua avertere. (Eccl. 18. 30.)* No te dejes arrastrar de tus malas inclinaciones; y cuando veas que tu voluntad te incita al mal, es necesario que le resistas en lugar de complacerle.

13. *Tempus breve est, dice el Apóstol, reliquum est, ut et qui habent uxores, tamquam non habentes sint: et qui flent, tamquam non flentes: et qui gaudent tamquam non gaudentes.... præterit enim figura hujus mundi. (1. Cor. 7. 29.)* El tiempo de la vida es breve, y es preciso aparejarnos á la muerte que se acerca; mas para esto, pensemos que todas las cosas de este mundo se acaban. Por lo mismo, dice el Apóstol, que los que sufren en este mundo, viven como si no sufrieran, y los que gozan como si no gozaran, porque todo esto lo hemos de abandonar; este mundo ha de marchitarse con toda su pompa y sus vanidades, y solamente nos ha de quedar, ó una eterna gloria, ó una eterna condenacion. Si la fe y la esperiencia de todos los dias nos enseñan, que hemos de morir, como han muerto los que nos precedieron, y que todo lo habremos perdido, si no sabemos salvarnos; ¿en qué consiste que vivimos tan descuidados de una cosa, que es la que únicamente nos interesa? etc.

SERMON X.

PARA LA DOMINICA QUINTA DESPUES DE LA EPIFANIA.

DE LAS PENAS DEL INFIERNO.

Colligite primum zizania, et alligate
ea in fasciculos ad comburendum.

MATH. 13. 30.

ASUNTO DEL SERMON.

Primeramente se hablará del fuego, que es la pena principal que atormenta los sentidos del condenado; y despues de las otras penas del infierno.

1. **V**ed finalmente á donde van á parar aquellos pecadores que abusan demasiado de la misericordia divina. Van á arder para siempre en el fuego del infierno. No nos amenaza Dios con el infierno con el objeto de enviarnos allá á padecer, sino para librarnos de él: *Minatur Deus gehennam*, dice san Juan Crisóstomo; *ut à gehenna liberet, et ut firmi ac stabiles evitemus minas.* (Homil. 5. de Pœnit.) Sabed pues, oyentes míos, que Dios os hace escuchar hoy este sermón sobre el infierno, para libraros del infierno: os le hace oír para que dejeis el pecado, que solo puede conducirlos al infierno.

2. Hermanos míos, es cosa cierta y de fe, que hay infierno. Despues del juicio final irán los justos á gozar la gloria eterna del paraíso, y los pecadores á sufrir el eterno castigo que les está reservado en el infierno: *Et ibunt hi in supplicium æternum; justi autem in vitam æternam.* (Math. 25. 36.) Examinemos que cosa es el infierno. Es el lugar de los tormentos, como le llamó el desgraciado epulón: *In hunc locum tormentorum.* (Luc. 16. 28.) Lugar de los tormentos, en donde todos los sentidos y todas las potencias de los condenados tendrán su propio tormento; y á proporcion que habrá ofendido á Dios el pecador con placeres prohibidos, será atormentado con mas crueles suplicios: *Quantum glorificavit se et in de-*

liciiis fuit, tantum data illi tormentum. (Apocalip. 18. 7.)

3. Cuando el pecador ofende á Dios, hace dos males graves, abandona á Dios sumo bien, y se adhiere á la criatura de quien no puede recibir contento alguno verdadero: *Duo enim mala fecit populus meus.* Se lamenta el Señor de esta injusticia que le han hecho los hombres, á saber: de que los pecadores le han vuelto la espalda, y serán atormentados en el infierno con la pena de daño que es la de haber perdido á Dios, de la que hablaremos en otro sermón.

4. *Vindicta carnis impii ignis et vermes. (Eccl. 7. 19.)* El fuego y los remordimientos de la conciencia, son los que principalmente ejercen la venganza por parte de Dios sobre la carne del impío; por esta razon Jesucristo, condenando á los réprobos al infierno, dice, que los envia especialmente al fuego eterno: *Discedite à me maledicti in ignem æternum. (Math. 25. 41.)* Id léjos de mí malditos al fuego eterno. Porque ha de ser este fuego uno de los verdugos mas fieros que han de castigar á los condenados.

5. Tambien en este mundo la pena de fuego es la mas terrible de todas; pero dice S. Agustin, que el fuego de aquí, comparado con el del infierno, es solamente una pintura. S. Anselmo escribe, que así como nuestro fuego material escede en ardor al fuego pintado, así el del infierno escede al nuestro material. Es decir que el fuego infernal tiene mayor fuerza para atormentar que el fuego material que nosotros usamos; y la razon de esto es bien clara, porque nuestro fuego lo ha criado Dios para nuestra utilidad, y el del infierno lo ha criado de intento para atormentar á los pecadores, haciéndole ministro de su justicia, como dice Tertuliano: *Muy distinto es el fuego que sirve para el uso de los hombres, del que sirve á la justicia divina.* La ira divina es quien tiene continuamente encendido este fuego vengador: *Ignis succensus est à furore meo. (Jer. 15. 14.)*

6. *Mortuus est autem dives, et sepultus est in inferno. (Luc. 16. 22.)* Murió el rico epulon, dice S. Lucas, y fué sepultado en el infierno; que quiere decir, que el condenado tendrá allí un abismo de fuego debajo, otro abismo encima, y otro abismo al derredor de sí. Si toca, tocará fuego; si ve, verá fuego; y si respira, respirará fuego. Así como el pez está en el mar rodeado de agua, tambien el infeliz condenado estará rodeado de fuego en el infierno. Pero advertid cuan grande sea la pena de fuego en el infierno, cuando el rico epulon

no se lamenta de otra pena: *Crucior in hac flamma*: soy atormentado en esta llama.

7. Dice el profeta Isaías, que el Señor castigará las inmundicias de los pecadores con el espíritu de fuego. (*Isa. 4.*) Espíritu de fuego es lo mismo que la quinta esencia de fuego. Todos los espíritus ó quintas esencias, aunque sean de simples yerbas ó flores, son tan penetrantes que penetran hasta los huesos: pues de esta naturaleza es el fuego del infierno. Es tan penetrante y maligno, que una sola chispa bastaría para derretir un monte de bronce.

8. Además, este fuego atormentará al condenado, no solamente por fuera, sino tambien por dentro; y arderán las entrañas dentro del vientre, el corazon dentro del pecho, el cerebro dentro de la cabeza, la sangre dentro de las venas, y la médula dentro de los huesos. David dice, que los cuerpos de los condenados serán como otros tantos hornos de fuego.

9. ¡O Dios mio! ciertos pecadores no pueden sufrir el ardor del sol en un camino durante el estío, ni estar con un brasero encendido en un cuarto cerrado, ni sufrir una chispa que salta de la bujía; y estos tales no temen el fuego del infierno, que segun dice Isaías, no solamente quema, sino que devora á los infelices condenados: *Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante?* (*Isa. 33. 14.*) ¿Quien de vosotros podrá habitar con el fuego devorador? Así como un leon devora á un cabrito, así el fuego del infierno devora al condenado; pero lo devora sin hacerle morir, aunque le atormenta con una continua muerte. Sigue, necio, dice S. Pedro Damian al pecador impúdico; sigue en satisfacer tus pasiones y en complacer á tu carne: *Vendrá un día en que tus necesidades se convertirán en pez, con la cual se nutrirá eternamente el fuego dentro de tus entrañas.* S. Cipriano añade, que las impudicias del hombre deshonesto hervirán en la misma grasa que saldrá de sus cuerpos malditos.

10. Escribe S. Jerónimo, que sufrirán los pecadores en este fuego no solamente el dolor que él causa, sino tambien todos los dolores que se sufren en esta tierra. (*S. Hieron. Epist. ad Pammach.*) ¿Cuántos dolores hay en esta tierra! Dolores de costado, dolores de cabeza, de riñones, de caderas, de vientre: de todos estos será atormentado el condenado en el infierno á un mismo tiempo.

11. El mismo fuego llevará consigo la pena de la oscuridad, mientras con su humo formará aquella tempestad de ti-

nieblas de que habla Santiago, que ha de cegar los ojos de los condenados. (*Jac. 12. 13.*) Por lo que el infierno se llama *tierra de tinieblas, cubiertas de la oscuridad de la muerte, en donde no hay ningun orden, sino solamente un sempiterno horror.* (*Job 10. 21. 22.*) Causa compasion el oir que un delincuente está encerrado en un calabozo diez ó veinte años. El infierno, pues, es un calabozo cerrado por todas partes, en el cual jamás entra ni un rayo de sol, ni un resplandor de candela: porque el infeliz condenado *no ha de ver jamás la luz.* (*Psal. 48. 20.*) El fuego de este mundo ilumina; pero el del infierno será siempre oscuro. Explicando S. Basilio aquel texto del salmo 28. 7. *Vox Domini intercedentis flammam ignis*, dice: que el Señor en el infierno distingue el fuego que abrasa, de la llama que luce, y que este fuego solamente ejerce la facultad de abrasar, pero no la de iluminar. S. Alberto Magno explica esto mas brevemente diciendo: *Dividit à calore splendorem.* Sto. Tomás añade: solamente habrá allí la luz suficiente para atormentar á los réprobos con la vista de los demonios y de los otros condenados. S. Agustin escribe: que solamente el espanto que causa la vista de estos monstruos y fantasmas infernales, bastaria para matar á todos los condenados, si pudiesen morir.

12. En el infierno, además, hay una pena insufrible, que es sufrir una gran sed, y no tener una gota de agua para satisfacerla. Algunos viajeros, hallándose en la campiña, despues de un largo viaje, y no encontrando ninguna fuente donde refrigerar la sed, han muerto de dolor. Será pues tal la sed en el infierno, que si á un condenado le ofreciesen toda el agua de los rios y del mar, diria: ¿Y de qué sirve toda esta agua para la sed que yo padezco? Pero ¿qué rios ó qué mares le han de ofrecer? Los desgraciados no tendrán ni una sola gota de agua para refrigerar su lengua. Esto deseaba el rico epulon, como leemos en S. Lucas (16. 24.): deseaba que Abraham le enviára á Lázaro, para que con la punta de su dedo bañado en agua le refrescara la lengua, mientras se abrasaba en aquella llama. Pero el infeliz epulon no pudo lograr esta gota de agua, ni la logrará jamás, mientras Dios sea Dios.

13. Todavía mas; el condenado se verá atormentado de la extraordinaria fetidez que hay en el infierno; fetidez que dimanará de los mismos cuerpos de los réprobos: *De cadaveribus eorum ascendet fœtor.* (*Isa. 34. 3.*) Por eso los condenados se llaman cadáveres; no porque estén muertos, porque ellos es-

tán y estarán siempre vivos para sufrir; se llaman cadáveres por la fetidez que exhalan. ¡Cuan terrible seria la pena del que estuviese encerrado en un cuarto con un cadáver frio y fétido! Pues todavía hiede mas el cuerpo de un condenado. S. Buenaventura dice: que si estuviese en la tierra el cuerpo de un condenado, seria bastante el hedor que exhalaria para hacer morir á todos los hombres. ¡Que pena no será, pues, hallarse encerrado en el calabozo del infierno en medio de aquella multitud inmensa de condenados! Dicen algunos necios mundanos: *si voy al infierno, no seré yo solo el que me condene.* ¡Desgraciados! No veis que habeis de penar en el infierno tanto mas, cuantos mas sean los compañeros que tengais: *Allí, dice Sto. Tomás, la compañía de los desgraciados no disminuirá las penas; sino que las aumentará.* (S. Thom. suppl. q. 86. art. 1.) Las aumentará, porque cada uno de los condenados sirve de tormento á los otros; y por eso cuantos mas sean, mas se atormentarán mutuamente. Los condenados puestos en medio de aquel horno del infierno, serán como otras tantas espinas reducidas á cenizas que se herirán mutuamente.

14. Se hieren, como ya hemos dicho, con la fetidez. Se hieren además con los lamentos y con los gritos que dan. ¿Que pena siente uno que quiere dormir, y oye á un enfermo que se lamenta, á un perro que ladra, ó á un niño que llora toda la noche? ¡Infelices condenados, que han de estar oyendo continuamente los llantos y los aullidos de aquellos desesperados, no solamente una noche, ni mil noches, sino por toda la eternidad, sin cesar jamás un momento!

15. Se hieren además con la estrechez en que viven: porque aunque la cárcel del infierno sea muy estensa, no por eso dejará de ser muy angosta para tantos millones de condenados, que han de estar amontonados uno sobre otro á manera de rebaños: *Sicut oves in inferno positi sunt.* (Ps. 48, 46.) Dice la santa Escritura que los infelices estarán tan apretados unos con otros, como están las uvas en el lagar bajo la prensa; mas su prensa será la venganza de Dios irritado, de la que no podrán verse libres. De la mauera que el condenado caiga en el infierno el dia del juicio final, ó bien sea de lado, ó boca arriba ó boca abajo, así permanecerá para siempre, sin poder mudar de situacion, y sin poder mover un pié, ni una mano, ni un dedo mientras Dios sea Dios. En suma, dice S. Juan Crisóstomo, que todas las penas de esta vida, por grandes que

sean, son unas bagatelas, si se comparan con las penas del infierno. (*Hom. 39, ad Pop. Ant.*)

16. Será pues atormentado el réprobo en todos sus sentidos y en todas sus potencias. Le atormentará la memoria, recordándole los años que Dios le concedió de vida para salvarse, y que él consumió, ofendiéndole, para condenarse; y recordándole tantas gracias y divinas inspiraciones, de las cuales no se supo aprovechar. Será atormentado en el entendimiento, pensando en los grandes bienes que perdió, como alma, paraíso, y Dios; y que ya no hay remedio con que pueda resarcir tan grande pérdida. Será atormentado en la voluntad, viendo que le niegan para siempre cuanto pide ó desea. El infeliz no conseguirá jamás nada de lo que quiera, y tendrá siempre que sufrir lo que no quiera. Querrá salir de aquellos tormentos y hallar paz para su alma; pero tendrá que permanecer siempre en ellos, y no hallará jamás la paz que desea.

17. Al menos, si de cuando en cuando lograrse algun refrigerio ó algun reposo, no seria tan infeliz. Pero dice S. Cipriano, *que allí no hay ningún refrigerio, no hay ningún reposo, sino una desesperacion mas insufrible que todos los tormentos.* (*Serm. de Ascens.*) Mientras vivimos en esta vida, siempre nos resta algun alivio ó consuelo, cualquiera que sea el mal que padezcamos. Pero los infelices condenados han de estar en aquella sima de fuego siempre sufriendo, siempre llorando, sin lograr jamás un momento de reposo. Si en medio de aquellos tormentos, hubiese al menos alguno que se compadeciera de ellos! Pero nó, al mismo tiempo que están tan afligidos, no cesan los demonios de echarles en cara sus pecados, diciéndoles: Sufrid, arded, entregaos á la desesperacion; vosotros mismos habeis causado vuestra ruina; toda es obra vuestra. Pero los Santos y la divina Madre de Dios, que se llama Madre de misericordia, ¿no se compadecerán de ellos? Nó, porque aquel no es lugar de compasion, sino de desesperacion. Las estrellas que son el símbolo de los Santos, no solo no compadecen á los condenados, sino que se gozan viendo vengadas las injurias hechas á su Dios. La divina Madre no puede tampoco compadecerlos, porque ellos aborrecen á su Hijo. Y Jesucristo que murió por su amor no puede tampoco tener piedad de ellos, puesto que despreciaron el amor que les tuvo, y han querido perderse voluntariamente.

SERMON XI.**PARA LA DOMINICA SEXTA DESPUES DE LA EPIFANIA.****DE LA MUERTE DE LOS JUSTOS.**

Simile est regnum eorum fermento,
quod acceptum mulier abscondit in farine
satis tribus, donec fermentatum est totum.
MATR. 13. 33.

Nos dice el Evangelio de hoy, que la mujer, despues que ha mezclado la levadura en la masa, espera que esta haya fermentado, y que se levante bastante, como vulgarmente se dice. Con este símil nos da á entender el Señor, que el reino de los cielos, es decir, la eterna bienaventuranza, es semejante á la levadura. Por esta se entiende la gracia de Dios, la cual hace que el alma adquiera méritos para la vida eterna. Pero esta se consigue cuando *todo está fermentado*; esto es, cuando el alma está junto al término de la vida presente y al complemento de sus méritos. Hablarémos por tanto hoy de la muerte de los justos, la cual no debe ya inspirar ningun temor, sino que debe desearse con toda el alma, porque segun escribe S. Bernardo; *tres parabienes deben darse en esta muerte: porque liberta al hombre de toda especie de trabajos, del pecado, y del peligro.* Dice el Santo, que de tres cosas debe congratularse el justo:

- 1.^a Porque la muerte le libra de las miserias de esta vida, y de los ataques del enemigo de nuestras almas.
- 2.^a Porque le libra de los pecados actuales.
- 3.^a Porque le libra del peligro de caer en el infierno y se le abre el paraíso.

PUNTO I.

La muerte libra al justo de las miserias de esta vida, y de los ataques de los enemigos.

1. ¿Qué cosa es la muerte? S. Euquerio responde *que es el término de los trabajos.* Job dice, que nuestra vida, por breve que sea, no por eso deja de estar llena de miserias, de per-

secuciones y de temores : *el hombre nacido de mujer vive un corto tiempo y se llena de miserias.* (Job 14. 1.) Los hombres que desean alargar su vida en este mundo ¿qué otra cosa desean, dice S. Agustín, que prolongar sus padecimientos? *Quid est dñi vivere, nisi diu torqueri?* (Serm. 17. de Verb. Dom.) Sí, porque como advierte S. Ambrosio, *la vida presente no nos ha sido dada para descansar y gozar, sino para trabajar y sufrir.* (Serm. 43.) Por esto dice el santo Doctor, que si bien la muerte se impuso al hombre como pena del pecado, sin embargo, no son tantos los trabajos de esta vida, que la muerte nos haya sido dada para alivio de ellos, no para castigo.

2. Los trabajos mas duros que sufren en esta vida los que aman á Dios; son los asaltos del infierno para hacerles perder la gracia divina; y por eso dice S. Dionisio Areopagita, que van alegres á encontrar la muerte como término de sus combates; y la abrazan con alegría, sabiendo que haciendo una buena muerte, salen del temor de recaer en el pecado. (*De Hier. Eccl. cap. 7.*) Lo que mas consuela á un alma que ama á Dios, cuando sabe que va á morir, es el pensar que así se libra de tantas tentaciones, de tantas angustias de conciencia y de tantos peligros de ofender á Dios. S. Ambrosio dice, que mientras vivimos caminamos entre los lazos de los enemigos, que arman asechanzas á nuestra vida espiritual. Este peligro fué quien hizo decir á S. Pedro de Alcántara, mientras estaba muriendo : *Hermano mio, (era un lego que le tocaba) apártate, apártate, porque aun estoy en peligro de condenarme.* Este peligro consolaba tambien á Sta. Teresa, siempre que oia sonar el reloj, alegrándose de que hubiese pasado otra hora de combates; porque decia la Santa : *en todos los momentos de la vida podemos pecar y perder á Dios.* Por eso los Santos no se asustan al aproximarse la muerte, sino que se alegran, pensando que van á terminar los combates y los peligros de perder la gracia divina.

3. El que está preparado á morir, viviendo en medio de tantos peligros y temores, como hay en esta vida, halla un alivio en la muerte, cualquiera que ella sea. (*Sap. 4. 7.*) Dice S. Cipriano, que si uno habitase una casa, cuyas paredes amenazáran ruina y cuyo tejado temblase, ciertamente desearia salir de allí cuanto antes pudiera. Pues en este mundo todo amenaza ruina á la pobre alma; el mundo, los demonios, la carne, las pasiones, todo nos arrastra hácia el pecado y la muerte eterna. Por eso S. Pablo esclama : ¡Quien me liberta-

rá de este mi cuerpo que vive continuamente moribundo por los combates que experimenta! *Quis me liberabit de corpore mortis hujus?* (Rom. 7. 24.) Por esto despues esperaba tener una gran ganancia con la muerte, conquistando con ella á Jesucristo que era su verdadera vida. Felices, pues, aquellos que mueren en el Señor cuando salen de las penas y fatigas, y van al reposo celestial: *Beati mortui qui in Domino moriuntur*, etc. (Apoc. 14. 13.) En la vida de los Padres antiguos se cuenta, que estando muriéndose un padre anciano, los otros lloraban, pero él se reia. Preguntado ¿porqué se reia? respondió: Y ¿porqué llorais vosotros, viendo que yo me voy á descansar? Lo mismo decia Sta. Catalina de Sena estando próxima á morir: *Consoláos conmigo, porque deixo esta tierra de penas y me voy al reino de la paz*. La muerte de los Santos se llama sueño, esto es, reposo que Dios concede á los que le aman en premio de sus fatigas: *Cum dederis dilectis tuis somnum, ecce hæreditas Domini*. (Psal. 126. 2.) Por esto á la llegada de la muerte el alma que ama á Dios, no llora ni se turba, sino que abrazada al Crucifijo, abrasada de amor divino, esclama: *Dormiré y descansaré en la paz del Señor*. (Psal. 4. 9.)

4. Aquel *proficiscere de hoc mundo*, que tanto espanta á los pecadores á la hora de la muerte, sirve de consuelo á los justos. Estos no se afligen como los mundanos, cuando tienen que abandonar los bienes de la tierra, porque han tenido despegado de ellos el corazon. Todos han estado diciendo mientras vivian, que Dios era el único Señor de su corazon y toda la riqueza que deseaban. No se afligen al dejar los honores; porque el único honor que anhelaron, fué amar á Dios, y ser amados de él; y reputaron humo y vanidad todos los honores del mundo, como realmente lo son. No se afligen por abandonar á los padres, porque los amaron solamente en el Señor; y al morir los dejan recomendados á aquel Padre celestial, que los ama mas que ellos mismos; y como tienen una confianza grande de salvarse, esperan que podrán ayudarles mas desde el paraíso, que desde este mundo. En fin, aquel que ha dicho frecuentemente viviendo: *Tú, Dios mio, eres toda mis cosas*, lo repite con mayor ternura á la hora de la muerte.

5. Además, no pierden su paz por los dolores que ocasiona la muerte; sino porque ven que ya se acaba su vida, y no les queda mas tiempo de sufrir por Dios, y de ofrecerle aquellas señales de su amor. Por eso aceptan alegremente aquellos do-

lores para ofrecerlos á Dios como los últimos restos de su vida, ofreciendo su muerte por la de Cristo al eterno Hacedor que les dió la existencia.

6. Y aunque estarán atormentados, sin embargo no los espantará la memoria de los crímenes cometidos; porque el mismo arrepentimiento que experimentarán, les dará cierta seguridad del perdón, sabiendo qué el Señor mismo ha dicho, que no quiere acordarse de los pecados de aquellos que los han espiado con verdadera penitencia: *Si impius egerit penitentiam.... omnium iniquitatum ejus non recordabor.* (Ezech. 18. 22.)

Pregunta S. Basilio, de qué manera puede uno estar seguro de que Dios le haya perdonado sus pecados. Y responde él mismo: Convenciéndose de haberlos detestado de corazón. (S. Basil. in Reg. inter. 12.) El que detesta sus culpas y las ofrece por la muerte de Jesucristo, seguro puede estar de que Dios se las ha perdonado, dice S. Agustín. (Lib. 4. de Trinit.) La muerte que era castigo de la culpa en la ley de la naturaleza, se ha convertido en sacrificio de la penitencia en la ley de gracia, por quien la culpa se perdona.

7. El mismo amor que tiene á Dios, le da cierta seguridad de su gracia, y le libra del temor de condenarse: *Charitas mittit foras timorem.* (1. Joan. 4. 18.) Si estando próximos á la muerte no quereis perdonar á vuestros enemigos, ni restituir lo que no es vuestro, y quereis conservar las amistades deshonestas; en este caso temed por vuestra salud eterna, porque teneis grandes motivos de temer. Mas si quereis evitar el pecado, y conservar en el corazón alguna prueba de amor hacia Dios, estad seguros que Dios no os abandona: y si Dios está con vosotros ¿porqué teméis? Y si quereis aseguráros de amar á Dios, abrazad con paz, y ofreced de corazón vuestra muerte á Dios. El que ofrece á Dios su muerte, hace un acto de amor el mas perfecto que puede hacer; porque abrazando con buen ánimo la muerte por complacerle, se hace semejante á los mártires, en los cuales todo el mérito de su martirio consiste en sufrir y morir, por dar gusto á Dios.

PUNTO II.

La muerte nos libra de los pecados actuales.

8. No se puede vivir en esta vida sin cometer alguna culpa, al menos leve: *Septies enim cadet justus.* (Prov. 24. 16.) El

que acaba de vivir , acaba de ofender á Dios. Por esto S. Ambrosio llamó á la muerte , la sepultura de los vicios , que quedan sepultados con la muerte : *Quid est mors , nisi sepultura vitiatorum ?* ¿Qué cosa es la muerte sino la sepultura de los vicios ? (S. Ambr. de bono mortis, cap. 4.) El venerable P. Vicente Caraffa , estando para morir , se consolaba con este pensamiento , diciendo : Puesto que acabo de vivir , acabo de seguir ofendiendo á mi Dios. El que muere en gracia de Dios ; entra en el feliz estado de amarle eternamente , y de no poder jamás ofenderle. El muerto no puede pecar , decia el mismo San Ambrosio. Por esto escribia : *¿Porqué deseamos tanto esta vida , en la que cuanto mas tiempo permanecemos , tanto mayor es la carga de pecados que cargamos sobre nosotros ?*

9. Por esto el Señor alaba mas á los muertos que á los que viven : *Laudavi magis mortuos quam viventes.* (Eccl. 4. 2.) Si , porque todo hombre mientras vive , por santo que sea en este mundo , no está libre de pecar. Una persona muy espiritual mandó , que cuando se aproximase su muerte , se lo anunciáran , diciéndole : Consolaos , porque llega el tiempo en que ya no ofendereis á Dios.

10. S. Ambrosio añade , que Dios ha querido que entrara la muerte en el mundo , para que muriendo los hombres , cesáran de pecar. Es pues grande error pensar , que la muerte sea un castigo para aquel que ama á Dios : antes es una señal del amor que Dios le tiene , puesto que le abrevia la vida para librarle de los pecados , de los que no puede librarse mientras vive : *Placita enim erat Deo anima illius ; propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatis.* (Sap. 4. 14.)

PUNTO III.

La muerte nos libra del peligro del infierno , y nos abre el paraíso.

11. Preciosa es , en la presencia del Señor ; la muerte de sus Santos. (Psal. 115. 15.) La muerte , mirada segun los sentidos , espanta y llena de temor ; pero examinada con los ojos de la fe , consuela y nos obliga á desearla. Cuanta mas terrible parece á los pecadores , tanto mas amable y preciosa parece á los Santos. S. Bernardo dice , *que es preciosa porque es el fin de los trabajos , la consumacion de la victoria , y la puerta de la vida eterna.* La alegría que tuvo el copero de Faraon ; cuando oyó decir á José que debia salir presto de la prision , y vol-

ver á ocupar su plaza en la corte del rey, fué mucho menor que aquella que tendrá un alma amante, al oír que debe quedar libre de esta cárcel del mundo, y volar á la patria celestial á gozar de Dios. Dice el Apóstol, que mientras vivimos en el mundo, vamos vagando fuera de nuestra patria por tierra ajena y léjos de la vida, que es la presencia de Dios: *Dum sumus in corpore, peregrinamur à Domino.* (2. Cor. 5. 6.) Por lo que escribe S. Bruno, que nuestra muerte no debe llamarse muerte, sino principio de la vida. O como dijo S. Atanasio: *La muerte del justo no es muerte, sino traslacion.* Esto es, un paseo desde las miserias de esta vida terrena á las delicias eternas del paraíso. ¡O muerte amable! decia S. Agustin, ¿quien no te deseará, cuando eres el término de los males, el fin de las fatigas, y el principio del eterno reposo?

12. Ninguno puede entrar en el cielo á ver á Dios, si no pasa primeramente por esta puerta de la muerte: *Hæc porta Domini, justi intrabunt in eam.* (Psal. 117. 20.) Por esto S. Jerónimo suplicaba á la muerte, diciéndole: *Abreme, hermana mia muerte: porque si tú no me abres la puerta de la vida eterna, imposible es que pueda yo pasar á gozar de mi Dios.* Y S. Carlos Borromeo, al ver pintado un esqueleto de un cadáver con una guadaña en la mano, llamó al pintor, y le mandó que borrara la guadaña, y pintase en su lugar una llave de oro, para denotar, que la muerte es la que nos abre la mansion deliciosa del paraíso. Una reina que estuviera encerrada en una prision oscura ¿cuanto se alegraria de sentir que se abrian las puertas para trasladarla desde allí á su real palacio? Esto cabalmente suplicaba David al Señor, cuando decia: *Educ de custodia animam meam.* (Psal. 141. 8.) Esta fué tambien la gracia que el santo Simeon suplicó al niño Dios, cuando le vió en sus brazos; á saber, que le librara, por medio de la muerte, de la cárcel de la presente vida: *Nunc dimittis servum tuum Domine.* Por eso dice S. Ambrosio, que Simeon suplicó que le librara con la muerte de la cárcel de este mundo, como si estuviera precisado á vivir por fuerza en él.

13. Tiene razon de temer la muerte, dice S. Cipriano, el pecador que debe pasar de su vida temporal á la muerte segunda, que es la eterna del infierno: pero no el que estando en gracia de Dios, espera pasar á la vida de la gloria. Se cuenta, que un hombre rico dió una gran suma á S. Juan Elemosinario, ó Limosnero, para que la diera de limosna á fin de obtener de Dios una larga vida para un hijo único que tenia;

pero este hijo murió poco despues. El padre se lamentaba de la muerte de su hijo; pero Dios para consolarle mandó á un ángel que le dijera : Has pedido para tu hijo una larga vida, y el Señor te ha oído, puestó que tu hijo está en el cielo, donde goza una vida eterna. Esta fué la gracia que nos consiguió Jesucristo segun la promesa hecha por el profeta Oseas (13. 14.) : *Ero mors tua, ò mors.* Jesucristo, redimiéndonos, dió muerte á la misma muerte, y por nosotros la convirtió en vida. Por esto preguntado el mártir S. Pionio, como esperaba tan alegremente la muerte, respondió: *Estais equivocados, porque no espero la muerte, sino la vida.* Por esto tambien Sta. Sinforosa animaba al martirio á su hijo S. Sinforiano, diciéndole : *Hijo, no vas á morir, antes tu muerte va á trocarse en vida.*

14. S. Agustin dice, que el que ama á Dios, desea verle presto, y por eso sufre viviendo, y se alegra al morir. Santa Teresa decia, que para ella, la vida era una muerte, y por eso compuso aquella célebre cancion : *Muero porque no muero.* A la grau sierva de Dios D.^a Sancha Carrillo, hija espiritual del V. M. Avila, fuéle revelado un dia, que solamente le quedaba un año de vida; pero ella respondió : *¡Ay Dios mio! Toda- vía he de estar un año separada de vos! O triste año, que me parecerá mas largo que un siglo!* Así hablan las almas que aman de corazon á Dios. Es señal de que ama poco á Dios el que no desea verle pronto.

15. Pero dirá alguno: Yo deseo ir á ver á Dios; mas temo los combates que he de tener entonces con el infierno: oigo que hasta los Santos han temido á la hora de la muerte; cnanto mas debo temer yo! Es verdad que el infierno no deja de amedrentar hasta á los Santos á la hora de la muerte; pero tambien lo es, que Dios no deja de asistir á sus siervos en aquel punto; y quando se aumenta el peligro, aumenta Dios su ayuda, como dice S. Ambrosio. Quedó amedrentado el siervo de Eliseo, quando vió que toda la ciudad estaba cercada de enemigos; pero el Santo le alentó, haciéndole ver muchos ángeles que Dios enviaba en su defensa; y por eso le dijo despues : *No temas, porque mayor es el número que hay en nuestra defensa, que en la de ellos.* (4. Reg. 6. 16.) Hará en efecto el infierno esfuerzos contra el moribundo; pero vendrá el ángel custodio á confortarle; vendrán los Santos de su devociom; vendrá S. Miguel destinado por Dios para defender á sus siervos en aquella última lucha contra los demonios: vendrá la

Madre de Dios á asistir á sus devotos: vendrá Jesucristo á defender á sus ovejas de los asaltos infernales, y les dará fuerza para resistir, y dirán llenas de confianza: *Dominus illuminatio mea, et salus mea, quem timebo?* (*Psalm. 26. 1.*) Si el Señor es mi luz y mi salud, ¿á quien temeré? Demasiado cierto es lo que dice Orígenes, á saber: que mas se afana Dios por salvarnos, que el demonio por perdernos; porque es mucho mayor el amor que nos tiene Dios, que el odio que nos tiene el demonio. (*Orig. Homil. 20.*)

16. Dios es fiel, y no permitirá que seamos tentados mas de lo que podamos resistir: *Fidelis Deus non patietur vos tentari supra id quod potestis.* (1. Cor. 10. 13.) Es cierto que algunos Santos han temido mucho á la hora de la muerte; pero estos han sido pocos; y el Señor ha permitido esto, para purgarlos de algunos defectos. Por lo demás, comunmente hablando, se sabe que los siervos de Dios han muerto alegres. El P. José Scamacca, hombre de vida ejemplar, preguntado si moria con confianza en Dios, respondió: ¿He servido por ventura á Mahoma, para que pueda dudar ahora que la voluntad de mi Dios no sea la de salvarme? ¡Que bien sabe consolar el Señor á sus siervos en la hora de la muerte! Aun entre los dolores de la muerte les hace sentir aquellas dulzuras precursoras de la gloria del paraíso que ven abierto. Así como los que mueren en pecado, comienzan desde el lecho de la muerte á experimentar ciertos dolores infernales, ciertos terrores extraordinarios, remordimientos y temores; así al contrario los Santos con los actos fervientes de amor divino, y con la confianza y el deseo que experimentan de verle presto, gozan aun antes de morir aquella paz que han de gozar despues en el cielo mas plenamente.

17. El P. Suarez murió con tanta paz, que dijo al tiempo de morir: *Jamás hubiera podido imaginar que fuese cosa tan dulce la muerte.* Avisado por el médico el cardenal Baronio de que no pensase tanto en la muerte, respondió: ¿Y porqué? ¿es acaso porque no me abrevie la vida el miedo de la muerte? No la temo; al contrario, la amo y la deseo. Condenado á muerte el cardenal Rufin, como cuenta Sandero, por Enrique VIII, se puso los mejores vestidos que tenia, diciendo que iba á bodas. Cuando despues estuvo á la vista del patíbulo, arrojó su baston y dijo: Caminad aprisa, pies mios, que ya estais cerca del paraíso. Y antes de morir quiso cantar el *Te Deum*, dando gracias á Dios porque moria en defensa de la santa Fe; y lle-

no de alegría puso la cabeza bajo la cuchilla. S. Francisco de Asis cantaba al tiempo de morir. Fray Elías le dijo: *Padre, el que muere debe llorar, no cantar.* — *Pues yo*, respondió el Santo, *no puedo menos de cantar, viendo que dentro de poco iré á gozar de Dios.*

18. Cuenta el venerable Granada, que cierto cazador encontró en un bosque un moribundo que tendido sobre la tierra estaba cantando, y le dijo: ¿Como puedes cantar hallándote en tal estado? El ermitaño respondió: Hermano, entre Dios y yo no media otra cosa que mi cuerpo; y estoy viendo que cayendo á pedazos esta mi carne, se destruye la cárcel que aprisiona mi alma, y que ha de ir presto á gozar de Dios: por esto me alegro y canto. Por el mismo deseo que tenia de ir á ver á Dios el mártir S. Ignacio, decia: *que si las fieras no vieran á despedazarle, él mismo las irritaria para que le devorasen.*

19. Mas, ¿que muerte tan feliz tienen, especialmente los devotos de la Madre de Dios! Que alegría causa á los amantes de Jesus cuando él mismo va á visitarlos en el santo Viático! El Criador va á visitar á la criatura; el Médico al enfermo; el Rey al vasallo; el Redentor al esclavo redimido con su sangre de la esclavitud de Satanás. ¿O quien pudiere decirle entonces lo que le dijo S. Felipe Neri, cuando estando próximo á morir, vió á su lado al santísimo Sacramento! Mirad al amor mio, dádmele para que le coma, que este es el Cordero que quita los pecados del mundo. Pero para hablar así á la hora de la muerte, es preciso haber amado á Jesus ardientemente durante la vida. Porque el que no le ama, no puede gozar de su presencia en el paraíso, segun aquellas palabras del Evangelio: *Qui non diligit, manet in morte.* Hermanos míos, ruégoos por las llagas de Jesucristo, que si quereis tener una buena muerte, si quereis que Jesucristo os abra las puertas del paraíso á la hora de morir, le ameís con todo el corazon, con toda el alma y con todas las potencias, mientras militais en este valle de lágrimas contra el mundo, el demonio y la carne.

SERMON XII.**PARA LA DOMINICA DE SEPTUAGÉSIMA.****IMPORTANCIA DE LA SALUD ETERNA.**

Misi eos in vineam suam.

MATTH. 20. 2.

LA viña del Señor son nuestras almas, que nos fueron dadas con el fin de que las cultivemos por medio de las buenas obras, para que puedan un día ser admitidas en la gloria eterna. *Pero, ¿en qué consiste, dice Salviano, que creyendo el cristiano lo futuro, no lo teme? Quid causa est, quod christianus, si futura credit, futura non timeat?* Los cristianos creen la muerte, el juicio, el infierno, el paraíso; pero á pesar de esto, viven como si no creyesen, como si estas verdades de fe fuesen fábulas é invenciones de viejas. Viven muchos como si no hubiesen de morir ni dar cuenta á Dios de su vida, y como si no hubiera infierno ni gloria. ¿Creerán acaso que todo esto es falso? Nó; pero no piensan en ello, y por eso se pierden. Están embebecidos en los negocios del mundo, y no piensan en el alma. Quiero, por tanto, haceros presente hoy, que el negocio de la salvacion del alma, es el mas importante de todos los negocios:

Punto 1.º Porque perdida el alma, todo está perdido para nosotros.

Punto 2.º Porque perdida el alma una vez, se perdió para siempre.

PUNTO I.

Perdida el alma, todo está perdido para nosotros.

1. El Apóstol escribe á los de Tesalónica: *Os ruego, hermanos, que atendais á vuestro negocio.* (4. 10.) La mayor parte de los mundanos ponen toda su atencion en los negocios de la tierra, y se olvidan de su salvacion. ¿Qué diligencia no ponen en ganar un pleito, en obtener un empleo, en contraer un matrimonio! ¿cuantos medios, cuantas medidas se toman para

conseguirlo! No se come, no se duerme ni se descansa, mientras falta algo que hacer á fin de conseguir esas cosas. ¿Y qué hacen estos mismos para salvar el alma? Todos se avergüenzan de que digan de ellos que son descuidados en los negocios de su casa, y pocos tienen vergüenza de descuidarse de su alma. Pues yo os digo con S. Pablo: Hermanos míos, os ruego que sobre todo atendais á vuestro negocio, *ut negotium vestrum agatis*, esto es, al negocio de vuestra salvacion.

2. S. Bernardo dice, que las bagatelas de los niños se llaman bagatelas y niñerías; pero cuando llegan á ser hombres, estas niñerías toman el nombre de negocios, y muchos pierden por ellos el alma. Si en este mundo perdemos en un negocio, podemos ganar en otro; pero si morimos en desgracia de Dios y perdemos el alma, ¿como podremos compensar una pérdida tan grande? *Quam dabit homo commutationem pro anima sua?* (Matth. 16. 26.) S. Euterio dice á los que viven descuidados de su salvacion: Si no comprendes cuanto vale tu alma, dando crédito á Dios que la crió á su imagen y semejanza, créelo porque lo dice Jesucristo que la redimió con su misma sangre. *No fuisteis redimidos á costa de oro y plata, que son unos metales corruptibles*, dice S. Pedro, *sino con la sangre preciosa y sin mancilla de Jesucristo.* (1. 1. 18. et 19.)

3. Tanto es lo que estima Dios á tu alma; pero tambien el demonio la aprecia tanto, que por hacerse dueño de ella no duerme ni sosiega, sino que continuamente va en torno de ella, deseando atraparla. Por eso esclama S. Agustín: *¡Vela el enemigo, y te atreves tú á dormir! Vigilat hostis, dormis tu?* Habiendo un príncipe pedido un favor al papa Benedicto XII, que éste no podia concederle sin escrúpulos de conciencia, respondió á su embajador: *Escribid á vuestro amo, que si yo tuviese dos almas, podría perder una por complacerle; pero no teniendo mas que una, no puedo perderla.* Y de este modo le negó el favor que pedia.

4. Hermanos míos, sálvese el alma, y no importa que se pierdan todos los negocios de la tierra. Pero si perdeis el alma, ¿de qué os servirá haber tenido en este mundo riquezas, honores y placeres? *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* (Matth. 16. 26.) Con esta máxima ganó tantas almas para Dios S. Ignacio de Loyola, especialmente la de Francisco Javier, que estando en París se ocupaba en juntar bienes terrenos, mas un dia le habló S. Ignacio diciéndole: *Francisco, ¿á quién sirves? Sirves al*

mundo, que es un traidor que promete y no cumple. Pero supongamos que cumpliera, ¿cuanto tiempo duran los bienes que él promete? ¿Pueden durar acaso mas que la vida? Y despues de la muerte ¿de qué te servirán, si no te salvás? Y entonces le recordó la sentencia del Evangelio: Quid prodest, etc. Lo que nos importa es la salvacion. No necesitamos hacernos ricos en este mundo, ni adquirir honores y dignidades, sino salvar el alma, porque si no entramos en el cielo, serémos condenados para siempre á los infiernos. Hermanos míos, á uno de estos dos lugares hemos de venir á parar. Os condenareis, ú os salvareis. Si lo primero, desgraciados de vosotros. Dios no nos ha criado para esta tierra, ni nos conserva la vida para que nos hagamos ricos ó gocemos, sino para que aseguremos la vida eterna.

5. *¿Que necio es, dice S. Felipe Neri, el que no atiende sobre todo á la salvacion de su alma! Si hubiese en la tierra hombres mortales y hombres inmortales, y vieran aquéllos que éstos se dedicaban enteramente á adquirir bienes mundanos, les dirian con razon: Muy necios sois, porque podeis adquirir los bienes inmensos y eternos del paraiso, y perdeis el tiempo en adquirir estos bienes mezquinos de la tierra, que perecen tan pronto como morimos. ¿Y por estos bienes os poneis en peligro de padecer eternamente en el infierno? Dejad que atendamos á las cosas de la tierra, nosotros los desventurados mortales, para quienes todo termina con la muerte. Pero, lo peor es, que todos somos inmortales, y cada uno de nosotros, ó ha de ser eternamente feliz en la otra vida, ó eternamente desgraciado. Esta será la desgraciada suerte de tantos que solamente piensan en lo presente, y se olvidan de lo futuro: Utinam saperent et intelligerent, ac novissima providerent. Ojalá supiesen perder el apego á los bienes presentes y terrenos que duran poco, y atender á lo que les ha de suceder despues de la muerte, que es, ó ser reyes del cielo, ó esclavos del infierno por toda la eternidad. El mismo S. Felipe Neri, hablando un dia con un jóven llamado Francisco, que tenia talento y esperaba hacer fortuna en el mundo, le dijo estas palabras: Sin duda, hijo, tú harás fortuna; serás buen abogado, luego prelado, despues cardenal, y acaso tambien papa. Pero, y despues? y despues? Vete, le dijo finalmente: piensa en estas dos últimas palabras. Partió el jóven, y meditando en su casa en ellas, abandonó las esperanzas terrenas, y se dedicó enteramente á Dios, dejó el mundo, y entrando en la misma congregacion de S. Felipe, murió en ella santamente.*

6. *Præterit figura hujus mundi.* (1. Cor. 7. 31.) Sobre estas palabras dice Cornelio á Lápide, que el mundo es un teatro. Efectivamente, nuestra vida presente es una comedia que se representa en él: ¡dichoso el que en ella desempeña el papel de salvar su alma! De otro modo, habrá atendido á acumular riquezas y honores mundanos; pero con razon se le podrá llamar necio y echarle en cara cuando muera lo que se le dijo al rico del Evangelio: *Necio, esta noche te pedirán el alma; mas los bienes que acumulaste ¿para quién serán?* (Luc. 12. 20.) Explicando Toledo estas palabras, dice que el Señor nos ha dado el alma en depósito para que la defendamos de los asaltos de los enemigos, y por eso á la hora de la muerte vendrán los ángeles á pedirnosla para presentarla al tribunal de Jesucristo; pero si la hemos perdido, atendiendo solamente á amontonar bienes terrenos, estos pasarán entonces á otras manos; y, ¿cual será la suerte de nuestra alma?

7. ¡Infelices mundanos! ¿qué os quedará á la hora de la muerte de todas las riquezas adquiridas, y de todas las pompas y vanidades de este mundo? *Dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis.* (Ps. 75. 6.) Con la muerte terminará nuestra vida, que no es mas que un sueño, y ningun mérito nos quedará para la eternidad. Preguntad á tantos grandes de la tierra, á tantos príncipes y emperadores que abundaron mientras vivieron en riquezas, honores y delicias, y ahora están padeciendo eternamente en el infierno: ¿qué os queda ahora de tantas riquezas que poseiais mientras vivisteis en el mundo? Y responderán los infelices llorando: *Nada, nada absolutamente.* Y de tantos honores, de tantas delicias, de tantos triunfos, ¿qué os queda? Nada, nada.

8. Tenia, pues, razon para decir S. Francisco Javier, que en el mundo no hay mas que un solo bien y un solo mal. El único bien es salvarse, y el único mal condenarse. Por eso decía David: *Una cosa sola pedí al Señor y por conseguirla me desviviré, á saber: habitar eternamente en la morada celestial. Unam petii a Domino, et hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini.* (Ps. 26. 4.) Una cosa sola debemos buscar nosotros, que nos conceda el Señor, la gracia de salvar el alma; porque estando ésta salva, todo lo habremos salvado; y perdida ésta, todo lo habremos perdido. Y lo que mas importa es, que perdida el alma una vez, está perdida para siempre, que es el segundo punto.

PUNTO II.

Perdida el alma una vez , está perdida para siempre.

9. Lo que mas debemos considerar , es , que no se muere mas que una vez. Si muriéramos dos quizá podríamos perder el alma la primera y salvarla la segunda. Pero no sucede así , sino que una vez perdida el alma , se perdió para siempre. Sta. Teresa lo repetia sin cesar á sus religiosas , diciéndoles : *Hijas mías , no tenemos mas que un alma y una eternidad : perdida aquella , todo se perdió , y se perdió para siempre.*

10. Escribe S. Euquerio , que no hay error mayor que descuidar el negocio de la salud eterna , porque es error que no tiene remedio. Los otros pueden remediarse ; por ejemplo , si uno pierde una capa , puede comprar otra : si perdemos un destino , podemos obtener otro : y aun cuando perdamos la vida , todo se remedia si nos salvamos. Pero el que se condena y pierde el alma no puede de ningun modo remediar esta pérdida. Este es el desconsuelo de los tristes condenados , pensar que para ellos pasó ya el tiempo de poderse salvar , y que ya no tienen esperanza de remediar su eterna condenacion. *Finita est ætas , et nos salvati non sumus. (Jer. 8 , 20.)* Por lo que lloran y llorarán eternamente , diciendo con el mayor desconsuelo : *¿ Con que hemos errado el camino de la verdad , y la luz de la justicia no brilló para nosotros ? Ergo erravimus a via veritatis , et iustitie lumen non luxit nobis. (Sap. 8. 6.)* Pero ¿ de qué les servirá conocer su error cuando ya no tiene remedio ?

11. La mayor pena de los condenados es pensar que perdieron el alma para siempre. ¡ O infeliz ! dice Dios á un condenado ; tú te has labrado tu perdicion , que quiere decir : tú , pecando , has sido la causa de tu condenacion , mientras yo estaba dispuesto á salvarte , si querias atender á tu salud eterna. Sta. Teresa escribe , que si uno pierde por descuido suyo un anillo , un vestido ó cualquier otra cosa , no come , ni duerme , ni halla tranquilidad , pensando que lo ha perdido por causa propia. ¿ Cual será , pues , la pena del condenado en el infierno , al pensar que ha perdido el alma para siempre por culpa suya ?

12. Es preciso , pues , que de hoy en adelante pongamos todo el cuidado posible en salvar nuestra alma. No se trata ,

dice S. Juan Crisóstomo , de perder algun bien terreno , que al fin debíamos perder algun dia con la muerte , sino del paraíso ó del infierno. Conviene temer y temblar acerca de nuestra condenacion , y procurar nuestra salud eterna: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.* (*Philip. 2. 12.*) Y por lo mismo si queremos salvarnos , es preciso que trabajemos por vencer las ocasiones y resistir las tentaciones. El cielo no se consigue sin fatigas , y le consiguen los constantes : *Violenti rapiunt illud.* S. Andres Avellino lloraba , diciendo : ¿ *Quién sabe si me salvaré , ó me condenaré?* S. Luis Beltran solia esclamar : ¿ *Qué será de mí en el otro mundo!* Y no temerémos nosotros la incertidumbre en que estamos acerca de la suerte que nos espera ? Supliquemos á Jesucristo y á su Madre santísima , que nos presten su ayuda , para que podamos salvar nuestra alma , puesto que este es el negocio que mas nos importa. Si este nos sale bien , serémos felices para siempre ; pero si nos sale mal por nuestro descuido y negligencia , serémos desgraciados por toda la eternidad , y nos atormentará siempre aquella sentencia que tanto atormenta á los condenados : *Ergo erravimus à via veritatis.* Erramos el camino de la verdad , y nos condujo al abismo de la eterna condenacion.

SERMON XIII.

PARA LA DOMINICA DE SEXAGÉSIMA.

VIDA INFELIZ DEL PECADOR , Y VIDA FELIZ DEL JUSTO.

Quod autem in spinas cecidit, hi sunt qui audierunt, et à sollicitudinibus et divitiis et voluptatibus vitæ euntes, suffocantur, et non referunt fructum.

LUC. 8.

En la parábola del Evangelio de hoy se dice , que habiendo salido el labrador á sembrar el campo , parte de la semilla cayó entre las espinas. Por ella declaró el Salvador , que la semilla significa la divina palabra , y las espinas el apego que tienen los hombres á las riquezas y á los placeres terrenos , que son las espinas que hacen que se pierda el fruto de la palabra de Dios , no solamente en la vida futura , sino tambien en la

presente. ¡O desgracia de los infelices pecadores! En virtud de sus culpas, no solamente se condenan á penar eternamente en la otra vida, sino que tambien en este mundo arrastran una vida infeliz. Esto quiero demostrar en el presente discurso:

Punto 1.º Vida infeliz que llevan los pecadores.

Punto 2.º Vida feliz que hacen los que aman á Dios.

PUNTO I.

Vida infeliz que llevan los pecadores.

1. Engaña el demonio á los hombres haciéndoles creer, que pasarán una vida deliciosa y tendrán paz, satisfaciendo sus apetitos sensuales: pero en vano, porque no hay paz para los que ofenden á su Dios: *Non est pax impiis, dicit Dominus.* (Isa. 48. 22.) Dios dice, que todos sus enemigos han tepido, una vida infeliz, y no han conocido la paz: *Contritio et infelicitas in viis eorum; et viam pacis non cognoverunt.* (Psalm. 13. 3.)

2. Las bestias que fueron criadas para este mundo, hallan paz en los gustos sensuales. En efecto, dad un hueso á un perro, y le vereis alegre. Dad un haz de yerba á un jumento, y vereis que vive en paz y nada mas desea. Mas el hombre criado por Dios para amarle y estar unido á él, solo puede estar contento con Dios, pero no con el mundo, aunque éste le enriquezca con toda especie de bienes. ¿Y á qué se reducen todos los bienes mundanos? A deleites de los sentidos, riquezas y honores, como dice S. Juan: *Omnes quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ.* (1. 2, 16.) S. Bernardo afirma, que el hombre puede ser rico en todos estos bienes-mundanos, pero jamás quedará contento y saciado con ellos. Podrán deslumbrarle, pero nunca saciarle: *Inflari potest, satiari non potest.* Y ¿como han de saciar al hombre jamás la tierra, el viento y el estiércol? Pues tierra, viento y estiércol son todos los bienes de este mundo. Escribiendo despues el mismo Santo sobre aquellas palabras de S. Pedro: *Ecce nos reliquimus omnia*, dice: que vió en el mundo varias clases de necios, y que todos ellos sufrían un hambre muy grande, por lo que unos se llenaban el vientre de tierra, como los avaros: otros de viento, como los ambiciosos de honores y alabanzas: otros que se veían al derredor de un horno, tragaban por la boca las pave-

sas que salian de él, como los iracundos y vengativos: otros finalmente bebiam el agua turbia de un lago pestilente, y estos eran los deshonestos. Luego el Santo les dirige la palabra; y les dice: ¿No veis, insensatos, que todas esas cosas que tragais no hacen mas que irritar la hambre en lugar de calmarla? Alejandro Magno nos presenta un buen ejemplo de esta verdad. Despues de haber conquistado la mitad del mundo con sus victorias, gemia porque no era dueño de todo el universo.

3. Muchos esperan hallar paz en la acumulacion de las riquezas, pero ¿como ha de poder saciarlos la tierra? La abundancia del dinero, dice S. Agustín, no sacia la avaricia, sino que la aumenta; ó en otras palabras; la avaricia, no cambia el hambre, sino antes la escita. *Humiliata es usque ad inferos; in multitudine vitarum tuarum laborasti, nec dixisti, quiescam.* (Is. 57. 9. et 10.) Pobres amadores del mundo, que se fatigan y sufren por amontonar la mayor cantidad de dinero y de bienes que pueden; pero el reposo haye de ellos; y cuanto mas amontonan, mas crecen sus ansiedades y sus tormentos: *Divites eguerunt, et asurierunt; inquirentes autem Dominum non minuentur omni bono.* (Ps. 33, 1.) Los ricos de este mundo, son los mas desgraciados de todos los hombres; porque cuanto mas poseen, mas quieren poseer; y como no pueden adquirir todo lo que desean, son siempre mas pobres que los hombres virtuosos que no buscan sino á Dios: este es la verdadera riqueza, y en él la hallan, puesto que viven contentos con su suerte, y encuentran en Dios todos los bienes: *Inquirentes Dominum, non minuentur omni bono.* (Psalm. 33. 4.) Nada les falta á estos porque tienen á Dios: pero á los ricos del mundo, como que están privados de Dios, les falta todo, porque les falta la paz del alma. Con razon pues, fué llamado necio aquel rico del Evangelio de S. Lucas (12, 19), que teniendo una buena cosecha recogida en sus campos, decia: *Alma mea, tienes muchos bienes preparados para vivir largos años; descansa, come, bebe y goza. Anima habes multa bona posita in annis plurimos; requiesce, comede, bibe, epulare.* Y ¿porqué fué llamado necio? Porque creia hallar contento y paz, comiendo, bebiendo, y haciendo sus vestidos. Por eso le reprende S. Basilio de Selesia, diciéndole: ¿Tienes acaso alma de puerco? *Numquid animam porcinam habes?* ¿Pretendes acaso contentarla comiendo y bebiendo, como las bestias?

4. Y pregunto ¿quedan por ventura contentos los que

ambicionan honores terrenas, cuando los consiguen? Si todos los honores del mundo no son otra cosa que buino y viento, como dice Oseas (12. 2.), ¿como han de poder contentarlos el viento y el humo? Dice David: *Superbia eorum ascendit semper.* (Psal. 75. 23.) Los ambiciosos no quedan saciados cuando obtienen estos honores, sino que antes crece en ellos la ambicion y la soberbia, y con ellas crecen tambien las ansiedades, la envidia y los temores.

5. Pues los que viven enfangados en el vicio deshonesto ¿de que otra cosa se alimentan sino del estiércol? *Quia vescabantur voluptuose, amplexati sunt stercora*, dice Jeremías. (Thren. 4. 3.) Y ¿como puede saciar y dar paz al alma el estiércol? ¿Que paz pueden disfrutar los pecadores estando reñidos con Dios? Los infelices tendrán aquellos bienes, aquellos honores, aquellos deleites, pero no tendrán jamás paz. Porque no puede faltar la palabra de Dios que dice, que no hay paz para sus enemigos: *Non est pax impiis.* (Isa. 48. 22.) ¡Pobres pecadores! dice el Crisóstomo. Ellos llevan siempre encima el verdugo, esto es, su mala conciencia que los atormenta: *Pecator conscientiam quasi carnificem circumgestat.* (Serm. 10. de Laz.) S. Isidoro dice, que no hay pena mas cruel que la mala conciencia; y luego añade, que ninguno que vive bien, está triste jamás: *Nulla pena gravior pena conscientiae: vis numquam esse tristis? bene vive.* (Lib. 2. Solit.)

6. El Espíritu Santo describe el estado deplorable de estos infelices, diciendo: que son como un mar tempestuoso que no tiene un instante de tranquilidad: *Impii quasi mare fervens, quod quiescere non potest.* (Isa. 57. 20.) Una onda llega, otra viene, pero todas son ondas de amarguras y de rencores; puesto que cuanto se opone á su voluntad los turba y los irrita, como turban al mar los vientos encontrados. Si uno se encontrase en medio de un festin, entre bailes y músicas, pero estando atado de los pies con la cabeza hácia abajo ¿podria este tal estar contento en aquel festin? Tal es el estado del pecador. El está con el alma vuelta hácia abajo: en vez de estar unido á Dios y separado de las criaturas, está unido á las criaturas y separado de Dios. Pero las criaturas, como dice S. Vicente Ferrer, están fuera del corazon y no pueden contentarle: *Non intrans illuc, ubi est sitis.* Sucede al pecador lo que acontece á uno que se está abrasando de sed, estando en medio de una fuente; pero cuyas aguas, aunque le bañan el cuerpo, no sirven para saciar su sed.

7. Explicando el rey David la vida infeliz que pasaba mientras vivía en pecado, dijo: *Mis lágrimas me sirvieron de alimento día y noche, mientras se me preguntaba frecuentemente ¿en donde está tu Dios? Ubi est Deus tuus? (Psal. 41. 4.)* Iba él para aliviar su pena al campo, á los jardines, á las músicas. Pero aquellas criaturas le decían: David, ¿quieres acaso que nosotras te aliviemos? Te engañas: *Ubi est Deus tuus?* Marcha, busca á tu Dios á quien has perdido, porque solo él puede restituirte la paz. Y por eso confiesa el mismo David, que en medio de las riquezas y de los placeres no hallaba reposo, y lloraba día y noche. Oigamos ahora á su hijo Salomón, que confiesa que no negó á sus sentidos nada de cuanto habían apetecido: *Et omnia quæ desideraverunt oculi mei, non negavi eis (Eccles. 2, 10);* pero con todo eso esclama: *Todo aquello era vanidad de vanidades y aflicción de espíritu: Vanitas vanitatum.... et ecce universa vanitas et afflictio spiritus. (Eccles. 1. 2. 14.)* Advertid, que no solamente dice que todas las cosas de este mundo son vanidad, sino que son además aflicción de espíritu. Y esto lo prueba la esperiencia mientras el pecado lleva consigo el temor de la divina venganza. Cuando tenemos un enemigo poderoso, no podemos estar tranquilos un instante. ¿Como pues podrá estarlo el que tiene por enemigo á Dios? El que comete un pecado mortal, se siente asaltado repentinamente de un grande pavor: cada árbol que se mueve, le aterra: siempre está pensando en la fuga, aunque niuguno le persiga, como dice Salomón: *Fugit impius, nemine persequente. (Prov. 18. 1.)* No le perseguirán los hombres, pero le persigue su mismo pecado, como sucedió á Cain, el cual después de haber muerto á su hermano Abel, decía lleno de temor: *Cualquiera que me encontráre, me matará: Omnis igitur qui invenerit me, occidet me. (Gen. 4. 14.)* Y aunque el Señor le aseguró que ninguno le ofenderia, Cain sin embargo perseguido de su pecado, como dice la Escritura, anduvo siempre errante y fugitivo sobre la tierra: *Habitavit profugus in terra. (Vers. 16.)*

8. Además del pecado lleva consigo el pecador el remordimiento de la conciencia, que es aquel gusano roedor que nunca muere: *Vermis eorum non moritur. (Isa. 66. 24.)* Va el pecador al festin, á la comedia, al banquete; pero en medio de estas diversiones, la conciencia le acusa y le dice: Infeliz de tí que has perdido á Dios! si ahora murieras ¿á donde irías? Aunque el remordimiento de la conciencia, es en este mundo un tormento tan grande, que algunos se han dado la muerte

por librarse de él, como hizo Judas que se ahorcó de un árbol lleno de desesperacion, lo es todavía mayor en el otro.

9. De esta injusticia que le hacen los pecadores, abandonando á Dios que es la fuente de todo consuelo, por acogerse á las criaturas que no pueden suministrarles ninguna paz, se lamenta el mismo Dios, diciendo : *Dos errores cometió mi pueblo ; me abandonó á mí que soy la fuente de agua viva , y se abrió cisternas que no pueden conservar el agua : Duo enim mata fecit populus meus , me dereliquerunt fontem aquæ vivæ , et foderunt sibi cisternas dissipatas , quæ continere non valent aquas.* (Jer. 2. 13.) Dios dice : ¿ No has querido servirme en paz á mí que soy tu Dios ? ¡ Infeliz ! servirás á tu enemigo, sufriendo el hambre , la sed , la desnudez y la falta de todas las cosas : *Eo quod non servieris Deo tuo in gaudio , servies inimico tuo in fame et siti et nuditate et omni penuria.* Deuter. 28. 48.) Y esto lo experimentan ya los pecadores. ¿ Cuanto no sufre el hombre vengativo despues que se vengó , matando á su enemigo ? Va huyendo de los parientes del muerto y de los ministros de la justicia, pobre, afligido y abandonado de todos. ¿ Cuanto padece el hombre deshonesto para conseguir sus malos deseos ? ¿ Cuanto padece el avaro para adquirir lo que otro posee ? Si padecieran por Dios lo que padecen por satisfacer sus pasiones , amontonarian grandes méritos para la otra vida , y vivirían contentos en esta. Pero estando en pecado , llevan una vida infeliz en este mundo , para pasar otra todavía mas infeliz en el otro. Y de esto se quejan los condenados en el infierno, repitiendo sin cesar en aquella cárcel oscura de tormentos : *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis , et ambulavimus vias difficiles.* (Sap. 5. 7.) ¡ Infelices de nosotros ! Hemos corrido sobre la tierra por caminos difíciles y sembrados de espinos : nos hemos fatigado andando de iniquidad en iniquidad : hemos sudado sangre y agua : nuestra existencia inquieta se sacia de hiel y de veneno : pero ¿ con qué objeto ? Para venir á este abismo de fuego donde sufriremos grandes tormentos por toda la eternidad.

PUNTO II.

Vida feliz de los que aman á Dios.

10. En toda alma en quien reside la justicia , reside también la paz , como dice David : *Justitia et pax osculata sunt.*

(*Psalm. 34. 27.*) Y en efecto, dimanando la paz del alma de la tranquilidad de la conciencia, y estando tan tranquila la del justo por obrar siempre conforme á la voluntad de su Dios, es consiguiente que la paz y la justicia reinan en su corazon. El mismo David dice : *Recréate en el Señor , y él saciará tu corazon : Delectare in Domino , et dabit tibi petitiones cordis tui.* (*Ps. 36. 4.*) Para entender bien este texto, conviene reflexionar, que el hombre mundano pretende satisfacer los apetitos de su corazon con los bienes del mundo ; pero como estos bienes no pueden saciarle, por eso el corazon cada dia pretende mas , y por muchos bienes mundanos que consiga , nunca queda contento. Por eso el Profeta real le exhorta á que coloque todo su deleite en el Señor , como si le dijera : deja las criaturas de este mundo , deja tus deleites de apetitos sensuales que no te pueden contentar, y busca en el Señor la verdadera alegría del alma , porque él solo puede dártela.

11. Esto cabalmente sucedió á S. Agustin , que no halló paz mientras se deleitaba con las criaturas ; pero luego que se separó de ellas , y puso todo su amor en el Señor , dijo : *Dura sunt omnia , et tu solus requies*; como si dijera : ahora conozco, Señor, mi necesidad : yo queria hallar mi felicidad en los placeres terrenos, pero ya conozco que ellos no son mas que vanidad y afliccion , y que vos solo sois la paz y la alegría de nuestros corazones.

12. El Apóstol dice, que la paz que hace disfrutar el Señor á los que le aman, escade en suavidad á todos los deleites sensuales que pueden gozarse sobre la tierra : *Pax Dei quæ exsuperat omnem sensum.* (*Philip. 4. 7.*) Y si no preguntádselo á S. Francisco de Asis , que con solo decir : *Tú eres mi Dios y mi todo* , gozaba aquí en la tierra un paraíso anticipado. Preguntádselo á un S. Francisco Javier , que estando en la India predicando la fe de Jesucristo , le llenaba el Señor tanto de las dulzuras divinas , que se veia precisado á decirle : *Sat est, Domine, sat : Basta, Señor, basta.* Pregunto yo ahora ¿ cuando se ha encontrado jamás ninguno entre los mundanos , tan rico de bienes del mundo, que se haya visto precisado á decir : *Basta, mundo, basta* , que no quiero mas riquezas, ni honores, ni aplausos, ni placeres? Pero no sucede así , porque los mundanos están siempre anhelando mas honores, mas riquezas y mas deleites ; pero cuanto mas tienen , mas desean tener, mas ansiosos y famélicos se hallan.

13. En fin , es necesario que nos convenzamos de una ver-

dad; y es, que solo Dios puede contentarnos. Los mundanos no quieren determinarse á llevar una vida dura y amarga, si se dedican al servicio de Dios, mas yo les digo con el real Profeta: *Gustad y vereis que el Señor es muy dulce. Gustate et videte, quoniam suavis est Dominus. (Psal. 33. 9.)* Desgraciados, ¿porqué despreciáis y llamais infeliz una vida que no habeis probado todavía? *Gustate et videte*, probadla, oid la misa todos los dias, visitad el Santísimo Sacramento, orad, comulgad al menos una vez cada semana, evitad las malas conversaciones, hablad siempre con Dios, y vereis como el Señor os hace gozar tales dulzuras y tal paz, que el mundo no ha podido daros hasta ahora, con todos los deleites que os ha proporcionado.

SERMON XIV.

PARA LA DOMINICA DE QUINCUAGÉSIMA.

ENGÑOS DEL PECADOR.

Domine, ut videám.
LUC. 18. 41.

1. **E**L demonio lleva los pecadores al infierno, no con los ojos abiertos, sino cerrados: primeramente los ciega, y despues los lleva á penar eternamente en su compañía. Debemos pues, si queremos salvarnos, orar continuamente á Dios con el ciego del Evangelio: *Señor, haz que vea: Domine, ut videam.* Señor, iluminadme, hacedme ver el camino que debo seguir para salvarme, y no permanecer engañado por el enemigo de mi salvacion. Quiero, por tanto, oyentes míos, haceros ver hoy los engaños con que el demonio induce á los hombres á pecar y á perseverar en el pecado, para que sepais evitar sus tentaciones.

2. Para mejor conocer estos engaños, figurémonos un jóven que arrastrado de una pasion, vive en el pecado esclavo del demonio, sin pensar jamás en su eterna condenacion. Hijo mio, le digo yo, ¿que vida es esa que llevas? ¿Como puedes salvarte, si sigues viviendo de ese modo? ¿No ves que caminas al infierno? Pero luego el demonio le dice por otro lado:

Y ¿porqué te has de condenar? Sacia ahora tus pasiones, que despues te confesarás, y así se evitará el peligro. Esta es la red con la que conduce el demonio tantas almas al infierno: *Satisface tus pasiones, que despues te confesarás*. Mas entre tanto, repito yo, vais perdiendo el alma. Decidme, si vosotros tuviéseis en la mano una alhaja que valiera mil ducados, ¿la arrojariais á un rio con la esperanza de buscarla despues? ¿Y si no la volviéseis á encontrar? Vos, Dios mio, teneis en vuestra mano la alhaja de mi alma, comprada por Jesucristo con el precio de su santísima sangre; y yo quiero arrojarla al infierno, porque por un solo pecado mortal que cometo, quedo agregado al número de los condenados; mas digo yo: espero recobrarla despues haciendo una buena confesion. ¿Y si no puedes recobrarla despues? Para hacer una buena confesion necesitas tener verdadero dolor de los pecados, y este dolor es un don de Dios: si Dios no te lo da ¿no quedarás condenado para siempre?

3. Pero dice el pecador: *Yo soy jóven, Dios se apiada de la juventud; despues me dedicaré á su servicio*. Este es otro engaño del demonio. Eres jóven; pero ¿no sabes que Dios no atiende á los años, sino á los pecados que cada uno tiene? Eres jóven; pero ¿cuantos pecados has cometido? Quizá habrá muchos ancianos que no habrán cometido la cuarta parte que tú. ¿Y no sabes, además, que Dios ha fijado el número de pecados que quiere perdonar á cada uno? *Dominus patienter expectat, ut eos, cum judicii diss. advenerit, in plenitudine peccatorum puniat.* (2. Mach. 6. 14.) Dios tiene paciencia y espera que se llene la medida, pero en habiéndose cometido el número de pecados prefijado por él, ya no perdona, y castiga al pecador, ó dejando morir al infeliz en aquel triste estado en que se halla, ó abandonándole en su pecado, como amenaza por el profeta: *Auferam sepem ejus, et erit in direptionem.* (Isa. 5. 5.) Si uno tiene un terreno que ha cultivado muchos años y plantado el vallado al derredor para tenerle guardado, y hecho en él muchos gastos; pero ve sin embargo que el terreno no da fruto ¿qué es lo que hace? Arrauca el vallado y le deja abandonado, para que entre en él cualquiera que guste, sean hombres ó bestias. Temed pues que Dios no obre así con vosotros. Si no abandonais el pecado, se irán acallando en vosotros los remordimientos de la conciencia, y el temor del castigo divino; y arrancada la cerca, quedareis abandonados de Dios, castigo mas duro que la misma muerte.

4. Suele decir el pecador: *Yo no tengo confianza ahora de resistir á esta tentacion.* Este es el tercer engaño con que el demonio te hace creer que no tienes fuerzas para resistir á las tentaciones. Pero S. Pablo dice, *que Dios es fiel, y no permite que seamos tentados mas de lo que podemos resistir: Fidelis autem Deus est, qui non patietur, vos tentari supra id quod potestis.* (1. Cor. 10. 13.) Pregunto yo: si ahora no confías poder resistir á la tentacion ¿como confiarás resistir despues? El demonio será mas fuerte contra tí, y tú mas débil contra el demonio: Si no confías ahora apagar esa llama de la passion, ¿como confiarás apagarla despues que haya cobrado mayores fuerzas? Dirás, que Dios te dará su ayuda. Pero Dios está dispuesto á darte su aynda ahora tambien, si tú la quieres; ¿porqué pues no se la pides? ¿Esperas acaso, que el Señor, sin que tú te tomes el trabajo de pedirle, te aumente despues el auxilio y las gracias, cuando tú hayas aumentado tambien los pecados? ¿Dudas por ventura de la fidelidad de Dios, que ha prometido conceder todo aquello que se le pide, como consta de aquellas palabras de S. Mateo (7. 7.): *Petite et dabitur vobis?* Dios no puede saltar á sus promesas; porque no miente ni se muda como los hombres: *Non est Deus quasi homo, ut mentiatur; nec ut filius hominis, ut mutetur.* (Num. 23. 19.) Acude á él, y él te dará aquella fuerza que necesitas para resistir. Pero tú dices, que no tienes esa fuerza. Luego Dios te manda una cosa imposible. No es así; porque el concilio de Trento dice: *Deus impossibilia non jubet; sed jubendo monet, et facere quod possis, et petere quod non possis, et adjuvat ut possis.* (Sess. 6. c. 13.) Cuando veas que no tienes fuerza para resistir, con la ayuda divina ordinaria, pídele toda la ayuda que necesitas, y él te la dará para que puedas vencer cualquier tentacion por grande que sea.

5. Pero tú no quieres pedirle, y dices que ahora quieres hacer tal pecado, y que despues te confesarás. Dime: ¿como sabes tú que Dios te dará tiempo para confesarte despues? Porque me confesaré presto, me dirás; antes de que pase una semana. ¿Y quien te asegura una semana de tiempo? Me confesaré mañana mismo, me responderás. ¿Y quien te asegura que vivirás mañana? S. Agustín dice, *que Dios no nos ha prometido el día de mañana, y que puede concederlo ó negarlo.* ¿Cuantos se han retirado con salud á dormir por la noche, y han amanecido muertos á la mañana siguiente! ¿Y cuantos han muerto estando cometiendo el pecado, y han sido sepultados

en el infierno ? Si esto te sucede á tí tambien ¿ como pondrás remedio despues á tu eterna condenacion ? *Haz este pecado , que despues le confesards.* Este es el engaño con que el demonio ha llevado al infierno millares de cristianos. Porque es difícil hallar un cristiano que haga propósito de condenarse. Todos cuantos pecan , pecan con la esperanza de confesarse ; y por eso se han condenado despues tantos.

6. *Pero Dios es misericordioso.* Aquí teneis otro engaño con que el demonio alienta á los hombres al pecado y á perseverar en él. Dice un autor , que mas almas conduce al infierno la falsa esperanza en la misericordia de Dios , que la justicia divina. Y así sucede efectivamente , porque confiando ciegamente muchos en la misericordia de Dios , siguen en la senda del pecado , y se condenan miserablemente. *Dios* , dicen , *es misericordioso.* Lo es en verdad : nadie lo niega. Pero sin embargo ¿ cuantos envia al infierno cada dia ? Es misericordioso , pero tambien es justo , y por lo mismo se ve obligado á castigar al que le ofende. Es misericordioso con los pecadores , pero solamente con aquellos que se arrepienten de haberle ofendido , y temen volverle á ofender. Pero con aquellos que abusan de su misericordia para ofenderle mas , es justo. El Señor perdona los pecados , pero no puede perdonar la voluntad de pecar. S. Agustin dice , que el que peca con la idea de arrepentirse despues de haber pecado , este no se arrepiente , sino que se burla de Dios : *Irrisor est , non pœnitens.* Y el Apóstol dice , que Dios no deja que se burlen de él : *Deus non irridetur.* (Gal. 6. 7.) Seria burlarse de Dios , ofenderle el pecador á su antojo , y entrar despues en el paraíso.

7. Pero dice el pecador : *Así como Dios ha tenido tanta misericordia conmigo hasta aquí , espero que la tendrá en adelante.* Este es otro engaño. ¿ Con qué , porque Dios no te castigó hasta ahora , no ha de castigarte jamás ? Antes bien , cuanto mas misericordioso haya sido contigo hasta el presente , tanto mas debes temer que te castigue , y no te perdone en adelante , si vuelves á ofenderle. El Espíritu Santo dice : *Ne dicas , peccavi , et quid accidit mihi triste ? Altissimus enim est patiens redditor.* (Eccl. 5. 4.) No digais : *He pecado , y no me ha venido ningún castigo ;* porque Dios sufre , pero no siempre. Espera hasta cierto término , pero cuando este llega ó se cumple , castiga al pecador por todos los pecados que ha cometido : y cuanto mas ha esperado que hiciera penitencia , tanto mas severamente le castiga , como dice S. Gregorio : *Quos diutius expectat ,*

durus damnat. Pues, hermanos míos, puesto que sabéis que habéis ofendido á Dios y no os ha enviado al infierno, bien podeis decir: Gracias sean dadas á la misericordia divina, si no hemos sido condenados al infierno: *Misericordia Domini, quia non sumus consumpti.* (Thren. 3. 22.) Y por lo mismo debéis dedicaros enteramente al servicio de Dios, al menos por gratitud, pensando que muchos fueron condenados al fuego eterno; y que arden sin esperanza de salir de allí, por pecados mucho menores que los vuestros. La paciencia con que Dios os ha sufrido, debe moveros, no á despreciarle mas, sino á servirle y amarle mucho mas, compensándole las ofensas que le hicisteis, con la penitencia y con otras obras buenas; viendo que ha usado con vosotros de tanta misericordia que no tuvo con otros pecadores: *Non fecit taliter omni nationi.* (Ps. 147.) Y debéis temer tambien que os abandone Dios y seáis condenados al infierno, si cometeis un solo pecado mas.

8. Vamos ahora á tratar de otro engaño del demonio. Saele el pecador discurrir de este modo: *Es cierto que puedo condenarme ó al menos pierdo la gracia de Dios con este pecado; pero tambien puede suceder que me salve aun despues de haberle cometido.* En efecto, puede suceder que te salves aun despues de haber cometido este pecado; pero no puedes negarme, que despues de haber cometido tantos pecados, y despues que Dios te ha concedido tantas gracias, es mucho mas fácil que te abandone y te pierdas para siempre, si ahora tornas á ofenderle. Oye lo que dice la Santa Escritura: *Cor durum habebit male in novissimo.* (Eccl. 3. 27.) El pecador obstinado tendrá mala muerte: *Qui malignantur, exterminabuntur.* (Ps. 36. 9.) Y en otra parte: *Lo que el hombre sembrare, aquello cogerá: Quae enim seminaverit homo, hæc et metet.* (Gal. 6. 8.) El que siembra pecados; qué puede coger al fin sino tormentos eternos? *Os llamé yo,* dice en los Proverbios, *y vosotros os burlastis de mí, pero á la hora de vuestra muerte me burlaré yo de vosotros: Vocavi et renuistis,.... in interitu vestro ridebo et subannabo vos.* (Prov. 1. 24 y 26.) Y en el Deuteronomio (32. 35.) dice: *A mí me toca castigar los pecados, y me vengaré cuando llegue el dia de la venganza. Mea est ultio, et ego retribuum in tempore.* Y en el cap. 29. 1. Proverb. dice él mismo: *Viro, qui corripientem dura corde contemnit, repentinus ei superveniet interitus; et eum sanitas non sequitur. El hombre que obstinadamente desprecia al que le corrige, será castigado con una muerte imprevista, y no quedará para él esperanza de salud.*

9. Oidas estas amenazas que hace Dios contra los pecadores, ¿os parece, hermanos míos si es fácil ó difícil salvaros, si seguíis ofendiendo á Dios despues que os ha llamado tantas veces, y ha sido tan frecuentemente misericordioso con vosotros? Tú dices: *Puede ser que me salve á pesar de este pecado.* Pero yo te respondo, que es grande necesidad apoyar la salud eterna en un *puede ser* tan peligroso. ¡Cuantos están ardiendo ahora en los infiernos por ese *puede ser*! ¿Quieres tú acompañarlos en su desgracia? Reflexionad bien, oyentes míos, y temed que puede ser la última misericordia que Dios usa con vosotros el haberos permitido escuchar este sermón.

SERMON XV.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

DEL NÚMERO DE LOS PECADOS.

Non tentabis dominum
Deum tuum.

MATTH. 4. 7.

EN el Evangelio de hoy leemos, que habiendo ido Jesucristo al desierto, permitió que el demonio le llevase sobre el *pináculo* ó cimborio del templo, y allí le dijo: *Si eres hijo de Dios, échate de cabeza: Si filius Dei es, mitte te deorsum*; añadiéndole que los ángeles le recibirían para que no se hiciera daño. Pero el Señor le respondió, que está escrito en la Santa Escritura: *No tentarás á tu Señor Dios: Non tentabis Dominum Deum tuum.* El pecador que se abandona al pecado sin querer resistir á las tentaciones, ó al menos sin querer encomendarse á Dios para que le dé el auxilio necesario para resistirlas, esperando que el Señor le libraré algún día de aquel precipicio, tienta á Dios para que haga milagros, ó para que use con él una misericordia extraordinaria fuera del orden comun de las cosas. Dios quiere que todos se salven, como dice el Apóstol: *Omnes homines vult salvos fieri* (1. Tim. 2. 4.); pero quiere tambien que nos valgamos de las medidas necesarias para salir de la esclavitud del enemigo, y que obedezcamos á Dios cuando nos llama á penitencia. Los pecadores oyen á Dios cuando los llama; pero se olvidan de él bien presto y

perseveran en sus pecados, aunque Dios no los olvida. Porque cuenta lo mismo las gracias que nos dispensa, que los pecados que nosotros cometemos; y cuando llega el tiempo prefijado por él, nos priva de sus gracias y nos castiga. Esto es lo que quiero demostraros hoy en el presente discurso, á saber: que en llegando los pecados á cierto número, Dios castiga y no perdona ya. Prestadme atencion.

1. Dicen muchos santos Padres, S. Basilio, S. Jerónimo, S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, S. Agustin y otros, que así como Dios tiene determinado el número de los días de la vida, los grados de sanidad ó de talento que quiere dar á cada hombre, segun dice la Escritura: *Omnia in mensura et numero, et pondere disposuisti* (Sap. 11. 24.); así tambien tiene determinado el número de pecados que quiere perdonar á cada uno, cumplido el cual, ya no perdona. S. Agustin dice: *Conviene que meditemos que Dios tolera á cada uno hasta que llenada la medida, no le queda ya lugar de perdon: Illud sentire nos convenit tamdiu unumquemque a Dei patientia sustineri, quo consummato, nullam illi veniam reservari.* (De vita Christi, cap. 3.) Lo mismo escribe Eusebio de Cesarea: *Deus expectat usque ad certum numerum, et postea deserit: Dios espera hasta que llenemos cierto número, y despues nos abandona.* (Lib. 8. cap. 2.) Y lo mismo escriben los Padres arriba mencionados.

2. *Misit me Dominus, ut moderer contritis corde.* Dios está pronto á sanar á los que tienen voluntad de enmendar su vida, pero no puede compadecerse de los que viven obstinados en el pecado. Perdona los pecados, pero no puede perdonar el propósito de pecar. Nosotros no podemos reconvenir á Dios, porque perdona cien pecados á uno, y quita la vida y condena al infierno á otro al tercero ó cuarto pecado que comete. Acerca de esto es necesario adorar los juicios divinos, y esclamar con el Apóstol: *O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei! Quam incomprehensibilia sunt judicia ejus!* (Rom. 11. 33.) El que es perdonado, dice S. Agustin, lo es por sola la misericordia de Dios; y el que es castigado, lo es por la justicia. ¡A cuantos ha enviado Dios al infierno por el primer pecado que han cometido! S. Gregorio escribe, que un niño de cinco años que tenia ya uso de razon, fué llevado por los demonios al infierno, por haber dicho una blasfemia. A Benita de Florencia, gran sierva de Dios, reveló la Virgen María, que un muchacho de doce años se condenó por el primer pecado que cometió. Pero direis vosotros: Yo soy jóven, y hay muchos que tienen mas

pecados que yo. ¿Y qué se infiere de eso? ¿Está Dios obligado á esperarte, si pecas, porque eres joven? En el Evangelio de S. Mateo leemos, que la primera vez que nuestro divino Salvador halló una higuera que no daba fruto, la maldijo diciendo: *Numquam ex te nascatur fructus*, y se secó. Es preciso temer pues de cometer un pecado mortal, y mucho mas cuando es el primero que se comete.

3. Dios dice: *De propitiato peccato noli esse sine metu, neque adjicias peccatum super peccatum.* (Eccl. 5. 5.) No digas, pues, pecador, así como Dios me perdonó los otros pecados, así tambien me perdonará este, si le cometo. No lo digas, porque si tú añades un pecado nuevo al pecado que ya te se perdonó, debes temer que éste se una al primero, y que de este modo se complete el número y seas abandonado por Dios. Oye como lo esplica mas claramente la Escritura en otro lugar: *Dominus patienter expectat, ut eas cum judicii dies advenierit, in plenitudine peccatorum puniat*: El Señor espera con paciencia para castigar á las naciones, á que llegue el dia del juicio y hayan completado el número de sus pecados. (2. Malach. 6. 14.) Dios, pues, espera con paciencia hasta el número prefijado; pero cuando se ha llenado el número, ya no espera mas, y castiga. Los pecadores amontonan pecados sobre pecados, sin contar el número de ellos; pero ya los cuenta Dios para castigarlos cuando se ha llenado el número.

4. De estos ejemplos hay muchos en la divina Escritura. Hablando el Señor de los Hebreos, dice: *Me tentarón por diez veces*: Ya veis como cuenta los pecados. *No verán la tierra*: Veis como castiga cuando se ha llenado el número: *Tentaverunt me per decem vices, non videbunt terram.* (Num. 14. 22 y 23.) Hablando de los Amorreos, dice en otro lugar: *que retardaba su castigo porque no habian llenado todavía el número de sus culpas*: *Necdum enim completæ sunt iniquitates Amorrhæorum.* (Gen. 15. 16.) En otro lugar tenemos el ejemplo de Saul, que habiendo desobedecido á Dios dos veces, fué abandonado por él: de modo, que suplicando á Samuel que intercediese con el Señor para que le perdonase su pecado: *Porta quæso peccatum meum, et revertere mecum, ut adorem Deum* (1. Reg. 15. 25.), Samuel, que sabia que estaba abandonado por el Señor, le respondió: *Non revertar tecum, quia abjecisti sermonem Domini, et projecit te Dominus*: No haré tal, porque despreciaste las palabras del Señor, y éste te ha abandonado. (1. Reg. 15. 26.) Tambien está el ejemplo de Baltasar, que profanó los vasos del templo,

comiendo con sus mujeres, y vió aquella mano prodigiosa, que escribió en la pared : *Mane, Thecel, Phares*. Vino Daniel, y habiéndole suplicado que explicára el significado de estas palabras, dijo al rey, explicando la palabra *Thecel* : *Appensus es in statera, et inventus es minus habens*. (Dan. 5. 27.) Dándole con esto á entender, que el peso de sus pecados habia inclinado la balanza de la divina justicia : y en efecto, Baltasar, rey de los Caldeos, fué muerto aquella misma noche. ¿A cuantos desgraciados sucede lo mismo? Ellos siguen ofendiendo á Dios; pero cuando sus pecados llegan al número determinado, los asalta la muerte, y los sumerge en el infierno : *Ducunt in bonis dies suos, et in punete ad inferna descendant*. (Job 21. 13.) Temed, hermanos míos, no os mande Dios al infierno, si cometéis un pecado mortal mas.

5. Si Dios castigára inmediatamente que el hombre le ofende, no se veria tan despreciado como se ve. Pero porque no lo hace así, y movido de su misericordia nos espera, y retarda el castigo, se llenan los pecadores de orgullo y siguen ofendiéndole : *Quia non profertur cito contra malos sententia, ab ique timore ullo filii hominum perpetrant mala*, (Eccl. 8. 11.) Pero debemos persuadirnos que Dios espera y sufre; mas no espera y sufre siempre. Siguiendo Sanson tratando con Dalila, esperaba librarse de las asechanzas de los Filisteos, como habia hecho otras veces; pero esta vez fué preso por ellos y le quitaron la vida. *No digais, advierte el Señor, ya he cometido tantos pecados, y Dios no me ha castigado: Ne dixeris, peccavi, et quid accidit mihi trista? Altissimus enim est patiens redditor*. (Eccl. 5. 4.) Dios tiene paciencia hasta cierto término, pasado el cual, castiga los primeros pecados y los últimos, y cuanto mayor haya sido la paciencia de Dios, tanto mayor será su castigo.

6. Por eso dice el Crisóstomo, que mas debemos temer á Dios cuando tolera, que cuando castiga inmediatamente : *Plus timendum est, cum tolerat, quam cum festinanter punit*. ¿Y porqué? Porque, como dice S. Gregorio, aquellos con quienes Dios usa de mas misericordia, son castigados con mucho mayor rigor, si abusan de ella : *Quos diutius expectat (Deus) durius damnat*. Y añade el Santo : que estos tales son frecuentemente castigados por Dios con una muerte repentina, y no tienen tiempo de arrepentirse : *Sæpe qui diu tolerati sunt, subita morte rapiuntur, ut nec flere ante mortem liceat*. Y cuanto mayor es la luz que el Señor comunica á algunos para que se

enmienden, tanto mayor es su obcecacion y pertinacia en el pecado. S. Pedro en su epístola segunda escribió : Mejor le hubiera sido al pecador no haber conocido el camino de la justicia , que no caminar por él despues de haberle conocido : *Melius enim erat illi non cognoscere viam justitiae quam post agnitionem retrorsum converti.* (2. Petr. 2, 21.) Desgraciados aquellos pecadores que tornan al vómito despues de haber visto la luz ; porque dice S. Pablo que es imposible , moralmente hablando , que ellos se conviertan de nuevo : *Impossibile est enim, eos, qui semel illuminati sunt, gustaverunt etiam domum coeleste... et prolapsi sunt, rursus renovari ad penitentiam.* (Hebr. 6, 4 y 6.)

7. Oye pues , ó pecador , lo que te dice Dios : *Fili peccasti, non adjicias iterum, sed et de pristinis deprecare, ut tibi dimittantur* : Hijo , has pecado , no peques mas , y pide perdon de tus primeras culpas para que te se perdonen. (Eccl. 21. 1.) De otro modo fácilmente puede suceder que si cometes otro pecado mortal , se cierre para tí la puerta de las divinas misericordias , y quedes perdido para siempre. Así , hermanos míos , cuando el enemigo os tienta , incitándoos á cometer otro pecado , decid en vuestro interior : Y si Dios no me perdona mas , ¿cual será mi suerte por toda la eternidad ? Pero si el demonio os dice : No temais , Dios es misericordioso ; respondedle al instante : ¿Y que seguridad tengo yo de que Dios usará de misericordia conmigo y me perdonará , si vuelvo á pecar ? Oid la amenaza que hace el Señor á los que desprecian sus divinos consejos : *Quia vocavi et renuistis.... ego quoque in interitu vestro ridebo et subsannabo vos* : Porque os llamé y no me oísteis.... yo tambien me reiré en vuestra muerte y os abandonaré. (Prov. 1. 24 y 26.) Observad estas dos palabras , yo tambien : quieren decir , que así como vosotros habeis burlado á Dios , confesando vuestros pecados , prometiendo la enmienda y volviendo á pecar de nuevo ; así Dios se burlará de vosotros á la hora de la muerte , *ridebo et subsannabo*. El Señor no sufre que nadie se burle de él : *Deus non irridetur.* (Gal. 6. 7.) Y el Sabio dice : que así como el perro vuelve al vómito , así el necio vuelve á su necedad : *Sicut canis, qui revertitur ad vomitum suum, sic imprudens qui iterat stultitiam suam.* (Prov. 26. 1.) Dionisio Cartusiano esplica muy bien este texto y dice : que son semejantes á los perros inmundos que se comen los manjares que acaban de vomitar , los pecadores abominables á los ojos de Dios , que reinciden en las mismas cul-

pas que detestaban al tiempo de confesarlas : *Sicut id , quod per vomitum est rejectum , resumere est valde abominabile - ut turpe , sic peccata deleta reiterari.*

8. Pero, ¿cosa admirable! Si comprais una casa, tomáis todas las precauciones necesarias para asegurar su posesion, y no perder el dinero que costó : si tomáis una medicina, procurais aseguráros de que ella no os haga daño : si pasais un rio, procurais no caer dentro de él : y por una satisfacción momentánea, por un desahogo de venganza, por un placer bestial que termina al punto que empieza, arriesgais la salud eterna, diciendo : *despues lo confesaré.* ¿Y cuando lo confesareis, os pregunto yo? *Mañana*, me respondereis. ¿Y quién te asegura que vivirás mañana? ¿Quién te asegura que llegarás á mañana, y que no te quitará Dios la vida mientras estás pecando, como ha sucedido á tantos? ¿Te crees seguro un dia, dice S. Agustin, cuando no lo estás de vivir una hora? *Diem tenes, qui horam non tenes?* ¿Como dices, pues, *mañana me confesaré!* Oye lo que dice S. Gregorio : *Qui penitenti veniam spondit, peccanti diem crastinum non promisit* : El que prometió perdon al penitente, no prometió el dia de mañana al pecador. (*Homil. 12 in Evang.*) Dios ha prometido el perdon al que se arrepiente; pero no ha prometido esperar hasta mañana al que le ofende. Quizá el Señor te concederá tiempo de penitencia, y quizá te lo negará. Pero si te lo niega ¿cual será la suerte de tu alma? Entre tanto te pones en peligro de perderla por un vil gusto, y de condenarte para siempre.

9. ¿Te espondrías tú á perder por un gusto de un momento, dinero, casa, poder y libertad? Nó. ¿Pues como te espones á perder el alma, el paraíso y á Dios, por un instantáneo placer? Dime, ¿crees que es verdad de fe que hay gloria, infierno y eternidad? ¿Crees que te condenarás para siempre, si te sorprende la muerte, estando en pecado mortal? ¿Y no es una temeridad, una locura propia de un necio, condenarte, porque quieres, á una eternidad de penas, diciendo : *espero enmendarme despues?* S. Agustin dice : *Nemo sub spe salutis vult agrotare*; ninguno quiere enfermar con la esperanza de que despues recobrará la salud. No hay ningun necio que traque un veneno y diga : despues tomaré el contraveneno y me curaré. ¿Como, pues, quieres tú condenarte al infierno con la esperanza de que despues te libertarás de él? ¡O necedad que ha llevado y lleva tantas almas al infierno! segun la amenaza de Dios que dice : *Fiduciam habuisti in malitia tua, veniet*

super te malum, et nescies ortum ejus. (Isa. 47. 10. y 11.) Has pecado, confiando temerariamente en la divina misericordia; tú verás prontamente el castigo sin saber de donde viene. ¿Qué dices ahora, pecador? ¿qué determinas hacer? Si este sermón no te mueve á hacer una firme resolución de volverte á Dios, tú eres ya condenado para siempre sin remedio. Tu frialdad acerca de tu salvación y tu apego al pecado me hacen creer, que Dios ha comenzado á abandonarte, según aquellas palabras de la Escritura: *Quia tepidus es, incipiam te exomere.* Porque eres tibio, comenzaré á desahuciarte, y abandonarte á tí mismo: es decir, no te daré los auxilios espirituales que necesitas para salir de ese estado triste en que te encuentras, porque has llenado ya la medida de los pecados que yo me habia propuesto perdonarte.

SERMON XVI.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

DEL PARAISO.

Domine, bonum est nos hic esse.

MATTH. 17. 4.

En el presente Evangelio se lee, que queriendo un día nuestro divino Salvador dar á sus discípulos una idea de la belleza del paraíso para animarlos á trabajar por la gloria divina, se transfiguró en presencia de ellos, y les hizo ver la belleza de su semblante. S. Pedro entonces, al sentir una alegría y dulzura tan inesplicable, exclamó diciendo: *Domine, bonum est nos hic esse.* Señor, detengámonos en este sitio, no nos vayamos de aquí; porque vuestra vista sola me consuela mas que todas las delicias de la tierra. Hermanos míos, trabajemos en el tiempo que nos queda de vida para el paraíso, que es un bien tan grande, que Jesucristo quiso ofrecer su vida en la cruz para abrirnos la entrada en él. Sabed que la mayor pena que atormenta á los condenados en el infierno, es la de haber perdido el paraíso por su culpa. Los bienes que hay allí, las delicias y alegrías, las dulzuras, se pueden conquistar; pero no se pueden explicar ni comprender. Solamente pueden

comprenderlas aquellas almas felices que las están gozando. Digamos, sin embargo, lo poco que de ellas puede decirse humanamente, apoyándonos en la santa Escritura.

1. El Apóstol dice, que ningún hombre que vive en este mundo, puede comprender los bienes inmensos que tiene Dios preparados para las almas que le aman: *Oculus non vidit, nec auris audivit, neque in cor hominis ascendit, quæ præparavit Dominus iis qui diligunt illum.* (1. Cor. 2. 9.) En este mundo no podemos tener idea de otros bienes que de estos temporales que gozamos por medio de los sentidos. Pensemos, pues, que el paraíso es bello como lo es una campiña en tiempo de primavera, cuando el campo y los árboles están floridos, y vuelan y cantan los pajarillos en torno de nosotros. O como un jardín lleno de flores y de frutas, rodeado de fuentes y arroyuelos que serpentean por do quier. Cualquiera al verse en estos sitios, dice: *¡Que paraíso tan delicioso!* Pero, ¿cuanto esceden á estas las bellezas y delicias del paraíso! Escribiendo acerca de esto S. Bernardo, dice: Si quieres comprender, ó mortal, las cosas que hay en el paraíso, sépas que en aquella patria feliz no hay nada que pueda desagradarte y se halla todo cuanto puedes desear: *Nihil est quod nolis, totum est quod velis.* Si este mundo puede presentarnos algunas cosas que lisonjean nuestros sentidos; cuantas cosas nos presenta tambien que nos afligen! Si nos place la luz del día, nos entristece la oscuridad de la noche: si nos complace la amenidad de la primavera y del otoño, nos aflige el frío del invierno y el calor del estío. Juntad á esto las penas que nos acarrean las enfermedades, las persecuciones de los hombres, las incomodidades de la pobreza. Juntad tambien las angustias del espíritu, los temores, las tentaciones del demonio, la ansiedad de la conciencia, la incertidumbre de la salud eterna.

2. Pero desde el punto que los justos entran en el paraíso cesan todos estos afanes: *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum*: Dios les enjuga las lágrimas que han derramado mientras vivían en la tierra: *Et mors ultra non erit neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra quia prima abierunt, et dixit qui sedebat in throno: Ecce nova facio omnia*: Y ya no verán la muerte, ni el llanto, ni el clamor, ni el dolor: porque estas cosas pasaron ya. (Apoc. 21, 4 y 5.) En el paraíso no hay muerte, ni temor de morir; no hay dolores, ni enfermedades, ni pobreza, ni incomodidades, ni vicisitudes, ni frío,

ni calor : solo hay allí un dia eterno, siempre sereno, una primavera continua, siempre florida y deliciosa. No hay persecuciones, ni envidias ; porque todos se aman tiernamente, y cada cual goza del bien del otro como si fuere propio suyo. Tampoco hay allí temor de perderse ; porque el alma confirmada por Dios en la gracia divina, no puede ya pecar ni perder á Dios.

3. *Totum est quod velis* : en el paraíso se encuentra cuanto podemos desear : *Ecce nova facio omnia* : todo es nuevo allí : las bellezas, las alegrías, las delicias ; y todo saciará nuestros deseos. Se saciará la vista, viendo aquella ciudad de Dios tan magnífica y hermosa. ¡ Que placer seria para nosotros ver una ciudad, cuyas calles fuesen de cristal, las casas de plata, y las ventanas de oro, y estuvieran todas adornadas con las flores mas fragantes y esquisitas ! Pero, ¡ cuanto mas bella que esta será la ciudad esplendorosa del paraíso ! La belleza de los ciudadanos dará nuevo realce á la belleza de la ciudad : todos ellos estarán vestidos como reyes, porque todos lo son en efecto, como dice S. Agustin : *Quot cives, tot reges*, ¡ Que placer será mirar á la reina Maria Santísima, que se dejará ver mas bella que todos los demás habitantes del paraíso ! ¡ Que placer será ver despues la belleza de Jesucristo ! Apenas vió Sta. Teresa una mano de nuestro divino redentor Jesus, se quedó absorta de contemplar tanta belleza. El olfato se saciará de olores, pero de olores del paraíso. El oído se saciará de armonías celestiales. S. Francisco oyó una vez el instrumento que hacia sonar un ángel, y casi murió de gozo. ¿ Qué será, pues, oír cantar á los santos y á los ángeles las alabanzas del Criador del cielo y del Redentor de los hombres ? *In sæcula sæculorum laudabunt te.* (Ps. 83, 5.) ¿ Qué será oír cantar á Maria alabando á Dios ? S. Francisco de Sales dice, que la voz de Maria será semejante á la de un ruiseñor en un bosque que canta mas dulcemente que los demás pajarillos que se oyen al derredor. Finalmente, en el paraíso se hallan cuantas delicias podemos desear é imaginar.

4. Pero las delicias que hemos considerado hasta aquí, son los menores bienes que hay en el paraíso. Su delicia principal es amar y ver á Dios cara á cara : *Totum quod expectamus*, dice S. Agustin, *duæ syllabæ sunt, Deus*. El premio que Dios nos promete, no es solamente la belleza, la armonía y los otros bienes de aquella feliz ciudad, sino el mismo Dios que se deja ver de los bienaventurados, como dijo el Señor á Abra-

ham : *Ego ero merces tua magna nimis.* (Gen. 15. 1.) Escribe S. Agustín, que si Dios dejase ver á los condenados su belleza, el mismo infierno se convertiría repentinamente en un paraíso : *Continuo infernus ipse in amicum converteretur paradysum.* (Lib. de Tripl. habit. tom. 9.) Y añade, que si se permitiese á un alma salida de este mundo la eleccion, ó de ver á Dios, y de sufrir las penas del infierno, ó de no verle y quedar libre de ellas, elegiría antes ver á Dios y sufrir aquellas penas, que no verle y librarse de ellas : *Eligeret potius videre Dominum, et esse in illis penis.*

5. Los goces del espíritu aventajan mucho á los goces de los sentidos. El amar á Dios aun en esta vida, es una cosa tan dulce, cuando se comunica á las almas á quienes Dios ama, que basta para elevar de la tierra hasta sus mismos cuerpos. S. Pedro de Alcántara tuvo una vez un éxtasis amoroso tan fuerte, que abrazándose á un árbol, le levantó en alto, atrancándole de raíz. Es tan grande la dulzura del divino amor, que los santos Mártires no sentían los tormentos que padecían y alababan al Señor. Por eso escribe S. Agustín, que estando S. Lorenzo sobre el fuego en las parrillas, el ardor del amor divino no le dejaba sentir el ardor del fuego : *Hoc ignis accensus non sentit incendium.* Aun á los pecadores que lloran sus culpas les hace Dios sentir tanta dulzura, que es superior á todos los placeres de la tierra : y por eso dice san Bernardo : Si tanta dulzura causa llorar por tí, ¿ qué dulzura no causará gozar de tí ? *Si tam dulce est flere per te, quid erit gaudere de te?*

6. ¿ Qué dulzura no experimenta un alma á quien Dios manifiesta en la oracion su bondad, las misericordias que ha usado con ella, y especialmente el amor que le manifestó Jesucristo en su Pasion ? Entonces se siente derretir en el amor divino. Es verdad que en este mundo no vemos á Dios tal cual es, y que solamente le vemos al través de las sombras : *Videmus nunc per speculum in enigmate, tunc autem facie ad faciem* (1. Cor. 13. 12.) : porque aquí el Señor no se nos manifiesta, y está oculto bajo el velo de la fe. ¿ Qué sucederá, pues, cuando se levante este velo y podamos verle cara á cara ? Entonces contemplaremos toda su belleza, todo su poder, todas sus perfecciones, todo el amor que nos tiene.

7. *Nescit homo, utrum amore, an odio dignus sit : No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio.* (Eccl. 9. 4.) La mayor pena que aflige en este mundo á las almas que aman á Dios,

es el temor de no amarle y de no ser amadas de él ; pero en el paraíso el alma está segura de que ama y de que es amada por Dios. Ve que el Señor la tiene abrazada con grande amor , y que éste no se ha de acabar jamás. Este amor crecerá entonces con la convicción que tiene de lo mucho que la amó Jesucristo cuando se ofreció en sacrificio por ella en el ara de la cruz , y se convirtió en manjar en el sacramento de la Eucaristía. Entonces verá juntas con toda claridad todas las gracias que Dios le ha hecho y todos los auxilios que le ha dado para preservarla del pecado y atraerla á su amor : verá , que aquellas tribulaciones , aquella pobreza , aquellas enfermedades y persecuciones que ella creía desgracias , no fueron otra cosa que amor y medios de que se valió la divina Providencia para conducirla al paraíso. Verá todas las inspiraciones amorosas y las misericordias que Dios usó con ella , despues que ella le despreció con sus pecados. Verá desde la montaña feliz del paraíso tantas almas condenadas en el abismo del infierno , menos culpables que ella , y se alegrará de verse salva , y segura de no poder ya perder á Dios.

8. Los placeres de este mundo no pueden saciar nuestros deseos : al principio lisonjean nuestros sentidos , pero se van embotando poco á poco y ya no nos causan ilusion. Pero los bienes del cielo siempre sacian y siempre contentan el corazón , como dice el real Profeta : *Satiabor cum apparuerit gloria tua.* (*Psal.* 16. 15.) Y aunque sacian , siempre parecen nuevos , como si fuese la primera vez que se experimentan : siempre deleitan y siempre se desean ; siempre se desean y siempre se obtienen. S. Gregorio dice que la saciedad acompaña al deseo : *Desiderium satietas comitatur.* (*Lib.* 18. *Mor.* c. 18.) De modo que el deseo no engendra en los elegidos el fastidio , porque siempre queda satisfecho ; y la saciedad no engendra el disgusto , porque va siempre unida al deseo : por lo que el alma estará siempre saciada , y siempre deseosa de aquellos goces. De aquí se sigue , que así como los condenados son vasos llenos de ira y de pena , como dice el Apóstol : *Vasa iræ apta in interitum* (*Rom.* 9. 22.) ; así los bienaventurados son vasos llenos de misericordia y de alegría , de modo que no tienen mas que desear : *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ.* (*Psal.* 35. 9.) Entonces sucederá , que viendo el alma la belleza de Dios , se inflamará y embriagará tanto de amor divino , que quedará absorta y confundida en Dios ; porque se olvidará de sí misma , y no pensará sino en amar y alabar aquel in-

menso bien que posee y poseerá siempre, sin temor de perderle en adelante. En este mundo aman á Dios las almas justas, pero no pueden amarle con toda la fuerza, ni siempre actualmente. Sto. Tomás dice, que este amor perfecto solamente está concedido á los ciudadanos del cielo, que aman á Dios con todo el corazon, y no cesan jamás de amarle: *Ut totum cor hominis semper actualiter in Deum feratur, ista est perfectio patriæ.* (S. Thom. 2. 2. quæst. art. 4. ad 2.)

9. Tiene pues razon S. Agustin para decir, que para conseguir la gloria eterna del paraíso, deberíamos abrazar voluntariamente un trabajo eterno: *Pro æterna requie æternus labor subeundus esset.* David dice, que los salvará el Señor á costa de poco trabajo: *Pro nihilo salvos facies illos.* (Psal. 55. 8.) Poco han hecho en efecto los Santos para conseguir el paraíso: poco tantos reyes que han renunciado sus reinos para encerrarse en la estrechez de un claustro: poco tantos anacoretas que han ido á sepultarse en una gruta: poco tantos Mártires que han sufrido los tormentos, las uñas de hierro y las láminas candentes: *Non sunt condignæ passionis hujus temporis ad futuram gloriam.* (Rom. 8. 18.) Porque ¿qué vale todo esto, comparado con aquel mar de eternos goces, en que ha de permanecer eternamente el bienaventurado?

10. Tengamos ánimo pues, hermanos míos, para sufrir con paciencia cuanto nos toque padecer en este breve plazo de vida que nos resta; porque todo es poco y aun nada, si se compara con la gloria del paraíso. Todas estas penas, dolores y persecuciones tendrán fin un día, y se nos convertirán, si nos salvamos, en goces y alegrías eternas: *Tristitia vestra vertetur in gaudium.* (Joan. 16. 20.) Cuando nos aflijan pues los dolores de esta vida, levantemos los ojos al cielo, y consolémonos con la esperanza del paraíso. Preguntada al tiempo de morir Sta. María Egipciaca por el abad S. Zosimo, como habia podido vivir cuarenta y siete años en aquel desierto, respondió: *Con la esperanza del paraíso.* Con ella no sentiremos nosotros tampoco las tribulaciones de esta vida. Ánimo pues, oyentes míos; amemos á Dios, consigamos el paraíso; porque allí nos esperan los Santos, allí nos espera María, allí nos espera Jesucristo que está con la corona en la mano, para coronarnos reyes de aquel reino que no ha de tener fin.

SERMON XVII.

PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

DE LOS QUE CALLAN PECADOS EN LA CONFESION.

Erat Jesus ejiciens demonium,
et illud erat mutum.

LUC. 11. 14.

EL demonio no lleva al infierno á los pecadores con los ojos abiertos, sino que los ciega primeramente con la malicia de sus mismos vicios: *Excæcavit enim illos malitia eorum*; (Sap. 2. 21.) y despues los conduce consigo á la eterna perdicion. Así el enemigo procura cegarnos primero, para que no veamos el mal que hacemos, y la ruina que nos preparáramos, ofendiendo á Dios. Despues que pecamos, procura cegarnos para que no nos confesemos por vergüenza, y así nos ata con una doble cadena para conducirnos al infierno, haciéndonos cometer despues del pecado cometido otro pecado mayor, que es el sacrilegio. De este asunto quiero hablaros hoy, para haceros conocer que pecado tan grande es el callar pecados en la confesion.

1. Escribiendo S. Agustin sobre aquel texto de David: *Pone Domine ostium circumstantiæ labiis meis* (Psal. 140. 13.); dice así: *Non dixit claustrum, sed ostium: ostium et aperitur et clauditur; aperiatur ad confessionem peccati: claudatur ad excusationem peccati*: No dijo claustro, sino puerta; la puerta se abre y se cierra; se abre para confesar el pecado, y se cierra para callarle. Quiere decir con esto, que el hombre debe tener la puerta en la boca para cerrarla á las palabras deshonestas, á las murmuraciones y á las blasfemias; y abrirla para confesar los pecados cometidos. El callar cuando nos vemos instigados á pronunciar palabras injuriosas contra Dios ó contra el prójimo, es acto de virtud; pero el callar en la confesion los pecados cometidos, es la ruina del alma. Esto es lo que pretende de nosotros el demonio, que tengamos la boca cerrada despues que hemos pecado, y no nos confesemos. Cuenta S. Antonino, que vió cierto solitario en una ocasion

al demonio que estaba en una iglesia, andando al derredor de algunas personas que querian confesarse: preguntóle, que hacer tenia en aquel sitio, y respondió: *Reddo pœnitentibus, quod antea eis abstuli; abstuli verecundiam, dum peccarent; red-do nunc, ut à confessione abhorreant*: Estoy restituyendo á los penitentes lo que antes les quité; quitéles la vergüenza para que pecáran, y se les restituyo ahora para que no se confiesen: *Putruerunt et corruptæ sunt cicatrices meæ à facie insipientiæ meæ.* (Palm. 37.) Las llagas cuando se gangrenan, acarrear la muerte; y lo mismo hacen los pecados callados en la confesion, porque son unas llagas del alma gangrenadas.

2. S. Juan Crisóstomo dice, que Dios puso vergüenza en el pecado para que no le cometamos, y nos da la mayor confianza en la confesion, prometiendo el perdon al pecador que se acusa de él: *Pudorem dedit Deus peccato, confessioni fiduciam: invertit rem diabolus, peccato fiduciam præbet, confessioni pudorem.* (Chrys. præm. in Isa.) El demonio hace todo lo contrario: inspira confianza al pecador con la esperanza del perdon, para que peque; pero despues que ha pecado, le llena de vergüenza para que no se confiese.

3. Un discípulo de Sócrates, saliendo de casa de una mala mujer, vió á su maestro que pasaba por allí, y se volvió á meter dentro para que su maestro no le viera. Entonces Sócrates se acercó á la puerta, y le dijo: Hijo, es vergüenza entrar en esta casa, pero no lo es salir de ella: *Non te pudeat, fili, egredi ex hoc loco; intrasse pudeat.* Así os digo yo al presente: hermanos míos pecadores, es cosa vergonzosa ofender á un Dios tan grande y tan bueno; pero no lo es confesar el pecado despues que le hemos cometido. ¿Tuvo acaso vergüenza Sta. María Magdalena de confesar en público á los pies de Jesucristo, cuando se convirtió, que era una mujer pecadora? Aquella confesion fué quien la hizo santa. ¿Tuvo acaso vergüenza san Agustín, no digo solamente de confesar sus pecados, sino de escribirlos en uno de sus libros, para que fuesen conocidos á todo el mundo? ¿Tuvo vergüenza de confesarse Sta. María Egipciaca, que habia sido tantos años una mujer deshonesta? Así se hicieron estos santos, y al presente son venerados en los altares.

4. En los tribunales de la tierra se dice, que el que confiesa, es condenado; pero en el tribunal de Jesucristo, el que confiesa obtiene perdon y recibe la corona del paraíso. S. Juan Crisóstomo dice, que despues que el penitente se confiesa,

recibe una corona : *Post confessionem , datur pœnitenti corona.* El que quiere curarse una llaga debe mostrarla al médico : de otro modo se empeorará y le arrastrará á la muerte: *Quod ignorat , dice el concilio de Trento , medicina non curat.* Por tanto , hermanos míos , si vuestra alma está mancillada con el pecado , no os avergonceis de manifestarlo al confesor , porque de otro modo perecereis : *Pro anima tua ne confundaris dicere verum :* No hayais vergüenza de decir la verdad por salvar vuestra alma. (*Ecccl. 4. 24.*) Pero me direis : yo , padre , tengo mucha vergüenza de confesar aquel pecado. Pues hijos míos , respondo yo , esa vergüenza es la que debeis vencer si quereis salvaros : *Est enim confusio adducens peccatum , et est confusio adducens gloriam et gratiam:* Hay una vergüenza que acarrea el pecado , y hay otra vergüenza que acarrea gloria y gracia , dice el Eclesiástico (*Ibid. 4. 25.*) : la una conduce los hombres al pecado , y esta es aquella vergüenza que te hace callar en la confesion las culpas cometidas : la otra es aquella que se siente al confesarlas , y nos hace recibir la gracia de Dios en esta vida , y la gloria del paraíso en la otra.

5. S. Agustin escribe , que el lobo coge del cuello á la oveja , para que no se le escape de las garras y no pueda buscar ayuda , balando , y de este modo se la lleva y la devora. Lo mismo hace el demonio con tantas infelices ovejas de Jesucristo : despues que las indujo á pecar , las coge por el cuello para que no se confiesen , y así conduce la presa con seguridad al infierno. Despues que uno ha cometido una culpa grave , no le queda otro medio de salvarse que confesarla. Pero ¿ que esperanza de salud puede tener aquel que va á confesarse y calla el pecado , sirviéndose de la confesion para ofender mas á Dios , y para hacerse mas esclavo del demonio? ¿ Qué dirias de aquel enfermo que tomase una taza de veneno , en vez del remedio que le habia ordenado el médico? ¿ Y qué es la confesion para un pecador que calla sus pecados , sino una taza de veneno que añade á su conciencia la malicia del sacrilegio? Cuando el confesor absuelve al penitente , le dispensa la sangre de Jesucristo mientras le absuelve de su pecado , por el mérito de aquella santísima sangre. ¿ Qué otra cosa hace pues el que calla pecados en la confesion , sino hollar la sangre de Jesucristo? Y el que recibe además la comunión en pecado no hace otra cosa , segun S. Juan Crisóstomo , que arrojar á una cloaca la hostia consagrada : *Non minus detestabile est in os pollutum , quam in sterquilinum mit-*

tere Dei Filium. (Hom. 83. in Matth.) ¡Cuántas pobres almas arrastra al infierno la maldita vergüenza, porque tienen poco deseo de su salud, como dice Tertuliano! Estas desgraciadas tienen solamente presente la vergüenza, y no piensan que se condenan irremisiblemente, si no confiesan sus pecados.

6. Algunos dicen: *¿Qué dirá mi confesor cuando sepa que he cometido este pecado?* ¿Qué ha de decir? Dirá, que sois unos miserables, como lo son cuantos viven en este mundo: dirá, que si habeis cometido el pecado, habeis hecho una acción gloriosa, venciendo la vergüenza que teniais de confesarle.

7. Otros dicen: *Si confieso este pecado, temo que se publique.* A estos pregunto yo: ¿á cuantos confesores teneis que confesarle? Basta decírselo á un solo sacerdote, y así como éste escucha el tuyo, escucha tambien otros muchos de otras personas. Basta que le confieses una vez, para que el confesor te absuelva, y así quedarás con la conciencia tranquila. *Es verdad*, dice el pecador, *pero yo tengo grande repugnancia en manifestar mi pecado á mi padre espiritual.* Pues dícelo á otro confesor, cualquiera que sea: *Pero mi confesor lo llevará á mal, si llega á saber que me confieso con otro.* Pues ¿qué es lo que quieres hacer? ¿Quieres cometer acaso un sacrilegio, confesándote mal, y condenarte por no disgustar á tu confesor? Esto sería la mayor locura.

8. Otro pecador dice: *Temo que el confesor descubra á los otros mi pecado.* ¿Qué es lo que dices? ¿qué necedad es sospechar que sea tan malvado el confesor que quebrante el sigilo de la confesion, y comunique á los otros tu pecado? ¿Ignoras acaso que el sigilo de la confesion es tan estrecho, que no puede el confesor en saliendo del confesonario hablar una palabra, ni aun acerca de un pecado venial, hasta con la persona misma que se confesó, y si lo hiciera cometeria un delito muy grave?

9. Pero el pecador replica: *Temo que al saber el confesor mi debilidad, me la echará en cara y se irritará.* Pero ¿no ves, le respondo yo, que todos esos temores son engaños del demonio, para arrastrarte á los infiernos? El confesor ni te echará nada en cara, ni se irritará; sino que con la dulzura evangélica propia de un discípulo de Cristo, te dará aquellos avisos que te convengan. Y debes saber, que el mayor consuelo que puede tener cualquiera confesor, es absolver al penitente que se acusa de sus culpas con sinceridad y verdadero dolor.

Si una reina fuese herida de muerte por un esclavo, y tú la pudieses curar con algun remedio, ¿qué gozo no tendrías si la librabas de la muerte? Pues un placer semejante recibe el confesor que absuelve al alma que estaba en pecado: con su auxilio la libra de la muerte, y la hace reina del paraíso, haciéndole recobrar la gracia divina.

10. Mas los pecadores teneis muchos temores infundados, y no temeis condenaros cometiendo un pecado tan grande, como es el callar pecados en la confesion. Temeis irritar al confesor, y no temeis irritar á Jesucristo que os ha de juzgar á la hora de la muerte. Temeis que sepan otros vuestros pecados, siendo así que es imposible, puesto que los manifestais en secreto al confesor, y este tiene que guardar el secreto precisamente, y no temeis que el dia del juicio han de saber vuestros pecados todos los habitantes del mundo, si ahora los callais. Si supierais que no confesando al confesor aquel pecado, le habian de saber todos vuestros parientes y conocidos, seguramente le confesariais. Pero ¿teneis fe ó no la teneis? ¿No sabeis, dice S. Bernardo, que si no decís vnestra culpa á un hombre que es pecador lo mismo que vosotros, aquel pecado le han de saber el dia del juicio, no solamente todos vnestros parientes y conocidos, sino todos los hombres del mundo? Si *pudor est tibi uni homini, et peccatori peccatum exponere, quid factururus es in die judicii, ubi omnibus exposita tua conscientia patet?* (S. Bern. super illud. Joan. cap. 11. Lazare, veni foras.) Dios mismo para confusion vuestra, si no os confesais ahora, publicará entonces, no solamente ese pecado que callais por vergüenza, sino todas las inmundicias que habeis cometido durante la vida, en presencia de los ángeles y de todos los hombres: *Revelabo pudenda tua in facie tua.* (Nahum 3. 5.)

11. Oye pues, pecador, lo que S. Ambrosio te aconseja: El demonio tiene preparado el proceso de todos tus pecados para acnsarte de ellos en el tribunal de Dios. Si quieres evitar esta acusacion, dice el Santo, toma la delantera á tu acusador, acúsate tú mismo á un confesor, y no habrá entonces ninguno que te acuse: *Præveni accusatorem tuum; si te ipse accusaveris, accusatorem nullum timebis.* (S. Ambr. lib. 2. de Pœnitent. cap. 2.) Al contrario, dice S. Agustin, el que no se acusa en la confesion, tiene oculto su pecado y cierra la puerta al perdon de Dios: *Excusas te, includis peccatum, excludis indulgentiam.* (Hom. 12. 50.)

12. Ea pues, tened ánimo; y si alguno de vosotros ha co-

metido el error de callar pecados por vergüenza, esfuércose y maniéstelos todos á un confesor: *Bono animo gloriam redde Deo.* (*Eccl.* 35. 10.) Asi glorificará á Dios y confundirá al demonio. Inducia éste á cierta penitente á que no confesára por vergüenza un pecado que habia cometido; pero determinó confesarlo; y mientras iba á buscar al confesor, se le presentó el demonio y le dijo: *Donde vas?* Ella respondió con valor: *Voy á confundirme á mí y á tí.* Asi os digo yo ahora: si habeis callado algun pecado grave, manifestadlo al confesor, confundid al demonio. Tened presente, que cuanto mas os hayais violentado para hacer esta confesion; mayor será la recompensa que os dará Jesucristo.

13. Ea pues, desatad esa serpiente que tiene presa á vuestra alma y cuyas mordeduras continuas nos os dejan reposar. ¡Que infierno tan cruel sufre una persona que conserva en el alma un pecado, que dejó de confesar por vergüenza! Verdaderamente es un infierno anticipado. Para librarse de él, basta decir al confesor: *Padre, yo tengo cierto escrúpulo de no haber confesado un pecado de mi vida pasada; pero tengo vergüenza de decirlo.* Entonces el confesor tendrá cuidado de sacaros del corazon esta serpiente que os roe la conciencia. Y para que no forméis escrúpulos sin fundamento, sabed, que si este pecado que teméis confesar, no es mortal, ó no le habeis tenido por tal, no estais obligados á confesarle: porque no estamos obligados á confesar sino los pecados mortales. Además, si dudáis de haber confesado ó no algun pecado de vuestra vida pasada, pero estais seguros de haber hecho desde entonces escrupulosamente el exámen de la conciencia, y de que no habeis callado ningun pecado voluntariamente ó por vergüenza; en este caso, aunque la falta de que dudáis, si la habeis confesado ó no, sea muy grave, no estais obligados á confesarla ya, estando moralmente seguros de que la confesasteis antes. Al contrario; si sabeis que esta falta es grave y no la confesasteis, es necesario confesarla ó condenaros. Pero no, volad prontamente al confesor, almas descarriadas, que Jesucristo os espera con los brazos abiertos, para perdonaros y abrazaros desde el instante que confeseis vuestra falta. Yo os aseguro que despues de una confesion completa, sentireis una alegría tan dulce por haber limpiado vuestra conciencia y recobrado la gracia de Dios, que bendecireis el instante en que os resolvisteis á hacer una sincera confesion. Apresuraos pues á buscar un confesor, no deis tiempo al de-

monio para que os tiene á retardar mas esta confesion saludable: volad contritos, que Jesucristo os espera conal padre amoroso que desea abrazar á sus hijos descarriados.

SERMON XVIII.

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

LA TIERNA COMPASION QUE TIENE CRISTO DE LOS PECADORES.

Facite omnes discumbere.

JOAN. 6. 10.

Nos dice el Evangelio de hoy, que hallándose nuestro divino Salvador sobre un monte con sus discípulos y con una multitud de casi cinco mil hombres que le habian seguido, viendo los milagros que hacia con los enfermos, le preguntó á S. Felipe: ¿Donde compraremos pan suficiente para que coman estos que nos acompañan? Felipe le respondió: Señor, para comprar tanto pan, no bastan doscientos denarios. Entonces dijo S. Andrés: Aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, pero ¿de qué sirve esto para tanta gente? Sin embargo, Jesucristo dijo: Haced que se sienten todos: *Facite omnes discumbere*: y luego hizo repartir aquellos cinco panes y los dos peces, que no solo bastaron para que todos comieran, sino que recogieron despues los fragmentos, y llenaron con ellos doce cestas. Hizo el Señor este gran milagro movido de la compasion que tuvo de tantos pobres: pero mucho mayor es la compasion que tiene de los pobres de alma, cuales son los pecadores que se hallan privados de la gracia divina. Este será el asunto del presente discurso, á saber: *La tierna compasion que tiene Jesucristo de los pecadores.*

1. Movido nuestro amantísimo Redentor de su grande compasion y misericordia hácia los hombres, que gemian tristemente bajo la esclavitud del pecado y del demonio, bajó del cielo á la tierra para redimirlos y salvarlos de la muerte eterna, á costa de su sangre y de su muerte. Por esto cantó S. Zacarías padre del Bautista cuando llegó á su casa la Virgen María, á tiempo que ya se habia encarnado en sus purísimas entrañas el Hijo del eterno Padre: *Per viscera misericordiae Dei nostri, in quibus visitavit nos oriens ex alto.* (Luc. 1. 78.)

2. Así declaró despues Jesucristo, que él era aquel buen pastor que habia venido á la tierra á dar la salud á sus ovejas, que somos nosotros los hombres: *Ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant.* (Joan. 10. 10.) Meditad sobre la palabra *abundantius* que quiere decir, que Jesucristo vino, no solamente á hacernos recobrar la vida perdida de la gracia, sino tambien á darnos otra mas abundante y mejor que la que perdimos por el pecado. Lo que hizo decir á S. Leon, que Jesucristo nos proporcionó mayores bienes con su muerte, que males nos habia acarreado el demonio por medio del pecado: *Ampliora adepti sumus per Christi gratiam, quam per diaboli amiseramus invidiam.* (Serm. 1. de Asc.) Tambien el Apóstol dió á entender esto mismo claramente por estas palabras: Cuando abundó el delito, tambien superabundó la gracia: *Ubi abundavit delictum, superabundavit et gratia.* (Rom. 5. 5.)

3. Pero, Dios mio, ya que quisisteis tomar carne humana, una sola súplica vuestra era suficiente para redimir á todos los hombres. ¿Qué necesidad teniais, pues, de hacer una vida tan pobre y humilde por el espacio de treinta y tres años, y de sufrir una muerte tan amarga y afrentosa en un leño infame, derramando toda vuestra sangre entre tormentos inauditos? Sí, responde Jesucristo; ya sé que bastaba una gota de mi sangre, una simple súplica mia para salvar al mundo; pero no bastaba para manifestar el amor que tengo á los hombres. Por esto he querido padecer tanto y morir con una muerte tan atroz; para ser amado de los hombres despues que me vieran muerto así por el amor que les tenia. El buen pastor debe hacerlo así, como dice el mismo Cristo: *Ego sum Pastor bonus; bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis*: Yo soy el buen pastor; y el buen pastor da su vida por sus ovejas. (Joan. 10. 11 y 15.)

4. ¿Y que mayor señal de amor podia dar á los hombres el Hijo de Dios, que dar la vida por nosotros, que somos sus ovejas? Por esto dice S. Juan, que conocimos el amor de Dios, en que dió su vida por nosotros: *In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit.* (1. Joan. 3. 16.) El mismo Salvador dice, que ninguno puede dar prueba mas clara de que ama á sus amigos que morir por ellos: *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* (Joan. 15. 13.) Mas vos, ó Señor, no solo moristeis por vuestros amigos, sino tambien por nosotros, que por nuestros pecados éramos enemigos vuestros: *Cum inimici essemus,*

reconciliati sumus Deo per mortem Filii ejus. (Rom. 5. 10.) ; O amor inmenso de nuestro Dios ! esclama S. Bernardo : *Ut parceret servis, nec Pater Filio, nec Filius sibi ipsi pepercit!* Para perdonar á los siervos, ni el Padre perdonó al Hijo, ni el Hijo se perdonó á sí mismo ; sino que satisfizo con su muerte á la divina justicia por los pecados que nosotros habíamos cometido.

5. Mientras Jesucristo se aproximaba á su Pasion, fué un dia á Samaria ; pero los samaritanos no quisieron recibirle ; por lo que , volviéndose á él Santiago y S. Juan, indignados contra los samaritanos por esta afrenta que acababan de hacer á su Maestro , le dijeron : *Domine, vis dicimus, ut ignis descendat de calo, et consumat illos?* (*Luc. 9. 54.*) Señor, ¿ quereis que hagamos bajar fuego del cielo para castigar á estos temerarios ? Pero Jesus que estaba lleno de dulzura y mansedumbre aun hácia aquellos que le despreciaban, les respondió : *Et conversus increpavit illos dicens: Nescitis, cujus spiritus estis. Filius hominis non venit animæ perdere, sed salvare:* No sabeis lo que os decís. El Hijo de Dios no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas. (*Luc. 9. 55 y 56.*) Como si dijera : mi espíritu está lleno de paciencia y de compasion hácia los pecadores ; y cuando yo he venido á salvar las almas y no á perderlas, ¿ vosotros me hablais de fuego, de castigos y de venganza ! Por eso en otro lugar dice á sus discípulos : *Discite à me, quia mitis sum et humilis corde:* Aprended de mí , que soy benigno y humilde de corazon. (*Matth. 11. 29.*) Como si dijera : yo no quiero que aprendais de mí á castigar ni á vengaros ; sino á ser benignos y á sufrir y perdonar las injurias.

6. Bien claramente manifestó la ternura que abrigaba á favor de los pecadores cuando dijo : *Quis ex vobis homo, qui habet centum oves, et si perdiderit unam ex illis, nonne dimittit novagintanovem in deserto, et vadit ad illam quæ perierut, donec inveniat eam?* ¿ Quién de vosotros , si tiene cien ovejas y pierde una, no deja las noventa y nueve en el desierto , y va á buscar la que ha perdido hasta que la encuentra ? (*Luc. 15. 4.*) Y despues añade : *Et cum invenerit eam, imponit in humeros suos gaudens, et veniens domum convocat amicos et vicinos, dicens illis: Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam, quæ perierat:* Y despues que la encuentra, la carga alegre sobre sus hombros, y viniendo á su casa , convoca á sus amigos y vecinos, diciéndoles : Dadme la enhorabuena porque encontré la oveja que habia perdido. (*Ibid.*) Pero, Señor , esta alegría , no tanto debe

ser vuestra , cuanto de la oveja que ha encontrado en vos su pastor y su Dios. En efecto dice Jesucristo : se alegra la oveja porque me encuentra á mí que soy su pastor ; pero mucho mas me alegro yo en encontrar á la oveja perdida. Y despues concluye diciendo : *Dico vobis , quod ita gaudium erit in celo super uno peccatore pœnitentiam agente , quam super nonagintanovem justis , qui non indigent pœnitentia*: Os digo que habrá en el cielo tan grande alegría por nn solo pecador que haga penitencia , como por noventa y nueve justos que no necesitan hacerla. (*Ibid. vers. 7.*) Y ¿ que pecador habrá tan dnro , que , escuchando esta parábola , y sabiendo el amor con que Jesucristo está dispuesto á abrazarle y cargársele sobre sus espaldas , cuando se arrepiente de sus pecados , no desee arrojarle á sus pies inmediatamente ?

7. Del mismo modo declaró el Señor su ternura y amor hácia los pecadores arrepentidos , en la parábola del hijo pródigo que trae S. Lucas. (15. 12.) Leemos allí , que no queriendo un jóven estar mas tiempo sujeto á la patria potestad , para vivir á su antojo y entregado á los vicios , pidió la parte de hacienda que le tocaba. El padre se la dió con dolor , lamentándose de su ruina , que preveía. Partió el hijo de la casa paterna ; y habiendo disipado toda su hacienda en muy poco tiempo , quedó reducido á una miseria tan espantosa , que se vió obligado á apacentar una piara de puercos para poder comer. Esta parábola es figura del pecador , que separándose de Dios y perdiendo la gracia divina , pierde todos los méritos anteriores , y se ve obligado á llevar una vida miserable bajo la esclavitud del demonio. Despues dice S. Lucas , que viéndose aquel jóven reducido á tan grande miseria , se determinó á volver á su padre ; y el padre , que es figura de Jesucristo , viendo al hijo postrado á sus pies , se enterneció , y apiadó de él repentinamente : *Vidit illum pater ipsius , et misericordia motus est*. Por lo que en lugar de rechazarle , como merecia aquel hijo ingrato : *Accurrens cecidit super collum ejus , et osculatus est eum* ; fué corriendo á abrazarle con los brazos abiertos , y le consoló dándole mil ósculos. En seguida dijo á sus siervos : *Cito proferte stolam primam , et induite illum ; ea , poneos el vestido de gala* ; que significa la gracia divina que Dios restituye al pecador arrepentido cuando le perdona , como esplican S. Jerónimo y S. Agustin : *Et date annulum in manum ejus* ; poned el anillo en su mano ; que quiere decir : dadle el anillo de esposa ; porque el alma vuelve á ser esposa de Cristo

cuando recobra la gracia. *Et adducite vitulum saginatum, et occidite, et manducemus et epulemur*: Y traed un becerro bien cebado, y matadle, y celebremos un banquete. Este becerro bien cebado significa el sacrificio místico de Jesucristo sacramentado, esto es, la santa Comunión. Ea, dice el padre: celebremos un festín, *manducemus et epulemur*. Pero, Padre divino, ¿por qué tanta fiesta para la vuelta de un hijo que ha sido tan ingrato con vos? Porque este hijo mío, responde el Padre, había muerto, y resucitó, se había perdido y ha sido encontrado: *Quia hic filius meus mortuus erat, et revixit, perierat, et inventus est*.

8. Bien experimentó esta ternura de Jesucristo aquella mujer pecadora, que en opinión de S. Gregorio es Sta. María Magdalena, que fué un día á echarse á los pies de Jesucristo, como se lee en S. Lucas (7. 47.) y le lavó los pies con sus lágrimas; por lo que el Señor, volviéndose á ella lleno de dulzura, la consoló diciéndole: Te se perdonan tus pecados. Tu fe te ha salvado, vete en paz: *Remittuntur tibi peccata.... Fides tua te salvam fecit, vade in pace*. También la experimentó aquel pobre enfermo de 38 años, que lo estaba de cuerpo y alma: el Señor le sanó de sus males, y le perdonó sus pecados, diciéndole en seguida: *Ecce sanus factus es: jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat*. (Joan. 5, ex v. 5 ad 14.) Ya estás sano: no peques mas, no sea que te sobrevenga algún mal. La experimentó también aquel leproso (Matth. 8. 2.) que dijo á Jesucristo: Si vos quereis, podeis sanarme: *Domine, si vis, potes me mundare*. Y el Señor le respondió: Si quiero; porque con este motivo he bajado del cielo para consolaros á todos: y en el mismo punto quedó limpio de su lepra: *Et confestim mundata est lepra ejus*.

9. La experimentó también la mujer adúltera que los Escribas y Fariseos presentaron á Jesucristo, diciéndole: En la ley de Moisés está escrito, que las mujeres adúlteras deben ser apedreadas: ¿vos qué decis? *In lege autem Moyses mandavit nobis hujusmodi lapidare. Tu ergo quid dicis?* (Joan. 8, 5.) Esto lo dijeron, según escribe S. Juan, para obligarle á responder, y poder despues acusarle de infractor de la ley, si respondía que debía quedar libre, ó para hacerle perder la fama que había adquirido de ser un hombre dulce, si respondía que debía ser apedreada: *Si dicat lapidandam* (explica San Agustín, tract. 33. in Joan.) *famam perdet mansuetudinis; sin dimittendam, transgressore legis accusabitur*. Pero el Señor ¿qué

respondió ? Ni dijo que sí , ni que no : *Jesus autem inclinans se deorsum , digito acribebat in terra* : Pero inclinándose , escribió con el dedo en la tierra. Esto que escribió en la tierra , dicen los Intérpretes , que verisímilmente era alguna sentencia de la Escritura que recordaba á los acusadores sus propios pecados , que quizá eran mayores que el de aquella mujer ; y despues les dijo : El que de vosotros esté sin pecado , tirele la primera piedra : *Qui sine peccato est vestrum , primus in illam lapidem mittat*. Pero ellos , segun cuenta el Evangelista , se retiraron uno despues de otro , y quedó allí sola la mujer , á la cual , volviéndose Jesucristo , le dijo : *Nemo te condemnavit.... nec ego te condemnabo ; vade , et jam amplius noli peccare*. ¿ En donde están los que te acusaban ? Ninguno te ha condenado ? Y ella respondió : Ninguno , Señor. Pues tampoco yo. Animo ; puesto que ninguno te ha condenado , no pienses que ha de condenarte yo , que no he venido al mundo á condenar á los pecadores , sino á perdonarles y salvarlos : vete en paz , y no peques mas.

10. En efecto , Jesucristo no vino á condenar á los pecadores , sino á librarlos del infierno siempre que quieran enmendarse. Y cuando los ve obstinados en su perdicion , él compadecido de ellos les dice por medio de Ezequiel (18, 31.): *Et quare moriemini domus Israel?* Y por qué habeis de perderos , hijos de Israel ? Como si dijera : hijos míos , ¿ porqué quereis morir , porqué quereis ir al infierno , si yo he bajado del cielo á libraros de la muerte con mi sangre ? Y despues añade por el mismo profeta : Vosotros estais ya muertos á la divina gracia ; pero yo no quiero vuestra muerte ; volveos á mí , y yo os restituiré la vida que habeis perdido : *Quia nolo mortem morientis , dicit Dominus Deus , revertimini , et vivite*. (Ezech. 18. 32.) Pero dirá el pecador que se encuentra oprimido con los pecados : y ¿ quien sabe si Jesucristo me rechaza y no me quiere perdonar ? Mas el mismo Cristo le responde por S. Juan : *Eum qui venit ad me , non ejiciam foras*. (Juan. 6. 37.) Ninguno que viene á mí arrepentido de sns pecados , será desahuciado , aunque sus culpas sean muchas y enormes.

11. Oid como nuestro Redentor nos alienta á postrarnos á sus pies con segura esperanza de que serémos consolados y perdonados. Venid , dice , á mí todos los pecadores , que os afanais por condenaros , y estais oprimidos con las culpas , y yo os libraré de todas vuestras ansiedades : *Venite ad me omnes , qui laboratis , et onerati estis , et ego reficiam vos*. (Matth.

41 , 28.) Y en otro lugar dice por Isaias : *Venite et arguite me, dicit Dominus, si fuerint peccata vestra ut coccinum, quasi nix dealbabuntur.* (Isa. 1. 18.) Venid arrepentidos de las ofensas que me habeis hecho , y si yo no os perdono , reconvenidme , y echadme en cara , que no cumplo mi palabra ; porque yo os prometo , que , aunque vuestros pecados sean mas negros que la pez , vuestra conciencia quedará blanca como la nieve , por medio de mi sangre , con la que quiero lavarlos.

12. Ea pues , pecadores hermanos míos , volvamos á Jesucristo , si acaso le hemos abandonado ; volvamos antes que la muerte nos sorprenda estando en pecado y seamos condenados al infierno ; porque entonces todas esas misericordias y favores de que el Señor usa con nosotros , serán otras tantas espadas que nos despedazarán el corazón por toda la eternidad.

SERMON XIX.

PARA LA DOMINICA DE PASION.

CUAN PELIGROSA ES PARA EL ALMA LA TIBIEZA.

Jesus autem abscondit se.
JOAN. 8. 89.

JESUCRISTO es la verdadera luz que ilumina á los hombres , como dice S. Juan : *Lux vera quæ illuminat omnem hominem.* (Joan. 1, 9.) A todos los ilumina , menos á los que cierran voluntariamente los ojos á la luz ; á estos solamente se oculta el Salvador ; y quedando en las tinieblas y caminando en la oscuridad , ¿ como podrán estos tales evitar tantos peligros de perderse como hay en la presente vida , que nos fué dada por Dios , como un medio para llegar á la eterna ? Quiero por tanto haceros ver hoy el gran peligro en que pone al alma la tibieza ; porque por ella le niega el Señor su luz divina , sus gracias y auxilios , sin los cuales les será muy difícil terminar el viaje de la vida , sin precipitarse en algun abismo , es decir , vivir sin caer en algun pecado mortal.

1. No se entiende por alma tibia aquella que vive en desgracia de Dios , ni aquella que comete algun pecado venial por mera fragilidad y sin plena voluntad : porque de esta es-

pecie de culpas ningun hombre puede estar libre , por causa de estar manchada la naturaleza con el pecado original , que nos hace imposible evitar enteramente las culpas ligeras sin una gracia especial , que solo fué concedida á María Santísima. Por esto dice S. Juan : *Si dixerimus , quoniam peccatum non habemus , ipsi nos seducimus , et veritas in nobis non est* : Si decimos que no tenemos pecado , nos engañamos á nosotros mismos , y no hay verdad en nuestras palabras. (1. Joan. 1. 8.). Aquí habla el Evangelista de los pecados veniales , y Dios permite estas manchas , hasta en los Santos , para conservarlos humildes , y hacerles ver que así como caen en estos defectos , á pesar de sus buenos propósitos y promesas , así caerian tambien en culpas graves , si su mano divina no les socorriera. Y por esto , cuando nos veamos caidos en tales faltas , conviene que nos humillemos y conozcamos nuestra debilidad , procurando encomendarnos á Dios continuamente para que nos preste su divina proteccion , no permita que cometamos pecados graves y nos libre de los leves.

2. ¿Qué se entiende pues por alma tibia ? Se entiende aquella que cae á menudo en pecados veniales plenamente voluntarios , en mentiras , actos de impaciencia , é imprecaciones voluntarias y deliberadas. Estas culpas pueden evitarlas con la ayuda de Dios , aquellas almas buenas , que están resueltas á sufrir la muerte antes que cometer deliberadamente un pecado venial. Sta. Teresa decia , que nos hace mas daño un pecado venial , que todos los demonios del infierno ; y por eso exhortaba á sus monjas , diciéndoles : *Hijas mias , Dios os libre del pecado cometido deliberadamente , por pequeño que sea*. Se lamentan algunas almas de que el Señor las tiene áridas y secas , sin dejarles gustar ninguna dulzura espiritual ; pero ¿ como queremos que Dios nos prodigue sus favores , cuando nosotros somos tan esquivos con él ? Consideremos que aquella mentira , aquella imprecacion , aquella injuria hecha al prójimo , aquella murmuracion , aunque no sean culpas graves , desagradan sin embargo á Dios. Si nosotros , pues , no nos abstemos de ellas ¿ como queremos despues que Dios nos preste sus divinos consuelos ?

3. Pero dirá alguno : Los pecados veniales , por muchos que sean , no me privan de la gracia de Dios y á pesar de todos ellos yo me salvaré ; con esto me contento. ¿Con que te contentas con eso ? ¿No consideras lo que te dice S. Agustin ? *Ubi dixisti sufficit , ibi peristi*. Cuando dijiste , con esto me con-

tento, decidiste tu perdicion. Para entender bien lo que dice S. Agustin y conocer el peligro que hay en la tibieza, en cuyo estado se encuentran aquellos que caen en pecados veniales deliberados y habituales, sin hacer caso de ellos y sin pensar en la enmienda; conviene saber, que el hábito contraído de cometer culpas veniales, conduce insensiblemente las almas á caer en las mortales. Por ejemplo, el hábito de concebir odios pequeños, conduce á concebir los graves; el hábito de hacer hurtos ligeros conduce á los hurtos grandes; el hábito de una inclinacion venial hácia otra persona de distinto sexo, conduce á encender poco á poco pasiones violentas. S. Gregorio escribe, que jamás el alma para en el sitio en que ha caído: *Numquam illic anima, quo cadit, jacet* (*Moral. lib. 21.*); sino que cada vez se sumerge mas. Las enfermedades mortales comunmente no dimanar de grandes desórdenes, sino de muchos desórdenes leves continuados. Pues del mismo modo la caida de muchas almas en pecados graves, proviene muchas veces del hábito de pecar venialmente; porque este hace tan débil al alma, que no tiene fuerza para resistir, si le sobreviene alguna fuerte tentacion despues que se acostumbró á los pecados veniales, y cae en ella con la mayor facilidad.

4. Muchos no quieren separarse de Dios con pecados mortales; quieren seguirle, aunque de léjos, despreciando los pecados veniales; pero á estos les sucederá fácilmente lo que le sucedió á S. Pedro. Cuando los soldados prendieron á Jesus en el huerto, S. Pedro no le quiso abandonar, mas le seguia de léjos: *Petrus autem sequebatur eum à longe.* (*Matth. 29. 58.*) Pero llegado despues Pedro á la casa de Caifás, apenas le acusaron de que era discípulo de Jesucristo, se apoderó de él el miedo, y le negó tres veces. El Espíritu Santo dice: *Qui spernit modica paulatim decidet* (*Eccl. 19. 21.*); que aquel que desprecia las faltas ligeras, irá cayendo insensiblemente en las graves; porque despues que haya contraído el hábito de ofender á Dios levemente, ya no tendrá mucha repugnancia en ofenderle con pecados graves.

5. El Señor dice: *Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliantur vineas*: Coged las zorrillas que devastan las viñas. (*Cant. 2. 15.*) No dice, coged los leones ni los osos; sino las zorras pequeñas. Los leones y los osos causan espanto, y por lo mismo cada cual procura alejarse de ellos para que no le devoren; pero las zorrillas no espantan y sin embargo arruinan la viña; porque hacen secar las raices de las vides, haciendo

hoyos. El pecado mortal espanta al alma temerosa de Dios; si ella empero se relaja cometiendo pecados veniales, sin pensar enmendarse de ellos, estos son las zorrillas que han de hacer secar las raíces; á saber, los remordimientos de la conciencia, el temor de ofender á Dios, y los buenos deseos de avanzar en el camino de la virtud. Y así no será difícil que hallándose el alma tibia, la mueva alguna pasión á perder la gracia divina.

6. Añadamos tambien que los pecados veniales, voluntarios y habituales no solamente nos quitan la fuerza de resistir á las tentaciones, sino que nos privan tambien de los auxilios divinos especiales, sin los cuales debemos caer en culpas graves. Atended, porque este es un punto muy importante. Es cierto que nosotros no tenemos fuerzas suficientes para resistir á las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne. Dios es quien impide á nuestros enemigos inducirnos á estas tentaciones, á las cuales nosotros tendríamos que sucumbir; y por eso Jesucristo nos enseñó á pedirle, diciendo: *Et ne nos inducas in tentationem*; no nos dejes caer en la tentacion; es decir: que Dios nos libre de las tentaciones que nos harian perder su gracia. Mas los pecados veniales cuando son deliberados y habituales, nos privan de los auxilios especiales de Dios, que nos son necesarios para perseverar en su gracia. Digo *necesarios*, porque el concilio de Trento condena esta proposicion: Que nosotros podemos perseverar en la gracia sin un auxilio especial de Dios: *Si quis dixerit, justificatum, vel sine speciali auxilio Dei in accepta iustitia perseverare posse, vel cum eo non posse; anathema sit.* (Sess. 6. cap. 22.) Por consiguiente no podemos dejar de caer en algun pecado grave con solo el auxilio ordinario de Dios, si no nos presta uno especial. Este auxilio, pues, especial, le negará el Señor justamente á aquellas almas descuidadas, que cometen sin escrúpulo muchos pecados veniales, y de este modo tienen la desgracia de no perseverar en gracia de Dios.

7. El que es tibio con Dios, ciertamente merece que lo sea tambien Dios con él: *Qui parce seminat, parce et metet.* (2. Cor. 9. 6.) El que poco siembra, poco coge. El Señor le concederá solamente el auxilio ordinario que concede á todos; pero le negará el especial: y el alma privada de éste, no podrá perseverar, como hemos dicho, sin caer en culpas graves. A Enrique Suson le reveló Dios, que á las almas tibias que se contentan con vivir sin pecado mortal, pero que no

dejan de cometer muchos veniales sin escrúpulo, les es sumamente difícil conservarse en estado de gracia. Decia el venerable P. Luis de Lapuente : *Yo he cometido muchos defectos, pero jamás he hecho paz con ellos.* ¡Ay de aquellos que la hacen! S. Bernardo escribe, que aquel que peca y detesta su pecado, puede enmendarse un dia y volver al buen camino; pero el pecador que no trata de enmendarse, irá cada dia de mal en peor, hasta perder la gracia de Dios. Por esto dice S. Agustin, que las culpas veniales habituales causan en el alma los mismos efectos que la sarna en el cuerpo. Así como la sarna llena el cuerpo de granos, así los pecados veniales llenan el alma de disgusto á medida que van apartándola de la amistad de Dios : *Sunt velut scabies, et nostrum decus ita exterminant, ut à sponsi amplexibus separent.* (S. Aug. Hom. 50. cap. 3.) Y de aquí resulta, que no hallando ya pábulo ni consuelo en sus ejercicios devotos, en la oracion, en la comunión ni en las visitas al santísimo Sacramento, los abandona fácilmente; y privados de este modo de los medios de asegurar su salud, se pierden fácilmente.

8. Este peligro será mucho mayor en aquellas personas que cometen muchos pecados veniales, por el apego que tienen á algunas pasiones, por ejemplo á la soberbia, á la ambicion, al odio á alguna persona, ó al afecto desordenado hácia ella. S. Francisco de Asis decia, que cuando el demonio ataca á alguno que teme ofender á Dios, no procura al principio atarle con cadena como á un esclavo, esto es, induciéndole á cometer un pecado mortal, porque le tendria horror y se guardaria de él; sino que procura atarle con un cabello; porque despues le podrá atar mas fácilmente con un hilo, luego con un junco, luego con una cuerda, y finalmente con una cadena que es el pecado mortal, y así consigue hacerle su esclavo. Pongamos un ejemplo : alguno tiene afecto á una mujer, en un principio por cortesía, por gratitud ó por las buenas cualidades que hay en ella : luego vienen los regalillos mutuos que se hacen; luego las palabras tiernas; y despues, al menor empuje del demonio, caerá el infeliz en pecado mortal. Le sucederá lo que sucede á aquellos jugadores que despues de haber perdido grandes sumas de dinero, dicen finalmente arrebatados de la pasion : *vaya todo*; y acaban por perder cuanto tenían.

9. ¡Infeliz de aquella alma que se deja arrastrar de alguna pasion! Dice el apóstol Santiago : *Ecce quantus ignis quam*

magnam silvam incendit! (Jac. 3. 5.) Una pequeña chispa abraza toda una selva, si no se apaga desde un principio. Quiere decir esto, que una pasion que no se reprime arrastra al alma á su perdicion. La pasion nos ciega, y cuando estamos ciegos, fácilmente caemos en el precipicio cuando menos pensamos. S. Ambrosio dice, que el demonio está acechando cual es la pasion que nos domina, ó cual es el placer que mas nos arrastra, y que nos los presenta al instante para despertar nuestra concupiscencia, preparándonos de este modo la cadena que nos ha de tener amarrados á la esclavitud: *Tunc maxime insidiatur adversarius, quando videt in nobis passiones aliquas generari: tunc fomites movet, laqueos parat.*

10. El Crisóstomo asegura haber conocido él mismo muchas personas que estaban dotadas de gran virtud; pero que despues cayeron en un abismo de iniquidad por no haber hecho caso de los pecados veniales. Cuando el demonio no puede conseguirlo todo de nosotros de una vez, se contenta con obtener muchos pocos en muchas veces; porque sabe que todos estos pocos repetidos le facilitarán ganar el todo. Ninguno, dice S. Bernardo, se hace malvado de repente siendo bueno. Los que se precipitan en los mayores desórdenes, han comenzado por los mas ligeros: *Nemo repente fit turpissimus; à minimus incipiunt, qui in maxima proruunt.* (S. Bern. tract. de Ord. Vitæ.) Es necesario considerar tambien, que cuando un alma cae en pecado mortal, despues de haber sido favorecida con las gracias especiales de Dios, su caida no es una simple caida de la cual podrá levantarse fácilmente; sino que es un precipicio del que difícilmente podrá salir para volver á Dios.

11. Hablando el Señor en el Apocalipsis, dice: *Utinam frigidus esses: sed quia tepidus es, et nec frigidus, nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo:* Ojalá fueses frio: pero porque eres tibio y no frio ni ardiente, comenzaré á desecharte. (Apoc. 3. 15.) Dice, *utinam frigidus esses*, como si dijera: seria mejor para tí que estuvieses privado de mi gracia, porque entonces tendria mas esperanza de tu enmienda: pero viviendo tú en tu tibieza, sin pensar en enmendarte, *incipiam te evomere*, comenzaré á desecharte, es decir, á abandonarte en el camino del pecado.

12. Dice un escritor, que la tibieza en la virtud es como la tisis, la cual no espanta mucho al enfermo, porque apenas se deja sentir; pero es tan maligna, que difícilmente se cura de ella ninguno. Esta comparacion es muy exacta, porque la

tibieza vuelve el alma insensible á los remordimientos de la conciencia; de donde resulta, que así como se hace insensible á los remordimientos de los pecados veniales, así tambien se hará con el tiempo insensible al remordimiento de los mortales.

13. La cosa mas difícil de todas es curar de su enfermedad á las almas tibias; pero no faltan remedios para los que quieran valerse de ellos. ¿Y cuales son esos remedios, me direis? Primeramente es preciso que el tibio desee verse libre de un estado tan triste y peligroso: de otro modo, si no tiene un verdadero deseo de salir de tan mal estado, jamás se esforzará por valerse de los medios que hay para conseguirlo. Conviene en segundo lugar, que se determine á evitar las ocasiones de pecar; porque de otro modo siempre volverá á caer en los mismos defectos. Debe en tercer lugar, pedir incesantemente á Dios, que le saque de tan fatal estado. El pecador con sus fuerzas solas nada podrá hacer; pero lo podrá todo con la ayuda de Dios, el cual ha prometido escuchar al que le pide. Por eso dice por S. Lucas: *Petite, et dabitur vobis; quærite, et invenietis*: Pedid, y se os dará; buscad y hallareis. (Luc. 11. 9.) Conviene suplicar y seguir continuamente suplicando: si cesamos de pedir, de nuevo serémos vencidos; pero si siguiéremos suplicando continuamente, quedaremos al fin vencedores.

SERMON XX.

PARA LA DOMINICA DE RAMOS.

DEL MAL HABITO.

*Ite in castellum, quod contra vos est,
et statim invenietis asinam alligatam.*

MATTH. 21. 2.

QUERIENDO nuestro divino Salvador entrar este domingo en Jerusalem, para ser reconocido como el verdadero Mesías prometido por los profetas, y enviado por Dios á salvar el mundo; dijo á sus discipulos, que fuesen á cierto castillo, en donde encontrarían una jumenta atada: *Invenietis asinam alli-*

gata; que la desatase y se la llevasen. S. Buenaventura explica estas palabras, diciendo, que la jumenta atada es figura del pecador, segun lo que dice el Sabio, á saber: que el impío está atado con la cuerda de sus mismos pecados: *Iniquitates suae capiunt impium, et funibus peccatorum suorum constringitur.* (Prov. 5. 22.) Y así como Jesucristo no podia montar sobre aquella jumenta si primero no la desataba, así tampoco puede habitar en una alma atada con sus culpas. Si alguna vez pues, oyentes mios, se halla entre vosotros algun alma atada con algun mal hábito, oiga al Señor que le dice en el Evangelio de hoy: *Solve vincula colli tui, captiva filia Sion*: Desata la atadura de tu cuello, hija cautiva de Sion (*Isa. 52. 2.*); que quiere decir: hija mia, desata esa cadena de pecados que te hace vivir esclava del demonio; y desátala antes que el mal hábito tome tal fuerza sobre tí, que te haga moralmente imposible enmendarte en adelante, y te conduzca á la eterna perdicion. Por esto quiero esta mañana demostrar en tres puntos los grandes daños que lleva consigo el mal hábito:

Punto 1. Obceca la mente.

Punto 2. Endurece el corazon.

Punto 3. Debilita las fuerzas.

PUNTO I.

El mal hábito obceca la mente.

1. S. Agustin escribe acerca de los que han contraido malos hábitos, que la misma costumbre no les deja ver lo mal que obran: *Ipsa consuetudo non sinit videre malum, quod faciunt.* El mal hábito obceca de tal modo á los pecadores, que ni ven el mal que hacen, ni la ruina que esto les ocasiona; por lo que viven obcecados como si no hubiese Dios, ni paraíso, ni infierno, ni eternidad. Los pecados, dice el Espíritu Santo, cuando llegan á ser habituales parecen pequeños ó despreciables á los pecadores, por horrendos que sean: *Pecata quamvis horrenda cum in consuetudinem veniunt, parva, aut nulla esse videntur.* Por consiguiente ¿ como podrá guardarse de ellos su alma, cuando no conoce ya su fealdad, ni advierte el daño que le causan?

2. S. Jerónimo dice, que los habituados á pecar, ni aun vergüenza tienen de hacerlo: *Ne pudorem quidem habent in delictis.* El obrar mal lleva consigo naturalmente cierto rubor;

pero el mal hábito, hasta la vergüenza nos hace perder. San Pedro compara al que ha contraído hábito de pecar, con un puercu que se revuelve en el cieno : *Sus lota in volutabro luti.* (2. Petr. 2. 22.) El mismo cieno le ciega los ojos, y por lo mismo sucede que en lugar de entristecerse y avergonzarse de sus inmundicias, se alegra y hace alarde de ellas : *Quasi per risum stultus operatur scelus.* (Prov. 10. 23.) *Lætantur cum male fecerint.* (Ibid. 2. 14.) Por eso los Santos piden á Dios continuamente que los ilumine, porque saben que sin esta luz, cualquiera puede llegar á ser el mas perverso del mundo. ¿ Como pues tantos cristianos que saben por la fe, que hay un infierno, y un Dios justo que no puede menos de castigar el pecado, continuan viviendo en él hasta la muerte y se condenan? *Excæcavit enim illos malitia eorum.* (Sap. 2. 21.) Los obcecó el pecado, y por esto se pierden.

3. Dice Job, que el que peca por hábito, se lleva de vicios : *Ossa ejus implebuntur vitiis.* (Job 20. 21.) Todo pecado produce cierta ceguedad en el espíritu, y cuando los pecados se aumentan con el mal hábito, crece la ceguedad con ellos. En un vaso que está lleno de tierra, no puede entrar la luz del sol; y en un corazon lleno de vicios, no puede entrar la luz de Dios, para hacer conocer al pecador el precipicio en que va á caer. El pecador obstinado en el mal hábito, privado de la luz divina, camina de pecado en pecado sin pensar en la enmienda. Por eso dice el salmo 11. 9. que los pecadores *ambulant in circuitu.* Caidos estos infelices en el abismo oscuro del mal hábito, no piensan en otra cosa que en pecar, no hablan sino de pecados, y no conocen su fealdad. Al fin se convierten en bestias destituidas de razon, y no buscan ni desean otra cosa sino lo que place á sus sentidos : *Et homo cum in honore esset, non intellexit comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* (Ps. 48. 13.) De aquí resulta lo que dice el Sabio : *Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.* (Prov. 18. 3.) S. Juan Crisóstomo aplica este pasaje al pecador habitual, que encerrado en aquella sima de tinieblas desprecia la palabra divina, las inspiraciones de Dios, las correcciones, las censuras y á Dios mismo; convirtiéndose el infeliz en un buitre voraz, que alimentándose del frio cadáver que tiene entre sus garras, antes quiere ser muerto por los cazadores, que dejar la presa.

4. Temblemos, hermanos míos, como temblaba David, cuando decia : Que no me trague el abismo, ni cierre sobre

mí su boca : *Neque absorbeat me profundum , neque urgeat super me puteus os suum. (Psal. 68. 16.)* Cuando alguno cae en un pozo , tiene esperanza de salir de él mientras su boca está abierta ; pero si la boca se cierra , queda perdido sin remedio. Pues del mismo modo cuando el pecador ha caído en el mal hábito , se va cerrando la boca del pozo á medida que crecen los pecados ; y si ésta acaba de cerrarse , queda él abandonado de Dios para siempre. Ea pues , pecador ; si tienes hábito de reincidir en algun pecado , procura salir presto de ese pozo infernal ; quiero decir , antes que se cierre la boca , antes que Dios te niegue sus divinas inspiraciones y te abandone ; porque si llega á abandonarte , quedarás condenado para siempre sin remedio.

PUNTO II.

El mal hábito endurece el corazon.

No solo obceca la mente el mal hábito , sino que endurece tambien al pecador : *Cor ejus indurabitur tamquam lapis. (Job 41. 15.)* El mal hábito convierte el corazon en una piedra , y en vez de enternecerse con las divinas inspiraciones , con los sermones , con la memoria del juicio , de las penas que sufren los condenados , y de la pasion de Jesucristo ; se endurece cada día mas , como se endurece el yunque con los golpes repetidos del martillo : *Et stringetur quasi malleatoris incus. (Job, ibid.)* S. Agustin dice : *Cor eorum fit durum adversus imbrem gratiæ , ne fructum ferat*: Su corazon se endurece contra la lluvia celestial de la gracia para que no pueda producir fruto con ella. Las divinas inspiraciones , los remordimientos de la conciencia , los terrores de la justicia de Dios , son lluvia de la gracia : pero el pecador habitual , cuando en lugar de sacar fruto de estos divinos beneficios llorando las iniquidades cometidas y enmendarse , sigue pecando ; su corazon se vuelve mas duro , dando señales de la certeza de su condenacion , como dice Sto. Tomás de Villanueva : *Induratio , damnationis indicium*. Porque una vez perdida la luz , y endurecido el corazon , el resultado es , que el pecador vive obstinado hasta la muerte , segun el terrible anuncio del Espíritu Santo : *Cor durum habebit male in novissimo. (Eccl. 3. 27.)* El fin del corazon endurecido será fatal.

6. ¿ De qué sirven pues las confesiones , cuando poco después de confesarse el pecador vuelve á caer en las mismas cul-

pas que confesó? S. Agustin dice: *Qui pectus tundit et non corrigit, peccata solidat, non tollit*: El que se da golpes de pecho, y no se enmienda, se aferra en el pecado, pero no le deja. Cuando tú te das golpes de pecho postrado ante el confesor, y luego no te enmiendas, ni evitas la ocasion; entonces no dejas el pecado, dice el Santo, sino que te aferras mas para perseverar en él: *In circuitu impij ambulant.* (Psal. 41. 9.) Esta es la vida infeliz de los que pecan habitualmente: siempre se confiesan, pero siempre pecan. Siempre se revuelcan en el abismo del pecado: y si á veces se abstienen de pecar por un breve plazo de tiempo, á la primera ocasion tornan de nuevo al pecado, como los animales inmundos que con tanto placer se revuelcan en los lodazares mas sucios y asquerosos.

7. Pero nó, dice aquel jóven, yo quiero enmendarme mas tarde y entregarme de veras á Dios. Pero si el mal hábito se ha apoderado de tí ¿como te has de enmendar? El Espiritu Santo dice que el jóven que desde el principio entró por la senda del pecado, no la abandonará ni aun cuando sea anciano: *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.* (Prov. 22. 6.) Los que están habituados á cualquiera vicio, se ha visto que cometen los mismos pecados que cometieron antes, aun cuando están vecinos á la muerte. Un escritor cuenta, que habiendo sido condenado á la horca cierto hombre blasfemo, prorumpió en una blasfemia cuando sintió que se le apretaba el cuello y pronunciándola murió.

8. *Cujus vult (Deus) miseretur, et quem vult, indurat*: Dios se compadece de quien quiere y endurece al que se le antoja, como dice S. Pablo. (Rom. 9. 18.) Dios usa de misericordia hasta cierto punto, y despnes endurece el corazon del pecador. Pero ¿como le endurece? S. Agustin lo esplica de este modo: *Obduratio Dei est nolle misereri*: La dureza de Dios es no quererle compadecer. No es decir que el Señor endurezca el pecador acostumbrado á pecar; sino que le niega los auxilios de la gracia, en castigo de la ingratitud que mostró á los beneficios divinos, y de este modo queda su corazon endurecido como si fuera de piedra: *Non obdurat Deus cor impertiendo malitiam, sed non impertiendo misericordiam*. Ó en otros términos: no endurece Dios el corazon, inspirándole malicia, sino negándole misericordia, esto es, la gracia eficaz para convertirse. Hace lo que el sol, endurece el agua y la convierte en hielo alejándose de la tierra.

9. S. Bernardo dice, que la dureza que es la obstinacion

del corazon , no se forma toda de una vez , sino poco á poco , hasta que se vuelve tan duro , que no cede á las divinas amenazas , y las correcciones le endurecen todavía mas : *Paulatim in cordis duritiam itur ; cor durum non minis cedit , flagellis duratur*. En los mal habituados sucede lo que dice David : *Ab increpatione tua , Deus Jacob , dormitaverunt*. (Psal. 78. 7.) Los terremotos , los rayos que caen , las muertes repentinas que suceden , no amedrentan al pecador endurecido. En lugar de despertarle y hacerle abrir los ojos para que conozca su estado miserable , parece que estos acontecimientos aumentan su letargo mortal , en el que queda sumergido para su ruina.

PUNTO III.

El mal hábito debilita las fuerzas.

10. El santo Job dice : *Concidit me vulnere super vulnus , irruit in me quasi gigas* : Disparó sobre mí un golpe tras otro , y me oprimió como un gigante. (Job 16. 15.) Interpretando este texto S. Gregorio , discurre de este modo : Si alguno es asaltado por su enemigo , no queda regularmente inútil para defenderse á la primera herida que recibe ; pero si despues recibe segunda y tercera , pierde de tal modo las fuerzas , que al fin queda muerto. Lo mismo hace el pecado : la primera y la segunda vez que el alma es herida de él , le queda todavía alguna fuerza , es decir , por medio de la divina gracia ; pero si despues sigue pecando , se hace habitual el pecado y cae sobre él como un gigante : *irruit quasi gigas* , de modo que el alma no tiene ya fuerzas para resistirle. Dice S. Bernardo que el pecador habitual es semejante al que está caído en tierra bajo de un gran peñasco y no tiene fuerzas para apartarle ; por lo que difícilmente podrá levantarse : *Difficile surgit , quem moles mala consuetudinis premit*. Y antes habia dicho S. Gregorio : *Lapis superpositus , cum consuetudine mens in peccato demoratur , ut etsi velit exsurgere jam non possit , quia moles desuper premit*. (Moral. lib. 26. cap. 24.)

11. Sto. Tomás de Villanueva dijo , que el alma que está privada de la gracia de Dios , no puede vivir largo tiempo sin cometer nuevos pecados : *Anima à gratia destituta diu evadere ulteriora peccata non potest*. (Conc. 4. in Dom. 4. Quadrages.) Y S. Gregorio , hablando sobre aquellas palabras de David : *Pone illos ut rotam , et sicut stipulam ante faciem venti* (Psal. 82. 14.) ;

dice: Ved con que facilidad mueve una paja el menor soplo del viento, por ligero que sea: pues del mismo modo el pecador que podia resistir algun tiempo antes que contrajera el hábito de pecar, cede á la menor tentacion del pecado y vuelve á ceder una y muchas veces desde que contrajo el mal hábito. Los pecadores acostumbrados al pecado son tan débiles para resistir á los ataques del demonio, segun dice S. Juan Crisóstomo, que tal vez se ven precisados á pecar contra su voluntad, arrastrados por la fuerza de la costumbre: *Dura res est consuetudo, quæ nonnunquam nolentes committere cogit illicita.* En efecto, porque como dice S. Agustin, el mal hábito se convierte con el tiempo en cierta necesidad de pecar: *Dum consuetudini non resistitur, facta est necessitas.*

12. S. Bernardino de Sena añade, que el mal hábito se convierte en naturaleza: *Usus vertitur in naturam.* Por cuya razon, así como necesita el hombre respirar, así parece que necesitan pecar los pecadores acostumbrados al pecado; de modo que son esclavos de su pasion. S. Bernardino llama á estos tales *molinos de viento* que siguen dando vueltas á la rueda, aun cuando no haya trigo que moler. Quiere decir esto, que siguen pecando, al menos con el pensamiento, aun cuando no tengan ocasiones de pecar. Despues que los infelices han perdido el auxilio divino, dice S. Juan Crisóstomo, ya no hacen lo que quieren ellos, sino lo que quiere el demonio: *Homo, perditio Dei auxilio, non quod vult, agit, sed quod diabolus.*

13. Oid lo que sucedió en una ciudad de Italia, como cuenta un autor en confirmacion de lo que acabo de decir. Acostumbrado un jóven á un vicio habitual, seguia viviendo en su pecado, á pesar de que Dios le llamó muchas veces para que mudase de vida, y algunos varones piadosos le amonestaron lo mismo. El Señor le hizo ver un dia á su hermana muerta repentinamente. Entonces temió por algun tiempo; pero apenas fué enterrada su hermana, se olvidó de la leccion, y volvió á entregarse á su antiguo vicio. Dos meses despues de la muerte de su hermana, enfermó él mismo de una fiebre lenta que le consumia: entonces hizo llamar un confesor y se confesó; pero á pesar de esto, un dia exclamó: ¡Ay de mí! ¡cuan tarde conozco el rigor de la divina justicia! Luego volviéndose al médico, le dijo: Sí, médico, no me atormente V. mas con remedios, porque mi enfermedad es incurable, y sé de positivo que me muero. Y volviéndose despues á los que estaban en torno de él, les habló así: Sabed, que así como no

hay remedio para la vida de este mi cuerpo; tampoco le hay para la vida de mi pobre alma: una muerte eterna me espera. Dios me ha abandonado; y yo lo conozco en la dureza de mi corazón. Algunos amigos piadosos le exhortaron á que confiasse en la misericordia de Dios; pero él solamente les daba esta respuesta: *Dios me ha abandonado*. El escritor de este suceso dice, que hallándose él á solas con aquel jóven desgraciado, le dijo: Tened ánimo, invocad á Dios y recibid el Viático. Mas él le respondió: Amigo, V. habla á una piedra; la confesion que acabo de hacer ha sido nula y sin dolor: no quiero confesor, no quiero Sacramentos, no quiero recibir el Viático, porque todo esto serviria solamente para hacer mas horrorosa mi suerte desgraciada. Entonces le abandonó desconsolado, y habiendo vuelto á visitarle despues, le dijeron sus parientes, que habia espirado aquella noche sin tener ningun sacerdote que le asistiera: y le dijeron además, que se habian oido aullidos espantosos junto al cuarto del jóven difunto.

14. Este es el fin que tienen los pecadores que hacen paz con el pecado. Amados oyentes míos, si alguno de vosotros tiene la desgracia de haber contraído algun mal hábito de pecar, le suplico por las llagas de Jesucristo, que haga cuanto antes una confesion general; porque dificilmente han podido ser buenas las confesiones hechas anteriormente. Salid presto de la esclavitud del demonio. Oid lo que os dice el Espíritu Santo: No pases tu vida sirviendo á tu enemigo cruel: *Ne des annos tuos crudeli.* (Proverb. 5. 9.) ¿Y quien quiere servir á un tirano tan cruel como el demonio, enemigo de los pecadores avezados al pecado, que les hace pasar una vida infeliz en la tierra, para hacerles pasar despues otra vida todavía mas infeliz en el infierno por toda la eternidad? Cuando Jesucristo resucitó á Lázaro, le dijo en alta voz: *Lazare, veni foras*: Lázaro, sal de ese sepulcro. Salid de esa sima del pecado, pecadores, os digo yo en nombre de Dios; salid presto, ya que os habeis estado revolcando en ella la parte mejor de vuestra vida, como si fuerais unos brutos, y no criaturas hechas á imágen y semejanza de Dios. Ea, volved presto al Señor, que os llama como padre amoroso, y está dispuesto á abrazaros, si le pedís perdon de vuestras culpas. Temed que acaso sea esta la última vez que Dios os llama, y si no respondéis á su voz, podeis condenaros sin remedio para siempre.

SERMON XXI.

PARA LA DOMINICA DE PASCUA.

DEL TRISTE ESTADO DE LOS QUE REINCIDEN EN LOS MISMOS
PECADOS.

11

Nolite expavescere: Jesum queritis
Nazarenum, crucifixum: surrexit, non
est hic.

MARC. 16. 6.

ESPERO, oyentes míos, que así como ha resucitado Jesucristo, así también resuciteis vosotros en esta santa Pascua, por medio de una buena confesión, á la vida de la gracia. Pero advertid lo que dice S. Jerónimo, á saber, que muchos comienzan bien, pero pocos son los que perseveran: *Incipere multorum est, perseverare paucorum*. Y el Espíritu Santo dice, que no se salva el que comienza á vivir bien, sino el que persevera en la virtud hasta la muerte: *Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.* (Matth. 24, 13.) La corona del paraíso, dice S. Bernardo, solamente se promete á los que comienzan, pero no se da sino á los que acaban bien: *Inchoantibus præmium promittitur, perseverantibus datur.* (Serm. 6, de modo bene viv.) Ya pues que has comenzado, hermano mío, á consagrarte á Dios, oye lo que te dice el Espíritu Santo: *Fili accedens ad servitutem Dei, præpara animam tuam ad tentationem*: Hijo, si comienzas á servir á Dios, prepara tu alma á la tentación. (Eccl. 2, 1.) No creais que se han acabado las tentaciones: preparaos al combate, y guardaos de recaer en los pecados que habeis confesado; porque si tornais á perder la gracia de Dios, será difícil que la recobreis. He aquí lo que quiero demostraros en este día, á saber: el estado miserable de los que recaen, esto es, de aquellos que reinciden por desgracia, después de la confesión, en los mismos pecados que antes confesaron.

1. Puesto, pues, que te has confesado, ó miserable pecador, Jesucristo te dice lo que antes dijo al paralítico: *Ecce sanus factus est: jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat*: Ya estás sano, no peques mas, no sea que te observe alguna desgracia. (Joan. 5, 14.) Con la confesión que

has hecho, ha quedado limpia tu alma, pero no está salva todavía; porque si tornas á pecar, torrarás á perderla, y el daño que te resultará de la recaída, será mucho mayor que el de la caída: *Audis, dicit S. Bernardo, recidere, quam incidere, esse deterius*. El que sufre una enfermedad mortal y sana de ella, si recae despues en el mismo mal, quizá perderá tanto las fuerzas, que le será imposible restablecerse. Esto es lo que sucede á los que recaen en el pecado; pues volviendo á recaer en los mismos pecados que confesaron, quedan tan débiles, que vienen á ser el juguete del demonio. Dice S. Anselmo, que adquiere el enemigo tanto dominio sobre los reincidentes, que les hace caer y recaer á su antojo; y los desgraciados son semejantes á los pajarillos con que juegan los niños, los cuales les permiten que se alcen de la tierra de vez en cuando; pero como los tienen atados, vuelven á hacerles caer cuando quieren. Lo mismo hace el demonio con los pecadores reincidentes: *Sed quia ab hoste tenentur, volantes in eadem vitia dejiciuntur*.

2. Escribe S. Pablo, que los hombres tenemos que combatir, no contra los hombres que son de carne y sangre como nosotros, sino contra los príncipes y potestades del infierno: *Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, sed adversus principes et potestates*. (Ephes. 6, 12.) Con esto quiere advertirnos, que no tenemos fuerzas para resistir á las potencias infernales, y que nos es absolutamente necesario el auxilio divino, porque sin él siempre quedarémos vencidos. Al contrario, cuando Dios nos ayuda, podremos vencer y vencerémos, diciendo con el mismo Apóstol: Todo lo puedo con la ayuda de Dios que me conforta: *Omnia possum in eo, qui me confortat*. (Phil. 4. 13.) Pero Dios no concede esta ayuda, sino á los que la alcanzan por medio de la oracion; y el que no la pide, no puede alcanzarla. Por eso nos dice Dios: *Pedid y se os dará, buscad y encontrareis lo que necesitais: Petite et dabitur vobis, querite et invenietis*. (Matth. 7, 7.) Por tanto, oyentes míos, no confiemos en nosotros mismos, porque si confiamos en nuestras fuerzas, quedarémos perdidos. Cuando el enemigo nos induzca á recaer en los mismos pecados, debemos poner toda nuestra confianza en el auxilio de Dios, que no deja de oír al que humildemente le invoca.

3. S. Pablo dice, que el que está en pié, cuide de no caer: *Qui existimas stare, videat ne cadat*. (1. Cor. 10, 12.) Quiere esto decir, que el que está en gracia de Dios debe

cuidar de no caer en pecado, especialmente si cayó antes en otros pecados mortales, porque la recaída produce otra ruina mayor: *Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.* (Luc. 11, 26.)

4. En la santa Escritura se dice, que el enemigo *sacrificabit totum reti tuo... et cibus ejus electas.* (Habac. 1, 16.) Esplícando estas palabras S. Jerónimo, dice, que el demonio procura prender en su red á todos los hombres para sacrificarlos á la justicia divina, haciendo que se condenen; pero á aquellos pecadores que tiene ya presos en sus redes, procura añadirles nuevas cadenas, induciéndolos á nuevos pecados; mas el manjar mas gustoso al enemigo son aquellos que merecen la amistad de Dios. A estos les arma asechanzas mas fuertes para hacerlos esclavos suyos y hacerles perder toda la gracia que han adquirido. Escribe Dionisio Cartusiano: *Quanto quis fortius nititur Deo servire, tanto acrius contra eum sævi adversarius:* Quanto mas procura uno servir á Dios, se enfurece tanto mas el enemigo contra él, y procura entrar en su alma de donde fué desterrado, como se lee en S. Lucas: *Cum immundus spiritus exierit de homine, quærens requiem: et non inveniens dicit: Revertar in domum meam, unde exivi:* Cuando el inmundo espíritu abandona al hombre, va buscando descanso, y viendo que no le encuentra, dice: Me volveré á la mansion de donde sali; entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y entran á habitar en aquel hombre; y así la segunda ruina de aquel infeliz es peor que la primera: *Tunc vadit, et assumit septem alios spiritus nequiores se, et ingressi habitant ibi, et fiunt novissima pejora prioribus.* (Luc. 11, 26.)

5. Por otra parte desagrada mucho á Dios la recaída de un ingrato que fué llamado y perdonado por él con tanto amor, al ver que de nuevo le vuelve la espalda y renuncia su gracia, olvidado de las misericordias que Dios le habia dispensado: *Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique.... tu vero homo unanimes, dux meus, et notus meus, qui simul mecum dulces capiebas cibos.* (Psal. 54, ex vers. 13. ad 16.) Dice Dios, si me hubiese ofendido un enemigo mio, le sufriría con menor indignacion; pero al ver que tú te has rebelado contra mí, despues que te restituí á mi amistad y te concedí sentarte á mi mesa, para que te alimentases de mi misma carne; esto me irrita y me mueve á castigarte. ¡Ay de aquel, que, siendo amigo de Dios, se hace enemigo suyo despues de haber recibido de él tantas gracias! El infeliz hallará desen-

vainada la larga espada de la justicia divina: *Et qui transgreditur à justitia ad peccatum, Deus paravit eum ad romphæam.* (Eccl. 26, 27.)

6. Pero dirá alguno: Si recaigo, me volveré á levantar presto, porque pienso confesarme inmediatamente. Al que habla de este modo le sucederá lo que sucedió á Samson, que habiéndose dejado engañar de Dálila, que le cortó los cabellos mientras él dormía, en los cuales consistía toda su fuerza, luego que despertó, dijo: Saldré como bice antes y conseguiré libertarme, ignorando, como añade la Escritura, que el Señor le habia abandonado: *Egrediar sicut ante feci, et me excutiam: nesciens, quod recessisset ab eo Dominus.* (Judic. 16, 20.) Pensaba librarse de las manos de los Filisteos, como habia hecho otra vez; pero le faltó la fuerza y le hicieron esclavo. Sus enemigos primeramente le arrancaron los ojos, luego le sepultaron en una cárcel, y despues le cargaron de cadenas. Del mismo modo pierde la fuerza para resistir á las tentaciones el pecador despues que ha recaído, porque el Señor le abandona y le priva de su auxilio eficaz, que es necesario para resistir al enemigo; y de esta manera queda el infeliz ciego y abandonado á sus culpas.

7. Dice Dios por S. Lucas: *Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei*: Ninguno que ha puesto la mano en el arado y mira atrás, es apto para el reino de Dios. (Luc. 9, 62.) En estas palabras se ve retratado el pecador que reincide. Orígenes escribe, que añadir un pecado nuevo al cometido anteriormente, es lo mismo que añadir una herida á otra herida: *Cum peccatum peccato adjicitur, sicut vulnus vulneri.* (Orig. Hom. 1. in Psal.) Si se recibe la herida en un miembro, ciertamente pierde aquel miembro su primer vigor; pero si despues recibe la segunda, perderá toda la fuerza, todo el movimiento, y quedará sin esperanza de volverle á recobrar. Este es el gran daño que resulta de la reincidencia en el pecado; porque queda el alma tan débil, que no puede resistir á la tentacion. Pues como dice Sto. Tomás: *Remissa culpa remanent dispositiones ex præcedentibus actis causatæ.* (S. Thom. p. 1, qu. 86. art. 5.) Todo pecado, aunque haya sido perdonado, deja siempre abierta la herida de la culpa anterior, y despues se junta la herida nueva á la antigua, y aquélla deja tan débil el alma, que le es imposible vencer las tentaciones, sin una gracia especial y extraordinaria de Dios.

8. Temamos pues , hermanos míos , recaer en el pecado , y no abusemos de la misericordia divina para seguir ofendiendo á Dios. S. Agustin dice , que aquel que prometió perdón al que se arrepiente , no prometió arrepentimiento á ninguno : *Qui pœnitenti veniam promisit , nulli pœnitentiam promisit.* Es verdad que Dios ha prometido el perdón al que se arrepiente de su pecado ; pero no ha prometido á ninguno la gracia de arrepentirse de él. El dolor de los pecados es un mero don de Dios ; si Dios te le niega ¿ como te arrepentirás de ellos ? Y sin arrepentirte ¿ como te se pueden perdonar ? Tened presente , que nadie se burla de Dios : *Nolite errare , Deus non irridetur.* (Galat. 6 , 7.) S. Isidoro dice , que aquel que reincide en el pecado ya confesado , no es penitente , sino un hombre que se burla de Dios : *Irrisor , et non pœnitens est , qui adhuc agit , quod pœnitet.* (S. Isid. de Summo bono.) Añadid lo que decia Tertuliano , á saber : que el arrepentimiento de aquel que no se enmienda , no fué verdadero : *Ubi emendatio nulla , pœnitentia vana.* (Tertull. de pœnit.)

9. Predicaba S. Pedro , diciendo : *Pœnite mini , et convertimini , et deleantur peccata vestra :* Convertios y baced penitencia para borrar de este modo vuestros pecados. (Act. 3 , 19.) Muchos se arrepienten , pero no se convierten. Tienen algunos remordimientos al pensar en los desórdenes de su vida ; pero no se convierten de veras á Dios : se confiesan y se dan golpes de pechos , prometiendo enmendarse ; pero no hacen un propósito firme y eficaz de mudar de vida. El que determina eficazmente enmendarse , persevera , ó al menos se mantiene largo tiempo en la amistad de Dios. Aquellos empero que recaen luego que se confiesan , manifiestan , como dice S. Pedro , que se han arrepentido , mas no convertido , y estos sin duda alguna tendrán una mala muerte. Escribe S. Gregorio : Muchas veces los malos se sienten inclinados á la justicia , como los buenos á la culpa : *Plerumque mali sic compunguntur ad justitiam , sicut plerumque boni tentantur ad culpam.* (Pastor. p. 3. Admon. 31.) Quiere esto decir , que así como los justos experimentan á las veces cierta inclinacion al mal y sin embargo no pecan , porque resisten á la tentacion ; así tambien los pecadores se sienten inclinados al bien , aunque no basta esta inclinacion para determinarlos á que se conviertan. El Sabio advierte , que no merecerá la misericordia de Dios el que confiesa sus pecados , sino aquel que los confiesa y los abandona : *Qui autem confessus fuerit (scilicet sua) , et reliquerit ea , miseri-*

eordiam consequetur. (Prov. 28, 13.) El que no deja pues de pecar, despues de haberse confesado, sino que reincide nuevamente, no conseguirá la misericordia divina: y será víctima de la justicia de Dios, como sucedió á cierto jóven inglés, segun cuenta la historia de Inglaterra. Este jóven reincidia en el vicio deshonesto; y aunque se confesaba, siempre volvía á recaer. Llegó finalmente la hora de su muerte, se confesó de nuevo, y pareció que moría con señales de haberse salvado; pero mientras un sacerdote piadoso celebraba el santo sacrificio de la misa por el bien de su alma, se le apareció el desgraciado jóven y le dijo, que se habia condenado; añadiéndole tambien, que habiendo tenido un mal pensamiento á la hora de morir, se sintió movido á consentir en él, casi por fuerza, y consintió en efecto, como tenia de costumbre; por lo cual habia perdido su alma.

10. ¿Con que no hay remedio para el pecador que reincide en los mismos pecados? Yo no digo tal cosa, pero sí digo lo que dicen los médicos, á saber: *In magnis morbis à magnis initium medendi sumere oportet*: Que en las grandes enfermedades se necesitan grandes remedios. El que acostumbra reincidir, debe hacer grandes esfuerzos para volver á la senda de la salud, si quiere salvarse; pues como dice S. Mateo: *Regnum cælorum vim patitur, et violenti rapiunt illud*: El reino de los cielos padece violencia y solamente le consiguen los que se esfuerzan para conseguirle. (Matth. 11, 12.) El que suele reincidir, debe violentarse, especialmente cuando comienza á andar por el camino de su nueva vida, con el fin de arrancar de raiz los malos hábitos que ha adquirido y contraer otros buenos; porque los buenos hábitos le harán fácil y aun agradable la obediencia á los preceptos divinos. En confirmacion de esto reveló el Señor á Sta. Brígida, que á los hombres que sufren con fortaleza las primeras punzadas que se sienten cuando nos oponemos á todo lo que halaga á nuestros sentidos y evitan las ocasiones de pecar y las conversaciones peligrosas, aquellas espinas se les van convirtiendo insensiblemente en rosas; es decir, en un placer delicioso que inunda nuestros sentidos, nuestra alma y nuestras potencias.

11. Pero para practicar este consejo y llevar una vida arreglada, es preciso tomar las precauciones necesarias, ó de otro modo, nada podrémos adelantar. Por la mañana al tiempo de levantarnos, debemos dirigir á Dios acciones de gracias y de amor, y ofreeerle los trabajos de aquel día: y sobre todo

renovar el propósito de no ofenderle , suplicando á Jesucristo y á su Madre santísima que nos preserven del pecado. En seguida debemos hacer oracion , y oír el santo sacrificio de la misa. Luego en lo restante del dia harémos ejercicios espirituales, en algun libro devoto, y visitarémos el santísimo Sacramento. Por la tarde finalmente se rezará el rosario , y harémos el exámen de la conciencia, detestando de corazon las culpas que háyamos cometido aquel dia. Tambien es una práctica respetable hacer cada año ejercicios espirituales en el templo, ó en su propia casa ante una imágen devota de Jesucristo crucificado. Debemos honrar todos los dias á la Madre de Dios por medio de alguna oracion particular , y ayunando en su honor todos los sábados. La Virgen Santísima se llama madre de la perseverancia, y promete concedérsela á sus devotos, como dice el Eccles. (24. 30.): *Qui operantur in me , non peccabunt.* Es preciso sobre todo , pedir el don de la perseverancia en la virtud , á Dios y á la purísima Virgen María desde que nos levantamos por la mañana , y mas especialmente cuando nos hallamos combatidos de alguna tentacion; y entonces debemos invocar el nombre de Jesus y de Maria mientras dura la tentacion , y darles gracias por la victoria , despues que la hubiéremos vencido. Dichoso aquel cristiano que practique todas estas cosas , y comparezca de este modo ante Jesucristo quando llegue el dia de su juicio particular : *Beatus ille servus, quem, cum venerit Dominus ejus , invenerit sic facientem.* (Matth. 24. 46.)

SERMON XXII.

PARA LA PRIMERA DOMINICA DESPUES DE PASCUA.

DEBEMOS EVITAR LAS OCASIONES DE PECAR.

Cum fores essent clausæ , ubi erant discipuli congregati , venit Jesus , et stetit in medio eorum.

JOAN. 20, 19.

LEMOS en el Evangelio de hoy , que hallándose los Apóstoles reunidos en una casa , entró Jesus en ella despues de su resurreccion , sin embargo de que estaban cerradas las puer-

tas, y se presentó en medio de ellos : *Cum fores essent clausæ, venit Jesu, et stetit in medio eorum.* Dice el angélico Sto. Tomás acerca de este hecho, que el Señor, místicamente hablando, quiso darnos á entender con esto, que él no entra en nuestras almas, sino cuando ellas tienen cerradas las puertas de los sentidos : *Misthice per hoc datur intelligi, quod Christus nobis apparet, quando fores, idest sensus sunt clausi.* Si queremos, pues, que Jesucristo habite en nosotros, es necesario que tengamos cerradas las puertas de nuestros sentidos á las ocasiones de pecar ; porque de otro modo nos hará el demonio sus esclavos. Lo que yo quiero demostraros hoy, amados oyentes míos, es el gran peligro en que se pone de perder á Dios el que no evita las ocasiones de pecar.

1. Leemos en las Santas Escrituras, que resucitó Cristo y resucitó Lázaro ; pero Cristo resucitó y no tornó á morir, como dijo el Apóstol : *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur.* (Rom. 6. 9.) Lázaro al contrario, resucitó y volvió á morir. Acerca de esto observa un escritor, que Jesucristo resucitó libre de todas las ligaduras, y Lázaro atado de pies y manos : *Ligatus manibus et pedibus* (Matth. 22. 13.), como dice el Evangelio. ¡ Pobre Lázaro, añade este autor, que resucita del pecado, pero sujeto á las ocasiones de pecar ! los que así resucitan vuelven á morir y acaso á perder la divina gracia. Los que quieran salvarse, no solo deben dejar el pecado, sino tambien las ocasiones de pecar ; por ejemplo, aquel trato, aquella casa, aquellas malas compañías, y otros peligros de esta especie que nos incitan al pecado.

2. Por el pecado original contrajimos todos los hombres la inclinacion de pecar, esto es, á hacer aquello que nos está prohibido. Por esto se lamentaba S. Pablo de que sentia en sí mismo una ley contraria á la razon : *Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in lege peccati* : Siento otra ley en mis miembros, dice, que repugna á la ley de mi mente y que me sujeta á la ley del pecado. (Rom. 7. 23.) Así, cuando la ocasion se presenta, se ve la violencia de esta mala inclinacion, á la cual nos cuesta trabajo resistir ; porque Dios niega los auxilios eficaces al que se esponde voluntariamente á la ocasion. Por esto dice la Escritura : *Qui amat periculum, in illo peribit* : El que ama el peligro, perecerá en él. (Eccl. 3. 27.) Esplicando este texto el angélico doctor Sto. Tomás dice : *Cum exponimus nos periculo, Deus nos derelinquit in illo* : Cuando nos esponemos al peligro

nosotros mismos , Dios nos abandona en medio de él. Por esta causa dice S. Bernardino de Sena , que el mejor consejo de todos , y el fundamento de la religion , por decirlo así , es el de evitar las ocasiones : *Inter consilia Christi , unum celeberrimum , et quasi religionis fundamentum est , fugere peccatorum ocasiones.*

3. S. Pedro escribe que el demonio anda en torno de nosotros , buscando á quien devorar : *Circuit , quærens , quem devoret.* (1. Petr. 5. 8.) Es decir , acechando el alma de quien ha de tomar posesion ; y para conseguir esto , presenta primero la ocasion del pecado , por medio de la cual entra el demonio en el alma : *Explorat* , dice S. Cipriano , *an sit pars , cujus aditu penetret* : Explora si hay en ella alguna parte flaca por donde pueda penetrar. Cuando el alma se deja tentar y se espone á las ocasiones , el demonio entra fácilmente en ella y la devora. Esta fué la causa de la ruina de nuestros primeros padres : á saber , no haber evitado la ocasion. Dios les habia prohibido , no solamente comer , sino hasta tocar la manzana vedada : por eso respondió la misma Eva á la serpiente , cuando esta la tentaba para que comiese : *Præcepit nobis Deus , ne comederemus , et ne tangeremus illud* : Dios nos mandó que no la comiésemos ni la tocásemos. (Gen. 3. 3.) Pero la infeliz Eva la vió , la tomó y la comió. Primeramente comenzó á mirar aquel fruto ; despues lo tomó en la mano , y en seguida lo comió. Y esto es lo que ordinariamente sucede á todos aquellos que voluntariamente se ponen en la ocasion. Por esto el demonio , obligado un dia por los exorcismos á decir cual era la exhortacion cristiana que mas aborrecia entre todas , confesó , que aquella que exhorta á los cristianos á evitar las ocasiones. Y con mucha razou á la verdad ; porque nuestro enemigo se burla de todos nuestros propósitos y promesas hechas á Dios. Todo su afan es insinuarlos que no evitemos la ocasion ; porque ella es como una venda que se nos pone ante los ojos y no nos deja ya ver , ni las inspiraciones divinas , ni las verdades eternas , ni los propósitos que hicimos anteriormente : en fin nos hace olvidarlo todo y cuasi nos fuerza á pecar.

4. Por eso dice la Escritura , que en naciendo el hombre , camina entre lazos y redes : *Scito quoniam in medio laqueorum ingredieris.* (Eccl. 9. 20.) Y el Sabio advierte , que el que quiere librarse de estos lazos , debe guardarse y alejarse de ellos : *Qui cavet laqueos , securus erit.* (Prov. 11. 13.) Pero si en vez de alejarse uno de estos lazos , se acerca á ellos , como

podrá evitarlos? Por esto David que habia experimentado en sí mismo el peligro que hay en esponerse á las ocasiones de pecar, dice: que para conservarse fiel á Dios se habia prohibido á sí mismo esponerse á cualquiera ocasion que pudiera inducirle á pecar: *Ab omni via mala prohibui pedes meos, ut custodiam mandata tua.* (Psal. 118, 101.) Y no solamente dice, que habia de evitar el pecado, sino tambien el camino que conduce á él. El demonio no deja de buscar pretextos de hacernos creer, que aquella ocasion á que nos esponemos, no es voluntaria, sino necesaria. Cuando es necesaria en efecto, no dejará el Señor de darnos su ayuda para que no caigamos en el pecado, aunque no la evitemos; pero á las veces nos flugimnos nosotros mismos ciertas necesidades que sean suficientes á excusarnos. Oid pues lo que dice S. Cipriano: *Numquam securus cum thesauro latro tenetur inclusus, nec inter unam caveam habitans cum lupo tutus est agnus.* (Lib. de Sing. Cler.) Jamás está seguro el tesoro en compañía del ladron, aunque esté encerrado; así como no está seguro el cordero que habita en la misma jaula que el lobo. El Santo habla aquí de aquellos que no quieren evitar las ocasiones, diciendo: *Que no tienen miedo de caer.* El apóstol Santiago dice, que todo hombre tiene dentro de sí mismo un gran enemigo, esto es, la inclinacion á pecar, ó la concupiscencia que nos incita á todos al pecado: *Unusquisque tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus.* (Jac. 1, 14.) Si además de esto pues no evita el hombre aquellas ocasiones que otros le presentan, ¿como podrá resistir y no caer en el pecado? Reflexionemos sobre aquella advertencia general que nos hizo Jesucristo para vencer todas las tentaciones y salvarnos: *Si oculus tuus dexter scandalizat te, erue eum, et projice abs te:* Si tu ojo derecho te escandaliza, dice, arráncale y tírale léjos de tí. (Matth. 5, 29.) Con esto quiere decirnos, que cuando se trata de perder el alma, es necesario huir todas las ocasiones, aunque nos cueste mucho trabajo hacer esto. Decia S. Francisco de Asis, como dije ya en otro sermón, que el demonio no quiere atar desde un principio con la cuerda de un pecado mortal á las almas que conservan todavía cierto temor de Dios; porque espantadas á la vista de un pecado mortal, huirian y no se dejarian prender; por tanto procura el astuto enemigo atarlas con un cabello ó pecado venial que no les inspira tanto miedo: porque de este modo le será mas fácil ir apretando las cadenas hasta que las haga esclavas suyas. Por esto el que quiera verse libre de este

peligro , debe hacer pedazos desde un principio las pequeñas ligaduras, es decir , las ocasiones peligrosas , las salutations, los billetes amorosos , los regalillos y las palabras afectuosas. Y hablando especialmente de aquellos que han vivido entregados á la vida licenciosa , no les basta el huir las ocasiones próximas; porque si no huyen tambien las remotas , fácilmente volverán á caer de nuevo en el pecado.

5. La impudicia , como dice S. Agustin , es un vicio que hace la guerra á todos los mortales , y son raros los que de ella salen vencedores : *Communis pugna , et rara victoria.* ; Cuantos infelices que han querido medir las fuerzas con este vicio , han quedado vencidos por él ! Pero no dudes , dice el demonio á las veces al pecador para inducirle á que se esponga á la tentacion , no dudes , que haré que la venzas : á lo cual responde S. Jerónimo : no quiero pelear confiando en la esperanza de la victoria , por no esponerme á perder alguna vez la victoria. En esta especie de batallas necesitamos un grande auxilio de Dios; y por este motivo es preciso que evitemos las ocasiones cnanto podamos , para hacernos dignos de este auxilio; y debemos encomendarnos á Dios continuamente con el fin de que nos dé fuerzas para observar la continencia , puesto que nosotros no tenemos las suficientes. Dios solo es quien nos puede conceder esta virtud , y por eso decia el Sabio : *Et ut scivi quoniam aliter non possem esse continens , nisi Deus det... adii Dominum , et deprecatus sum illum :* Y luego que supe que no podia guardar la continencia , si Dios no me la concedia , me humillé ante el Señor , y se la pedí. (*Sap. 8. 21.*) Pero si nos esponemos á las ocasiones , nosotros mismos , como dice el Apóstol , suministraremos armas á nuestra carne rebelde para que haga la guerra con ellas á nuestra alma : *Sed neque exhibeatis membra vestra arma iniquitatis peccato.* (*Rom. 6. 13.*) Esplicando este texto S. Cirilo de Alejandria , dice : *Tu das stimulum carni tuæ , tu illam adversus spiritum armas et potentem facis.* Tú mismo incitas á tu carne , tú le prestas armas contra el espíritu y la haces poderosa. S. Felipe Neri decia; que en la guerra contra el vicio deshonesto son los cobardes los que alcanzan la victoria; esto es , los que evitan las ocasiones : al contrario , el que las busca , arma su carne y la hace tan poderosa , que le será moralmente imposible resistir.

6. Dice Dios á Isaías : Alza la voz , diciendo , que toda carne es heno : *Clama : Omnis caro fœnum.* (*Isa. 40. 6.*) Pues si todo hombre es heno , dice S. Juan Crisóstome , querer man-

tenerse puro el hombre cuando se espone voluntariamente á la ocasion de pecar, es lo mismo que pretender aplicar una tea al heno sin que se encienda: *Lucernam in fœnum pone, ac tum aude negare, quod fœnum exuratur.* No, no es posible estar en medio de las llamas y no quemarse, dice S. Cipriano: *Impossibile est flammis circumdari et non ardere.* (De Sing. Cler.) Y lo mismo dijo antes que él el Espíritu Santo por estas palabras: *Numquam potest homo ambulare super prunas, ut non comburatur plantæ ejus?* No puede el hombre andar sobre las ascuas sin que se quemen sus plantas. (Prov. 6. 27. 28.) S. Bernardo escribe, que conservarse casto uno que se espone á la ocasion próxima de pecar, seria mayor milagro que resucitar un muerto: *Majus miraculum est, quam mortuum suscitare.*

7. Dice S. Agustin (in Psal. 5.): El que no quiere huir, quiere perecer en el peligro: *In periculo, qui non vult fugere, vult perire.* Y despues escribe en otro lugar, que aquel que quiera vencer y no perecer, debe evitar la ocasion: *In occasione peccandi apprehende fugam, si vis invenire victoriam.* (S. Aug. serm. 250. de Tem.) Algunos confian neciamente en sus fuerzas, y no ven que estas son semejantes á la estopa, que arde al instante que se pone sobre la llama: *Et erit fortitudo vestra, ut favilla stuppæ.* (Isa. 1, 31.) Otros se lisonjean con la idea de que mudarán de vida, se confesarán, ó con las promesas que hacen á Dios diciendo: por la gracia del Señor ya no tengo peligro ninguno en ver á tal persona y no experimento tentaciones. Escuchad los que hablais de este modo. Cuentan que hay en Mauritania unos osos que van á caza de monas; cuando éstas los ven, se suben á los árboles y de este modo se libran de ellos. Pero ¿qué hace entonces el oso? Se tiende sobre la tierra, fingiéndose muerto, y espera que las monas bajen de los árboles; y luego se levanta, las coge y las devora. Pues lo mismo hace el demonio: hace creer que la tentacion pasó ya, y está muerta; pero luego que el hombre que antes estaba sobre sí, se acerca por descuido á la ocasion, hace que se levante la tentacion repentinamente y le devora. ¡Cuántas almas infelices, aunque se aplicaban á la vida espiritual, hacian oracion mental, comulgaban á menudo y llevaban una vida ejemplar, han quedado esclavas del demonio, por solo haberse espuesto á la tentacion! En la Historia Eclesiástica se refiere, que una santa mujer que practicaba el piadoso oficio de sepultar los mártires, encontró una vez uno de estos que no habia muerto todavía. La mujer le condujo á su casa,

y le curó, buscando médicos y remedios. Pero ¿qué sucedió? Estas dos personas santas (porque bien podian llamarse de este modo, puesto que el uno habia estado ya próximo á morir por la fe, y la otra prestaba el servicio de sepultar á los mártires con tanto riesgo de ser perseguida por los tiranos) primeramente cayeron en el pecado y perdieron la gracia de Dios; y despues debilitada su fe poco á poco, renegaron de Jesucristo. Un caso semejante cuenta S. Macario de un anciano que habia sido medio abrasado por el tirano porque no queria renegar de la fe; pero habiendo sido vuelto á la cárcel, hizo antistad, por desgracia suya, con una mujer devota que servia á los mártires, y pecó.

8. El Espíritu Santo advierte, que conviene huir del pecado, como se huye de la serpiente: *Quasi à facie colubri fuge peccatum.* (Eccl. 21, 2.) Y así como se evita no solo la mordedura de la serpiente, sino tambien tocarla, y aun acercarse á ella; así conviene evitar, no solo el pecado, sino hasta la ocasion; es decir, la casa, la conversacion, la persona que puede inducirnos á pecar. S. Isidoro dice, que el que esté cerca de la serpiente, no pasará mucho tiempo sin ser herido de ella: *Juxta serpentem positus non erit diu illæsus.* (Lib. 2. solit.) Y por eso dice el Sabio, que te apartes de ella y no te acerques á la puerta de su casa: *Longe fac ab ea viam tuam, et ne appropinques foribus domus ejus.* (Prov. 5, 8.) No solamente dice que nos abstengamos de acercarnos á su casa, la cual es camino del infierno para nosotros, sino que añade, que procuremos no acercarnos á ella y pasar léjos de allí: *Longe fac ab ea viam tuam.* Pero dirá alguno: yo me perjudicaré en mis intereses, si dejo de ir á aquella casa. ¿Y no es mejor que pierdas tus intereses, que no tu alma y tu Dios? Es preciso persuadirnos que toda cautela es poca cuando se trata de guardar la honestidad. Si queremos librarnos del pecado y del infierno, debemos temer y temblar, como dice S. Pablo (Phil. 2, 12.): *Cum metuet tremore vestram salutem operamini.* El que no tiembla y se espone á la tentacion, dificilmente se salvará. Por eso una de las oraciones que debemos repetir cada dia muchas veces, es aquella oracion dominica por la que pedimos á Dios: *que no nos deje caer en la tentacion.* Señor, debemos decirle, no permitais que yo caiga en las tentaciones que me hagan perder vuestra gracia. Nosotros no podemos merecer la perseverancia en ella; pero Dios la concede ciertamente al que se la pide, segun S. Agustin, puesto que prometió oír al que le ruega.

SERMON XXIII.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DESPUES DE PASCUA.

DEL ESCÁNDALO.

Lupus rapit et dispergit oves.

JOAN. 10. 12.

Los lobos que dispersan y destrozan las ovejas de Jesucristo, como dice el Evangelio de hoy, son los escandalosos, que no contentos con perderse á sí mismos, trabajan por perder á los demás. Pero ¡ay de aquel, dice el Señor, por quien viene el escándalo! *Vae homini illi, per quem scandalum venit.* (Matth. 18, 7.) ¡Ay de aquel que es la causa de que otros pierdan la gracia de Dios! Dice Orígenes, que peca mucho mas aquel que induce al pecado, que el que le comete inducido por él: *Plus ille peccat qui ad peccandum impulit, quam qui peccat.* Si entre vosotros, oyentes míos, hay alguno que ha escandalizado á los demás hasta el presente, quiero hacerle saber hoy, cuan mal ha obrado, para que llóre su culpa y se guarde de incurrir en ella en adelante. Voy pues á demostraros:

Lo mucho que desagrada á Dios el pecado de escándalo; y este será mi primer punto.

El gran castigo con que amenaza Dios á los escandalosos, que será el punto segundo.

PUNTO I.

Cuanto desagrada á Dios el pecado de escándalo.

1. Primeramente conviene explicar que cosa es escándalo; y para que lo sepais, oid como le define Sto. Tomás: Es una espresion ó un hecho que ocasiona al prójimo su ruina espiritual: *Est dictum, vel factum præbens proximo occasionem ruinæ spiritualis.* (S. Th. 2, 2. q. 43, art. 1.) Es decir, que puede hacerle perder la gracia y el alma. El escándalo, además, puede ser directo é indirecto. Es directo, quando uno tienta é induce directamente á otro á cometer un pecado. Será indirecto,

cuando con el mal ejemplo ó con sus palabras induce á otro á pecar, á pesar de que prevé el mal que con su mal ejemplo puede causarle. El escándalo, pues, bien sea directo, bien indirecto, siempre es pecado mortal cuando se da en materia grave.

2. Veamos ahora lo mucho que desagrada á Dios el que es causa de que se pierda un alma. Para conocer esto, es preciso considerar cuanto ama el Señor á cada una de ellas. Primeramente él las crió á todas á su imágen y semejanza, como dice la santa Escritura: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* (Gen. 1, 26.) A las demás criaturas las crió con su voluntad; pero el alma la comunicó al hombre, comunicándole su mismo aliento: *Et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ.* (Gen. 2, 7.) Pues esta alma de tu prójimo la amó el Señor desde la eternidad, segun la sagrada Escritura: *In charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans tui.* (Jerem. 31, 3.) Y la crió para que fuese reina del paraíso y compañera de su gloria, como dice S. Pedro: *Ut per hæc officiamini divinæ consortes naturæ.* (2. Petr. 1, 4.) Y en el cielo la ha de hacer partícipe de su misma alegría, por lo que dice S. Mateo: *Intra in gaudium Domini tui:* Entra á gozar la alegría de tu Señor. (Matth. 25, 21.) Además se le dará á si mismo en recompensa, como nos dice en el Génesis (15. 1.): *Ego ero merces tua magna nimis.*

3. Pero sobre todo, ninguna cosa puede manifestarnos mas lo mucho que Dios ama á las almas, que lo que hizo el Verbo divino para redimir las, cuando las vió perdidas por el pecado. S. Euquerio dice: *Quam pretiosus sis si Factori non credis, interroga Redemptorem:* Si quieres saber lo mucho que vales, pregúntalo á tu Redentor, si no das crédito á tu Criador. Y hablando S. Ambrosio del cuidado que debemos tener de la salud de nuestros prójimos, escribe: *Quantum valeat salus fratris, ex morte Christi cognoscitur:* Por la muerte de Cristo conocerás lo mucho que vale la salud de tu prójimo. Se juzga que es tan grande el valor de una cosa, cuan grande es el precio que da por ella un comprador inteligente. Esto supuesto, si Jesucristo compró nuestras almas con su sangre, como dice el Apóstol: *Empti enim estis pretio magno,* bien podemos decir que una alma vale tanto como la sangre de Dios. Y en efecto, S. Hilario dice: que la redencion costó tanto, como si el hombre valiera lo mismo que Dios: *Tam copioso munere redemptio agitur, ut homo Deum valere videatur.* Por esto nos

dice nuestro Salvador: *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis*: que aquello que hacemos por el menor de nuestros hermanos, lo hacemos por Dios. (*Matth.* 25, 40.)

4. De todo lo dicho se infiere, cuanto desagrada á Dios el que escandaliza y le hace perder una alma. Para comprender esto basta decir, que le roba y le asesina una hija querida para cuya salvacion dió Cristo su sangre y su misma vida. Por esto S. Leon llama homicida al escandaloso por estas palabras: *Quisquis scandalizat, mortem infert animæ proximi*: Cualquiera que escandaliza, mata al alma de su prójimo. Y este tal es homicida mas cruel que los otros, puesto que causa la muerte, no al cuerpo sino al alma de su prójimo; y hace perder á Jesucristo todas las lágrimas, todos los dolores y todo cuanto hizo y sufrió para salvar á aquella alma. El Apóstol dice que pecando de este modo contra nuestros prójimos, é hiriendo su débil conciencia, pecamos contra Cristo: *Sic autem peccantes in fratres, et percutientes conscientiam eorum infirmam, in Christum peccatis*. (1, *Cor.* 8, 12.) Porque segun S. Ambrosio, el que es causa de que se pierda un alma, hace perder á Jesucristo el afán en que vivió tantos años, sufriendo fatigas y tormentos. Se cuenta que Alberto Magno estuvo trabajando treinta años en hacer una cabeza semejante á la de un hombre, que pronunciaba ciertas palabras, y que Sto. Tomás la hizo pedazos creyendo que en su fabricacion habia intervenido el diablo. Alberto se quejó, diciéndole: Me has hecho pedazos una obra que me habia costado treinta años de trabajo: *Opus triginta annorum fregisti mihi*. Yo no sé si este hecho es cierto; pero sé de positivo, que cuando Jesucristo ve perdida una alma por un hombre escandaloso, podria decirle con razon: ¡Ab malvado! ¿qué es lo que has hecho? Me hiciste perder esta alma en cuya salvacion habia empleado yo los treinta y tres años de mi vida.

5. Se lee en la sagrada Escritura, que despues que los hijos de Jacob vendieron su hermano José á ciertos mercaderes, fueron á decir á su padre, que le habia devorado una fiera: *Fera pessima devoravit eum*. (*Gen.* 37, 20.) Y para hacer creer esto al padre, tomaron la túnica de José y la empaparon en la sangre de un cabrito, y luego se la presentaron á Jacob, diciéndole: Mira si es esta la túnica de tu hijo: *Vide, utrum tunica filii tui sit*. (*Ibid.* v. 32.) Al verla el padre afligido, decia: Es la túnica de mi hijo; señal es de que le ha devorado una fiera: *Tunica filii mei est, fera pessima comedit eum*. (*Ibid.*

v. 33.) Del mismo modo podemos figurarnos , que cuando peca una persona , inducida al pecado por un hombre escandaloso , los demonios presentan á Dios el vestido de aquel prójimo , teñido con la sangre del cordero inmaculado Jesucristo , es decir , la gracia perdida de aquella alma escandalizada , que Jesucristo habia redimido con su sangre , y que le dicen : *Mira si esta túnica es la de tu hijo: Vide, utrum tunica filii tui sit?* Si Dios pudiese llorar , tambien lloraria entonces como Jacob , y diria , al ver aquella alma perdida y asesinada : *Tunica filiae meae est, fera pessima comedit eam.* Es la túnica de mi hijo ; una fiera le ha devorado en efecto. Por esto el Señor irá buscando á la fiera , y preguntando por ella hasta que la encuentre : *¿ En donde , en donde está la fiera que ha devorado al hijo de mis entrañas ?* Cuando la encuentre ¿ qué hará con ella ? ¿ cual será su suerte ? Inferidla de lo que dice del escandaloso el santo Evangelio : *Mejor seria que no hubiese nacido , ó que le lanzáran al mar despues de haber atado á su-cuello una rueda de molino.*

6. Hablando Dios por Oseas (13. 8.) dice ; *Occurram eis, quasi ursae raptis catulis* : Saldréles al encuentro semejante á una osa á quien han arrebatado sus cachorros. Cuando la osa vuelve á su madriguera , y halla que le han arrebatado sus hijos , da vueltas furiosa por la selva á fin de encontrar al que se los arrebató ; si al fin le halla ; con que furor se lanza sobre él para despedazarle ! Pues del mismo modo , dice el Señor , que se lanzará él contra el escandaloso que le ha robado sus hijos , induciéndolos al pecado , y entregándolos así á su enemigo. Quizá el escandaloso responderá : Pero aquel prójimo ya se ha condenado ; ¿ como puedo yo remediarlo ? Pues bien , dirá Dios : puesto que se condenó por tu causa , tú me lo pagarás : *Sanguinem vero ejus de manu tua requiram.* (Ezech. 3, 20.) En el Deuteronomio está escrito : *Non misereberis ejus, sed animam pro anima* : Fuiste causa de que se perdiera un alma , pagarás pues con la tuya. Pero pasemos ya al segundo punto.

PUNTO II.

El gran castigo con que amenaza Dios á los escandalosos.

7. *Vae homini illi, per quem scandalum venit* : Ay de aquel hombre que escandaliza ! dice Jesucristo por S. Mateo. (Matth. 18, 7.) Si es grande el disgusto que da á Dios el hombre escandaloso , grande es tambien el castigo que le espera. Oid

como habla Jesucristo acerca de él : *Quis autem scandalizaverit unum de pusillis istis, expedit ei, ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris* : Mejor seria para el que escandaliza á un inocente, atarle al cuello una rueda de molino y lanzarle con ella al profundo mar. (*Matth. 18, 6.*) Si un malhechor es ajusticiado en la plaza, mueve á compasion á los espectadores, y ya que no pueden librarle de la muerte, ruegan al menos á Dios para que se compadezca de su alma; pero si los escandalosos son arrojados al mar, ni aun habrá quien de ellos se compadezca. Dice un autor, que Jesucristo manifestó que merecia tal castigo el hombre escandaloso, para hacerlo tan odioso á los ángeles y á los santos, como merece tal pecado, que le hace perder á Dios una alma : *Indignus declaratur, qui videatur, nedum adjuvetur.* (*Mansi cap. 3, num. 4.*)

8. S. Juan Crisóstomo escribe, que Dios aborrece tanto el escándalo, que si bien perdona otros pecados mas graves, no deja, sin embargo, sin el castigo merecido el pecado de escándalo : *Tam Deo horribile est scandalum, ut peccata graviora dissimulet, non autem peccata ubi frater scandalizatur.* Y antes que él lo dijo el mismo Dios por Ezequiel (14. 7. 8.) por estas palabras : *Scandalum iniquitatis sue statuerit.... faciam eum in exemplum, et in proverbium, et disperdam eum de medio populi mei* : Si alguno escandalizáre con sus iniquidades, haré en él un ejemplar castigo, de modo que desaparezca de en medio de mi pueblo. Y en efecto, hallamos en las santas Escrituras, que uno de los pecados que castiga Dios con mas rigor, es el escándalo. De Heli, solamente porque no corrigió á sus hijos que escandalizaban robando la carne de las víctimas sacrificadas, dijo Dios : *Facio verbum, quod quicumque audierit, tinnient ambæ aures ejus* : A cualquiera que oyese lo que yo mando, le han de temblar los oídos. (1. Reg. 3, 11.) Y ya habia dicho antes (2. 17.) hablando del escándalo que habian dado los hijos de Heli : *Erat ergo peccatum puerorum grande nimis* : que su pecado era demasiado grande. ¿Cual era, pues, este pecado? S. Gregorio, interpretando estas palabras, dice : *Quia ad peccandum alios pertrahebant* : Que inducian á los otros á pecar. ¿Porqué fué castigado tambien Jeroboan? Porque fué escandaloso : *Qui peccavit et peccare fecit Israel* : Porque pecó é hizo pecar al pueblo de Israel, como se lee en el Libro 3. de los Reyes. (14. 16.) En la familia de Acab, toda la cual era enemiga de Dios, la persona mas cruelmente castigada fué Jeza-

bel, puesto que la precipitaron por una ventana y la devoraron los perros sin dejar de ella otra cosa que el cráneo y las estremidades de las manos y de los pies. Y porqué? Porque, como dice el Abulense, ella era quien escitaba á Acab á toda suerte de maldades : *Ipsa incitabat Achab ad omne malum*.

9. Por el pecado de escándalo crió Dios el infierno : *In principio creavit Deus cælum, et terram*. (Gen. 1. 2.) ¿Cuándo le crió, me dirá alguno? Cuando Lucifer comenzó á seducir á los ángeles y á rebelarse contra Dios. Entonces, para que no siguiera seduciendo á los otros que habian sido fieles á Dios, fué lanzado al infierno inmediatamente despues de su pecado. Por esto Jesucristo dijo á los fariseos que escandalizaban al pueblo con el mal ejemplo, que eran hijos del demonio que escandalizó desde un principio, asesinando á las almas : *Vos ex patre diabolo estis ; ille homicida erat ab initio*. (Joan. 8. 44.) Y cuando S. Pedro escandalizaba á Jesus, insinuándole que no se dejase prender y matar por los judíos, queriendo impedir de este modo la redencion del género humano, Jesucristo le llamó demonio, diciéndole : *Vade post me, Satana, scandalum es mihi* : Quitateme de delante, Satanás, que me escandalizas. (Matth. 16. 23.) Y en efecto ¿que otro oficio hace el escandaloso, que el de demonio? No harian seguramente los demonios una caza tan grande de almas como hacen, si no les ayudáran unos ministros tan crueles como los escandalosos. Mas daño causa un compañero escandaloso, que cien demonios juntos.

10. Hablando S. Bernardo sobre aquellas palabras de Ezequias, que trae Isaías (58. 17.) : *Ecce in pace amaritudo mea amarissima*, pone en boca de la santa Iglesia las palabras siguientes : *Pax à paganis, pax ab hæreticis, non pax à filiis* : Vivo en paz con los paganos y con los herejes; pero no con mis hijos. Como si dijera: al presente la Iglesia no tiene herejes, ni idólatras que la persigan; pero la persiguen sus mismos hijos que son los cristianos. Los que cazan con red para coger los pajarillos, llevan reclamos, que son algunos pájaros ciegos y atados. Lo mismo hace el demonio, como dice S. Efren : *Cum fuerit capta anima, ad alias decipiendas fit laqueus* : Luego que caza el demonio un alma, se sirve de ella como de un lazo para cazar con ella otras almas. Primeramente la ciega y la ata como á un esclavo suyo que es, y luego le hace reclamo suyo para engañar á los otros hombres, y atraerlos á las redes del pecado. Y no solamente le incita á engañar á los otros, sino

que tambien le fuerza , como dice S. Leon : *Habet hostis multos , quos obligat ad alios decipiendos* : Tiene el enemigo muchos á su disposicion , á los cuales obliga á que engañen á los demás. (S. Leo serm. de Nativ.)

11. ¡ Pobres escandalosos ! Ellos deben sufrir en el infierno el castigo de todos los pecados que han hecho cometer á los otros. Cuenta Cesario (*Lib. 2. cap. 6.*) que murió cierto hombre escandaloso , y al punto que murió , vió un varon piadoso el juicio que Dios hacia de él , en el cual fué condenado ; y luego vió que estando el réprobo junto á la puerta del infierno , salieron á encontrarle todas aquellas almas á quienes habia escandalizado , y le dijeron : Ven , maldito , ven á pagar todos los pecados que nos has hecho cometer. Y diciendo esto , se le arrojaron encima , y comenzaron á despedazarle , como fieras. Escribe S. Bernardo , que cuando la Escritura habla de los otros pecadores , da esperanza de enmienda y de perdon ; pero hablando de los escandalosos , habla de ellos como de unos réprobos que están ya separados de Dios y desesperados de su salud eterna : *Loquitur tamquam à Deo separati , unde hisce nulla spes vitæ esse poterit.*

12. De aquí podemos inferir cuan triste y deplorable es el estado en que se hallan aquellos que escandalizan á otro con su mal ejemplo ; y aquellos que hablan deshonestamente delante de sus compañeros , de sus criados , y aun de los niños inocentes á quienes sus escándalos sugieren malos pensamientos , y hacen cometer muchos pecados. Pensad que doloresperimentarán entonces los ángeles custodios de aquellos infelices niños , al verlos caer en el pecado ; y como pedirán venganza á Dios contra aquellas bocas sacrílegas que los escandalizaron. Tambien espera un gran castigo á aquellos que se rien ó hacen burla de quien obra bien ; porque muchos dejan de obrar bien y se entregan á la mala vida , porque no se burlen de ellos. ¿ Cual será , pues , la suerte de los que llevan recados ó embajadas para terminar alguna cita infame y deshonestas ? ¿ Cual la de aquellos que se jactan del mal que han hecho ? ¡ O Dios mio ! En vez de llorar y arrepentirse de haber ofendido á Dios , se rien y se glorian de ello. Todavía hay otros que aconsejan el pecado ; otros inducen á los inocentes á pecar ; otros les enseñan el modo de ofender á Dios , lo que no hacen , ni los mismos demonios del infierno. ¿ Y qué diremos de aquellos padres y de aquellas madres , que no impiden los pecados de sus hijos , pudiendo y debiendo hacerlo , y permiten que

traten con malas compañías, ó entren en ciertas casas peligrosas, y que hablen sus hijas con jóvenes licenciosos? ¡O que terriblemente verémos castigados en el día del juicio á todos estos escandalosos!

13. Quizá dirá alguno en su interior: Con que segun eso, padre, yo que he escandalizado, estoy perdido sin remedio. ¿No habrá ya esperanza de salud para mí? Nó, no quiero decir yo que estés desahuciado; porque la misericordia de Dios es grande, y además ha prometido perdonar al que se arrepiente. Pero si quieres salvarte, debes reparar los escándalos que has dado. Dice Eusebio Emiseno (*Hom. 10 ad Mon.*): *Qui cum multorum destructione se perdidit, cum multorum ædificatione se redimat*: El que se perdió causando la ruina de muchos, redímase edificando á muchos. Si tú pues te has perdido, y has hecho con tus escándalos que se pierdan muchos, estás obligado á remediar el mal que hiciste. Así como arrastraste á muchos al pecado con tu mal ejemplo, estás obligado ahora á conducir á muchos por la senda de la virtud, con las buenas palabras y ejemplos, evitando las ocasiones de pecar, frecuentando los sacramentos, dejándote ver á menudo en la iglesia orando, y oyendo la palabra divina. Y desde hoy en adelante, guárdate mas que de la muerte, de hacer y de decir cosa alguna que pueda servir de escándalo á los demás: *Sufficiat lapsis*, dice S. Cipriano, *ruina sua. (Lib. 1. Epist. 3.)* Y Sto. Tomás de Villanueva: *Sufficiant vobis peccata vestra*. Y pregunto ¿qué mal te ha hecho Jesucristo, que no contento con ofenderle tú, quieres que tambien le ofendan los demás? Esto es demasiada crueldad.

14. Guardaos pues, oyentes míos, desde hoy en adelante de causar el menor escándalo: y si quereis salvaros, evitad cuanto podais el roce con las personas escandalosas. Esos hombres que son unos demonios en figura humana, se condenarán; pero si tú no evitas su trato, te condenarás tambien con ellos. *Væ mundo à scandalis*, dice nuestro divino Redentor por S. Mateo (17, 7.); que quiere decir: ¡Cuanto daño causan al mundo y á los hombres los escándalos! En efecto, ¡cuantos se condenan por el escándalo! No solamente los que le dan, sino tambien los que le imitan, y no evitan el trato con los escandalosos. Huid, hijos míos, de ellos, como de unas fieras que solo tratan de devoraros y conducirlos á la eterna condenacion. Pero, dicen algunos, aquel es amigo mio, tengo con él relaciones de amistad ó de parentesco; me puede

favorecer mucho. Sí, pero Jesucristo te dice : *Si oculus tuus dexter scandalizat te , erue eum , et projice abs te : bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare , quam duos oculos habentem mitti in gehennam ignis* : Si te escandaliza tu ojo derecho , arráncale y échale lejos de ti ; porque mas te vale entrar con un ojo en el cielo , que ser enviado al infierno con dos ojos. (*Matth. 18 , 9.*) Por tanto , aunque aprecies mas que á tu ojo derecho á la persona que te escandaliza , debes dejarla y no verla mas ; porque es mejor perder el ojo y salvarte , que no conservarle , y condenarte para siempre.

SERMON XXIV.

PARA LA DOMINICA TERCERA DESPUES DE PASCUA.

VALOR DEL TIEMPO.

Modicum , et jam non videbitis me.
JOAN. 13 , 13.

No hay ninguna cosa mas breve que el tiempo ; pero tampoco hay ninguna mas preciosa que él. No la hay mas breve que el tiempo , porque el pasado ya no existe , el futuro es incierto , y el presente no es mas que un momento. Esto es lo que quiso manifestar Jesucristo , cuando hablando de su muerte que se aproximaba , dijo : *Modicum , et non videbitis me.* Lo mismo podemos decir nosotros de nuestra vida , que como dice el apóstol Santiago , no es otra cosa que un vapor que se disipa en un momento : *Quid enim est vita vestra ? Vapor ad modicum parens.* (*Jac. 4 , 15.*) Pero cuanto tiene de breve el tiempo de nuestra vida , tanto tiene de precioso ; porque en cada momento podemos adquirir tesoros de méritos para el paraíso , empleándole bien : mas si le empleamos mal , á cada momento podemos pecar y merecer el infierno. Este es el asunto de que quiero hablaros en el sermón de hoy , á saber : de cuan precioso es cada momento de tiempo que Dios nos concede , no para disiparle y mucho menos para pecar y perdernos ; sino para obrar bien y salvarnos.

1. Hablando Dios por boca de Isaías , dice : *In tempore placito exaudivit te , et in die salutis auxiliatus sum tui.* (*Isai. 49. 8.*) Y S. Pablo explica este texto , diciendo ; que el tiempo

conveniente es aquel en que Dios ha determinado favorecer-nos; y por esto añade en seguida : *Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis* : Mira , este es un tiempo aceptable y un día de salud. (2. Cor. 6, 2.) Con estas palabras nos exhorta el Apóstol á no pasar inútilmente el tiempo presente , que él llama *día de salud* ; porque pasado este día , quizá ya no habrá salud para nosotros. Pero este tiempo es breve , sigue diciendo S. Pablo : lo que importa es que los que lloran obren como si no llorasen , y los que se alegran como si no se alegrasen , y los que viven en este mundo , como si no viviesen : *Tempus breve est : reliquum est, ut..... qui flet (sint) tamquam non flet-tes, et qui gaudent, tamquam non gaudentes etc. et qui utuntur hoc mundo, tamquam non utantur.* (1. Cor. 7, 29 ad 31.) Si es breve pues el tiempo que debemos vivir en este mundo , aprovechémosle para conseguir la salud eterna.

2. El Espíritu Santo dice : *Fili, conserva tempus.* (Eccl. 4, 23.) Hijo , aprende á aprovechar el tiempo ; porque es la cosa mas preciosa , el don mas grande que Dios puede hacerte. Y S. Bernardino de Sena dejó escrito : *Tantum valet tempus quantum Deus ; nam in tempore bene consumpto comparatur Deus* : que tanto vale un momento de tiempo , como Dios ; porque , si le empleamos bien , podemos ganar en él á Dios. (In serm. 4, post Dom. I., Quadr. cap. 5.) En efecto , añade el Santo , en cada momento de tiempo puede el hombre alcanzar el perdón de sus pecados , la gracia de Dios , y la gloria del paraíso : *Modico tempore potest homo lucrari gratiam et gloriam.* Y por eso despues escribió S. Buenaventura : *Nulla jactura gravior, quam jactura temporis.* (Serm. 37 in Sept.)

3. En otro lugar se lamenta S. Bernardino de ver , que no hay cosa mas preciosa que el tiempo , y sin embargo los hombres le tienen por cosa vil y despreciable : *Nil pretiosius tempore, nil vilius reputatur.* (Serm. 2, ad Schol.) Alguno se está cuatro ó cinco horas jugando ; y si se le dice : Hermano mio ¿ en qué pierdes ese tiempo ? responde : Me divierto. Otro pasa en la calle la mitad del día ; y si se le pregunta : ¿ Qué es lo que haces allí ? responde : Pasar el tiempo. ¿ Y por qué perder el tiempo de ese modo , dice el mismo Santo ? Aun cuando no se tratase mas que de una hora , ¿ porqué habeis de perderla si acaso será la última que Dios os concede para llorar vuestros pecados , y merecer la gracia divina ? *Donec hora pertranseat, quam tibi ad agendam pœnitentiam, ad acquirendam gratiam miseratio conditoris indulserat.*

4. ¡Oh como echarán menos los hombres á la hora de la muerte, y aun mas despues en la otra vida, el tiempo que tanto desprecian mientras viven! El tiempo es un bien que solo se encuentra en esta vida, no en el cielo, ni en el infierno. Por eso los condenados se quejan sin cesar, diciendo: *¡Oh si se nos concediese una hora de tiempo!* Pagarian á gran precio una hora, un minuto que se les concediera para reparar su eterna condenacion; pero no conseguirán jamás esta hora ni este minuto. En el cielo nadie se lamenta; pero si pudiesen quejarse los bienaventurados, solamente se quejarían de haber perdido en esta vida el tiempo en que podían haber adquirido mayor gloria, y de no poder volver á recobrarle. Una monja benedictina difunta se le apareció cercada de gloria á cierta persona, y le dijo que estaba en el cielo y era enteramente feliz; pero que si fuese capaz de desear alguna cosa, solamente desearia volver á este mundo para sufrir y merecer de este modo mayor gloria: y añadió, que estaria contenta de sufrir de nuevo la larga y dolorosa enfermedad que habia sufrido al morir, aunque fuese hasta el dia del juicio, para adquirir la gloria que corresponde al mérito de una sola *Ave Maria*. Por esto S. Francisco de Borja estaba siempre atento á emplear en honra y gloria de Dios cualquier minuto de tiempo que tenia. Cuando otros hablaban de cosas inútiles, él se entretenia hablando afectuosamente con Dios; y se distraia tanto, que preguntado despues sobre su modo de pensar acerca del asunto de que se trataba, no sabia que responder. Le advirtieron este defecto, pero él respondió: Mas quiero que me tengan por necio, que perder el tiempo en cosas inútiles.

5. Pero dicen algunos: ¿Qué mal hacemos en pasar el tiempo? Decidme ¿no es obrar mal perder el tiempo en juegos, en conversaciones vanas, en ocupaciones inútiles que de nada sirven al alma? ¿Os concede acaso Dios este tiempo para que lo perdais? Nó, dice el Espíritu Santo: *Particula boni non te prætereat.* (*Eccl.* 14, 14.) Aquellos operarios de quienes habla S. Mateo en el capítulo 20, no hacían mal á nadie, pero perdían el tiempo, estándose ociosos en la plaza; y el padre de familias les reprendió por esto, diciéndoles: ¿Por qué os estais aquí todo el dia mano sobre mano? *Quid hic statis tota die otiosi?* (*Matth.* 20, 6.) El dia del juicio nos pedirá cuenta Jesueristo, no solamente de los meses y los dias que hemos perdido, sino hasta de las palabras ociosas, como dice el Evan-

gelio : *Omne verbum otiosum.... reddent rationem de eo in die judicii.* (Matth. 12, 36.) Porque todo el tiempo que no hemos empleado en el servicio de Dios, es tiempo perdido para nosotros, como asegura S. Bernardo : *Omne tempus, quo de Deo non cogitasti, cogita te perdidisse.* (S. Bern. Coll. 1. cap. 8.) Por eso el Señor nos aconseja que no esperemos á hacer mañana lo que podemos hacer hoy : *Quodcumque facere potest manus tua, instanter operare: quia nec opus, nec ratio.... erunt apud inferos, quo tu properas.* (Eccl. 9, 10.) Porque quizá mañana habremos muerto y pasado á la otra vida, en la que ya no hay tiempo para obrar bien, ni motivo, puesto que allí ya no se trata sino de gozar de la recompensa merecida, ó de sufrir la pena en que hemos incurrido por el pecado : *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* (Psal. 94, 8.) Ahora, ahora es cuando Dios nos llama á penitencia, y nos manda restituir lo ajeno y hacer la paz con el enemigo. Hagámoslo pues inmediatamente, porque quizá mañana, ó no tendremos ya tiempo, ó se habrá cansado Dios de movernos á penitencia. El negocio interesante de nuestra salud, consiste en corresponder fielmente á las divinas inspiraciones, cuando Dios nos llama.

6. Pero yo soy jóven, dicen algunos, mas tarde me dedicaré al servicio de Dios. Es verdad que sois jóvenes, les digo yo; pero bien sabeis, hijos míos, que Jesucristo maldijo aquella higuera que no daba fruto, á pesar de que entonces no era tiempo de higos, como dice el Evangelio : *Non enim erat tempus fcorum.* (Marc. 11, 13.) Con esto quiso manifestarnos el Salvador, que el hombre debe dar fruto de buenas obras en cualquiera edad de su vida, y por consiguiente en la misma juventud; y á no hacerlo así, será maldecido y no dará fruto en adelante : *Jam non amplius in æternum ex te fructum quisquam manducet.* (Ib. v. 14.) En el Eclesiástico está escrito : *Ne tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem; subito enim veniet ira illius:* No tardes á convertirte al Señor, ni lo differas de dia en dia; porque su ira caerá sobre tí repentinamente. (Eccl. 5, 8 et 9.) Si no obedecemos á las inspiraciones de Dios, cuando nos mueve á confesarnos, quizá nos sorprenderá la muerte en pecado, y no tendremos ya lugar de penitencia. El demonio cree que es poco tiempo toda nuestra vida, y por esto no deja de tentarnos dia y noche, ni un solo momento : *Descendit diabolus ad vos, habens iram magnam., sciens quod modicum tempus habet.* (Ap. 12, 12.) ¿Y no es co-

sa chocante y admirable que nuestro enemigo no pierda un momento de tiempo, preparando nuestra ruina, y que perdamos nosotros todo el que Dios nos concede para asegurar nuestra salvacion?

7. Dice el pecador: *Mas tarde me dedicaré al servicio de Dios.* Pero S. Bernardo le responde: *Quid de futuro, miser, præsumis, tamquam Pater tempora in tua posuerit potestate?* (Serm. 38. de Part. etc.) ¡Infeliz! ¿porqué presumes que podrás hacerlo mas tarde, como si Dios hubiese puesto el tiempo á tu disposicion? ¿Quien te ha dicho que podrás volverte á Dios cuando quieras? El santo Job temblaba, porque no sabia si le quedaba un segundo momento de vida: *Nescio enim, quamdiu subsistam, et si post modicum tollat me Factor meus:* No sé cuanto tiempo viviré, ni si mi Hacedor me quitará la vida dentro de un momento. (Job 32. 22.) ¿Como te atreves tú, pues, á decir: no quiero confesarme hoy; ya veremos mañana? ¿Qué es lo que dices? replica S. Agustin. ¿No tienes seguro un momento de vida, y confias en el dia de mañana? *Diem tenes, qui horam non tenes?* Por esto dice Sta. Teresa: *Si hoy no estás dispuesto á morir, teme morir mal.*

8. S. Bernardino se lamenta de la ceguedad de estos hombres descuidados, que pasan en la ociosidad los dias en que podian asegurar su salvacion, sin pensar que no han de volver á pasar los dias que pierden: *Transeunt dies salutis, et nemo recogitat sibi perire diem, et numquam rediturum.* (S. Bern. Sen. serm. ad Scholar.) Desearán los infelices á la hora de la muerte otro año, otro mes, otro dia de tiempo; pero no se les concederá, y oirán que se les dice: *Tempus non erit amplius:* Ya no hay tiempo. ¿A qué precio pagarian entonces los que ahora desperdician el tiempo, una semana, un dia, al menos una hora para ajustar las cuentas con Dios, y asegurar su salvacion? S. Lorenzo Justiniani dice, que darian por obtener una hora de tiempo, sus ropas, sus honores, sus riquezas y sus placeres: *Erogaret opes, honores, delicias pro una horula.* (De Vit. Solit. cap. 10.) Pero esta hora no se les concederá. Y el sacerdote que les asista les dirá: Partid presto de esta tierra, que ya no es tiempo: *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo.*

9. De qué les servirá entonces decir: ¡O si yo hubiese vivido santamente! ¡O si hubiese empleado mi vida en amar á Dios! Dicen esto despues de haber pasado su vida en el vicio y en el desórden. ¿Qué sentimiento no tiene un caminante

cuando advierte que ha errado el camino, despues de llegada la noche, y no es tiempo ya de remediar el error? Pues mayor será á la hora de la muerte la pena de los que han vivido muchos años en el mundo, y no los han empleado en el servicio de Dios. Por esto dice S. Juan: *Venit nox, quando nemo potest operari*: Llega la noche, cuando ya no puede ninguno obrar. (Joan. 9, 4.) Y mas adelante: *Ambulate, dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant*. (Joan. 12, 35.) Este es el modo de no tener que llorar á la hora de la muerte el tiempo perdido, como le lloran tantos infelices, que no pensaron mas que en saciar sus pasiones, mientras vivieron sobre la tierra.

10. A la hora de la muerte nos recordará la conciencia todo el tiempo que hemos tenido para hacernos santos, y le hemos empleado en aumentar nuestros pecados: todas las inspiraciones, todas las gracias que el Señor nos ha hecho para que le amásemos, y nosotros no quisimos aprovechar, nos serán recordadas: *Vocabit adversum me tempus*. (Thren. 1. 15.) Pero entonces ya será tarde, porque ya no podremos hacer ningun bien. El infeliz moribundo rodeado de los remordimientos y de las tinieblas de la muerte, esclamará: ¡O necio de mí! ¡O vida que he malogrado! ¡O años perdidos! Yo podía haber amontonado un tesoro de méritos; podía habermie hecho santo, si hubiese querido; pero ni lo hice entonces, ni ahora me queda tiempo para hacerlo. Pero ¿de qué servirán entonces estos lamentos y estas reflexiones, cuando va á desaparecer la escena del mundo, cuando está próxima á apagarse la lámpara de la vida, y puesto el moribundo á las puertas de la eternidad?

11. Nos dice Jesucristo por S. Lucas (12. 40.): *Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet*: que estemos preparados, porque el Hijo de Dios vendrá cuando menos pensemos. No nos dice que nos preparemos á la hora de la muerte, sino *estote parati*, que estemos preparados, para cuando ella llegue. Porque en aquella confusion, en aquellos últimos instantes será cosa muy difícil preparar la conciencia de modo que no salgamos condenados del tribunal de Jesucristo. Quizá la muerte puede tardar veinte ó treinta años; pero tambien puede suceder que nos sorprenda dentro de un año, de un mes ó de una semana. Esto supuesto, si uno creyese que debia tratarse de su muerte dentro de breve tiempo, no esperaria á que se fallase la causa, sino

que buscaria inmediatamente un buen abogado para que preparara y presentara á los ministros su defensa. Y nosotros ¿qué es lo que hacemos? Sabemos de positivo que se ha de tratar un dia el negocio que mas nos importa, cual es nuestra vida, no la temporal sino la eterna; y que este dia quizá está vecino; y sin embargo perdemos el tiempo: y en lugar de ajustar las cuentas, estamos aumentando los delitos para que recaiga sobre nosotros la sentencia de eterna condenacion.

12. Ea pues, oyentes míos, si hasta aquí por desgracia nuestra hemos empleado el tiempo en ofender á Dios, procuremos llorar nuestras culpas en el plazo de vida que nos resta, como hizo el rey Ezequias cuando decia: Te recordaré todos los años de mi vida con amargura de mi alma: *Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ.* (Isa. 38. 13.) El Señor nos concede la vida con el fin de que remedieemos el tiempo que hemos gastado malamente. Por esto nos dice san Pablo: *Dum tempus habemus operemur bonum:* que obremos bien mientras tenemos tiempo. (Galat. 6. 10.) No irritemos al Señor para que nos castigue con una mala muerte; y si hasta aquí hemos sido necios y le hemos disgustado, obrando contra su voluntad, oigamos al Apóstol que nos exhorta á ser sabios en adelante y á redimir el tiempo que hemos perdido: *Videte itaque, fratres, quomodo caute ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes, redimentes tempus, quoniam dies mali sunt... intelligentes, quæ sit voluntas Dei.* (Ephes. 5, 15 ad 17.) Pero ¿qué significa redimir el tiempo? S. Agustin lo explica de este modo: *Quid est redimere tempus, nisi cum opus est, detrimentum temporalium ad æterna quærenda comparare?* Aplicar la pérdida de las cosas temporales para asegurar las eternas. (De Hom. 50. Hom. 1.) Debemos vivir solamente para hacer la voluntad divina con todo cuidado; y en caso necesario, vale mas sufrir algun detrimento en los intereses temporales, que descuidar de los eternos, como dice S. Agustin. ¿Qué bien supo S. Pablo redimir el tiempo que habia perdido en su vida pasada! Dice de él S. Jerónimo, que aunque fué llamado al apostolado despues de todos, fué sin embargo el primero en los méritos, por lo que trabajó despues que fué llamado: *Paulus novissimus in ordine, prior in meritis; quia plus omnibus laboravit.* Por tanto, oyentes míos, pensemos que cada momento podemos aumentar el tesoro de los bienes eternos. Y decidme: si os aseguráran que se os daria todo el terreno

que pudieseis rodear andando todo un día, ó todo el dinero que pudieseis contar ¿os entretendriais en otras bagatelas? ó comenzariais á caminar inmediatamente, ó á contar aquel dinero. ¿Como pues perdeis el tiempo, sabiendo que podeis aumentar cada momento el tesoro de virtudes y de méritos que os ha de aprovechar en la otra vida? Lo que podeis hacer hoy, no lo dejéis para mañana; porque este hoy pasará presto, y ya no volverá para vosotros; y el día de hoy le teneis presente y quizá no tendreis el de mañana. Ea pues, prometme de corazon aprovechar los años, los meses y los días para aumentar el tesoro de vuestros méritos; y hacedlo todo por la honra y gloria de Dios, como dice el apóstol S. Pablo por estas palabras: O bien comais, ó bien bebais, ó bien hagais cualquier otra cosa, hacedlo todo á gloria y honra de Dios. Este es el modo de gozar en esta vida la paz de los justos, y despues en la otra la gloria eterna en compañía del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON XXV.

PARA LA DOMINICA CUARTA DESPUES DE PASCUA.

DE LA OBEDIENCIA DEBIDA AL CONFESOR.

Quo vadis?

JOAN. 13, 36.

PARA llegar al paraíso es preciso caminar por la senda que conduce al paraíso. Muchos cristianos que tienen fe, pero no tienen costumbres, viven en pecado sumergidos enteramente en los placeres y en los intereses del mundo. Si preguntais á alguno de ellos: Hermano mio, tú eres cristiano, que crees en la vida eterna, y que hay paraíso é infierno eterno; pero dime ¿te quieres salvar? Yo te pregunto con las palabras del Evangelio de hoy: *Quo vadis?* ¿A donde vas á parar? responderá: No lo sé; pero espero que Dios me salvará. Dices bien que no lo sabes; pero ¿como esperas que Dios te salve, si tú quieres vivir como un réprobo? ¿Como quieres ir al paraíso, si andas por el camino del infierno? Para salvarte es preciso que dejes ese camino, y por tanto que busques un

buen confesor que te guíe por la senda del paraíso y que le obedezcas puntualmente. Jesucristo dijo por S. Juan : *Oves meæ vocem meam audiunt* : Mis ovejas oyen mi voz. (Joan. 10, 27.) En este mundo no nos habla ni nos hace oír su voz Jesucristo cara á cara ; pero nos ha dejado en su lugar á los sacerdotes , y nos ha hecho saber , que quien los escucha á ellos , escucha al mismo Cristo ; y que quien á ellos desprecia , á Cristo desprecia : *Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit.* (Luc. 10, 16.) Dichosos , pues , aquellos que obedecen á su confesor , y desgraciados los que no le obedecen ; porque manifiestan con esto , que no son ovejas del rebaño de Jesucristo. Quiero por tanto manifestaros hoy :

Punto 1.º Cuan seguro está de salvarse el que obedece á su confesor.

Punto 2.º En cuan grande peligro está de condenarse el que no le obedece.

PUNTO I.

Cuan seguro está de salvarse el que obedece á su confesor.

1. Gran beneficio nos ha hecho Dios , dejándonos á nuestros padres espirituales para que nos guíen por el camino de la salvacion. Para salvarnos debemos seguir la voluntad de Dios , en todo aquello que exige de nosotros. Pero pregunto : ¿ qué es lo que debemos hacer para salvarnos y ser santos ? Algunos piensan , que el ser santo consiste en hacer muchas penitencias. Pero si uno estuviese enfermo y quisiese hacer tantas penitencias que le pusiesen en peligro próximo de morir , ¿ se haria éste santo de esta manera ? Nó , antes pecaria. Otros creen , que la perfeccion consiste en hacer mucha oracion ; pero si un padre de familia abandonase la educacion de sus hijos , y se retirase á un desierto á hacer oracion , éste pecaria tambien : porque aunque la oracion sea buena , sin embargo el padre está obligado á cuidar de sus hijos ; y mucho mas cuando puede cuidarlos y hacer oracion sin retirarse al desierto. Otros piensan que la santidad consiste en frecuentar la santa Comunión : pero si una mujer casada quisiese comulgar todos los dias y el marido se lo prohibiese justamente , porque haciéndolo ella así , resultaba algun daño á la familia , ésta tambien obraria mal y tendria que dar cuenta á Dios. ¿ En qué consiste pues el ser santo ? Consiste en hacer per-

fectamente la voluntad de Dios. Y sino decidme: ¿de donde nacen todos los pecados que conducen tantas almas al infierno? De nuestra propia voluntad. Cesemos, pues, dice S. Bernardo, de hacer nuestra voluntad, hagamos la de Dios, y no habrá infierno para nosotros: *Cesset propria voluntas, et infernus non erit.* (S. Bernard. Serm. 3. de Ressurr.)

2. Pero dirá alguno: ¿Como conocerémos nosotros cual es la voluntad de Dios? Este es un negocio muy dudoso y oscuro para nosotros. Muchos se engañan acerca de esto, porque la pasión les hace suponer muchas veces que hacen la voluntad de Dios; cuando en la realidad hacen la suya propia. Mas demos gracias á la bondad de Jesucristo que nos ha enseñado el modo seguro de hacer su divina voluntad en cuanto obremos, espresada en aquellas palabras: *Qui vos audit, me audit*: El que oye á su confesor, me oye á mí. Consulte el pecador á su confesor con propósito de no hacer sino lo que él le aconseje; porque este es el modo seguro de hacer la voluntad de Dios. Así se explica Sta. Teresa en su libro de las *Fundaciones* (cap. 10.) Y por eso confesaba la Santa despues, que por este medio, es decir, por la voz de su confesor, habia aprendido ella á conocer y amar á Dios. Por esto S. Francisco de Sales, hablando de la obediencia que se debe al confesor refiere lo que decia el venerable Avila: *En vano buscariais la voluntad de Dios, porque no la hallariais sino en la humilde obediencia debida al confesor, que tanto recomendaron y practicaron los antiguos cristianos, que fueron modelos de devoción.*

3. El que sigue los consejos del confesor, siempre da gusto á Dios, cuando ora, cuando se mortifica, cuando comulga, y cuando deja de hacer todo esto por obedecer al confesor. De este modo siempre merece, bien se recree, bien coma ó beba, obedeciendo al confesor; porque siempre hace la voluntad de Dios. Por esto dice la Escritura: *Melius est obedientia, quam stultorum victimæ.* (Eccl. 4. 17.) Gusta mas á Dios la obediencia que todos los otros sacrificios de penitencias, limosnas y otras mortificaciones semejantes. El que sacrifica á Dios sus vestidos dándolos de limosna, su honor sufriendo las injurias, su cuerpo mortificándole con ayunos y penitencias, le da parte de sí y de sus cosas; pero el que le sacrifica su voluntad, sometiénola á la obediencia del confesor, le da todo cuanto tiene; y entonces puede decir al Señor: Habiéndoos dado ya mi voluntad, no os puedo dar nada mas.

4. Por consiguiente, la obediencia que prestamos al confesor, es la cosa mas agradable que podemos ofrecer á Dios, y la mas segura para hacer su divina voluntad. Dice un piadoso escritor, que Dios no nos pide cuenta de lo que hacemos por obediencia. El apóstol S. Pablo dijo : *Obedite præpositis vestris, et subjacete eis; ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri*: Obedeced á vuestros superiores, y haced lo que os manden; porque ellos y no vosotros han de dar cuenta á Dios de la salud de vuestras almas. (*Hebr. 13, 17.*) ¿Quién ignora, pues, que el confesor es el custodio espiritual, el superior y el encargado de nuestra salvacion? ¿Cuanto gimen los confesores cuando los penitentes se resisten á obedecerles con pretextos y excusas injustas! Obedezcamos, pues, sin réplica á los pastores de nuestras almas, y estemos seguros de que será grato á Dios cuanto hagamos. S. Felipe Neri decia : *Los que desean aprovechar en el camino de la salvacion, sométanse á un confesor docto y obedézcanle como á Dios: el que así lo haga, se descarga de dar cuenta á Dios de sus acciones.* Por tanto si tú obedeces al confesor, Jesucristo te preguntará el dia del juicio : ¿Por qué elegiste aquel estado de vida? ¿Por qué comulgaste tan á menudo? ¿Por qué dejaste de hacer aquellas penitencias? Tú le responderás : Señor, porque me lo mandó el confesor; y entonces Jesucristo no podrá dejar de aprobar todo cuanto hiciste.

5. Refiere el P. Marchese (*Diar. Domin.*) que Sto. Domingo en cierta ocasion tuvo escrúpulo en obedecer á su confesor, y que el Señor le dijo : *Quid dubitas obedire tuo directori? Omnia quæ dicit, proderunt tibi.* S. Bernardo escribe, que para que no sea pecado lo que manda aquel que está en lugar de Dios, debe aceptarse enteramente como si lo mandase Dios mismo : *Quidquid vice Dei præcipit homo quod non sit tamen certum displicere Deo, haud secus omnino accipiendum est, quam si Deus præcipiat.* (*S. Bernard. de præcept. et discipl. cap. 11.*) Y Juan Gerson cuenta que teniendo escrúpulo de celebrar misa un discípulo de S. Bernardo, le mandó el Santo que fuese á celebrarla; el discípulo obedeció y quedó libre de los escrúpulos. Pero me dirá alguno : Mi confesor no es un S. Bernardo. A esta objecion responde el mismo Gerson con estas palabras : *Quisquis ista dicis, erras, non enim te commisisti in manibus hominis, quia litteratus est, sed quia tibi est præpositus, quamobrem obedias illi non ut homini sed ut Deo*: Yerras tú que me objetas esto; porque no te pusiste en manos de tu confesor por-

que sea literato, sino porque te lo mandó Dios; y así debes obedecerle, no como quien obedece á un hombre, sino como se obedece á Dios.

6. Escribe S. Gregorio, que justamente dice el Sabio en los Proverbios (21, 28.), que el obediente vence todas las tentaciones del infierno: *Vir obediens loquatur victoriam*. Porque así como él sujeta su voluntad á los hombres obedeciendo, así se hace superior á los demonios que fueron sepultados en el infierno por su desobediencia: *Victores, sunt qui obediunt, quia dum voluntatem aliis subjiciunt, ipsis lapsis per inobedientiam angelis dominantur*. (S. Greg. in lib. Reg. cap. 10.) Casiano dice tambien, que el que doma su propia voluntad, doma al mismo tiempo todos los vicios, porque todos ellos nacen de nuestra propia voluntad: *Mortificatione voluntatis marcescunt vitia universa*. Además, el que obedece á su confesor, triunfará de todos los lazos del demonio, el cual muchas veces pretestando nuestro bien, hace que nos espongamos á las ocasiones de pecar, ó que adoptemos ciertos proyectos que nos parecen santos y pueden ser muy funestos á nuestra salvacion. De este modo suele el enemigo de nuestras almas mover á ciertas personas devotas á que se entreguen á penitencias demasiado rígidas, para que perdiendo presto la salud, las abandonen inmediatamente, y vuelvan á la vida floja y ociosa. Esto es lo que suele suceder al que obra segun su capricho; pero el que se deja guiar por su confesor, no tiene que temer este peligro.

7. Tambien suele el demonio amedrentar á las almas escrupulosas con otro engaño, haciéndoles temer que pecarán si hacen lo que dice el confesor. Acerca de esto conviene despreciar estos vanos temores; porque todos los doctores y maestros espirituales enseñan, que cuando el confesor nos ha aconsejado alguna cosa, debemos vencer el escrúpulo y obedecerle: *Contra illos est agendum*, es la doctrina de Natal Alejandro, que con S. Antonino y Gerson reprende al penitente escrupuloso que no obedece por vanos temores, y le exhorta á vencer los escrúpulos con estas palabras: *Caveas ne dum quæris securitatem, præcipites te in foveam*: Guárdate, no caigas en la trampa que te prepara el demonio, mientras buscas seguridad. Para evitar esto aconsejan todos los maestros espirituales, que se obedezca al confesor, siempre que lo que aconseja no sea manifestamente malo. Y Dionisio Cartusiano dice, que en caso de duda, se debe obedecer al superior, por-

que aunque sea malo lo que mande, no peca sin embargo el súbdito que obedece: *In dubiis instandum est præcepto prælati, quia etsi contra Deum sit, attamen propter obedientiæ bonum non peccat subditus.* (In 2, dist. 39, qu. 3.) Escribe Gerson sobre esto (*Tract. de Consc. et Scrup.*) que una cosa es obrar contra la conciencia formada por deliberacion; y otra obrar contra el temor de pecar en alguna cosa dudosa: y dice, que debemos desechar este temor y obedecer al confesor: *Iste timor, quam fieri potest abjiciendus.* En suma, el que obedece al confesor, siempre está seguro de acertar. S. Francisco de Sales dice, como está escrito en su vida: *que jamás se ha perdido el que ha obedecido al confesor.* Y añade, que en el camino de la santificacion debemos contentarnos con saber, que obramos bien en la opinion de nuestro confesor, sin querer indagar mas.

PUNTO II.

En cuan gran peligro vive de condenarse el que no obedece al confesor.

8. Dice Jesucristo, que quien oye á los sacerdotes, le oye á él mismo; y el que los desprecia, á él desprecia: *Qui vos spernit, me spernit.* (Luc. 10, 16.) Lo mismo declaró Dios al profeta Samuel, que se quejaba de verse despreciado del pueblo, despues que Dios le habia encargado que lo gobernase. Pero Dios le dijo: *Non enim te abjecerunt, sed me, ne regnem super eos:* No te han desechado á tí, sino á mí, para que no reine sobre ellos. (1, Reg. 8, 7.) De lo que se infiere que el que desprecia al confesor, desprecia á Dios que le puso en su lugar.

9. S. Pablo dice: *Obedite præpositis vestris, et subiacete eis... ut cum gaudio hoc faciant, et non gementes; hoc enim non expedit vobis:* Obedeced á vuestros superiores y estad sujetos á ellos. (Heb. 13, 17.) Estas palabras manifiestan que debemos obedecer al confesor y hacer cuanto nos mandáre. Pero algunos penitentes entran en cuestiones con él para que hagan lo que á ellos les parece; pero esto es contra su propio bien, como dice el mismo S. Pablo: *Hoc non expedit vobis:* Porque cuando el confesor advierte que el penitente no le obedece, y que trabaja en vano para hacerte caminar por la senda de la virtud, no quiere dirigirle ya. ¡Pobre de aquella nave que se ve abandonada del piloto! ¡Infeliz el enfermo que se ve abandonado del médico! Porque, ¿qué es lo que hace éste cuando el

enfermo no quiere obedecerle ó tomar los remedios que le ordena y come todo lo que se le antoja? Le abandona y le deja hacer cuanto quiere. Pero en tal caso, ¿qué fin tendrá la salud del enfermo? Desgraciado el penitente que quiere dirigirse él mismo y no tiene quien le aconseje y dirija, porque vendrá á caer en el precipicio. Por eso dice el Eclesiástico: ¡Ay del que obra por sí solo, porque no tiene quien le ayude! *Væ soli, quia.... non habet sublevantem se. (Eccl. 4, 10.)*

10. El Espíritu Santo dice á los que vienen á este mundo: *In medio laqueorum ingredieris. (Eccl. 9, 20.)* Los mortales entramos en este mundo por entre medio de mil lazos, que son las tentaciones del demonio, las ocasiones de pecar, las malas compañías, y las pasiones que nos ciegan frecuentemente. ¿Quién se salvará en medio de tantos peligros? El Sabio dice que está seguro el que se libra de estos lazos: *Qui cavet laqueos, securus est. (Prov. 11, 15.)* Mas, ¿como los evitará? Si hubieseis de pasar de noche por un bosque lleno de precipicios, sin tener un guía que os dirigiera, y os advirtiere los pasos peligrosos que debiais evitar, sin duda estariais en gran peligro de perecer allí. Vosotros quereis guiarnos con vuestro propio juicio en el camino de la salvación, que es un bosque lleno de precipicios y dificultades. Guardaos, pues, como dice Dios, no sea que vuestras propias luces se ooviertan en tinieblas: *Vide ergo, ne lumen quod in te est, tenebræ sint. (Luci 11, 35.)* Aquella luz, aquel don de consejo que tú crees poseer, será tu ruina; porque quizá te conducirá á hundirte en algun precipicio.

11. Dios quiere que en el camino de la salvación nos sometamos todos á la voluntad de nuestros directores. Así lo hicieron los santos, por sabios que hayan sido: porque quiere el Señor que en las cosas espirituales nos humillemos todos y nos sujetemos á un director que nos guíe. Dice Gerson, que aquel que abandona al director que le guía, y quiere vivir y caminar á su antojo, no necesita que le tiende el demonio, porque él es su propio demonio: *Qui, spreto duce, sibi dux esse vult, non indiget demone tentante, quia factus est sibi ipsi dæmon. (Gers. cons. de lib. Reg.)* Y entonces viendo Dios que no quiere obedecer á su ministro, le abandona para que siga sus caprichos: *Et dimisi eos secundum desideria cordis eorum. (Psal. 80. 13.)*

12. Está escrito en el Libro de los Reyes: *Quasi peccatum ariolandi est, repugnare; et quasi scelus ululatricæ, nolle acquies-*

cere (1. Reg. 15. 23.); la repugnancia al confesor es una especie de magia, y la resistencia á sus consejos, un crimen semejante á la idolatría. S. Gregorio explicando este texto, dice que el pecado de la idolatría consiste en abandonar á Dios y adorar al ídolo. Esto mismo hace el penitente, cuando desobedece al confesor: por hacer su voluntad, deja de hacer la voluntad de Dios que le hablaba por medio de su ministro; adora al ídolo de su propia voluntad, y hace cuanto se le antoja. Por esto dice S. Juan de la Cruz (*Tratado de las espinas*, tomo 3. col. 4, §. 2, n. 8.) *que el no adherir á lo que dice el confesor, es orgullo y falta de fe*. Y en efecto, no es otra cosa que no dar crédito á Jesucristo que nos dice en el santo Evangelio: *El que á vosotros oye, á mí me oye: Qui vos audit, me audit*.

13. Si queremos pues salvarnos, amados oyentes míos, procuremos obedecer exactamente á nuestro confesor; para lo cual debemos elegir uno estable y no estar mudándole todos los días, como hacen muchos. Debe, además, ser un sacerdote instruido, con quien conviene hacer una confesion general, que es un medio seguro para enmendar enteramente nuestra vida, y no mudar de confesor sin poderosos motivos. Sta. Teresa de Jesus dice, que siempre que queria mudar de confesor, sentia en su interior una voz que le reprendia mas fuertemente que el mismo confesor.

SERMON XXVI.

PARA LA DOMINICA QUINTA DESPUES DE PASCUA.

CONDICIONES DE LA ORACION.

Petite et accipietis.

JOAN. 16, 24.

EN el sermón xxxix. demostraré la necesidad que tenemos de orar, y que la oracion es un medio muy eficaz para obtener todas las gracias que pueden ayudarnos á conseguir la salud eterna. S. Cipriano escribe, que la oracion es omnipotente, y que siendo una, todo lo alcanza: *Omnipotens est oratio, et una cum sit, omnia potest*. Dijo antes el Eclesiástico, que

ninguno ha invocado jamás la ayuda de Dios que no haya sido escuchado : *Quis invocavit eum, et desprexit illum?* (Eccl. 2, 12.) Y en efecto, no puede dejar de suceder; porque el Señor prometió oír á quien le invoca, cuando dijo : Pedid y recibireis : *Petite et accipietis*. Pero esto se entiende cuando nosotros le pedimos como se le debe pedir. Muchos piden, pero no alcanzan lo que suplican, porque no piden como deben pedir : *Petititis et non accipitis, eo quod male petatis*. (Jac. 4, 3.) Para obtener lo que deseamos debemos pedir

Con humildad. Punto 1.º

Con confianza. Punto 2.º

Con perseverancia. Punto 3.º

PUNTO I.

Se debe pedir con humildad.

1. Santiago dice, que Dios no escucha las súplicas de los soberbios : *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam*, (Jac. 4. 6.) Dios no puede sufrir á los soberbios, y por eso se resiste á escuchar sus súplicas y no las oye. Tengan presente esto aquellos hombres soberbios que confían en sus propias fuerzas, y se creen mejores que los otros; y sepan que sus oraciones no serán oídas del Señor.

2. Al contrario, el Señor oye las súplicas de los humildes : *Oratio humiliantis se, nubes penetrabit, et non discedet, donec Altissimus aspiciat*. (Eccl. 35, 21.) Y David escribió, que Dios atiende á la oracion de los humildes : *Respexit Deus in orationem humilium*. (Psal. 101, 18.) La oracion de aquel que se humilla, sube al cielo, y no vuelve sin que Dios la oiga y la atienda. *Humilias te, Deus venit ad te*, dice S. Agustin : *exaltas te, Deus fugit à te*. Cuando nos humillamos, Dios mismo viene á abrazarnos espontáneamente; pero si nos ensoberbecemos y engreimos de nuestra misma sabiduría y de nuestras acciones, Dios nos abandona á nosotros mismos y se aparta de nosotros.

3. Dios no sabe despreciar, ni aun á los pecadores que han sido los mas disolutos, cuando se arrepienten de corazon de sus pecados, y se humillan delante de Dios, confesando que son indignos de sus gracias : *Cor contritum et humiliatum, Deus non despicies*. (Psal. 50, 19.) Pasemos á tratar del punto segundo, sobre el cual tenemos mucho que decir.

PUNTO II.

Se debe pedir con confianza.

4. El Eclesiastés (2. 11.) dice : *Nullus speravit in Domino, et confusus est* : que ninguno que haya confiado en el Señor, ha sido confundido. ¡O como alientan á los pecadores estas palabras! Por muchas iniquidades que haya cometido, jamás ha habido uno que haya puesto su confianza en Dios que el Señor haya abandonado. El que le ruega con confianza, obtiene todo cuanto le pide : *Omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis.* (Marc. 11. 24.) Cuando las gracias que pedimos son espirituales y útiles al alma, estemos seguros de que las alcanzaremos. Por esto el Señor nos enseñó, que cuando le pidamos alguna gracia, le llamemos con el nombre de *Padre* ; *Pater noster* : para que recurramos á él con aquella confianza con que suele recurrir un hijo á un padre que le ama.

5. Si atendemos pues á la promesa que nos ha hecho Jesucristo de oír á quien le ruega, ¿quién puede rezelar, dice S. Agustín, que falte á su promesa la misma verdad? *Quis falli metuet, dum promittit veritas?* ¿Es por ventura Dios, dice la Escritura, semejante á los hombres, que prometen y no cumplen, ó porque mienten al prometer, ó porque mudan de parecer despues de haber prometido? *Non est Deus quasi homo, ut mentiatur, nec ut filius hominis ut mutetur; dixit ergo, et non facit?* (Num. 23, 19.) Nuestro Dios no puede mentir, porque es la misma verdad; no puede mudarse, porque es la justicia, la rectitud y sabe las consecuencias de cuanto dispone. ¿Como pues ha de dejar de cumplir lo que nos prometió?

6. Por lo mismo que desea tanto nuestro bien, nos exhorta y escita á que le pidamos las gracias que necesitamos. Por eso nos dice por S. Mateo (7. 7.) : *Pedid y se os dará; buscad y hallareis; llamad y se os abrirá* : *Petite et dabitur vobis: quærите et invenietis: pulsate et aperietur vobis.* ¿Y como nos habia de exhortar á que le pidamos gracias, dice S. Agustín, si no tuviese voluntad de dárnoslas? *Non nos hortaretur, ut peteremus, nisi dare vellet.* (De Verb. Dom. serm. 5.) Y debemos estar tanto mas confiados en que nos dará lo que le pedimos, en cuanto él mismo se obligó á oír nuestras súplicas : *Promittendo debitorem se fecit.* (S. Aug. ibid. serm. 2.)

7. Pero dirá alguno : Yo tengo poca confianza en Dios porque soy pecador : le he sido muy ingrato , y conozco que no merezco ser oído. Pero Sto. Tomás le dice , que nuestras súplicas no se apoyan en nuestros méritos , sino en la divina misericordia : *Oratio in impetrando non innititur nostris meritis, sed soli divinæ misericordiæ.* (S. Thom. 2, 2. qu. 178. a. 2, ad 1.) Siempre que le pedimos cosas útiles á nuestra eterna salvacion y le suplicamos con confianza, Dios nos escucha. He dicho *cosas útiles á la salvacion* , porque si fuesen cosas nocivas á nuestras almas, el Señor no nos oye ni puede oírnos. Por ejemplo, si alguno quisiese vengar una injuria , ó llevar á cabo una ofensa de Dios y le pidiese su auxilio con este fin, seguramente el Señor no le oiría , porque en tal caso , dice San Juan Crisóstomo, es una ofensa de Dios la misma súplica ; y nunca debemos pedir á Dios cosas malas ó injustas : *Qui orat et peccat, non rogat Deum, sed eludit.* (S. Joan. Chrys. Hom. 11. in Matth. 6.)

8. Del mismo modo , si implorais el auxilio divino y quereis que el Señor os ayude , es preciso que vosotros no pongais ningun impedimento que os haga indignos de ser oídos. Por ejemplo , si pidierais á Dios que os dé fuerzas para no reincidir en el pecado y no quisieseis evitar las ocasiones de pecar , ni absteneros de ir á aquella casa , ni alejaros de aquel objeto , ó de aquella mala compañía , Dios no os escuchará ; porque poneis un impedimento para que Dios oiga vuestra súplica : *Opposuisti nubem tibi ne transeat oratio.* (Thren. 3, 44.) Si despues pecais , no debeis quejaros de Dios , diciendo : He suplicado al Señor para que me diera fuerzas para no recaer en el pecado , pero no me ha oído. Porque esto seria no ver que vosotros pusisteis impedimento , no quitando la ocasion, inutilizando de este modo vuestra súplica y haciendo que Dios no la oyera.

9. Es preciso tambien advertir , que la promesa que hizo Jesucristo de oír al que le suplica , no se entiende respecto de las gracias temporales que le pedimos, como ganar un pleito, tener una buena cosecha, librarnos de alguna enfermedad ó persecucion ; porque aunque Dios concede tambien estas gracias cuando se las pedimos, esto solamente lo concede cuando es útil á nuestra salud espiritual , pues de otro modo nos lo niega porque nos ama , viendo que tales gracias serian desgracias para nosotros y dañarian á nuestra alma. Dice S. Agustín (tom. 3. cap. 212.) que lo que es útil al enfermo lo conoce

mejor el médico, que el enfermo mismo : *Quid infirmo sit utile, magis novit medicus, quam ægrotus*. Añade, que Dios niega á algunos por misericordia, lo que concede á otros por castigo : *Deus negat propitius, quæ concedit iratus*. Por esto S. Juan Damasceno dice, que cuando no conseguimos las gracias que pedimos, debemos alegrarnos porque es mejor para nosotros que tales gracias nos sean negadas, que concedidas : *Etiam si non accipias, non accipiendo accepisti, interdum enim non accipere, quam accipere satius est*. (S. Joan. Damasc. Paral. lib. 3, cap. 15.) Sucede en efecto que muchas veces pedimos el veneno que nos ha de matar. ¡ Cuantos por ejemplo se hubiesen salvado, si hubieran muerto durante el estado de aquella enfermedad ó pobreza que sufrían ! Pero porque recobraron la salud, ó porque consiguieron grandes honores y dignidades, se aumentó su soberbia, se olvidaron de Dios y se condenaron. Por este motivo nos exhorta San Juan Crisóstomo á dejar á la voluntad de Dios que nos conceda lo que le pedimos, si es que nos conviene : *Orantes in ejus potestate ponamus, ut nos illud, petentes exaudiat, quod ipse nobis expedire cognoscit*. (Hom. 15, in Matth.) Debemos por tanto pedir á Dios las gracias temporales siempre con la condicion de que sean útiles á nuestra alma.

10. Al contrario, las gracias espirituales, como son el perdón de los pecados, la perseverancia en la virtud, el amor de Dios, debemos pedir las absolutamente y sin condicion, con firme esperanza de obtenerlas : *Si vos cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris, quanto magis Pater vester de celo dabit spiritum bonum petentibus se?* Dice Jesucristo por S. Lucas (11. 13.) que si los hombres, siendo malos, saben lo que deben conceder á sus hijos que no les sea perjudicial, mucho mejor sabrá el Padre celestial dar la virtud, el arrepentimiento de las culpas, el divino amor, la conformidad con la divina voluntad á los que le piden estas cosas. ¡ Y como podrá Dios, dice S. Bernardo, negar á los que le piden las gracias convenientes á su salvacion, cuando él mismo nos exhorta á todos á que le pidamos ? *Quando Deus negabit, petentibus, qui etiam non petentes hortatur ut petant*. (S. Bern. serm. 2, de S. Andr.)

11. Cuando al Señor se le pide, no atiende á si es justo ó pecador el que le suplica ; porque él mismo dijo generalmente respecto de todos : *Omnis enim, qui petit, accipit*. (Luc. 11, 10.) El autor de la Obra imperfecta interpreta estas palabras y dice : *Omnis, quiere decir todo hombre, sea justo ó pecador*. (Hom.

18.) Y Jesucristo para animarnos á pedir con gran confianza estas gracias espirituales, nos dijo : En verdad os digo , que mi Padre os concederá cuanto le pidiereis en mi nombre : *Amen, amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.* (Joan. 16, 23.) Como si dijera : Pecadores , si vosotros no mereceis obtener las gracias , yo tengo grandes méritos ante mi Padre ; pedid en mi nombre , es decir por mis méritos , y os prometo , que obtendreis cuanto pidais.

PUNTO III.

Se debe pedir con perseverancia.

12. Sobre todo debemos pedir con grande perseverancia hasta la muerte, sin cansarnos jamás de hacerlo. Esto nos dan á entender aquellos textos de la santa Escritura : *Oportet semper orare.* (Luc. 18, 1.) *Vigilate itaque semper orantes.* (Luc. 21, 36.) *Sine intermissione orate.* (1. Thess. 5, 17.) Conviene que oreis siempre. Velad siempre orando. Orad sin interrupcion. Por esto el Eclesiástico nos amonesta diciendo : *Non impediaris orare semper.* (Eccl. 18, 22.) Que no solamente debemos orar continuamente ; sino tambien procurar siempre quitar los impedimentos que nos estorban la oracion ; porque dejando de orar , nos privaremos de los auxilios divinos , y quedaremos vencidos por las tentaciones. La perseverancia en la gracia de Dios , es un don absolutamente gratuito que no podemos merecer nosotros , como declaró el concilio de Trento (sess. 6. cap. 13.) ; pero S. Agustin dice : que este don puede merecerse suplicando , ó por medio de la oracion : *Hoc Dei donum suppliciter emereri potest, idest supplicando impetrare.* (S. Aug. de Dono persev. cap. 6.) Y por esto dice el cardenal Belarmino , que la gracia de la perseverancia debe pedirse todos los dias , para obtenerla todos los dias : *Quotidie petenda est, ut quotidie obtineatur.* De otro modo , caeremos en pecado el dia que dejemos de pedirla al Señor.

13. Si queremos pues perseverar y salvarnos , porque sin la perseverancia ninguno se salva , debemos pedir continuamente. Nuestra perseverancia hasta la muerte , no solamente depende de un auxilio , sino de muchos , los cuales esperamos alcanzar de Dios durante toda nuestra vida , para conservarnos en su santa gracia. Pues á esta cadena de los auxilios divinos , debe corresponder la cadena de nuestras súplicas , sin

la cual el Señor no suele dispensar las gracias. Y si nosotros rompemos la cadena de las súplicas, y dejamos de pedir, el Señor interrumpirá también la cadena de los auxilios, y perderemos la perseverancia. Dice S. Lucas (*cap. 11. v. 5.*): Si un amigo va á vuestra casa de noche, y os dice: Prestadme tres panes, porque han llegado á mi casa muchos huéspedes, y no tengo que darles á comer: seguramente le respondereis: *Ahora estoy en la cama, la puerta está cerrada, no puedo levantarme.* Pero si él insiste en llamar á la puerta y no quiere irse; al fin, ya que no por su amistad, al menos porque no os importune mas, os levantareis y le dareis los tres panes que necesita: *Etsi non dabit illi surgens, eo quod amicus ejus sit, propter improbitatem tamen ejus surget, et dabit illi quotquot habet necessarios.* (*Luc. 11. 8.*) Pues si al amigo le dais los panes porque no os moleste, ¿cuanto mejor, dice S. Agustín, nos dará Dios lo que le pedimos con instancia cuando nos exhorta á que le pidamos, y se disgusta si no le pedimos?

14. Los hombres se incomodan cuando se les importuna pidiéndoles alguna cosa; pero Dios nos exhorta á que le pidamos repetidamente y no se incomoda, antes se complace de ver que le pedimos incesantemente. Escribe Cornelio á Lápide (*in Luc. 11.*) que el Señor quiere que perseveremos, pidiéndole hasta serle importunos: *Vult nos esse perseverantes in oratione, usque ad importunitatem.* Y antes que él dijo S. Jerónimo, que esta importunidad con Dios es oportuna, porque él mismo nos dijo por S. Lucas (*11, 9.*): *Pedid y recibireis; buscad y hallareis; llamad y se os abrirá.* Bastaba que nos hubiese dicho, *petite, pedid*; pero quiso añadir, *querite, pulsate*; *buscad, llamad*: porque con esto quiso darnos á entender lo que debemos hacer siempre al pedirle alguna gracia, es decir, lo mismo que hacen los pobres mendicantes cuando piden limosna; que aunque se les despidan, no dejan por eso de pedir y de insistir hasta que se les da.

15. Si queremos pues que Dios nos conceda la perseverancia, debemos pedirselas hasta serle importunos: al levantarnos por la mañana, cuando oramos, cuando oímos misa, cuando visitamos el santísimo Sacramento, cuando nos vamos á dormir, y especialmente cuando nos induce el demonio á cometer algun pecado; de modo que debemos estar siempre con la boca abierta, suplicando y diciéndole: Señor, ayúdame, asistidme, iluminadme, dadme fuerza, no me abandonéis. Y esta importunidad con que le suplicamos, no le inco-

moda , como dice Tertuliano : *Hæc vis grata Deo* , sino que le es muy agradable , y le nueve á concedernos cuanto le suplicamos. Y por lo mismo que se complace mucho de ver honrada á su divina Madre , quiere , como dice S. Bernardo , que recibamos por intercesion de ella todas las gracias que nos dispensa. Por eso dice el mismo Santo : *Queramus gratiam, et per Mariam queramus ; quia Mater est , et frustrari non potest* : Pidámosle la gracia por medio de María ; porque es su madre y no puede negarle cosa alguna. (S. Bern. de Aquæd.) Ea , pues , amados oyénte misos , si quereis que Dios os conceda la perseverancia en la virtud , y la gracia divina que necesitais para salvaros , pedidla con confianza á Dios incesantemente cuando os levantaiis , cuando comeis , cuando os acostais , de noche , de dia , y especialmente cuando os veais tentados por el enemigo de vuestras almas ; y poned por mediadora á la Virgen María su purísima Madre , que es el cariño de su Hijo , el consuelo de los pecadores , el auxilio de los afligidos y la fuente de toda gracia.

SERMON XXVII.

PARA LA DOMINICA SEXTA DESPUES DE PASCUA
Ó INFRAOCTAVA DE LA ASCENSION.

DEL RESPETO HUMANO.

Omnia qui interficit vos , arbitretur obsequium se præstare Deo.

JOAN. 16. 2.

EL santo Evangelio de hoy nos dice , que exhortando nuestro divino Salvador á sus discípulos á que le fuesen fieles , durante las persecuciones que habian de sufrir , les dijo : *Sed venit hora , ut omnia qui interficit vos , arbitretur obsequium se præstare Deo* : Vecino está el tiempo en que creará hacer un servicio á Dios cualquiera que os quite la vida. Y en efecto , los enenigos de la fe creian prestar un grande obsequio á Dios , matando á los cristianos. Esto es lo que hacen tambien hoy dia muchos que se llaman cristianos , que matan sus almas , perdiendo la gracia de Dios por el respeto humano de complacer de este modo á los amigos del mundo. ¡A cuantos

infelices ha enviado al infierno de este modo el respeto humano, que es el grande enemigo de nuestra salvacion! De él quiero hablaros en el presente sermón, amados oyentes míos, para que os guardéis de él todo lo que podáis, si quereis servir á Dios y salvaros. Con este objeto os voy á hablar,

En el punto 1.º De lo mucho que os importa despreciar los respetos humanos.

En el 2.º De lo que debeis practicar para haceros superiores á ellos.

PUNTO I.

De lo mucho que os importa despreciar los respetos humanos.

1. ¡Cuanto daño causan al mundo los escándalos! *Vos mundo à scandalis.* (*Matth.* 18. 7.) Dice Jesucristo que por los escándalos de los malvados se van al infierno muchas almas. Pero ¿como es posible vivir en el mundo y evitar los escándalos? En efecto no es posible: y por esto dice S. Pablo, que para vivir sin escándalos, era preciso salir de este mundo: *Alioquin debueratis de hoc mundo exisse.* (*1. Cor.* 5, 10.) Pero es posible que evitemos la familiaridad con los escandalosos, por lo cual añade el Apóstol: *Nunc autem scripsi vobis, non commisceri.... cum ejusmodi, nec cibum sumero.* (*Ibid.* v. 11.) Debemos, pues, guardarnos de tener amistad con los hombres escandalosos, porque, si vivimos en relaciones de amistad con ellos, no nos atreveremos despues á oponernos á sus malas costumbres y á sus depravados consejos. Y de este modo, por los respetos humanos, por no contradecirles, imitarémos sus malos ejemplos, y perderémos la gracia, y por consiguiente la amistad de Dios.

2. Estos amadores del mundo no solamente se glorian de su iniquidad; *exultant in rebus pessimis*, como dice el Sabio (*Prov.* 2, 14.); sino, lo que es todavía peor, quieren tener compañeros, y se burlan de todos aquellos que viven como verdaderos cristianos, alejándose de los peligros de ofender á Dios. Este es un pecado que desagrada mucho al Señor, y lo prohíbe Dios de un modo especial: *Ne despicias hominem avertentem se à peccato, neque impropere ei.* (*Eccl.* 8. 6.) No desprecies al hombre que se aleja del pecado; ni le reprendas por eso ó te burles de él para arrastrarle á que imite tu vida desordenada: porque Dios dice á los que se burlan y hacen befa de los hombres de bien: que están preparados los castigos y

los martillos que les han de atormentar en esta y en la otra vida : *Parata sunt derisoribus judicia , et mallei percutientes stultorum corporibus.* (Prov. 19 , 29.) Ellos se burlan de los siervos de Dios , y Dios se burlará de ellos por toda la eternidad en el infierno : *Illos autem Dominus irridebit ; et erunt post hæc decidantes sine honore , et in contumelia inter mortuos in perpetuum.* (Sap. 4, 18 et 19.) Ellos tratan de avergonzar á los santos ante los hombres mundanos ; y Dios les hará morir avergonzados , y despues los enviará á vivir entre los condenados , cercados de eterna ignominia y de tormentos interminables .

3. Y en verdad , es una maldad muy enorme la de aquellos que no se contentan solamente con ofender á Dios , sino que quieren tambien que le ofendan los demás . Frecuentemente consiguen sus malvados designios , porque hallan gran número de almas flojas y débiles , que abandonan el bien y eligen el mal , por no ser objeto de burla á los malvados . De esto se lamentaba S. Agustin , despues que se convirtió á Dios ; y confesaba que mientras vivia en medio de estos ministros de Lucifer , se avergonzaba de no parecer tan malvado como ellos : *Pudebat me esse pudentem.* ¡ Oh cuantos por no oír , decir : *Mira ese santo , dadme una reliquia de sus vestides , y otras cosas semejantes ;* cuantos , repito , porque no se burlen de ellos sus malos amigos , imitan sus vicios y desórdenes ! ¡ Cuantos tambien , si reciben alguna afrenta , determinan vengarse , no tanto por la pasion de la ira , cuanto por los respetos humanos , es decir , porque no los tengan por hombres de poco espíritu ! ¡ Cuantos despues que se les escapó de la boca alguna máxima escandalosa , no se desdicen como debian , por no perder el concepto que tenían entre los demás ! ¡ Cuantos por miedo de perder el favor de algun amigo , venden el alma al demonio , como hizo Pilato , que condenó á muerte á Jesucristo por miedo de perder la amistad del César !

4. Sabed pues , hermanos míos , que si queremos salvarnos , debemos despreciar los respetos humanos , y la vergüenza que pueden acarrearlos las burlas que hagan de nosotros los enemigos de la cruz de Jesucristo : porque , como dice el Eclesiastés (41 , 24.) , hay una confusion que nos conduce al pecado , y otra que nos conduce á la gloria : *Est enim confusio adducens peccatum , et est confusio adducens gloriam et gratiam.* Si no queremos sufrir con paciencia esta última , nos conducirá al abismo del pecado ; pero si la sufrimos por Dios , mereceremos por ella su divino amor , y despues una gloria eterna

en el paraíso. S. Gregorio escribe (*Hom. 10 in Ezech.*) : *Sicut viréundia laudabilis in malo , ita reprehensibilis in bono.*

5. Pero, me direis, yo arreglo mis acciones y quiero salvar mi alma ; ¿porqué han de perseguirme? Mas yo os respondo, que no hay remedio, y que es imposible que deje de ser perseguido el que sirve á Dios. Porque, como dijo Salomon en los Proverbios (29, 27.) : *Abominantur impii eos , qui in recta sunt via.* Los impíos abominan á los que andan por el camino de la salvacion. Los que llevan una vida licenciosa aborrecen á los que viven bien ; porque la vida de estos, es una reprension viva de la mala vida de aquellos. Por eso nos dice Salomon en el Libro de la Sabiduría (2, 12.), que dijeron los impíos : Acosemos al hombre justo, porque nos es perjudicial y contradice nuestras obras, echándonos en cara que quebrantamos la ley de Dios : *Circumveniamus ergo justum , quoniam inutilis est nobis , et contrarius est operibus nostris , et impropert nobis peccata legis.* El soberbio que quiere vengarse del menor ultraje que recibe, desea que todos se venguen de las afrentas que les hacen. El avaro que aumenta el dinero á costa de injusticias, quisiera que todos hicieran lo mismo. El bebedor quisiera que todos se embriagáran como él. El lujurioso que se jacta de sus obscenidades, y cuyas palabras respiran inmundicia, quisiera que todos obrasen y hablasen como él. Todos estos hombres desordenados tienen al que no obra como ellos por hombre insociable, bajo y rústico, sin honor y sin crédito : *Ipsi de mundo sunt , ideo de mundo loquuntur* : Los hombres del mundo no saben hablar sino el lenguaje del mundo. (1. Joan. 4. 5.) Son unos pobres ciegos, obcecados por el pecado y el mal hábito que les hacen hablar el lenguaje de los demonios : *Hæc cogitaverunt et erraverunt , excæcavit enim illos malitia eorum.* (*Sap. 2, 21.*)

6. Por eso repito que no hay remedio, y que los que en este mundo quieren vivir unidos á Jesucristo, tienen que sufrir las persecuciones del mundo, como dice S. Pablo : *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu , persecutionem patientur.* (2. Tim. 3, 12.) Todos los santos fueron perseguidos. Pero dirá alguno : Yo no hago mal á nadie ; ¿porqué no han de dejarme en paz? Y á quien hacian mal los santos, te digo yo, especialmente los mártires? Estaban llenos de caridad, amaban á todos los hombres, y á todos procuraban hacer bien; pues á pesar de esto, ya sabeis como los trató el mundo: los destruyó con uñas de hierro, los maltrató con hierros candentes.

tes, y finalmente les hizo perecer en los tormentos. Y Jesucristo que fué el Santo de los santos, ¿á quien hizo mal? Á todos los consolaba, á todos los sanaba, resucitaba á los muertos, y nos redimió á todos á costa de su sangre y de su vida: *Virtus de illo exibat et sanabat omnes.* (Luc. 6, 9.) Y á pesar de esto, el mundo le maltrató, le calumnió, le persiguió hasta hacerle morir entre agonías en el patíbulo mas infame é ignominioso, que era el de la cruz, propio solamente de esclavos y de los hombres mas facinerosos.

7. Esto sucede, porque las máximas del mundo son enteramente contrarias á las de Jesucristo. Lo que el mundo aprecia, es para Jesucristo una necedad, segun las palabras de san Pablo (1. Cor. 3. 19.): *Sapientia enim hujus mundi, stultitia est apud Deum.* Y al contrario, el mundo llama necedad á lo que Jesucristo cree digno de aprecio, á saber, los trabajos, las enfermedades, los desprecios y la ignominia: *Verbum enim crucis pereuntibus quidem stultitia est.* (1. Cor. 1, 18.) ¿Como es posible, dice S. Cipriano, que pueda tenerse por cristiano el que teme ser tenido por tal? *Christianum se putat, si christianum esse veretur?* (S. Cypr. serm. 5. de Lapsis.) Si nos llamamos cristianos, manifestemos que lo somos en el nombre y en los hechos. Porque si nosotros nos avergonzamos de Jesucristo, él mismo nos dice que se avergonzará tambien de nosotros, y que no podrá tenernos á su diestra el dia del juicio universal: *Qui me erubuerit, et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet, cum venerit in majestate sua.* (Luc. 9, 26.) Entonces dirá: Porque te avergonzaste tú de mí en el mundo, yo me avergüenzo ahora de verte en mi compañía en el paraíso: vete de aquí, maldito, vete al infierno á juntarte con tus compañeros que se avergonzaron de seguir mi doctrina. Dice S. Agustín, que algunos se avergüenzan de negar á Jesucristo, y despues no se avergüenzan de negar sus máximas y doctrina: *Erubescunt negare Christum, et non erubescunt negare verba Christi.* (S. Aug. serm. 48.) Mas si yo digo que no puedo hacer tal cosa en conciencia, segun el Evangelio, será la burla de los amigos. Así pues, replica S. Juan Crisóstomo, tú que no quieres tolerar las burlas de tus amigos, ¿nada te importa ser odiado de Dios? *Non vis à conservo derideri, sed odio haberi à Deo tuo?* (Hom. 91, in Act. 19.)

8. El apóstol S. Pablo, que se gloriaba de ser secuaz de Jesucristo, decia: *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo:* Así como yo estoy crucificado para el mundo, es decir, soy objeto

de escárnio y de odio; así el mundo es para mí objeto de desprecio y de abominación. (*Gal. 6, 14.*) Conviene entender esta verdad, la cual significa, que ó nosotros hemos de despreciar al mundo, ó este ha de despreciar y envilecer nuestras almas. Pero en suma, ¿qué cosa es el mundo y todos los bienes que nos ofrece? Todos los bienes del mundo, como dice S. Juan, no son otra cosa que concupiscencia y vanos deseos: *Omne quod in mundo est, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum et superbia vitæ.* (1. Joun. 2, 16.) ¿Qué son los ricos vestidos sino lodo? ¿Qué son los honores sino humo? ¿Qué los deleites carnales sino inmundicia? Y después de esta vida, ¿de qué nos servirán todas estas cosas, si nos condenamos? Bien claramente nos lo dice S. Mateo, cuando nos dirige esta pregunta: ¿De qué aprovecha al hombre juntar todas las riquezas del mundo, si pierde su alma? *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* (*Matth. 16, 26.*)

9. El que ama á Dios y quiere salvarse, debe despreciar al mundo y todos los respetos humanos; y es preciso que cada uno se esfuerce cuanto pueda para conseguir este objeto. Mucho debió violentarse Sta. María Magdalena para vencer estos respetos humanos, á saber, las murmuraciones y las burlas del mundo, cuando se arrojó á los pies de Jesucristo en un convite y en presencia de tanta gente, y le lavó los pies con sus lágrimas, y se los enjugó con sus cabellos. Pero de este modo se hizo santa, y mereció que Jesucristo le perdonase sus pecados y alabase además el grande amor que le tenía: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.* (*Luc. 7, 47.*) S. Francisco de Borja llevaba un día debajo de la capa una olla de comida para los pobres encarcelados: en el camino se encontró con su hijo, que caminaba montado á caballo pomposamente en compañía de otros. El Santo tuvo cierta vergüenza de que le viesen lo que llevaba oculto: pero ¿qué os parece que hizo para vencer este respeto humano? Tomó la olla y se la puso sobre la cabeza para que todos la vieran, burlándose del mundo de este modo. Jesucristo nuestro Maestro y Redentor, cuando estaba en la cruz era burlado por los soldados, que le decían: *Si Filius Dei es, desconde de cruce:* Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. (*Matth. 27, 40.*) Se le burlaban también los sacerdotes, que decían entre sí: Ha resucitado á otros, y no puede librarse de la muerte á sí mismo: *Alios salvos fecit, se ipsum non potest salvum facere.* (*Matth. 27, 42.*)

Pero á pesar de estas burlas , y de que podia haberlos confundido , haciendo un milagro , quiso terminar su vida en la cruz , enseñándonos á vencer los respetos del mundo.

10. Escribe S. Jerónimo en la *Epist. ad Asellam* : *Gratias ago Deo meo , quod dignus sum , quem mundus oderit* : Doy gracias á mi Dios , porque soy digno de que me aborrezca el mundo. Y Jesucristo dijo á sus discípulos , que serian dichosos cuando fuesen aborrecidos de los hombres : *Beati eritis , cum vos oderint homines.* (*Luc. 6 , 22.*) Cristianos míos , consuélenos ; porque si los hombres del mundo nos maldicen y vituperan , entonces es cuando nos alaba y bendice Dios ; *Maledicent illi , et tu benedices.* (*Psal. 108. 28.*) ¿ No os basta acaso ser alabados de Dios , de la Reina del cielo , de todos los ángeles , de todos los santos y de todos los justos ? Y si esto nos basta , dejemos que digan lo que quieran los mundanos , y sigamos dando gusto á Dios , el cual nos premiará tanto mas en la otra vida , cuanto mas nos háyamos violentado para despreciar las burlas y contradicciones de los hombres. Cada cual debe portarse , como si en el mundo no hubiese mas espectadores que él y Dios. Cuando se burlan de nosotros los malvados , encomendemos á Dios á estos pobres ciegos que andan perdidos miserablemente , y demos gracias al Señor que nos da aquella luz que niega á estos infelices , para que sigamos por el camino de la salvacion.

PUNTO II.

Como nos hemos de hacer superiores á los respetos humanos.

11. Para vencer estos respetos es necesario que tengamos fija en nuestro corazon la santa resolucion de preferir la gracia de Dios á todos los bienes y favores del mundo y que digamos con el apóstol S. Pablo : *Neque mors , neque vita , neque Angeli , neque principatus..... neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei* : Ni la muerte , ni la vida , ni los ángeles , ni los principados..... ni ninguna otra criatura podrá separarnos de la caridad de Dios. (*Rom. 8 , 38 et 39.*) Jesucristo nos exhorta á que no temamos á los que pueden quitarnos la vida temporal , sino solamente á aquel que puede enviar al infierno el alma y el cuerpo : *Et nolite timere eos , qui occidunt corpus... sed potius timeate eum , qui potest , et corpus et animam perdere in gehennam.* (*Matth. 10 , 28.*) O querremos , oyentes

miros; seguir á Dios; ó al mundo; si queremos seguir á Dios, es preciso que abandonemos el mundo y sus vanidades: que es lo que decia Elias al pueblo por estas palabras: ¿Hasta cuando habeis de estar indecisos entre dos partidos? Si el Señor es Dios, seguid al Señor; pero si lo es Baal, seguidle á él: *Si Dominus est Deus, sequimini eum; si autem Baal sequimini illum.* (5. Reg. 18, 21.) Es imposible servir á Dios y al demonio; porque, como dijo Jesucristo, ninguno puede servir á dos señores; que es lo que decia el apóstol san Pablo á los Gálatas por estas palabras: *Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem.* Si siguiera todavia dando gusto á los hombres, no seria siervo de Jesucristo. (Gal. 1, 10.)

12. Los verdaderos siervos de Jesucristo reciben gran placer cuando se ven despreciados y maltratados por el amor que le tienen. Por eso los santos Apóstoles salian alegres del conciliábulo, porque fueron reputados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesus: *Ibant gaudentes á conspectu concilii quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliám pati.* (Act. 5, 41.) Bien podia Moisés haberse libertado de la ira de Faraon, dejando correr la fama esparcida de que él era hijo de la hija del rey; pero nególo públicamente, y prefirió ser perseguido en compañía de los otros hebreos, teniendo por mayor bien sufrir el oprobio por Jesucristo, como dice S. Pablo, que poseer todas las riquezas del mundo: *Magis eligens affligi cum populo Dei.... majores divitias aestimans thesauro Ægyptiorum improprium Christi.* (Hebr. 11, 25 et 26.)

13. Algunas veces se nos presentan los amigos de nombre y nos dicen: ¿Que extravagancias son esas tan ridículas? ¿Porqué no haces tú lo mismo que los demás? Entonces debéis responderles: No todos hacen lo que la multitud; algunos hay que llevan una vida santa. Pero esos son pocos, os dirán. Y entonces debéis replicarles: Yo quiero seguir á esos pocos, porque dice el santo Evangello, que muchos son los llamados, pero pocos los escogidos: *Multi enim sunt vocati, pauci vero electi.* (Matth. 20, 16.) S. Juan Climaco dice que el que quisiere salvarse con los pocos, que viva como ellos. Tambien te dirán tus falsos amigos: ¿No ves que todos te murmuran y hablan mal de ti? Entonces les responderás: Me contento con que Dios no hable mal de mí. Decidme ¿qué vale mas, obedecer á Dios ó á los hombres? Así respondieron á los sacerdotes judíos, S. Pedro y S. Juan: *Si iustum est in conspectu Dei, vos potius pudire, quam Deum; iudicate:* Si es cosa jus-

ta que en la presencia de Dios os oigamos antes á vosotros que á Dios, juzgado vosotros mismos. (*Actor. 4, 19.*) Así es como se debe responder á estos satélites del demonio, despreciando todas sus máximas é improperios. Y cuando es necesario reprender á los que desprecian á Dios, conviene tener valor y corregirlos en público, como dice el Apóstol: *Pecantes coram omnibus argue.* (1. *Tim. 5, 20.*) Porque cuando se trata del honor de Dios, no debe imponernos la calidad y rango del que peca, sino que debemos decirle con valor: *Eso es pecado y no puede hacerse*; como hizo antiguamente S. Juan Bautista, cuando dijo al rey Herodes que tenia trato ilícito con la mujer de su hermano: *Non licet tibi habere eam.* (*Matth. 14. 4.*) Yo ya sé que los hombres tendrán por necios á los que respondan así, y harán burla de ellos; pero también sé que el día del juicio confesarán que ellos fueron los verdaderos necios, como dice el Libro de la Sabiduría: Estos son aquellos de quienes nos burlamos en otro tiempo... Nosotros insensatos creíamos que su vida era una locura y que terminaria su vida sin honor; pero mira como ahora son contados entre los hijos de Dios y les ha cabido la suerte de los santos: *Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum... Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam, et finem illorum sine honore; ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* (*Sap. 5, 3 ad 5.*)

SERMON XXVIII.

PARA LA DOMINICA DE PENTECOSTES.

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS.

Sicut mandatum dedit mihi Pater,
sic facio.

JOAN. 14. 31.

Dios nos envió á Jesucristo, no solamente como Salvador, sino tambien como nuestro maestro; y por consiguiente vino principalmente al mundo para enseñarnos con sus palabras y con su ejemplo el modo con que debemos amar á Dios nuestro sumo bien. Por está dijo un día á sus discípulos, co-

mo se lee en el presente Evangelio : *Ut cognoscat mundus , quia diligo Patrem , et sicut mandatum dedit mihi Pater , sic facio.* Para hacer conocer al mundo , dice Jesucristo , el amor que tengo á mi Padre eterno , quiero hacer cuanto me manda. Y en otro lugar : *Descendi de celo non ut faciam voluntatem meam , sed voluntatem ejus , qui misit me :* No he bajado del cielo para hacer mi voluntad , sino la voluntad de aquel que me envió. (*Joan. 6 , 39.*) Si amais pues , almas devotas , á Dios nuestro Señor y quereis santificaros , debeis hacer su santa voluntad. Escribiendo S. Pablo á los Romanos dice , que el Espíritu Santo difunde en nuestros corazones el amor de Dios : *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum , qui datus nobis.* (*Rom. 5 , 5.*) Si queremos pues el tesoro del amor divino , debemos suplicar incesantemente al Espíritu Santo que nos haga conocer la voluntad divina , y pedirle siempre la luz necesaria para conocerla y ejecutarla. Digo esto , porque hay muchos que quieren amar á Dios y no quieren después seguir su voluntad divina , sino la suya propia. Por esto quiero demostraros hoy :

Punto 1.º Que toda nuestra santificacion consiste en conformarnos con la voluntad de Dios.

Punto 2.º En que cosas y como debemos conformarnos con ella prácticamente.

PUNTO I.

Toda nuestra santificacion consiste en conformarnos con la voluntad de Dios.

1. Es cosa cierta que nuestra salud consiste en amar á Dios ; porque el alma que no le ama , no vive , sino que está muerta , como nos dice el evangelista S. Juan : *Qui non diligit manet in morte.* (1. *Joan. 3 , 14.*) La perfeccion , pues , del amor , consiste en conformar nuestra voluntad con la de Dios : *Et vita in voluntate ejus.* (*Psal. 29 , 6.*) Por eso dice S. Pablo en su epistola á los Colosenses (3 , 14.) : Tened amor que es el vínculo de la perfeccion : *Charitatem habete , quod est vinculum perfectionis.* S. Dionisio Areopagita dice , que el efecto principal del amor es , querer el que ama lo que quiere la persona amada ; de modo , que no tengan ambas personas , sino un solo corazon y una sola voluntad. En tanto , pues , son gratas á Dios nuestras obras , las comuniones , las oracio-

nes, las penitencias y las limosnas, en cuanto son conformes á la divina voluntad; porque si fuesen contrarias á ella, ya no serian virtuosas, sino defectuosas y dignas de castigo.

2. Estando predicando Jesucristo un dia en una casa, le dijeron, que sus hermanos y su madre le esperaban fuera; y él les respondió: *Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in caelis est, ipse meus frater et soror et mater est*: El que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, aquel es mi hermano, mi hermana y mi madre. (*Matth 12, 50.*) Con estas palabras quiso manifestarnos, que tenia por parientes y amigos solamente á aquellos que hacian la voluntad de Dios.

3. Los santos en el cielo aman perfectamente á Dios. Pero pregunto, ¿en qué consiste la perfeccion de su amor? En conformarse enteramente con la voluntad divina. Por esto Jesucristo nos enseñó á pedir la gracia de hacer su voluntad en este mundo, como la hacen los bienaventurados en el cielo: *Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.* (*Matth. 6, 10.*) Y Sta. Teresa decia por la misma razon: *Todo lo que debe procurar el que se ejercita en la oracion, es conformarse con la divina voluntad*; y añade despues: *En esto consiste la mayor perfeccion: el que la practique mejor, recibirá de Dios mayores dones, y hará mayores progresos en la virtud. Esto es el único fin que los santos se propusieron en la práctica de todas las virtudes, á saber: cumplir con la voluntad de Dios.* El venerable Enrique Suson solia decir: *Que mas queria ser el gusano mas vil de la tierra, haciendo la voluntad de Dios; que un serafin haciendo la suya propia.*

4. Un acto perfecto de conformidad con la voluntad de Dios, es suficiente para hacer á un hombre santo. Y sino, ved á S. Pablo convertido por Dios, mientras él se ocupaba en perseguir á la Iglesia. ¿Qué es lo que hizo el santo despues que se convirtió? Ofreció á Dios su propia voluntad para que dispusiese de ella á su gusto: *Domine, quid vis me facere?* Señor, le dice, ¿qué quieres que haga yo? (*Act. 9. 6.*) Y repentinamente el Señor reveló á Anasias que le habia hecho vaso de eleccion y Apóstol de las gentes: *Vas electissimis est mihi iste, ut portet nomen meum coram gentibus.* (*Act. 9, 15.*) El que pone en las manos de Dios su propia voluntad, le da todo cuanto tiene. El que se mortifica por Dios con ayunos y penitencias, el que hace limosnas y otras obras buenas, da á Dios parte de sí y de sus bienes; pero el que le da su voluntad, se lo

da todo, y por lo mismo puede decir con verdad: Señor, habiéndooos dado mi voluntad, ya no me queda que daros, puesto que todo os lo di. Y esto es aquel todo que nos pide Dios cuando nos pide el corazón, es decir, la voluntad. Hijo mio, dice en los Proverbios (23, 26.), dame tu corazón: *Præbe fili mi, cor tuum mihi*. Si Dios, pues, agradece tanto que le sacrifiquemos nuestra propia voluntad, decia el abad S. Nilo, no debemos pedirle en nuestras oraciones que haga lo que nosotros queremos, sino que nos dé la gracia para que nosotros hagamos siempre lo que Dios quiere. Todos conocen esta verdad, á saber: que todo nuestro bien consiste en hacer la voluntad de Dios; pero la dificultad está en ponerla en ejecucion. Para vencerla, pasemos á tratar del segundo punto, donde tengo que deciros muchas cosas útiles y necesarias.

PUNTO II.

Como y en que cosas debemos conformarnos en la práctica con la voluntad de Dios.

5. Para estar dispuestos á ejecutar la voluntad de Dios, debemos ofrecernos anticipadamente á recibir con paz y resignacion todo aquello que el Señor dispone y exige de nosotros. Así lo hacia el santo rey David, cuando decia: Señor; mi corazón está preparado: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*. (*Psal.* 107, 2.) Con estas palabras solamente le pedia que le enseñase á ejecutar su divina voluntad, como dice claramente el mismo real Profeta (*Psal.* 142, 10.): *Docet me facere voluntatem tuam*. De este modo mereció que el Señor le llamase hombre hecho á medida de su corazón: *Inveni virum secundum cor meum, qui faciet omnes voluntates meas*: He hallado un varon hecho á medida de mi corazón, que hará en todo mi voluntad. (*Act.* 13, 22.) ¿Y por qué? Porque el santo Rey estaba siempre aparejado á ejecutar la voluntad de Dios.

6. Sta. Teresa se ofrecia á Dios cincuenta veces al dia, para que dispusiese de ella á su gusto, porque estaba pronta á abrazar cuanto al Señor pluguiese mandarle, bien fuese próspero, bien adverso. Y este es el modo con que debemos estar dispuestos siempre á hacer la voluntad divina. Todos están prontos á conformarse con la voluntad de Dios en las cosas prósperas; pero la perfeccion consiste en conformarse

también en las adversas. Dios quiere que le demos gracias en los lances prósperos; pero se complace mas cuando sufrimos con paz y tranquilidad los adversos. Decia el P. M. Avila: *Mas vale un bendito sea Dios en la adversidad, que seis mil acciones de gracias en la prosperidad.*

7. Los cristianos debemos conformarnos con la voluntad divina, no solamente en aquellas adversidades que nos vienen directamente de la mano de Dios, como son las enfermedades, la pérdida de los bienes, la privacion de los padres, de los parientes ó de los amigos; sino tambien en aquellas que aunque Dios las tolera, porque cuanto sucede en el mundo todo está dispuesto por Dios, sin embargo nos vienen de Dios indirectamente, esto es, por medio de los hombres, como las injusticias, las calumnias, las injurias, los hurtos y las persecuciones. Pero ¿como es eso, me direis? ¿Quiere acaso Dios que pequen los otros, ofendiéndonos en los bienes ó en el honor? Nó, oyentes míos; entended bien lo que digo: Dios no quiere que pequen los que nos ofenden; pero quiere que nosotros suframos aquella pérdida ó aquella humillacion: y quiere tambien que en semejantes casos nos conformemos con su divina voluntad.

8. Todos los bienes, como las riquezas y los honores, y todos los males, como las enfermedades y las persecuciones, vienen de la mano de Dios: *Bona et mala.... à Deo sunt.* (Eccl. 11, 14.) Pero tened presente que la Escritura los llama males, porque nosotros que nos conformamos poco con la voluntad divina, solemos llamarlos males y desgracias: pero en realidad, si los recibiésemos con la resignación que debemos, y como venidos de la mano de Dios, serian para nosotros, no males, sino bienes. Las joyas que hacen mas rica y esplendente la corona de los santos en el cielo, son las tribulaciones sufridas por Dios con paciencia y resignación, pensando que todas ellas vienen de sus divinas manos. Cuando al santo Job le dieron la noticia de que los Sabeos le habian arrebatado sus riquezas ¿qué respondió? *Dominus dedit, Dominus abstulit*: El Señor me las dió, y el Señor me las ha quitado: bendito sea el nombre del Señor. (Job 1, 21.) No dijo, el Señor me las dió, y los Sabeos me las han quitado; sino que todo lo mira venido como de la mano del Señor, y por eso bendice su santo nombre: *Sicut Domino placuit ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* (Ibid. v. 21.) Cuando los santos mártires Epiteio y Aton eran atormentados del tirano con gñas de hier-

ro y teas encendidas, solamente decian estas palabras: *Señor, hágase en nosotros vuestra divina voluntad*. Al tiempo de espirar fueron estas las últimas voces que pronunciaron; *Bendito seas, ó Dios eterno, porque nos dais gracia para hacer vuestra santa voluntad*.

9. El alma que ama á Dios, no se turba jamás, aunque le suceda cualquiera trabajo por grande que sea. Por eso nos dice en los Proverbios (21, 21.): *Non contristabit justum quidquid ei acciderit*: No contristaré al justo nada de lo que le suceda. Cuenta Cesareo (*Lib. 10, cap. 6.*) que cierto monge hacia muchos milagros, aunque no llevaba una vida mas austera que los demás. Maravillado de esto el abad, le preguntó un dia, cuales eran las obras santas que practicaba. El monge le respondió, que él era mas imperfecto que los otros, pero que ponía toda su atencion en conformar su voluntad con la de Dios. El abad le replicó: ¿Y no tenéis algun resentimiento contra ese enemigo que nos ha perjudicado tanto en nuestros intereses estos dias pasados? Ninguno, replicó el monge; antes he dado gracias al Señor que todo lo hace ó lo permite por nuestro bien. Por estas palabras conoció el abad la santidad de este buen religioso. Lo mismo debemos hacer nosotros tambien en todas las cosas adversas que nos sucedan. Siempre debemos decir: Señor, si así lo quereis, cúmplase vuestra divina voluntad.

10. El que obra de este modo, goza la paz que en el nacimiento de Jesucristo anunciaron los ángeles á los hombres de buena voluntad, esto es, á los que conforman la suya con la de Dios. Estos tales gozan aquella paz que, como dice el Apóstol, es mas deliciosa que todos los placeres de los sentidos: *Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum*. (*Philip. 4. 7.*) Paz grande, paz duradera que no está sujeta á vicisitudes humanas, como dice el Eclesiastés (27, 12.): *Stultus sicut luna mutatur, sanctus in sapientia manet sicut sol*: El necio se muda como la luna, pero el justo está fijo en la sabiduría como el sol en el cielo. Como si dijera: el necio se rie hoy de su necesidad, mañana llora de desesperacion; hoy está humilde y tranquilo, mañana soberbio y furibando; en suma, el pecador se muda como se mudan las cosas prósperas ó adversas que les suceden; pero el justo persevera como el sol, siempre igual, siempre sereno, siempre el mismo, ocurra lo que ocurriere. Quizá no podrá dejar de sentir como hombre algun resentimiento y displicencia, cuando le sucede alguna adversidad;

pero cuando conforme su voluntad con la de Dios, ninguno podrá privarle de aquella alegría espiritual, que no está sujeta á las mudanzas de la vida presente: *Gaudium vestrum nemo tollet à vobis.* (Joan. 16, 22.)

11. El que descansa en la voluntad divina, es semejante al hombre que se halla colocado sobre las nubes; desde ellas ve los relámpagos, los truenos y las tempestades que se enfurecen debajo de sus pies; pero no le ofenden ni le turban. ¿Y como puede turbarse, sucediéndole siempre lo que quiere? El que no desea otra cosa que lo que Dios dispone, logra siempre lo que desea, por lo mismo que no desea otra cosa que lo que Dios quiere que suceda. Las personas que resignan su voluntad en la divina, dice Salviano, si son de baja condicion, se resignan en serlo; si sufren la pobreza, quieren ser pobres; en fin, están siempre contentas, porque siempre quieren lo que quiere Dios: y por lo mismo son felices y deben ser tenidos por tales: *Humiles sunt, hoc volunt; pauperes sunt, paupertate delectantur; itaque beati dicendi sunt.* Llega el frio, el calor, la lluvia, el viento; y el que se conforma con la voluntad de Dios, dice: quiero este frio, quiero este calor, quiero que llueva y que haga viento, porque así lo quiere Dios. ¿Y qué mayor contento puede tener una persona que desea complacer á Dios, que abrazar con ánimo sereno aquella cruz que el Señor le envia, sabiendo que abrazándola con paz, da á Dios el mayor gusto que puede darle? Era tan grande la alegría que experimentaba en su interior Sta. María Magdalena de Pazis con solo oír nombrar la voluntad de Dios, que se salia fuera de sí y se estasiaba de placer.

12. Por el contrario, ¿qué necedad tan grande es la de aquellos que se oponen á la voluntad del Señor; y en lugar de recibir las tribulaciones con paciencia, se irritan y enfurecen contra Dios, tratándole de injusto y de cruel! ¿Piensan acaso que oponiéndose á su divina voluntad no ha de suceder lo que Dios quiere? ¡Miserables! No saben que nadie resiste á la voluntad divina, como dice S. Pablo en su epístola á los Romanos (9, 10.) por estas palabras: *Voluntati ejus quis resistet?* ¿Acaso con su impaciencia hacen mas llevaderos los trabajos que Dios les envia? Nó, antes los hacen mas pesados y aumentan su pena: *Quis resistit ei, et pacem habuit?* (Job 9, 4.) Resignémonos; pues, nosotros á la voluntad de Dios, así haremos mas ligera la cruz que pesa sobre nuestros hombros, y alcanzaremos grandes méritos para la vida eterna:

pues lo que Dios se propone cuando nos envia tribulaciones, es hacernos santos, como dice S. Pablo (*Epist. 1. ad Thess. 4, 3.*): *Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra*. No nos envia Dios los trabajos porque nos quiere mal, sino porque nos quiere bien, y sabe que ellos sirven para santificarnos: *Omnia cooperantur in bonum. (Rom. 8, 28.)* Porque los castigos no nos vienen de Dios para nuestra ruina, sino para nuestra salud, es decir, para que nos enmendemos de nuestros vicios: *Ad emendationem, non ad perditionem nostram evenisse credamus. (Judith 8, 27.)* Porque nos ama tanto el Señor, que no solamente desea nuestro bien, sino que le desea con ansiedad, como decia David: *Dominus sollicitus est mei. (Psal. 29, 18.)*

13. Pongámonos, pues, siempre en las manos de aquel Dios que tanto desea nuestra salud y tanto cuidado tiene de ella, como dice S. Pedro: *Omnem solitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis. (1. Petr. 5, 7.)* El que vive entregado á las manos de Dios, tendrá una vida alegre y una muerte santa. El que muere enteramente resignado en la divina voluntad, muere santo; pero el que durante su vida no se haya conformado con la voluntad de Dios, no se conformará tampoco en la muerte, y por consiguiente no se salvará. A este fin deben dirigirse todos nuestros pensamientos en el tiempo de vida que nos resta, á saber: á hacer la voluntad de Dios. A este fin debemos dirigir todas nuestras devociones, meditaciones, comuniones, visitas al santísimo Sacramento y todas nuestras súplicas; porque siempre debemos pedirle que nos enseñe á hacer y que se haga su santa voluntad, como le pedia el santo rey David por estas palabras: *Docere me facere voluntatem tuam. (Psal. 142, 10.)* Ofrezcámonle también que aceptaremos gustosos cuanto Dios disponga hacer de nosotros, diciéndole con el apóstol S. Pablo: Señor ¿qué quieres que yo haga? *Domine, quid me vis facere? (Act. 9, 6.)* Y en cualquiera cosa que nos suceda, bien sea próspera, bien adversa, repitamos siempre aquellas palabras de la oracion dominical: *Fiat voluntas tua*: Hágase tu divina voluntad. Pero no debemos hacerle esta súplica friamente, sino de corazon y muchas veces al dia. Felices de nosotros si vivimos confiados en la voluntad divina, y terminamos esta miserable vida, anteponiendo la voluntad de Dios á la nuestra, y repitiendo á la hora de la muerte: *Hágase, Señor, vuestra divina voluntad*. Así manifestaremos que hemos amado á Dios durante nuestra peregrinacion en este triste valle de lá-

grimas, y conseguiremos gozar despues de su divina presencia por los siglos de los siglos en la vida eterna.

SERMON XXX.

PARA LA DOMINICA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

AMOR DE LAS TRES DIVINAS PERSONAS HACIA EL HOMBRE.

Bunt ergo docete omnes gentes,
baptizantes eos in nomine Patris et
Filii et Spiritus Sancti.

MATTH. 28, 19.

EL pontífice S. Leon escribe, que la naturaleza de Dios es la misma bondad por esencia : *Deus cujus natura bonitas*. La bondad es naturalmente comunicativa por sí misma : *Bonum est sui diffusivum*. Y en efecto, se ve por la esperiencia, aun entre los hombres, que las personas de buen corazon tienen mucho amor á todos y desean comunicar á los demás los bienes de que gozan. Por esto Dios, que es una bondad infinita, está lleno de amor hácia nosotros que somos sus criaturas; y esta es la razon de haberle llamado S. Juan el mismo amor y la misma caridad : *Deus charitas est*. (Joan. 4, 8.) Esta es la razon de que tiene un snmo deseo de hacernos participantes de sus bienes. La misma fe nos enseña, que las tres divinas Personas han amado mucho al hombre y le han enriquecido con los dones divinos. Cuando Jesucristo dijo á los Apóstoles : *Docete omnes gentes baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* : Instruid á todas las naciones, bantizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, no solamente quiso que las instruyesen en el misterio de la santísima Trinidad, sino que les hiciesen tambien conocer el amor que esta Trinidad tuvo al hombre. Por este motivo quiero hoy, oyentes míos, haceros ver :

Punto 1.º El amor que nos manifestó el Padre cuando nos crió.

Punto 2.º El amor que nos tuvo el Hijo cuando nos redimió.

Punto 3.º El amor del Espíritu Santo cuando nos santificó.

PUNTO I.

El amor que nos manifestó el Padre al criarnos.

1. Hijo mio, dice Dios, yo te he amado desde la eternidad, y por el amor que te he tenido, he querido usar contigo la misericordia de sacarte de la nada: *In charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans.* (Jer. 31, 3.) De estas palabras se infiere, amados oyentes míos, que entre todos los que nos han amado, Dios ha sido el primero que nos amó. Es verdad, que en este mundo los primeros que nos aman son nuestros padres, pero ellos no nos aman jamás, sino después que nos han conocido. Empero Dios nos amaba ya antes de que nosotros existiéramos. Todavía no existían en el mundo nuestros padres, cuando ya nos amaba Dios; ó por mejor decir, todavía no estaba criado el mundo, y ya nos amaba el Señor. ¿Y cuanto tiempo antes de criar el mundo nos amaba Dios? ¿Acaso mil años ó mil siglos? No solamente mil siglos antes de la creación, sino que nos amaba desde la eternidad, como nos dice por Jeremías con estas palabras: *In charitate perpetua dilexi te.* Desde que Dios es Dios siempre nos ha amado: desde que se amó á sí mismo, siempre nos amó. Este pensamiento hacia decir á la virgen Sta. Ines: *Estoy comprometida con otro amador.* Cuando las criaturas exigían de ella que las amase, siempre les respondía: Yo no puedo preferir las criaturas á mi Dios: él es el primero que me amó, y es justo que yo le prefiera á todo otro amor.

2. Por tanto, hermanos míos, sabed que Dios os amó desde la eternidad, y solamente por el amor que os tenía, os distinguió entre tantos hombres que podía haber criado en vuestro lugar, y dejándolos á ellos en la nada, os dió el ser á vosotros y os hizo salir al mundo. Por el amor que nos tiene, crió también tantas otras hermosas criaturas para que nos sirviesen y nos recordasen el amor que nos ha tenido y el que le debemos por gratitud. Por esto decía S. Agustín: El cielo y la tierra y todos los seres me están diciendo que te ame: *Cælum et terram, et omnia mihi dicunt ut amem te.* Cuando el Santo miraba el sol, las estrellas, los montes, el mar y los ríos, creía que todos le hablaban y decían: Agustín, ama á Dios, porque él nos ha criado por tí para que tú le ames. El abad Ranzé fundador de la Trapa, cuando veía las colinas, las

fuentes y las flores, decia, que todas estas criaturas le recordaban el amor que Dios le tenia. Tambien Sta. Teresa solia decir, que estas criaturas le echaban en cara su ingratitud para con Dios. Cuando Sta. María Magdaleña de Pazis tenia en la mano alguna hermosa flor, sentia su corazon herido como de una saeta, y embebecida en el amor divino, decia en su interior: Con que mi Dios pensó desde la eternidad criar esta flor ó este fruto por mi amor, con el fin de que yo le amase!

3. Además, viendo el Padre eterno que nosotros estábamos condenados al infierno por nuestras culpas, movido del grande amor que nos tenia, envió su Hijo al mundo á morir en una cruz para librarnos del infierno y llevarnos consigo al paraíso celestial, como dice S. Juan por estas palabras: Tanto amó Dios á los hombres, que dió por ellos su Hijo unigénito: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* (Joan. 3, 16.) Amor que con razon llama el Apóstol escesivo, en el capítulo 2, v. 4. de su Epístola á los de Éfeso: *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos, et cum essemus mortui peccatis, vivificavit nos in Christo.*

4. Contemplemos, además, el especial amor que nos manifestó, haciéndonos nacer en países cristianos y en el gremio de la verdadera Iglesia católica. ¡Cuantos nacen todos los dias entre los gentiles, entre los judíos, entre los mahometanos, y entre los herejes, todos los cuales se condenan! Considerad, que con respecto al gran número de éstos, pocos son los hombres que tienen la suerte de nacer en donde reina la verdadera fe, pues no llegan á la décima parte, y entre estos pocos nos ha hecho nacer Dios. ¡O que don tan inmenso y apreciable es el de la fe! ¡Cuantos millones de almas hay entre los infieles que están privadas de los sacramentos, de la palabra divina, de los ejemplos de los buenos y de todos los otros auxilios que tenemos en la Iglesia para salvarnos! Pues todos estos grandes auxilios quiso concedernos á todos nosotros el Señor, sin que nosotros lo mereciésemos, antes preveia nuestros grandes crímenes; porque cuando Dios pensaba criarnos y concedernos estas gracias, ya veia de antemano nuestros pecados y lo mucho que habíamos de injuriarle.

PUNTO II.

El amor que nos tuvo el Hijo, cuando nos redimió.

5. Pero nuestro primer padre Adán, comiendo el fruto prohibido, fué condenado miserablemente á la muerte eterna con toda su descendencia. Viendo Dios que todo el género humano habia perecido, determinó enviar un Redentor para salvar á los hombres. ¿A quien enviará para que los redima? ¿enviará un ángel ó un serafín? Nó, porque el mismo Hijo de Dios, sumo y verdadero Dios como el Padre, se ofrece á bajar á la tierra para tomar allí carne humana y poder morir por la salud del género humano. ¡O prodigio admirable del amor divino! El hombre desprecia á Dios, como dice S. Fulgencio, y se separa de Dios; y Dios viene á la tierra á buscar al hombre rebelde, movido del grande amor que le tiene: *Homo Deum contemnens, à Deo discessit; Deus hominem diligens, ad homines venit!* (S. Fulg. serm. in Nativ. Christ.) Viendo que á nosotros no nos era permitido acercarnos al Redentor, como dice S. Agustin, no se desdenó el Redentor de acercarse y venir á nosotros: *Quia ad mediatorem venire non poteramus, ipse ad nos venire dignatus est.* ¿Y porqué quiso Jesucristo venir á nosotros? El mismo santo Doctor lo dice por estas palabras: *Propterea Christus advenit, ut cognosceret homo, quantum eum diligit Deus:* Vino Cristo al mundo, para que conociese el hombre lo mucho que Dios le ama.

6. Por esto escribió el Apóstol á Tito: *Benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei:* Dejóse ver la benignidad y la humanidad de nuestro Salvador y Dios. (Tit. 3, 4.) Y en el texto griego se lee: *Singularis Dei erga homines apparuit amor:* Se manifestó el singular amor de Dios hácia los hombres. S. Bernardo escribe sobre el mismo texto, que antes que apareciese Dios en la tierra en figura humana, no podían llegar á comprender los hombres la grandeza de la bondad divina: por eso el Verbo eterno tomó carne humana, para que presentándose como hombre, conociesen los hombres su bondad: *Priusquam appareret humanitas, latebat benignitas; sed unde tanta agnosci poterat? Venit in carne, ut, apparente humanitate, agnosceretur benignitas.* (S. Bern. serm. 4. in Epiph.) ¿Y qué mayor amor, qué mayor bondad podia manifestarnos el Hijo de Dios, que hacerse hombre como nos-

otros? ¡O bondad suma de Dios! Se hizo gusano como nosotros para que no quedásemos perdidos nosotros. ¿No sería gran maravilla ver que un príncipe se convertía en gusano, para salvar á los gusanos de su reino? Pues ¿cuanta mayor maravilla es ver que un Dios se ha hecho hombre como nosotros, para salvarnos de la muerte eterna? *Verbum caro factum est*: El verbo se hizo carne. (Juan. 1, 14.) Pero, ¿quién vió jamás hacerse carne un Dios? ¿Quién podría creerlo, si no nos lo asegurase la fe? Ved aquí, dice S. Pablo, á un Dios cuasi reducido á la nada: *Semetipsum exinanivit formam servi accipiens, et habitu inventus ut homo*. (Philip. 2, 7.) Con estas palabras nos manifiesta el Apóstol, que el Verbo que estaba lleno de majestad y de gloria, quiso humillarse y tomar la condicion humilde y débil de la naturaleza humana, revistiéndose de la naturaleza de siervo, y haciéndose semejante á los hombres, aunque, como observa S. Juan Crisóstomo, no era simple hombre, sino hombre y Dios juntamente. Oyendo cantar un dia S. Pedro de Alcántara á un diácono aquellas palabras de S. Juan: *Et Verbum caro factum est*: el Verbo se hizo carne, salió fuera de sí mismo, dando un fuerte grito, y arrobado voló por el aire en la iglesia hasta ponerse junto al santísimo Sacramento.

7. Pero no se contentó el Verbo encarnado, ó por mejor decir, este Dios enamorado de los hombres, con hacerse hombre por el amor que les tenía, sino que quiso además vivir entre nosotros como el último, el mas vil y despreciable de los hombres, como ya nos dijo el profeta Isaías (53. 2 y 3.) por estas palabras: *Non est species ei, neque decor; et vidimus eum... despectum et novissimum virorum, virum dolorum*: No tiene color ni hermosura; y le vimos... despreciado y el último de los hombres, cubierto de dolores. Con razon le llama el profeta el varon de los dolores, *virum dolorum*; porque fué formado de intento para estar siempre atormentado y perseguido hasta la muerte; pues desde que nació hasta que murió estuvo padeciendo por nuestro amor.

8. Y como habia venido para hacerse amar de los hombres, como escribe S. Lucas con aquellas palabras: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur*? Vine á inflamar la tierra, ¿qué otra cosa he de querer sino que arda? (Luc. 12, 49.) quiso darnos al fin de su vida las señales y pruebas mas grandes del amor que nos tenía: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos*: Habiendo ama-

do siempre á los suyos que estaban en el mundo, al fin de su vida los amó mas. (*Joan. 13, 1.*) Por esto no solamente se humilló hasta morir por nosotros, sino que quiso elegir una muerte la mas amarga y afrentosa de todas. Y esta es la razon de decir el Apóstol en la Epístola á los Filipenses (2. 8.): que se humilló á sí mismo obedeciendo hasta la muerte, y muriendo además en una cruz: *Humiliavit semetipsum, factum obediens usque ad mortem, mortem autem crucis*. El que entre los Hebreos moría crucificado, era maldecido y vituperado de todos. Por eso dice la santa Escritura: *Maledictus qui pendet in ligno*: Maldito sea el hombre que muere pendiente de una cruz. (*Deut. 21, 23.*) Y por esto tambien quiso terminar así su vida nuestro divino Redentor, muriendo afrentado en una cruz, cercado de ignominias y dolores, como habia vaticinado el profeta David por estas palabras: *Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me*: Llegué á donde el mar era mas profundo, y la tempestad me sumergió. (*Psal. 68, 3.*)

9. Escribe S. Juan en su primera Epístola (3. 16.) que conocimos el amor que Dios nos tenia, en haber muerto por nosotros: *In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit*. Y en verdad ¿como podia Dios manifestarnos mas claramente su amor, que dando su vida por nosotros? ¿Y como es posible ver á todo un Dios muerto por nosotros en una cruz, y no amarle? Por esto dice S. Pablo en su segunda Epístola á los Corintios (5. 14.) que el amor de Cristo nos obliga y nos apremia: *Charitas enim Christi urget nos*. Por estas palabras nos advierte, que nos obliga y nos mueve á amarle, no tanto lo que Cristo hizo y padeció por nosotros, cuanto el amor que nos manifestó padeciendo y muriendo por el género humano. Murió por todos los hombres, como añade el mismo Apóstol, para que ninguno de nosotros viva ya para sí mismo, sino solamente para aquel que murió por todos nosotros: *Pro nobis omnibus mortuus est Christus, ut ei qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsi mortuus est*. (2. Cor. 5, 15.) Y á fin de granjearse todo nuestro amor, no contento con haber dado su vida por nosotros, quiso además quedarse él mismo en el Sacramento de la Eucaristia para servirnos de manjar cuando dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo: *Accipite et comedite, hoc est corpus meum*. (*Matth. 26, 26.*) ¿Y quien creeria una firmeza como esta, si no nos la asegurase la fe? Pero acerca de este prodigio del amor de Dios en el Sacramento de la Eucaristia, hablaremos

en la dominica siguiente. Ahora pasaremos á esponer brevemente el punto tercero.

PUNTO III.

El amor que nos manifestó el Espíritu Santo cuando nos santificó.

10. No contento el eterno Padre con habernos dado á Jesucristo su Hijo para que nos salvase con su muerte, quiso darnos tambien el Espíritu Santo para que habitase en nuestras almas y las tuviese continuamente inflamadas con su santo amor. Jesucristo mismo, á pesar de los malos tratamientos de los hombres en este mundo, olvidado de su ingratitud despues de su ascension á los cielos, nos envió desde allí el Espíritu Santo, para que con su amor encendiese en nosotros la caridad divina y nos santificase. Por eso el Espíritu Santo, cuando descendió al Cenáculo, quiso dejarse ver en figura de lenguas de fuego: *Et apparuerunt illis dispersitæ linguæ tamquam ignis.* (Act. 2, 3.) Y por eso pide la Iglesia al Señor, que nos inflame el espíritu con aquel fuego que Jesucristo envió á la tierra, anhelando que ardiera: *Ille nos igne, quæsumus, Domine, Spiritus inflamet, quem Dominus Jesus Christus misit in terram, et voluit vehementer accendi.* Este es aquel santo fuego que ha inflamado despues á los santos para hacer grandes cosas por el amor de Dios, para amar á sus mas crueles enemigos, para desear los desprecios, para renunciar sus riquezas y honores mundanos, y para abrazar con alegría los tormentos y la muerte.

11. El Espíritu Santo es aquella union divina que hay entre el Padre y el Hijo y el que une nuestras almas con Dios por medio del amor, cuyo efecto es unir los corazones y las almas justas con Dios, como dice S. Agustin: *Charitas est virtus conjungens nos Deo.* Los lazos del mundo son lazos de muerte; pero los del Espíritu Santo son lazos de vida eterna, puesto que nos unen con Dios que es nuestra vida verdadera que no ha de tener fin.

12. Debemos tambien estar en la inteligencia de que todas las luces, todas las inspiraciones divinas y todos los actos buenos que hemos hecho en toda nuestra vida, de dolor de nuestros pecados, de confianza en la misericordia de Dios, de amor y de resignacion; todos han sido dones del Espíritu Santo. Y el Apóstol añade, que tambien el Espíritu Santo ayu-

da nuestra debilidad en la oracion : porque nosotros no sabemos orar como conviene , y él es quien intercede á nuestro favor con incesantes gemidos : *Similiter autem et Spiritus adjuvat infirmitatem nostram , nam quid oremus , sicut oportet , nescimus : sed ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus.* (Rom. 8 , 26.) Es decir que el Espíritu Santo ruega tambien por nosotros , porque no sabiendo nosotros lo que debemos pedir á Dios por nuestra salud , el Espíritu Santo nos lo inspira.

13. En suma toda la santísima Trinidad se ha ocupado en manifestarnos el amor que Dios nos tiene para que nosotros le correspondamos con gratitud ; porque , como dice S. Bernardo , amándonos Dios , no busca otra cosa que ser amado de nosotros : *Cum amat Deus , nihil aliud vult , quam amari.* Es muy justo pues que nosotros amemos á aquel Dios que nos amó primeramente y nos obligó á que le amemos con tantas finezas como nos dispensó : *Nos ergo diligamus Deum quoniam Deus prior dilexit nos.* (Joan. 4 , 19.) ¡O que tesoro tan precioso es el amor ! Es tambien infinito , porque nos hace adquirir la amistad de Dios ; como dice Salomon por estas palabras : Es un tesoro infinito , y los que le poseen se hacen participantes de la amistad de Dios : *Infinitus est thesaurus , quo qui usi sunt participes facti sunt amicitiae Dei.* (Sap. 7 , 14.) Para adquirirle es necesario apartar el corazon de las cosas terrenas. Por eso decia Sta. Teresa : *Aparta tu corazon de las criaturas , y hallarás á Dios.* En un corazon lleno de las cosas de la tierra , no tiene cabida el amor divino. Por esto suplicamos siempre al Señor en nuestras oraciones , en las comuniones , y en las visitas al santísimo Sacramento , que nos conceda su santo amor para que nos haga perder el afecto á las cosas de este mundo. S. Francisco de Sales dice , *que cuando se quema la casa todo se tira por la ventana.* Quería manifestar con esto , que cuando un alma está inflamada de amor divino , ella misma se aparta de todas las cosas de la tierra.

14. En el Cántico de los Cánticos de Salomon leemos , que el amor es fuerte como la misma muerte : *Fortis ut mors dilectio.* (Cant. 8 , 6.) Quieren decir estas palabras , que así como no hay fuerza criada que resista á la muerte cuando llega su hora ; así no hay dificultad que una alma amante de Dios no venza con el amor. Cuando se trata de complacer á la persona amada , el amor vence todas las dificultades , dolores , pérdidas , ignominias ; porque no hay dificultad alguna que

no pueda vencer el amor: *Nihil tam durum, quod non amoris igne vincatur*. Él hacia que los santos mártires en medio de los tormentos, sobre los ecúteos y las parrillas, alabasen y diesen gracias á Dios, porque les hacia padecer por su amor; y que los otros santos se convirtieran en verdugos de sí mismos con los ayunos y penitencias, por dar gusto á Dios luego que faltaron los tiranos. S. Agustin dice que no se experimenta fatiga ninguna, cuando uno hace aquello que ama; y que si alguna se experimenta, es amada por el mismo que la sufre; *In eo quod amatur, aut non laboratur, aut ipse labor amatur*.

SERMON XXX.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DESPUES DE PENTECOSTES.

CARIDAD CON EL PRÓJIMO.

Eadem quippe mensura, quam mensi fueritis, remittetur et vobis.
LUC. c. 12.

EN el Evangelio de hoy leemos que dijo Jesus un dia á sus discipulos: *Estote misericordes, sicut et Pater vester misericors est*: Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre celestial. Como veis que es misericordioso con vosotros vuestro Padre que está en los cielos, así debeis serlo vosotros con los demás. Luego esplica, cómo y en qué cosas deben practicar la santa caridad con sus prójimos, y dice: *Notite judicare, et non judicabimini*: No juzgueis y no sereis juzgados. En estas palabras habló de aquellos que se guardan de juzgar temerariamente al prójimo. Despues dijo: *Dimittite, et dimittimini*: Perdonad y sereis perdonados. Con cuyas palabras esplicó, que no nos perdonará Dios las ofensas que le hagamos, si no perdonamos nosotros á los que nos ofenden. En seguida añadió: *Date, et dabitur vobis*: Dad y se os dará. Aquí habló contra aquellos que quisiésen que Dios les concediera cuanto desean, y despues son mezquinos y avaros con los pobres. Finalmente dijo Jesus, que Dios tendrá con nosotros la caridad que nosotros tengamos con el prójimo; ó que nos medirá con

la misma medida con que nosotros midamos á nuestros prójimos. Contemplemos ahora, pues, como debemos ser caritativos con el prójimo; porque debemos usar de caridad con él:

Punto 1.º Con los pensamientos.

Punto 2.º Con las palabras.

Punto 3.º Con las obras.

PUNTO I.

Debemos usar de caridad con el prójimo con los pensamientos.

1. Nos dice S. Juan en su Epístola primera (4. 21.) que nos ha mandado Dios, que el que le ama á él, debe amar tambien á su prójimo: *Et hoc mandatum habemus à Deo, ut qui diligit Deum, diligit et fratrem suum.* Estas palabras significan, que el mismo precepto que nos obliga á amar á Dios, nos obliga tambien á amar al prójimo. Sta. Catalina de Génova dijo un dia al Señor: *Vos, Dios mio, quereis que yo ame á mi prójimo; pero yo no puedo amar sino á vos.* Y el Señor le respondió: *Hija mia, el que me ama á mí, ama todas las cosas que yo amo.* S. Juan habia dicho antes, que miente aquel que dice que ama á Dios, si aborrece á su prójimo: *Si quis dixerit, quoniam diligo Deum, et fratrem suum oderit, mendax est.* (1. Joan. 4, 20.) Y Jesucristo nos dijo claramente, que la caridad que usemos con el menor de nuestros prójimos, la recibirá él como si la usásemos con él mismo.

2. Por esto conviene que primeramente seamos caritativos con el prójimo en los pensamientos, no juzgando mal de ninguno sin tener fundamento seguro para ello. Por esto nos dice: *Nolite judicare, et non judicabimini.* El que juzga sin fundamento que alguno ha cometido un pecado mortal, comete culpa grave. Y si lo sospecha temerariamente ó con pequeño fundamento, cometerá cuando menos pecado venial. Pero cuando hay fundamento seguro para juzgar ó sospechar de él, no comete pecado ninguno. Mas el que tiene verdadera caridad, de todos piensa bien, y destierra de su imaginacion los juicios y las sospechas; porque, como dice S. Pablo en su primera Epístola á los Corintios, la caridad no piensa mal: *Charitas non cogitat malum.* (1. Cor. 13, 5.) Sin embargo, los que son padres de familia están obligados á sospechar acerca del mal que pueden hacer aquellos que les están sujetos. Hay ciertos padres y madres, que cuando ven que el hijo trata con

malas compañías, ó frecuenta ciertas casas en las que hay mujeres jóvenes, ó advierten que la hija habla á solas con algun hombre, callan y se contentan con decir: *No quiero pensar mal*. Necedad grande; porque en estos casos están obligados á sospechar el mal que en ellos puede haber, y deben corregir á sus hijos para evitar que suceda algun mal. Pero el que no es cabeza de familia, debe guardarse de espiar los defectos y faltas de los otros.

3. Exige además la caridad, que cuando el prójimo sufre alguna enfermedad, alguna pérdida ú otro trabajo, experimentemos alguna displicencia interna, y sintamos sus males; pero no pecarémos, aunque no experimentemos esta displicencia, con tal que no nos alegremos de sus males. Pero quiero que tengais presente, que tal vez es lícito complacerse en el mal temporal de alguno, cuando se espera que de aquel mal temporal, ha de resultar un bien espiritual á él, ó á otros. Por ejemplo, si el que sufre el mal, fuese un pecador obstinado ó escandaloso, dice S. Gregorio, que acaso será lícito alegrarse de él, ó de que caiga enfermo, ó que se empobrezca, para que deje su mala vida, ó cese de escandalizar á los demás. Oid lo que dice S. Gregorio: *Evenire plerumque potest, ut, non amissa charitate, et inimici nostri ruina lætificet, et ejus gloria sine invidiæ culpa contristet; cum et, ruente eo, quosdam bene erigi credimus, et proficiente illo, plerosque injuste opprimi formidamus*: Puede suceder alguna vez, que nos alegremos del mal temporal del prójimo, sin faltar á la caridad, y que nos entristezca su prosperidad sin que faltemos, cuando creemos que su adversidad ha de ceder en bien de otros, cuando tememos, por ejemplo, que muchos han de sufrir injustamente los malos efectos de su felicidad. (*Lib. 22, Moral. cap. 2.*) Pero fuera de estos casos, es contra la caridad, complacernos con el mal del prójimo. Tambien lo es el afligirse por el bien del prójimo, solamente porque le vemos feliz; y este es el pecado de envidia. Los envidiosos, dice el Sabio, son secuaces del demonio, el cual por no ver á los hombres en el cielo, de donde él fué desterrado, indujo á Adán á rebelarse contra Dios. Estas son sus palabras: *Invidia autem diaboli mors intravit in orbem terrarum; imitantur autem illum, qui sunt parte ejus*: Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo; y al diablo imitan los que son sus secuaces. (*Sap. 2. 24.*) Pasemos ya á los otros puntos donde tengo mucho que deciros.

PUNTO II.

De la caridad que debemos tener con el prójimo en las palabras.

4. En cuanto á la caridad con que debemos hablar al prójimo, ante todo debemos abstenernos de toda murmuracion. Porque, como dice el Ecclesiastés (21, 31.), el murmurador manchará su alma: *Susurro coinquinabit animam suam*. Así como son amados de todos, los que hablan bien de los otros; así son odiados de todos, los que hablan mal; no solamente son aborrecidos de Dios, sino tambien de los hombres: y si bien estos se alegran de murmurar, odian sin embargo al murmurador y se guardan de él. Escribe S. Bernardo, que la lengua del murmurador es una espada de dos filos, ó por mejor decir de tres: *Gladius equidem unceps, immo triplex est lingua detractoris*. (In Psal. 56.) En efecto de tres: porque con el uno ofende la fama del prójimo; con el segundo ofende al alma de quien le escucha; y con el tercero á la suya propia, privándola de la gracia divina. Pero yo, dicen algunos, lo he dicho en secreto á mis amigos, con condicion de que no lo digan á otros. ¿Y acaso esto te sirva de excusa? Con que tú eres semejante á la serpiente que muerde silenciosamente, dice el Señor: *Si mordeat serpens in silentio, nihil eo minus habet qui occulte detrahit*. (Eccl. 10, 11.) ¿Qué importa que lo hayas dicho en secreto, si ya has mordido y quitado la fama á tu prójimo? Los que tienen el vicio de hablar mal de los otros, son castigados, no solamente en la otra vida, sino tambien en ésta: porque sus lenguas de tres filos son causa de muchos pecados, sembrando la discordia entre las familias y los pueblos: y solo consiguen en esta vida ser aborrecidos de cuantos los conocen, y hacer que huyan todos de ellos como de una serpiente ponzoñosa que todo lo envenena con su pestilente aliento.

5. Hay crimen de murmuracion, no solamente cuando se quita la fama al prójimo imputándole algun pecado que no ha cometido, ó exagerándole mas de lo justo; sino tambien cuando se publica algun crimen que ha sido cometido ocultamente. Algunos luego que saben alguna accion mala del prójimo, parece que sufren dolores de parto, si no la comunican á los otros. Y cuando el pecado del prójimo es secreto y grave, tambien es pecado mortal manifestarle á los otros sin justa causa. Digo sin causa justa, porque si uno manifestase al padre un vicio del

hijo, para que te corrija y le remedie, en esto no hay culpa alguna, antes se hace una obra buena; porque, como dijo Sto. Tomás, es pecado manifestar los delitos del prójimo, cuando se hace con el fin de que pierda su fama; pero no cuando se hace por su bien ó el de otro.

6. Han de dar gran cuenta á Dios los que oyen hablar mal de otro, y lo cuentan despues á la persona de quien se ha murmurado: estos tales se llaman *corredores de chismes*. ¿Cuanto daño causan estas lenguas que siembran discordias de este modo! Ellas son aborrecidas de Dios, como dice Salomon en los Proverbios: *Odit Dominus... qui seminat inter fratres discordias*: El Señor aborrece al que siembra discordias entre sus hermanos. (*Prov. 6. 16 et 19.*) Menos daño causa la persona que murmura, porque puede haber sido ofendida injustamente, y es digna de excusa en cierto modo. Pero ¿con qué motivo vas tú á referir lo que has oido? Para hacer nacer odios y enemistades que han de ser causa de mil pecados. Si alguna vez desde hoy en adelante oyes hablar mal de tu prójimo, debes hacer lo que dice el Espíritu Santo, á saber, que muera dentro de tu corazon lo que oiste hablar de él: *Audisti verbum adversus proximum tuum, commoriatur in te.* (*Eccl. 19, 10.*) No solo debes tener cerrada en tu interior la murmuracion que oiste contra tu prójimo, sino que debe morir en ti. Lo que está encerrado en un lugar, puede salir de allí y dejarse ver; pero lo que está muerto, no puede salir ya. Quiero decir con esto, que cuando sepas alguna accion mala del prójimo, procures no manifestarla á los otros con alguna espresion indiscreta ó con algun movimiento de cabeza. Quizá causan mas daño á la fama del prójimo ciertos signos y ciertas palabras indiscretas y preñadas, que las palabras claras; porque muchas veces hacen creer mas grande el mal de lo que efectivamente es.

7. Guardaos, además, de criticar en la conversacion algun conocido presente ó ausente, haciéndole blanco de las burlas de la reunion. Suelen decir algunos: *eso lo digo yo por chanza*: pero estas chanzas son contrarias á la caridad. Y Jesucristo nos dice por S. Mateo (7. 12.) que hagamos con los demás lo que quisiéramos que hiciesen con nosotros: *Omnia ergo quaecumque vultis, ut faciant vobis homines, et vos facite illis.* ¿Te gustaria á tí ser burlado y puesto en ridiculo delante de los demás? Es claro que no. Pues no pongas tú en ridiculo á los otros. Debeis tambien absteneros de disputas inúti-

les; porque á las veces por ciertas bagatelas que nada importan, se originan grandes debates, de los cuales se pasa poco á poco á disturbios y á palabras injuriosas. Hay algunos que tienen espíritu de contradicción, y que sin necesidad y solamente movidos de su genio discolo, se ponen á contradecir lo que los otros dicen, faltando de este modo á la caridad. El Espíritu Santo dice que no disputemos sobre lo que no nos daña: *De ea re, quæ te non molestat, ne certeris.* (Eccl. 11, 9.) Pero algunos dicen: Yo defiendiendo la razon; no puedo oír sinrazones. El cardenal Belarmino responde á estos defensores de la razon, que vale mas una onza de caridad, que cien carretadas de razon. Cuando se discurre ó disputa de cosas que importan poco, dí tu parecer si quieres por discurrir; pero quédate tranquilo sin obstinarte en defenderle. Y en tales disputas lo mas acertado es ceder; porque el que cede vence, puesto que es superior en virtud, y conserva la paz, que es un bien mucho mayor que la victoria que suele obtenerse en tales disputas. S. José de Calasanz solia decir: El que ama la paz, no contradiga á ninguno.

8. Por tanto, oyentes míos, si quereis ser amados de Dios y de los hombres, procurad hablar bien de todos: y cuando oigais hablar alguna persona mal de otra, guardaos de incitarla á hablar ó de manifestar deseo de oirla; porque así os hariais culpables del mismo pecado que comete el que murmura. En semejantes casos se debe ó reprender al murmurador, ó mudar la conversacion, ó abandonar el sitio en que se murmura. El Eclesiástico (28, 28.) nos dice, que cuando oigamos que uno quita la fama á otro, pongamos en nuestros oídos una cerca de espinas: *Sepi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire*, para que no pueda penetrar en ellos la murmuracion. Cuando se murmura, debemos cuando menos manifestar que la conversacion nos disgusta; y esto se manifiesta callando, ó poniendo triste el semblante, ó fijando los ojos en tierra. En fin haced, dice S. Jerónimo, que el murmurador aprenda á no murmurar en adelante, viendo que no le escuchais con gusto: *Discat detractor, dum te videt non libenter audire, non facile detrahere.* (S. Hier. Ep. ad Nepot.) Cuando podais, la caridad exige que tomeis la defeusa de las personas que son el blanco de la murmuracion. El Esposo divino quiere que las palabras de su esposa sean como una venda de escarlata: *Sicut vitta coccinea labia tua.* (Cant. 4, 3.) Esto significa, como explica Teodoreto; que sus palabras sean dictadas por la cari-

dad , para que respete los defectos del prójimo todo lo posible , escusando cuando menos la intencion , ya que no pueda sus hechos , como nos encarga S. Bernardo: *Excusa intentionem , si opus non potes.* (*Serm. 40. in Cant.*) Las religiosas del monasterio de santa Teresa decian , que donde estaba su santa Madre tenian seguras las espaldas , sabiendo que ella tomaba la defensa de todas aquellas de quienes oia hablar mal.

9. La caridad exige tambien , que seamos mansuetos con todos , especialmente con nuestros contrarios. Cuando alguno está irritado , y os maltrata con palabras , respondedle con dulzura , y le vereis aplacado al momento ; porque , como dice el Sabio en los Proverbios (15 , 1.) : *Responsio mollis frangit iram* ; la respuesta suave desarma al iracundo. Si al contrario , nos resentimos y hablamos con dureza , aumentaremos el furor , y creciendo el resentimiento , nos pondremos en peligro de perder el alma , dando alguna señal de odio , ó prorumpiendo en alguna injuria grave. Cuando nos veamos turbados , es mejor violentarnos , para callar y no responder ; porque dice san Bernardo , que una vez ofuscada la razon por la ira , ya no ve lo que es justo ó injusto : *Turbatus præ ira oculus , rectum non videt.* (*Lib. 2. de Consid. cap. 11.*) Y cuando sucediese que trasportados de la ira hubiésemos injuriado al prójimo , exige la caridad que procuremos aplacarle del modo que podamos , para borrar de su corazon todo el rencor que haya concebido contra nosotros. No hay medio mejor entonces para reparar la caridad , que humillarnos á la persona á quien hubiésemos ofendido. Pero acerca de la virtud de la mansedumbre que debemos usar con el prójimo , hablaremos de intento mas adelante en el sermon xxxiv , en la dominica quinta despues de Pentecostes.

10. Tambien es acto de caridad corregir al que peca y se desvia de la ley de Dios. Pero dirá alguno : Yo no soy su superior. Es verdad , le respondo yo , pero si fueses superior suyo , estarias obligado á corregirle por el hecho de serlo , y no siéndolo lo estás por la caridad como cristiano : *Mandavit illis unicuique de proximo suo* (*Eccl. 17 , 12.*) ; porque el Eclesiastés y el Evangelio nos mandan corregir al prójimo cuando peca. ¿ No seria gran crueldad ver á un ciego que camina hácia el precipicio y no advertirle el peligro para librarle de la muerte temporal ? Pues mayor crueldad seria la nuestra , si pudiendo librar á menudo nuestro prójimo de la

muerte eterna, dejásemos de hacerlo por mirar su peligro con indiferencia.

PUNTO III.

De la caridad que debemos mostrar al prójimo con las obras.

11. Algunos dicen que aman á todos; pero luego no quieren molestarse nada para socorrerlos en sus apuros. A estos, pues, les dice S. Juan: Hijos míos, no amemos de palabra solamente, sino con las obras: *Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate.* (1. Joan. 3, 18.) La Escritura dice, que la limosna libra al hombre de la muerte, le limpia de los pecados, y le alcanza la divina misericordia y la salud eterna: *Eleemosyna à morte liberat, et ipsa est, quæ purgat peccata, et facit invenire misericordiam et vitam æternam.* (Tob. 12, 9.) Dios os socorrerá de la misma manera que socorrais vosotros al prójimo, y os medirá con la misma medida con que vosotros le midiereis: *In qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis.* (Matth. 7, 2) Por lo cual escribe el Crisóstomo, que usar de caridad con el prójimo es el arte de hacer grande granjería con Dios: *Eleemosyna est ars omnium artium quæstuosissima.* Sta. María Magdalena de Pazis decia que sentia mas alegre cuando socorria al prójimo, que quando se estasiaba en la oracion, con estas palabras: *Cuando yo estoy en la oracion, Dios me ayuda; pero cuando socorra al prójimo, ayudo yo á Dios.* Porque Dios recibe todos los actos de caridad hechos por el prójimo, como si se hiciesen por él. Y S. Juan dice: ¿Como puede decirse que ama á Dios aquel que posee las riquezas de este mundo, y ve á su prójimo necesitado y no se apiada de él? *Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo, quomodo charitas Dei manet in eo?* (1. Joan. 3, 17.)

12. Si la caridad, pues, nos manda socorrer á todos los necesitados, nos manda especialmente socorrer á los que se hallan en mayor necesidad, como son las almas del purgatorio. Porque Sto. Tomás dice, que la caridad se estiende á los vivos y á los muertos. Así, pues, como debemos socorrer á los prójimos que viven en este mundo, así tambien estamos obligados á socorrer á aquellas santas prisioneras que tanto sufren en el fuego del purgatorio y tan poco pueden hacer por sí mismas. Ayudemos, pues, cuanto podamos á estas tier-

nas esposas de Jesucristo, encomendándolas todos los dias á Dios, y haciendo decir algunas misas en alivio de sus penas. Nada alivia tanto los padecimientos de aquellas santas almas que se están purgando de las manchas de las culpas que cometieron en este mundo, como el santo sacrificio de la Eucaristía. Ciertamente que ellas no serán ingratas á nuestros auxilios, y rogarán por nosotros: y especialmente nos ayudarán despues cuando hayan llegado á la presencia de su Dios.

13. Tambien es cosa agradable á Dios que tengamos caridad con los enfermos. Cuando están afligidos de dolores, de melancolía, del temor á la muerte y se ven abandonados de los demás, debeis procurar socorrerlos con alguna limosna ó regalillo, y aliviarlos del modo que podais, al menos consolándolos con palabras y exhortándolos á resignarse á la voluntad de Dios, y á sufrir por su amor todo aquello que padecen.

14. ~~Sobre~~ Sobre todo, procurad tener caridad con las personas que son contrarias vuestras. Dirá alguno: Yo soy agradecido con quien se porta bien conmigo; pero no puedo tener caridad con quien me persigue. Mas Jesucristo dice, que hasta los infieles saben ser agradecidos con los que les hacen bien: *Nonne et ethnici hoc faciunt?* (Matth. 5, 47.) La caridad cristiana consiste en amar y hacer bien al que nos odia y nos hace mal: y por eso dice Jesucristo por S. Mateo: *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus et calumniantibus vos*: Yo os digo que ameis á vuestros enemigos, que hagais bien á los que os aborrecen, y que oreis por los que os persiguen y calumnian. (Matth. 5, 44 et seq.) Es decir, que debemos amar al que nos aborrece, y hacer bien al que nos hace mal; porque esta es la única venganza que se permite á los santos: *Pro malis bona retribuere, est vindicta coelestis.* (Epist. 16.) S. Juan Crisóstomo dice que ninguna cosa nos hace mas semejantes á Dios que el perdonar á los enemigos: *Nihil facit homines ita Deo similes ut inimicis parcere.* (Hom. 27, in Gen.) Así hicieron los santos, como Sta. Catalina de Sena, que estuvo asistiendo mucho tiempo á una mujer que le habia quitado la fama y estaba enferma. S. Ambrosio señaló un tanto diariamente, para que pudiese vivir cómodamente, á un asesino que habia armado asechanzas á su vida. Cierta gobernadora de la Toscana llamada Venustano, hizo cortar las manos porque era cristiano al obispo S. Sabino: sintiendo despues el tirano un grave y penetrante dolor en los ojos, pidió auxilio al Santo; éste hizo

oracion por él , y alzando el brazo que todavía destilaba sangre , le bendijo y logró del Señor que le quitase el dolor de los ojos y le curase tambien el alma , porque con este milagro se convirtió el tirano. Cuenta el P. Señeri que en Bolonia le mataron á una mujer el único hijo que tenia : casualmente despues de algun tiempo fué el matador á salvarse á la casa de dicha mujer. ¿Y de qué modo os parece se vengó ella entonces? Primeramente le ocultó para que no le hallasen los ministros de la justicia y luego le dijo: *Animo, amigo; puesto que perdí á mi hijo, vos sereis desde hoy mi hijo y mi heredero: ahora tomad ese bolsillo, y procurad salvaros en otra parte, porque aquí no estais seguro. De esta manera se vengán los santos. El que no perdona, dice S. Cirilo de Jerusalem, ¿como se atreverá á decir á Dios: Señor, perdonadme las muchas injurias que os he hecho, cuando no quiere él perdonar á su enemigo las pocas que ha recibido de él? Qua fronte dices Domino: Remitte mihi multa peccata mea, si tu pauca conservo tuo non remiseris?* (Catech. 2.) El que perdona al enemigo, seguro está de que será perdonado por Dios, pues nos dice por S. Lucas: *Dimittite et dimittimini*: Perdonad y sereis perdonados. (Luc. 6, 37.) Y cuando no podais hacer otro bien á vuestro enemigo, que os persigue y calumnia, al menos encomendadle á Dios, que nos manda hacerlo así por estas palabras: *Orate pro persequentibus et calumniantibus vos* ¿Orad por los que os persiguen y calumnian. Y no solo nos manda Jesucristo que perdonemos á nuestros enemigos, sino que nos enseñó á hacerlo dándonos él mismo el ejemplo. Cuando los Judíos le insultaban en la cruz, despues de haberle crucificado con inaudita barbarie y crueldad, ¿qué hizo aquel Señor omnipotente que podia aniquilarlos cón sola su voluntad? ¿Qué venganza tomó de aquellas fieras que tanto le habian maltratado? Alzó los ojos á su Padre eterno, diciéndole: *Padre mio, perdónales; porque no saben lo que hacen*. Esta es la venganza de Cristo; esta es la venganza de los santos; y esta debe ser tambien la venganza de los cristianos que quieran salvarse é imitar el ejemplo de Jesucristo, y obedecer los santos preceptos que nos impuso, y son los únicos que pueden abrirnos la entrada de la bienaventuranza eterna.

SERMON XXXI.**PARA LA DOMINICA SEGUNDA DESPUES DE PENTECOSTES.****DE LA SANTA COMUNION.**

Homo quidam fecit coenam magnam.

LUC. 14, 16.

Nos dice el Evangelio de hoy, que un hombre rico preparó un gran convite : en seguida mandó á uno de sus criados que convidase á él á todos los que hallase por las calles , bien fuesen pobres , ciegos ó cojos ; y en el caso de que no quisieran asistir , los obligase por fuerza : *Exi in vias , et sepe et compelle intrare , ut impleatur domus mea*. Y le advirtió despues que ninguno de aquellos que hubiesen sido convidados y no asistiesen , participaria en adelante de su mesa : *Dico autem vobis , quod nemo virorum illorum , qui vocati sunt , gustabit coenam meam*. Este convite es la santa Comunion , convite grande á que son convidados todos los fieles para alimentarse de la sangre sacrosanta de Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar , segun aquellas palabras de S. Mateo : *Accipite et comedite , hoc est corpus meum* : Tomad y comed , este es mi cuerpo. (*Matth.* 26, 26.) Nos entretendremos hoy en considerar :

Punto 1.º El grande amor que Jesucristo nos ha manifestado , dándonosos á comer en este sacramento.

Punto 2.º Lo que nosotros debemos hacer al recibirle , para sacar gran fruto de la Comunion.

PUNTO I.

El grande amor que Jesucristo nos manifestó , dándonosos á comer en este sacramento.

1. Sabiendo Jesus que habia llegado su hora de pasar desde este mundo á su Padre eterno , habiendo amado á los suyos que estaban en este mundo , al fin de su vida los amó mas : *Sciens Jesus , quia venit hora ejus , ut transeat ex hoc mundo ad*

Patrem, cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. (Joan. 13, 1.) Con estas palabras nos manifiesta San Juan, que Jesucristo antes de morir quiso dejarnos la prueba mayor y mas evidente que podia darnos de su amor, dejándonos su mismo cuerpo en la santa Eucaristía. Las palabras *in finem dilexit eos*, al fin de su vida los amó mas, las explica San Juan Crisóstomo de este modo: *Extremo amore dilexit eos*: los amó con un amor extraordinario. Dice S. Bernardino de Sena que las señales de amor que se dan poco antes de morir, quedan mas impresas en la memoria y se aprecian mas: *Quæ in fine in signum amicitiae celebrantur firmitus memorie imprimuntur, et cariora tenentur*. Pero cuando otros suelen dejar á sus amigos un anillo ó algunas monedas de plata en señal del afecto que les tienen, Jesucristo nos dejó su mismo cuerpo para que le comamos en este sacramento de amor.

2. ¿Y en qué tiempo instituyó Jesucristo este sacramento? Puntualmente le instituyó, como observó el Apóstol, la noche anterior al día de su muerte. Así nos lo dice (*Epist. 1. ad Corinth. 11. 23.*) por estas palabras: *Qua nocte tradebatur, accepit panem et gratias agens, fregit et dixit: Accipite et manducate, hoc est corpus meum*: En la noche en que debía ser entregado, tomó el pan y despues de haber dado gracias, le partió y dijo: Tomad y comed, este es mi cuerpo. Es decir que nuestro amantísimo Redentor quiso hacernos este don inapreciable, al mismo tiempo que los hombres se preparaban á darle la muerte. No se contentó pues Jesucristo con dar su vida por nosotros en una cruz; sino que quiso antes de morir manifestarnos todas las riquezas de su amor, como dice el concilio de Trento, dejándonos su cuerpo para que le comiésemos en la santa Comunión: *Divitias sui erga homines amoris velut effudit.* (Sess. 13, cap. 2.) Si la fe no nos asegurase esta verdad, ¿quien podria creer jamás que un Dios haya querido hacerse hombre, y convertirse en manjar para que así pudieran comerle sus mismas criaturas? Cuando Jesucristo reveló á sus discípulos este sacramento que les queria dejar en señal de su amor, no podian creerlo ellos mismos, y se despidieron del Señor diciendo: *Quomodo potest hic nobis carnes suas dare ad manducandum? Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?* ¿Cómo puede este darnos su carne para que la comamos: Esto es incomprensible y no se puede oír. (Joan. 6, 35 et 61.) Pero aquello mismo que los hombres no podian creer, lo imaginó y realizó el grande amor de Jesucristo cuando di-

jo : *Accipite et manducate , hoc est corpus meum* : Tomad y comed , este es mi cuerpo. Asi dijo á los Apóstoles la noche antes de morir , y lo mismo nos dice á nosotros ahora despues de haber muerto.

3. S. Francisco de Sales dice , que se tendria por muy honrado aquel hombre á quien el rey enviase de su mesa una porcion de comida de su mismo plato. ¿ Y quanto mas honrado se creeria si esta porcion fuese una parte de su mismo brazo ? Pues Jesus nos da en la comunion no solamente una parte de su brazo , sino todo su cuerpo sin reservarse nada : *Totum tibi dedit*. Por eso S. Juan Crisóstomo nos echa en cara nuestra ingratitud con estas palabras : *Nihil sibi reliquit* : Nada se reservó para sí. Y Sto. Tomás dice , que Dios nos ha dado en la Eucaristia todo quanto es y todo quanto tiene : *Deus in Eucharistia totum quod est et habet , dedit nobis*. (*Opusc.* 63. c. 2.) Con razon este mismo Santo llamó despues á este sacramento : *Sacramentum charitatis , pignus charitatis* : Sacramento de caridad , prenda de amor. Le llama así , porque solamente el amor movió á Jesucristo á darnos este don y prenda de su amor. S. Bernardo llama tambien á este sacramento : *Amor amorum* ; amor de los amores , ó amor sobre todo amor ; porque el Señor por medio de su encarnacion se dió á todos los hombres en general ; pero en la institucion de este sacramento se dió á cada uno de nosotros en particular , para darnos á entender el amor particular que nos conserva á cada uno.

4. ¿ Con cuanta ansia desea Jesucristo unirse á nuestras almas en la santa Comunión ! Bien manifestó este deseo quando instituyó este sacramento , diciendo á los Apóstoles : *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum*. (*Luc.* 22. 15.) S. Lorenzo Justiniani dice , que las palabras *desear con deseo* salieron del corazon enamorado de Jesucristo , para demostrarnos con ellas el ardiente amor que nos tenia : *Fragrantissime charitatis est vos hæc*. Esta es , dice , una espresion del mas ardiente amor. Y para que nosotros acudamos á menudo á recibirle en la santa Comunión , nos promete la vida eterna : *Qui manducat hunc panem , vivet in æternum*. (*Joan.* 6 , 59.) Y al contrario , si no comulgamos , nos amenaza privarnos de su gracia y del paraíso : *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis... non habebitis vitam in vobis*. (*Ibid.* v. 54.) Estas promesas y estas amenazas nacen del gran deseo que tiene el Señor de unirse con nosotros por medio de este sacramento.

5. ¿ Y porqué desea tanto Jesucristo que le recibamos en la

santa Comunión? Porque desea estar unido con cada uno de nosotros. En la comunión se une realmente Jesucristo con el alma y con el cuerpo del hombre, y el hombre se une con Jesucristo, como dice él mismo: *Qui manducat meam carnem, in me manet, et ego in eo*: El que come mi carne, permanece en mí, y yo en él. (Joan. 6. 57.) Por esto dice S. Juan Crisóstomo, que despues de la comunión, nos hacemos un mismo cuerpo y una misma carne con él: *Huic nos unimur, et facti sumus unum corpus et una caro*. (S. Joan. Chrysost. Hom. 68, ad Pop. Ant.) Y por lo mismo esclama S. Lorenzo Justiniani: *O mirabilis dilectio tua, Domine Jesu, qui tuo corpori taliter nos incorporari voluisti, ut tecum unum cor, et animam unam haberemus inseparabiliter colligatam*! ¡Que admirable es tu amor, ó Jesus! pues quisiste que nos incorporásemos á tí de tal modo, queuviésemos un mismo cuerpo y una misma alma contigo. Por esto dice el Señor á toda alma que recibe la comunión, lo que dijo un día á su amada sierva Margarita de Iprés: *Ve, hija mia, la bella union que se ha obrado entre tú y yo: dmame en adelante, y estemos siempre unidos en amor, y no nos separemos ya*. Esta union nuestra con Jesucristo, es efecto, como dice S. Juan Crisóstomo, del ardiente amor que Cristo nos tiene: Se unió á sí mismo con nosotros, para que seamos una misma cosa... porque tal union es propia de los que aman ardientemente: *Semetipsum nobis immiscuit, ut unum quid simus... ardentem enim amantium hoc est*. (Hom. 61. Ibid.) Pero, Señor, tanta intimidad con el hombre no es decente á una majestad divina, como la vuestra. Empero el amor, sin atenerse á razones, sigue á donde le arrastra su inclinación, y no donde debe ir: *Amor ratione caret, et valet quo dicitur, non quo debeat*. (Serm. 143.) S. Bernardino de Sena dice, que Jesucristo, dándonos su cuerpo á comer, quiso llegar al último grado de amor, uniéndose enteramente con nosotros, como se une el manjar con quien le come, que se convierte en su misma sustancia: *Ultimus gradus amoris est, cum se dedit nobis in cibum, quia dedit se nobis ad omnimodam unionem, sicut cibus et cibans invicem uniuntur*. (S. Bern. Ser. tom. 2, serm. 54.) Lo mismo esplicó con mucha claridad S. Francisco de Sales, diciendo: *En ninguna otra accion puede considerarse el Salvador, ni mas tierno ni mas amoroso, que en esta, en la cual se anonada, por decirlo así, y se reduce á manjar para penetrar en nuestras almas, y unirse al corazón de sus fieles amigos*.

6. De aquí resulta que no hay cosa alguna de la que po-

damos sacar tanto fruto, como de la sagrada comunión. Dice S. Dionisio, que el santísimo Sacramento tiene una virtud suma para santificar nuestras almas mayor que la que tienen todos los otros medios espirituales: *Eucharistia maximam vim habet perficiendæ sanctitatis*. Y S. Vicente Ferrer dijo, que aprovecha mas al alma una sola comunión, que una semana de ayunos á pan y agua. La comunión es aquella medicina que nos libra de los pecados veniales, y nos preserva de los mortales, como dice el concilio de Trento: *Antidotum quo à culpis quotidianis liberemur, et à mortalibus præservemur*. Jesus mismo dice, que quien le come á él que es la fuente de la vida, recibirá la vida de la gracia: *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*. (Joan. 6, 58.) Inocencio III escribió, que Jesucristo por su Pasión nos libró de los pecados cometidos; y por la Eucaristía de los que podemos cometer. La Eucaristía, dice el Crisóstomo, es aquel fuego que nos inflama en el amor de Dios, y hace que el demonio nos tema: *Carbo est Eucharistia, qua nos inflamat ut tamquam leones ignem spirantes ab illa mensa recedamus, facti diabolo terribiles*. (Hom. 61 ad Pop. Ant.) Esplicando S. Gregorio aquellas palabras que dice la Esposa en los Cantares de Salomón: *Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem* (Cant. 2. 4.); dice que la comunión es aquella bodega del vino en donde el alma queda de tal manera embriagada del divino amor, que olvida enteramente todas las cosas criadas.

7. Tal vez dirá alguno: Por eso no comulgo yo á menudo, porque no me embriago eu el divino amor. A este tal le responde Gerson con estas palabras: ¿Con que quieres apartarte del fuego porque te sientes frio, cuando debías por lo mismo acercarte mas á menudo á este divino sacramento? Oye pues lo que dice S. Buenaventura: Aunque estés frio, debes acercarte, confiando siempre en la misericordia de Dios; porque cuanto mas enfermo se siente uno, tanto mas necesita del médico: *Licet tepide, tamen confidens de misericordia Dei accedas; tanto magis eget medico, quanto quis senserit se ægrotum*. (De Prof. Rel. cap. 78.) Y S. Francisco de Sales dice en el cap. 21 de su Filotea: *Dos especies de personas deben comulgar con frecuencia; los perfectos para conservarse en la perfeccion, y los imperfectos para llegar á ser perfectos*. Pero no hay duda alguna de que el que quiere comulgar, debe poner todo cuidado en comulgar bien dispuesto; y pasemos al segundo punto.

PUNTO II.

Qué es lo que debemos hacer al recibir la sagrada Comunión para sacar gran fruto de ella.

8. Dos cosas son necesarias para sacar gran fruto de la Comunión: prepararse bien antes de recibirla, y dar gracias á Dios despues de haberla recibido. En cuanto á la primera parte, es indudable que los Santos sacaban grau fruto de las comuniones, porque procuraban prepararse bien. Y de no prepararse bien resulta, que muchas almas siempre viven con las mismas imperfecciones, á pesar de las muchas comuniones que hacen. Escribe el cardenal Bona, que el no adelantar en la perfeccion comulgando, no consiste en el divino manjar que recibimos, sino en la poca preparacion con que nos acercamos á recibirle: *Defectus non in cibo est, set in edentis dispositione*. Dos son las disposiciones principales que debe tener el que quiere comulgar con frecuencia. La primera es el desapego de las criaturas, desterrando del corazon todo lo que no sea Dios: cuanto mas apego á las cosas terrenas haya en el corazon, tanto menos cabida halla en él el amor de Dios. Conviene pues purgar el corazon de los afectos mundanos, para que te posea Dios enteramente. Esta fué la advertencia que hizo el mismo Cristo á Sta. Gertrudis para que pudiese comulgar bien: *No busco otra cosa de ti, le dice, sino que vengas á recibirme vacia de ti misma*. Desterremos pues del corazon las cosas criadas, y de este modo será todo entero del Criador; porque ninguno puede servir á dos señores, como dice el mismo Jesucristo en el Evangelio.

9. La segunda disposicion para sacar gran fruto de la comunión, es el deseo de recibir á Jesucristo á fin de amarle mas. S. Francisco de Sales decia, *que se debe recibir solamente por amor al que por amor se nos da*. Por consiguiente el principal fin de nuestras comuniones debe ser el aumentar en nosotros el amor hácia Jesucristo. Por esto dijo el Señor mismo á Sta. Matilde: Cuando comulgues, desea tener todo aquel amor hácia mí de que es capaz un corazon, y yo recibiré tu amor cual tú desearias que fuese.

10. Tambien es necesaria la accion de gracias despues de la comunión; porque la oracion que se hace despues de comulgar, es la mas grata á Dios y la mas útil para nosotros.

Despues de la comunión debemos entretenernos en afectos y súplicas; y los efectos no deben ser solamente de acción de gracias, sino tambien de humildad, de amor y de ofrecimiento de nosotros mismos. Entonces es cuando debemos humillarnos cuanto podamos, viendo que un Dios se ha convertido en manjar nuestro despues de haberle ofendido tanto. Un sabio doctor dice, que el afecto mas propio del que comulga debe ser de admiración; y que debemos decir: *Un Dios descende á mí! A mí se humilla todo un Dios!* Hagamos tambien entonces actos de amor hacia Jesucristo, puesto que él se ha hospedado dentro de nosotros para ser amado; por lo que agradece mucho oír decir al que le ha recibido: *Yo os amo, Jesus mio, y no amo otra cosa que á vos.* Ofrezcámonos tambien entonces nosotros mismos á Jesucristo y todas nuestras cosas, para que disponga de ellas á su gusto, repitiendo muchas veces estas palabras: *Vos, Jesus mio, os disteis todo á mí, y yo me doy todo á vos.*

11. Además de los afectos, debemos repetir las súplicas con gran confianza despues de la comunión; porque este es el tiempo en que podemos ganar grandes tesoros de gracias. Dice Sta. Teresa, que Jesus está entonces en el alma como en un trono de gracia, y le dice como al ciego de nacimiento: *Quid vis, ut tibi faciam?* ¿Qué quieres que haga contigo? (*Marc. 10, 15.*) Que es como si le dijera: *Me autem non semper habetis.* (*Joan. 12, 8.*) Ahora me tienes aquí, pero no me tendrás siempre; pídemelas las gracias que quieras, porque he bajado de intento del cielo para concedértelas. ¡O que tesoros de gracias pierden aquellos que se entretienen poco en suplicar á Dios despues de la comunión! Entonces tambien debemos volvernos hacia el Padre eterno, y recordándole la promesa que Jesucristo nos hizo: *Amen amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis:* En verdad os digo, que si pidierais alguna cosa á mi padre en mi nombre, os la concederá (*Joan. 16, 23.*); debemos decirle: Dios mio, por el amor de este vuestro Hijo que al presente tengo dentro de mi pecho, dadme vuestro amor, y santificadme. Y si decimos esto con confianza, no debemos dudar que el Señor nos oirá. El que así lo haga, puede hacerse santo con una sola comunión, porque tiene en sí mismo la fuente de la gracia, y al que ha ofrecido que dará al que le pida: *Petite et accipietis.*

SERMON XXXII.**PARA LA DOMINICA TERCERA DESPUES DE
PENTECOSTES.**

DE LA MISERICORDIA DE DIOS CON LOS PECADORES.

Gaudium erit in celo super uno
peccatore poenitentiam agente.
LUC. 15. 7.

Se cuenta en el Evangelio de hoy, que los Fariseos murmuraban de Jesucristo, porque acogia á los pecadores y comia con ellos: *Hic peccatores recipit, et manducat cum illis.* (Luc. 15. 2.) Oyendo esto el Señor, les dijo: Decidme, si uno de vosotros tuviese cien ovejas, y perdiese una de ellas, ¿no abandonará las noventa y nueve en el desierto, é irá á buscar la que ha perdido? Y no dejará de buscarla hasta que la encuentre; y despues que la haya encontrado, la cargará sobre sus espaldas, y alegre convocará á sus amigos y veciuos, y les dirá: Dadme el parabien, porque he hallado la oveja que habia perdido: *Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam quæ perierat.* Y luego concluye con estas palabras: *Dico vobis, quod ita gaudium erit in celo super uno peccatore poenitentiam agente, quam super nonagintanovem justis, qui non egent poenitentia:* Os digo, que igual alegría habrá en el cielo por un pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de hacer penitencia. Hablemos pues hoy de la misericordia que usa Dios con los pecadores:

Punto 1.º Llamándolos á penitencia.

Punto 2.º Esperando á que se conviertan.

Punto 3.º Perdonándolos cuando se arrepienten.

PUNTO I.

Misericordia de Dios en llamar á los pecadores á penitencia.

1. ; Que maravillados quedarian los Angeles, cuando pecó Adán, comiendo el fruto prohibido; y avergonzándose des-

pues del pecado cometido iba huyendo de la presencia de Dios; de ver al Señor que habia perdido á Adán, buscarle; y como el que va rogando, seguirle de cerca y llamarle! Adán, donde estás? le dice: *Adam, ubi es?* (*Gen. 3. 10.*) Hijo mio, donde estás? le repite. El P. Pereyra comenta estas palabras, y escribe sobre ellas: *Tales expresiones son propias de un padre que busca á su hijo perdido.* Hermanos míos, lo mismo ha hecho Dios con vosotros tantas veces como habeis huido de él, ofendiéndole, y Dios os ha llamado á penitencia por medio de inspiraciones, confesores y predicadores; como padre y pastor amoroso que llama sin cesar al hijo descarriado y á la oveja perdida. ¿Quién era aquel que os ha llamado tantas veces al redil de Jesucristo, que habiais abandonado por seguir la senda del vicio, que conduce al precipicio del infierno? Era el mismo Dios, cuyos embajadores son los predicadores y las divinas inspiraciones, como dice S. Pablo: *Pro Christo ergo legatione fungimur, tamquam Deo exhortante per nos.* (*2. Cor. 5, 20.*) Por esto dice el mismo Apóstol á los pecadores de Corinto: *Obsecramus pro Christo, reconciliamini Deo:* En nombre de Cristo os suplicamos que os reconcilieis con Dios. S. Juan Crisóstomo comenta estas palabras, diciendo: *Ipsé Christus vos obsecrat: quid autem obsecrat? Reconciliamini Deo:* El mismo Cristo os ruega: y ¿qué es lo que os ruega? Que os reconcilieis con Dios. ¿Y como os reconciliareis con Dios? Abandonando el pecado y haciendo la paz con él: *Reconciliamini Deo.* Y despues añade: *Non enim ipse inimicus gerit, sed vos:* El enemigo no es Dios, sino vosotros. Y en efecto, siempre es el pecador el que comienza las hostilidades contra Dios: siempre es Dios el que llama á la capitnlacion y á la paz al pecador. Cuando el ofensor está duro y renitente, el ofendido que es Dios se ablanda y humilla, para que el hombre vuelva á la amistad de su Dios, la criatura á la gracia del Criador.

2. Y á pesar de esto no cesa el Señor de llamarle con tantas voces é inspiraciones internas, remordimientos de conciencia y terrores y amenazas de castigos. Así ha obrado Dios con vosotros, oyentes míos; y viendo que haciais el sordo, se ha valido de los castigos, os ha llamado con aquellas persecuciones, con aquellas pérdidas de riquezas, con aquellas muertes de parientes, con aquella enfermedad mortal: os ha mostrado el decreto de vuestra eterna condenacion: no porque quiera condenaros, sino porque quiere libraros del infierno que teniais merecido, segun aquellas palabras de David: *Dedisti me-*

luentibus te significationem, ut fugiant à facie arcus, ut liberentur dilecti tui: Amenazaste á los que te temian, para que evitasen el castigo, y se librasen de él aquellos á quienes tú amabas. (*Psal. 59, 6.*) Vosotros llamabais desgracias aquellos trabajos; pero no eran sino misericordias que el Señor usaba con vosotros; eran voces de Dios para que dejaseis el pecado y no corrierais á la perdicion: *Raucae factae sunt fauces meae.* (*Psal. 68, 4.*) Hijos, os dice Dios, mi voz se enronqueció llamándoos, y vosotros no me visteis: *Laboravi rogans.* (*Jer. 15, 6.*)

3. Mereciais por vuestra ingratitud que yo no os llamase mas, pero seguí llamándoos. ¡O Dios mio! ¿quién era aquel que os llamaba? Era un Dios de infinita majestad, que os ha de juzgar un dia, y de quien depende vuestra suerte ó vuestra ruina eterna. Y vosotros ¿quienes sois? Unos gusanos miserables que mereceis el infierno. Y ¿por qué os llamaba Dios? Para haceros recobrar la vida de la gracia que habiais perdido. Volved al buen camino y vivid, os repetia á menudo: *Revertimini et vivite.* (*Ezech. 18. 32.*) Para asegurar la eterna vida, seria pequeño sacrificio vivir cien años ayunando y haciendo penitencia en un desierto; pero Dios os la ofrecia por un solo acto de dolor, y vosotros la rehusabais; y sin embargo él no os abandonó, y siguió diciéndoos: *Quare moriemini domus Israel?* Como un padre que va llorando tras un hijo que va á lanzarse voluntariamente al mar; así Dios ha ido tras de tí, diciéndote: Hijo mio, ¿por qué quieres condenarte?

4. Así como una paloma que quiere entrar en un palomar, y viendo cerrada la entrada por todas partes, va volando al derredor, y no deja de dar vueltas hasta que encuentra por donde entrar; así dice S. Agustin que hacia con él la misericordia divina, cuando él vivia en desgracia de Dios: *Circuibat super me fidelis à longe misericordia tua.* Lo mismo ha hecho el Señor contigo, ó pecador. Siempre que pecabas, desterrabas á Dios de tu alma, como dice Job por estas palabras: *Impii dicebant Deo: Recede à nobis:* Los impíos decian á Dios: Apártate de nosotros. (*Job 21, 14.*) Y Dios en lugar de abandonarte se colocaba á la puerta de tu ingrato corazon, y llamando, te hacia conocer que él estaba por la parte de afuera, diciendo que queria entrar en tu corazon: *Ecce sto ad ostium, et pulso.* (*Apoc. 3. 20.*) Él te suplicaba que le diceses entrada en él, apiadado de sus ansias, segun aquellas palabras de los Cantares (*5, 2.*): *Aperi mihi, soror mea:* Abreme, te decia,

porque quiero librarte de tu ruina : quiero olvidarme de todos los disgustos que me has dado si abandonas la senda de tu perdicion. Quizá tú no quieres abrirme ahora por no quedarte pobre, resituyendo los bienes robados , ó dejando el trato de aquella persona que te provee de todo. ¿No puedo yo proveerte tambien ? dice Dios. Quizá piensas llevar una vida amarga , dejando aquella amistad que te tiene separado de mí. Pero ¿ no puedo yo contentarte y hacerte pasar una vida feliz ? Pregúntalo á aquellos que me aman de corazon , y verás como están contentos con mi gracia , y no trocarian su estado , aunque humilde y pobre , por todas las delicias y riquezas de los monarcas de la tierra.

PUNTO II.

Misericordia de Dios en esperar á que se conviertan los pecadores.

5. Hemos considerado la misericordia de Dios mientras llama á penitencia á los pecadores.: consideremos ahora su paciencia mientras espera á que se conviertan. Decia aquella gran sierva de Dios, D.^a Sancha Carrilo , hija de confesion del P. Juan de Avila , que deseaba edificar una iglesia que se intitulase: *La paciencia de Dios* , considerando la gran paciencia que tiene Dios con los pecadores. Y en efecto , oyentes mios , ¿ quién podia sufrirnos tanto como nos ha sufrido Dios ? Si las ofensas que hemos hecho á Dios , las hubiésemos hecho á un hombre , aunque fuese el mejor amigo que tenemos , ó nuestro mismo padre , quizás se hubiese vengado de nosotros. La primera vez que le ofendimos , pudo castigarnos ; le volvimos á ofender , y Dios en vez de castigarnos , nos hacia bien , nos conservaba la vida , nos proveia de todo ; fingia que no veia las ofensas que le hacíamos , para dar lugar á que nos enmendásemos y dejásemos de ofenderle : *Dissimulat peccata hominum propter penitentiam.* (Sap. 11 , 24.) Pero , ¿ en qué consiste , Señor , que vos que no podeis sufrir un solo pecado , sufrís tantos y callais ? *Respiciere ad iniquitatem non poteris. Quare respicis super iniqua agentes et tacees ?* (Habac. 1 , 13.) Vos veis aquel hombre vengativo que estima mas su propio honor que el vuestro : aquel hombre codicioso que en lugar de restituir lo que ha robado sigue ejerciendo sus rapiñas : aquel deshonesto que en lugar de avergonzarse de la fealdad de sus vicios , se vanagloria de ellos : aquel escandaloso que no contento con

las ofensas que os hace él mismo, procura inducir á los demás á que os ofendan. Si los veis, ¿como callais y no los castigais inmediatamente?

6. Dice Sto. Tomás que todas las criaturas, la tierra, el fuego, el aire y el agua quisieran por instinto natural castigar al pecador y vengar las injurias que está haciendo á su Criador: *Omnis creatura tibi factori deserviens excandescit adversus injustos*. Pero que Dios por su bondad se opone á ello y espera aun á los malvados para que se conviertan, y ellos abusan de su indulgencia para ofenderle mas. El profeta Isaías esclama: *Indulsisti genti, Domine, indulsisti genti, numquid glorificatus es?* (Isa. 26, 15.) Vos, ó Señor, los habeis esperado largo tiempo, habeis suspendido la venganza; pero, ¿qué ventajas habeis sacado de esto, si ellos han obrado peor que antes? ¿Por qué habeis de tener tanta paciencia con estos ingratos? ¿Por qué habeis de seguir esperándolos y no los castigais? A esto responde el mismo profeta Isaías (30, 18.), diciendo: *Propterea expectat Dominus, ut misereatur vestri*. Dios espera al pecador para que se enmiende por fin y pueda de este modo perdonarle y conducirle á la salvacion. Yo no quiero que el pecador se condene, dice el Señor, sino que se convierta y se salve: *Nolo mortem impiis, sed ut convertatur impius á via sua et vivat*. (Ezech. 32, 11.) S. Agustin añade, que si Dios no fuese Dios, seria injusto, por tener tanta paciencia con los pecadores. Pecamos nosotros, sigue diciendo el Santo, estamos adheridos al pecado meses y años, nos vanagloriamos del pecado, y tú nos sufres, ó Señor! Te provocamos á la ira, y tú nos convidas con tu misericordia! *Nos peccamus, in-hæremus peccato. Gaudemus de peccato, et tu placatus es! Te nos provocamus ad iram, tu nos ad misericordiam!* Parece que hay una contienda entre Dios y nosotros: nosotros nos empeñamos en irritarle para que nos castigue, y él se empeña en invitarnos con el perdon.

7. Señor, dice el santo Job, ¿qué cosa es el hombre á quien tanto engrandesces y amas? *Quid est homo, quia magnificas eum, aut quid apponis erga eum cor tuum?* (Job 7, 17.) S. Dionisio Areopagita dice que Dios va tras los pecadores como un amante despreciado, pidiéndoles que no se pierdan, y diciéndoles sin cesar: Ingratos, ¿por qué me abandonais? Yo os amo, y no deseo otra cosa que vuestro bien. Advertid, ó pecadores, dice Sta. Teresa, que aquel que os llama y os viene siguiendo, es aquel Señor que os ha de juzgar un dia: sa-

bed que si os condenais , serán para vosotros las penas mayores que sufrireis en el infierno , las muchas misericordias que usa ahora con vosotros.

PUNTO III.

Misericordia de Dios en perdonar á los pecadores que se arrepienten.

8. Cuando un vasallo se rebela contra un príncipe de la tierra y va despues á pedirle perdon; el príncipe le arroja de su presencia , sin dignarse mirarle. Pero Dios no se porta así con nosotros , cuando humildemente le pedimos perdon : *Non avertet faciem suam à vobis , si reversi fueritis ad eum.* (2. Paral. 30 , 9.) Dios no sabe volver el semblante por no mirar al pecador cuando vuelve á él arrepentido. Jesus mismo nos protestó , que jamás dejará de admitir á ninguno que se postre arrepentido á sus pies : *Eum qui venit ad me , non ejiciam foras.* (Joan. 6 , 37.) Pero , ¿ como ha de poder rechazarle , cuando él mismo le convida á que vuelva á su redil , y promete abrazarle ? *Revertere ad me , dicit Dominus , et suscipiam te.* (Jer. 3 , 1.) En otro lugar dice : Yo he debido volveros la espalda , ó pecadores , porque vosotros me la volvisteis primero á mí ; pero volveos de nuevo á mí , y yo me volveré á vosotros : *Convertimini ad me , ait Dominus exercituum , et convertar ad vos , ait Dominus.* (Zach. 1 , 3.)

9. ¡ O con que ternura abraza Dios al pecador que se convierte ! Esto cabalmente quiso manifestarnos Jesucristo , cuando dijo , como hemos referido arriba : que él es el buen pastor , que cuando encuentra á la oveja perdida , la abraza amoroso y la carga sobre sus espaldas : *Et cum invenerit eam , imponit in humeros suos.* (Luc. 15 , 5.) Lo mismo nos manifestó en la parábola del hijo pródigo , haciéndonos saber que él es aquel padre que sale al encuentro al hijo perdido cuando vuelve á casa , le abraza , le besa , y se embriaga de alegría al recibirle : *Aceurrens cecidit super collum ejus , et osculatus est eum.* (Luc. 15 , 20.)

10. Dios nos asegura tambien que cuando el pecador se arrepiente , el Señor quiere olvidarse de los pecados que ha cometido , como si no le hubiese ofendido con ellos. Mas si el impío , dice , hiciere penitencia , vivirá y me olvidaré de todas las iniquidades que ha cometido : *Si autem impius egerit poenitentiam.....vivet , omnium iniquitatum ejus quas operatus est ,*

non recordabor. (Ezech. 18, 21 et 22.) Y él mismo nos añade por el profeta Isaías (1, 18.): *Venite, et arguite me, dicit Dominus, si fuerint peccata vestra, ut coccinum, quasi nix dealbabitur*: Aunque vuestra conciencia estuviere enteramente manchada por el pecado, quedará blanca como la nieve. Pero sobre todo, debemos notar estas palabras que dice en el mismo lugar: *Venite, et arguite me*, que quieren decir: Venid á mí, pecadores, y si yo no os perdono y no os alargo los brazos, echadme en cara que he faltado á mis promesas. Mas no temais que falte á ellas, porque Dios no sabe despreciar á un corazón contrito y humillado: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despiciet.* (Psal. 50, 19.)

11. El Señor cifra su gloria en ser misericordioso con los pecadores, como dice Isaías: *Exaltabitur parcens vobis.* (Isa. 30, 18.) Y la Iglesia añade que Dios manifiesta su omnipotencia perdonando, y apiadándose de quien le ofende: *Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas.* No penseis, oyentes míos, que Dios quiere haceros esperar largo tiempo el perdón; porque os le concederá tan presto como le pidais, como se lee en la Escritura por estas palabras: *Plorans nequaquam plorabis, miserans miserebitur tui.* (Isa. 30, 19.) No teneis mucho que llorar, porque al instante que lloreis vuestras culpas, se apiadará Dios de vosotros: *Ad vocem clamoris tui, statim ut audierit, respondebit tibi.* (Ibid.) Dios no hace con nosotros lo que nosotros hacemos con él. Nos llama y hacemos el sordo; pero Dios al instante que nos oye decir: *perdonadme, Dios mío*, nos responde compadecido: *yo te perdono.* Ea pues pecador, ¿por qué tardas á pedir perdón á ese Señor omnipotente y compasivo á quien tienes ofendido? ¿Porqué no vuelves á la casa de ese padre amoroso que abandonaste como el hijo pródigo, y te espera con los brazos abiertos para abrazarte, y olvidar las injurias y ofensas que le has hecho?

SERMON XXXIII.**PARA LA DOMINICA CUARTA DESPUES DE PENTECOSTES.****LA MUERTE ES CIERTA É INCIERTA.**

Laxate retia vestra in capturam.

LUC. 8. 4.

EN el Evangelio de hoy se lee , que habiendo Jesucristo un dia entrado en una barca , oyó á S. Pedro que decia , que él y sus compañeros habian trabajado toda la noche y no habian podido coger ningun pez. Entonces Jesus le dijo: *Duc in altum, et laxare retia vestra in capturam*: Conduce la barca á alta mar , y echarás al agua las redes para pescar. Ellos llevaron la barca al medio del mar , y habiendo arrojado las redes, cogieron tanta multitud de peces , que casi se rompian con el peso. Nosotros somos, oyentes mios, los pescadores que Dios ha puesto en medio del mar de la presente vida : á nosotros nos ha mandado lanzar las redes para coger peces , esto es, hacer obras buenas para adquirir méritos con los cuales consigamos la vida eterna. ¡ Dichosos nosotros, si conseguimos este fin y nos salvamos! Pero desgraciados si en lugar de adquirir méritos para conseguir el Paraíso, los hacemos para merecer el infierno y nos condenamos! El éxito de nuestra felicidad , ó de nuestra desgracia eterna , se ha de ver á la hora de nuestra muerte, la cual es cierta é incierta. El Señor nos asegura que es cierta para que nos preparemos para cuando llegue; y quiere tambien que sea incierta , es decir , que ignoremos el dia y la hora en que ha de suceder, porque estemos siempre aparejados , y no nos pueda sorprender. Dos puntos son estos, oyentes mios , de grande importancia para nosotros.

Punto 1.º Es cierto que hemos de morir.

Punto 2.º Es incierto cuando hemos de morir.

PUNTO I.

Es cierto que hemos de morir.

1. En la Epístola á los Hebreos (9. 27.) nos dice S. Pablo que está determinado que todos los hombres han de morir : *Statutum est hominibus semel mori*. Esta es la sentencia que por efecto del pecado original recayó sobre todo el género humano y sobre cada uno de sus individuos en particular. S. Cipriano dice que todos nacemos con el cordel al cuello ; y por esto nos vamos acercando mas á la horca cada paso que damos en esta vida. La horca que nos aguarda será aquella última enfermedad que nos ha de arrancar de este mundo para trasladarnos al otro. Así pues, hermanos míos, como fuisteis escritos un día en el libro de los bautizados, así lo habeis de ser otro en el libro de los difuntos. Del mismo modo que decís, hablando de vuestros antepasados : la memoria de mi padre, de mi tío y de mi hermano ; nombrarán también la vuestra vuestros sucesores cuando hubiereis salido de este mundo. Y así como vosotros oísteis tocar á muerto muchas veces por los que ya murieron, así oirán tocar por vosotros los que os sobrevivan.

2. Todas las cosas futuras son inciertas para los hombres que viven ; pero la muerte es una cosa cierta y segura, como dice S. Agustín : *Cetera nostra bona et mala incerta sunt, sola mors certa est*. Es incierto si el niño que nace hoy será pobre ó rico, si tendrá buena ó mala salud, si morirá joven ó llegará á la vejez ; pero es muy cierto que ha de morir aunque sea noble é hijo de un monarca. Cuando llega la hora de la muerte, todos ceden á su violencia, porque nadie la puede resistir. Por eso dice el mismo S. Agustín (in *Psal.* 12.) : Se resiste al fuego, al hierro, á los reyes ; pero ¿quien resiste á la muerte cuando llega ? *Resistitur ignibus, undis, ferro. resistitur regibus ; venit mors, quis ei resistit ?* Estando para morir un rey de Francia, dijo : *Ved como yo no puedo conseguir con todo mi poder que la muerte me espere una hora mas*. Y en efecto, cuando ha llegado el fin de la vida, la muerte á nadie espera ni un momento, como dice el santo Job (14. 8.) : *Constituisti terminos ejus, qui præteriri non poterunt* : Fijaste los límites de la vida del hombre que á ninguno es dado traspasar.

3. Hemos de morir sin remedio. Y esta verdad no sola-

mente la creemos, sino que la vemos y la palpamos. Cada siglo se llenan de gente nueva las casas, las plazas, y las ciudades; y son conducidos á la buesa los que nacieron anteriormente. Son las generaciones humanas semejantes á las olas del mar, que mueven un poco de ruido y desaparecen para siempre, pero luego se forman otras nuevas. Así como terminaron los dias de la vida de los que vivieron antes que nosotros; así llegará tiempo en que no quedará vivo ninguno de cuantos al presente vivimos en este mundo, como dice el real Profeta (*Psal. 88. 49.*) por estas palabras : *Quis est homo, qui vivit, et non videbit mortem?* ¿Quien es el hombre que vive y no ha de morir? Si alguno quisiese hacerse la ilusion de que no ha de morir, este tal no solamente faltaria á la fe, que nos enseña lo contrario, sino que seria un loco. Porque sabemos que todos los hombres, aunque hayan sido poderosos, príncipes, ó monarcas, han muerto finalmente. ¿Y en donde están todos estos al presente? S. Bernardo hace esta pregunta : *Dic imhi ubi sunt amatores mundi?* Decidme ¿donde están ahora los amadores del mundo? Y se responde el mismo Santo : *No quedó de ellos otra cosa que polvo y gusanos.* De tantos grandes y príncipes de la tierra que fueron sepultados en soberbios mausoleos de mármol, ¿qué otra cosa ha quedado sino un poco de polvo y algunos huesos sin carne? Sabemos que todos nuestros antepasados están muertos, como nos lo recuerdan sus retratos, sus libros de memoria, los muebles que usaron, los bienes que nos dejaron. ¿Y podremos esperar, á pesar de esto, que no hemos de morir nosotros? ¿Quien vive ahora de aquellos que vivian en esta ciudad cien años hace? Ninguno; todos se hundieron en la sima de la eternidad; en un abismo eterno de delicias, ó en una eterna noche de tormentos. Y la misma suerte nos espera tambien á nosotros : ó eterna gloria, ó eterna condenacion.

4. ¡Ó Dios! todos sabemos que hemos de morir; pero la desgracia y el error consiste en que nos figuramos que la muerte está tan remota, como si nunca hubiese de llegar; y por esto vivimos tan olvidados de ella. Pero, presto ó tarde, pensemos ó no en la muerte, es cierto y de fe, que hemos de morir, y que cada dia, cada hora que vivimos, nos acercamos mas á la muerte y á la sima que debe tragarnos: Porque no tenemos en este mundo una mansion duradera, como dice el Apóstol, sino que vamos en busca de la eterna : *Non enim habemus hic, manentem civitatem, sed futuram inquirimus.* (*Hebr.*

13. 14.) No es esta la patria para que fuimos criados; estamos peregrinando en este mundo, y como de paso, como escribe el mismo Apóstol: *Dum sumus in corpore, peregrinamur à Domino.* (2. Cor. 5, 6.) Nuestra patria verdadera es el Paraíso, si sabemos conquistarle con la gracia de Dios y con las buenas obras. Nuestra casa no es esta donde habitamos al presente, sino que estamos aquí como de paso para la eternidad: *Ibit homo in domum æternitatis suæ.* (Eccl. 12, 5.) Esto supuesto ¿no sería gran locura que comprase bienes en un pueblo por donde pasase un extranjero, para quedarse en él olvidado de su casa y de su familia? Pues mas necio es todavía el que espera ser feliz en este mundo, que debe abandonar tan presto, y pecando se pone en peligro de hacerse infeliz en el otro, donde ha de vivir eternamente.

5. Decidme, amados oyentes míos, si vieseis un condenado á muerte que mientras es conducido al cadalso, en lugar de prepararse á morir, anduviese por las calles con mucha serenidad, mirando los objetos que mas le gustan, pensando en espectáculos y festines, pronunciando palabras obscenas, maldiciendo del prójimo, ¿no diriais que este infeliz estaba loco ó abandonado de Dios? Decidme pues ahora vosotros: ¿No estais caminando ya á la muerte? Pues ¿porqué pensais únicamente en complacer á vuestros sentidos? ¿Por qué no os ocupais en ajustar las cuentas que habeis de dar en el tribunal de Dios, un dia que quizá está mas cerca de lo que vosotros creéis? Almas que teneis fe, dejad á los necios del mundo que piensen en hacer fortuna en este triste valle de lágrimas; y pensad vosotros en hacerla en la otra vida que ha de ser eterna.

6. Fijad vuestras miradas sobre aquella huesa, donde yacen sepultados vuestros parientes y amigos; y mirad aquellos cadáveres, cada uno de los cuales os dice mudamente: *Mihi heri, et tibi hodie*: A mí me sorprendió la muerte ayer, y á ti te sorprenderá hoy. (Eccl. 28, 23.) Tú tambien te has de convertir en polvo y ceniza como yo. Y entonces ¿cual será la suerte de tu pobre alma, si antes de morir no ajustas bien tus cuentas con Dios? ¡Ah hermanos míos! si quereis vivir bien, y tener ajustadas las cuentas para aquel gran dia, en que debe decidirse vuestra causa; procurad no olvidaros de la muerte en los dias que os quedan de vida, bastante cortos á la verdad: *O mors bonum est iudicium tuum.* (Eccl. 41, 3.) ¡Qué bien juzga de las cosas, y qué bien dirige sus acciones el que las

juzga y dirige, teniendo presente en la memoria la hora de la muerte! La memoria de la muerte nos hace perder la inclinacion y afecto á todos los bienes de la tierra. Por esto dice S. Lorenzo Justiniani : *Consideretur vitæ terminus, et non erit in hoc mundo, quid ametur*: Consideremos en el fin de esta vida, y no amaremos las cosas de este mundo. (*De ligno vitæ, cap. 5.*) Fácilmente desprecia las riquezas de este mundo, los honores y los placeres de la tierra, el que piensa que debe dejar todas estas cosas dentro de un breve plazo de tiempo, y ha de ser arrojado á la huesa para que le coman los gusanos.

7. Algunos destierran de su imaginacion el pensamiento de la muerte, como si de este modo pudiesen desterrar la misma muerte lejos de su cuerpo. Pero la muerte no puede evitarse; y el que no quiere pensar en ella, en gran riesgo se pone de tener una muerte desgraciada. A la vista de la muerte despreciaron los santos los bienes de la tierra. Con este fin tenia S. Carlos Borromeo sobre la mesa un cráneo humano, ante sus ojos. El cardenal Baronio tenia escrito en el anillo que llevaba : *Memento mori*: acuérdate que has de morir. Cierta venerable obispo de Salzo tenia escritas estas palabras en el cráneo de un difunto : *Como estoy yo, estarás tú tambien*. Los santos solitarios, cuando se retiraban al desierto ó á las grutas, se llevaban una calavera de un muerto, para prepararse á morir con la vista continua de este objeto, que les recordaba el fin que habian de tener. Por esto, preguntado un ermitaño á la hora de su muerte, en que consistia que se hallaba tan alegre, respondió : *Como he tenido siempre la muerte ante los ojos, no me espanta ahora que la veo*. Al contrario, ¡cuanto pavor infunde, cuando se presenta al hombre que ha pensado poco en ella!

PUNTO II.

Es incierta la hora en que hemos de morir.

8. Escribe el Idiota, que nada hay mas cierto que la muerte; pero nada mas incierto que la hora en que hemos de morir : *Nil certius morte, hora autem mortis nihil incertius*. Es cierto que hemos de morir. Determinado está por Dios el año, el mes, el dia, la hora y el instante en que cada uno de nosotros ha de salir de este mundo y entrar en la eternidad. Pero no ha querido Dios que nosotros sepamos cuando debe llegar es-

te momento. Y muy justamente, como dice S. Agustín; porque si supiésemos el día fijo de nuestra muerte, esto sería causa de que muchos siguiesen pecando, con la seguridad que tenían de no morir antes de aquel día: *Si statuisset viam omnibus, faceret abundare peccata de securitate*: (S. August. in Psal. 144.) Por esto dice el Santo, que nos ha ocultado Dios el día de la muerte, para que vivamos siempre bien: *Latet ultimus dies, ut observentur omnes dies*. (Hom. 12 inter 50.) Por lo cual Jesucristo nos exhorta á que estemos preparados, ya que no sabemos el día en que nos hemos de presentar á dar cuenta de nuestras obras. Quiere que sepamos que vendrá la muerte cuando menos pensemos, para que estemos siempre aparejados á ella, como dice S. Gregorio: *De morte incerti sumus, ut ad mortem semper parati inveniamur*. S. Pablo nos avisa también que el día del Señor, es decir, el día en que Dios ha de juzgarnos vendrá cuando menos pensemos, como un ladrón nocturno que entra en la casa, cuando mas descuidada está la familia: *Dies Domini, sicut fur in nocte, ita veniet*. (1. Thess. 5, 2.) Puesto que la muerte puede sorprendernos en todo tiempo y en todo lugar, dice S. Bernardo, que si queremos tener una buena muerte, debemos estar preparados á ella en todo tiempo, y en cualquier lugar que nos halleemos: *Mors ubique te expectat, tu ubique eam expectabis*. Y S. Agustín escribe: *Latet ultimus dies, ut observentur omnes dies*. (Hom. 12.) El Señor nos oculta el día en que hemos de morir, para que estemos preparados á la muerte todos los días y todos los momentos de nuestra vida.

9. La desgracia de muchos cristianos que se condenan, consiste en que muchos, aun aquellos ancianos que conocen que se les acerca la muerte, creen que todavía ha de tardar, y que cuando llegue, les dará tiempo para prepararse. Escribe S. Gregorio: *Dura mente abesse longe mors creditur, etiam cum sentitur*. (Moral. lib. 8.) ¿Pensáis así vosotros, oyentes míos? Pero ¿como podeis saber si la hora de vuestra muerte está próxima ó remota? ¿Y como sabeis que os dará tiempo para prepararos? ¿A cuantos conocemos que han muerto de repente, unos en el camino, otros estando sentados, otros durmiendo en su lecho? Y pregunto, ¿quién de estos creía que había de morir de este modo? Sin embargo murieron, y si la muerte los cogió en pecudo mortal ¿cual habrá sido la suerte de sus tristes almas? ¡Infelices aquellas almas á quienes la muerte sorprende repentinamente! Aun digo mas: todos aque-

llos que se acostumbran á vivir con la conciencia manchada, se puede decir que mueren repentinamente, aunque hayan tenido muchos dias de término para prepararse; porque es muy difícil arreglar su conciencia y enmendar su vida, para volver á la amistad de Dios en unos dias tan confusos y llenos de terror, como son aquellos que anteceden á la muerte. Pero repito: que esta enemiga del género humano puede asaltarnos de modo que no os dé ni aun el tiempo preciso para recibir los santos Sacramentos. ¿Quién os asegura que viviremos nosotros dentro de una hora? ¿Quién os asegura que no se hundirá este techo dentro de un minuto, y nos hallaremos hundidos en la sima profunda de la eternidad? Este pensamiento hacia temblar á Job, que decia: *Nescio enim, quandiu subsistam, et si post modicum tollat me Factor meus*: Ignoro el tiempo que he de vivir, y no sé si me quitará la vida mi Criador dentro de un momento. (*Job 52, 22.*) Y S. Basilio nos advierte que al entregarnos al descanso por la noche no confiemos en ver el día de mañana: *Cum in lectulum ad quiescendum membra tua posueris, noli confidere de lucis adventu.* (*Inat. ad fil. spirit.*)

10. Cuando el demonio, pues, te induzca al pecado, diciéndote que despues te confesarás, debes responderle: ¿Y sé yo acaso si el día de hoy será el último de mi vida? Y si la muerte me cogiere en pecado, de modo que no tuviere tiempo de confesarme, ¿cual seria mi suerte por toda la eternidad? ¿A cuantos infelices pecadores ha sorprendido la muerte en el tiempo mismo que estaban cometiendo algun pecado mortal, y fueron sepultados en los infiernos? *Sicut pisces capiuntur homo, sic capiuntur homines in tempore malo*: Les sucede como á los peces, que tragan el anzuelo que los mata, cuando solamente pensaban en el alimento que los seduce. (*Eocl. 9, 4.*) Los pecadores mientras pecan se creen tranquilos y seguros con la idea de hacer despues una buena confesion, para evitar de este modo su eterna condenacion; pero la muerte los sorprende repentinamente cuando mas descuidados se hallan, como dice S. Pablo: *Cum enim dixerint, pax et securitas, tunc repentinus eis superveniet interitus.* (*1. Thess. 5, 3.*)

11. Es muy extraño que si un hombre debe recibir de otro una suma de dinero, toma para ello ciertas precauciones, haciendo que el deudor le dé un recibo firmado, diciendo que hace esto porque nadie sabe lo que puede suceder: puede

sobrevenir la muerte, añade, y yo pierdo mi dinero. Repito, pues, que es muy de extrañar que no se tenga la misma precaucion quando se trata de salvar el alma, que vale mas que todos los intereses del mundo. ¿ Porqué no dicen tambien entonces : *Quién sabe lo que puede suceder?* Quando se trata del dinero, si pierden aquella suma, no lo pierden todo; y lo que pierden por un lado, pueden ganarlo por otro; pero el que pierde el alma, todo lo pierde, y no le queda esperanza alguna de recobrarla. Si se muriese dos veces, podria perderse el alma la primera, y salvarse la segunda: pero no, cristianos; solamente se muere una vez, como dice S. Pablo: *Statutum est hominibus semel mori.* (Hebr. 9, 27.) Nadie muere mas que una vez; y el que esta vez se engaña, se engaña para siempre; y por esto la condenacion se llama error que no tiene remedio ninguno: *Periisse semel æternum est.*

12. Quando al venerable Juan de Avila, hombre santo y apóstol de la España, le dieron noticia de que se acercaba su muerte, y le quedaban pocos instantes de vida, ¿qué os parece que respondió este gran siervo de Dios, que habia vivido santamente desde la infancia, como leemos en su vida? Respondió temblando de pavor: *¡O si tuviese un poco mas de tiempo para prepararme á morir!* Del mismo modo temblaba tambien á la hora de la muerte el abad S. Agaton despues de tantos años de penitencia, y decia: *¡Qué será de mí!* *¡Quién puede saber los juicios de Dios!* Y tú, pecador, ¿qué dirás quando te anuncie tu muerte el sacerdote que te asista, diciéndote: *Parte, alma cristiana, de este mundo?* ¿Dirás acaso, esperad un poco, dejad que me prepare mejor? Esto seria inútil, porque la muerte no espera á nadie, y por lo mismo es necesario prepararse desde ahora. S. Pablo nos advierte que si queremos salvarnos, debemos vivir con temor y temblor de que no nos sorprenda la muerte en pecado: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.* (Philip. 2, 12.) Reflexionad; oyentes mios, que se trata de la eternidad, y que si el árbol de vuestra vida cayere hácia la parte del austro ó hácia el aquilon, así ha de permanecer para siempre: *Si ceciderit lignum ad austrum, aut ad aquilonem, in quocumque loco ceciderit, ibi erit.* (Eccl. 11, 3.) ¿Que alegría será la vuestra, si podeis decir entonces: ya estoy salvo, ya lo aseguré todo, ya no puedo perder á Dios, y seré feliz para siempre! Pero si cayerais hácia la parte del aquilon, esto es, de la condenacion eterna, ¿qué direis? Esclamareis poseidos de la mas ciega desespera-

cion: ¡Desgraciado de mí! me engañé, y mi error no tiene remedio. Ea, pues, si quereis evitar tan triste suerte, haced hoy mismo una firme resolucion de dedicaros al servicio de Dios. Confesad presto vuestras culpas á un confesor, con propósito de no ofender mas al Criador; y de este modo conseguireis una buena muerte y despues la eterna gloria.

SERMON XXXIV.

PARA LA DOMINICA QUINTA DESPUES DE PENTECOSTES.

CONTRA EL VICIO DE LA IRA.

*Omnis qui irascitur fratri suo,
reus erit iudicio.*

MATTH. 5, 22.

LA ira es semejante al fuego; porque así como el fuego es vehemente y violento luego que tomó fuerza, é impide que se le vea en el humo que despide; así la ira hace que prorumpa el hombre en mil escesos, y no le deja ver lo que hace, haciéndole reo de este modo de la muerte eterna: *Omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio*. Es tan perjudicial al hombre la ira, que le desfigura aun esteriormente. Aunque sea la persona mas bella y graciosa del mundo, se hace semejante á un monstruo furioso que esparce el espanto en torno de sí, cuando la cólera le trasporta. El iracundo, dice S. Basilio, pierde hasta la figura humana, trasformándose en una fiera: *Iracundus humanam quasi figuram amittit, feræ speciem indutus*. (S. Bas. Hom. 21.) Si la ira, pues, nos desfigura esteriormente, ¿cuanto mas nos desfigurará en el interior y á los ojos de Dios? Esto es lo que voy á demostraros en el presente discurso:

Punto 1.º La ruina que causa al alma la ira que no se refrena.

Punto 2.º Como debemos refrenar la ira.

PUNTO I.

La ruina que causa al alma la ira que no se refrena.

1. Dice S. Jerónimo, que la ira es la puerta por donde entran en el alma todos los vicios: *Omnium vitiorum janua est iracundia.* (Inc. 29. Prov.) Ella precipita al hombre en las venganzas, en las blasfemias, en las injurias, en las murmuraciones, en los escándalos y en otras iniquidades; porque oscurece la razón y hace que el hombre obre como un irracional y como un loco: *Caligavit ab indignatione oculus meus:* Mi vista, dice Job, se oscureció con la cólera. (Job 17, 7.) Lo mismo dijo David: *Conturbatus est in ira oculus meus.* (Psal. 30, 10.) Y S. Buenaventura dijo después, que el hombre irritado obra sin reflexión, sin ver lo que es justo é injusto: *Iratus non potest videre, quod justum est, vel injustum.* En suma, dice S. Jerónimo, que la ira hace perder al hombre la prudencia, la razón y el sueño: *Ab omni consilio deturpat, ut donec irascitur, insanire credatur.* Y Santiago escribe: *Ira enim viri justitiam Dei non operatur:* Las obras de un hombre iracundo no pueden con la justicia divina, y por consiguiente estar exentas de pecado. (Jacob. 1, 20.)

2. Cuando el hombre está poseído de la ira y no procura refrenarla, fácilmente aborrece al que fué causa de que se irritare. El odio, según S. Agustín, no es otra cosa que una ira tenaz: *Odium est ira diuturno tempore perseverans.* Por lo cual, dijo Sto. Tomás, que la ira es repentina, y el odio dura mucho tiempo: *Ira subita est, odium vero diuturnum.* (Opusc. 5.) Cuando en alguno, pues, persevera la ira, es señal de que en él domina el odio. Pero dirá alguno: Yo soy cabeza de casa ó padre de familia: debo corregir á mis hijos y criados y levantar la voz cuando es necesario, contra los desórdenes que advierto. Es verdad, le respondo yo; pero una cosa es irritarse contra el prójimo, y otra muy distinta contra el pecado del prójimo. Irritarse contra el pecado, no es propiamente ira, sino celo; por lo que, no solamente es lícito, sino que á las veces es también necesario, con tal que se haga con la debida prudencia, de modo, que hagamos ver que nos irritamos contra el pecado, y no contra el pecador. Porque si la persona á quien corregimos llega á comprender que hablamos por pasión y por odio contra ella, entonces la corrección no dará

ningun fruto, antes hará mucho daño. Irritarse del modo dicho arriba, es irritarse contra el pecado del prójimo; y esto es lícito, como dice S. Agustin por estas palabras: No se irrita contra el prójimo, el que se irrita contra el pecado del prójimo: *Non fratri irascitur, qui peccato fratris irascitur*. Aquí se verifica cabalmente lo que dijo David: *Irritami, et nolite peccare*: Irritaos sin pecar. (*Psal. 4, 3.*) Otra cosa es irritarse contra el prójimo por el pecado que ha cometido; y esto nunca es lícito, porque no podemos odiar á los otros por sus vicios, como dice S. Agustin: *Nec propter vitia (licet) homines odisse.* (*S. Aug. in Psal. 118.*)

3. El odio lleva consigo el deseo de la venganza; y por eso dijo Sto Tomás, que la ira, cuando es plenamente voluntaria, va unida al deseo de vengarse: *Ira est appetitus vindictæ*. Suele alguno decir: Si yo me vengo de fulano, Dios me perdonará, porque tengo motivos para ello. ¿Y quién te ha dicho, le digo yo, que tienes motivos? Lo dices tú porque estás obcecado de la ira. Pero ya te dije arriba, que la ira ofusca la imaginacion, y hace perder la razon y el juicio. Mientras estás irritado, la accion de tu prójimo te parecerá una injuria grande é insufrible; pero luego que te se pase la cólera, advertirás, que no era tan grave como á tí te parecia. Pero aunque la injuria sea grave, gravísima, ¿crees que por esto te perdonará Dios, si te vengas? De ninguna manera: porque el mismo Dios dice, que el vengar los pecados no te toca á tí, sino á él; y añade, que cuando llegue el tiempo, sabrá castigar los delitos como merecen: *Mea est ultio, et ego retribuam in tempore.* (*Deut. 32, 35.*) ¿Con que quieres vengar la injuria que te ha hecho el prójimo? Tambien Dios querrá justamente vengar las muchas que tú le has hecho; y especialmente esta que tú quieres vengar, por mas que Dios te manda perdonarla: *Qui vindicari vult, à Domino inveniet vindictam.* (*Eccl. 28, 1.*) Cosa chocante, dice el Eclesiástico: el hombre quiere vengarse del hombre, y despues pide misericordia á Dios. Siendo carne el tal hombre, no perdona, y se atreve á pedir perdon á Dios: *Homo homini reservat iram, et à Deo querit medelam.... Ipse, cum caro sit, reservat iram, et propitiationem petit à Deo? Quis exorabit pro delictis illius?* (*Eccl. 28, 3 et 5.*) ¿Con que cara, dice S. Agustin, podrá pedir perdon de sus culpas á Dios, el que no le obedece, y no perdona á su prójimo, como le manda el mismo Dios? *Qua fronte indulgentiam peccatorum obtinere poterit, qui præcipiendi dare veniam non acquiescit?*

4. Supliquemos al Señor que nos libre de que se apodere de nosotros alguna pasión violenta, y especialmente la ira: *Animo irreverenti et infrunito ne tradas me*: No me entregues á una pasión violenta y desenfrenada. (*Eccl.* 23, 27.) Porque entonces será difícil que no caiga en alguna culpa grave contra el prójimo ó contra Dios. ¡ Cuantos por no refrenar la cólera pronuncian horrendas blasfemias contra Dios ó contra sus santos! Pero Dios, al mismo tiempo que nosotros nos encendemos de cólera, arma su mano con el azote del castigo. Dice Jeremías que el Señor le preguntó un día: *Quid tu vides, Jeremia?* *Et dixi: Virgam vigilantem ego video*: ¿Que es lo que ves, Jeremías? Y él le respondió: Yo veo una vara que vela para castigar. (*Jer.* 1, 41.) Volvió Dios á preguntarle: *Quid tu vides?* *Et dixi: Ollam succensam ego video*: ¿Qué es lo que ves? Y Jeremías respondió: Veo una olla que hierve. (*Ibid.* v. 13.) Esta olla hirviendo, es figura de una persona colérica, á quien amenaza la vara, esto es, la venganza divina. Ved, pues, la ruina que acarrea la ira al hombre que no la refrena. Primeramente le hará perder la gracia de Dios, y después la vida temporal, como dice el Eclesiástico: *Zelus et iracundia minuunt dies*: El celo y la ira abrevian la vida. (*Eccl.* 56, 26.) Y Job dice, que verdaderamente la ira mata al necio: *Vere stultum interficit iracundia*. (*Job.* 5, 2.) En el tiempo que viven los iracundos, pasan una vida infeliz, puesto que siempre están en una situación violenta y llena de agitación, como una tempestad. Pero pasemos al segundo punto, donde tengo que deciros muchas cosas útiles para remediar este vicio.

PUNTO II.

Como debemos enfrenar la ira.

5. Ante todas cosas debemos estar en la inteligencia de que no es posible que la debilidad humana no experimente jamás en el alma ningún movimiento de ira, siendo tan grande la vicisitud de las cosas humanas. Séneca dice que ninguno puede estar enteramente libre de la ira: *Iracundia nullum genus hominum excipit*. (*Sen.* l. 3, c. 12.) Todo lo que podemos hacer es moderarla cuando ha tenido alguna cabida en nuestro corazón. Pero me direis: ¿y como se modera la ira? ¿Como? Con la mansedumbre. La virtud de la mansedumbre se llama la virtud del cordero, esto es, la virtud amada de Jesu-

cristo, el cual sin irritarse, sufrió su pasión y fué sacrificado en la cruz como un cordero. Por esto dice Isaías (53. 7.): *Sicut ovis ad occisionem ducetur, et quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperuit os suum*: Será conducido á la muerte como una oveja, y estará mudo como un cordero cuando le esquilan, que está sin abrir su boca. Por eso nos ha encargado que aprendamos de él á ser benignos y humildes de corazón: *Discite á me, quia mitis sum et humilis corde.* (*Matth.* 11, 29.)

6. ¡O cuan agradable es á Dios un hombre lleno de mansedumbre, que sufre tranquilo y con calma los lances adversos, las desgracias, las persecuciones y las injurias! A estos está prometido el Paraíso, según aquellas palabras de S. Mateo (5. 4.): *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.* Estos son los llamados hijos de Dios: *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur.* (*Matth.* 5, 9.) Algunos se vanaglorian de que son mansuetos, pero sin fundamento; porque lo son con aquellos que les hacen bien ó los alaban; mas solo respiran furor y venganza contra los que los injurian, ó les causan algun daño. Empero la virtud de la mansedumbre consiste en ser mansueto y sufrido con el que nos maltrata y nos aborrece, como dice David: *Cum his, qui oderunt pacem, eram pacificus*: Era pacífico con los que aborrecían la paz. (*Psal.* 119, 7.)

7. Es preciso tener entrañas compasivas, como dice san Pablo, con nuestros prójimos, y debemos sufrírnos mutuamente unos á otros: *Induite vos... viscera misericordiæ etc. supponentes invicem, et donantes vobismetipsis, si quis adversus aliquem habet querelam*: Revestios de entrañas de compasión... sufriendoos mutuamente, y perdonándoos unos á otros las injurias que os hicieréis. (*Col.* 3, 12 y 13.) ¿Quereis vosotros que los demás os sufran los defectos que teneis, y que os disimulen, si tienen algun motivo de queja contra vosotros? Pues lo mismo debeis hacer vosotros con los demás. Cuando recibais, pues, algun agravio de vuestro prójimo que está irritado contra vosotros, sabed, que la respuesta suave desarma al hombre iracundo: *Responsio mollis frangit iram.* (*Prov.* 15, 1.) Pasando un monge por un campo sembrado, salióle al encuentro el dueño de él, y llenóle de injurias. El monge le respondió con humildad: *Hermano, teneis razon, he obrado mal, perdonadme.* Y se suavizó tanto el labrador con esta respuesta, que no solamente se le pasó toda la cólera, sino que quiso seguirle, y entrar monge en su convento. Los soberbios

convierten las humillaciones que reciben en fomentar su soberbia : pero los humildes y mansuetos convierten los desprecios que se les hacen , en fomentar y aumentar su humildad , como dice S. Bernardo : *Est humilis , qui humiliationem convertit in humilitatem.* (S. Bern. Serm. 24. in Cant.)

8. S. Juan Crisóstomo escribe : *Mansuetus utilis sibi et aliis ;* que el hombre mansueto es útil á sí mismo y á los demás. Es útil á sí mismo , porque como dice un autor ascético , *el tiempo de merecer es aquel que se reciben desprecios.* Y por esto Jesucristo llamó felices á sus discípulos cuando los llenasen de maldiciones y los persiguiesen : *Beati estis , cum maledixerint vobis , et persecuti vos fuerint.* (Matth. 5, 44.) Por esta razon los Santos desearon siempre ser despreciados , como lo fué Jesucristo. El hombre mansueto es útil á los otros , porque , como dice S. Juan Crisóstomo , no hay cosa que mueva nias á los otros á dedicarse al servicio de Dios , que el ver á un cristiano lleno de mansedumbre y alegre cuando recibe alguna injuria : *Nihil ita conciliat Domino familiares , ut quod illum vident mansuetudine jucundum.* La razon de esto es , porque la virtud se conoce en el tiempo de la adversidad : así como el oro se prueba en el crisol , así la mansedumbre del hombre se prueba en la humillacion : *In igne probatur aurum et argentum , homines vero receptibiles in camino humiliationis.* (Eccles. 2, 5.) En los Cantares se lee : *Nardus mea dedit odorem suum.* (Cant. 4, 44.) Es el nardo una yerba odorífera , pero solamente esparce su olor cuando se frota y estrega fuertemente ; lo que significa , que no se puede asegurar que un hombre tiene mansedumbre , sino cuando estamos convencidos por experiencia , de que realmente la tiene , porque le vemos sufrir con paciencia y sin cólera los malos tratamientos y las injurias. Entonces y solo entonces puede sentirse el olor de su nardo , ó la virtud de su mansedumbre. Dios quiere que seamos pacíficos , aun con nosotros mismos. Cuando uno comete alguna culpa , quiere el Señor que se humille y se duela de ella , y haga propósito de no volver á cometerla : pero no quiere que se irrite contra sí mismo ; porque el hombre que tiene turbada la razon , nunca puede obrar con acierto ni prudencia : *Cor meum conturbatum est , dereliquit me virtus mea :* Mi corazon se turbó , y mi virtud me abandonó. (Psal. 37, 44.)

9. Por esto cuando recibimos afrentas , debemos refrenar la ira , y responder con suavidad , como dijimos arriba , ó cuando menos callar ; y de este modo venceremos , como dijo

S. Isidoro por estas palabras: *Quamvis quisque irrites , te dissimula , quia tacendo vinctes* : Aunque alguno te irrite , debes disimular , porque callando vencerás. Pero si respondes con ira , te dañarás á tí y á los otros. Y seria peor todavía responder irritado al que te corrige. Dice S. Bernardo : *Medicanti irascitur , qui non irascitur sagittanti* : que se irrita contra el que aconseja el que no se irrita contra quien le adula. (*Serm. 6, de Nativ. Dom.*) Algunos no se irritan , aunque deberían irritarse justamente contra los que les hieren en el espíritu , adulándoles ; y se encolerizan contra los que les reprenden para que corrijan sus desórdenes. Contra los que aborrecen la correccion fraternal , pronunció el Sabio la sentencia de su perdicion con estas palabras : *Eo quod detraxerint universa correptioni meae , prosperitas stultorum perdet eos* : La prosperidad perderá á los necios , porque rechazaron toda correccion. (*Prou. 1 , 30 , et seq.*) Creen ellos que es una felicidad no tener quien los corrija , ó despreciar la correccion ; pero esta falsa prosperidad es la causa de su ruina. Cuando nos hallamos en peligro de irritarnos , debemos , ante todo , tomar las precauciones necesarias para cerrar á la ira la entrada en nuestro corazon. Por esto nos dice el Sabio , que no nos irriteemos con ligereza : *Non sis velox ad irascendum.* (*Eccl. 7 , 10.*) Luego que algunos sienten cualquier cosilla que les desagrada , mudan el semblante , y se llenan de cólera : mas una vez que esta entra en su corazon , sabe Dios á que precipicios puede conducirlos. Por evitar estos peligros , debemos prevenirnos en nuestras oraciones contra los ataques de la ira ; porque si no estamos preparados , nos será difícil refrenarla en la ocasion , así como es difícil poner el freno al caballo mientras va corriendo.

10. Pero cuando la ira se hubiese apoderado de nosotros por desgracia , tengamos cuidado de no dejarla descansar en nuestro corazon. Jesucristo dice , que si alguno se acuerda que su prójimo está enfadado con él , no ofrezca el don que iba á ofrecer en el altar , sin reconciliarse primeramente con su prójimo : *Vade prius reconciliari fratri tuo ; et tunc veniens offeres munus tuum.* (*Matth. 5 , 24.*) Y el que fué ofendido , no solo debe procurar lanzar de su corazon todo resentimiento , sino toda irritacion contra el ofensor , como dice S. Pablo : *Omnis amaritudo , et ira , et indignatio..... tollatur a vobis.* (*Ephes. 4. 31.*) Y Séneca aconseja que mientras estamos irritados , no hagamos ni digamos cosa alguna que nos inspire esta pasion : *Cum iratus fueris , nihil agas , nihil dicas , quod ab*

ira imperdatur. Por la misma razón decia David: *Turbatus sum et non sum locutus: Me encolericé y no desplegué mis labios.* (*Psal. 76, 5.*) ; Cuantos despues de haber hecho ó dicho alguna cosa mientras hervia la cólera en su corazon, se arrepienten luego que esta se calmó ! y dicen : estaba acalorado cuando dije aquello. Por esto conviene callar y no hacer nada mientras dura la cólera ; porque todo lo que hagamos mientras estemos poseidos de la ira , será injusto , como dice Santiago : *Ira enim viri , justitiam Dei non operatur :* El hombre irritado no obra segun la justicia divina. (*Jac. 1. 20.*) También conviene que nos guardemos entonces de tomar el consejo de alguno que pueda fomentar nuestra ira. Por esto dijo David : *Beatus , qui non abiit in consilio impiorum :* Dichoso el que no siguió el consejo de los impios. (*Psal. 1, 1.*) Y el Eclesiástico dice al iracundo mal aconsejado : *Si sufflaverit in scintillam , quasi ignis exardebit : et si expueris super illam , extinguetur :* Si soplares sobre el combustible , arderá como el fuego ; y si escupieres sobre él , se apagará. (*Eccl. 28, 14.*) Cuando alguno está irritado por haber recibido alguna ofensa , puede calmar su irritacion , si hay quien le aconseje , la paciencia ; pero lo encenderá mas , fomentando su pasion. Por este motivo el que se halla poseido de la ira , debe guardarse de los falsos amigos , que pueden perderle con una sola palabra imprudente.

11. Sigamos el consejo del Apóstol , que dice : *Noli vinci à malo , sed vince in bono malum :* No te dejes vencer del vicio , sino véncete tú con la virtud. (*Rom. 12, 31.*) Quiere esto decir , que si nos vengamos ó blasfemamos arrebatados de la ira , quedamos vencidos por el vicio ; pero si la calmamos con la mansedumbre , vencemos al vicio con la virtud. Pero dicen algunos : *Yo soy de una naturaleza fogosa.* A estos respondo yo , que pueden vencer su mal natural con la gracia de Dios , y combatiendo su pasion , violentándose. Pero yo , dicen otros , *no puedo sufrir una injusticia.* ¿ Y quien os ha dicho que aquello que os irrita es injusticia ? *Supercecidit ignis et non viderunt solem.* (*Psal. 57, 9.*) ¿ No sabeis que la cólera ciega al hombre , y no le deja ver las cosas tales cuales son ? Si quereis volver á vuestro enemigo mal por mal , arriesgais la salud de vuestra alma : y por eso dice David : *Si reddidi , retribuētibz mihi mala , decidam merito ab inimicis meis inanis :* Si hago mal á los que me le hacen á mí , seré abatido por mis enemigos. (*Psal. 7, 5.*) Haced bien á los que os hacen mal , y os aborrecen ; como nos dice Jesucristo : *Benefacite his , qui ode-*

runt vos. (*Matth.* 5, 44.) Esta es la venganza de los santos, que S. Paulino llama *venganza celestial*; y de este modo debemos vengarnos los cristianos. Y si alguno de esos hombres, de quienes el real Profeta dijo: *Venenum aspidum sub labiis eorum*: que tienen veneno de áspides en sus labios, (*Psal.* 139, 4.) os dijese: ¿Como podeis sufrir esta ó la otra injuria? respondedle: *Calicem, quem dedit mihi Pater, non vis ut bibam illum?* ¿Acaso no he de apurar el cáliz que me mandó beber mi Padre celestial? (*Joan.* 18, 11.) Si Cristo nos mandó que perdonemos, y nos dió ejemplo él mismo, ¿como podrémos dejar de perdonar á nuestros enemigos? Todo mal que nos sucede, nos viene de la mano de Dios, segun aquellas palabras del *Eclesiastés* (11, 14.): *Bona et mala à Deo sunt*. Si alguno os roba los bienes, recobradlos si podeis; pero si no podeis conseguirlo, decid con el santo Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit*: El Señor me los dió, y el Señor me los quitó; bendito sea el nombre del Señor. (*Job* 1, 21.) Un filósofo de la antigüedad perdió todos sus bienes en una tempestad, y dijo: *He perdido mis bienes; pero no he perdido la paz de mi corazon*. Vosotros, cristianos míos, debeis decir lo mismo en un caso semejante: He perdido mis bienes, pero no quiero perder mi alma.

12. Finalmente, cuando nos sucedan adversidades, persecuciones é injurias, elevemos la imaginacion á Dios, y pidámosle que nos dé paciencia, y de este modo evitaremos los grandes movimientos de la cólera. Esto mismo nos dice el *Eclesiastés* (28, 8.) por estas palabras: *Memorare timorem Dei, et non irasceris proximo*: Acuérdate de temer á Dios, y no te irritarás contra tu prójimo. Contemplemos que la voluntad de Dios lo dispuso así para nuestro bien, y cesará nuestra indignacion. Acordémonos de Jesucristo crucificado, y no nos atreverémos á quejarnos en la adversidad. Preguntado por su esposa el rey S. Eleázaro, como lo hacia para sufrir tantas injurias sin irritarse, le respondió: Me vuelvo á Jesucristo crucificado y me tranquilizo al momento. Consideremos, en fin, la enormidad de nuestros pecados, que seguramente merecerian todavía mayores castigos, y sufriremos tranquilamente todo cuanto nos suceda. Puede acontecer, dice S. Agustín, que nos hallems inocentes del hecho porque somos perseguidos; pero no por eso somos menos culpables de un gran número de otros pecados dignos de ejemplar castigo: *Esto non habemus peccatum, quod objicitur; habemus tamen, quod digne in nobis flagellatur*. (S. Aug. in *Psal.* 68.)

SERMON XXXV.

PARA LA DOMINICA SEXTA DESPUES DE PENTECOSTES.

DE LA VANIDAD DEL MUNDO.

Nec habent quod manducent.
MARC. 8, 3.

1. **E**ra tal el atractivo y la dulzura con que nuestro divino Salvador trataba á todos, que se llevaba tras de sí millares de gentes. Un dia se vió cercado de una gran multitud de hombres, que habiéndote seguido, estuvieron tres dias sin comer. Y movido á compasion de ellos, dijo á sus discipulos: *Miserereor super turbam, quia ecce jam triduo sustinet me, nec habent quod manducent*: Me compadezco de esta multitud de gente que me sigue ya tres dias hace, y no tiene con que alimentarse. Inducido de esta compasion, hizo el milagro de multiplicar siete panes y unos pocos peces que tenian, y de este modo los alimentó á todos abundantemente. Esta es el sentido literal del milagro obrado por Cristo; pero el místico significa que no hay manjar ninguno en este mundo que pueda saciar nuestras almas. Todos los bienes de la tierra, las riquezas, los honores, los placeres deleitan los sentidos del cuerpo, pero no pueden saciar al alma que fué criada por Dios y para Dios, y este solo puede contentarla. Por esto quiero hablaros hoy de la vanidad del mundo, y demostraros cuan engañados viven sus amadores, que llevan una vida infeliz mientras viven en él, y se ponen en gran peligro de pasar otra todavía mas infeliz en la eternidad.

2. El real Profeta esclama contra los mundanos, diciéndoles: *Filii hominum, usquequo gravi corde? Ut quid diligitis vanitatem, et queritis mendacium?* Hijos de los hombres, ¿hasta cuando tendreis el corazon pegado á la tierra? ¿Por qué amais la vanidad, y andais tras la mentira? (*Psal. 4, 3.*) ¿Creeis acaso que encontrareis la paz en los bienes del mundo? Pero como habeis de hallarla, si abandonais el camino de la verdadera paz, y seguís los caminos de la afliccion y de la infelicidad? Por eso dice David: *Contritio et infelicitas in viis eorum, et viam pacis non cognoverunt*: Siguieron por el camino de la

afliccion y de la desgracia, y no conocieron el de la paz. (*Psal.* 43, 3.) Vosotros, pecadores, esperais conseguir la paz del mundo; pero ¿como ha de daros el mundo la paz que buscáis, si dice S. Juan que el mundo está lleno de iniquidades? *Mundus totus in maligno positus est.* (*Joan.* 5, 19.) Por eso los mundanos viven esclavos del demonio; y por eso el Señor ha declarado que no hay paz en el mundo para los impíos que viven privados de su gracia: *Non est pax impiis.* (*Isa.* 48, 22.)

3. Los bienes del mundo, son bienes aparentes que no pueden saciar jamás el corazón del hombre. Por eso dice el profeta Ageo: *Comedistis et non estis satiati*: Comisteis, y no pudisteis saciaros. (*Aggei* 1, 6.) En vez de saciar nuestra hambre los bienes mundanos, dice S. Bernardo, que todavía la aumentan: *Hæc potius famem provocant, quam extinguunt.* Y en efecto, si los bienes de este mundo contentasen al hombre, serian enteramente felices los poderosos y los ricos; pero la experiencia demuestra todo lo contrario: ella nos hace ver, que estos son los mas desgraciados y que viven siempre oprimidos del temor, de la envidia, y de la tristeza. Oigamos al rey Salomon que abundó de estos bienes, y sin embargo dice: *Et ecce universa vanitas et afflictio spiritus*: Todas las cosas de este mundo son vanidad y afliccion de espíritu. (*Eccl.* 14, 1.) Y no solamente son vanidad y aflicción, sino tormento de la pobre alma que no halla en los bienes de la tierra ninguno que la contente, sino que todos la afligen y la llenan de amargura. Este es el justo castigo de aquellos que en vez de servir á su Dios con alegría, quieren servir á su enemigo, esto es, al mundo que les hace sufrir la penuria de todos los bienes. Por eso nos dice el Deuteronomio: *Ea quod non servieris Domino Deo tuo in gaudio.... servies inimico tuo in fame, et siti, et nuditate, et omni penuria*: Porque no serviste á tu Dios con alegría.... servirás á tu enemigo con hambre, sed, desnudez y escasez de todo. (*Deut.* 28, 47, 48.) Así es en efecto: piensa el hombre que los bienes terrenos podrán saciar su corazón; pero como ve por experiencia, que á medida que los adquiere, observa el mismo vacío, jamás está contento, y cada dia desea mas. Dichoso aquel que no busca sino á Dios; porque Dios, como dice David, sabrá saciar todos los deseos de su corazón: *Delectare in Domino, et dabit tibi petitiones cordis tui.* (*Psal.* 36, 4.) Por eso dijo S. Agustin: *Quid queris homuncio, querendo bona? Quære unum bonum, in quo sunt omnia bona*; ¿Qué buscas en los bienes de este mundo, hombrecillo? bus-

ca á aquel bien que los contiene á todos. Y habiendo el Santo conocido por esperiencia, que los bienes de este mundo no contentan nuestro corazon, sino que le afligen mas, volviéndose hácia Dios, le decia: *Dura sunt omnia, et tu solus requies*: En todos hallo afliccion, tú solo eres mi descanso. Por esto S. Francisco de Asis, aunque nada tenia, se hallaba el mas rico y alegre de todos los mortales, cuando repetia á Dios estas palabras: *Deus meus et omnia*: Tú eres mi Dios y mi todo. Y en efecto, porque la paz que goza el que no quiere mas que á Dios, vale mas que todo el placer que pueden causar las criaturas, que si bien recrean el sentido, no pueden sin embargo contentar el corazon del hombre: *Pax Dei quæ exsuperat omnem sensum*. (Phil. 4, 7.) Esta es la diferencia que hay, segun Sto. Tomás, entre el sumo bien que es Dios, y los bienes de este mundo: que Dios, cuanto mas se posee, tanto mas se ama, porque mas se conoce entonces su infinita grandeza, y por lo mismo mas se desprecian las cosas mundanas. Pero los bienes temporales, se desprecian desde el punto que se poseen, y deseamos otras cosas que puedan contentarnos: *Summum bonum quanto perfectius possidetur, tanto magis amatur, et alia contemnuntur. Sed in appetitu temporalium bonorum, quando habentur, contemnuntur et alia appetuntur*. (S. Thom. 1, 2, qu. 2, art. 1, ad 3.)

4. El profeta Oseas nos advierte, que el mundo tiene en la mano una balanza engañosa: *In manu ejus statera dolosa*. (Os. 12, 7.) Es preciso pues que pesemos los bienes en la balanza de Dios, y no en la del mundo, que hace que las cosas parezcan lo que no son. ¿Qué son en limpio las cosas de esta vida, ó los bienes del mundo? Los dias de mi vida, dice Job, pasaron con mas velocidad que un caballo que corre, como las naves que conducen frutas: *Dies mei velociores fuerunt cursore, pertransierant quasi naves poma portantes*. (Job 9, 25. et 26.) Las naves significan la vida del hombre que pasa ligera, y corre hácia la muerte: pero si el hombre atendió solamente á adquirir bienes terrenos, estos no son mas que frutas, que se marchitan á la hora de la muerte, y no se pueden llevar al otro mundo. Falsamente, dice S. Ambrosio, llamamos bienes nuestros aquellos que no podemos llevarnos con nosotros á la eternidad, donde hemos de vivir siempre, y á donde solamente nos ha de acompañar la virtud: *Non nostra sunt, quæ non possumus auferre nobiscum, sola virtus nos comitatur*. Y S. Agustin dice: Te basta ver lo que poseia aquel rico del

Evangelio ; pero dime , el que se muere , ¿ qué cosa de las que posee puede llevarse al otro mundo ? *Quid hic habebat attendis , quid secum fert , attende.* (*Serm. 13 , de Adv. Dom.*) Nada mas llevarán los ricos despues de muertos , que un mal vestido que se ha de podrir con ellos en la sepultura ; y regularmente la avaricia de sus herederos elegirá el peor de todos . Y si viviendo habian adquirido grande nombradía , luego que mueran se olvidará su memoria : porque las cosas de este mundo se marchitan como las flores , y desaparecen en pocas horas : *Periit memoria eorum cum sonitu.* (*Psal. 9 , 7.*)

5. ¡ O si los hombres tuviesen siempre presente aquella gran sentencia de Jesucristo que dice : ¿ Qué aprovecha al hombre juntar todas las riquezas del mundo , si pierde su alma ? *Quid enim prodest homini , si mundum universum lucretur , animæ vero suæ detrimentum patiatur ?* (*Matth. 6 , 26.*) Seguramente que dejaria de amarlas . Porque ¿ de qué le servirán todas ellas á la hora de la muerte , si su alma es condenada al infierno por toda la eternidad ? ¿ A cuantos movió esta sentencia á encerrarse en los claustros , ó retirarse á los desiertos , y á esponerse á los tormentos y á la muerte , como hicieron los santos mártires ? En la historia de Inglaterra se lee , que abau-donaron el mundo treinta reyes y reinas , y se hicieron religiosos con el fin de tener una buena muerte . Este mismo pensamiento de la vanidad del mundo movió á S. Francisco de Borja á retirarse de él ; el cual al ver el desfigurado cadáver de la emperatriz Isabel , que habia muerto en la flor de su juventud , determinó servir únicamente á Dios , diciendo : *Con que este es el fin que tienen las grandezas y las testas coronadas de este mundo ? Quiero pues desde hoy en adelante servir á un amo que no pueda morir.* El dia de la muerte se llama dia de perdicion en el Deuteronomio (32. 35.) Y lo es en efecto ; porque en aquel dia hemos de perder y abandonar todos los bienes del mundo , todas las riquezas , todos los honores , todos los placeres . Las sombras de la muerte hacen desaparecer todos los tesoros y las grandezas terrenas , y reducen á la nada las púrpuras y las coronas . Decia sor Margarita de Sta. Ana , carmelita descalza , hija del emperador Rodolfo II : *¿ De qué sirve el ser rey á la hora de la muerte ?* Y en efecto la hora funesta de la muerte pone fin á todas las delicias y pompas de la tierra . S. Gregorio dice que son falaces todos aquellos bienes que no pueden permanecer siempre con nosotros , ni saciar todos nuestros deseos : *Fallaces sunt que nobiscum permanere non possunt : fallaces sunt , quæ men-*

tis nostræ inopiam non expellunt. (S. Greg. Hom. 15, in Luc.) Contemplad aquel pecador que escitaba la envidia de los otros con sus riquezas y honores; y que cuando estaba mas deslumbrado en medio de sus grandezas terrenas, le sorprendió la muerte y dejó de existir: *Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut cedros Libani, et transiit, et ecce non erat*: Ví al impio exaltado y elevado sobre los cedros del Libano, pasé adelante, y dejó de existir. (Psal. 36, 35 et 36.)

6. Bien confiesan esta verdad, aunque inútilmente, los infelices condenados en el infierno, en donde esclaman llorando sin cesar: ¿De qué nos aprovechó la soberbia, ó la jactancia que cifrábamos en las riquezas? Todas aquellas cosas se desvanecieron como la sombra: *Quid profuit nobis superbia aut divitiarum jactantia?.... transierunt omnia illa tamquam umbra.* (Sap. 5, 8 et 9.) En verdad, se desvaneció para estos desgraciados, y solo les queda llanto y desesperacion eterna. En vista de esto, abramos los ojos, oyentes míos, y procuremos salvar esta alma que poseemos, porque si la perdemos, ya no podemos salvarla en la otra vida. Viajando una vez por el mar el filósofo Aristipo, naufragó con su nave y perdió todo lo que llevaba; pero como él era muy apreciado por su gran sabiduría, luego que llegó á la playa los paisanos de aquella comarca le proveyeron de todo lo que habia perdido. Despues el filósofo escribió una carta á los amigos que tenia en su patria, en la cual los exhortaba á que procurasen proveerse de aquellos bienes que no se pierden con el naufragio. Esto mismo nos envian á decir desde el otro mundo nuestros padres y amigos que allí están, á saber, que procuremos proveernos en esta vida de aquellos bienes que no puede arrebatarnos la muerte. Porque si hemos atesorado solamente bienes terrenos, en aquella última hora serémos llamados necios, y nos dirán lo que se dijo á aquel hombre rico de quien hace mencion S. Lucas. Este rico habia recolectado una buena cosecha en sus campos y se decia á sí mismo: Alma mía, tienes muchos bienes amontonados para muchos años; descansa, come, bebe y diviértete: *Anima, habes multa bona posita in annos plurimos; requiesce, comede, bibe, epulare.* (Luc. 12, 19.) Pero Dios le dijo al punto: *Stulte, hanc nocte animam tuam repetent à te; quæ autem parasti, cujus erunt?* Necio, esta noche te pedirán el alma; y todo eso que has amontonado ¿de quien será? (Ibid. v. 20.) Dice, *te pedirán*, porque al hombre no se le ha dado el alma en dominio, de modo que pueda dispo-

ner de ella á su arbitrio, sino en depósito, para que la guarde para Dios y se la vuelva despues cuando se presente al tribunal del supremo Juez. Y despues concluye el Evangelio: *Sic est qui sibi thesaurizat, et non est in Deum dives.* (Ibid. vers. 24.) Lo mismo sucede al que procura hacerse rico de bienes terrenos, y no de amor de Dios y de virtudes. Por eso dice S. Agustin: *Quid habes dives si charitatem non habet? Pauper, si charitatem habet, quid non habet?* ¿Qué es lo que tiene el rico si no tiene caridad? ¿Y qué le falta al pobre que la tiene? El que tiene todos los tesoros de la tierra y no tiene á Dios, es el mas pobre del mundo; pero el pobre que tiene á Dios, todo lo tiene, aunque le falten los bienes de la tierra.

7. Cosa estraña, dice Jesucristo: *Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt.* (Luc. 16, 8.) Las gentes del mundo que viven en las tinieblas del siglo, que prudentes son para asegurar los negocios de la tierra! *Intuemur*, dice S. Agustin, *quanta homines sustineant pro rebus, quas vitiose diligunt.* Cuantas incomodidades sufren los hombres por adquirir esta posesion, ó aquel empleo! ¿Cuanto cuidado ponen en conservar la salud del cuerpo! Consultan al mejor médico, toman las mejores medicinas, observan con el mayor rigor cuanto se les manda. Pues por la salud del alma son tan descuidados los cristianos que no quieren sufrir la menor incomodidad. Pero á la luz de la candela de la muerte, en aquel tiempo que se llama tiempo de verdad, porque entonces se desvanecen todas nuestras ilusiones, conocen y confiesan los mundanos toda su locura. Entonces es cuando dicen todos: Ojalá me hubiese santificado. Ojalá hubiese abandonado todas las cosas del mundo y amado solamente á Dios. Estando para morir Felipe II, rey de España, hizo llamar á su hijo, y despojándose de los vestidos reales, le hizo mirar su pecho roido de gusanos, y despues le dijo: Hijo mio, mira de que modo moriremos, y cual es el fin de las grandezas humanas. Despues mandó que le atasen al cuello una cruz de madera y se dispuso para morir; y luego volviéndose á su hijo, le dijo: He querido, hijo mio, que te hallases presente á este acto, para que veas de que modo trata el mundo al fin de su vida, aun á los monarcas. Y murió diciendo: Ojalá hubiese sido lego de alguna religion, y no rey. Así hablan á la hora de la muerte hasta los grandes de la tierra á quienes suelen llamar los hombres, los árbitros del mundo. Pero ¿de qué sirven entonces estos deseos y suspiros, sino para aumentar la pena y los remordimientos á los amadores del mundo á

la hora de la muerte, cuando se acaba el drama de la vida?

8. ¿Y que otra cosa es nuestra vida presente sino un drama que termina en un momento? Drama que puede terminar cuando menos lo esperamos, como sucedió á Casimiro rey de Polonia, que mientras estaba un dia en la mesa con los grandes de su corte, acercando una taza á los labios para beber, murió repentinamente y terminó el drama de su vida. El emperador Celso fué asesinado á los siete dias despues de su eleccion. Ladislao rey de Bohemia, jóven de diez y ocho años, mientras esperaba á su esposa, hija del rey de Francia, y se preparaban las fiestas para recibirla, fué acometido de un dolor repentino una mañana, y le quitó la vida: por lo cual se espidieron correos inmediatamente para avisar á la esposa que se volviese á Francia, porque Ladislao habia terminado el drama de la vida. Esto quiso dar á entender S. Pablo cuando dijo: *Præterit figura hujus mundi*. (1. Cor. 7, 31.) Porque *figura* quiere decir escena, comedia, como interpretó Cornelio á Lapide, cuando comentando aquellas palabras de la Escritura: *Pasa una generacion, y llega otra generacion*, dijo: *Mundus est instar scenæ*. En cada siglo se mudan los habitantes de este mundo. Las ciudades y los reinos se están llenando sin cesar de gente nueva. Pasan los primeros al otro mundo, y les suceden los segundos, y á estos los terceros, etc. Los que en este drama han hecho el papel de rey, ya no son reyes. El dueño de aquella quinta, de aquel palacio, de aquella aldea, ya no es dueño. Por esto nos aconseja el Apóstol: *Tempus breve est.... qui utuntur hoc mundo tamquam non utantur, præterit enim figura hujus mundi*. (1. Cor. 7, 29 et 31.) Puesto que nuestra permanencia en esta tierra es breve, y todo ha de terminar con la muerte, sirvámonos de este mundo únicamente para despreciarle, como si no viviésemos en él, y procuremos adquirir los tesoros eternos del Paraíso, en donde, como dice el Evangelio, no hay polilla que los consuma, ni ladrones que los roben: *Thesaurizate autem vobis thesauros in celo, ubi neque ærugo, neque tinea demolitur; et ubi fures non effodiunt, nec furantur*. (Matth. 6, 20.) Por eso decia Santa Teresa, que no debemos hacer aprecio de lo que termina con la vida; el verdadero modo de vivir, es vivir de modo que no temamos la muerte. Aquel no la temerá, que viva desengañado de las vanidades de este mundo, y se ocupe únicamente en adquirir aquellos bienes que pueda llevar consigo á la eternidad, y le hagan feliz por los siglos de los siglos, amen.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Pág.
Objeto de esta obra.	5
Advertencia á los Predicadores.	7
Carta dirigida por el autor á un religioso amigo suyo.	17
SERM. I. Para la dominica primera de Adviento.—Del juicio universal.	49
SERM. II. Para la dominica segunda de Adviento.—Sobre la utilidad de las tribulaciones.	55
SERM. III. Para la dominica tercera de Adviento.—Sobre los medios necesarios para conseguir la vida eterna.	63
SERM. IV. Para la dominica cuarta de Adviento.—Del amor que nos tiene Jesucristo y de la obligacion que nosotros tenemos de amarle.	68
SERM. V. Para la dominica de la infraoctava de Navidad.—En que consiste la verdadera sabiduría.	74
SERM. VI. Para la dominica primera despues de la Epifanía.—De la malicia del pecado mortal.	80
SERM. VII. Para la dominica segunda despues de la Epifanía.—De la confianza que debemos tener en la Madre de Dios cuando recurramos á ella.	86
SERM. VII. Para la dominica tercera despues de la Epifanía.—Remordimientos del condenado.	92
SERM. IX. Para la dominica cuarta despues de la Epifanía.—Peligros en la consecucion de la salud eterna.	97
SERM. X. Para la dominica quinta despues de la Epifanía.—De las penas del infierno.	108
SERM. XI. Para la dominica sexta despues de la Epifanía.—De la muerte de los justos.	109
SERM. XII. Para la dominica de septuagésima.—Importancia de la salud eterna.	116
SERM. XIII. Para la dominica de sexagésima.—Vida infeliz del pecador, y vida feliz del justo.	123
SERM. XIV. Para la dominica de quincuagésima.—Engaños del pecador.	130
SERM. XV. Para la dominica primera de Cuaresma.—Del número de los pecados.	135
SERM. XVI. Para la dominica segunda de Cuaresma.—Del paraíso.	141
SERM. XVII. Para la dominica tercera de Cuaresma.—De los que callan pecados en la confesion.	147

SERM. XVIII. Para la dominica cuarta de Cuaresma.—La tierna compasion que tiene Cristo de los pecadores.	153
SERM. XIX. Para la dominica de Pasion.—Cuan peligrosa es para el alma la tibieza.	159
SERM. XX. Para la dominica de Ramos.—Del mal hábito.	165
SERM. XXI. Para la dominica de Pascua.—Del triste estado de los que reinciden en los mismos pecados.	173
SERM. XXII. Para la primera dominica despues de Pascua.—Debemos evitar las ocasiones de pecar.	179
SERM. XXIII. Para la dominica segunda despues de Pascua.—Del escándalo.	186
SERM. XXIV. Para la dominica tercera despues de Pascua.—Valor del tiempo.	194
SERM. XXV. Para la dominica cuarta despues de Pascua.—De la obediencia debida al confesor.	201
SERM. XXVI. Para la dominica quinta despues de Pascua.—Condiciones de la oracion.	208
SERM. XXVII. Para la dominica sexta despues de Pascua ó infraoctava de la Ascension.—Del respeto humano	215
SERM. XXVIII. Para la dominica de Pentecostes.—De la conformidad con la voluntad de Dios.	223
SERM. XXIX. Para la dominica de la Santísima Trinidad.—Amor de las tres divinas Personas hácia el hombre.	231
SERM. XXX. Para la dominica primera despues de Pentecostes.—Caridad con el prójimo.	239
SERM. XXXI. Para la dominica segunda despues de Pentecostes.—De la santa Comunión.	249
SERM. XXXII. Para la dominica tercera despues de Pentecostes.—De la misericordia de Dios con los pecadores.	256
SERM. XXXIII. Para la dominica cuarta despues de Pentecostes.—La muerte es cierta é incierta.	263
SERM. XXXIV. Para la dominica quinta despues de Pentecostes.—Contra el vicio de la ira.	271
SERM. XXXV. Para la dominica sexta despues de Pentecostes.—De la vanidad del mundo.	280

SERMONES ABREVIADOS
PARA TODAS LAS
DOMINICAS DEL AÑO.

TOMO II.

SERMONES
ABREVIADOS
PARA TODAS LAS
DOMINICAS DEL AÑO

DE
S. ALFONSO M. DE LIGORIO,
traducidos del italiano al español

POR
D. F* F***,**

Ex-catedrático de Teología y de Literatura, Examinador sinodal y Censor de las obras
que tratan de Moral y de Religión de Madrid.

Segunda Edición,
AUMENTADA CON
SERMONES ACERCA DE DIVERSAS MATERIAS
POR EL MISMO SANTO AUTOR.

TOMO II.

CON LICENCIA.

PONS Y C.^a LIBREROS-EDITORES.

MADRID.
Calle de Capellanes, núm.^o 7.

BARCELONA.
Calle de Copons, núm.^o 2.

1847.

SERMONES

ABREVIADOS

PARA TODAS LAS

DOMINICAS DEL AÑO.

SERMON XXXVI.

PARA LA DOMINICA SÉPTIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

DE LA EDUCACION DE LOS HIJOS.

Non potest arbor bona malos fructus facere, neque arbor mala bonos fructus facere.

MATTH. 7, 18.

Nos dice el Evangelio de hoy, que el árbol malo no puede producir frutos buenos, ni el bueno dar frutos malos. Por estas palabras debeis entender, oyentes mios, que los padres buenos crían á sus hijos buenos; pero si los padres son malos, ¿ como podrán ser buenos los hijos? ¿ Habéis visto jamás coger racimos de la vid nacida de las espinas, ó higos de los abrojos? *Numquid colligunt de spinis uvas, aut de tribulis ficus?* (*Matth. 7, 16.*) Pues tan imposible es, ó por mejor decir, tan difícil, ver hijos de buenas costumbres, educados por padres malos. Oid con atencion este sermon, vosotros padres y madres, porque es de mucha importancia para vuestra salud eterna y la de vuestros hijos. Y atended tambien vosotros, ó jóvenes, que no habeis tomado estado hasta el presente. Si quereis casa-

ros, oíd ahora las obligaciones que van á cargar sobre vosotros acerca de la educacion de los hijos, y sabed que si no cumplís con ellas, vosotros y ellos os condenareis para siempre. Dividiré, pues, el presente sermón en dos puntos, en los cuales os demostraré:

En el 1.º Cuanto importa la buena educacion de los hijos.

En el 2.º Que diligencias deben practicar los padres para educarlos bien.

PUNTO I.

Cuanto importa la buena educacion de los hijos.

1. Dos son las obligaciones que tienen los padres para con los hijos: la de alimentarlos, y la de educarlos bien. En cuanto á la primera, no me ocurre otra cosa que decir, sino que algunos padres son mas crueles que las mismas fieras, porque las fieras no dejan de alimentar á sus hijos; y algunos padres desnaturalizados se comen y gastan en placeres y en el juego todo lo que poseen ó ganan con su trabajo, y dejan morir de hambre en su casa á sus mismos hijos. Pero pasemos á tratar de la educacion, que es el objeto del presente sermón.

2. Es cierto que la suerte futura de los hijos depende de la buena ó de la mala educacion. La misma naturaleza enseña á los padres á educar bien á sus hijos; porque no basta haberles dado el sér, sino que deben procurar hacerlos felices. El fin porque Dios concede hijos á los padres, no es para que les ayuden en sus faenas domésticas, sino para educarlos en el temor de Dios y dirigirlos por el camino de la salud eterna. Escribe S. Juan Crisóstomo: *Magnum habemus depositum filios, ingenti illos servemus cura.* (Hom. 9, in 1. ad Tit.) Los padres tienen los hijos, no para poder disponer de ellos á su antojo, sino como un depósito que Dios les ha confiado y del cual le han de dar cuenta estrecha á su tiempo, si se pierden por negligencia suya. Consta de la santa Escritura, que cuando el padre vive con arreglo á la ley divina, será feliz él y sus hijos: *Ut bene sit tibi, et filiis tuis post te, cum feceris quod placet in conspectu Domini.* (Deut. 12, 25.) La buena ó mala vida del padre, se conoce claramente en la vida que hacen los hijos, así como el árbol se conoce por el fruto. Escribe el Eclesiás-

lico, que el padre que muere dejando prole, no muere enteramente, puesto que deja hijos semejantes á él: *Mortuus est pater ejus, et quasi non est mortuus, similem enim reliquit sibi post se.* (Eccl. 30, 4.) Cuando se ve que el hijo es blasfemo, desvergonzado y ladron, es señal patente de que el padre lo era tambien; y por eso dice el Eclesiástico 12, 30.), que el padre se conoce en sus hijos: *In filiis suis agnoscitur vir.*

3. Origenes asegura que los padres han de dar cuenta el dia del juicio de todos los pecados de los hijos: *Omnia quæcumque deliquerint filii, à parentibus requiruntur.* (Orig. lib. 2, in Job.) De aquí se sigue que el padre que enseñe á su hijo á vivir bien, tendrá una muerte tranquila y feliz: *Qui docet filium suum.... in obitu suo non est contristatus, nec confusus.* (Eccl. 30, 3, 5.) Y se salvará en atencion á sus hijos y á la buena educacion que les habrá dado: *Salvabitur autem per filiorum generationem.* (1. Tim. 2, 15.) La muerte, al contrario, será triste y desgraciada para aquellos padres que no se hayan ocupado en otra cosa que en aumentar su patrimonio y el honor de su casa, ó que no hayan pensado sino en vivir en los placeres, sin haber tenido cuidado de las buenas costumbres de sus hijos. Semejantes padres son parecidos á los infieles, ó acaso peores que ellos, como dice S. Pablo por estas palabras: *Si quis autem suorum, et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior:* Si algun padre no tiene cuidado de sus hijos y de sus domésticos, se puede decir que negó la fe, y es peor que un infiel. (1. Tim. 5, 8.) Aunque los padres hagan una vida devota, y se ocupen siempre en la oracion, y comulguen todos los dias, no se salvarán si abandonan la educacion de sus hijos. ¡Ojalá que algunos padres que vemos en el mundo tuviesen tanto cuidado de sus hijos, como tienen de sus caballos y de sus bestias domésticas! ¡Cuanto cuidado no tienen de que se les dé á tiempo la avena y el heno, y que estén bien cuidadas las bestias! Pero estos mismos no cuidan de que sus hijos aprendan la doctrina cristiana, oigan la misa y se confiesen. Tenemos mayor cuidado, dice S. Juan Crisóstomo, de los asnos y de los caballos, que tienen algunos padres de sus hijos: *Majorem asinorum et equorum quam filiorum curam habemus.* (Hom. 10, in Matth.)

4. Si todos los padres velasen, como tienen obligacion, por educar bien á sus hijos, no habria delitos ni ajusticiados, ó al menos habria pocos. Los padres son, dice el mismo Santo, por la mala educacion que dan á sus hijos, los que los

precipitan en los vicios que al fin los entregan á las manos del verdugo: *Majoribus illos malis involvimus, et carnificum manibus damus*: Así los envuelven en mayores males y los conducen al patíbulo. (*S. Joan. Chrys. serm. 20, de Divers.*) Por esto con razon los Lacedemonios cuando se cometia algun delito, no castigaban tanto á los hijos, como á los padres que eran los causadores de todos sus desórdenes, por la mala educacion que les habian dado. Es una grande desgracia para los hijos tener malos padres que no los sepan educar, y que viéndolos metidos en el fango de los vicios y enredados en amistades peligrosas y en riñas y querellas, en vez de reprenderlos y castigarlos, hacen como que se apiadan de ellos, y dicen: *¿Qué se ha de hacer? Son jóvenes, ya pasará su juventud.* ¡Lindas máximas por cierto! ¡Bella educacion! Los que así hablan, ¿esperan acaso que sus hijos se enmendarán cuando sean grandes, y entrarán por el buen camino? Oid lo que sobre esto dice Salomon: *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea*: El joven que vive mal, y se acostumbra al pecado, no se apartará de él cuando sea viejo. (*Prov. 22, 6.*) Y el santo Job añade: *Ossa ejus implebuntur vitiiis adolescentiæ ejus, et cum eo in pulverem dormient*: Sus huesos se llenarán de vicios, que dormirán con ellos en el polvo (*Job 20, 11.*); es decir, que los seguirán hasta el sepulcro. Y meditad, os suplico, sobre las últimas palabras: los desórdenes, las blasfemias, los odios inveterados de su juventud, los seguirán hasta el sepulcro, y dormirán dentro de sus mismos huesos. Con la misma facilidad con que aprenden el bien cuando son pequeños, aprenden el mal; y es tanto mas difícil abandonar el vicio despues que echó profundas raices en su corazon, y penetró hasta sus huesos. Pero tratemos ya del segundo punto, ó del modo de educar bien á los hijos. Y os ruego, padres y madres que me oís, que tengais presente lo que os voy á decir; porque de esto depende vuestra salud eterna y la de vuestros hijos.

PUNTO II.

Qué deben hacer los padres para educar bien á sus hijos.

5. S. Pablo nos enseña en pocas palabras en que consiste la buena educacion de los hijos, y dice que consiste en la disciplina y en la correccion: *Educate illos in disciplina et correptione*.

tionem Domini: (Ephes. 6, 4.) La disciplina, que es lo mismo que el buen régimen en las costumbres de los hijos, nos impone la obligacion de instruirlos bien con palabras y con ejemplos. Y lo primero que el buen padre debe enseñar de palabra á sus hijos, es el santo temor de Dios. Así lo hacia el santo Tobías con su hijo. Desde que era niño, le instruía en el temor del Señor, y le enseñaba á evitar las ocasiones de pecar: *Ab infantia timere Deum docuit et abstinere ab omni peccato. (Tob. 4, 10.)* Dice el Sabio, que el hijo bien educado es el alivio y el consuelo de su padre: *Erudi filium tuum, et refrigerabit te, et dabit delicias animæ tuæ. (Prov. 29, 17.)* Pero así como el hijo bien educado es las delicias de su padre, así el hijo ignorante y mal educado es su tristeza y le causa grandes disgustos: porque la ignorancia de lo que debe saberse para vivir bien, suele conducirle á una vida depravada. Se cuenta, que el año 1248 se mandó en un sínodo pronunciar un discurso á un sacerdote ignorante: y mientras él estaba ocupado y lleno de agitacion, pensando en su discurso, se le apareció el demonio, y le movió á que dijera: *Los directores de las tinieblas infernales saludan á los directores de las parroquias, y les dan las gracias por la negligencia que tienen en instruir á los pueblos, porque de la ignorancia nace la mala vida y la condenacion de muchos.* Esto mismo se puede aplicar á los padres negligentes. Estos deben instruir primeramente á sus hijos en las cosas de la fe, y ante todo en los cuatro misterios principales, que son: 1.º Que hay un Dios criador de cielos y tierra, y señor absoluto de todas las cosas: 2.º Que este Dios es remunerador, el cual premia eternamente en la otra vida á los buenos con el paraíso, y castiga á los malos con el infierno: 3.º El misterio de la santísima Trinidad, es decir, que en Dios hay tres personas, y que estas tres son un solo Dios, porque la esencia de las tres es una misma: 4.º El misterio de la encarnacion del Verbo divino, hijo de Dios, y verdadero Dios, que se hizo hombre en las entrañas de su madre María, y sufrió y murió por nuestra salud eterna. Si un padre, pues, ó una madre dijese: *Yo no sé estas cosas*, ¿podria, por ventura, valerle esta excusa, esto es, un pecado, para excusarse de otro pecado? Si no las sabeis, teneis obligacion de saberlas y de enseñarlas á vuestros hijos. Cuando menos, enviadlos á que aprendan la doctrina cristiana. Gran miseria es ver á tantos padres y madres, que no saben instruir á sus hijos, ni aun en las cosas mas esenciales de la fe; y en vez de enviarlos

á la doctrina ó al sermon, los ocupan en negocios domésticos poco interesantes, y despues llegan á ser grandes, sin saber que cosa es pecado mortal, infierno ni eternidad. Ni aun el *Credo*, el *Padre nuestro*, ni el *Ave Maria* saben, siendo así que debe saberlos todo cristiano que tiene uso de razon, ó incurre en culpa grave. Si pecan pues los hijos que llegan al uso de la razon sin saber estas cosas, ¿cuanto mas pecarán los padres que tienen obligacion de enseñárselas?

6. Los buenos padres, no solamente instruyen á sus hijos en estas cosas principales, sino que les enseñan tambien los actos que deben practicarse todas las mañanas al levantarse de la cama: 1.º Dar gracias á Dios por haberles conservado la vida durante la noche: 2.º Ofrecer á Dios todas las acciones buenas que hagan durante el dia, y todas las incomodidades que sufran: 3.º Suplicar á Jesucristo y á Maria santísima que los preserven aquel dia de todo pecado mortal. Despues deben enseñarles á hacer el exámen de la conciencia y el acto de contricion: á hacer cada dia actos de fe, esperanza y caridad, rezar el rosario y visitar al santísimo Sacramento del altar. Algunos padres timoratos les hacen hacer todos los dias en casa oracion mental en compañía de toda la familia, ó bien leen un libro de meditacion. A esto nos exhorta el Espíritu Santo cuando dice: *Erudi illos, et curva eos à pueritia illorum.* (*Eccl.* 7, 25.) Procurad que desde la niñez se acostumbren á estas cosas, porque así las practicarán despues mas fácilmente cuando sean grandes. Acostumbradlos tambien á confesarse y á comulgar cada quince dias, ó cada mes; y cuidad que se confiesen desde que cumplen los siete años, y que comulguen á los diez, como aconseja S. Carlos Borromeo.

7. Tambien importa mucho inculcar á los hijos desde la niñez máximas saludables y cristianas. ¡Cuanto daño hacen á sus hijos aquellos padres que les inspiran máximas mundanas é inmorales! Si alguno te se burla, rómpele la cabeza, dicen algunos padres. Decidme, ¿hizo esto Jesucristo cuando estaba pendiente de la cruz y le insultaban los Judíos? Antes oraba por ellos á su eterno Padre, diciéndole: *Padre mio, perdónales porque no saben lo que hacen.* Y en todo su santo Evangelio no respira mas que amor á los enemigos y olvido de las injurias. Al contrario, los buenos padres les enseñan las máximas evangélicas, como á perdonar al enemigo, á olvidar las injurias, y á guardarse del pecado. La reina D.^a Blanca madre de S. Luis rey de Francia, solia decirle á menudo: *Hijo mio,*

antes quisiera verte muerto en mis brazos , que en pecado mortal. Del mismo modo debeis vosotros repetirles algunas máximas saludables como estas : *Lo que no quieres para ti , no lo quieras para nadie. ¿ De qué te servirá todo el mundo , si te condenas ? Todo tiene fin menos Dios y la eternidad.* Una de estas máximas que se imprima en sus tiernas almas es capaz de preservarlos de los mayores disgustos y del pecado.

8. Pero no solo deben instruir los padres con palabras á los hijos , sino tambien con los buenos ejemplos. Si se los dais malos , ¿ como habeis de esperar que hagan buena vida vuestros hijos ? Por esto sucede que cuando se les reprende , suelen responder los hijos disolutos : ¿ Qué quereis que haga yo , si mi padre se portaba todavía peor que yo ? Por lo mismo dice el Eccl. (41. 10.) : *De patre impio querentur filii , quoniam propter illum sunt in opprobrio* : Los hijos del impío se quejan de que viven en el oprobio por su padre. ¿ Como es posible que tenga buenas costumbres el hijo , si vió que el padre blasfemaba , hablaba frecuentemente palabras obscenas y deshonestas , pasaba los dias en la taberna , en jugar y embriagarse , en frecuentar casas sospechosas , y en defraudar al prójimo su hacienda ? ¿ Como puede pretender un mal padre que su hijo se confiese á menudo , cuando él apenas se confiesa una vez por la Pascua ? Los hijos son como los monos ; hacen lo que ven hacer á sus padres. Se dice del cangrejo , que habiendo observado un dia que sus hijos andaban de lado , los reprendió , diciéndoles : *¿ Por qué caminais de esa manera ?* Los hijos le respondieron : *Enseñadnos como andais vos.* Pero el padre andaba mas de lado que ellos. Lo mismo sucede á los padres que dan mal ejemplo ; y por esto no se atreven despues á corregir á sus hijos de aquellos pecados que les enseñaron ellos con el ejemplo.

9. Pero supongamos que los corrijan : ¿ de qué sirve la correccion verbal de los hijos , cuando los padres les dan el mal ejemplo con sus obras ? *Magis oculis credunt homines , quam auribus* : Los hombres dan mas crédito á lo que ven , que á lo que oyen , como dice un concilio. Y S. Ambrosio dijo tambien : *Citius mihi persuadent oculi quod cernunt , quam auris potest insinuare quod præterit* : Mejor me persuaden los ojos lo que ven , que puede persuadirme el oido lo que oye. (*Serm. 23 , de S. S.*) Escribe Sto. Tomás , que semejantes padres obligan con su ejemplo á sus hijos á vivir mal : *Eos ad peccatum , quantum in eis fuit , obligaverunt.* S. Thom. in Ps. 46.) Tales padres , se-

gun S. Bernardo, no son padres sino homicidas de sus hijos, y no de sus cuerpos, sino de sus almas: *Non parentes, sed peremptores*. Ni vale decir: *Mis hijos son de mal natural*, porque esto es falso, como dice Séneca (*Ep. 94.*): *Erras, si putas vicia nobiscum nasci, ingesta sunt*: Yerra el que cree que los vicios nacen con nosotros; los adquirimos. No nacen en efecto con los hijos, sino que se les comunican con los malos ejemplos de los padres. Si tú, mal padre, hubieses dado buen ejemplo á tu hijo, no seria vicioso como lo es. Frecuenta tú los Sacramentos, asiste á oír la palabra divina, reza todos los días el santo rosario, no hables mal, no murmures, evita las rencillas; y verás como tu hijo se confiesa á menudo, oye los sermones, reza el rosario, habla cristianamente, y no murmura ni riñe. Es preciso inspirar buenas costumbres á los hijos mientras son pequeños: *Curva illos à pueritia*, como dijimos arriba. Porque cuando son grandes y han contraído malos hábitos, será muy difícil que tú los enmiendes por medio de los buenos consejos y palabras.

10. Para educar bien á los hijos, debe tambien el padre apartarlos de las ocasiones de pecar; y para conseguirlo debe prohibirles salir de casa de noche, ir á casas peligrosas, y especialmente tratar con malas compañías. ¿Por qué dijo Sara á Abraham: *Ejice ancillam hanc et filium ejus*: Lanza de casa á la sierva y á su hijo? (*Gen. 21, 10.*) Quiso que fuese echado de casa Ismael, para que su hijo Isaac no aprendiese las malas costumbres de Ismael. Los malos compañeros son la ruina de los jóvenes; y el padre no solamente debe arrancar de raíz los males que ve, sino que está obligado tambien á indagar la conducta de sus hijos, y á informarse de los domésticos y aun de los estraños, donde va su hijo cuando sale de casa, en qué se ocupa, y con quienes trata. Debe tambien quitarles aquella vihnela ó guitarra que les sirve de pretexto para salir de noche de la casa paterna: aquella pistola, ó cualquiera otra arma prohibida que puede esponerlos á quimeras y rencillas: además que ninguno que hace uso de tales armas puede estar exento de pecado mortal; porque estas armas los hacen estar siempre dispuestos á vengar cualquiera afrenta que reciben. Tambien debe echar de casa á los criados de costumbres desregladas, y á las criadas jóvenes si tiene hijos mayores, ó entrados en la pubertad. Algunos padres se ocupan poco de estas cosas; y despues cuando el mal no tiene remedio, se vuelven contra los hijos, como si no supiesen que si la estopa se acerca al fuego,

tiene por fuerza que arder. Debe tambien prohibirles que lleven á su casa cosas robadas , como pollos , frutas , y otras cosas semejantes. Oyendo Tobías el balido de un cabrito en su casa , al instante dijo : *Videte ne forte furtivus sit , reddite eum dominis suis* : Informaos de si este cabrito es robado , y en este caso devolvedle á sus dueños. (*Tob. 2, 21.*) Cuan distintamente obran algunas malas madres , que cuando sus hijos roban alguna cosa , les dicen : *Traedla , hijos míos.* ¿No sabeis que dice Jesucristo por S. Pablo , que la cosa robada siempre clama por su señor , y que no se perdona el pecado , si no se restituye lo hurtado ? Tambien están obligados los padres á desterrar de casa los libros malos que enseñan máximas perniciosas , y obscenidades que tanto corrompen á la incauta juventud. No debe cuidar menos de desterrar de su casa todas las pinturas escandalosas que fomentan los pensamientos impuros , y de que no duerman los hijos en su cama ; como tambien de impedir que sus hijas hablen á solas con hombres , sean jóvenes ó ancianos. *Pero aquel* , suelen decir , *las enseña á leer , y es un hombre santo.* ¡Qué leer , ni qué santo ! Los verdaderos santos están en el cielo ; pero los santos que viven en la tierra , son de carne , y suelen tornarse demonios , si se esponen á la tentacion. Ultimamente , deben impedir los padres , si tienen hijas , que frecuenten sus casas los jóvenes. Algunas madres les permiten la entrada por ver á sus hijas casadas , y no les da cuidado verlas en pecado. Estas son aquellas que sacrifican sus hijas al demonio , como dice David : *Immolaverunt filias suas dæmoniis.* (*Psal. 105, 37.*) Y despues dicen : *Padre , no hay peligro.* ¿Con qué no hay peligro ? ¡O cuantas madres veremos condenadas el dia del juicio por el descuido que tuvieron de sus hijas ! Ya que otra cosa no suceda , cuando menos da que hablar esto á las gentes , y los padres ban de dar cuenta á Dios de todo. Por tanto , padres y madres que teneis hijas , enmendaos de semejantes descuidos y confesadlos antes que llegue el dia terrible del juicio.

11. Otra obligacion de los padres es corregir las faltas de la familia : *Disciplina et correptione.* Hay algunos padres y madres que observan , pero no se atreven á hablar , por no disgustar á los hijos. Pero , decidme , si vieseis caer en un lago profundo á un hijo vuestro y que se estaba ahogando , ¿no sería gran crueldad no librarle de la muerte por no asirle de los cabellos ? Por esto dice Salomon : *Qui parcit virgæ , odit filium suum* : Que aborrece á su hijo el que no le cas-

tiga. (*Prov. 13, 24.*) Si amais á vuestros hijos, reprendedlos y castigadlos con rigor cuando son ya grandecitos, aunque no con barbarie, ni como cómitres de navío, sino como padres, evitando hacerlo cuando estais poseidos de la cólera, porque entonces es fácil que os escedais, y ningun fruto se saca del castigo, cuando los hijos conocen que se les castiga por un movimiento de furor, y no para su correccion y enmienda. He dicho *cuando son grandecitos*, porque las correcciones y los castigos aprovechan muy poco, si se les dan cuando ya son demasiados grandes, y los malos hábitos han echado raices profundas en su corazon. Absteneos entonces de las palabras y de los golpes, porque solo servirian para endurecerlos mas y obligarlos á que os pierdan el respeto. Quitadles la comida, ó el vestido que mas aprecian, ó cerradlos en un cuarto seguro. De lo que me habeis oido decir en este sermón, podeis inferir, oyentes míos, que en la otra vida serán duramente castigados los padres que hayan educado mal á sus hijos, y serán al contrario premiados aquellos que á imitacion del anciano Tobías hayan cuidado de educarlos en las virtudes y en el santo temor de Dios, que es la obligacion que tienen para con sus hijos todos los cristianos, como nos lo enseña nuestro divino Salvador Jesucristo en el santo Evangelio.

SERMON XXXVII.

PARA LA DOMINICA OCTAVA DESPUES DE PENTECOSTES.

DEL JUICIO PARTICULAR.

Redde rationem villicationis tue.
LUC. 16, 2.

DE los bienes que hemos recibido de Dios, oyentes míos, bien sean dones de naturaleza, ó de gracia, no somos dueños de manera que podamos disponer de ellos á nuestro antojo, sino solamente administradores; por lo que debemos emplearlos segun la voluntad de Dios, que es el verdadero dueño de ellos y de nosotros mismos. De aquí resulta que hemos de darle cuenta de ellos á la hora de la muerte. Porque, como nos

dice Jesucristo por S. Pablo , hemos de presentarnos en el tribunal de Dios para que cada uno reciba el premio ó el castigo, segun los administró , bien ó mal : *Omnes enim nos manifestari oportet ante tribunal Christi ; ut referat unusquisque propria corporis , prout gessit , sive bonum , sive malum.* (2. Cor. 5 , 10.) Esto es lo que significan aquellas palabras del Evangelio : *Redde rationem villicationis tuæ.* Palabras que comenta S. Buena-ventura de este modo : *Non es dominus , sed villicus in rebus tibi commissis , ideo de ipais redditurus es rationem :* No eres dueño , sino administrador de las cosas que te se han confiado , y por lo mismo has de dar cuenta de ellas. Quiero haceros ver en el presente sermón el rigor con que se nos juzgará el último día de nuestra vida , cuando el alma , abandonado el cuerpo , se presente ante el tribunal de Dios para ser juzgada por todas sus obras , buenas y malas. Consideraremos pues el terror que se apoderará del alma :

Punto 1.º Cuando se presente á ser juzgada.

Punto 2.º Cuando sea examinada.

Punto 3.º Cuando sea condenada.

PUNTO I.

Quando se presente á ser juzgada.

1. Determinado está , dice S. Pablo , que los hombres mueran , y que despues sean juzgados : *Statutum est hominibus semel mori , post hoc autem iudicium.* (Hebr. 9 , 27.) Es de fe que hemos de morir , y que despues de la muerte debemos ser juzgados de todas las acciones de nuestra vida. ¿ Cual será pues nuestro pavor y aturdimiento á la hora de la muerte , pensando en el juicio que nos espera luego que el alma se haya separado del cuerpo ? Entonces se decide la causa de nuestra muerte , ó de nuestra vida eterna ; y al pasar el alma de esta vida terrena á la eternidad , la consideracion de los pecados cometidos , el rigor del juicio divino , la incertidumbre de la salud eterna hacen temblar á los mismos santos. Estando enferma Sta. Maria Magdalena de Pazis , temblaba de miedo al acordarse del día del juicio , y animándola el confesor , le respondió : *¡ Ah padre ! es terrible cosa tener que comparecer ante el tribunal de Jesucristo.* Tambien S. Agaton , despues de haber pasado tantos años haciendo penitencia en el desierto , temblaba , diciendo : *¿ Qué será de mí cuando sea juzgado ?* El venera-

ble P. Luis de la Puente, pensando en la cuenta que debía dar á Dios á la hora de la muerte, temblaba tanto, que hacia temblar el cuarto en que estaba. Esta misma idea del juicio, hizo abandonar el mundo al venerable Juvenal Ancina de la congregacion del Oratorio, que despues fué obispo de Saluzzo. Oyendo cantar un dia el *Dies illa*, y contemplando el espanto que tendrá el alma al presentarse al tribunal de Jesucristo para ser juzgada, formó la resolucion de dedicarse enteramente al servicio de Dios, como efectivamente lo verificó.

2. Es sentencia comun de los teólogos, que en el mismo momento y en el mismo sitio en que el alma se separa del cuerpo, se alza el divino tribunal, se lee el proceso, y da la sentencia el supremo juez Jesucristo, haciendo ver á cada alma todas sus obras buenas y malas, y el premio ó castigo que merece por ellas. A este tribunal hemos de presentarnos todos para dar cuenta de todos nuestros pensamientos, palabras, obras y deseos, como dice S. Pablo: *Omnes enim nos manifestari oportet ante tribunal Christi, ut referat unusquisque propria corporis, prout gessit, sive bonum, sive malum.* (2. Cor. 5, 10.) Al tiempo de ser presentados ante los jueces de este mundo algunos delincuentes, se les ha visto bañados de un sudor frio originado del miedo que tenian. Se cuenta de un gentil llamado Pison, que al presentarse en el senado con el traje derco, fué tan grande su confusion, que se suicidó porque no pudo hacerse superior á ella. ¡ Que pena tan grande es tambien para un vasallo ó para un hijo comparecer ante el principe, ó ante el padre, que irritados los mandaron llamar para que diesen cuenta de algun delito que habian cometido! ¡ O cuanto mayor será la pena y la confusion que tendrá el alma al comparecer ante Jesucristo irritado, por haber sido despreciado por ella mientras vivia! Escribe S. Lucas, hablando del dia del juicio: *Tunc videbunt Filium hominis.* (21, 27.) Verán entonces a Jesucristo con las mismas heridas, con las cuales se subió á los cielos. *Grande gaudium intuentium!* escribe el abate Roberto, *grandis timor expectantium!* ¡ Cuanto consolarán aquellas heridas á los justos! ¡ Que grande espanto infundirán á los pecadores, viendo en ellas el grande amor que les tuvo el Redentor, y la grande ingratitud con que le correspondieron!

3. *Ante faciem indignationis ejus quis stabis?* (Nahum 1, 7.) ¡ Cuan llena de espanto estará el alma que se presente manchada con el pecado, ante tan justo juez la primera vez que le ve, viéndole irritado! S. Basilio dice que la atormentará

todavía mas la vergüenza que el mismo fuego del infierno. *Horridior, quam ignis, erit pudor.* Habiendo averiguado Felipe II, que un doméstico suyo le habia hecho creer una cosa que no era cierta, se contentó con reprenderle, diciéndole: *De este modo me engañas?* Y aquel miserable se fué á su casa donde murió de sentimiento. Cuando los hermanos de Josef oyeron la reprension que él mismo les daba: *Ego sum Joseph, quem tradidisti*; dice la Escritura que no podian responderle sobrecogidos de terror: *Non poterant respondere fratres, nimio terrore perterriti.* (Gen. 45, 3.) ¿Qué responderá pues á Jesucristo el pecador, cuando le diga: *Yo soy aquel tu Redentor y tu juez á quien tú despreciaste tanto?* ¿Donde buirá entonces el desgraciado, pregunta S. Agustin, cuando vea sobre sí al juez irritado, á sus pies abierto el infierno, á un lado los pecados que le acusan, y al otro los demonios que le arrastran al suplicio, y la conciencia que le despedaza interiormente? *Superius erit iudex iratus, inferius horrendum chaos, à dexteris peccata accusantia, à sinistris dæmonia ad supplicium trahentia, intus conscientia urens: quo fugiet peccator sic comprehensus?* ¿Quizá entonces pensará ballar piedad? Pero ¿como podrá esperar piedad, dice Eusebio Emiseno, cuando ante todas cosas deberá dar cuenta del desprecio que hizo de la piedad que tuvo con él Jesucristo? *Qua fronte misericordiam petes, primum de misericordiæ contemptu judicandus?*

PUNTO II.

Terror que tendrá el alma cuando sea examinada.

4. Luego que el alma se presente al tribunal de Jesucristo, le dirá este benignísimo Señor: *Redde rationem villicationis tuæ*: Dame ahora cuenta de todas las obras de tu vida. Dice el Apóstol que para hacerse el alma digna de la salud eterna, debe conformar su vida con la de Jesucristo: *Quos præcivit et prædestinavit conformes fieri imagines Filii sui.... illos et glorificavit.* (Rom. 8, 29 et 30.) Por esto escribió S. Pedro, que en el juicio que ha de hacer Jesucristo, apenas se salvará el justo que haya observado la ley divina, perdonado á sus enemigos, respetado á los Santos, y sido casto y manso de corazon. *Iustus vix salvabitur.* Y luego añade: ¿Cual será la suerte del pecador y del impío? *Impius et peccator ubi parebunt?* (1. Petr. 4, 18.) ¿Como se salvarán los vengativos, los blasfemos, los desho-

nestos, y los maldicientes? ¿Y como se salvarán aquellos cuya vida ha sido siempre contraria á la vida de Jesucristo?

5. El juez ante todas cosas pedirá cuenta al pecador de los beneficios y de las gracias que le hizo para salvarle, de las cuales él no supo aprovecharse. Le pedirá cuenta de los años que le concedió para servir á Dios (*Vocabit adversum me tempus. Thren. 1, 13.*), y él los gastó en ofenderle. En seguida se la pedirá de los pecados. Los pecadores cometen las culpas, y luego se olvidan de ellas; pero no las olvida Jesucristo, que tiene contadas todas nuestras iniquidades, como dice Job: *Signasti quasi in sæculo delicta mea.* (*Job 14, 17.*) Y tambien nos dice, que el dia de la cuenta tomará el Señor la lucerna, para escudriñar todas nuestras obras: *Et erit in tempore illo; scrutabor Jerusalem in lucernis.* (*Sophon. 1, 12.*) Mendoza comenta estas palabras, diciendo: *Lucerna omnes angulos permeat.* La luz de la lucerna penetra en todos los ángulos de la casa; que quiere decir, que Dios descubrirá todos los defectos de la conciencia, grandes y pequeños; porque entonces, como dice S. Anselmo: *Exigitur usque ad ictum oculi.* Se pedirá cuenta hasta de una mirada; y segun S. Mateo, de toda palabra ociosa: *Omne verbum otiosa, quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die judicii.* (*Matth. 12, 36.*)

6. El profeta Malaquias dice, que así como se purifica el oro, separándose de la escoria, así el dia del juicio se examinarán todas nuestras acciones, y se castigarán las que no sean buenas y arregladas á la ley divina: *Et purgabit filios Levi, et colabit eos quasi aurum.* (*Malach. 3, 3.*) Hasta las obras justas, es decir, las buenas, las confesiones, las comuniones, las oraciones han de ser examinadas entonces: *Cum accepero tempus, ego justitias judicabo.* (*Psal. 74, 3.*) Si han de ser juzgadas las miradas y las palabras ociosas, como hemos dicho, ¿con cuanto rigor se juzgarán las acciones deshonestas, las blasfemias, las murmuraciones graves, los hurtos y los sacrilegios? En aquel dia, dice S. Jerónimo, cada alma verá por sí misma con grande confusion suya toda la fealdad de sus acciones: *Videbit unusquisque quod fecit.*

7. *Pondus et statera judicia Domini sunt.* (*Prov. 16, 11.*) En la balanza del Señor no se pesa la nobleza, la riqueza, la ciencia, sino la vida y las obras. Por esto el aldeano, el pobre y el ignorante serán premiados, si mueren en la inocencia; y el noble, el rico y el literato serán condenados, si salen reos en el juicio, como dijo Daniel al rey Baltasar: *Appen-*

sus es in statera , et inventus es minus habens. (Dan. 5 , 27.) El P. Alvarez comenta estas palabras , diciendo : *No entran en la balanza el oro ni el poder ; solamente se pesaron las obras del rey.*

8. Entonces el infeliz pecador se verá acusado por el demonio , que , como dice S. Agustin , repetirá ante el tribunal de Jesucristo las palabras con que prometemos ser buenos ; y nos echará en cara todo lo que hicimos , y en que dia y hora pecamos : *Ante tribunal Christi recitabit verba professionis nostræ ; objiciet nobis in faciem omnia quæ fecimus , in qua die , in qua hora peccavimus. (S. Aug. cont. jud. tom. 6.)* Nos recordará en efecto el demonio todas nuestras malas obras , señalando el dia y la hora en que las hicimos ; y terminará la acusacion y el proceso con estas palabras que el mismo Santo pone en boca de Jesucristo : *Ego pro isto nec alapas , nec flagella sustinui : Yo no sufrí bofetadas y azotes por este ingrato. Como si dijera : Padre mio , yo nada sufrí por este ingrato pecador , que os ha vuelto las espaldas por hacerse esclavo del demonio. Tambien se presentará á acusarle el ángel custodio , como escribe Orígenes , y dirá : Yo he trabajado tantos años á su lado , pero él despreció todos mis consejos é inspiraciones : Unusquisque angelorum perhibet testimonium , quot annis circum laboraverit , sed ille monita sprevit. (Orig. Hom. 66.)* Entonces , pues , hasta los amigos despreciarán al alma condenada en el juicio : *Omnes amici ejus spreverunt eam. (Thren. 1 , 2.)* Y la acusarán sus mismos pecados , como dice S. Bernardo , y dirán : *Tu nos fecisti , opera tua sumus , non te desermus : Tú nos cometiste , obra tuya somos , no te abandonaremos. (Lib. Medit. cap. 2.)*

9. Veamos ahora que excusas podrá alegar el pecador. Dirá que la mala inclinacion natural le indujo al mal : pero se le responderá , que si bien la carne le inclinaba al pecado , ninguno le forzaba á cometerle : antes al contrario , si hubiese recurrido á Dios cuando se veia tentado , el Señor le hubiese dado fuerzas para resistir por medio de su gracia. Con este fin Cristo instituyó los sacramentos ; y no habiendo querido valernos de ellos , ¿ de quién podemos quejarnos sino de nosotros mismos ? Por esto dice S. Juan : *Nunc autem excusationem non habent de peccato suo. (Joan. 15 , 22.)* Dirá para excusarse , que el demonio le tentó ; pero S. Agustin dice , que el enemigo está atado con cadenas como un perro , y que no puede morder á ninguno , sino al que se acerca á él con demasiada confianza : *Alligatus est tamquam canis innexus catenis , et neminem po-*

test mordere , nisi illi mortifera securitate se conjunxerit. Puede el demonio ladrar , pero no morder sino á aquel que se acerca á él y le presta oídos : por lo cual añade el Santo: *Jam videte , quam stultus est ille , quem canis in catena positus mordet.* Ved , pues , cuan necio es aquel á quien muerde el perro que está atado á la cadena. Alegará quizá para escusarse el mal hábito , pero no le valdrá tampoco , porque el mismo S. Agustín añade , que aunque es difícil resistir á los malos hábitos , sin embargo , si uno no se rinde , los vencerá con la ayuda de Dios: *Sed si se quisque non deserat , Deo adjuvante superabit.* El Señor , como dice S. Pablo , no permite que ninguno sea tentado mas allá de lo que puede resistir : *Fidelis autem Deus est , qui non patietur vos tentari supra id quod potestis.* (1. Cor. 10 , 13.)

10. ¿Qué haré pues , decia Job , cuando venga Dios á juzgarme? Y qué le responderé cuando me buscáre? *Quid enim faciam , cum surrexerit ad judicandum Deus? Et cum quaesierit , quid respondebo illi?* (Job 31 , 14.) ¿Qué podrá responder á Jesucristo el pecador? ¿Qué ha de poder cuando se vea convencido? Callará confuso , como calló el hombre que describe S. Mateo (22. 12.) que fué hallado sin el vestido nupcial: *At ille obmutuit.* El mismo pecado le cerrará la boca : *Omnis iniquitas opilabit os suum.* (Psal. 106 , 42.) Entonces , dice Sto. Tomás de Villanueva , no habrá intercesores á quienes se pueda recurrir : *Nullus intercessor assistet , non amicus , non pater.* ¿Quien te salvará entonces? ¿Dios? Pero ¿como podrá salvarte Dios , dice S. Basilio , si tú le despreciaste? *Quis te eripiet? Deus ne ille , quem contempsisti?* (S. Bas. Or. 4 , de Pen.) El alma que sale de esta vida en pecado se condena á sí misma aun antes de que se dé la sentencia contra ella. Pero tratemos finalmente de la sentencia.

PUNTO III.

Terror del alma cuando sea condenada.

11. Cuanta será la alegría de un alma cuando sea recibida por Jesucristo á la hora de su muerte con aquellas dulces palabras : *Euge , serve bone et fidelis , quia super pauca fuisti fidelis , super multa te constituam , intra in gaudium Domini tui ;* (Matth. 25 , 21.) tan grande será la pena y la desesperacion del alma condenada que se vea desechada por el juez con aquellas : *Discedite à me maledicti in ignem æternum : Id léjos de mí malditos al*

fuego eterno. (*Vers. 41.*) O que acento tan terrible será para ella una sentencia semejante! *O quam terribiliter personabit*, dice el Cartusiano, *tonitru illud!* Eusebio añade que será tan grande el espanto del pecador cuando oiga su condenacion, que si pudiese morir, moriria segunda vez: *Tantus terror invadet malos, cum viderint judicem sententiam proferentem, ut nisi essent immortales, iterum morerentur.* Pero hagamos, oyentes mios, algunas reflexiones útiles antes de terminar el sermón. Dice Sto. Tomás de Villanueva (*Conc. 1. de Jud.*) que algunos oyen hablar del juicio y de la condenacion de los réprobos; pero hacen tan poco caso de ella, como si estuviesen seguros que no les ha de caer esta suerte, ó como si el dia del juicio no hubiese de llegar para ellos: *Heu quam securi hæc dicimus et audimus, quasi nos non tangeret hæc sententia, aut quasi dies ille numquam esset venturus!* Y añade: Pero ¡que locura es tener seguridad en una cosa tan peligrosa! *Quæ est ista stulta securitas in discrimine tanto!* Algunos, aunque vivan en pecado, dice S. Agustin, no pueden imaginarse que quiera Dios enviarlos al infierno, y dicen: *Numquid Deus vere damnaturus est?* ¿Será cierto que Dios nos ha de condenar? No, hijos, dice el Santo, no digais eso: muchos condenados no creian que habian de ser enviados al infierno, pero murieron, y fueron arrojados á él, segun la amenaza hecha por Ezequiel: *Finis venit, venit finis, et immittam fruorem meum in te, et judicabo.* (*Ezech. 7, 2 et 3.*) Pecador que me escuchas, ¿quién sabe si el castigo que te espera está ya próximo, y tú te burlas y haces paz con el pecado? ¿Quién no temblará oyendo aquellas palabras del Bautista? *Jam enim securis ad radicem arborum posita est; omnis ergo arbor, quæ non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur:* Ya está la segur amenazando á la raiz del árbol; el árbol pues que no da buen fruto, será cortado, y echado al fuego. (*Matth. 3, 10.*) ¿Cual es este árbol que no da buen fruto, sino el pecador que no sigue la recta senda que Jesucristo le trazó, y semejante á una bestia que sigue sus instintos y apetitos naturales, no piensa mas que en ofenderle, obrando como un gentil y no como un cristiano? Sigamos, oyentes mios, el consejo del Espíritu Santo que dice: *Ante judicium para justitiam tibi.* (*Eccl. 18, 19.*) Ajustemos las cuentas antes que llegue el dia de la cuenta. Busquemos á Dios ahora que podemos hallarle, porque vendrá tiempo en que querremos encontrarle, y no podremos: *Quæretis me, et non invenietis:* Me buscareis, y no me hallareis (*Joann 7. 36.*);

porque entonces ya habrá espirado el plazo que Dios nos ha concedido para hacer penitencia y asegurar nuestra salvacion. Por eso dice S. Agustin: que el juez que ha de juzgarnos se ha de aplacar antes del juicio, pero no en el juicio: *Judex ante judicium placari potest, in judicio non potest*. Obrad pues bien mientras teneis luz, es decir, mientras vivís, porque no os sorprendan las sombras de la muerte. Ahora, ahora, oyentes míos, podemos aplacar á Jesucristo, enmendando nuestra vida, abandonando la senda de los vicios y recobrando la gracia divina que perdimos por la culpa; porque cuando nos presentemos al juez, si nos encuentra en pecado, por lo mismo que es justo se verá precisado á hacer justicia, y no habrá remedio ninguno para nosotros. ¿De qué os servirá entonces haber nacido en el seno del cristianismo? ¿De qué los sacramentos instituidos por Jesucristo para vuestra salvacion? ¿De qué la sangre de Cristo derramada en el árbol sacrosanto de la cruz? De hacer mas intolerables las penas del infierno, contemplando que pudisteis salvaros tan fácilmente, y os condenasteis por vuestra culpa. Despertad pues de ese letargo criminal en que os tiene adormecidos el demonio: volved á Jesucristo á quien habeis abandonado por seguir á Lucifer; y él os recibirá de nuevo en su amistad, y os abrazará amoroso, como abrazó su padre al hijo pródigo del Evangelio, que volvió á la casa paterna cuando se vió perdido y sin recurso en el mundo, oprimido del hambre, y del gusano roedor de la conciencia.

SERMON XXXVIII.

PARA LA DOMINICA NOVENA DESPUES DE PENTECOSTES.



DE LA MUERTE DEL PECADOR.

Circumdabunt te inimici tui vallo.

LUC. 19, 43.

Viendo Jesucristo de lejos la ciudad de Jerusalem cierto dia, ciudad donde los Judíos habian de quitarle la vida bien presto, lloró lamentando su suerte: *Videns civitatem, flevit super illam*. Y considerando el castigo que la esperaba, pre-

dijo: *Circumdabunt te inimici tui vallo*. Infeliz ciudad, has de verte un dia rodeada de enemigos que te devastarán, y no dejarán piedra sobre piedra de todos esos soberbios torreones que te defienden, y de los magníficos edificios que te sirven de ornamento. Figura de esta desgraciada ciudad es, oyentes míos, el alma del pecador, que á la hora de la muerte se verá rodeada de enemigos de toda especie, procurando afligirla, perderla y devorarla. Estos enemigos serán:

Punto 1.º Los remordimientos de la conciencia.

Punto 2.º Los demonios que la asaltarán.

Punto 3.º Los temores de la muerte eterna.

PUNTO I.

El pecador á la hora de la muerte se afligirá con los remordimientos de la conciencia.

1. Los infelices pecadores que viven en pecado mueren en una gran tempestad, como dice Job (36, 14.): *Moriatur in tempestate anima eorum*. Con ella les amenazó Dios anticipadamente por Jeremías con estas palabras: *Tempestas erumpens super caput impiorum veniet*: Vendrá sobre la cabeza de los impíos una deshecha tempestad. (Jer. 23, 19.) Al principio de la enfermedad, ni se aflige ni teme mucho el pecador; porque entonces parientes, amigos y médicos, todos unánimemente le dicen, que aquello no es nada; y con esto el enfermo se lisonjea y espera. Pero despues que la enfermedad se agrava, y empiezan á dejarse ver los síntomas malignos, que anuncian que la muerte se aproxima, entonces es cuando comienza la tempestad con que amenaza Dios á los malvados: *Cum irruerit interitus, quasi tempestas ingruerit*. (Prov. 1, 27.) Esta tempestad se formará contra el enfermo, tanto de los dolores de la enfermedad, como del temor que le causará tener que partir de este mundo, y abandonarlo todo: pero especialmente de los remordimientos de la conciencia, la cual le traerá á la memoria su mala vida pasada: *Venient in cogitatione peccatorum suorum timidi, et traducent illos ex adverso iniquitates ipsorum*. (Sap. 4, 20.) Entonces se presentarán á su imaginacion todos los pecados que cometió, y se espantará de contemplarlos: *Traducent illos ex adverso iniquitates ipsorum*; porque sus mismas culpas por sí solas le asaltarán, y le convencerán de que tiene merecido el infierno.

2. Los enfermos que se hallan en tan triste estado, se confiesan; pero, como dice S. Agustín (*Serm. 37, de Temp.*), la penitencia que hace el enfermo, es enferma: *Pœnitentia, quæ ab infirmo petitur, infirma est.* Y S. Jerónimo escribe, que de cien mil pecadores que siguen viviendo en pecado hasta la hora de la muerte, apenas se salvará uno: *Vix de centum millibus, quorum mala vita fuit, meretur in morte à Deo indulgentiam, unus.* (*S. Hier. in Epist. de mort. Eus.*) S. Vicente Ferrer (*Serm. 1. de Nat. Virg.*) añade, que es mayor milagro que se salve uno de estos, que resucitar un muerto: *Majus miraculum est, quod male viventes faciant bonum finem, quam suscitare mortuos.* Conocerán los desgraciados cuan mal han obrado; querrán detestar sus pecados, pero no podrán. Antioco llegó á conocer la malicia de sus pecados cuando dijo: *Nunc remiscor malorum, quæ feci in Jerusalem.* (*1. Mach. 6, 12.*) Se acordó de los pecados, pero no se atrevió á detestarlos, y murió desesperado y oprimido de una grande tristeza, diciendo: *Et ecce pereō tristitia magna.* (*Ibid.*) Lo mismo sucedió á Saul á la hora de la muerte, como dice S. Fulgencio: conoció sus pecados, temió el castigo que merecia por ellos, pero no los detestó: *Non odit quod fecerat, sed timuit quod nolebat:* No aborreció los pecados que habia cometido, pero temió el castigo que no queria sufrir.

3. ¡O cuan difícil es que un pecador que ha vivido tantos años en pecado se convierta sinceramente á la hora de la muerte, teniendo la mente oscurecida con las tinieblas y el corazón endurecido! *Cor ejus indurabitur tamquam lapis, et stringetur quasi malleatoris incus.* (*Job. 41, 15.*) El pecador durante su vida, en vez de ablandarse á las gracias y á las divinas inspiraciones, se endureció mucho mas, como se endurece el yunque á los golpes del martillo. En pena pues de esta dureza, estará mas duro á la hora de la muerte: *Cor durum habebit male in novissimo; et qui amat periculum, in illo peribit.* (*Eccl. 3, 27.*) Habiendo amado el pecado hasta la muerte, amó al mismo tiempo el peligro de su condenación; y por esto justamente permitirá Dios que perezca en aquel peligro en que quiso vivir hasta morir.

4. Escribe S. Agustín que el pecador que deja el pecado cuando se ve abandonado de él, difícilmente le detestará como debe á la hora de la muerte: porque entonces le detestará, no por odio al pecado, sino obligado de la necesidad: *Qui prius à peccato relinquitur, quam ipse relinquat, non libere, sed quasi*

ex necessitate condemnat. Pero, ¿ como podrá odiar de corazon aquel pecado que amó hasta la muerte? Deberá amar aquel enemigo que hasta entonces aborreció: deberá olvidar aquella persona que hasta entonces amó. ¡ O que montañas serán estas tan dificiles de superar! Fácil es que le suceda entonces lo que acaeció á algunos ciudadanos, que tenian reservadas muchas fieras con el fin de quitarles las cadenas y soltarlas contra sus enemigos; mas luego que las soltaron, en lugar de lanzarse sobre los enemigos, los devoraron á ellos mismos. Cuando el pecador quiera desterrar de sí sus iniquidades, ellas acabarán de arruinarle, ó con la complacencia de los objetos que hasta entonces amó, ó con la desesperacion del perdón, cuando contemple su enormidad y multitud: *Virum injustum mala capient in interitu.* (Ps. 139, 12.) Dice S. Bernardo, que el pecador á la hora de la muerte se verá encadenado con sus mismos pecados que le dirán: *Opera tua sumus, non te deseremus.* Somos obras tuyas, y no queremos dejarte; te acompañaremos al juicio, y despues te harémos compañía eternamente en el infierno,

PUNTO II.

El pecador será afligido por los demonios que le asaltarán.

S. Dice S. Juan en el Apocalipsis (12, 12.), que el demonio á la hora de la muerte acomete con mayor ira y furor al pecador, con el fin de aprovechar el poco tiempo que le queda, para que no se le escape aquella alma que estuvo dominada de él toda su vida: *Descendit diabolus ad vos habens iram magnam sciens quod modicum tempus habet.* Cuando un cazador está luchando con una fiera, nunca apela con mas brio y tesson á sus fuerzas, que cuando la ve herida: entonces redobla sus golpes y sus heridas; entonces está todo ocupado en acabar á su enemigo, ya por librarse del peligro, ya por apoderarse de la presa que tantos afanes le ha costado. Pues lo mismo hace el demonio con el pecador moribundo. El concilio de Trento (Sess. 14. cap. 9. in Doctr. de Sacr. Ex. Unct.) dice; que Jesucristo nos dejó el sacramento de la Estremauncion como una firme defensa contra las tentaciones con que el demonio nos ataca á la hora de la muerte: *Extremæ Unctionis sacramento finem vitæ, tamquam firmissimo quodam præsidio munivit.* Y añade, que nunca combate el enemigo con tanta

violencia para hacernos perder la confianza en la divina misericordia, que al fin de nuestra vida: *Nullum tempus est, quo vehementius ille omnes suæ versutiæ nervos intendat ad perdendos nos penitus, et à fiducia, etiamsi possit, divinæ misericordiæ deturbandos, quam cum impendere nobis exitum vitæ perspicit.*

6. ¡O que terribles son los asaltos y las asechanzas del demonio al fin de nuestra vida contra el alma de los pobres moribundos, aun de aquellos que han vivido santamente! El rey S. Eleázaro despues que se vió libre de una grave enfermedad, dijo: Las tentaciones que el demonio presenta á la hora de la muerte, no se pueden comprender, sin experimentarlas. En la vida de S. Andres Avelino se lee, que tuvo á la hora de su agonía un combate tan fiero con el infierno, que hizo temblar á todos los religiosos que se hallaban presentes; pues vieron que por la agitacion se le binchió el semblante y se le puso negro; que le temblaba el cuerpo, y brotaba de sus ojos un rio de lágrimas. Todos lloraban de compasion y estaban aturdidos, viendo que el Santo moria de este modo: pero despues se consolaron al ver, que presentándole una imágen de Maria santísima, se serenó el Santo enteramente, y exhaló alegre su ánima bendita.

7. Pues si esto sucede á los Santos, ¿qué sucederá á los infelices pecadores que vivieron en pecado hasta la hora de la muerte? Entonces el demonio no viene solamente á tentarlos de mil modos para perderlos eternamente, sino que tambien llama á sus compañeros para que le ayuden: *Replebuntur domus eorum draconibus.* (Isa. 13, 21.) Cuando alguno va á morir, se llena su casa de demonios que se unen en su daño: *Omnes persecutores ejus apprehenderunt eam inter angustias:* Todos estos enemigos le cercarán durante las agonías de la muerte. (Thren. 1, 3.) El uno le dirá: No tengas miedo, porque no morirás de esta enfermedad. El otro repetirá: ¿Con que has permanecido tantos años sordo á la voz de Dios, y ha de querer el Señor salvarte ahora? Otro dirá: ¿Pero como puedes reparar ahora aquellos fraudes y daños que causaste, aquellas repntaciones que quitaste? Otro añadirá: ¿Que esperanza te queda ya? ¿No ves que las confesiones que hiciste fueron todas malas, sin dolor ni propósito de enmendarte? ¿Como puedes revalidarlas ahora, teniendo un corazon tan endurecido y obstinado? ¿No conoces que estás ya condenado? Y entre estas angustias y ataques, el pobre moribundo estará turbado y desesperado, y pasará á la eternidad lleno de

turbacion: *Turbabuntur populi et pertransibunt.* (Job 34, 20.) Para hacer un viaje largo y difícil es preciso prepararse de antemano con todas aquellas cosas que pueden sernos útiles ó necesarias. Para el viaje de la eternidad, que debemos hacer entre enemigos duros y tenaces, como son los demonios, que no han de cesar de combatirnos hasta nuestro último aliento, nos son necesarias las obras buenas, como lo es el agua á los que viajan por los áridos arenales de la Libia. ¿Qué será, pues, de los pecadores en aquel último viaje de la eternidad, cuando se vean sin provision de buenas obras, y cercados por todas partes de enemigos que solo pensarán en precipitarlos en el abismo del infierno?

PUNTO III.

Se affigirán los tormentos de la muerte eterna.

8. Pobre de aquel enfermo que cae en la última enfermedad, hallándose en pecado mortal! El que vive en pecado hasta la muerte, en pecado morirá: *In peccato vestro moriemini.* (Joan. 8, 24.) Es cierto que en cualquier tiempo que se convierta el pecador, promete Dios perdonarle, pero á ningun pecador le ha prometido que hará que se convierta á la hora de la muerte. Isaías nos dice, que busquemos al Señor mientras podamos encontrarle: *Quærite Dominum, dum inveniri potest.* De donde se infiere, que habrá un tiempo para algunos pecadores, en el cual buscarán á Dios y no podrán hallarle: *Quæretis me et non invenietis.* (Joan. 7, 34.) Se confesarán los desgraciados á la hora de la muerte, prometerán, llorarán, buscarán piedad en Dios, pero sin saber lo que se hacen. A estos les sucede lo mismo que sucedería á uno que se viese bajo los pies de su enemigo que le tuviera puesto el puñal á la garganta en actitud de matarle: el infeliz lloraria entonces, le pediria perdon, prometeria servirle como esclavo toda su vida; pero ¿acaso le daría crédito el enemigo? Nó, antes creeria que aquellas eran palabras fingidas para poder librarse de sus manos, y que despues, si le perdonaba, le aborreceria todavia mas que antes. Del mismo modo, viendo Dios que todo el arrepentimiento y promesas del pecador moribundo no salen del corazon, sino que son obra del miedo que tiene á la condenacion eterna que ve tan próxima, no le concede el perdon; porque el temor que no va acompañado

del amor de Dios no puede justificar al pecador, como dice el santo Evangelio: *Qui non diligit manet in morte.*

9. El sacerdote que asiste al moribundo, hace la recomendacion del alma, y suplica al Señor, diciendo: *Agnosce, Domine, creaturam tuam*: Reconoced, ó Señor, á esta criatura vuestra. Pero Dios le responde: Conozco que es criatura mia; pero él no me ha honrado como á su criador, sino que me ha tratado como á enemigo. Sigue suplicando el sacerdote y dice: *Ne memineris iniquitatum ejus antiquarum*: No os acordeis de sus antiguas iniquidades. Y Dios responde: Yo le perdonaria sus culpas pasadas, cometidas en sus años juveniles; pero él ha seguido despreciándome hasta la hora de la muerte: *Verte-runt ad me tergum, et non faciem, et in tempore afflictionis suæ dicent: Surge et libera nos. Ubi sunt dii tui, quos fecisti tibi? Surgant et liberent te*: Me volvieron la espalda y no la cara, y despues dirán en el tiempo de su affliction: Ea libranos. ¿En donde están ahora aquellos dioses que tú te forjaste? Que vengan ellos á librarte. (*Jer. 2, 27 et 28.*) Llama á tus dioses, les dirá, esto es, á aquellas criaturas, aquellas riquezas, aquellos amigos á quienes amaste mas que á mí: díles que vengan ahora á librarte del infierno que te espera. A mí solamente me toca al presente castigar las ofensas que me hiciste. Tú despreciaste mis amenazas hechas á los pecadores contumaces, y no hiciste caso ninguno de ellas. Por tanto mi deber es, castigar los crímenes que cometiste: *Mea est ultio, et ego retribuam in tempore, ut labatur pes eorum.* (*Deuter. 32, 35.*) Llegó el tiempo de mi venganza, y es justo que se ejecute. Esto puntualmente sucedió á cierto vecino de Madrid, que llevaba mala vida, como cuenta el P. Carlos Bovio (*part. 3. de ejempl.*), pero se confesó, movido de la muerte desastrada de un compañero suyo, y luego determinó entrar en una religion observante. Pero por haber descuidado cumplir con su regla, volvió á su mala vida pasada. Reducido á la miseria, anduvo vagando por el mundo, y llegó á Lima en la América, donde habiendo caído enfermo, envió á llamar un confesor, y prometióle de nuevo mudar de vida y entrar en una religion. Pero luego que sanó, volvió á su mala vida, y la venganza divina cayó sobre él. Un dia, aquel confesor que era misionero, al pasar por una montaña, oyó una voz que parecia aullido de fiera; se acercó al sitio de donde salia, y vió un moribundo medio podrido que era el que aullaba en medio de su desesperacion, y comenzó á consolarle con suaves palabras;

mas él abriendo los ojos, le reconoció y le dijo: ¿Eres tú? Sin duda has venido á ser espectador de la justicia divina. Sepas que yo soy aquel enfermo á quien confesaste en el hospital de Lima: te prometí mudar de vida, pero no lo hice, y ahora muero desesperado. Y luego el desgraciado exhaló el alma.

10. Acabemos, oyentes míos, el sermón. Decidme, si uno se hallase en pecado, y le sobreviniera una enfermedad que le hiciese perder los sentidos, ¿que compasion no os causaria verle morir tan tristemente, sin sacramentos, y sin dar señales de arrepentimiento? ¿Y no es loco aquel que teniendo tiempo para reconciliarse con Dios, sigue en el pecado, ó torna á pecar, poniéndose de este modo en peligro de morir repentinamente? El Señor nos dice, que el Hijo de Dios vendrá á juzgarnos cuando menos pensemos: *Qua hora non putatis filius hominis venient.* (Luc. 12, 40.) Una muerte imprevista puede sucedernos á cualquiera de nosotros, como ha sucedido á tantos otros hombres. Y es necesario tener presente, que todas las muertes que tienen los hombres de mala vida son imprevistas, aunque la enfermedad dé algun plazo de tiempo; porque los dias que dura la enfermedad, son dias de tinieblas, dias de confusion en los cuales es difícil y aun moralmente imposible ajustar una conciencia manchada con una larga serie de vicios y pecados. Decidme, hermanos míos, si os hallaseis ahora en peligro iuminente de morir, desahuciados de los médicos, y luchando ya con las agonías de la muerte, ¿con cuanta ansia deseariais que se os concediera un mes de tiempo, ó una semana, para ajustar vuestras cuentas con Dios? Dios pues os concede este tiempo, os llama y os hace conocer el peligro en que estais de condenaros. Entregaos pues al negocio de vuestra salvacion. ¿Qué es lo que esperais? ¿Acaso que Dios os envíe al infierno? *Ambulate in luce dum lucem habetis.* (Joan. 12, 35.) Obrad bien mientras teneis tiempo, mientras vivís sobre la tierra; porque si os sorprenden las tinieblas de la muerte, nada podreis hacer ya para asegurar vuestra salvacion. Mañana me enmenaré, dice el pecador endurecido. ¿Y quien te asegura que llegarás á mañana? Lo que esa respuesta significa es, que amas mas el vicio que á Dios, y que desprecias las divinas inspiraciones que el Señor te envía para separarte del borde del abismo en que te hallas. Sepas pues, que cuando quieras desviarte de él, el Señor te abandonará porque tú le desprecias al presente: porque escrito está, que el que ama el peli-

gro; perecerá en él: *Qui amat periculum in illo peribit*. Ea pues, cristianos, dad la espalda al pecado hoy mismo, sin esperar á mañana; volveos á Jesucristo que os llama á su redil con silbos amorosos, y os espera con los brazos abiertos para abrazaros. Hacedlo así por las entrañas de Jesucristo, y yo en su nombre os aseguro, que este padre amoroso de los pecadores, os perdonará vuestras culpas, y os dará la vida eterna.

SERMON XXXIX.

PARA LA DOMINICA DÉCIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

DE LA EFICACIA Y NECESIDAD DE LA ORACION.

Deus, propitius esto mihi peccatori.
LUC. 18. 13.

Nos dice el Evangelio de hoy, que acudieron al templo dos hombres, el uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo en vez de humillarse y de pedir á Dios que le asistiese con su gracia, decía: Señor, os doy gracias de que yo no soy como los demás hombres pecadores: *Deus, gratias ago tibi, quia non sum sicut ceteri homines*. El publicano al contrario suplicaba con grande humildad: *Deus, propitius esto mihi peccatori*: Señor, tened misericordia de mí que soy un pecador. S. Lucas dice, que este publicano se volvió á su casa perdonado por Dios, y el fariseo se tornó tan inicuo y soberbio como había venido. Inferid de este ejemplo, oyentes míos, cuan agradables á Dios, y necesarias á nosotros son las oraciones humildes, para obtener del Señor todas las gracias que necesitamos para salvarnos. Por esto quiero esponeros en este sermón:

En el punto 1.º La eficacia de la oracion.

En el punto 2.º La necesidad de la oracion.

PUNTO I.

Eficacia de la oracion.

1. Para comprender la eficacia y el valor de nuestras oraciones, basta observar las grandes promesas hechas á los que

suplican ú oran. El salmo 49. 15. dice: *Invoca me, et eruat te: Invocadme, y yo os libraré de todo peligro.* El salmo 90. 15. *Clamabit ad me, et exaudiam eum: Me invocará, y yo le oiré.* Y Jeremias (*cap. 33. v. 3.*): *Clama ad me, et exaudiam te: Invócame, y te escucharé.* S. Juan dice tambien (*cap. 15. v. 7.*): *Quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis: Pediréis lo que querais, y se os concederá.* Y hay mil textos que espresan lo mismo, tanto en el antiguo, como en el nuevo Testamento. Dios, por su naturaleza, es la misma bondad, como escribe S. Leon: *Deus cujus natura bonitas;* y por esto tiene un gran deseo de comunicarnos sus bienes. Por lo cual decia Sta. Maria Magdalena de Pazis, que cuando un alma pide á Dios alguna gracia, en cierto modo queda obligado á concedérsela; puesto que ella le abre el camino con la súplica á que sacie el deseo que tiene de dispensar á los hombres sus gracias y favores. Por esto en la divina Escritura parece que no hay cosa á que mas se nos exhorte, ni que tanto se nos inculque por el Señor como el pedir y suplicar. Para demostrar esto nos bastan aquellas palabras que leemos en S. Mateo: *Petite et accipietis: quærite et invenietis: pulsate et aperietur vobis: Pedid y recibireis; buscad y hallareis; llamad y se os abrirá.* S. Agustin dice que se obligó Dios con tales promesas á concedernos lo que le pidamos: *Promittendo, debitorem se fecit. (De verb. Dom. serm. 2.)* Y en el sermón V. añade, que no nos exhortaria tanto el Señor á pedir gracias, si no quisiese concedérnoslas: *Non nos hortaretur, ut peteremus, nisi dare vellet.* Así vemos que los salmos de David, y los libros de Salomon y de los profetas, están llenos de súplicas.

2. Dice Teodoreto, que es tan eficaz la oracion para con Dios, que una sola basta para obtener todo cuanto se pida: *Oratio, cum sit una, omnia potest.* S. Bernardo añade, que cuando nosotros pedimos, si el Señor no nos concede la gracia que le rogamos, nos concederá otra todavía mas útil que aquella: *Aut dabit quod petimus, aut quod nobis noverit esse utilius. (Serm. 5. in Jer. 4. Cin.)* ¿Y quién llamó jamás á Dios en su ayuda á quieu haya el Señor despreciado desoyéndole? *Quis invocavit eum, et despexit illum? (Eccl. 2. 12.)* Dice la santa Escritura que entre los gentiles no hay ninguna nacion que tenga dioses tan dispuestos á oir nuestras súplicas, como nuestro Dios verdadero: *Non est alia natio tam grandis, quæ habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest cunctis obsecrationibus nostris. (Deut. 4, 7.)* Los principes de la tierra,

dice S. Juan Crisóstomo, dan audiencia á pocos; pero Dios la concede á cuantos la piden: *Aures principis paucis patent, Dei vero omnibus volentibus.* (Lib. 2, de orat.) Y David dice, que esta bondad del Señor en oirnos siempre que le pedimos, nos hace conocer, que él es nuestro verdadero Dios, que nos ama mas que ninguno. Por esto le dice David: *In quacumque die invocavero te, ecce cognovi, quia Deus meus es tu:* En cualquier tiempo que te invocare, he conocido, que eres mi Dios. (Psal. 55, 10.) Él quiere concedernos gracias; y lo desea con tal ansia, como hemos dicho ya; pero quiere que le pidamos. Un dia dijo Jesucristo á sus discípulos: *Usquemodo non petistis quidquam in nomine meo, petite et accipietis, et gaudium vestrum sit plenum:* ¿Hasta cuando dejareis de pedirme, invocando mi nombre? Pedid y recibireis, para que vuestra alegría sea completa. (Joan. 16, 24.) Como si dijese: Os lamentais de que no estais enteramente contentos conmigo; pero lamentaos de vosotros mismos, que no me habeis pedido cuanto necesitabais: pedídmelo desde hoy en adelante, y sereis oídos. Muchos, dice S. Bernardo, se lamentan de que les falta el Señor; pero con mucha mas razon se lamenta Dios de que muchos le faltan á él, dejando de pedirle las gracias que necesitan: *Omnes nobis causamur deesse gratiam, sed justius forsitan ista sibi queritur deesse nonnullos.* (S. Bern. de Tripl. Cust.)

3. Los antiguos Padres, conferenciando entre sí para encontrar el ejercicio mas útil para conseguir la salud eterna, convinieron en que no habia otro, que pedir sin intermision y decir: Señor, ayudadme, ayudadme presto: *Deus, in adiutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina.* Y por lo mismo la santa Iglesia hace repetir tantas veces en las horas canónicas estas dos oraciones ó súplicas á todo el clero y á todos los religiosos, los cuales piden, no solamente para sí, sino para todo el orbe cristiano. Dice S. Juan Clímaco, que nuestras oraciones hacen una piadosa violencia á Dios para que nos oiga: *Oratio pie Deo vim infert.* Y por esto cuando se le suplica, inmediatamente responde, dispensándonos las gracias que le pedimos: *Ad vocem clamoris tui statim, ut audierit, respondebit tibi.* (Isa. 30, 19.) Por lo cual dice S. Ambrosio, que el que pide á Dios, recibe mientras está pidiendo: *Qui petit à Deo, dum petit, accipit.* (Ep. 84. ad Demetr.) Y no solamente concede presto, sino abundantemente, dándonos mas de lo que le pedimos. S. Pablo dice que Dios es rico, esto es, liberal en conceder sus gracias á quien se las

pide: *Dives in omnes qui invocant illum.* (Rom. 10, 12.) Y Santiago dijo: Si alguno de vosotros necesita sabiduria, pídasela á Dios que la da á todos generosamente: *Si quis autem vestrum indiget sapientia, postulet á Deo, qui dat omnibus affluenter, nec impropere.* (Jac. 1, 5.) Y luego añade: *nec impropere*, que quiere decir: cuando le pedimos, no nos echa en cara las ofensas que le hemos hecho, sino que se complace enriqueciéndonos con sus gracias.

PUNTO II.

De la necesidad de la oracion.

4. Dios quiere que todos se salven, como dijo S. Pablo: *Omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire.* (1. Tim. 2, 4.) Y no quiere que ninguno se pierda, como escribe S. Pedro: *Patienter agit propter vos; nolens aliquos perire, sed omnes ad pœnitentiam reverti.* Obra con paciencia por atencion á vosotros, queriendo que ninguno se pierda y que todos hagan penitencia y se arrepientan. (2. Petr. 3, 9.) Y S. Leon dice, que así como quiere Dios que observemos los preceptos, así nos previene con su ayuda para que los observemos: *Iuste instat præcepto, quâ prœcurrit auxilio.* Justamente nos manda el que nos ayuda para que obedezcamos. (Serm. 16, de Pass.) Y Sto. Tomás escribió acerca de las palabras del Apóstol: *Qui vult omnes homines salvos fieri*, diciendo: *Et ideo gratia nulli deest, sed omnibus, quantum in se est, communicat.* Y por esto á nadie falta la gracia; sino que la comunica á todos en cuanto depende de él. (In Epist. ad Heb. cap. 12, lect. 3.) Y en otro lugar: *Hoc ad divinam Providentiam pertinet, ut cuilibet provideat de necessariis ad salutem, dummodo ex parte ejus (scil. hominis) non impediatur.* Toca á la divina Providencia suministrar á cada cual las cosas necesarias para su salvacion, con tal que el hombre por su parte no ponga óbices. Pero este auxilio de la gracia no le concede el Señor sino al que se le pide, como dice Genadio: ninguno consigue la salud sino con el auxilio de Dios; ninguno merece el auxilio sino el que le pide: *Nullam salutem, nisi Deo auxiliante, operari; nullum, nisi orantem, auxilium promereri.* (De Eccles. Dogm.) Y S. Agustin asegura, que esceptuados los primeros llamamientos á la fe ó á la penitencia, los demás no se conceden sino al que los pide, especialmente la gracia de la perseverancia.

Consta, dice, que unas gracias concede Dios aun á los que no las piden, como el principio de la fe; y que otras no las concede sino á los que las piden, como la perseverancia final: *Constat alia Deus dare etiam non orantibus, sicut initium fidei: alia nonnisi orantibus præparasse, sicut usque in finem perseverantiam.* (De dono persev. c. 16.) Y en otro lugar añade: Dios quiere dar, pero no da sino á los que le piden: *Deus dare vult, sed non dat nisi petentibus.* (S. Aug. in Psal. 100.)

5. Por esto es sentencia comun entre los teólogos con san Basilio, S. Juan Crisóstomo, S. Agustin, Clemente Alejandrino y otros, que la oracion es necesaria á los adultos *necessitate medii*, es decir, que no pueden salvarse sin pedir á Dios que les conceda los medios necesarios para conseguir la salvacion. Y esto significau ó manifiestan los textos de la santa Escritura: *Oportet semper orare*: Conviene orar sin intermision. (Luc. 18, 1.) *Petite et accipietis*: Pedid y recibireis. (Joan. 16, 24.) Estas palabras, *oportet*, conviene; *petite*, pedid; *orate*, orad; segun enseñan los doctores con Sto. Tomás (3. part. qu. 39, art. 5.) contienen precepto grave, que obliga, especialmente en tres casos: 1.º Cuando el hombre está en pecado. 2.º Cuando está en grave peligro de pecar. 3.º Cuando está en peligro de muerte. Y fuera de estos casos quieren los doctores, que el que no ora en un mes, ó en dos cuando mas, no queda escusado de pecado mortal. Y la razon de esto es, porque sin la oracion no podemos obtener los auxilios necesarios para observar la ley divina. S. Juan Crisóstomo dice, que tan necesaria como es el agua para que no se sequen los árboles, lo es la oracion para que no perezcamos nosotros los pecadores: *Non minus quam arbores aquis, precibus indigemus.* (Tom. 1, Hom. 77.)

6. Muy injustamente, pues, dijo Jansenio, que nos es imposible observar algunos preceptos, aun con el auxilio de la gracia; pues el concilio de Trento (*Sess. 6, cap. 11.*) dice: Que aunque el hombre no puede observar todos los preceptos con solo el auxilio de la gracia ordinaria, obtiene, sin embargo, por medio de la oracion los auxilios mayores que necesita para observarlos. Dios no manda cosas imposibles, sino que mandando nos amonesta á hacer lo que podamos, y á pedir lo que no podamos, y nos ayuda para que podamos: *Deus impossibilia non jubet, sed jubendo monet; et facere quod possis, et petere quod non possis, et adjuvat ut possis.* A lo cual debe unirse aquella otra célebre sentencia de S. Agustin: *Eo ip-*

so quo firmissime creditur, Deum impossibilia non potuisse præcipere; admonemur, et in facilibus quid agamus, et in difficilibus quid petamus: Por lo mismo que creemos firmemente, que Dios no pudo mandarnos cosas imposibles, se nos amonesta, ya lo que debemos hacer en las fáciles, ya lo que debemos pedir en las difíciles. (*S. Aug. lib. de Nat. et grat. cap. 69, n. 83.*)

7. Pero, preguntará alguno: ¿Por qué Dios que conoce nuestra debilidad, permite que nos asalten los enemigos á los cuales no podemos resistir? Lo permite con el fin de que imploremos su ayuda, porque ve el gran bien que nos resulta de la necesidad de orar. Y así el que queda vencido no tiene excusa de no haber podido resistir, porque lo hubiera podido si hubiese implorado el auxilio divino; y por esto le castigará Dios por no haberle implorado. Dice S. Buenaventura, que si un comandante de una plaza, la perdiese por no haber pedido con tiempo socorro á su rey, éste le trataria como á traidor: *Reputaretur infidelis, nisi expectaret a rege auxilium.* (*S. Bon. Diæt. tit. c. 5.*) Pues lo mismo es tenido como traidor por Dios, aquel que viéndose asaltado de la tentacion, no implora el auxilio de Dios. Escribe Sta. Teresa, que el que pide, obtiene, como dice la Escritura: *Petite et accipietis.* Concluye pues la Santa diciendo, que el que no pide, no obtiene, segun lo que ya habia dicho Santiago: No teneis, porque no pedis: *Non habetis, propter quod non postulatis.* (*Jac. 4, 2.*) S. Juan Crisóstomo dice tambien, que la oracion es una arma eficaz para defenderse contra todos los enemigos: *Magna sane armatura est oratio.* (*Hom. 41. ad Pop.*) Y S. Efren dice que el que se fortifica con la oracion, impide al pecado la entrada en su alma: *Si orationem operi præmisseris, aditus in animam peccato non patebit.* (*Serm. de orat.*) Y antes que todos dijo lo mismo David por estas palabras: *Laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero:* Invocaré al Señor con cánticos de alabanza, y me librará de mis enemigos. (*Psal. 17. 4.*)

8. Si queremos, pues, vivir bien y salvarnos, debemos saber orar: Por esto dice S. Agustin: Sabe vivir bien, el que sabe orar: *Recte novit vivere, qui recte novit orare.* (*Homil. 43.*) Es menester, por tanto, para obtener del Señor las gracias que le pedimos por medio de la oracion: 1.º Confesar el pecado, porque Dios no escucha á los que se obstinan en él. Por ejemplo: si uno conservase odio á cualquiera persona, de modo que quisiere vengarse de ella, y orase hallándose en este

estado, Dios no le escucharia: *Cum multiplicaveritis orationem, non exaudiam: manus enim vestrae sanguine plene sunt*: Por mucho que oreis, no os escucharé; porque vuestras manos están manchadas con sangre. (*Isa. 1, 15.*) El Crisóstomo dice, que el que fomenta la mala voluntad y ora, no pide, sino que se burla de Dios: *Qui orat et peccat, non rogat Deum, sed eludit.* (*Hom. 11. in Matth. 6.*) Si le pidiese que borrara el odio en su corazón, entonces le oiría el Señor. En segundo lugar, es necesario rogar á Dios con atencion. Algunos creen que hacen oracion porque repiten muchas veces la oracion dominical; pero sin atencion y sin saber lo que se dicen. Estos tales pronuncian palabras, pero no oran: y de ellos dice Dios por Isaías: *Labiis suis glorificat me, cor autem ejus longe est à me: Me honoran con los labios, pero su corazón está lejos de mí.* (*Is. 29, 13.*) Conviene, en tercer lugar, quitar las ocasiones que nos impiden orar, porque, como dice Jeremías, el que se ocupa en mil negocios y cosas inútiles al alma, opone á su oracion una niebla que le impide llegar á Dios: *Opposuisti nubem tibi, ne transeat oratio.* (*Tren. 3, 44.*) No quiero pasar en silencio aquellas palabras con que nos exhorta S. Bernardo á que pidamos gracias á Dios por mediacion de su divina Madre: *Queramus gratiam, et per Mariam queramus, quia Mater est, et frustrari non potest*: Pidamos gracia, nos dice, y pidámosla por mediacion de María; porque es su Madre, y nada le puede negar. (*Serm. de Aquæd.*) Y S. Anselmo añade: *Multa petuntur à Deo, nec obtinentur; quæ petuntur à Maria, obtinentur; non quia potentior sit, sed quia Deus decrevit eam sic honorare, ut sciant homines omnia per ipsam obtineri posse à Deo*: Muchas cosas se piden á Dios que no se consiguen; pero las que le pide María, obtiene; no porque ésta pueda mas, sino porque Dios determinó honrarla así, para que sepan los hombres, que no hay cosa que no se consiga de Dios por medio de ella.

SERMON XL.

PARA LA DOMINICA UNDÉCIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

DEL VICIO DE HABLAR DESHONESTAMENTE.

Tetigit linguam ejus... et solutum est vinculum.

MARC. 7, 35 et 38.

EN el presente Evangelio cuenta S. Marcos el milagro que hizo nuestro divino Salvador curando á un mudo con solo tocarle la lengua: *Tetigit linguam ejus... et solutum est vinculum*. Pero de estas últimas palabras no se deduce que aquel hombre fuese mudo en efecto, sino que tenia la lengua impedida, y no podia hablar espeditamente: por lo que añade san Marcos, que despues del milagro hablaba bien: *Loquebatur recte*. Fué pues necesario un milagro para desatar la lengua de éste y quitarle el impedimento que tenia. Pero, ¿á cuantos haria un favor, si les atase la lengua para que no pudiesen hablar deshonestamente? Puesto que quien adolece de este vicio

Hace gran daño á los otros. Este será mi primer *Punto*.

Y se hace gran daño á sí mismo. Aquí tenéis el segundo *Punto*.

PUNTO I.

El que habla deshonestamente, hace gran daño á los que le oyen.

1. S. Agustín (in *Psal.* 160.), llama *Satanæ mediatores*, medianeros de Satanás, á los que hablan deshonestamente; porque donde no puede llegar Satanás con las sugeriones, llegan estos con las palabras obscenas que pronuncian. De estas malditas lenguas dice Santiago: *Et lingua ignis est... inflammata à gehenna*: Es su lengua un fuego inflamado por el infierno, con el cual abrasa el obsceno á los demás. *Jac.* 3, 6.) Esta puede decirse que es aquella tercera lengua de que habla el Eclesiástico: *Lingua tertia multos commovit et dispersit*

illos. (*Eccl.* 28, 16.) La lengua espiritual es aquella que habla de Dios: la lengua civil es la que habla de los negocios del mundo: hay pues una tercera lengua que es la del infierno, que habla de las obscenidades carnales, y esta es la que pervierte á muchos y hace que se pierdan.

2. El real Profeta, hablando de la vida de los hombres sobre la tierra, dice: *Via illorum tenebræ et lubricum*: Su camino es las tinieblas y la lubricidad. (*Psal.* 34, 6.) Como si dijéramos: El hombre mientras vive camina entre las tinieblas por un camino resbaladizo; por lo cual está en peligro de caer á cada paso, si no tiene toda la cautela y no mira donde asienta los pies, con el fin de evitar los pasos peligrosos, es decir, las ocasiones de pecar. Si en este camino, pues, tan resbaladizo hubiese alguno que le empujase para hacerle caer, seria un milagro que no cayere en el precipicio. Pues esto cabalmente hacen aquellos satélites del demonio que hablan obscenidades: inducen á los otros al pecado mientras están en este mundo habitando en las tinieblas, y cercados de una carne tan propensa á este vicio. De tales hombres se dijo con razon: *Sepulchrum patens est guttur eorum.* (*Psal.* 5, 11.) Las bocas de estos que no saben hablar sino obscenidades, son otros tantos sepulcros abiertos que exhalan putrefaccion, dice S. Juan Crisóstomo: *Talia sunt ora hominum, qui turpia proferunt.* (*Hom.* 2. de *Proph.* Obs.) El hálito que sale de la podredumbre de los cuerpos amontonados en una fosa, infesta y trastorna á todos aquellos que perciben la hediondez.

3. El Eclesiástico dice, que el golpe del látigo hace un cardenal en el cuerpo; y el de la lengua quebranta los huesos: *Flagelli plaga livorem facit: Plaga autem linguæ comminuet ossa.* (*Eccl.* 28, 21.) Quiere esto decir, que las heridas que causan las lenguas deshonestas penetran hasta los huesos de aquellos que las oyen, por el escándalo que les causan, especialmente cuando se profieren en presencia de personas inocentes y timoratas. Cuenta S. Bernardino de Sena que una doncella que vivía santamente, al oír á un jóven una palabra obscena, cayó en malos pensamientos, y luego se abandonó tanto á la impureza, que dice el Santo, que aunque el demonio hubiese tomado carne humana, no hubiera podido cometer tantos pecados impuros como ella cometió.

4. Lo peor es, que estas bocas infernales que pronuncian á menudo palabras deshonestas, tienen este vicio por una bagatela, y pocos se confiesan de él: pues suelen responder,

cuando el confesor les reprende: *Yo lo digo por chanza, y sin malicia*. ¿Con qué lo dices por chanza? ¡Infeliz! Esas chanzas hacen reir al demonio, y te harán llorar á tí eternamente en el infierno. Porque no sirve decir que tú lo dices por chanza y sin malicia; pues cuando profieres esas palabrotas escandalosas y obscenas, es muy difícil que no peques por obra tambien; porque como observa S. Jerónimo: *El que se deleita con las palabras, no está léjos de las obras: Non longe est à facto, qui delectatur in verbo*. Además de que, cuando se habla tan escandalosamente delante de personas de ambos sexos, siempre hay en ellas delectacion peligrosa. ¿Y no es pecado tambien el escándalo que se da á los otros? Una sola palabra deshonesta que se pronuncie, es capaz de hacer caer en pecado á cuantos la oyen. Por esto dice S. Bernardo: *Unus loquitur, et unum tantum verbum profert, et tamen multitudinis audientium animas interficit*: Aunque hable uno solo, y no profiera mas que una palabra, mata sin embargo con el escándalo las almas de cuantos le oyen. (*Serm. 24 in Cant.*) Y este pecado es peor, que si uno matase á muchas personas, disparando un arcabuz; porque así mataria los cuerpos, y con las palabras obscenas, mata á las almas: *Animas interficit*.

5. En fin esos hombres cuya lengua es un volcan, son la ruina del mundo. Mas daño hace uno solo de ellos, que cien demonios del infierno, siendo así la ruina de muchas almas. Y no soy yo quien os lo digo, sino el Espíritu Santo, que dice: *Os lubricum operatur ruinas*: La boca lúbrica y deshonestata causa la ruina de muchos. (*Prov. 26, 28.*) Y ¿cuando se causan estos males y esta ruina? Cabalmente cuando Dios nos dispensa mas bienes. Hablo de los bienes temporales que nos dispensa su mano bienhechora en el estío, proveyéndonos para todo el año, de grano, de vino, de aceite, de legumbres, y de los demás frutos que hace producir á la tierra para nuestro alimento. Y ¿cuando se cometen mas pecados en la campiña? Cuando se hace la siega, la trilla y la vendimia; cuando se hace la recoleccion de las castañas, de las aceitunas, del maiz, y de otras cosas semejantes. Entonces, repito, se cometen mas pecados que en otros tiempos, por medio de esas palabras deshonestas, que abundan en la boca de los hombres escandalosos, mas que en la campiña los granos de trigo y los de uva. ¿Y es este el modo de manifestar su gratitud al Señor por la prodigalidad con que os suministra sustento para el invierno? Mas ¿quien tiene la culpa de estos pecados,

sino las bocas desenfrenadas de los hombres escandalosos, cuyas lenguas están llenas de veneno, como la de la víbora? Ellos pues, darán cuenta á Dios del pecado que cometen hablando mal, y de los que hacen cometer á los que los escuchan. Si tuviesen presente cuando hablan de este modo, las palabras del Evangelio, que diga del escandaloso, que seria mejor que no hubiese nacido, seguramente que refrenarian su lengua, y no causarían la muerte del alma á tantos inocentes: *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* (Ezech. 3, 18.) Pero pasemos al segundo punto.

PUNTO II.

El que habla palabras deshonestas se causa gran daño á sí mismo.

8. Dicen algunos: *Pero yo hablo sin malicia.* A esta escusa fútil y necia he respondido ya en el punto primero, que es muy difícil, que uno hable palabras deshonestas sin complacerse con las ideas que ellas suscitan en la imaginación; especialmente cuando se profieren delante de muchachas, y casadas jóvenes: porque regularmente resulta de ellas una secreta complacencia, que suele ser semejante á una chispa eléctrica que abrasa cuando toca. Si el fuego prende en la estopa, la abrasa: pues del mismo modo, si un mal pensamiento se ceba en nuestra imaginación, abrasa nuestra alma inclinada al pecado: porque el cuerpo y el alma de todos los hombres, como dice la Santa Escritura, están inclinados al mal: *Sensus et cogitatio humani cordis prona sunt in malum.* (Gen. 8, 21.) Sobre todo, el hombre está inclinado al vicio deshonesto, al cual le inclina y arrastra la misma naturaleza. Y por eso dice S. Agustín, que en esta especie de combates, si no somos muy cautos y prudentes, todos nos hallamos enredados, y pocos salimos vencedores: *Communis est pugna, et rara victoria.* Al que dice libremente palabras obscenas, siempre se le presentan á la imaginación aquellas mismas ideas impuras y deshonestas que nombra; y estas suscitan la complacencia en su alma, y le hacen caer, primeramente en torpes deseos, y luego en las obras: y esta es la consecuencia de hablar obscenidades, aunque sea sin malicia, como suelen decir los que se acostumbran á divertir á los demás con torpezas. ¿Con qué hablais mal sin malicia? ¿Y no hay malicia en obrar mal? ¿Y no es obrar mal hacer lo que Dios prohíbe? ¿Y no prohíbe

Dios las acciones, las palabras y los pensamientos impuros? ¿Como pues osais decir, que hablais sin malicia? Decid que despreciais la salud de vnestra alma, y los preceptos de vuestro Dios, y que obedecéis al demonio.

7. Dice el Espíritu Santo : *Lingua tua ne capiaris.* (Eccl. 5, 16.) Que quiere decir: Ten cuidado de no labrarte con tu lengua una cadena que te conduzca y arrastre á los infiernos: porque escribe Santiago: Que la lengua mancha todo el cuerpo, é inflama la rueda de nuestra vida: *Lingua.... maculat totum corpus, et inflamat rotam nativitatís nostræ* (Jac. 3, 6.) La lengua es uno de los miembros del cuerpo, que cuando habla mal, infesta á todos los demás, é inflama y corrompe toda nuestra vida desde la niñez hasta la senectud; y de ahí resulta que los que hablan obscenidades, no saben abstenerse de semejantes conversaciones, aun cuando son ancianos. Escribe Surio en la vida de S. Valerio, que viajando el Santo entró en una casa para calentarse, donde aplicando el oído á lo que decia el dueño de ella al juez de la ciudad, oyó que hablaban de cosas obscenas, siendo ambos ya de edad avanzada. Los reprendió el Santo severamente; mas ellos no hicieron caso de su reprension: y Dios los castigó á entrambos dejando ciego al uno, y causando al otro una llaga que le hacia sentir dolores mortales. Cnéntase además, que uno de estos habladores obscenos murió de repente sin haberse querido confesar, y que fné visto despnes en los infiernos, haciéndose pedazos la lengua que de nuevo se renovaba y era despedazada.

8. Mas ¿como ha de querer Dios compadecerse de aquellos que no se compadecen de las almas de sus prójimos? Por esto dice Santiago: Que será juzgado sin compasion aquel que no tnvo compasion de los demás: *Judicium enim sine misericordia illi, qui non fecit misericordiam.* (Jac. 2. 13.) ¿Que compasion causa á las veces ver á estos habladores obscenos hablar delante de jóvenes, casadas, y muchachas! Y cuando mayor es la concnrrencia de los oyentes, con tanto mas calor y desenfreno suelen hablar, sin contemplar el mal que hacen, ni el escándalo que dan á tantos inocentes. Porque muchas veces se hallan presentes niños y niñas de poca edad, á quienes escandalizan sin reflexion ni miramiento. Refiere un autor, que educado por los monges de Cluni el hijo de cierto noble de la Borgoña, era puro como un ángel. Este pnes, entró un dia en la tienda de un capintero, y movido de las pa-

labras obscenas de la mujer del carpintero, cometió un pecado y perdió la gracia y amistad de Dios. De otro cuenta Sabatino en su obra titulada *Luz Evangelica*, que habiendo oido una palabra deshonestá, y pensando en ella por la noche, consintió en un mal pensamiento y murió repentinamente aquella misma noche. Sabedor de su muerte su confesor, queria celebrar por él una misa; pero el alma de aquel desgraciado jóven se le apareció y le dijo: que no celebrase por él, porque se habia condenado por causa de aquella palabra obscena, y que celebrando por él aumentaria sus penas. ¡O Dios mio! ¡como llorarian los ángeles custodios, si pudiesen llorar, de aquellos desgraciados muchachos que se condenan por el escándalo que les causaron las palabras deshonestas, que pronuncian en su presencia algunos hombres impuros y desalmados! Pero pedirán contra ellos terrible venganza delante de Dios. Y esto es lo que significan aquellas palabras de Jesucristo: No desprecies á ninguno de los pequeñuelos: porque os aseguro que sus ángeles custodios están viendo continuamente en el cielo cara á cara á mi Padre: *Videte, ne contemnatis unum ex his pusillis: dico enim vobis quia Angeli eorum in celis semper vident faciem Patris mei.* (Matth. 18, 10.)

9. Cuidad por tanto, hermanos míos, de guardaros mas que de la misma muerte, de hablar palabras deshonestas. Oid la exhortacion que os hace el Espíritu Santo por estas palabras: *Ex verbis tuis facito stateram et franos ori tuo rectos: et attende, ne foris labaris in lingua: et sit casus tuus insanabilis in morte.* (Eccl. 28, 29.) Ten cuidado de no resbalar y pecar con tu lengua, no sea que no te levantes de tu caída, si te previene la muerte. Dios nos ha dado la lengua, no para ofenderle, sino para alabarle y bendecirle. Y por eso dice S. Pablo, que no debemos, ni aun nombrar la fornicacion ni ninguna cosa inmundá, como conviene que hagan los que profesan una vida santa: *Fornicatio autem, et omnis immunditia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos.* (Ephes. 5, 3.) De modo que no solamente debemos evitar las palabras obscenas y las palabras equívocas y lúbricas, teniendo presentes que los equívocos destionestos tal vez causan mas daño que las palabras impuras; sino tambien las palabras picantes que son ajenas de las personas santas, esto es, de los cristianos, de los que habla S. Pablo.

10. Pensad, dice S. Agustin, que vuestras bocas son bocas de cristianos; en las que tantas veces ha entrado Jesucristo

to por medio de la santa Comunion ; y por esto debeis absten-
neros de proferir palabras lujuriosas , que son un veneno in-
ferral : *Videte , fratres , si justum est ex ore christianorum , ubi
corpus Christi ingreditur , luxuriosum canticum quasi venenum
diaboli proferatur.* (S. Aug. *serm.* 13 de Temp.) S. Pablo escri-
be que la conversacion de un cristiano debe siempre sazonar-
se con la sal : *Sermo vester semper in gratia sale sit conditus.*
(*Coloss.* 4 , 6 .) Es decir mezclarse con algunas palabras santas
que muevan á los demás á amar á Dios , y á retraerlos de
ofenderle. Feliz la lengua , dice S. Bernardo , que no sabe ha-
blar sino de las cosas de Dios ! *Felix lingua , quæ non movit ni-
si de divinis texere sermonem !* Debeis pues guardaros , amados
cristianos , no solo de las palabras impuras , sino tambien del
trato de los que las proferen. Y así quando oigais hablar mal
y deshonestamente , circunvalad vuestros oidos de espinas , co-
mo dice el Espíritu Santo , y no escuchéis tales conversacio-
nes : *Sepi aures tuas spinis , linguam nequam noli audire.* (*Eccl.*
28 , 28 .) Que quiere decir , que os revistais de severidad , y
reprendais con calor y celo á los que hablen de este modo ; ó
al menos les manifesteis en el semblante que os disgusta la
conversacion. No nos avergoncemos de parecer secuaces de
Jesucristo , si no queremos que Jesucristo se avergüence de
recibirnos despues en el paraíso. Manifestemos á los malos
que seguimos y defendemos la doctrina y los preceptos de Je-
sucristo ; confesemos que somos sus discípulos , para que él
confiese tambien que es nuestro maestro en la otra vida , como
nos lo promete en el Evangelio : *Qui me confesus fuerit coram
hominibus , confitebor et ego eum coram Patre meo qui in cælis est.*
De esto modo cumpliremos con su santa ley , y despues de es-
ta vida mereceremos disfrutar de su santa compañía en la
eterna.

SERMON XLI.

PARA LA DOMINICA DUODÉCIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

ABUSO DE LA MISERICORDIA DIVINA.

Curam illius habe.
LUC. 10. 38.

DICE el santo Evangelio de hoy, que cayó cierto hombre en manos de unos ladrones, los cuales despues de haberle despojado de cuanto llevaba, le hicieron muchas heridas, y le dejaron medio muerto. Pasando por allí un samaritano, le vió y se compadeció de él. Primeramente le vendó las heridas, y despues le condujo á una posada, y le encargó con mucho celo á la dueña de ella, que tuviese cuidado de él: *Curam illius habe*. Estas mismas palabras repito yo hoy, oyentes míos, á aquel que entre vosotros se halle con el alma despedazada con las heridas que causan los pecados, y que en vez de curarla, la hiere mas y mas con nuevas culpas, abusando de la misericordia de Dios, que le conserva la vida movido de su bondad infinita, para que se enmiende y no pierda su pobre alma, redimida con la sangre de Jesucristo. Yo digo tambien al que se halle en tan lamentable estado: *Curam illius habe*; ten cuidado y compasion de tu alma que se halla demasiado enferma, y lo que es peor todavía, está vecina á la muerte eterna del infierno; mientras que tú, abusando demasiado de la misericordia divina, estás próximo á verte abandonado de Dios. Este será el único punto de mi presente discurso.

1. S. Agustin dice que de dos modos engaña el demonio á los cristianos; á saber: *desesperando*, y *esperando*. Despues que el hombre ha cometido muchos pecados, el enemigo le incita á desconfiar de la misericordia de Dios, haciéndole ver el rigor de la justicia divina. Pero antes de pecar, le da ánimo para que no tema el castigo que merece el pecador, haciéndole ver la divina misericordia. Por eso el Santo aconseja, que despues del pecado, confiemos en la misericordia, y antes de pecar, temamos la justicia divina: *Post peccatum spera miseri-*

cordiam, ante peccatum pertimesco justitiam. Porque el que abusa de la misericordia de Dios para ofenderle mas, no merece que el Señor sea misericordioso con él. El Abulense escribe: que quien ofende á la justicia, puede recurrir á la misericordia; mas el que ofende é irrita contra sí á la misericordia, ¿á quién recurrirá?

2. Cuando tú quieres pecar, pecador que me estás oyendo, ¿quién te promete la misericordia de Dios? Seguramente no te la promete Dios, pero te la promete el demonio, para que pierdas á Dios y te condenes. Por eso dice S. Juan Crisóstomo: *Guárdate de no dar oídos jamás á aquel perro que te promete la misericordia de Dios: Cave ne unquam canem illum suscipias, qui misericordiam Dei pollicetur.* (Hom. 30. ad Pop.) Si en tu vida pasada has ofendido á Dios, ó pecador, espera y tiembla: si quieres dejar el pecado y lo detestas, espera, puesto que Dios promete el perdón á quien se arrepiente; pero si quieres seguir en tu mala vida, teme que el Señor no te espere mas tiempo y te envíe á los infiernos. ¿Con que fin espera Dios al pecador? ¿Es acaso para que siga injuriándole? No; Dios espera á los pecadores para que abandonen el pecado y pueda, de este modo, ser misericordioso con ellos, segun aquellas palabras de Isaías (30, 18.): *Propterea expectat Dominus, ut misereatur vestri.* Pero cuando el Señor ve, que el pecador se vale del tiempo que le concede para llorar las culpas cometidas, para aumentarlas todavía mas, echa mano del castigo y le corta los pasos, haciéndole morir en pecado, para que muriendo, deje por fin de ofenderle. Y entonces llama á juzgarle al tiempo que le habia concedido para hacer penitencia. Y en efecto, podrá argüir Dios al pecador de este modo: Este tiempo en que te juzgo, te le concedí para que hicieras penitencia; pero tú seguías ofendiéndome, y por eso te he arrancado del número de los vivientes. *Vocavit adversum me tempus*, dice Jeremías. (Thren. 1, 15.) Y S. Gregorio, interpretando estas palabras, dice: Que el mismo tiempo que le concedió para hacer penitencia, vino á juzgarle; esto es, á servir de fiscal y acusador contra el mismo pecador.

3. ¡Engaño comun de tantos pobres cristianos que se condenan! digo comun, porque con dificultad se halla un pecador tan desesperado que diga: *Yo me quiero condenar.* Los cristianos aun cuando pecan quieren salvarse, y dicen: *Dios es misericordioso, cometeré este pecado, y despues lo confesaré.* Este es el engaño, ó por mejor decir, esta es la red con la que el

demonio conduce tantas almas al infierno: *Peca*, que despues te confesarás. Pero escuchad lo que dice Dios: *Et ne dicus: Misericordia Domini magna est, multitudinis peccatorum meorum miserebitur*; No digas: La misericordia de Dios es grande, y se apiadará de mis muchos pecados. (*Eccl. 5, 6.*) Es verdad que la misericordia de Dios es grande, y aun diré mas, es infinita; pero la misma justicia divina se opone á que Dios sea misericordioso con los pecadores ingratos y endurecidos que abusan de ella para ofenderle. Por eso dijo el Señor un dia á Sta. Brigida: *Yo soy justo y misericordioso; pero los pecadores olvidan lo primero, y solamente se acuerdan de lo segundo.* Porque Dios es tambien justo, como dice S. Basilio, y por el hecho de serlo, está obligado á castigar á los ingratos. El venerable Juan de Avila decia, que el soportar al pecador que abusa de la misericordia de Dios para ofenderle, no seria misericordia, sino injusticia. La misericordia está prometida al que teme á Dios y no al que le desprecia, como cantó la virgen María: *Et misericordia ejus... timentibus eum.* (*Luc. 1, 50.*)

4. Pero Dios, dicen los hombres temerarios, ha usado conmigo tantas veces de misericordia, ¿porqué no he de esperar que la use tambien de aquí adelante? Voy á responder á estos tales: la usará con vosotros, si quereis mudar de vida; pero si quereis seguir ofendiéndole, dice Dios en el Deuteronomio (32, 35.): *Mea est ultio; et ego retribuam in tempore, ut labatur pes eorum*: que deberá vengarse de vosotros, haciéndoos caer en los infiernos. Y David tambien nos dice en el salmo 7, 13.: *Nisi conversi fueritis, arcum suum vibrabit*: que si no os convirtiereis, vibrará su arco. El Señor tiene el arco tirante, y espera que os convirtais, y lanzará por fin contra vosotros la saeta y quedareis condenados. Algunos hay que no quieren creer que han de ir al infierno; pero cuando estos desgraciados vayan allá, ya no habrá para ellos misericordia. ¿Podreis acaso, oyentes mios, quejaros de la misericordia de Dios, despues que ha usado tantas veces de misericordia con vosotros, esperándoos tanto tiempo? Vosotros deberiais estar con el semblante hundido en el polvo, diciendo sin cesar: *Misericordia Domini, quia non sumus consumpti*: Demos gracias á la misericordia divina de que no hemos sido ya condenados. (*Thren. 3, 22.*) Si las ofensas que habeis hecho contra Dios, las hubieseis hecho contra un hermano vuestro, no os hubiese sufrido; pero el Señor os ha sufrido con tanta paciencia, y aun despues de tanto sufrir os está llamando al presente. Si al

fin os envia al infierno , ¿no tendrá razon para ello ? Impíos , dirá el Señor , ¿qué mas debia yo hacer en vuestro favor que no haya hecho ? *Quod debui ultra facere vineæ meæ , et non feci ?* (*Isa. 5 , 4.*)

5. Escribe S. Bernardo , que la esperanza que tienen los pecadores confiando en la bondad de Dios mientras le ofenden , no les concilia la bendicion , sino solamente la maldicion divina : *Est infidelis fiducia solius ubique maledictionis capax , cum videlicet in spe peccamus.* (*S. Bern. serm. 3 , de Annunc.*) ; O falsa esperanza de los cristianos que arrastra tantas almas á los infiernos ! *Sperant , ut peccent ! Væ à perversa spe.* (*S. August. in Psal. 144.*) No esperan que Dios les perdone los pecados de que están ya arrepentidos , sino que sea misericordioso con ellos , aun mientras siguen ofendiéndole ; de modo , que quieren que la misericordia divina les sirva de pretexto para seguir pecando mas y mas . ¡ O esperanza maldita ! esperanza que abomina el Señor , como dice Job (11 , 20.) : *Et spes illorum abominatio.* Esta esperanza será la causa de que Dios acelere el castigo , así como un amo no diferiria el castigo contra un siervo que le ofendiese . S. Agustin (*Trac. 33. in Joan.*) dice : El pecador confiando en la bondad de Dios , sigue pecando y discurre de este modo : *Bonus est Deus , faciam quod mihi placeat* : Dios es bueno , haré lo que me parezca . Pero , ¿ á cuantos ha engañado esta vana esperanza , como dice el mismo santo Doctor ? *Dinumerari non possunt , quantos hæc inanis spei umbra deceperit.* Escribe S. Bernardo , que Lucifer fué castigado porque esperó al tiempo de su rebellion que Dios no le castigaria . Amón , hijo del rey Manassés , viendo que Dios habia perdonado los pecados á su padre , se abandonó él mismo al pecado con la esperanza del perdon ; pero no hubo misericordia para él . S. Juan Crisóstomo dice que Judas se perdió por esta vana esperanza ; pues entregó Jesucristo á los Judíos confiando en la benignidad del Señor .

6. El que peca con la esperanza del perdon , diciendo : *Después me arrepentiré del pecado , y Dios me perdonará ;* este tal , dice S. Agustin , no está arrepentido , sino que se burla de Dios : *Irrisor est , non pœnitens.* Pero el Apóstol dice , que Dios no permite que se burlen de él : *Deus non irridetur.* (*Gal. 6 , 7.*) Sabed pues , que el hombre cogerá lo mismo que siembre , como dice S. Pablo : *Quæ enim seminaverit homo , hæc et metet.* (*Ibid. v. 6.*) Y el que siembra pecados no puede coger otra cosa que odio de Dios en esta vida , y odio de Dios y el infierno

en la otra: *An divitias bonitatis ejus*, esclama el mismo Apóstol, *et patientiæ et longanimitatis contemnitis?* Pretendes ser tú malo, porque Dios es bueno, y abusando de su bondad sigues ofendiéndole. (*Rom. 2, 4.*) ¿Como pues, ó pecador, desprecias las riquezas de la bondad, de la paciencia y de la tolerancia que Dios usa contigo? La misericordia que Dios usa con nosotros, no castigándonos inmediatamente que pecamos, son riquezas mas preciosas para nosotros que todos los tesoros del mundo: *Ignoras*, prosigue diciendo el Apóstol, *quoniam benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit?* ¿No sabes, que la benignidad de Dios te convida á penitencia? (*Ibid.*) No nos espera el Señor, ni es tan benigno con nosotros para que sigamos pecando, sino para que lloremos las culpas que hemos cometido contra él. Y si así no lo hacemos, con nuestra obstinacion é impenitencia acumulamos un tesoro de ira que recaerá sobre nosotros el dia del juicio: *Secundum autem duritiam tuam et impenitens cor thesaurizas tibi iram in die iræ et revelationis justi iudicii Dei.* (*Ibid. v. 5.*)

7. A la dureza del pecador seguirá el abandono de Dios, que dirá al alma endurecida en el pecado, como dijo en otro tiempo á Babilonia: *Curavimus Babylonem, et non est sanata: derelinquamus eam*: He curado de sus crímenes á Babilonia, y no ha querido aprovecharse de la medicina: abandonémosla. (*Jer. 51, 9.*) Mas ¿como abandona Dios al pecador? O le envia una muerte repentina, ó le hace morir en pecado, ó le priva de aquellas gracias que le serian necesarias para convertirse de corazon, y le deja con la gracia suficiente, con la cual podria salvarse. Pero no se salvará: porque su mente oscurecida con las tinieblas, su corazon endurecido, y los malos hábitos contraídos, imposibilitarán su conversion, y de este modo quedará abandonado moralmente á sí mismo. Así arrancará Dios la valla que circunvalaba su alma, como dice Isaías: *Auferam sepem ejus, et erit in direptionem* (*Isa. 5, 5.*); para que entren en ella los pecados, la dureza de corazon, los vicios y finalmente la impenitencia. El pecador entonces abandonado á sí mismo, y sumergido en el abismo de los pecados, desprecia las amonestaciones, las excomuniones, la gracia de Dios, los castigos, y los tormentos del infierno: *Impius cum in profundum peccatorum venerit, contemnet.* (*Prov. 18, 3.*)

8. El profeta Jeremías pregunta: ¿Por qué prosperan los impíos? *Quare via impiorum prosperatur?* (*Jer. 12, 1.*) Y se responde él mismo: Congrégalos como el rebaño para el ma-

tadero : *Congrega eos quasi gregem ad victimam.* (Ibid. v. 3.) ¡Pobre de aquel pecador que prosperó en esta vida! Señal es de que Dios quiere pagarle temporalmente algunas obras que ha hecho buenas; pero le tiene reservado para el infierno como víctima de su justicia. Será arrojado para arder por toda la eternidad como zizania destinada al fuego, segun las palabras de Jesucristo: *In tempore messis dicam messaribus: colligite primum zizania, et alligate ea in fasciculos ad comburendum:* En el tiempo de la siega diré á los segadores: recoged primero la zizania y atadla en haces para quemarla. (*Matth.* 13, 30.)

9. El no ser castigado un pecador en esta vida, es su mayor castigo, con el cual amenaza Dios á los pecadores obstinados, por Isaías, con estas palabras: Me compadezco del impio, y no aprenderá el camino de la justicia: *Miseremur impio, et non discet justitiam.* (26, 10.) Acerca de este texto dice S. Bernardo: No quiero yo esta misericordia, porque es peor que la ira: *Misericordiam hanc ego nolo; super omnem iram miseratio ista.* (*Serm.* 42 in Cant.) ¿Qué castigo puede haber mayor que verse el hombre abandonado al pecado? Porque permitiendo Dios que uno caiga de pecado en pecado, es preciso que al fin sufra tantos infiernos, cuantos pecados ha cometido, segun aquellas palabras de David: *Appone iniquitatem super iniquitatem... deleantur de libro viventium.* (*Psal.* 68, 28.) Sobre las cuales palabras dice el cardenal Belarmino: *Nulla pœna major, quam cum peccatum est pœna peccati:* que no hay ninguna pena mayor que aquella por la que un pecado es pena de otro pecado. Mejor seria para el pecador de esta especie haber muerto en el primer pecado; porque muriendo despues de haber cometido tantas iniquidades, sufrirá tantos infiernos, cuantos fueron los pecados cometidos. Esto sucedió cabalmente en la ciudad de Palermo á cierto comediante llamado César. Paseando éste un dia con un amigo suyo, le dijo que el P. Lanuza, que era un misionero, le habia vaticinado doce años de vida, y que si en ellos no mudaba de costumbres, tendria una muerte desgraciada. Mas yo, añadió el comediante, he andado por muchas partes del mundo, he sufrido muchas enfermedades, una de las cuales me redujo al último apuro; sin embargo, en este mes en el cual se cumplen los doce años, me siento mejor que en toda mi vida pasada. Y en seguida le convidó á asistir á una comedia compuesta por él. Pero, ¿qué sucedió? al tiempo de representar la comedia, y cuando le tocaba á él presentarse en la escena, le sobrevino un ataque de apoplejía, y murió

de repente , terminando de esta manera tan triste para él , la escena de este mundo.

10. Vamos á poner fin á este discurso, y antes , hermanos míos , os suplico que deis una ojeada , recorriendo todos los años de vuestra vida. Recordad cuantas ofensas graves habeis hecho contra Dios , y cuantas misericordias ha usado Dios con vosotros ; cuantas inspiraciones os ha hecho y cuantas veces os ha llamado á una vida mas santa y penitente. Hoy mismo os ha vuelto á llamar por medio de este sermón , y me parece que os está diciendo : *Quod debui ultra facere vineæ meæ , et non feci ?* ¿ Qué mas he podido hacer por mi viña , esto es , por las almas redimidas con mi preciosa sangre ? (*Isa. 5 , 4.*) ¿ Qué respondes ahora , pecador ? ¿ Quieres entregarte á Dios , ó quieres seguir ofendiéndole ? Piensa , dice S. Agustín , que te se ha diferido el castigo para mas tarde , pero no te se ha perdonado : *O arbor infructuosa , dilata est securis , noli esse secura , amputaberis.* Y que si abusas mas de la misericordia divina , *amputaberis* , serás cortado como el árbol que no da fruto , y vendrá sobre tí el castigo de repente. ¿ Qué esperas pues ? ¿ Esperas acaso que Dios te envíe al infierno ? El Señor ha callado basta ahora , pero no callará siempre ; y cuando llegue el tiempo de la venganza , te dirá : Obraste mal y callé. Pensaste neciamente , que era semejante á tí : te acusaré y arrugaré mi semblante : *Hæc fecisti et tacui. Existimasti inique , quod ero tui similis : arguam te , et statuam contra faciem tuam.* (*Psal. 49 , 12.*) Dios te hará ver las gracias que te concedió y tú despreciaste ; y ellas mismas te juzgarán y te condenarán. Ea pues , no resistas mas tiempo á la voz de Dios que te llama ; y teme que esta llamada de hoy sea la última para tí. Confésate sin tardanza , y haz desde ahora una firme resolución de mudar de vida ; porque de nada sirve confesarte , si vuelves de nuevo al pecado. Pero me dirás : *Yo no tengo fuerzas para resistir á la tentacion.* Pideselas á Dios , te digo yo ; porque el Señor , como dice el Apóstol , no sufre que ninguno sea tentado mas de lo que pueda resistir : *Fidelis autem Deus est , qui non patietur vos tentari supra id quod potestis.* (*1. Cor. 10 , 13.*) ¿ No nos dice el mismo Dios que pidamos y recibiremos ? *Petite et accipietis.* (*Joan. 16 , 24.*) ¿ No nos dice por David , que él nos salvará de nuestros enemigos ? *Laudans invocabo Dominum : et ab inimicis meis salvus ero.* (*Psal. 17 , 4.*) ¿ No nos dice S. Pablo , que todo lo puede con la ayuda divina ? *Omnia possum in eo qui me confortat.* (*Phil. 4 , 13.*) Pedidsela pues á Dios cuando os veais tentados , y Dios os dará

fuerzas para resistir al mundo, al demonio y á la carne; para triunfar de todos vuestros enemigos y conseguir en fin la vida eterna.

SERMON XLII.

PARA LA DOMINICA DÉCIMATERCIA DESPUES DE PENTECOSTES.

DEBEMOS EVITAR LAS MALAS COMPAÑÍAS.

Occurrerunt ei decem viri leprosi...
Dum irent, mundati sunt.
LUC. 17, 13 et 14.

CUENTA el Evangelio de hoy, que se encontraron con Jesucristo diez leprosos que venian de cierto castillo, y que le suplicaron que les curase la lepra. El Señor les dijo que fuesen á presentarse al sacerdote del templo; pero antes que se presentáran curaron en el camino. Se pregunta, ¿por qué pudiendo nuestro Salvador haberlos curado inmediatamente, quiso que se presentasen primeramente al sacerdote, y despues los sanó en el camino antes de llegar al templo? Un autor dice, que previendo Jesucristo que si los curaba desde un principio hubiesen recaído fácilmente en la misma enfermedad, permaneciendo en aquel lugar y conversando con los otros leprosos que les habian pegado la lepra; por esto quiso primeramente que partiesen de aquel lugar, y luego los sanó. Pero valga esta opinion lo que valiere, tratemos del sentido moral que podemos deducir del Evangelio. La lepra es figura del pecado; y así como ella es un mal que se pega, así las malas costumbres de los perversos infestan á los que se juntan á ellos. Por esto aquellos leprosos que quieren curarse de la lepra, no se curarán jamás, si no se separan de las malas compañías, segun el salmo que dice: *Cum sancto sanctus eris, et cum perverso perverteris.* (Psal. 17, 27.) Que quiere decir: si tratas con el santo, serás santo; si con el perverso te pervertirás. Oid pues el asunto de mi presente discurso: Para vivir santamente, es necesario evitar las malas compañías.

1. Dice el Espíritu Santo, que el amigo de los necios se

hará semejante á ellos: *Amicus stultorum similis efficitur*. (Prov. 15, 20.) Los cristianos que viven en desgracia de Dios son todos necios y locos, dignos, como decia el padre maestro de Avila, de ser encerrados en la casa de los locos. ¿Y qué locura mayor puede haber, que creer que existe el infierno y vivir en pecado mortal? Pero el que contrae amistad con los necios, se vuelve en breve tiempo semejante á ellos. Por mas que oiga todos los sermones de los oradores sagrados, siempre será vicioso, segun aquel adagio que dice: Que mueven mas los ejemplos que las palabras: *Magis movent exempla, quam verba*. Por esto dijo el real Profeta: *Cum sancto sanctus eris, et cum perverso perverteris*: Con el santo serás santo, y con el perverso te pervertirás (Psal. 17, 27.), como hemos dicho arriba. Escribe S. Agustin, que la familiaridad con los hombres viciosos nos comunica los vicios de que ellos adolecen; por lo cual decia el Santo: *No a consortio ad vitii communionem trahamur*: Huyamos de los malos amigos, no sea que su amistad nos comunique el vicio. Y Sto. Tomás añade que es un medio muy útil para salvarnos el saber á quien debemos evitar: *Firma tutela salutis est, scire quem fugiamus*.

2. El real Profeta dice: *Fiat via illorum tenebræ et lubricum: et angelus Domini persequens eos*: Sea su camino tenebroso y resbaladizo, y persígales el ángel del Señor. (Psal. 34, 6.) En efecto, todo hombre mientras vive, camina entre tinieblas y por un camino lleno de tropiezos. Si á esto se añade un ángel malo, es decir, un mal compañero, que es peor que todos los demonios, que le persiga y le empuje hácia los precipicios, ¿como podrá evitar la muerte y la eterna condenacion? Decia el filósofo Platon: *Talis eris, qualis conversatio quam sequeris*: El hombre será tal, cuales sean los amigos que tenga. Y S. Juan Crisóstomo nos advirtió, que si queremos conocer las costumbres del hombre, observemos con que amigos trata; porque la amistad, ó busca por amigos á los semejantes, ó los vuelve poco á poco: *Vis nosse hominem, attende quorum familiaritate assuescat; amicitia aut pares invenit, aut pares facit*. Esto suele suceder por dos razones: primera, porque el amigo por complacer á su amigo, procura imitarle. Segunda, porque, como dice Séneca, la naturaleza nos inclina á hacer lo que vemos hacer á otros. Y mucho antes que otro alguno dice la Escritura: *Commisti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum*. (Psalm. 105, 35.) Escribe S. Basilio, que así como inficiona el aire que sale de lugares pestilentes, así se contraen

los vicios, sin que lo advirtamos, en la conversacion de los malos compañeros: *Quemadmodum in pestilentibus locis sensim attractus aer latentem corporibus morbum injicit, sic itidem in prava conversatione maxima à nobis mala hauriuntur, etiamsi statim incommodum non sentiatur.* (S. Basil. Hom. 9, ex var. Quod Dues etc.) S. Bernardo observa, que S. Pedro negó á Jesucristo, hablando con los enemigos del mismo Cristo: *Existens cum passionis dominicæ ministris, Dominum negavit.*

3. Y en efecto, S. Ambrosio dice, ¿como pueden comunicarte la castidad los malos compañeros que solo respiran impureza? ¿Como pueden inspirarte la devocion á las cosas santas, cuando siempre huyen de ellas? ¿Como pueden comunicarte la vergüenza de ofender á Dios, cuando le están ofendiendo sin cesar? *Quid tibi demonstrent castitatem, quam non habent? Devotionem, quam non sequuntur? Verecundiam, quam projiciunt?* S. Agustin (Lib. 2, Conf., cap. 9.) dice de sí mismo, que cuando trataba con hombres viciosos, que hacian alarde de sus mismos vicios, se sentia impelido á pecar sin vergüenza; y despues se gloriaba de lo mal que obraba, porque no pareciese que era menor que ellos: *Pudebat me esse pudentem.* Por lo mismo nos advierte Isaías que no toquemos al hombre vicioso, porque nos volverémos como él: *Pollutum nolite tangere.* (Is. 52, 11.) El que toca la pez, dice el Eclesiástico, se manchará con ella; y el que trata con los soberbios, se llenará de soberbia: *Qui tetigit picem, inquinabitur ab ea; et qui communicaverit superbo, induet superbiam* (Eccl. 13, 4.); y lo mismo sucede respecto de los demás vicios.

4. ¿Qué debemos pues hacer para perseverar en la santidad y no abandonar los caminos que nos trazó el Señor? El Sabio responde, que no solo debemos evitar los vicios de los hombres corrompidos, sino tambien guardarnos de seguir los pasos y caminos por donde ellos andan: *Prohibe pedem tuum à semitis eorum.* (Prov. 1, 15.) Es decir, que debemos evitar su conversacion, sus reuniones, sus convites, y todas sus diversiones, y hasta rehusar sus dones, con los cuales procurarán atraernos para prendernos en las redes en que ellos se hallan envueltos, como nos advierte Salomon en el mismo lugar: Hijo mio, dice, si los pecadores te halagaren, no te dejes seducir: *Fili mi, si te lactaverunt peccatores, ne acquiescas eis.* (Prov. 1, 10.) No cae el pájaro en la red, sino por el cebo de que se sirven los cazadores para prenderle, como dice el profeta Amos: *Numquid cadet avis in laqueum terræ absque aucupe?*

(*Amos 3, 5.*) El demonio pues se vale de los malos amigos , como de un cebo para prender á tantas almas en el lazo del pecado, como dice Jeremías : *Venatione ceperunt me quasi avem inimici mei gratis* : Mis enemigos me prendieron como á una ave. (*Thren. 3, 52.*) Y añade que le prendieron *gratis*, como sucede en efecto. Y sino preguntad á uno de esos malos compañeros : ¿ Por qué has hecho caer en el pecado á aquel pobre jóven con quien solias acompañarte ? Por nada , os responderá : queria verle hacer lo mismo , que hacia yo. Del mismo ardid se vale el demonio, como observa S. Efren ; Inego que ha cogido en su red alguna alma , la vuelve red , cebo ó reclamo para engañar á las otras : *Cum primum capta fuerit anima, ad alias decipiendas fit quasi laqueus.*

5. Por esto conviene, oyentes míos, huir como de la peste, de la amistad de estos escorpiones del infierno ; porque es necesario abandonar el trato de los hombres viciosos, y no comer ni conversar con ellos á menudo , puesto que , como dice el Apóstol, no podemos dejar de tratarlos alguna vez : *Alioquin debueratis de hoc mundo exiisse.* (1. Cor. 5, 10.) Ann cuando podemos dejar de tener familiaridad con ellos : *Nunc autem scripsi vobis , non commisceri... cum ejusmodi nec cibum sumere.* (*Ibid. v. 11.*) Los he llamado *escorpiones* , porque así los llama el profeta Ezequiel : *Subversores sunt tecum , et cum scorpionibus habitas.* (*Ezech. 2, 6.*) ¿ Os flariais vosotros de habitar en medio de los escorpiones ? Pues con el mismo cuidado debeis huir de los amigos escandalosos que envenenan vuestras almas con sus malos ejemplos y palabras : *Inimici homines domestici ejus.* (*Matth. 10, 38.*) Los malos amigos cuando viven con demasiada familiaridad , son los enemigos perniciosos del alma. Por esto dice el Eclesiástico : ¿ Quien tendrá compasion de ver herido por la serpiente al que se ocupa en encantarla , y á los demás que se acercan á las bestias ? Pues lo mismo digo, del que se junta con el malo : *Quis miserebitur incantatori à serpente percusso , et omnibus qui appropiant bestiis ? Et sic qui comitatur cum viro iniquo.* (*Eccl. 12, 13.*) Si por el escándalo que nos da quedamos contaminados y perdidos, ni Dios ni los hombres se compadecerán de nosotros , puesto que ya nos avisaron que nos guardásemos de él.

6. Un solo compañero escandaloso basta para corromper á toda una sociedad de amigos. Por esto dice S. Pablo, que un poco de levadura corrompe toda la masa : *Nescitis quia modicum fermentum totam massam corrumpit ?* (1. Cor. 5, 6.) Y

Sto. Tomás, explicando estas palabras, afirma, que un pecado de escándalo pervierte á toda la sociedad: *Uno peccato scandalizata societas inquinatur*. Y en efecto, una máxima perversa de un hombre escandaloso es suficiente para inficionar á todos sus compañeros. Los hombres escandalosos son aquellos falsos profetas de que Jesucristo nos amonesta que nos guardemos, por estas palabras: *Attendite à falsis prophetis*, (*Matth. 7, 15.*) Los profetas falsos no solamente engañan con las falsas profecías, sino tambien con las máximas y falsas doctrinas que causan todavia mas daño; porque, como dice Séneca, dejan en el alma ciertas malas semillas que inducen al mal. Es evidente, como demuestra la esperiencia, que las palabras escandalosas, segun dice S. Pablo, corrompen las costumbres de los que las escuchan: *Corrumpunt mores bonos colloquia prava*. (*1 Cor. 15, 33.*) Jóvenes hay que rehusan cometer un pecado porque temen á Dios; pero se acerca á ellos un mal compañero, y les dice lo que dijo la serpiente á Eva: *Nequaquam moriemini* (*Gen, 3, 4.*); como si dijera: No temas hacer eso, porque lo hacen muchos; tú eres joven y Dios se apiada de la juventud: haz lo que hacemos nosotros, y vivamos alegremente. Los que le oyen hablar de este modo, se avergüenzan de no imitarle y de no ser desvergonzados como él.

7. Sobre todo debemos estar atentos y observar cuando se enciende en nosotros alguna pasion, para reflexionar á quien debemos pedir consejo. En tales casos la misma pasion nos inclinó á pedirselo á aquel que creemos nos le dará mas favorable al fomento de aquella pasion que nos domina. Pero de estos malos consejeros que no hablan segun el espíritu de Dios, debemos guardarnos mas que de un enemigo encarnizado; porque la pasion unida al mal consejo pueden precipitarnos en excesos horribles. Pero despues que se haya calmado la pasion, conoceremos el error que hemos cometido, y que el falso amigo nos ha engañado; mas ya no podremos remediar el daño que su consejo nos causó. Al contrario, el buen consejo de un amigo que nos habla segun su conciencia y el temor de Dios le dictan, nos hace evitar todo desórden, y deja nuestra alma en una calma inalterable.

8. Por esto nos advierte el Señor diciendo: *Discede ab iniquo et deficient mala abs te*: Apartaos del hombre malo, y se apartarán los males de vosotros. (*Eccl. 7, 2.*) Y en los Proverbios nos dice: *Nec tibi placeat malorum via; fuge ab ea etc.*: No sigas el camino de los malvados, sino apártate de ellos.

(Prov. 4, 14 et 15.) Dios es el mayor amigo y el mas antiguo que tenemos; porque nos amó siempre, como nos lo dice por el profeta Jeremias con estas palabras: *In charitate perpetua dilexit te.* (Jer. 31, 3.) Los hombres son amigos nuevos, ó por decirlo mejor, de cuatro dias; y no debemos dejar al amigo antiguo por seguir los consejos de los amigos nuevos, como nos lo advierte la Escritura por estas palabras: *Ne derelinquas amicum antiquum, novus enim non erit similis illi.* No abandones al amigo antiguo, porque el nuevo no será tan bueno como él. (Eccl. 9, 14.) Los amigos nuevos no nos aman, sino que nos aborrecen mas que los mismos enemigos; porque no buscan nuestro bien como le busca Dios, sino sus gustos, y el placer de tener compañeros en el mal, especialmente cuando nos ven perdidos, como lo están ellos. Pero dirá alguno: Yo no puedo separarme de mi amigo que me ha querido siempre bien, y seria un ingrato si le abandonase. Pero sabed, oyentes mios, que Dios solo es el que nos quiere bien, puesto que quiere nuestra eterna felicidad. Aquel otro amigo quiere nuestra eterna perdicion; quiere que sigamos sus malos ejemplos, y nada le importa que nos condenemos. Por tanto, no es ingratitud abandonar al amigo que nos conduce á la perdicion. La verdadera ingratitud es abandonar á Dios que nos crió, volver la espalda á Jesucristo, que murió por nosotros en la cruz y quiere nuestra salvacion.

9. Por esto debeis huir de estos malos amigos: *Sepi aurem tuam spinis, et linguam nequam non audire* (Eccl. 28, 28.); y no prestarles oidos jamás, porque sus palabras solas son capaces de causar nuestra ruina. Y así cuando hablen malamente, armaos de aspereza y reprendedlos, para que no solamente se vean rebatidos en su modo de pensar, sino que enmienden tambien su mala vida. ¡Cuántos males causan los malos amigos á sus compañeros inocentes! *Ut non solum repellantur*, escribe S. Agustin, *sed etiam compungantur*. Cuenta el padre Sabatino en su *Luz Evangelica*, que hallándose juntos un dia dos de los amigos de que hablamos, uno de ellos cometió un pecado por complacer al otro; pero luego que se separó de él, murió repentinamente. El otro amigo que nada sabia de su muerte, vió en sueños á su amigo en su traje acostumbrado, é iba á abrazarle. Mas el amigo se le dejó ver cercado de llamas y comenzó á maldecir de él, echándole en cara, que se habia condenado por su causa. Con esta vision volvió él en sí, y escarmentado con la desgracia de su amigo enmendó su vida;

pero entre tanto el otro infeliz se condenó, y no hay remedio para él, ni le habrá por toda la eternidad. Oyentes míos, ¿quereis salvaros? dejad á los malos amigos que os sirven de tropiezo en el camino de la salvacion: buscad al amigo verdadero y antiguo que es Dios, al que os crió y os redimió de la esclavitud del demonio á costa de su preciosa sangre; que este es á quien debeis imitar, y cuyos consejos debeis seguir, si quereis ser felices en este mundo, y disfrutar para siempre de su bienaventurada compañía en la gloria eterna. Amen.

SERMON XLIII.

PARA LA DOMINICA DÉCIMACUARTA DESPUES DE PENTECOSTES.

— — —
 TODO FENECE EN ESTE MUNDO.

*Fenum agri quod hodie est, cras
 in clibanum mittitur.*

MATTH. 6, 30.

Om lo que son todos los bienes de este mundo: son como el heno del campo, que por la mañana nace y adorna con su verdor la campiña; por la tarde se seca y se le cae la flor, y al dia siguiente es arrojado al fuego. Esto mismo mandó Dios predicar á Isaías cuando le dijo: Dí á las gentes. El profeta le preguntó: ¿Qué les diré, Señor? Y Dios le respondió: Que toda carne es heno, y su gloria semejante á la flor del campo: *Clama. Et dixi: Quid clamabo? Omnis caro fenum et omnis gloria ejus quasi flos agri.* (Isa. 40, 6.) Por esto Santiago compara á los ricos de este mundo con las flores del heno, que al fin se secan con toda su lozanía y pompa: *Dives.... autem sicut flos sæni transibit.... ita et dives in itineribus suis marcescet.* (Jac. 1, 10 et 11.) Se secan y son arrojadas al fuego: *Cras in clibanum mittitur*, como sucedió al rico Epulon, que figuró pomposamente en este mundo, y despues fué sepultado en los infiernos: *Mortuus est dives, et sepultus est in inferno.* (Luc. 16, 22.) Atendamos pues, cristianos, á salvar el alma, y á juntar riquezas para la eternidad que no termina jamás, puesto que en este mundo

Todo fenece. *Punto 1.º*

Y fenece pronto. *Punto 2.º*

PUNTO I.

Todo fenece en este mundo.

1. Cuando los grandes de la tierra estén embelesados en gozar de las riquezas y de los honores adquiridos, vendrá repentinamente la muerte, y les dirá: *Dispone domui tuæ, quia morieris tu, et non vives*: Arreglad los asuntos de vuestra casa, porque morireis y no vivireis. (*Isa. 38, 1.*) ; O que nueva tan dolorosa será esta para ellos! Entonces dirán los desgraciados: A Dios mundo, á Dios granjas, á Dios esposa y parientes, á Dios amigos, á Dios banquetes y hailes, á Dios comedias, honores y riquezas; todo ha terminado para mí. Y sin remedio, quiera ó no quiera, todo tiene que abandonarlo, segun aquellas palabras del salmo 48, 18: Cuando muriere nada de lo que posee tomará; ni su gloria le acompañará al sepulcro: *Cum interierit, non sumet omnia; nec descendet cum eo gloria ejus*. S. Bernardo dice, que la muerte obra una terrible separacion entre el alma, el cuerpo y todas las riquezas del mundo: *Opus mortis horrendum divorcium*. (*Serm. 26, in Cant.*) Si á los grandes de la tierra á quienes llaman felices los mundanos, es tan amargo el nombre solo de la muerte, que ni aun quieren oir hablar de ella, porque están enteramente ocupados en hallar paz en sus bienes terrenos, como dice el Eclesiástico (41, 1.): *O mors, quam amara est memoria tui homini habenti pacem in substantiis suis* ! ; cuanto mas amarga será la muerte misma cuando se les presente realmente ? ; Infeliz de aquel que está pegado á los bienes caducos de este mundo ! Toda separacion causa dolor; por esto cuando el corazon se separe, por medio de la muerte, de aquellos bienes en que habia puesto toda su confianza, debe experimentar un gran dolor. Esta reflexion hacia gritar al rey Agag, cuando se le anunció que iba á morir: *Siccine separat amara mors* ! ; Con que así me separa la amarga muerte ! (*1. Reg. 15, 32.*) Tal es la gran miseria de los poderosos que viven pegados á las cosas de este mundo. Cuando están próximos á ser llamados al juicio divino, en vez de ocuparse en preparar su alma, se ocupan en pensar en las cosas de la tierra. Pero este, dice S. Juan Crisóstomo, es el castigo que espera á los peca-

dores, que por haberse olvidado de Dios en esta vida, se olvidan de sí mismos á la hora de la muerte: *Hac animadversione percutitur impius, ut moriens obliviscatur sui, qui vivens oblitus est Dei.*

2. Pero por mas apego que hayan tenido á las cosas de este mundo, las han de abandonar sin remedio al fin de su vida. Por eso decia Job: *Nudus egressus sum de utero matris meæ, et nudus revertar illuc*: Desnudo nací del vientre de mi madre, y desnudo iré al sepulcro. (*Job. 1, 21.*) Aquellos que han consumido toda su vida y han perdido el sueño, la salud y el alma, en acumular bienes y rentas, nada han de llevar consigo despues de la muerte. Los infelices abrirán los ojos y nada verán de cuanto han adquirido á costa de tantos afanes. Y en aquella noche de confusion, cuando vean abierto el abismo de la eternidad, estarán oprimidos de una tempestad de penas y ansiedades: *Dives cum dormierit, nihil secum auferet; aperiet oculos suos, et nihil inveniet.... nocte opprimet cum tempestas.* (*Job. 27, 19. et 20.*) Cuenta S. Antonino, que Saladino, rey de los Sarracenos, mandó antes de morir que cuando le llevasen á enterrar, lleváran delante de su cadáver la mortaja con que debia ser enterrado, y que fuese uno gritando de esta manera: *Esto es lo único que Saladino lleva al sepulcro de todas cuantas riquezas poseia.* Cuenta además, que hablando cierto filósofo de Alejandro Magno despues de su muerte, decia: *Aquel que hacia temblar la tierra, ahora está oprimido bajo un poco de tierra; y aquel á quien no bastaba todo el mundo, le bastan al presente cuatro palmos de terreno.* De otro cuenta S. Agustín, que estando mirando el sepulcro de César exclamó: *A ti te respetaban los príncipes, te veneraban las ciudades, te temian todos; ¿donde está ahora tu poder? Te verebantur principes, te colebant urbes, te timebant omnes; quo ivit tua magnificentia?* (*Serm. 28. ad Fratr.*) Que es lo mismo en sustancia que lo que dice David, por estas palabras: *Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut cedros Libani, et transivi, et ecce non erat*: Vi al impío exaltado y elevado sobre los cedros del Libano; pasé de largo, volví á mirar, y ya no existia. (*Psal. 36, 35 et 36.*) ¡Cuántas cosas semejantes suceden todos los dias en el mundo! Aquel pecador que antes era despreciado y pobre, pero despues se enriqueció y adquirió honores y dignidades, por lo cual era envidiado de todos, muere al fin y todos dicen: *Este hizo fortuna en el mundo, pero ha muerto finalmente, y todo se acabó para él.*

3. Si todo perece, como vemos, ¿que motivo tenemos de ensoberbecernos? *Quid superbis terra et cinis?* ¿Porqué te ensoberbeces tierra y ceniza? (*Eccl. 10, 9.*) Así habla el Señor al que se engrie con los honores y riquezas de este mundo. ¡Desgraciados! nos dice de donde os viene tanta soberbia? Si poseéis honores y bienes, acordaos de que sois polvo, y en polvo os habeis de convertir: *Quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* (*Gen. 3, 19.*) Y despues de la muerte, ¿de qué os servirán esos honores que ahora os engrien? Id á un cementerio, dice S. Ambrosio, en donde están sepultados ricos y pobres, y ved si entre ellos podeis distinguir entre pobres y ricos: todos están allí desnudos y no tienen otra cosa sino unos pocos huesos sin carne: *Respice sepulcra, dic mihi, quis ibi dives, quis pauper sit?* (*Lib. 6, Exam. cap. 8,*) ¡Cuanto ayudaria á todos los que viven en medio del mundo la memoria de la muerte! *Ipsae ad sepulcra ducetur, et congerie mortuorum evigilavit.* (*Job 21, 52.*) A la vista de aquellos cadáveres se acordarian de que han de morir, y de que han de estar un dia como están ellos; y de este modo se acordarian del sueño mortal de que se hallan cercados. Pero el mal está en que los hombres mundanos no quieren pensar en la muerte, sino cuando llega, y en la hora crítica en que han de abandonar este mundo y entrar en la eternidad. Por esto viven tan apegados al mundo, como si jamás hubiesen de abandonarle. Y no os sucederá así, porque nuestra vida es breve y ha de acabar tan pronto, como vamos á ver en el punto segundo.

PUNTO II.

Todo perece pronto.

4. Bien saben y creen los hombres que han de morir; pero se figuran la muerte tan remota de ellos, como si nunca hubiese de llegar. Mas Job nos avisa, que la vida del hombre es breve, por estas palabras: *Homo brevi vivens tempore, quasi flos egreditur et conteritur*: El hombre vive poco tiempo; es como una flor que nace y se marchita. (*Job. 14, 2.*) Al presente la salud del hombre es tan endeble, que la mayor parte de ellos mueren antes de llegar á los sesenta años, como nos enseña la esperiencia. ¿Y que otra cosa es nuestra vida, dice Santiago, que un vapor ó un poco de viento? Una fiebre, una pulmonía, un catarro arrebatá al hombre, y deja de existir: *Quae*

est enim vita vestra? Vapor est ad modicum parens. (Jac. 4, 15.) Por eso decia la Tecuita á David: *Omnes morimur, et quasi aquæ dilabimur in terram, quæ non revertuntur*: Todos desaparecemos en la tierra como las aguas que no vuelven á donde nacieron. (2. Reg. 14, 14.) Y á fé que decia la verdad. Así como corren hácia el mar todos los rios y todos los arroyos sin que vuelvan hácia atrás las aguas que llevan; así pasan los años de nuestra vida, y nos aproximan á la muerte.

5. Y no solo pasan sino que pasan presto. Por eso decia Job (9. 25.): *Dies mei velociores cursore*: Pasaron los dias de mi vida con mas velocidad que un caballo que corre. Porque cada paso que damos, cada vez que respiramos, nos vamos acercando mas y mas á la muerte. S. Gerónimo decia mientras estaba escribiendo, que se iba acercando á su fin á medida que escribia y por eso solia decir: Mientras que escribo se va acortando mi vida: *Quod scribo, de mea vita tollitur*. Debemos pues decir como Job: pasan los años, y con ellos pasan los placeres, los honores, las pompas y vanidades de este mundo, y solamente nos queda el sepulcro: *Et solum mihi superest sepulchrum*. (Job 17. 1.) Toda la gloria de las fatigas que háyamos sufrido en este mundo para adquirir fama de hombres de valor, de literatos, ó de grandes ingenios, ¿en qué vendrá á parar? en que seremos arrojados á la hnesa que sepultará todo nuestro orgullo y vanidad. ¿Con que mi bella casa, dirán los hombres mundanos, mi jardin, mis muebles de gusto esquisito, mis pinturas, mis lujosos vestidos, ya no serán mios dentro de breve tiempo, y solo me pertenecerá el sepulcro? *Et solum mihi superest sepulchrum*.

6. En efecto sucederá así: pero si este hombre ha vivido distraido y entregado á los negocios del mundo, ¿cual será su afliccion cuando el temor de la muerte que hace olvidar todas las cosas de esta vida, comience á apoderarse de su alma y le obligue á pensar en la suerte que le ha de caber despues en la eternidad! *Cum pulsare animam incipit metus mortis (ignis instar præsentis vitæ omnia succedens) philosophari cam cogit, et futura sollicita menta versari.* (S. Joan. Chrysost. serm. in 2. Tim.) Entonces, como dice Isaias, se abrirán los ojos de los ciegos, es decir, de aquellos que pasaron toda su vida en atesorar bienes mundanos y descuidaron de los intereses de su alma: *Tunc aperientur oculi cæcorum*. (Isa. 35, 5.) Para todos estos se verificará lo que nos dice el Señor, á saber, que la muerte los sorprenderá cuando menos lo piensen: *Qua hora*

non putatis, filius hominis venit. (Luc. 12, 40.) A estos infelices siempre los sorprende la muerte; y por eso en aquellos últimos dias de su vida deberán ajustar las cuentas de su alma, correspondientes á los cincuenta ó sesenta años que hayan vivido en este mundo. Entonces desearán otro mes, otra semana mas para poderlas ajustar mejor y tranquilizar su propia conciencia; pero buscarán paz y no la hallarán: *Pacem requirerent et non erit.* (Ezech. 7, 25.) Y viendo que les es negado el tiempo que piden, leerá el sacerdote la orden divina de partir presto de este mundo, diciendo: *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo.* ¡O que viaje tan peligroso harán á la eternidad los mundanos, inuriendo en medio de tantas tinieblas y confusion, por no haber arreglado bien la cuenta que tienen que dar ante el supremo Juez!

7. *Pondus et statera judicis Domini.* (Prov. 16, 11.) En aquel tribunal no se examinan la nobleza, los honores ni las riquezas. Solamente se pesan dos cosas, á saber: los pecados del hombre, y las gracias que Dios le concedió. El que se encuentre que ha correspondido á las luces é inspiraciones que recibió, será premiado; y el que no, será condenado. Nosotros no nos acordamos de las gracias divinas, pero se acuerda el Señor; y cuando ve que fueron despreciadas, permite que muera el pecador en su pecado: *Quæ enim seminaverit homo, hæc et metet.* (Galat. 6, 8.) Y entonces las fatigas que sufrió para obtener empleos, riquezas y aplausos en el mundo, se pierden enteramente; sirviendo para la vida eterna solamente las obras y las tribulaciones sufridas por Dios.

8. Por eso nos exhorta S. Pablo, ó por mejor decir nos ruega, que atendamos á lo que mas nos importa: *Rogamus autem vos fratres.... ut vestrum negotium agatis.* (1. Thess. 4, 10 et 11.) Os ruego, dice, hermanos míos, que atendais á vuestro negocio. ¿Y de que negocio os parece que habla S. Pablo? ¿Habla acaso de amontonar dinero, y de adquirir nombradía en este mundo? Nó; habla del negocio de nuestra alma, es decir, de nuestra salvacion: *Negotiamini, dum venio.* (Luc. 19, 13.) El negocio por el cual el Señor nos colocó y nos conserva en este mundo, es el de salvar el alma y conseguir la vida eterna por medio de las buenas obras. Este es el único fin para que fuimos criados, como dice S. Pablo: *Finem vero vitam æternam.* (Rom. 6, 22.) La salvacion del alma es para nosotros, no solamente el negocio mas importante, sino tambien el principal y aun el único; porque si salvarnos el alma

todo lo hemos salvado; y si la perdemos todo lo hemos perdido. Por eso nos dice la eterna verdad : *¿ De qué aprovecha al hombre hacerse dueño de todo el mundo, si pierde su alma ?* Y esta es la causa de que debemos esponernos á la muerte por la salud del alma , como nos dice la santa Escritura , y combatir sin cesar por la justicia , es decir , por la observancia de la ley divina : *Agonizare pro anima tua , et usque ad mortem certa pro justitia.* (*Eccl. 4 , 33.*) Y este es aquel negocio que nos recomienda el divino Salvador , cuando nos dice : *Negotiamini dum venio.* Por estas palabras nos da á entender que debemos tener siempre en la imaginacion el dia en que ha de venir á pedirnos cuenta de toda nuestra vida.

9. Todas las cosas que háyamos adquirido en este mundo, los aplausos , los honores , las riquezas , han de terminar , como hemos dicho , y han de terminar bien presto ; porque la escena de este mundo pasa y desaparece , como dice S. Pablo : *Præterit figura hujus mundi.* (*1. Cor. 7 , 31.*) Dichoso aquel que desempeña bien su papel en ella , posponiendo los intereses corporales á los espirituales y eternos de su alma ; lo que dió bien á entender S. Juan por estas palabras : El que aborrece su alma en este mundo , la conserva para la vida eterna : *Qui odit animam suam in hoc mundo , in vitam æternam custodit eam.* (*Joan. 12 , 26.*) Es necedad grande de los mundanos el decir : *Dichoso aquel que tiene dinero.* El verdadero dichoso es aquel que ama á Dios y sabe salvarse. Esto es lo único que pedia al Señor el santo rey David : *Unam petii à Domino, hanc requiram.* (*Psal. 26 , 4.*) Y S. Pablo decia que despreciaba todos los bienes mundanos como si fuesen estiércol , para conseguir la gracia de Jesucristo que nos adquiere la vida eterna : *Omnia detrimentum feci , et arbitror ut stercora , ut Christum lucrificiam.* (*Phil. 3 , 8.*)

10 Algunos padres de familia suelen decir : Yo no me afano tanto por mí , como por mis hijos á fin de dejarlos bien colocados. Pero yo les respondo : si vosotros disipaseis los bienes que poseéis , y dejaseis sumergidos en la pobreza á vuestros hijos , obraríais mal y pecaríais ; pero obráis todavía peor , si perdeis el alma por dejar á vuestra familia bien colocada. Y sino , decidme : si vais al infierno ¿ irán vuestros hijos á sacros de allí ? Además , el santo rey David dice , que jamás vió al justo abandonado , ni á sus hijos mendigando el pan : *Non vidi justum derelictum , nec semen ejus quærens panem.* (*Psal. 36 , 25.* / Atended pues al servicio de Dios , y obrad con arre-

glo á la justicia; que el Señor no dejará de proveer á vuestros hijos de lo que necesiten; y vosotros os salvareis y conseguireis aquel tesoro de felicidad eterna que nadie os podrá quitar, cuando los bienes de este mundo nos los pueden arrebatar los ladrones, y la muerte. A esto nos exhorta el santo Evangelio cuando nos dice: Atesorad tesoros en el cielo, en donde ni la polilla los destruye, ni los ladrones pueden robarlos: *Thesaurizate autem vobis thesauros cælo, ubi neque ærugo, neque tinea demolitur: et ubi fures non effodiunt nec furantur*, (Matth. 6, 20.) Propongámonos pues como fin principal de todas nuestras acciones, el conseguir la vida eterna, y usemos de los bienes temporales únicamente para conservar la vida en el breve plazo de tiempo que hemos de vivir en este miserable valle de lágrimas. Contemplemos sin cesar, que estamos aquí como pasajeros, pero encargados de una comision muy importante que es nuestra salvacion; y que si no acertamos el desempeño de este negocio, en vano nacimos, en vano trabajamos, en vano fuimos redimidos con la sangre de Jesucristo, puesto que por nuestro descuido y nuestros vicios nos condenaremos, á pesar de haber sido rescatados de la esclavitud del demonio con la sangre preciosa de nuestro divino Redentor.

SERMON XLIV.

PARA LA DOMINICA DÉCIMAQUINTA DESPUES DE PENTECOSTES.

DE LA MUERTE DE LOS MUNDANOS.

Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris tue.

LUC. 7, 48.

CUENTA el Evangelio de hoy, que caminando Jesucristo á la Ciudad de Nain, tropezó con el cadáver de un jóven, hijo único de su madre, que era llevado á enterrar fuera de las puertas de la ciudad: *Ecce defunctus efferebatur*. Contraigámonos á estas solas palabras, oyentes míos, y disertemos un poco acerca de la muerte. La santa Iglesia quiere hacer á los fie-

les, por medio de los sacerdotes, todos los años el dia de ceniza este recuerdo: *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*: Acuérdate, hombre, de que eres polvo y en polvo te has de convertir. Ojalá que los hombres tuvieran siempre presente la memoria de la muerte, y no tendrian una vida tan des-arreglada. Para que vosotros pues, oyentes mios, la tengais impresa en vuestra imaginacion, quiero haceros ver hoy la muerte práctica ó la relacion de lo que ordinariamente suele suceder en la muerte de los mundanos, con todas las circunstancias que en ella suelen acaecer. Por tanto consideraremos

En el *Punto 1.º* Lo que sucede durante la enfermedad.

En el *Punto 2.º* Lo que sucede al recibir los sacramentos.

Y en el *Punto 3.º* Lo que sucede al tiempo de morir.

PUNTO I.

Lo que sucede durante la enfermedad.

1. No pretendo hablar en este discurso de un pecador que vive habitualmente en pecado; sino de un hombre mundano que descuida de su alma, y está siempre embebido en los negocios del mundo, como contratos, enemistades, amancebamientos y juegos, que ha caido muchas veces en el pecado y pocas se ha confesado. Su vida no es otra cosa que un encadenamiento de cuidas y recaídas, y raras veces ha tenido limpia la conciencia. Consideremos la muerte de éste con arreglo á lo que suele suceder á semejantes hombres.

2. Y comencemos desde el principio en que se deja ver la última enfermedad. Este pues se levanta por la mañana, sale de casa para dedicarse á sus negocios, y mientras está ocupándose de ellos, le sobreviene un gran dolor de cabeza, le vacilan las piernas, experimenta un frio que recorre todos sus miembros, siente náuseas de estómago y una grande debilidad en toda su máquina. Entonces se retira á su casa, y se mete en la cama. Acuden al momento los parientes, la mujer y las hermanas y le dicen: *¿Por qué te has retirado tan presto? ¿Qué novedad es ésta?* — *Me siento enfermo*, responde él; *no me puedo tener en pié, tengo un fuerte dolor de cabeza.* — *¿Tienes fiebre?* le preguntan. — *No lo sé*, contesta; *pero creo que sí; envidad á llamar al médico.* Se llama al médico á toda prisa. Entre tanto el enfermo está en la cama donde le acomete un grande frio que le hace temblar de pies á cabeza. Le aumentan la ropa; pero

el frio no cesa sino al cabo de una ó dos horas , y entonces le sobreviene un gran calor. Llega por fin el médico , le pregunta qué es lo que siente , le toma el pulso y ve que tiene calentura. Pero por no intimidar al enfermo , dice : *Fiebre hay , pero no es cosa que dé mucho cuidado. ¿Ha cometido Vd. algun exceso?—Hace algunos dias , responde , que salí de noche y se apoderó de mí el frio : fui al convite de un amigo y me escedí algo en comer. — Esto es nada : no es mas que el estómago algo cargado , ó quizá alguna fluxion de las que corren por esta varicion del tiempo. Guarde Vd. dieta hoy ; que le den una tasa de té , y no hay que temer : mañana volveré. ¿Que no hubiese allí un ángel que le dijese de parte de Dios! ¿Qué dice Vd. señor médico? ¿Con qué esta enfermedad no es nada? ¿No ha conocido Vd. la señal que ha dado la justicia divina desde el primer instante que la enfermedad atacó al enfermo? La muerte de este hombre está determinada ; el tiempo de la venganza divina es ya llegado.*

3. Llega la noche , y el pobre enfermo no puede descansar. La dificultad de respirar se aumenta , los dolores de cabeza crecen , la noche le parece un siglo. Desde los primeros fulgores de la mañana , llama : los parientes y la familia acuden corriendo y le preguntan : *¿Has descansado esta noche?— ¿Qué he de descansar ! responde , si no he podido cerrar los ojos. ¡ Ay Dios ! que desazon siento ! que espasmos tan crueles ! parece que dos clavos me penetran las sienes : que vayan corriendo á llamar al médico , y que venga sin tardanza.* El médico llega ; la fiebre ha hecho progresos , pero sin embargo dice al enfermo : *No hay que tener cuidado , esto no es nada ; la fluxion debe seguir su curso , pero la fiebre desterrará el mal.* Llega el tercer dia , y el enfermo no está mejor. A la mañana siguiente se dejan ver todos los sintomas que declaran la malignidad de la enfermedad. La boca está amarga , la lengua negra , el enfermo desazonado ; los discursos inútiles vuelven á comenzar. Entonces el médico ordena purga , sangrias , agua fria para contrariar la fiebre que se ha hecho mas aguda ; y luego dice á los parientes : *Bajo mi honor aseguro á Vds. , que la enfermedad es muy grave ; no quisiera visitarle yo solo ; seria bueno tener una consulta.* Pero sobre esto solamente habla en secreto á los de la familia ; mas nada le dice al enfermo por no asustarlo ; antes le consuela , diciéndole : *No tenga Vd. cuidado que esto no será nada.*

4. Siguen entre tanto hablando de remedios y de consultas ; pero no se trata de confesion ni de sacramentos. Yo no

sé ciertamente como han de salvarse semejantes médicos. Ellos juraron al revalidarse, como previene la bula de N. Santo Padre Pio V, que dejarían de visitar al enfermo que no se confesase, pasado el tercer día de su enfermedad; mas se dispensan hoy de cumplir el juramento que hicieron; y esta es la causa porque se pierden tantas pobres almas. ¿Y de qué sirve la confesion al enfermo, despues que pierde la cabeza y el uso de los sentidos? Hermanos míos, cuando os sintais enfermos, no espereis á que el médico os diga que os confeseis: hacedlo sin que nadie os mueva á ello. Porque los médicos, por no desagradar á los enfermos, no les hablan del peligro en que se hallan, sino cuando la enfermedad es incurable. El médico que primeramente debeis llamar es el del alma; porque mas importa la salvacion de esta; que la del cuerpo. Se trata de la eternidad, y si por desgracia os engaÑais, este error no será de un día, sino de siglos que no tendrán jamás fin.

5. Si el médico oculta el peligro al enfermo, los parientes se portan todavía peor; porque ellos le lisonjean disminuyendo el mal, y le dicen que se halla mejor, y que los médicos están contentos. ¡O parientes crueles! ¡O amigos traidores y pérfidos, mas peligrosos que los enemigos mas encarnizados! En lugar de advertir al enfermo, haciéndole ver su verdadero estado, como tienen obligacion, sobre todo el padre, el hermano, y el hijo, para que arreglase su conciencia con tiempo, los engañan, los lisonjean y los conducen al infierno. Pero á pesar de que el médico y los parientes le ocultan la verdad, el pobre enfermo conoce que su enfermedad es mortal por las incomodidades y afanes que experimenta, y por el silencio que guardan los amigos que acuden á visitarle; y quizá tambien por ver las lágrimas de algun pariente. Entre tanto dice el enfermo en su interior: *Ya se me acerca la hora de la muerte, y estos no me dicen nada por no afligirme.*

6. Nó, los parientes no le avisan acerca del peligro que corre de morir, pero hacen venir al escribano luego que piensan en sus intereses, que aprecian mas que la salvacion del enfermo, porque esperan que les deje una buena porcion de sus riquezas. A su llegada dice el enfermo: *¿Quien es ese?* Los parientes responden: *Es el escribano; viene por si acaso quieres hacer testamento para tranquilizar tu conciencia.* — *¿Con que tan enfermo y vecino á la muerte me hallo,* esclama el enfermo? — *No señor,* dicen los parientes: *ya sabemos que esta precaucion no era necesaria, pero al cabo, el testamento se ha de*

hacer un día á otro , y mas vale hacerle cuando la cabeza está segura. — Bien, responde el enfermo , *puesto que ha venido el escribano , y quereis que lo haga , lo haremos. Escriba Vd. , señor escribano*. Lo primero que el escribano le pregunta es , en que iglesia quiere sepultarse , si acaso muere. ¡Oh que pregunta tan dolorosa para el enfermo ! Pero despues de hecha la eleccion de la sepultura , comienza á hablar de este modo : *Dejo á mis hijos tal heredad ; tal casa á mi hermano ; tal mueble de plata á mi amigo fulano ; tal otro á mi amigo sutano*. Pero señor enfermo ; ¿qué es lo que haceis ? ¿Os ha costado tanto trabajo adquirir esos bienes ; quizá agravasteis vuestra conciencia para adquirirlos , y ahora los repartis con tanta prodigalidad ? Mas no tiene remedio , cuando llega la muerte es preciso dejarlo todo. Mas sin embargo esto cuesta gran pena al enfermo que tenia pegado su corazon á aquellos muebles , á aquella casa , á aquel jardin y á aquellas riquezas. Pero llega la muerte , descarga su guadaña , y separa de un golpe el corazon de todo lo que amaba en este mundo. Este golpe debe ser terrible para el enfermo. Y por esto , oyentes míos , no pongamos nuestro apego en las cosas de este mundo. Mejor es que las miremos con indiferencia , antes que llegue la muerte , y tengamos que abandonarlas con dolor y con grande peligro de nuestra alma.

PUNTO II.

Lo que sucede al tiempo de recibir los sacramentos.

7. Hemos visto que el enfermo ha hecho testamento. Despues que han pasado ocho ó diez dias de enfermedad , viendo sus parientes que va de mal en peor y que se acerca la muerte , suele decir alguno de ellos : *Pero ¿cuando le decimos que se confiese ? Era hombre de mundo y sabemos que no ha sido santo*. Todos dicen entonces que se debe confesar ; pero no se encuentra entre ellos ninguno que quiera anunciarle esta amarga nueva. Por esta razon se envia á llamar al párroco ó á otro confesor para que se la dé ; pero ya entonces habrá perdido el enfermo casi enteramente la razon. Llega el confesor , se va informando de los domésticos acerca del estado de la enfermedad y luego de la vida del enfermo , y conoce que su conciencia está bastante embrollada. Entonces segun las circunstancias que oye , tiembla por la salud de aquella pobre alma.

Y conociendo que el enfermo se halla en el último apuro, ordena ante todas cosas que los parientes se aparten de la cama, y que no se acerquen mas: luego se acerca él y le saluda. El enfermo abre los ojos, diciendo: *¿Quién es Vd.?* — *Soy el párroco, ó soy el padre fulano.* — *¿Y qué quiere Vd.?* — *He venido porque he sabido vuestra grave enfermedad, á ver si quereis confesaros.* — *Gracias padre; por ahora le suplico que me deje descansar, porque hace ya muchas noches que no duermo, y no puedo hablar; encomiéndeme Vd. á Dios, y déjeme en paz.*

8. Entonces el confesor, que sabe ya el triste estado del alma y del cuerpo del enfermo, le dice: *Señor fulano, yo espero en el Señor y en la Virgen Santísima que le librará de esta enfermedad; pero todos hemos de morir una vez: su enfermedad de Vd. es grave, y por lo mismo debe Vd. confesarse y ajustar las cuentas del alma, si es que le remuerde la conciencia, pues este ha sido el fin de mi venida.* — *Padre mio, yo no tengo la conciencia muy limpia, debo hacer una confesion larga; pero ahora, lo digo francamente, mi cabeza no está para eso, y el dolor me impide respirar; mañana nos veremos.* — *Pero señor, ¿quien sabe lo que puede suceder hasta mañana? Puede Vd. tener un insulto, un aumento de fiebre, un accidente.* — *Padre no me atormente Vd. mas; ya le he dicho que no puedo.* Pero el confesor que sabe que queda poca esperanza de salvar al enfermo, se ve precisado á hablarle con mayor claridad, y le dice: *Señor fulano, sepa Vd. que su vida se acaba; le ruego que se confiese ahora, porque mañana quizá no será tiempo.* — *¿Por qué?* — *Porque así lo dicen los médicos.* El enfermo entonces se vuelve contra los médicos, y contra sus parientes, diciendo: *¡Como me han engañado los traidores! Ellos sabian que me moria, y ninguno me lo ha advertido. ¡Desgraciado de mí!* El confesor le replica: *No hay que desconfiar por lo que toca á la confesion; basta que diga Vd. los pecados mas graves de que se acuerde; yo mismo le ayudaré á hacer el exámen de la conciencia. Ea, comience Vd. la confesion.* El enfermo se esfuerza por comenzarla, pero se confunde y no sabe por donde principiar: comienza á pronunciar palabras, pero no sabe explicarse, y apenas entiende lo que el confesor le dice. ¡Oh Dios mio! A estos últimos apuros esperan semejantes hombres á tratar del negocio mas importante que es el de la salud eterna. El confesor oye que se acusa de sus malos hábitos, de restitutiones que debia haber hecho, de calumnias, de confesiones mal hechas por falta de dolor y de propósito de la enmienda. En fin le ayuda á hacer la confesion lo mejor

que puede, y por último le dice: *Basta, hagamos el dolor de contricion.* Pero quiera Dios que no le suceda á este moribundo lo que sucedió á otro que espiró en las manos del cardenal Belarmino. El cardenal le dictaba el acto de contricion, y el enfermo le interrumpió diciéndole: *Padre, no se canse Vd., porque esas cosas que Vd. me dice no las comprendo yo.* Por último el confesor le absuelve, porque la misericordia de Dios es infinita, pero ¿quien sabe si Dios confirmará esta absolucion?

9. En seguida le dice el confesor: *Ahora prepárese Vd. á recibir el Viático, esto es, el cuerpo de Jesucristo.* — *Ahora estamos á mitad de la noche; mañana le recibiré.* — *Ahora ha de ser, porque quizá mañana no habrá tiempo. Ahora debe Vd. recibir todos los sacramentos, el Viático y la Estremauncion.* — ¡*Infeliz de mí, dice el enfermo! ¿Con que ya me muero!* Y tiene razon de hablar de este modo, porque es costumbre de los médicos mandar que los enfermos reciban el Viático cuando están próximos á espirar y han perdido los sentidos; y este abuso es muy general. El Viático debe darse á los enfermos siempre que hay peligro de muerte, como dicen comunmente los doctores. Y aquí conviene advertir lo que recomienda Benedicto XIV en su bula 53. (*In Euchol. Græc. §. 46. ap Bullar. tom. 4.º*) á saber: Que siempre que el enfermo sufra una enfermedad peligrosa, debe recibir la Estremauncion. Y por consiguiente se le debe dar despues del Viático, sin esperar á que se halle en la agonía, cuando ha perdido ya el uso de los sentidos.

10. Ea, ya llega el Viático; el enfermo se pone á temblar cuando oye tocar la campanilla; y su temor se acrecienta al ver entrar el sacerdote en su cuarto, llevando en sus manos el Santísimo Sacramento, y la multitud de hachas que arden en torno de su lecho. Comienza á leer las palabras del ritual: *Accipe, frater, Viaticum Corporis Domini nostri Jesu Christi, qui te custodiat ab hoste maligno, et perducatur in vitam æternam. Amen:* Recibe, hermano, el Viático del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, para qué te defienda del espíritu maligno y te conduzca á la vida eterna. Luego le da la comunión, y en seguida un poco de agua para que la pase al estómago, porque sus fauces están enteramente secas.

11. Inmediatamente le suministra la Estremauncion y le unge los ojos, pronunciando estas palabras: *Per istam sanctam Uncionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Deus, quidquid per visum deliquisti:* Por esta santa unción y

por su misericordia infinita te perdone Dios cuanto le ofendiste con la vista. Sigue ungiéndole los demás sentidos , á saber , los oídos , las narices , la boca , las manos , los pies y los riñones , diciendo : *Quidquid per auditum deliquisti , per odoratum , per gustum et locutionem , per tactum , per gressum et lumborum delectationem* : Pórdonete Dios lo que le ofendiste por los oídos , por el olfato , por el gusto , por la conversacion , por el tacto , por los pasos , y por la delectacion de los riñones. Y al mismo tiempo va recordando el demonio al enfermo todòs los pecados que cometió por medio de estos sentidos. Ahora decidme , ¿ como puede salvarse , teniendo tantos pecados ? ; Oh cuanto le amedrentarán aquellas culpas graves que suelen llamarse fragilidades humanas ! Los mundanos no hacen caso de ellas , mientras están buenos ; pero entonces será cada una de ellas una espada que les traspasará el alma. Pero pasemos al

PUNTO III.

Lo que sucede á la hora de la muerte.

12. Despues de suministrados los sacramentos , el sacerdote se va y deja solo al enfermo. Este permanece mas espantado que antes , al considerar que todo la ha hecho con la mayor confusion y que tiene la conciencia inquieta. Entre tanto se dejan ver mas claramente las señales de la muerte ; porque el enfermo se cubre de un sudor frio , se le oscurece la vista , y no puede conocer á los que le rodean ; le falta el habla y se le acaba la respiracion. Entre las tinieblas de la muerte , dice en su interior : *¡ Oh si yo tuviese mas tiempo ! ¡ Si lograse al menos tener serena la imaginacion un solo dia , para hacer una buena confesion !* Y es que el desgraciado duda de la que hizo por no haberla tenido tranquila , para hacer un acto de verdadero dolor. Mas sus deseos son vanos , porque ya no hay tiempo para él : *Tempus non erit amplius*. (Apoc. 10 . 6.) El confesor tiene ya preparado el libro para intimarle el destierro de este mundo , de este modo : *Proficiscere , anima christiana , de hoc mundo* : Sal , alma cristiana , de este mundo. Él entre tanto sigue reflexionando en su interior de este modo : *¡ Oh años de mi vida perdidos para mí ! ¡ Oh que necio he sido !* ¿ Pero cuando le ocurren estas ideas ? Cuando va á terminar para él la escena de este mundo , y se le acaba la vida. Cuando ve llegar

aquel gran momento , del cual depende su felicidad eterna ó su desgracia.

13. Mas ya los ojos se le petrifican , las estremidades del cuerpo se le hielan , y todo él parece un frio cadáver. Su agonia comienza , y el sacerdote comienza tambien la recomendacion del alma. Terminada , el confesor toca los pulsos del moribundo , y ve que han cesado sus funciones , como el movimiento de un reloj que no tiene cuerda. Entonces el sacerdote que le asiste alza la voz y le dice por si acaso le puede escuchar : *Dios mio, asistidme : Dios mio, socorredme, habed misericordia de mi. Jesus mio crucificado, salvadme por vuestra pasion : Virgen purisima, ayudadme. S. José, S. Miguel Arcangel, Angel custodio, amparadme. Santos del paraiso, rogad todos á Jesus por mí. Jesus, Jesus, Jesus y Maria yo os entrego mi corazon y mi alma.* Despues de estas últimas palabras , el moribundo da un suspiro , las lágrimas le brotan en los ojos , su pecho exhala tres ó cuatro gemidos y exhala en el último su alma.

14. Entonces el sacerdote le acerca la candelá á la boca para ver si respira todavia ; pero ve que la llama no se mueve , y conoce que ha espirado ya. Por lo tanto dice el *Requiescat in pace*, y volviéndose á los circunstantes dice : *Ha muerto señores, ha volado al paraiso, Dios nos conceda largos años de vida para rogar por él.* Es verdad que ha muerto , pero ¿ como ha muerto ? Se ignora si se ha salvado , ó condenado ; pero ha muerto combatido de una terrible tempestad : *Moriatur in tempestate anima eorum.* (*Job.* 36 , 14.) Este es el fin que espera á todos los desgraciados que han pensado poco en Dios durante su vida.

15. Inmediatamente visten el cadáver antes que se enfrie como el mármol. Para este fin eligen los vestidos mas usados puesto que han de pudrirse en el sepulcro. Ponen á un lado dos cirios encendidos , corren las cortinas de su alcoba , y se salen todos del cuarto. Avisan al párroco para que venga á la mañana siguiente á recoger el cadáver. El dia siguiente vienen los sacerdotes , preparan las exequias y se llevan el cadáver , y este es el último paseo que hace en este mundo. Los sacerdotes cantan el *De profundis clamavi ad te, Domine etc.* y los que presencian las exequias hablan del difunto. El uno dice que era un soberbio ; el otro que debia haber muerto diez años antes. Y no falta quien diga que fué feliz porque tuvo dinero , una hermosa casa , y una bella quinta ; pero que nada de esto se lleva al otro mundo. Mientras hablan de este modo , qui-

zá el difunto está ardiendo en los infiernos. Al fin se le canta el *Requiescat in pace*. Si, descansará en paz, si murió en la amistad de Dios; pero ¿que paz ha de gozar si murió en el pecado? Para él no habrá paz mientras Dios sea Dios. Inmediatamente se abre la sepultura, se mete en ella el cadáver, se pone encima la lápida, y se deja allí para que sea pasto de gusanos. Los parientes se visten de luto despues de haberse distribuido sus riquezas; derraman algunas lágrimas por bien parecer; y pasados dos ó tres dias ya no se acuerdan de él. Ved, oyentes míos, el triste fin que á todos nos espera: y vean tambien los hombres mundanos la confusion que les aguarda á la hora de la muerte, si mientras son jóvenes y tienen salud, viven olvidados del negocio de su salvacion. ¿Que-
reis no hallaros defraudados cuando llegue la hora de la muerte? *Ambulate in luce dum lucem habetis, ne tenebræ vos comprehendant*, como nos dice el santo Evangelio. Obrad bien mientras tenéis tiempo, para que no os sorprenda la muerte. Hacedlo así, amados cristianos, y de este modo asegurareis vuestra salvacion, que es el negocio que mas nos importa á los tristes desterrados en este valle de miserias.

SERMON XLV.

PARA LA DOMINICA DÉCIMASEXTA DESPUES DE PENTECOSTES.

DE LA DESHONESTIDAD.

Ecce homo quidam hydropicus erat ante illum.

LUC. 14. 2.

EL hombre deshonesto es semejante al hidrópico, que cuanto mas bebe, mas acosado se ve de la sed; pues lo mismo es el maldito vicio de la deshonestidad, la cual no se sacia jamás, como dice Sto. Tomás de Villanueva: *Sicut hydropicus, quanto magis abundat humore, tanto amplius sitiit; sic fluctus carnalium voluptatum*. Por tanto, suministrándome asunto el Evangelio de hoy para hablaros de este vicio, os haré ver en el presente discurso:

Punto 1.º El engaño de los que dicen que el pecado de la deshonestidad merece algun disimulo.

Punto 2.º El engaño de los que dicen , que este pecado lo tolera Dios, y no lo castiga.

PUNTO I.

Engaño de los que dicen que el pecado de la deshonestidad merece algun disimulo.

1. Dice el hombre deshonesto , que este pecado es digno de disimulo , aunque todos conocen su fealdad y le detestan. El solo no la ve ni la conoce, semejante al animal inundo , como dice S. Pedro , que se revuelca en el cieno : *Sus lota in volutabro luti.* (2 Petr. 2. 22.) Dime tú , pecador deshonesto , que hablas de ese modo , ¿ me negarás acaso que el pecado de deshonestidad es culpa grave ? Si me lo niegas , eres un hereje declarado , puesto que dice S. Pablo , que ni los que fornican , ni los adúlteros , ni los deshonestos entrarán en el reino de Dios : *Nonite errare : neque fornicarii , neque adulteri , neque molles etc. regnum Dei possidebunt.* (1. Cor. 6, 9 et 10.) Y si es pecado mortal y no despreciable , lo mismo que el hurto , la murmuracion , la infraccion del ayuno y los demás pecados mortales , ¿ como te atreves á decir que es poco importante ? ¿ Acaso te parece poco importante un pecado mortal ? ¿ Crees que es cosa de poca importancia despreciar la gracia de Dios , volverle las espaldas , y perder su amistad por un breve gusto , propio de bestias ?

2. El angélico doctor Sto. Tomás escribe , que el pecado mortal contiene en sí una malicia infinita , por ser un desprecio que se hace á un Dios infinito : *Peccatum in Deum commissum quamdam infinitatem habet ex infinitate divinæ majestatis.* (S. Thom. 3 p. qu. 1 , art. 2 , ad 2.) ¿ Y dirás tú , hombre deshonesto , que un pecado mortal es de poca importancia ? Antes digo yo que es una culpa tan grave , que si todos los Angeles y todos los Santos , los Apóstoles , los Mártires y la misma Madre de Dios ofreciesen todos sus méritos en satisfaccion de un solo pecado mortal , no serian suficientes para satisfacer por él ; porque esta satisfaccion es finita y la ofensa es infinita ; porque hace relacion á un Dios infinito. En verdad os digo que el odio que tiene Dios al pecado de obscenidad , es muy grande. Si una dama halla un cabello en su plato , no come

aquel dia por las náuseas que le causa. Dios pues que es la misma santidad y la misma pureza ¿ con quanto horror mirará la deshonestidad licenciosa , prohibida por su santa ley ? Sabemos que él ama infinitamente la pureza , y por consiguiente , que aborrece en la misma proporcion la sensualidad.

3. Dice Sto. Tomás , que Lucifer , que se cree fué el mismo demonio que tentó á Jesucristo en el desierto , le quiso inducir á otros pecados ; pero tuvo á menos inducirle al pecado de deshonestidad. Digan los deshonestos enhorabuena que este vicio merece disimulo : mas yo les pregunto , ¿ es disimulable , que un hombre que tiene una alma racional , enriquecida por Dios con tantas gracias , se haga por este pecado semejante á las bestias ? ¿ No se hace por él indigno de la redencion , y de la misericordia de Dios ? Sobre todo ¿ no infringe , abandonándose á este vicio , el sexto precepto del Decálogo que nos prohíbe toda accion deshonestá ? Dice S. Jerónimo (in *Oseam* c. 4.): La fornicacion y la deshonestidad trastornan los sentidos y convierten al hombre en bruto : *Fornicatio et voluptas pervertit sensum , et de homine brutum efficit*. En el deshonesto se verifica mas propriamente aquel dicho de David , que asegura : que el hombre se igualó á las bestias y se hizo semejante á ellas : *Homo cum in honore esset , comparatus est jumentis et similis factus est illis*. (Psal. 48, 13.) Decia S. Jerónimo , que no hay cosa mas vil y despreciable que dejarse el hombre vencer de la carne : *Nihil vilius quam vinci d carne*. ¿ Será tambien cosa despreciable olvidarse el hombre de Dios y desterrarle de su alma , por dar un goce pasajero al cuerpo , goce de que se avergüenza el mismo pecador luego que pasó ? De esto se lamenta el Señor cuando dice por Ezequiel (23. 35.) á los hombres deshonestos : *Dicit Dominus Deus : Quia oblita es mei , et projecisti me post corpus tuum* : Os olvidasteis de mí , y me echasteis tras vuestro cuerpo. Y Sto. Tomás en el cap. 31 sobre Job , dice : que todo vicio hace al hombre enemigo de Dios , especialmente el vicio de la deshonestidad : *Per luxuriam maxime recedit à Deo*.

4. Añadamos á todo lo dicho , que este pecado llega á ser un mal inmenso por la facilidad con que toma fuerzas y se multiplica. Un blasfemo no blasfema siempre , sino solo cuando se embriaga de furor y se encoleriza. Un ladron no roba todos los dias , sino solamente cuando se presenta ocasion. Un asesino , cuyo oficio es matar á los demás , comete cuando mas ocho ó diez asesinatos. Pero el deshonesto es un continuo tor-

rente de pecados, de pensamientos, de palabras, de miradas, de delectaciones; de manera que si va á confesarse, no puede explicar el número de pecados que ha cometido. A los que adolecen de este vicio les representa el demonio los objetos obscenos, no solamente cuando están despiertos, sino tambien mientras duermen, para que consientan en el pecado cuando despierten. Y como ellos se hicieron esclavos ya del demonio, le obedecen y consienten fácilmente. La razon de esto es, porque en este pecado es fácil de contraer el mal hábito; pues á los otros vicios de blasfemar, de quitar la fama al prójimo y de matar, no está inclinado el hombre; pero á este le inclina la misma naturaleza. Por esto dice Sto. Tomás, que ningun pecador se halla tan dispuesto á despreciar á Dios, como el hombre deshonesto que le desprecia y le vuelve las espaldas en cuantas ocasiones se le presentan: *Nullus ad Dei contemptum promptior*. Este pecado arrastra además á otros crímenes que causan infamia á quien los comete, como los hurtos, los odios, los homicidios y la ostentacion del mismo vicio. Y es mas odioso todavía por el escándalo que da á los demás. Los otros crímenes, como la blasfemia, el homicidio y el perjurio, causan horror á los otros; pero la deshonestidad los atrae y les hace caer en la red, porque son de carne y están inclinados á este vicio por la naturaleza.

5. Escribe S. Cipriano, que por este vicio triunfa el demonio de todo el hombre, es decir, del cuerpo y del alma: *Totum hominem agit in triumphum libidinis*. (Lib. de bono pudic.) Triunfa de la memoria, porque hace que recuerde ciertos placeres para deleitarse el entendimiento, haciéndole desear las ocasiones de pecar. De la voluntad, moviéndola á amar la deshonestidad como su último fin, y como si no hubiese Dios. El santo Job tenia tanto horror á este vicio, que decia: *Pepigi fœdus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine; quam enim partem haberet in me Deus desuper?* Hice pacto con mis ojos de no pensar en una mujer; pues si no lo hiciere así, ¿que influencia tendria Dios sobre mí? (*Job 31, 1 et 2.*) Temblaba Job de mirar á una mujer, diciendo, que si llegaba á caer en algun mal pensamiento, no tendria Dios influencia sobre él. S. Gregorio escribe, que de la deshonestidad nace la ceguedad del alma, el odio de Dios, y la desesperacion de la vida eterna: *De luxuria cœcitas mentis, præcipitatio, odium Dei, desperatio futuri sæculi generantur*. (San Greg. Mor. lib. 13) Y S. Agustin dice, hablando del desho-

nesto, que aunque él envejezca, no envejece el vicio. Y por esto afirma Sto. Tomás, que de ningun pecado se alegra tanto el demonio, como de la impureza; porque á ningun pecado está tan inclinada la naturaleza como á este; de suerte que el apetito no puede saciarse: *Diabolus dicitur gaudere maxime de peccato luxuriæ, quia est maxime adhærentiæ; et difficile ab eo homo potest eripi: insatiabilis est enim delectabilis appetitus.* (S. Thom. 1, 2. qnæst. 73 a. 5, ad 2.) ¿Y todavía direis, hombres deshonestos, que es disimulable este vicio? Yo os aseguro que no hablaréis así á la hora de la muerte. Entonces cada pecado de impureza os parecerá un monstruo salido del infierno. Y mucho menos hablaréis de esto modo ante el tribunal de Jesucristo, que os dirá aquello que escribió el Apóstol: Ningun deshonesto ó impuro heredará el reino de Cristo: *Omnis fornicator, aut immundus.... non habet hereditatem in regno Christi.* (Ephes. 5, 5.) Y en verdad, no es digno de habitar con los ángeles el que quiso vivir como las bestias.

6. Pidamos siempre á Dios, amados oyentes míos, que nos libre de este vicio; porque de otro modo perecerán nuestras almas. El vicio de la impureza lleva en sí mismo la obcecacion y la obstinacion. Todos los vicios hacen al hombre duro é insensible; pero mas que todos ellos la deshonestidad. Por eso dice Oseas en el capítulo 4, vers. 11, que la fornicacion y el vino trastornan la mente y la razon: *Fornicatio et vinum et ebrietas auferunt cor.* Y Sto. Tomás afirma, que el deshonesto no vive razonablemente: *In nullo præcedit secundum iudicium rationis.* Si el que adolece de este vicio, pues, pierde la luz y no ve que obra mal, ¿como puede detestar su culpa y enmendarse? Dice el profeta Oseas, que á los obscenos que están metidos en el fango de este vicio, ni aun les ocurre la idea de volverse á Dios; porque el mismo vicio hace que no le conozcan: *Non dabunt cogitationes suas, ut revertantur ad Deum suum, quia spiritus fornicationum in medio eorum, et Dominum non cognoverunt.* (Oseæ. 5, 5.) Por esto escribe S. Lorenzo Justiniani, que este vicio hace que nos olvidemos de Dios: *Delectationes carnis oblivionem Dei inducunt.* Y S. Juan Damasceno escribe tambien, que el hombre carnal no puede ver la luz de la verdad: *Carnalis homo veritatis lumen prospicere nequit.* Por esto el hombre impuro no conoce ya lo que significa gracia de Dios, juicio, infierno ni eternidad: *Supercecidit ignis, et non viderunt solem.* (Psal. 57, 9.) De aquí dimana que algunos deshonestos, obcecados ya con el vicio, se atre-

ven á decir, que la fornicacion con mujeres libres no es pecado, puesto que no lo era, segun ellos dicen, en la ley antigua; y citan á Oseas, cuando le dijo Dios: *Vade, sume tibi uxorem fornicationem, et fac tibi filios fornicationum.* (Oseæ 1, 2.) Mas este es un error que les sugiere su ciega pasion; porque la fornicacion siempre fué pecado, tanto en la ley antigua como en la nueva. ¿Y qué resulta de todas estas cavilaciones sutiles para convertir el vicio en virtud? que sus confesiones son nulas, porque las hacen sin verdadero dolor. ¿Y como pueden tener dolor, si no conocen ni detestan sus pecados?

7. Lleva además consigo este vicio la obstinacion y dureza de corazon. Para no ser vencidos por las tentaciones deshonestas, debemos recurrir á la oracion como nos encarga el Señor: *Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem.* (Marc. 24. 38.) Pero ¿como ha de pedir á Dios el hombre deshonesto que le libre de la tentacion, cuando él mismo está buscando las ocasiones de ser tentado; y tal vez se abstiene de pedir esto, temiendo ser oido y sanado de este vicio, que desea que dure arraigado en su alma, como confesaba de sí mismo S. Agustín? Temia, dice, no me oyese y me sanases presto del vicio de la concupiscencia, el cual queria mas ver saciado que extinguido: *Timebam, ne me cito exaudires, et cito sanares à morbo concupiscentiæ, quem malebam expleri, quam extingui.* (S. Aug. Conf. lib. 8. cap. 7.) S. Pedro llamó á este pecado, delito incesable, con respecto á la obstinacion con que se arraiga en el alma: *Oculos habentes plenos adulterii, et incessabiles delicti.* (2. Petr. 2, 14.) Algunos dicen: Yo siempre me acuso de este vicio en la confesion. Esto es lo peor; porque tornando siempre al pecado, es señal de que no se enmiendan. Si ellos creyesen que este pecado los puede conducir al iuflerno, difícilmente dirian: Yo no quiero dejarle, y no importa que me condene. Pero el demonio os engaña de este modo: *Comet edle,* os dice, que despues os confesareis. Mas para que la confesion sea buena, es necesario el arrepentimiento del corazon y el propósito de la enmienda. Y ¿en donde, pregunto yo, está el arrepentimiento y el propósito de aquel pecador deshonesto que vuelve todos los dias al vómito? ¿Qué importa que siempre se confiese, si siempre vuelve á pecar, manifestando así que se confiesa por mera ceremonia? Si tuviese verdadero dolor y hubiere recibido la gracia en las confesiones anteriores, no hubiese reincidido tan brevemente. Si siempre recae el vicioso á los ocho, á los diez dias, ó quizás antes ¿qué se-

ñal os parece que es ésta? Es señal de que siempre ha vivido en pecado mortal. Cuando un enfermo vomita presto los remedios que toma, es señal de que la enfermedad es incurable.

8. Dice S. Jerónimo, que el vicio deshonesto cuando ha llegado á ser habitual en alguno, solamente termina en el infierno: *O ignis infernalis luxuria, cujus materia gula, cujus scintillæ parva colloquia, cujus finis gehenna!* Los impúdicos son semejantes á los buitres, que prefieren dejarse matar por los cazadores antes que abandonar los podridos cadáveres de que se están alimentando. Esto hizo una jóven, como cuenta el P. Segneri (*Crist. Istr. Rog. 24, n. 10.*) la cual despues de haber tenido trato deshonesto con un jóven, cayó en una enfermedad y daba muestras de haberse arrepentido, pidiendo al confesor licencia para llamar al jóven, con el fin de exhortarle á mudar de vida á vista de su muerte. El confesor poco prudente se la concedió y le enseñó lo que debia decirle cuando llegase. Pero oid lo que sucedió. Cuando la desgraciada le vió á su lado, se olvidó de la promesa hecha al confesor, y de lo que debia decir al jóven. Se sentó sobre la cama, estendió los brazos hácia él, y luego le dijo: Amigo, siempre te he amado, y te amo ahora mismo que voy á morir: veo que me voy al infierno por tí, pero no me importa condenarme por tu amor. Dicho esto cayó sobre el lecho y espiró. Muy difícil es que se enmiende y se convierta de corazon á Dios y que no vaya al infierno, como esta jóven desgraciada, el que se ha entregado habitualmente á este vicio.

PUNTO II.

Engaño de los que dicen que este pecado lo disimula Dios.

9. Así hablan los hombres deshonestos; pero no dice lo mismo Sto. Tomás de Villanueva; antes afirma que en la santa Escritura leemos, que ningun pecado se castiga tanto como la deshonestidad: *Luxuriæ facinus præ aliis punitum legimus.* (*Serm. 4, in Dom. I, Quadrag.*) Por este pecado leemos en las santas Escrituras haber enviado Dios un diluvio de fuego desde el cielo sobre las cuatro ciudades de Pentápolis, que abrasó en un momento no solamente á los hombres, sino hasta las piedras: *Igitur Dominus pluit super Sodomam et Gomorrhham sulphur et ignem à Domino de cælo, etc.* (*Gen. 19, 24.*) Y S. Pedro Damian cuenta, que un hombre y una mujer que estaban pe-

cando, fueron hallados abrasados por el fuego, y negros como el carbon.

10. Varios doctores escriben tambien que el diluvio universal fué enviado sobre la tierra, especialmente para castigar este vicio, lloviendo cuarenta dias y cuarenta noches, de modo que las aguas se elevaron quince codos sobre los montes mas altos. Para castigar este vicio quiso Dios que solamente se salvaran ocho personas en el arca con Noé. Todos los otros hombres perecieron en castigo de este vicio. Pero reflexionad sobre las palabras de Dios antes de imponer al mundo el castigo por este pecado: *Non permanebit spiritus meus in homine in æternum, quia caro est*: No permanecerá mi espíritu en el hombre, porque es carne (*Gen. 6, 3.*): como si dijera; porque está inclinado á la carne, y se deja llevar de sus desordenados apetitos. La cólera de Dios no es como la del hombre que turba al espíritu y le induce á cometer excesos: sino que es un juicio justo y tranquilo, en el cual el rigor de la pena es proporcionado á la grandeza de la culpa. Y para que nosotros entendiésemos cuanto aborrece Dios la deshonestidad, añadió que estaba arrepentido de haber criado al hombre, que tanto le ofendia con este vicio: *Pœnitel enim me fecisse eos.* (*Gen. 6, 7.*) Aun hoy dia se ve mas castigado este vicio sobre la tierra, que todos los demás. Y si no lo quereis creer, entrad en cualquier hospital público, y escuchad los gritos y las quejas que dan tantos jóvenes desgraciados que en ellos se hallan. El uno se ve mutilado; el otro cauterizado por el fuego en castigo de este pecado. Y si no pierden la vida, al menos se ven condenados á pasarla débiles, enfermizos y atormentados, segun las palabras de la Santa Escritura: *Projecisti me post corpus tuum, tu quoque porta scelus tuum et fornicationes tuas*: Ya que me pospusiste á tu cuerpo, paga tú tambien tu maldad y tus deshonestidades. (*Ezech. 23, 35.*)

11. Segun S. Remigio, pocos de los adultos se salvan á causa de este vicio: solamente están libres de él los niños: *Exceptis parvulis, ex adultis propter carnis vitium pauci salvantur.* (*Apud S. Cypr. de bono pudic.*) En confirmacion de esto tuvo revelacion una alma santa, que así como la soberbia llenó el infierno de demonios, así tambien la deshonestidad le llena de hombres. Y la razon que de esto da S. Isidoro, es, porque ningun otro pecado hace á los hombres tan esclavos del demonio como la impureza: *Magis per luxuriam humanum genus subditur diabolo, quam per aliquod aliud.* (*S. Isid. lib. 2, c. 39.*) Y

por lo mismo dice S. Agustin : que la lucha es general , y la victoria de muy pocos : *Communis est pugna et rara victoria*.

12. Todo lo que acabo de decir , oyentes mios , no lo he dicho para que desesperen de su salud los deshonestos que se hallen entre vosotros , sino para que procuren sanar de su enfermedad. Tratemos ahora , pues , de los remedios que hay para sanar del vicio de la impureza. Dos son los principales , á saber , la oracion , y la fuga de las ocasiones. En cuanto á la oracion , S. Gregorio Niseno dice : que ella es la defensa y el escudo de la pureza : *Oratio pudicitiae praesidium et tutamen est*. Y antes que él lo dijo el sabio Salomon , hablando de sí mismo , de este modo : *Et ut scivi , quoniam aliter non possem esse continens , nisi Deus det..... adii Dominum , et deprecatus sum illum*. Y luego que supe que no podia ser continente sin la ayuda de Dios , oré al Señor y se la pedí. (*Sap. 8, 21.*) Y en efecto , no es posible resistir á este vicio sin la ayuda divina. Y así el remedio que hay para vencer las tentaciones , es , recurrir á Dios inmediatamente que nos sentimos tentados , nombrando y repitiendo muchas veces los nombres santisimos de Jesus y Maria , que tienen una virtud especial para desterrar de nuestra imaginacion los malos pensamientos. Es preciso tambien desechar inmediatamente el mal pensamiento de la imaginacion , con la misma ligereza con que sacudimos la chispa de fuego que nos cae en la mano , y decir al punto : *Jesus y Maria , ayudadme*.

13. En cuanto á la fuga de las ocasiones , solia decir S. Felipe Neri , que en esta especie de guerra vencen los cobardes ; es decir , los que no quieren luchar con la tentacion , sino que huyen de ella ; y por lo mismo conviene ante todas cosas refrenar la vista para no mirar á las jóvenes , pues de otro modo , difícil es evitar este vicio , como dice Sto. Tomás : *Luxuria vitari vix potest , nisi vitetur aspectus mulieris pulchrae*. (*S. Thom. 1 , 2. q. 167 , a. 2.*) Por eso decia Job , que hizo pacto con sus ojos de no pensar en ninguna mujer : *Pepigi fœdus cum oculis meis , ut ne cogitarem quidem de virgine*. (*Job 31 , 1.*) Tenia con razon mirar á las mujeres , porque fácilmente se pasa de la vista al deseo , y del deseo á la obra. Acerca de esto decia S. Francisco de Sales , que no tanto daña el mirar á las mujeres , como el mirarlas con detencion y curiosidad : *In medio mulierum noli commorari*. (*Eccl. 42 , 12.*) Porque entonces el demonio , si no pudo vencer al principio , vencerá al fin. Y si debemos evitar la vista de las mujeres , mucho mas de-

bemos evitar su conversacion ; porque en esta materia no hay cautela suficiente por grande que sea. Por eso dice Salomon en los Proverbios , que el sabio teme y huye ; pero el necio confia y cae : *Sapiens timet... stultus confidit.* (Prov. 14 , 16.) Ea pues , oyentes mios , los que por desgracia esteis poseidos del vicio de la deshonestidad , romped por fin los lazos en que os tiene enredados el demonio , y volveos á nuestro divino Redentor , que os espera con los brazos abiertos para abrazaros. Haced presto una confesion humilde y dolorosa de todas vuestras culpas ; y el Señor os admitirá nuevamente en su redil , aunque habeis estado tanto tiempo desterrados de él , como ovejas sarnosas destinadas al infierno. Pero despues que os confeseis , huid con cuidado las ocasiones de pecar , puesto que en esta lid solo se vence huyendo , como ya hemos dicho. Hacedlo así , oyentes mios , y Dios os dará la ayuda que necesitais para perseverar en su santa amistad , y despues la gloria eterna.

SERMON XLVI.

PARA LA DOMINICA DÉCIMASÉPTIMA DESPUES DE
PENTECOSTES.

DEL AMOR DE DIOS.

*Diliges Dominum Deum tuum
ex todo corde tuo.*

MATTH. 22 , 37.

UNA sola cosa es necesaria , como dice S. Lucas , para conseguir la vida eterna : *Porro unum est necessarium.* (Luc. 10 , 42.) Y esta no es , atesorar riquezas , ni obtener dignidades , ni adquirir grande nombradía ; sino solamente amar á Dios. Todo lo demás es perder el tiempo. Este es el precepto mayor y principal de la ley divina. Y esto es lo que respondió Jesucristo al Fariseo , que queria saber de su boca , cual era el primero y principal precepto de su ley , para obtener la vida eterna : *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo ; hoc est maximum et primum mandatum* : Amarás á tu Señor Dios con todo tu corazon. Pero este precepto que es el principal de la ley.

es tambien el mas despreciado de los hombres, y pocos son los que le observan. La mayor parte de ellos aman á sus padres, á sus amigos, y hasta á las bestias que les sirven; pero no aman á Dios. De estos tales dice S. Juan que no tienen vida, y que están en la muerte, es decir en el pecado: *Qui non diligit, manet in morte.* (1. Joan. 3, 14.) Porque dice S. Bernardo, que el valor de una alma se mide por el amor que ella tiene á Dios: *Quantitas animæ æstimatur de mensura charitatis, quam habet.* (S. Bern. in Cant. serm. 27.) Por tanto examinaremos hoy en el presente sermón:

En cuanto aprecio debemos tener este precepto del amor de Dios. *Punto 1.º*

Que es lo que debemos hacer para amarle con todo nuestro corazón. *Punto 2.º*

PUNTO I.

En cuanto aprecio debemos tener este precepto de amor á Dios.

1. ¿Qué objeto podia Dios proponernos para que le amemos, mas noble, mas grande, mas poderoso, mas rico, mas bello, mas perfecto, mas agradecido, mas amable, ni mas amante, que á sí mismo? Algunos se jactan de la nobleza de su familia, porque cuenta quinientos ó mil años de antigüedad. Empero la de Dios es una nobleza eterna. Es decir que es mas noble que todas. ¿Y quien será mas poderoso que él, que es Señor de todo lo criado? Todos los ángeles del cielo y los grandes de la tierra; qué vienen á ser delante del Señor, sino una gota de agua comparada con el mar; un átomo de polvo comparado con el firmamento? *Ecce gentes quasi stilla situ-læ.... pulvis exiguus.* (Isa. 40, 15.) ¿Quién mas poderoso que él? Dios puede todo lo que quiere: con su voluntad crió el universo, y del mismo modo puede destruirle cuando le plazga. ¿Quién mas rico que él, que posee todas las riquezas del cielo y de la tierra, y las reparte como le place? ¿Quién mas bello que Dios? Todas las bellezas de las criaturas desaparecen, si se comparan con la de Dios. ¿Quién mejor que Dios? S. Agustín dice, que es mayor el deseo que tiene Dios de hacernos bien, que el que tenemos nosotros de recibirle. ¿Quién mas piadoso que Dios? Basta que un pecador, por mas impío y duro que sea, se arrepienta de haberle ofendido, para perdonarle y abrazarle inmediatamente, como un padre amoroso.

¿Quién mas agradecido que Dios? Jamás deja sin premio ninguna obra buena, por pequeña que sea, hecha por su amor. Y es tambien tan amable, que los Santos gozan en el cielo tanto amándole, que los hace enteramente felices, y los embriaga con las delicias de su gloria. La mayor pena que sufren los condenados en el infierno, es conocer que Dios es tan amable, y no poder amarle.

2. Finalmente ¿quién mas amante que Dios? En la ley antigua podia el hombre dudar si Dios le amaba con tierno amor. Pero despues que le hemos visto morir sobre una cruz por nosotros, ¿como podremos dudar ya de que nos ama con la mayor ternura y cariño? Alzamos los ojos y vemos á Jesus, hijo verdadero de Dios, clavado en aquel patibulo, y consideramos que en aquel leño se ve el amor que nos tuvo. Aquella cruz, aquellas heridas están gritando, como dice S. Bernardo, y nos hacen ver que nos ama verdaderamente: *Clamat cruz, clamat vulnus, quod ipse vere dilexit.* ¿Y qué mas podia hacer para manifestarnos su grande amor, que llevar una vida afligida durante los treinta y tres años que vivió, y morir despues entre agonias en un leño infame para lavar con su sangre nuestros pecados? Nos amó, dice S. Pablo, y se entregó él mismo por nosotros: *Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis.* (Eph. 5, 2.) Y S. Juan en el Apocalipsis (1, 5.): Nos amó y lavó nuestros pecados con su sangre: *Dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.* S. Felipe Neri, decia: ¿Como es posible que ame otro que á Dios el que cree en Dios? Y Sta. Maria Magdalena de Pazis, considerando el amor que Dios tuvo á los hombres, se puso un dia á tocar la campana, diciendo que queria llamar á todas las gentes de la tierra á amar á un Dios tan amante. Esto hacia llorar á S. Francisco de Sales, cuando decia: *Necesitaríamos tener un amor infinito para amar á nuestro Dios; y empleamos el que tenemos en amar cosas vanas y despreciables.*

3. ¿Cuanto vale el amor que nos enriquece con Dios mismo y nos le granjea! Este es aquel tesoro con el cual conseguimos su amistad, como dice el libro de la Sabiduria: *Infinitus est thesaurus, quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitia Dei.* (Sap. 7, 14.) S. Gregorio Niseno dice, que lo único que debemos temer los hombres, es, el ser privados de la amistad de Dios: *Unum terribile arbitror, ab amicitia Dei repelli; unum solum expetibile, amicitia Dei.* Y lo único que debemos desear, es obtenerla. Esta amistad, pues, solamente se consigue con

el amor. Por esto escribe S. Lorenzo Justiniani, que con el amor el pobre se vuelve rico, y sin el amor el rico es pobre: *Nullæ majores divitiæ, quam charitatem habere; in charitate pauper dives est, et sine charitate dives est pauper?* (S. Laur. Just. in Matth. 13, 44.) ¡Cuanto se alegra un hombre al saber que es amado de un gran señor! ¡Y cuanto mas debe consolarle el saber que es amado del mismo Dios! Este Señor, pues, sabemos que ama á los que le aman, sean ricos, ó sean pobres, como dicen los Proverbios (8, 17.), por estas palabras: *Ego diligentes me diligo*. Y el bien que resulta al hombre que es amado de Dios, es infinito; porque en una alma amada de Dios habita el mismo Dios, que es una persona infinita, ó por mejor decir habitan tres personas infinitas que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, como asegura S. Juan: El que me ama guardará mis preceptos, mi Padre le amará, y vendrémos á él y habitaremos en él: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diligit eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus*. (Joan. 14, 23.) S. Bernardo escribe, que la virtud que nos une á Dios es la caridad: *Charitas est virtus conjungens nos Deo*. Y Sta. Catalina de Bolonia decia, que el amor es un lazo de oro, que tiene atadas las almas con Dios; y lo mismo habia dicho ya el padre y doctor de la Iglesia S. Agustin: *Amor est junctura copulans amantem cum amato*. Por tanto, si Dios no fuese inmenso, no podria estar con tantas criaturas como le aman; pero como lo es, habita con todas y en todas sin dividirse, como dice S. Juan (4, 16.): *Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo*. Muchos pobres aman las riquezas; pero no porque las amen las poseen. Muchos aman el ser reyes; pero no por eso poseen el reino. Mas para poseer á Dios, basta amarle; porque sabemos de su boca, que Dios ama á los que le aman, y que permanece en el que está unido á él por el amor: *In Deo manet, et Deus in eo*.

4. Además, Sto. Tomás dice, que el amor arrastra consigo á todas las demás virtudes, y de todas se vale para unirse mas íntimamente con Dios. Por esto S. Lorenzo Justiniani llama á la caridad madre de las virtudes, puesto que de ella nacen todas las otras. Por lo que decia S. Agustin: Ama y haz lo que quieras: *Ama, et fac quod vis*. Porque el que ama á Dios no puede obrar sino lo que manda Dios y lo que agrada á Dios; y desde el punto mismo que obra mal, manifiesta que ha dejado de amarle. Y cuando el hombre deja del amar á

Dios, en nada le complace, en todo le ofende, es un caminante que anda perdido, una oveja descarriada de rebaño. Por eso dice S. Pablo, que si el hombre distribuyere todas sus riquezas en alimentar á los pobres, y espusiere su cuerpo á los mayores suplicios, de nada le aprovecharia esto, si no tuviere caridad: *Et si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas, et si tradidero corpus meum, ita ut ardeam, charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest.* (1. Cor. 13, 3.)

5. El amor, además, no deja sentir las penas de esta vida; porque como el alma está mas en el objeto amado que donde ella reside, siendo Dios un objeto tan noble y tan grande como ya hemos dicho, ¿cómo es posible que sienta las penas de esta vida el alma que se halla embriagada en las delicias de aquel mar inmenso de virtud y de gloria, por medio del amor? S. Buenaventura confirma esto mismo cuando dice: que el amor de Dios es como la miel que hace dulce las cosas mas amargas. ¿Y que cosa puede haber mas dulce para un alma amante de Dios, que padecer por Dios, cuando sabe que sufriendo con resignacion las penas, complacemos á Dios, y que estas mismas penas han de ser despues las joyas y florones mas hermosos de nuestra corona en el paraíso? ¿Y quien no sufrirá y morirá con gusto, siguiendo á Jesucristo, que va delante con la cruz á cuestras para sacrificarse por su amor, y le invita á seguirle, diciéndole: *Si quis vult post me venire... tollat crucem suam, et sequatur me?* Si alguno quiere venir tras de mí, tome su cruz y sigame. (*Matth. 16, 24.*) Por esto quiso humillarse por nuestro amor hasta la muerte, y morir con la muerte ignominiosa de cruz: *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.* (*Phil. 2, 8.*)

PUNTO II.

Que debemos hacer para amar á Dios con todo el corazon.

6. Es un favor demasiado grande, decia Sta. Teresa, el que hace Dios á una alma cuando la llama á su amor. Puesto, pues, que Dios nos llama para que le amemos, démosle gracias por ello, oyentes míos, y amémosle con todo nuestro corazon. Como él nos ama mucho, quiere tambien que le amemos mucho, como dice S. Bernardo: *Cum amat Deus, non aliud vult quam amari; quippe non ad aliud amat, nisi ut*

ametur. (Serm. 63 in Cant.) El Verbo eterno bajó á este mundo para inflamarnos en su divino amor, como dijo él mismo; y añadió, que no deseaba otra cosa, que ver encendido en nosotros su divino amor: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?* (Luc. 12, 49.) Veamos ahora que es lo que debemos hacer, y que medios debemos adoptar para amar á Dios.

7. En primer lugar debemos guardarnos de toda culpa grave y aun leve, en cuanto nos sea posible: porque dice el Señor, que el que le ama guardará sus mandamientos: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit.* (Joan. 14, 23.) Y Dios nos manda que evitemos el pecado. La primera señal del amor es cuidar de no causar el menor disgusto á la persona amada. ¿Y como se puede decir que ama á Dios con todo el corazon el que no teme causarle disgustos por leves que sean? Por eso decia Sta. Teresa: *Dios os libre del pecado cometido con advertencia, por pequeño que sea.* Dirá alguno: pero el pecado venial es un mal ligero. ¿Con que es mal ligero dar disgusto á un Dios tan bueno y que tanto nos ama? Yo os digo que es señal de un amor ligero hácia Dios el mirar como ligeras las culpas leves que se cometen contra él.

8. En segundo lugar, para amar á Dios con todo el corazon, es necesario tener un gran deseo de amarle. Los santos deseos son alas que nos hacen volar hácia Dios, porque, como dice S. Lorenzo Justiniani, el buen deseo nos da fuerzas para caminar hácia adelante: *Vires subministrat, pœnam exhibet leviozem*: y nos hace mas llevadera la fatiga en el camino de Dios, en el cual el no caminar adelante, es ir hácia atrás; como enseñan todos los maestros espirituales. Dios por su parte se comunica al que le busca: *Bonus est Dominus animæ quærenti illum* (Thren. 3, 25.); y llena de sus bienes espirituales á la alma que los desea, como dice S. Lucas: *Esurientes implevit bonis.* (Luc. 1, 53.)

9. Es necesario, en tercer lugar, resolverse á unir su alma á Dios con un perfecto amor. Hay algunos que desean unirse enteramente á Dios; pero no se resuelven á valerse de los medios necesarios. Estos son aquellos de quienes habla el Sabio en los Proverbios, donde dice: *Desideria occidunt pigrum*: Los deseos matan al perezoso. (Prov. 21, 25.) Yo quisiera hacerme santo, dicen, quisiera entregarme enteramente á Dios; y jamás dan un paso para poner esto en práctica. Por eso decia Sta. Teresa, que el demonio no teme perder estas

almas; porque no resolviéndose verdaderamente á dedicarse al servicio de Dios, serán siempre tan imperfectas como son. Y la misma Santa decia, que Dios no exige de nosotros, sino una verdadera resolucion de hacernos santos, para hacer despues él todo lo demás por su parte. Si queremos, pues, amar á Dios con todo el corazon, debemos determinarnos á hacer todo aquello que es del mayor gusto de Dios; comenzando inmediatamente á poner mano á la obra, segun las palabras del Eclesiástico (9, 10.) donde nos dice: *Quodcumque facere potest manus tua, instantier operare*: Pon en obra inmediatamente todo aquello que puedes hacer por tu parte. Que quiere decir, lo que puedes hacer hoy, no esperes á hacerlo mañana, sino hazlo lo mas presto que puedas. Cierta monja que vivia en Roma en el monasterio de *Torre de los Espejos*, llamada sor Buenaventura, llevaba al principio una vida tibia; pero mientras hacia un dia los ejercicios espirituales, le inspiró Dios un amor perfecto hácia sí, y se resolvió á corresponder inmediatamente á la divina inspiracion. Dijo, pues, á su director con verdadera resolucion: *Padre, quiero hacerme santa, y hacerlo presto*. Y así lo hizo; porque auxiliándole Dios con su gracia, vivió en adelante como santa, y murió como tal. Por consiguiente debemos resolvernos y valernos inmediatamente de los medios necesarios para hacernos santos.

10. El primer medio debe ser, perder el apego que naturalmente tenemos á las cosas criadas, desterrando del corazon todo afecto que pueda separarnos de Dios. Por eso los antiguos Padres del Yermo, lo primero que preguntaban á los que acudian á vivir en su compañía, era lo siguiente: ¿Traes el corazon vacío de los afectos terrenos, de modo que pueda llenarle el Espíritu Santo? *Affers ne cor vacuum, ut possit Spiritus Sanctus illud implere?* Y en efecto, si no se destierran del corazon las cosas terrenas, no puede entrar Dios en él. Por lo mismo decia Sta. Teresa: *Aparta tu corazon de las criaturas, y busca á Dios y le encontrads*. S. Agustin escribe, que los Romanos adoraban treinta mil dioses, y que el senado romano no quiso admitir entre ellos á Jesucristo, porque, segun decian, era un Dios soberbio, que queria ser el solo adorado. Y en esto tenian razon, porque nuestro Dios quiere poseer todo nuestro corazon, y realmente es celoso de poseerle, como dice S. Jerónimo por estas palabras: *Zelotypus est Jesus*: Jesucristo es celoso. Que viene á significar, que en el amor que se le tiene, no quiere tener rivales. De aquí el alma ó la esposa de

los Cantares se llama huerto cerrado: *Hortus conclusus soror mea sponsa.* (Cant. 4, 12.) El alma pues que quiere entregarse enteramente á Dios, debe estar cerrada á todo otro amor distinto del divino.

11. Por esto se dice que el Esposo divino fué herido de una mirada de la esposa: *Vulnerasti cor meum, soror mea... in uno oculorum tuorum.* (Cant. 4, 9.) Y esta mirada significa el único fin que se propone el alma de agradar á Dios en todas sus acciones y pensamientos, bien distintamente de los mundanos, que tal vez hasta en los ejercicios de devocion se proponen fines diversos, ó de interés propio, ó de placer, ó de agradar á los hombres. Pero los santos no atienden á otra cosa que á agradar á Dios; y por eso vueltos á él, le dicen: ¿Qué tengo yo en el cielo, ó que pretendo de tí sobre la tierra? Que seas mi Dios y habites en mi corazon eternamente: *Quid mihi est in celo, et à te quid volui super terram? Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum.* (Psal. 72, 24 et 25.) Y lo mismo debemos hacer nosotros, si queremos ser santos. Y si hacemos la voluntad de Dios ¿qué mas queremos? como dice el Crisóstomo: *Si dignus fueris agere aliquid, quod Deo placet, aliam præter id mercedem requiris?* (Lib. 2 de Compunct. cord.) ¿Qué recompensa mayor puede obtener la criatura, que complacer á su Criador? Así que no debemos proponernos otro fin en nuestros deseos y acciones, que hacer la voluntad de Dios. Andando por el desierto absorto en Dios, cierto solitario llamado Zenor, se encontró con el emperador Macedonio que iba de caza: preguntóle el emperador en que se ocupaba, y le respondió: Tú vas buscando animales; yo no busco mas que á Dios. Y el que le ama, difícilmente puede ocuparse en cosas frívolas ó malas; porque, como decia S. Francisco de Sales, *el puro amor de Dios destierra y consume todo lo que no es de Dios.*

12. Tambien es necesario para amar á Dios con todo el corazon, amarle con preferencia; es decir, preferirle á todas las cosas criadas ó amarle mas que á todas las cosas de este mundo; y estar dispuestos á perderlas todas, y la vida misma, antes que perder la gracia divina, diciendo con S. Pablo: Ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados; ni ninguna criatura me podrá separar del amor de Dios: *Neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei.* (Rom. 8, 38 et 39.) Es menester amarle además con benevolencia, deseando

que todos le amen; y por esto el que ama á Dios, debe procurar por cuantos modos pueda, mover á los demás á que le amen; al menos debe rogar al Señor por la conversion de todos aquellos que no le aman. Tambien debe estar este amor acompañado del dolor; es decir, que debe sentir toda injuria hecha contra Dios mas que todos los males que le sobrevengan; y tambien con amor que se conforme con la divina voluntad; porque el principal oficio del amor es unir las voluntades de los amantes; y así debemos decirle: Señor, ¿qué quieres que yo haga? *Domine, quid me vis facere?* (Act. 9, 6.) Por esto debemos ofrecernos sin reserva ninguna á Dios á menudo, para que haga de nosotros y de nuestras cosas aquello que mas le agrade. Tambien debe ser sufrido nuestro amor; y este es aquel amor fuerte que da á conocer á los verdaderos amantes de Dios: *Fortis est ut mors dilectio.* (Cant. 8, 6.) San Agustín escribe: *Nihil tam durum, quod non amoris igne vincatur.* (Lib. de Mor. Eccl. c. 22.) Ninguna cosa hay tan dura, que no la ablande el amor constante, porque no cuesta trabajo el hacer aquello que se ama; y nos es agradable el mismo trabajo que nos cuesta hacerlo. S. Vicente de Paul decia, que el amor se mide por el deseo que tiene el alma de sufrir y de humillarse por agradar á Dios. Dése gusto á Dios, aunque muramos. Piérdase todo cuanto tenemos, y no le disgustemos en nada; porque es necesario abandonarlo todo para ganarlo todo; como dice Tomás de Kempis: *Totum pro toto.* Y el motivo de no hacernos santos, es, que no sabemos abandonar todas las cosas por Dios. Sta. Teresa decia, que no nos comunica Dios todo su amor, porque nosotros no damos á Dios todo nuestro afecto. Debemos decir con la esposa de los Cantares: Mi amado es para mí, y yo soy para él: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* (Cant 2, 16.) Así dice S. Juan Crisóstomo, que cuando una alma se entrega enteramente á Dios, ya no le dan cuidado, ni las ignominias, ni los padecimientos, y pierde el apego á todas las cosas terrenas. Y no hallando reposo en ninguna cosa humana, va siempre detrás de su amado, y todo su deseo es encontrarle.

13. Para obtener pues, y conservar en nosotros el divino amor, son necesarias tres cosas, á saber: la meditacion, la comunión, y la oracion. Es necesaria la meditacion en primer lugar, porque es señal de que ama poco á Dios el que piensa poco en él. Y por eso decia el real Profeta: *In meditatione mea exardescet ignis:* Con la meditacion se aumentará mi amor.

(*Psal.* 38, 4.) Y en efecto, la meditacion es aquel horno espiritual en el que se enciende y crece el amor de Dios, especialmente la meditacion de la Pasion de nuestro divino Redentor: *Introduxit me rex in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem.* (*Cant.* 2, 4.) Esta es aquella bodega celestial en la que introducidas las almas por medio de la meditacion, quedan heridas y embriagadas del divino amor con un solo mirar de ojos, ó con una breve reflexion sobre la Pasion de Jesucristo. Por esto dice S. Pablo, que Jesucristo quiso morir por todos nosotros, con el fin de que nosotros vivamos únicamente para amarle: *Et pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est.* (2 *Cor.* 5, 15.) El otro horno espiritual en que los cristianos quedan abrasados del divino amor, es la sagrada Comunión, como dice S. Juan Crisóstomo por estas palabras: *Carbo est Eucharistia quæ nos inflamat, ut tamquam leones ignem spirantes, ab illa mensa recedamus, facti diabolo terribiles:* La Eucaristía es un fuego que nos inflama para que cuando nos apartamos de aquella divina mesa respiremos fuego, fuertes como leones, é inspiremos terror al demonio. (*Hom.* 61 *ad Pop.*) Tambien la oracion nos es muy necesaria, pues por medio de ella dispensa Dios todos sus dones, especialmente el don supremo de su amor; y para conseguir este amor nos ayuda mucho la meditacion; puesto que sin ella, en vano intentaremos conseguirle. Conviene, pues, que todos los dias y á todas horas pidamos á Dios que nos ayude con su gracia á amarle con todo el corazon y con toda el alma. Y S. Gregorio escribe, que Dios quiere que le obliquemos é importunemos con nuestras súplicas á concedernos estas gracias: *Vult Deus orari, vult cogi, vult, quodam modo, importunitate vinci.* Pidamos pues continuamente á Jesucristo que nos comunique su santo amor, y pidámosle tambien á su divina Madre Maria; porque siendo ella la tesorera de todas las gracias: *Thesauraria gratiarum*, y la dispensadora de ellas, como dice S. Bernardino: *Omnes gratiæ per ipsius manus dispensantur;* podamos recibir por su mediacion el don supremo del amor divino, que abraze nuestra alma y nos haga despreciar todas las cosas de este mundo, á fin de que podamos conseguir despues de esta vida la paz eterna del Paraíso.

SERMON XLVII.**PARA LA DOMINICA DÉCIMAOCTAVA DESPUES DE
PENTECOSTES.****DE LOS MALOS PENSAMIENTOS.**

Cum vidisset cogitationes eorum,
dixit: ut quid cogitatis mala in cor-
dibus vestris?

MATTH. 9, 4.

CUENTA el Evangelio de hoy, que presentaron á Jesucristo un paralítico para que le sanase: el Señor le sanó, no solamente el cuerpo, sino tambien el alma, perdonándole sus pecados, y luego le dijo: *Confide, fili, remittuntur tibi peccata tua*: Ten confianza, hijo, te se perdonan tus pecados. Oyendo estas palabras algunos escribas, decian en su interior: ¿Quien es este que hasta los pecados perdona? Sin duda blasfema: *Hic blasphemat*. Pero nuestro divino Salvador les manifestó que penetraba sus malos pensamientos, diciéndoles: *Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris?* ¿Por qué abrigais malos pensamientos en vuestros corazones? De aquí se infiere, que Dios penetra los malos pensamientos mas ocultos de nuestro corazon y los castiga. Los jueces del mundo prohíben y castigan solamente los delitos esternos, porque los hombres solo ven lo que hacemos: *Homo videt ea quæ parent*; (1. Reg. 16, 7.) pero no lo que pensamos; mas Dios que ve tambien lo que pasa en nuestro interior, *Dominus autem intuetur cor*, (Ibid.) prohíbe y castiga tambien los malos pensamientos. Examináremos por tanto

En el Punto 1.º Cuando es pecado el pensamiento malo.

En el 2.º El gran peligro que nos causa el consentir en los malos pensamientos.

En el 3.º Cuales son los remedios contra los malos pensamientos.

PUNTO I.

Cuando es pecado el pensamiento malo.

1. De dos modos se engañan los hombres acerca de los malos pensamientos : algunos que temen á Dios, pero se hallan dotados de poco entendimiento y son escrupulosos, temen que todo mal pensamiento que se ceba en su imaginacion , es pecado. Este es un error, porque no son pecados los malos pensamientos , sino los pensamientos malos á los cuales prestamos nuestro consentimiento. Toda la malicia del pecado mortal consiste en la mala voluntad , es decir , en el asentimiento que damos al pecado , ó en la voluntad que concebimos de pecar , con plena advertencia de que aquella obra ó accion que queremos practicar es mala. Por esto enseña S. Agustin , que si la voluntad no consiente en ella , no puede haber pecado : *Nulla modo sit peccatum , si non sit voluntarium.* (*De vera Rel. cap. 14.*) Por grande , pues , que sea la tentacion , y la rebelion de los sentidos , y los movimientos malos de la parte inferior ó del cuerpo contra la superior ó espiritual , no habrá pecado , si no hay antes consentimiento ; porque , segun S. Bernardo , no daña el sentido ó la tentacion que éste experimenta , si no consiente la voluntad : *Non nocet sensus , ubi non est consensus.* (*De Inter. domo cap. 19.*)

2. Hasta los santos son atormentados de las tentaciones. Y aun digo mas : mucho mas se afana el demonio para hacer caer á los santos , que á los pecadores , porque haciendo caer á los primeros , piensa apoderarse de una presa mas importante y de mejor valia. Y por eso dice el profeta Habacuc , que los santos son el manjar que prefiere el enemigo : *In ipsis incrassata est pars ejus , et cibus ejus electus.* (*Habac. 1 , 16.*) Y luego añade , que el maligno contra todos tiende la red , y no perdona á ninguno , con el fin de despojarlos de la vida de la gracia : *Propter hoc ergo expandit sagenam suam , et semper interficere gentes non parcat.* (*Ibid. v. 17.*) Hasta el mismo san Pablo despues que fué hecho vaso de eleccion , gemia afligido , viéndose acosado de las tentaciones deshonestas , como él mismo confiesa : *Datus est mihi stimulus carnis meae angelus satanae , qui me colaphizet.* (*2. Cor. 12 , 7.*) Y por esto rogó al Señor tres veces que le librase de ellas. Y el Señor le respondió : Te basta mi gracia : *Propter quod ter Dominum rogavi , ut discede-*

ret a me; et dixit mihi: Sufficit tibi gratia mea, nam virtus in infirmitate perficitur. (Ibid. v. 8 et 9.) Dios permite que hasta sus siervos sean tentados, ya para probarlos, ya para purificarlos de sus imperfecciones. Y aquí voy á esponer una doctrina para consuelo de las almas timoratas y escrupulosas, doctrina que enseñan comunmente los teólogos. Dicen estos, que cuando un alma temerosa de Dios y enemiga del pecado, duda si consintió ó no en el mal pensamiento, no está obligada á confesarle, porque es moralmente cierto que no consintió en él: pues si realmente hubiese caído en un pecado grave, no dudaria, siendo el pecado mortal un monstruo tan horrible para el hombre temeroso de Dios, que es imposible cometerle, á hospedarle en su alma sin conocerlo.

3. Otros que no son escrupulosos, sino ignorantes y de robusta conciencia, piensan que no es pecado grave el mal pensamiento consentido, cuando no se pone por obra. Este error es peor todavía que el primero. Lo que no se puede hacer, tampoco puede desearse; y por esto el mal pensamiento una vez consentido, tiene la misma malicia que si se pone en ejecucion: porque lo mismo nos hacen enemigos de Dios las malas obras, que los malos deseos: *Perversæ cogitationes separant à Deo. (Sapient. 1, 3.)* Y así como á Dios le están patentes las obras malas, lo están tambien los malos pensamientos, que son condenados y castigados por él: *Deus scientiarum Dominus est, et ipsi præparantur cogitationes. (1. Reg. 2, 3.)*

4. Mas ni todos los malos pensamientos son culpables, ni todos los culpables lo son igualmente. En el mal pensamiento pueden concurrir tres cosas, á saber: La sugestion, la delectacion y el consentimiento. La sugestion es aquel pensamiento malo que primeramente hiere nuestra imaginacion: y esto no es pecado, antes nos sirve de mérito cuando le desechamos; porque como dice S. Antonino, cuantas veces resistimos, conseguimos una victoria: *Quoties resistis, toties coronaris.* Viene despues la delectacion, cuando el hombre tentado piensa en aquel mal pensamiento y se deleita con sus atractivos. Hasta que la voluntad no consiente, no peca mortalmente, sino solamente venial, y se pone en peligro de consentir, si no resiste á la tentacion. Sin embargo, cuando éste peligro no es próximo no hay pecado mortal. Pero es preciso advertir aquí, que cuando el pensamiento que deleita es de materia torpe, dicen comunmente los doctores, que estamos obligados, baje

culpa grave, á resistir positivamente á la delectacion, por el peligro que hay, si no resistimos, de que arrastre nuestra voluntad á darle el consentimiento, como dice S. Anselmo: Si deseamos la delectacion, esta se convierte en consentimiento, y mata al alma: *Nisi quis repulerit delectationem, delectatio in consensum transit, et occidit animam* (S. Ans. Simil. c. 40.) Por esto aun cuando no se consienta en el pecado, se peca mortalmente por el peligro próximo en que se pone de consentir, mientras se deleita con el objeto obsceno y no procura resistir. Por eso el profeta Jeremías dice: *Usquequo morabuntur in te cogitationes noxiæ?* (Jer. 4, 14.) ¿Por qué conservas en tu imaginacion aquel mal pensamiento, sin procurar desterrarle de tu corazon? Dios quiere que guardemos el corazon con el mayor cuidado, porque del corazon, esto es, de la voluntad, depende nuestra vida espiritual: *Omni custodia serva cor tuum, quoniam ex ipso procedit.* (Prov 4, 23.) Finalmente el consentimiento, que es quien convierte la tentacion en pecado, tiene efecto, cuando el hombre sabe claramente que aquella tentacion, ó aquel mal pensamiento es culpa grave, y no obstante la abraza con su voluntad y desea practicarla.

5. De dos modos se peca gravemente de pensamiento, con el deseo y con la complacencia. Se peca con el deseo, cuando la persona quiere hacer el mal que desea, ó querría hacerlo si se le presentase la ocasion; y entonces el deseo es culpa leve ó grave, segun fuere la cosa que se desea. Sin embargo, es cierto que el pecado consumado, siempre aumenta la malicia de la voluntad, por la mayor complacencia que ordinariamente hay en el acto esterno consumado, ó al menos por la mayor duracion del deleite; y así debe esplicarse siempre en la confesion, si al deseo se siguió el acto. Se peca por complacencia, cuando el hombre no quiere cometer el pecado, pero se complace pensando en él, como si realmente le cometiera. A esta complacencia llamamos delectacion morosa; y se llama así, no por razon del tiempo en que la imaginacion se deleita con aquel acto impúdico, sino por razon de la voluntad que se entretiene y deleita con aquel mal pensamiento; y por tanto el pecado de complacencia se puede cometer en un momento. Debe entretenerse la voluntad con gusto, como enseña Sto. Tomás, para quitar el escrúpulo á las personas timoratas, que tal vez experimentan algunas delectaciones contra su voluntad, aunque se violenten para des-

terrallas de la imaginacion : *Dicitur morosa , non ex mora temporis , sed ex eo quod ratio deliberans circa eam immoratur , revolvens libenter quæ statim respui debuerunt.* (1 , 2. q. 74 , a. 1 ad 3.) Deben saber pues éstas : que aunque la naturaleza esperimente cierto deleite mientras dura la tentacion , no se comete pecado grave hasta que la voluntad consiente en ella ; porque no hay pecado donde no hay voluntad , como dice san Agustin : *Malum nullo modo sit peccatum , si non sit voluntarium.* (*De vera Rel. c. 14.*) En tal caso aconsejan los maestros espirituales , que vale mas ocupar la imaginacion en algun otro objeto espiritual , que cansarse en desechar el mal pensamiento . En las demás tentaciones conviene combatir el mal pensamiento , luchando con él frente á frente ; pero en las de impureza es preciso evitar las ocasiones , si queremos obtener la victoria .

PUNTO II.

El gran peligro que causan los malos pensamientos.

6. Debemos guardarnos con toda cautela de los malos pensamientos , que son llamados abominacion de Dios en los Proverbios (15 , 26.) : *Abominatio Domini cogitationes malæ.* Se llaman así , porque , como dice el santo concilio de Trento , los malos pensamientos , especialmente los que son contra el nono y décimo precepto , causan tal vez mas daño al alma y son mas peligrosos que el mismo pecado consumado : *Nonnumquam anima gravius sauciant , et periculosiora sunt iis , quæ in manifesto admittuntur.* (*Sess. 14 , de Pæn. cap. 5.*) Son mas peligrosos por muchas razones : 1.ª Porque los pecados de pensamiento son mas fáciles de cometerse que los de obra . A los de obra les falta la ocasion muchas veces ; pero los malos pensamientos se tienen aun cuando no hay ocasion . Además , cuando el corazon ha vuelto las espaldas á Dios , está continuamente queriendo el mal que le deleita , y así comete pecados sin número : *Cuncta cogitatio cordis intenta ad malum omni tempore.* (*Gen. 6 , 5.*)

7. 2.ª A la hora de la muerte no se pueden cometer pecados de obra , pero pueden cometerse de pensamiento , y es fácil que los cometa el que durante su vida se acostumbró á fomentarlos en su imaginacion . Y mucho mas entonces cuando son mas violentas las tentaciones del demonio , el cual , viendo

que le queda poco tiempo para engañar á aquella alma, la tienta con mayor fuerza y furor, como dice S. Juan en el Apocalipsis: *Descendit diabolus ad vos habens iram magnam, sciens quod modicum tempus habet.* (Apoc. 12, 12.) Estando S. Eleázaro en peligro de muerte, cuenta Surio, que tuvo tales tentaciones y malos pensamientos, que dijo despues de haber sanado de la enfermedad: ¡Oh que grande es la fuerza del demonio á la hora de la muerte! El Santo venció las tentaciones porque tenia la buena costumbre de rechazar los malos pensamientos; pero ¡infelices aquellos que se han habituado á deleitarse con ellos! El P. Segneri refiere, que hubo un pecador que se acostumbró mientras vivió á deleitarse con los malos pensamientos: viéndose próximo á la muerte confesó sus pecados con verdadero dolor; pero se apareció despues de su muerte á una persona, diciéndole que se habia condenado. Y confesó que su confesion habia sido buena, y que Dios le habia perdonado ya. Pero antes de morir el demonio le representó, que seria una ingratitud, si curaba de aquella enfermedad, abandonar aquella mujer que tanto le amaba. El rechazó esta primera tentacion: vino la segunda, y tambien la desechó; mas luego vino la tercera, y consintió en ella, y está fué la causa de haberse condenado para siempre.

PUNTO III.

Que remedios hay contra los malos pensamientos.

8. Dice el profeta Isaías, que para librarnos de los malos pensamientos debemos quitar el mal que hay en ellos: *Auferte malum cogitationum vestrarum.* (Is. 1, 16.) ¿Pero qué quiere decir quitar el mal que hay en ellos? Significa que debemos quitar la ocasion, evitar las conversaciones peligrosas, y huir de las malas compañías. Yo sé de un jóven que era inocente como un ángel, y por una palabra que oyó á un mal compañero, tuvo un pensamiento malo, y consintió en él; y éste creo yo que fué el único pecado mortal que cometió en toda su vida; porque luego entró religioso, vivió en olor de santidad y murió santamente. Tambien conviene abstenerse de las lecturas obscenas ó inficionadas de otros errores, lo mismo que de bailes con mujeres, y de las comedias profanas que inducen á los jóvenes al pecado, ya ridiculizando la virtud, ya presentando muy halagüeña la senda del vicio.

9. Quizá me preguntará algun jóven: Dígame Vd., padre, ¿es pecado el hacer el amor? Al cual respondo yo de este modo: no puedo afirmar absolutamente que esto sea pecado mortal; pero sí diré: que los tales con la mayor facilidad se ponen en ocasion próxima de pecar mortalmente; y la experiencia manifiesta, que pocos de estos han dejado de pecar gravemente. Y no sirve decir, que no se lleva en ello mal fin ni malos pensamientos, porque con este ardid suele engañar el demonio á los jóvenes. En un principio suele el enemigo no sugerir malos pensamientos; pero luego que con la larga conversacion amorosa ha ido tomando fuerzas el cariño, va cegándolos poco á poco, y ven que sin saber como, han perdido el alma y á Dios con los muchos pecados de impureza, y de escándalo que cometen. ¡Oh á cuantos pobres muchachos y muchachas engaña el demonio de este modo! Y de todos estos pecados y escándalos han de dar cuenta á Dios, especialmente los padres y las madres que debian impedir estas conversaciones y entrevistas peligrosas, y no las impidieron. Ellos, pues, son la causa de todos estos males, y de ellos serán castigados severamente por Dios.

10. Sobre todo, si queremos librarnos de los malos pensamientos, guárdense los hombres de mirar con lúbrica intencion á las mujeres, lo mismo que éstas á los hombres. Vuelvo á repetir las palabras de Job, que he citado ya otras veces: *Pepigi fœdus, cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine*: Pacté con mis ojos, que no habia de pensar absolutamente en la mujer. (Job 31, 1.) ¿Qué tiene que ver aquí el pensar con el mirar? Si pactára con los ojos, que no habian de mirar, lo entenderíamos; pero pactar con los ojos que no han de pensar, no entendemos lo que esto significa, dirán algunos. Pues yo os digo con S. Bernardo, que Job dice con mucho juicio, que hizo pacto con sus ojos de no pensar en una mujer; porque por los ojos entran en el alma las pasiones y deseos impúdicos que despues pasan á la mente, y atormentan y matan al alma con la continua y tenaz guerra que le hacen: *Per oculos intrat in mentem sagitta impuri amoris*. Por lo mismo nos amonesta el Espíritu Santo, que apartemos nuestra vista de la mujer que sale del tocador, ó que se adorna mucho: *Averte faciem tuam à muliere compta*. (Eccl. 9, 8.) Siempre es cosa peligrosa mirar á una mujer en este estado, y el mirarla sin justo motivo y de intento, siempre será pecado venial, cuando menos.

11. Cuando en seguida vienen los malos pensamientos, que suelen venir aun sin ocasion ninguna; es preciso rechazarlos con presteza y vigor, sin darles cuartel ni treguas porque si comienzas á dudar, eres perdido. Sucede á los deshonestos con las tentaciones, lo mismo que á las moscas con las telarañas. Vé á esta la mosca, pero no á la araña que está oculta. Por esto se acerca á la telaraña sin miedo; mas apenas toca sus hilos, cuando sale corriendo la araña, la enreda mas y mas en ella, y la mata. Pues lo mismo hace el demonio que la araña. Se cuenta en el libro de las Sentencias de los Padres, §. 4.º, que vió S. Pacomio un dia á un demonio que se jactaba de haber hecho caer muchas veces en pecado á un monje, porque en vez de acogerse á Dios cuando se sentia tentado, daba audiencia y treguas á la tentacion. Al contrario, oyó que otro demonio se lamentaba de que él nada habia podido adelantar con el monje que habia tomado por su cuenta para inducirle al pecado, porque se acogia inmediatamente á Dios, y de este modo salia vencedor. El recurso á Dios, era lo que aconsejaba S. Jerónimo en su Epist. 22 á Eustoquio por estas palabras: inmediatamente que la sensualidad hiciere alguna sensacion en los sentidos, esclamemos: Dios mio, ayndadme: *Statim ut libido titillaverit sensum, erumpamus in vocem: Domine, auxiliator meus.*

12. Y si á pesar de esto siguiere molestándonos la tentacion, conviene mucho manifestársela al confesor; porque, como decia S. Felipe Neri, la tentacion manifestada al confesor está medio vencida. Algunos santos, cuando se han visto asaltados de tentaciones impuras, echaron mano de penitencias muy ásperas; como S. Benito que se revolcó desnudo sobre las espinas, y S. Pedro de Alcántara que se metió en un estanque helado. Pero el mejor medio para vencer estas tentaciones es á mi juicio el recurrir á Dios, el cual seguramente nos dará fuerzas para alcanzar la victoria. Por esto decia David: *Laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis saluus ero*: Invocaré al Señor, y quedaré libre de mis enemigos. (*Psal. 17, 4.*) Mas cuando no cesa la tentacion por este medio, no por eso debemos dejar de suplicar, sino antes aumentar las súplicas, y suspirar y gemir postrados á los pies del Santísimo Sacramento, si estamos en la iglesia, ó de un Crucifijo si nos hallamos en casa; ó delante de alguna imagen de María Santísima, que es la madre de la pureza. Es verdad que todas estas diligencias y medios no nos servirán de nada,

si Dios no nos ayuda con su poderosa proteccion; pero á las veces quiere el Señor que hagamos todos estos esfuerzos por nuestra parte, para suplir él lo demás, y obtenernos la victoria. Es útil en estas luchas renovar primeramente el propósito de no ofenderle, y de perder la vida antes que su gracia, y repetir inmediatamente esta plegaria: Señor, dadme fuerza para resistir; no permitais que yo me separe de vos: hacedme morir antes que yo pierda vuestra gracia y amistad.

SERMON XLVIII.

PARA LA DOMINICA DÉCIMANONA DESPUES DE PENTECOSTES.

DE LA PENA DE DAÑO QUE SE PADECE EN EL INFIERNO.

Mittite eum in tenebras exteriores: ibi erit fletus.

MATTH. 22, 13.

SEGUN todas las leyes divinas y humanas, la pena debe ser correspondiente á la gravedad del delito: *Pro mensura peccati erit et plagarum modus.* (Deut. 25, 2.) Porque la injuria principal que hace á Dios un pecador, cuando comete un pecado mortal, es apartarse de su criador, y sumo bien. Así define el pecado mortal Sto. Tomás, (p. 1. qu. 24. art. 4.) por estas palabras: *Aversio ab incommutabili bono.* De esta injuria precisamente se lamenta el Señor por el profeta Jeremías (15, 6.) donde dice: *Tu reliquisti me, dicit Dominus, retrorsum abiisti:* Me abandonaste y volviste pasos atrás. Siendo pues esta la mayor culpa del pecador porque quiere perder espontaneamente á Dios, justamente su mayor pena en el infierno será el haberle perdido. Allí siempre se llora; ¿pero cual es el objeto mas amargo del llanto de los infelices condenados? La idea de haber perdido á Dios por su propia culpa. Este pues será el único asunto del presente sermón, al cual os suplico que esteis atentos.

1. El fin para que Dios nos colocó en este mundo, amados oyentes míos, no fué para disfrutar de los bienes de la tierra; sino que nos crió para conseguir la vida eterna: *Finem*

vero vitam æternam: (Rom. 6, 22.) La vida eterna consiste en poseer á Dios y amarle eternamente. El que esto consigne, consigue su fin y será eternamente feliz: el que deja de conseguirlo por su culpa, pierde á Dios, será siempre desgraciado y no cesará de repetir llorando: *Perit finis meus*: Dejé de conseguir el fin para que fui criado. (Thren. 3, 18.)

2. El dolor que resulta de haber perdido una cosa, es igual al valor de la cosa perdida. Si uno pierde una perla ó un diamante que vale cien escudos, siente gran pena. Si valia doscientos la pena es duplicada; y si cuatrocientos, la pena será mucho mayor. Ahora pregunto yo; ¿cual es el bien que perdió el condenado? Perdió á Dios que es un bien infinito: por tanto la pena de la pérdida de Dios es una pena infinita como dice Sto. Tomás: *Pæna damnati est infinita quia est amissio boni infiniti*. (S. Thom. 1, 2. q. 87, a. 4.) Lo mismo escribió antes S. Bernardo, diciendo, que el valor de esta pérdida es correspondiente al valor infinito del sumo bien, que es Dios. Porque no consiste el infierno en el fuego que devora, ni en la hediondez que trastorna los sentidos, ni en los gritos y aullidos que dan continuamente los condenados, ni en la vista de los demonios que espanta, ni en la estrechez de aquella cárcel de tormentos en que yacen los desgraciados uno sobre otro: la pena principal de los infiernos consiste en haber perdido á Dios: y todas las otras no son nada en comparacion de esta. El premio de los bienaventurados en el Paraíso, es Dios, como dijo á Abrán: *Ego ero merces tua magna nimis*. (Gen. 15, 1.) Por lo que, así como la recompensa del hombre bienaventurado es Dios, así la pena del condenado es la pérdida de este mismo Dios.

3. Por esto dijo S. Bruno, que por muchos tormentos que se hiciesen sufrir á los condenados, no igualarian jamás la pena que sufren por verse privados de la presencia de Dios: *Addantur tormenta tormentis, al Deo non priventur*. (Serm. de Jud. fn.) Lo mismo escribe S. Juan Crisóstomo, hablando acerca de esto: *Si mille dixeris gehennas, nihil par dices illius doloris*. (Hom. 49 ad Pop.) Se halla Dios dotado de tantas perfecciones dignas de amor, que merece un amor infinito. Es tan amable, que tiene en el cielo tan llenos de alegría y absortos de gozo á los bienaventurados, embriagados de su divino amor, que no desean ni piensan otra cosa que amarle con todas sus fuerzas. En este mundo los pecadores, por no dejar sus indignos placeres, cierran los ojos para no conocer á Dios.

ui el amor que se merece ; pero en el infierno se les mostrará el Señor tal cual es , y este será su mayor castigo : *Cognoscetur Dominus judicium faciens*. (*Psal.* 9 , 17.) El pecador en medio de los placeres sensuales que le cercan , apenas conoce á Dios ; porque no le ve sino al traves de las tinieblas , y por esto le importa poco perderle ; pero en el infierno le conocerá claramente para su desgracia , y esta idea le atormentará sin cesar. Un doctor de Paris se apareció á su obispo despues de su muerte , y le dijo que se habia condenado. El obispo le preguntó , si se acordaba en el infierno de las ciencias de que se habia ocupado tanto durante su vida. Y él le respondió , que en el infierno no tienen mas que un pensamiento que los atormenta sin cesar , á saber , el haber perdido á Dios.

4. *Discedite à me , maledicti , in ignem æternum* : Separaos de mí , malditos , é id al fuego eterno. (*Matth.* 25 , 41.) Estas palabras dirige Jesucristo á los condenados , las mismas que resuenan sin cesar en el infierno. Separaos de mí , porque ya no sereis míos , ni yo seré ya vuestro ; *Vos non populus meus , et ego non ero vester*. (*Osee* 1 , 9.) Esta pena , que , como dice S. Agustin , solamente es temida de los santos en este mundo , es la que espanta á los amadores de Dios mas que todos los tormentos del infierno ; pero no amedrenta á los pecadores que quieren vivir sumergidos en las tinieblas del pecado. Mas despues que hayan muerto comprenderán para su mayor castigo el gran bien que perdieron , y de que se ven privados por su culpa.

5. Conviene estar en la inteligencia de que el hombre fué criado por Dios , y está naturalmente inclinado á amarle. Pero las tinieblas del pecado y los afectos terrenos que le dominan tienen adormecida , mientras vive en este mundo , esta tendencia é inclinacion hácia Dios su bien ; y por esto le aflige poco la pena de verse separado de él. Mas cuando el alma abandona al cuerpo y se ve libre de los sentidos que la tienen obcecada , conoce claramente que ha sido criada por Dios , y que Dios es el único bien que puede contentarla , como dice S. Antonino ; *Separata autem anima à corpore intelligit Deum summum bonum , et ad illud esse creatam*. Esta es la causa de que , en viéndose suelta de la cárcel del cuerpo , se lauza inmediatamente hácia el Señor para abrazarse con él. Pero si se halla en pecado , será repelida de Dios como enemiga suya. Bien es verdad que por repelida y desechada que se halle el alma , jamás pierde la grande inclinacion que le arrastra há-

cia su Criador; y su mayor tormento consistirá en verse atraída hácia él y rechazada por él.

6. ¿Qué esfuerzos no hace un perro para romper la cadena que le sujeta, y poder atrapar la presa inmediatamente que ve á la liebre? Pues lo mismo hace el alma cuando se separa del cuerpo. Por una parte le atrae Dios hácia sí; por otra el pecado la separa de Dios, y la conduce á los infiernos. Porque, como dice el profeta, el pecado es semejante á un muro elevado, puesto entre el alma y Dios: *Iniquitates vestrae dividerunt inter vos, et Deum vestrum.* (Isa. 59, 2.) Y así la desgraciada cuando se vea confinada en aquella cárcel de tormentos y lejos de Dios, se quejará llorando de este modo: ¿Con qué ya no seré vuestra, ó Dios mio, ni vos sereis mio jamás? ¿Con qué ya no os amaré en adelante, ni vos me amareis á mí? Esta separacion de Dios amedrentaba á David cuando decia: *Numquid in æternum projiciet Deus? Aut non apponet, ut complacitior sit adhuc?* Acaso me desechará Dios para siempre sin apiadarse nuevamente de mí? (*Psal.* 76, 8.) ¿Que dolor tan cruel seria el mio, si Dios llegase á rechazarme y no se mitigase su cólera jamás! Pues este mismo dolor que espantaba á David es el que sufren y sufrirán eternamente los condenados en el infierno. Mientras David estaba en pecado, conocia que su propia conciencia se lo echaba en cara continuamente con estas palabras: *Ubi est Deus tuus?* Dime David, ¿donde está ahora tu Dios que tanto te amaba antes? Ya le has perdido, y ha dejado de ser tuyo. Y afligido David con este dolor, dejó escrito que no cesaba de llorar de noche y de dia: *Fuerunt mihi lacrymae meae panes die ac nocte: dum dicitur mihi quotidie: Ubi est Deus tuus?* (*Psal.* 41, 4.) Tambien al condenado preguntarán los demonios de este modo: ¿Infeliz, donde está ahora tu Dios, que creias habia de salvarte aun despues que tú le habias abandonado? *Ubi est Deus tuus?* David empero aplacó al Señor con sus lágrimas y recobró su amistad; mas el condenado derramará un mar de llanto y no le aplacará jamás, ni volverá á su amistad.

7. Dice S. Agustin, que si viesen los condenados la hermosura de Dios, no sentirian pena alguna, y el mismo infierno se les convertiria en un paraíso: *Nullam pœnam sentirent, et infernus ipse verteretur in paradysum.* (*Lib. de Tripl. hab.*) Pero no sucederá así, porque el condenado ya no puede ver á Dios. Cuando David condenó á su hijo Absalon á no ponerse jamás en su presencia, fué tal el dolor de Absa-

lon, que suplicó á Joab que dijese á su padre, que deseaba antes morir, que no que le prohibiese verle: *Obsecro ergo ut videam faciem regis, quod si memor est iniquitatis meæ, interficiat me.* (2. Reg. 14, 32.) Felipe II rey de España, dijo con semblante severo á un grande de su reino que estaba en la iglesia con poca reverencia: *No comparezcas mas delante de mi presencia.* Y fué tanta la pena que concibió, que murió al llegar á su casa. ¿Qué será, pues, cuando Dios diga al réprobo al tiempo de morir: *Abscondam faciem ab eo, et invenient eum omnia mala:* Vete de aquí, que no quiero verte mas, ni que tú me veas? (Deut. 31, 17.) Que compasion causa el sentimiento de un hijo que estaba unido con su padre, y comian y dormian juntos, cuando muere el padre, y el hijo le llora, exclamando en medio de su dolor: ¡Padre mio, te he perdido: ya no te veré mas! Si oyésemos ahora llorar amargamente á un condenado, y le preguntásemos: ¿Por qué lloras tanto? Responderia el desgraciado: Lloro porque he perdido á Dios y no le he de ver mas.

8. Aumentará esta pena el conocimiento que tendrá el réprobo de la gloria que gozan los bienaventurados en el cielo, de la cual se ve y se verá él escluido para siempre. ¿Que pena recibiria cualquiera, si habiéndole convidado su rey á asistir á su teatro para ver y oír una bella ópera, ó un baile famoso, se viese despues escluido por cualquier descuido, al oír desde afuera las voces y aplausos que se daban en el teatro? Ahora los pecadores desprecian el paraíso y le pierden por cosas bien frívolas, sin embargo de que Jesucristo derramó toda su sangre para allanarnos la entrada á él; pero cuando los infelices se vean condenados al infierno, será para ellos la mayor pena de todas, el conocer los goces infinitos del paraíso. Dice S. Juan Crisóstomo, que el verse escluidos los condenados de aquella mansion de delicias, será para ellos un dolor diez mil veces mayor que las penas que padecen en el infierno: *Decem mille quis ponat gehennas, nihil tale dicet, quale est à beata gloria excidere.* (S. Joan. Chrys. ap. S. Thom. Suppl. qu. 98, art. 9.) Si tuviese yo al menos alguna esperanza, dirá el condenado, que despues de mil ó de un millon de siglos de tormentos, habia de poder recobrar la gracia divina y habia de hacerme digno de gozar de la presencia de Dios, aun me consolaria. Pero al instante le responderá su conciencia: No hay esperanza para el hombre impío despues de su muerte: *Mortuo homine impio, nulla erit ultra spes.* (Prov. 11, 7.) Mientras vivia,

podia salvarse ; pero desde que murió en pecado , su condenacion es irreparable. Y así el infeliz dirá llorando con la mayor desesperacion : Ya no veré al Señor Dios en la patria celestial : *Non videbo Dominum Deum in terra viventium.* (Isa. 38 , 41.)

9. Aumentará la pena á los réprobos , pensar que perdieron á Dios y el paraíso , únicamente por su culpa. Todos aquellos infelices dirán : Yo podia haber pasado una vida feliz en el mundo , si hubiese amado á Dios , y al mismo tiempo hubiera alcanzado una eterna felicidad. Pero por haber amado mis vicios , tendré que estar en este lugar de tormentos , mientras Dios sea Dios. Entonces repetirá las palabras de Job : *Quis mihi tribuat , ut sim juxta menses pristinos , secundum dies quibus Deus custodiebat me ?* ¿ Quien me diese volver á mis antiguos dias , en los cuales me protegía el Señor ? (Job. 29 , 2.) No caería en este fuego eterno. No vivía yo entre los bárbaros , entre los Indios y Chinos , de modo que estuviera privado de sacramentos , de sermones , y de maestros espirituales que me instruyesen ; sino que nací en el gremio de la verdadera Iglesia , donde fui instruido y amonestado por los predicadores y confesores. No me arrastraron á esta cárcel los demonios ; yo mismo he venido voluntariamente por mis mismos pasos. Yo mismo me he fabricado voluntariamente estas cadenas , que me tienen atado y separado de Dios. Cuantas veces el Señor me hizo sentir en el corazon estas palabras : Enmiéndate y torna á mí , antes de que llegue el tiempo en que no te sea posible remediar tu ruina. ¡ Infeliz de mí ! Ya llegó este tiempo , y la sentencia está dada. Estoy condenado , y mi condenacion ni tiene ni tendrá remedio jamás. Ya que he perdido á Dios y no puedo verle , siquiera pudiese amarle. Pero nó , porque la gracia me ha abandonado , y así me he hecho esclavo del pecado , y me veo precisado á aborrecerle. Esta es la mayor desesperacion del réprobo , verse obligado á aborrecer á Dios por haberle despreciado en vida. De él dice Job : *Quare me posuisti contrarium tibi , et factus sum mihi metipsi gravis ?* ¿ Por qué me hiciste enemigo tuyo , y no me puedo soportar yo mismo ? (Job 7 , 20.) De aquí resulta , que viéndose el condenado contrario y enemigo de Dios , al mismo tiempo que conoce que Dios es digno de un amor infinito , no verá objeto de mayor horror ante sus ojos , que su misma persona. Y esto será para él mayor castigo ; porque por una parte verá que Dios es digno del mayor amor ; y por otra , que él es digno del mayor horror , y

enemigo declarado de Dios: *Statuam te contra faciem tuam.* (Psal. 49, 24.)

10. Aumentará tambien mucho la pena del condenado el conocer cuanto hizo Dios para salvarle; porque esto mismo le llenará de desesperacion: *Peccator videbit et irascetur.* (Psal. 141, 10.) Conocerá todos los beneficios que el Señor le concedió, todas las inspiraciones con que le llamó al buen camino, y la paciencia que tuvo para sufrirle. Conocerá sobre todo cuanto le amó Jesucristo, y cuanto sufrió por su amor; y se verá no obstante por su culpa, no amado, sino aborrecido de Jesucristo! Por eso dice S. Juan Crisóstomo, que si uno sufriese mil infiernos, no se quejaria tanto, como se queja el condenado por verse enemigo de Cristo: *Si mille quis ponat gehennas, nihil tale dicturus est, quale est exosum esse Christo.* (Chrys. Hom. 24. in Matth.) Dirá pues el condenado de este modo: Mi Redentor que movido de mi amor sudó sangre, sufrió agonías, y quiso morir sin tener quien le consolara, ahora no tiene compasion de mí. Yo lloro y grito, pero él ya no me oye, ya no me mira y se ha olvidado de mí. Me amaba un tiempo; mas ahora me aborrece, y me aborrece con razon; porque yo ingrato no quise amarle. Dice David, que los pecitos son arrojados al pozo de la muerte: *Deduces eos in puteum interitus.* (Psal. 54, 24.) Y este pozo, dice S. Agustin, que será cerrado por arriba y abierto por abajo, y se dilatará hasta el abismo; y que serán olvidados de Dios los que no quisieron conocer á Dios: *Puteus claudetur sursum, aperietur deorsum, dilatabitur in profundum; et ultra nescientur á Deo, qui Deum scire noluerunt.* (Hom. 16, cap. 50.)

11. Vemos, pues, que el condenado conoce que Dios merece un amor infinito, y que él no puede amarle. Lo cual confirma Sta. Catalina de Génova, que molestada un dia por el demonio, y preguntándole la Santa quien era, le respondió, lamentándose: *Yo soy aquel malvado que no puede amar á Dios.* El condenado no solo no puede amar á Dios, sino que se ve obligado á aborrecerle; y este es su mayor infierno: tener que aborrecer á su Dios, al mismo tiempo que conoce que es infinitamente amable. Como el Señor es un bien supremo, le arrastra hácia sí con vehemencia; pero le aborrece porque castigó sus pecados. El amor natural le atrae sin cesar hácia Dios, pero el odio le rechaza con violencia; y estas dos pasiones contrarias son como dos fieras que despedazan sin cesar el corazon del infeliz condenado; de suerte que le hacen

y le harán vivir en una continua muerte por toda la eternidad. Así el réprobo odiará y maldecirá siempre á Dios; y aborreciendo á Dios, aborrecerá y maldecirá todos los beneficios que le hizo, como la creacion, la redencion y los sacramentos; y entre estos especialmente el bautismo, por el cual se hizo mas reo ante Dios con los pecados que cometió, y el sacramento de la penitencia, por medio del cual podia salvarse tan fácilmente si hubiese querido; y sobre todo el santísimo Sacramento del altar, en el cual Dios se le habia dado á sí mismo todo entero. Aborrecerá por consiguiente todos los demás medios que le sirvieran de ayuda para salvarse; es decir, á todos los ángeles y todos los santos, pero especialmente maldecirá al Angel custodio, á los santos sus abogados, y sobre todo á la divina Virgen María. Pero principalmente á las tres divinas personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; y con mayor especialidad al Verbo encarnado Jesucristo, que sufrió y murió por él en la cruz. Entonces, pues, maldecirá las llagas de Jesucristo, la sangre de Jesucristo, y la muerte de Jesucristo. Ved, oyentes míos, á que fin tan desgraciado conduce el pecado á las almas redimidas por la sangre del Señor. ¿Quereis vosotros evitar tan triste fin? Detestad presto vuestros pecados; confesadlos inmediatamente, y amad con todo vuestro corazón á este divino Señor crucificado, que dió toda la sangre de sus venas por redimirnos de la esclavitud del demonio y llevaros en su compañía á la gloria eterna.

SERMON XLIX.

PARA LA DOMINICA VIGÉSIMA, DESPUES DE PENTECOSTES.

DE LA PASION DOMINANTE.

Incipit enim mori... Domine descende, priusquam moriatur filius meus.
JOAN. IV. 47, 49.

LAS pasiones por sí mismas, no son malas ni dañosas. Cuando la razon y la prudencia las dirigen, no causan daño al alma, sino provecho. Pero cuando se desordenan, ocasionan

grandes perjuicios al que se abandona á ellas ; porque la pasión cuando se apodera del corazón , oscurece la razón é impide conocer lo que es bueno y lo que es malo. Por eso el Eclesiástico suplicaba á Dios que le librase de una alma obcecada por la pasión : *Animæ irreverenti et infrunitæ ne tradas me.* (Eccl. 23, 6.) Guardémonos, pues , de dejarnos dominar de alguna pasión desenfrenada. En el Evangelio de hoy se cuenta que cierto Régulo tenía un hijo que estaba en peligro próximo de muerte , y sabiendo que Jesucristo acababa de llegar de Galilea, fué á verle y le suplicó que fuese á curarle : *Descende priusquam moriatur filius meus.* Lo mismo podremos decir del que comienza á dejarse dominar de alguna pasión ; por que también este comienza á morir, ó está vecino á la muerte del alma , que es mucho mas temible que la del cuerpo. Y por tanto, si quiere vivir, debe suplicar al Señor que le libre presto de aquella pasión : *Domine , descende , priusquam moriatur anima mea ;* pues de otro modo se perderá miserablemente. Esto es lo que quiero demostraros hoy en el presente sermón , á saber : el gran peligro en que está de condenarse el que se deja dominar de alguna pasión maligna. Para proseguir , necesito de la gracia. Ayudádmela á implorar de la Madre de Jesucristo que nos la alcanzará de su Hijo santísimo que es la fuente de ella ; para lo cual digámosle con el ángel, Ave María.

1. Escribe Salomón : *Solummodo hoc inveni quod fecerit Deus hominem rectum, et ipse se infinitis miscuerit quæstionibus.* (Eccl. 7, 30.) Dios crió al hombre recto., esto es, justo y sin pecado ; pero él, prestando oídos á la serpiente se espuso á las tentaciones y combates, y quedó vencido por el demonio : porque revelándose á Dios las pasiones se rebelaron contra él ; y estas son aquellas de que habla S. Pablo , diciendo que mueven una continua guerra entre la carne y el espíritu : *Caro enim concupiscit adversus spiritum, spiritus autem adversus carnem.* (Gal. 5, 7.) Pero esto no obstante, bien puede el hombre resistir con la ayuda de la gracia divina , y no dejarse dominar de las pasiones ; antes puede él dominarlas y sujetarlas á la razón , como dijo el Señor á Cain : *Sed sub te erit appetitus ejus et tu dominaberis illius.* (Gen. 4, 7.) Por grandes que sean los ataques de la carne y del demonio para separarnos del camino trazado por Dios, Jesucristo dijo : que el reino de Dios está en nuestra mano : *Ecce enim regnum Dei intra vos est.* (Luc. 17, 21.) Hay dentro de nosotros un reino constituido

por Dios mismo, cuya reina es nuestra voluntad que domina nuestros sentidos y nuestras pasiones. ¿Y qué honor mas bello y apreciable puede tener un hombre, que ser rey y dueño de sus pasiones?

2. En esto consiste, propiamente hablando, la mortificación interior que tanto nos recomiendan los doctores y maestros espirituales; y en dirigir las pasiones del espíritu consiste especialmente la salud y santificación de nuestra alma. La robustez y salud del cuerpo nace de la templanza y equilibrio de los humores; y cuando uno de ellos abunda mas que los otros, introduce el desorden en la organizacion y causa la muerte. Del mismo modo, pues, exige la salud del alma, que las pasiones estén sometidas á la razon y sean dirigidas por ella. Pero cuando estas dominan á la razon, esclavizan al alma y al fin la matan.

3. Muchos ponen todo su cuidado en adquirir y conservar un exterior modesto y respetuoso; pero conservan en su corazon afectos y pasiones depravadas, que no pueden conciliarse ni con la justicia, ni con la caridad, ni con la humildad, ni con la castidad. Estos hallarán preparados el castigo con que el Salvador amenazó á los escribas y fariseos, los cuales tenian cuidado de tener limpios sus vasos y platos, y alimentaban en su alma pensamientos injustos é impuros. Por esto el Señor les dice: *Vae vobis Scribæ et Pharisei hypocritæ, quia mundatis quod de foris est calicis et parapsidis; intus autem pleni estis rapina et immunditia;* Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, porque limpiáis las cosas por de fuera, y abrigáis en vuestro corazon deseos de injusticia y de rapiña. (*Matth. 23, 25.*) El real Profeta dice, que toda la gloria y belleza de un alma, que es hija verdadera de Dios, la tiene dentro de sí en su misma voluntad: *Omnis gloria ejus filia regis ab intus,* (*Psal. 44, 14.*) ¿De qué sirve, pues, abstenerse de manjares, como dice S. Gerónimo, y tener el alma llena de soberbia? ¿De qué sirve abstenerse del vino y estar embriagado de cólera? *Quid prodest tenuari abstinencia, si animus superbia intumescit? Quid vinum non bibere, et odio inebriari?* Los que así lo hacen, no se despojan de los vicios, sino que los ocultan con el manto de la devocion. Es preciso, pues, que el hombre se despoje de todas las pasiones desarregladas, porque de otro modo no será el dominador de ellas, sino su esclavo, y reinará el pecado en él, contra lo que nos previene S. Pablo con estas palabras: *Non ergo regnet peccatum in ves-*

tro mortali corpore, ut obeditis concupiscentiis ejus: No reine pues el pecado en vuestro cuerpo mortal, ni obedezcais á su concupiscencia. (*Rom. 6, 12.*) El hombre es rey de sí mismo, dice Sto. Tomás, cuando dirige con la razon el cuerpo y sus inclinaciones carnales: *Rex est homo per rationem, quia per eam regit totum corpus et affectus ejus.* (*S. Thom. in Joann. 4.*) Pero cuando sirve á sus vicios, dice S. Gerónimo que pierde el honor del reino, y se hace esclavo del pecado: *Perdit honorem regni, quando anima vitiis servit.* (*S. Hier. in Thren. 2, 7.*) Y en efecto, segun escribe S. Juan Evangelista: El que comete pecado, es siervo del pecado: *Qui facit peccatum, servus est peccati.* (*Joan 8, 34.*)

4. Santiago nos amonesta que debemos servirnos del cuerpo y de sus apetitos como nos servimos de los caballos, á los cuales les ponemos el freno en la boca, y así los conducimos fácilmente donde queremos: *Equis fræna in ora mittimus ad consentiendum nobis, et omne corpus illorum circumferimus.* (*Jac. 3, 3.*) Cuando sentimos pues dentro de nosotros alguna passion que nos mueva á satisfacerla, debemos enfrenarla con el freno de la razon; porque si queremos hacer lo que ella exige, nos haremos semejantes á las bestias que no van á donde las guia la razon, sino á donde las induce su brutal apetito. Por esto dice David: *Homo, cum in honore esset, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis*: El hombre cuando se ve honrado es como los jumentos saltos de razon. (*Psal. 48, 13.*) Y aun es peor como dice S. Juan Crisóstomo, ser semejante á los jumentos, que haber nacido jumento: *Pejus est comparari, quam nasci jumentum; nam naturaliter non habere rationem tolerabile est.* Porque carecer de razon por naturaleza no es cosa deshonrosa, como dice el Santo; pero el haber nacido hombre dotado de razon, y vivir despues como bestia, siguiendo los apetitos de la carne sin hacer caso de la razon, es cosa que no se puede sufrir, porque es obrar peor que obran las bestias. ¿Qué diriais vosotros si vieseis á un hombre que por gusto habitase en los establos con los caballos, comiese paja y cebada y durmiese como ellos duermen? Pues todavía obran peor aquellos que se dejan llevar del ímpetu de las pasiones.

5. De este modo vivian los gentiles, que tenian cercada la mente de tinieblas, y no pudiendo distinguir el bien del mal, se abandonaban al ímpetu de los sentidos, como dice S. Pablo: *Non ambuletis, sicut et gentes ambulant in vanitate sensus*

sui, tenebris obscuratum habentes intellectum. (Ephes. 4, 17 et 18.) Por esto se abandonaban á sus vicios, obedeciendo á ciegas á la impureza y á la avaricia en que vivian sumergidos: *Qui desperantes, semetipsos tradiderunt impuditiæ, in operationem immunditiæ omnis, in avaritiam. (Ibid. vers. 19.)* A este miserable estado están reducidos hoy dia aquellos cristianos, que despreciando la razon y á Dios, hacen aquello que les dicta la pasion, y á los cuales abandonará Dios despues en pena de su pecado, como abandonó á los gentiles al desórden de sus malos deseos: *Propter quod tradidit illos Deus in desideria cordis eorum. (Rom. 1, 24.)* Y este es el mayor castigo que puede sucederles.

6. Escribe S. Agustin, que dos ciudades pueden edificarse en nuestra alma: la una del amor divino, y la otra del amor propio: *Cœlestem (civitatem) ædificat amor Dei usque ad contemptum sui terrestrem ædificat amor sui, usque ad contemptum Dei. (S. Aug. lib. 14. de Civ. c. 28.)* Si reina en nosotros el amor de Dios, la consecuencia de esto será despreciarnos á nosotros mismos; y si reina el amor propio, despreciará á Dios. Pero la victoria consiste en combatir contra nosotros mismos; pues entonces el precio de la victoria será la corona de la gloria eterna. La máxima favorita de S. Francisco Javier y la que inculcaba cuanto podia á sus discipulos era, que se vencieran á sí mismos: *Vince teipsum.* Todos los sentidos del hombre y todos sus pensamientos están inclinados al mal desde su mas tierna infancia: *Sensus enim et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. (Gen. 8, 21.)* De aqui resulta que nosotros debemos combatir toda nuestra vida para vencer las malas inclinaciones que nacen sin cesar en nuestro corazon, como crecen las malas yerbas en los jardines. Pero me dirá alguno: ¿Como lo hemos de hacer para librarnos de las malas inclinaciones, si nacen en nosotros mismos? S. Gregorio responde: *Aliud est has bestias aspicere, aliud intra cordis cavendam tenere. (Mor. lib. 8, cap. 16.)* Hay gran diferencia, dice el Santo, entre considerar estas bestias (así llama á los malos pensamientos) fuera de nosotros mismos, y abrirles nuestro corazon. Porque mientras están fuera de nosotros, no pueden dañarnos; mas cuando están dentro, nos devoran.

7. Todas las pasiones malignas nacen del amor propio; y este es el enemigo mas tenaz y principal que debemos combatir. Para vencerle debemos hacer abnegacion de nosotros mismos, como previene Jesucristo á los que quieren seguirle,

por estas palabras de S. Mateo : *Qui vult venire post me, abneget semetipsum* : El que quiera venir detrás de mí, niéguese á sí mismo. (*Matth. 16, 24.*) Y Tomás de Kempis escribe : *Non intrat in te amor Dei, nisi exulet amor tui* : No entrará el amor de Dios en nosotros, si no lanzamos antes de nuestro corazón el amor propio. Por eso decia la beata Angélica de Folio, que temia mas al amor propio que al demonio. Menos fuerte le parecia éste, que aquel, para inducirnos al mal. Del mismo modo se explica Sta. Maria Magdalena de Pazzis, como se ve dice, en la historia de su vida. El mayor enemigo que tenemos, es el amor propio : traidor como Judas, nos engaña al mismo tiempo que nos acaricia. El que pueda vencerle, podrá vencerlo todo ; pero ¡ desgraciado el que sea vencido por él !, porque se perderá irremisiblemente. Mas como no puede ser destruido enteramente, porque este enemigo maldito no muere sino cuando morimos nosotros, debemos al menos esforzarnos nosotros por debilitarle cuanto podamos ; porque cuando es fuerte, nos mata. Este es, como dice S. Basilio, el fruto que produce el amor propio, á saber, la muerte : *Stipendium amoris proprii mors est, initium omnis mali.* (*S. Basil, apud Lyreum lib. 2.*) No busca lo honesto, ni lo justo, sino lo que lisonjea á los sentidos. Por eso dijo Jesucristo, que aquel que ama su alma, esto es, su voluntad, la perderá : *Qui amat animam suam, perdet eam.* (*Joan. 12, 25.*) El que se ama verdaderamente á sí mismo y desea salvarse, debe negar á sus sentidos todo lo que ellos apetecen, cuando está prohibido por Dios ; porque si no lo hace así, perderá á Dios y se perderá á sí mismo.

8. Dos son las pasiones principales que nos dominan ; la concupiscencia y la ira ; es decir, el amor y el odio. He dicho principales, porque cada una de ellas va acompañada de otras pasiones viciosas, cuando ellas son viciosas. A la concupiscencia acompañan la temeridad, la ambicion, la glotonería, la avaricia, la envidia y el escándalo. La ira va acompañada de la venganza, de la injusticia, de la maledicencia y del odio. S. Agustin aconseja que en la guerra que tenemos con las pasiones, no debemos pretender vencerlas á todas de una vez y en una sola batalla ; sino de una en una y sucesivamente : *Calca jacenta*, dice el Santo, *conflige cum resistente.* (*In cap. 8. Rom.*) Cuando veamos vencida y hamlada una, bollémosla fuertemente hasta que no le queden fuerzas para volver á combatir ; y despues de vencida esta debemos atacar á otra.

9. Sobre todo debemos indagar cual es la pasion que nos domina para tratar de vencerla; pues si la vencemos, todas están vencidas; mas si somos vencidos, quedamos perdidos sin remedio. Mandó Dios á Saul que destruyese á todos los Amalecitas, sus animales y sus bienes. Pero Saul, solamente obedeció á medias; porque destruyó los objetos menos principales, y conservó otros de gran valor, concediendo además la vida al rey Agag: *Et pepercit Saul, et populus, Agag... et universis, quæ pulchra erant etc., quidquid vero vile fuit demoliri sunt.* (1. Reg. 15, 9.) En esto imitaron á Saul los escribas y fariseos, á los cuales reprende el Señor con estas palabras: *Vae vobis, Scribæ et Pharisei hypocritæ, qui decimatis mentham, et anetum, et cyminum, et reliquistis quæ graviora sunt legis iudicium et misericordiam et fidem.* ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que observais las cosas pequeñas y despreciáis los principios fundamentales de la ley! (Matth. 23, 23.) Practicaban las ceremonias mas indiferentes, y despreciaban la justicia, y caridad para con el prójimo, y la confianza en Dios. Pues lo mismo hacen muchos; se abstienen de ciertos defectos poco importantes, y se dejan dominar de pasiones grandes y vergonzosas; pero si no matan á éstas, jamás conseguirán victoria de los vicios que los dominan. El rey de Siria mandó á sus capitanes que atendiesen solamente á matar al rey sin dañar á los demás: *Ne pugnetis contra minimum, vel contra maximum, nisi contra solum regem.* (2. Par. 18, 30.) Y así consignieron matar al rey Acab y obtuvieron la victoria contra sus enemigos.

10. Pues lo mismo debemos tener presente nosotros: si no matamos al rey, esto es, la pasion dominante, jamás conseguiremos la victoria. Lo primero que hace la pasion cuando llega á dominar al hombre, es cegarle y no dejarle ver el peligro en que se halla. ¿Como, pues, podrá evitar caer en algun precipicio el ciego, que es guiado por otro ciego, cual es la pasion, que sin atenerse á la razon solo trata de complacer á los sentidos? *Cæcus autem si cæco ducatum præstet, ambo in fossam cadunt.* (Matth. 18, 14.) El ardor del demonio consiste, segun dice S. Gregorio, en inflamar mas y mas la pasion dominante, y de este modo conduce á los hombres á horribles excesos. Ninguna otra cosa movió á Herodes á derramar la sangre de tantos niños inocentes, que la pasion grande de reinar que se habia apoderado de él. El amor que Enrique VIII rey de Inglaterra tenia á Ana Bolena, atrajo sobre él tantos ma-

les espirituales que quitó la vida á muchas personas, y finalmente se separó del seno de la Iglesia. ¿Pero quién se maravilla de que sea ciego el que está dominado de una pasion? ¿Y que extraño es que el que se halla en tal estado no haga caso de correcciones, de amenazas, ni de escomuniones, y que ni atienda á evitar su misma condenacion? El infeliz de quien se apoderó una pasion, solo trata de desfogarla; y así como una virtud eminente arrastra tras sí á otra virtud, así un vicio arrastra á otro vicio, y un pecado á otro pecado: *In catena iniquitatis foderata sunt vitia*, dice S. Lorenzo Justini.

11. Es necesario pues, que cuando veamos que comienza á dominarnos alguna pasion, procuremos sofocarla inmediatamente antes que se arraigue en ella, como dice S. Agustin: *No cupiditas robur accipiat, cum parvula est, allido illam.* (S. Aug. in Psal. 156.) Lo mismo confirma S. Efrén por estas palabras: *Nisi citius passiones sustuleris, ulcus efficiunt.* (De Perfect.) La herida que no se cierra no tarda mucho en degenerar en una úlcera incurable, como voy á probar con un ejemplo. Un monge antiguo mandó á uno de sus discípulos que arrancase un ciprés. (S. Doroteo *serm.* 11.) El discípulo obedeció y le arrancó: en seguida le mandó el monge arrancar otro un poco mayor; el discípulo no pudo conseguirlo sino con mucho trabajo; pero le fué imposible arrancar el tercero que era un poco mayor que el segundo. Entonces le habló así el monge: *Hijo mio, semejantes á estos cipreses son nuestras pasiones; y cuando ellas se han arraigado mucho en nuestro corazon, ya no es fácil desarraigarlas.* Tened presente siempre esta máxima, amados oyentes míos; porque no hay remedio, ó el alma debe sobreponerse á la carne, ó será avasallada por ella.

12. Casiano nos da tambien una buena regla sobre este asunto, diciendo: Procuremos que nuestras pasiones muden de objeto, y de este modo se convertirán, de viciosas en santas. Hay hombres inclinados á maltratar á todos los que están sujetos á ellos; que cambie de objeto la pasion de estos hombres, y que conviertan toda su cólera contra el pecado, que es mas peligroso para ellos que todos los demonios del infierno. Otros hombres hay que muestran inclinacion á todas las personas dotadas de alguna buena prenda: estos, pues, deben convertir toda inclinacion hácia Dios, que está dotado de tantas buenas cualidades. Pero el mejor remedio contra las pasiones, es suplicar á Dios que nos libre de ellas; y duplicar

nuestras súplicas á medida que la pasion nos molesta mas. Mientras nos hallamos en este estado, valen muy poco las razones y las reflexiones; porque la pasion oscurece la razon. Entonces cuando mas se reflexiona, mas deleitable nos parece el objeto en que se ceba nuestra pasion, y así no nos queda otro remedio que recurrir á Jesucristo por medio de María santísima, suplicándole con lágrimas y suspiros, y diciéndole: *Domine, salva nos, perimus. Ne permittas me separari à te. Sub tuum præsidium confugimus, sancta Dei genitrix*: Señor, sálvame, y sino, perdido estoy sin remedio. Virgen María, bajo tu amparo me acojo. Tened ánimo, almas criadas para amar á Dios y redimidas con la sangre de Jesucristo, y dejemos de colocar nuestros pensamientos y afecciones en las cosas perecederas de este mundo; dejemos de amar el polvo, el humo y el lodo. Empleemos todas nuestras facultades y potencias en Dios, que es nuestro supremo bien é infinitamente amable, que nos crió para que le amemos, y que nos espera en el cielo para hacernos felices, y para que disfrutemos de su eterna gloria.

SERMON L.

PARA LA DOMINICA VIGESIMAPRIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

DE LA ETERNIDAD Y DEL INFIERNO.

Tradidit eum tortoribus, quoadusque redderet universum debitum.

MATTH. 18, 24.

DICE el Evangelio de hoy, que habiendo administrado mal los bienes de su señor un esclavo, se halló al rendir las cuentas, que quedaba deudor de diez mil talentos; y queriendo el señor que se los pagase, el siervo le dijo: Concédame Vd. algun plazo, y se lo iré pagando todo: *Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi*. Mas el señor movido á compasion le perdonó toda la deuda. Este siervo habia fiado á otro compañero suyo cien monedas, y no pudiendóselas pagar, le suplicó que le esperara algun plazo de tiempo; pero el inicuo siervo

mandó ponerle en la cárcel sin tener compasión de él. Luego que su señor supo esta acción cruel, le llamó y le dijo: *Siervo injusto, yo te he perdonado diez mil talentos. ¿Como es que tú no has tenido piedad de tu compañero, que solamente te debía cien monedas?* En seguida le entregó á los verdugos para que le atormentasen hasta que pagase toda la deuda: *Tradidit eum tortoribus, quoadusque redderet universum debitum.* Aquí teneis, oyentes míos, descrita en estas últimas palabras la sentencia de la eterna condenación que está preparada á los pecadores. Muriendo en pecado son deudores á Dios de todas sus iniquidades; y porque no pueden satisfacerle ya en la otra vida por las culpas cometidas, deberán penar eternamente en el infierno, puesto que quedan deudores de la divina justicia para siempre, es decir por toda la eternidad. De esta desgraciada eternidad quiero hablaros hoy. Prestadme atención.

1. Gran pensamiento es el de la eternidad, como le llama S. Agustín: *Magna cogitatio.* Dice el santo doctor, que Dios nos hizo cristianos y nos instruyó en la fe para que pensemos en la eternidad: *Ideo christiani sumus, ut semper de futuro sæculo cogitemus.* Este pensamiento movió á dejar el mundo á tantos grandes de la tierra que se despojaron de sus riquezas y fueron á encerrarse en un claustro para vivir allí pobre y penitentemente. Este pensamiento envió tantos jóvenes á las grutas y á los desiertos, y movió á tantos mártires á abrazar los tormentos y la muerte para salvar el alma por toda la eternidad; porque no tenemos aquí en el mundo una patria duradera, como dice S. Pablo, sino que buscamos la eterna: *Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus.* (Hebr. 13, 14.) En efecto, amados cristianos, este mundo que habitamos no es nuestra patria; sino solamente un lugar de paso, por el cual debemos pasar en breve á la eternidad: *Ibit homo in domum æternitatis suæ.* (Eccl. 12, 5.) Pero en esta eternidad de que hablamos, es muy distinta la mansion de los justos que está llena de delicias, de la mansion de los pecadores que es una cárcel llena de tormentos. A una de estas hemos de ir todos nosotros sin remedio, como dice S. Ambrosio: *In hanc vel in illam æternitatem cadam, necesse est* (S. Amb. in Psal. 118.)

2. Y lo peor es, que en aquella hemos de estar siempre en la que entremos una vez: *Si lignum ceciderit ad austrum, ad aquilonem, in quocumque loco ceciderit, ibi erit.* (Eccl. 11, 3.) Cuando cae un árbol ¿hacia que lado cae? Hacia el que

está inclinado. ¿A cual pues caerás tú, pecador que me oyes, cuando corte la muerte el árbol de tu vida? Caerás á el lado que te inclines. Si te hallas inclinado hácia la parte del austro, esto es, en gracia de Dios, serás siempre feliz: pero si te inclinas al aquilon, serás siempre desgraciado: ó siempre feliz en el cielo, ó siempre desgraciado y desesperado en el infierno. El morir es una necesidad para todos los mortales, como nos lo enseñan la fe y la misma esperiencia; pero no sabemos cual de estas dos eternidades nos ha de caer despues de la muerte: *Necesse mori, post hac autem dubia æternitas.*

3. Esta incertidumbre de las dos eternidades ocupaba continuamente la imaginacion de David, le quitaba el sueño y le tenia amedrentado, como dice el mismo real Profeta: *Anticipaverunt vigilias oculi mei, turbatus sum, et non sum locutus; cogitavi dies antiquos, et annos æternos in mente habui.* (Psal. 76, 5 et 6.) S. Cipriano hace esta pregunta: ¿Qué cosa era la que inspiró en todos tiempos á muchos santos hacer una vida que fué un continuo martirio, por las continuas asperezas que practicaban contra su mismo cuerpo? Y responde el mismo Santo: Estas asperezas se las inspiraba el pensamiento de la eternidad. Cierta monge se encerró en una fosa en la que no hacia otra cosa que esclamar: ¡Oh eternidad, oh eternidad! Aquella famosa pecadora convertida por el abad Pafnucio, tenia siempre presente la eternidad y decia: ¡Quien me asegura la eternidad feliz, y me liberta de la eternidad desgraciada! El mismo temor tuvo á S. Andres Avelino en un continuo terror y llanto hasta la muerte; de modo que preguntaba á cuantos veia: ¿Qué dices tú? ¿me salvaré, ó me condenaré para siempre?

4. ¡Oh si nosotrosuviésemos siempre presente la eternidad! no estaríamos tan apegados á las cosas de este mundo. Por eso escribe S. Gregorio: *Quisquis in æternitatis desiderio figitur, nec prosperitate attollitur, nec adversitate quassatur, et dum nihil habet in mundo quod appetat, nihil est quod de mundo pertimescat.* El que tiene fija en su mente la eternidad, no se engrie en la prosperidad, ni se abate en la adversidad; y como nada tiene en el mundo que apetecer, nada tiene tampoco que temer. Únicamente desea la eternidad feliz, y únicamente teme la eternidad desgraciada. Cierta señora estaba muy embebecida en las vanidades del mundo: fué á confesarse un dia con el padre maestro de Avila, quien le mandó que fuese á su casa y pensase allí en estas dos palabras: *siempre y*

jamds. La señora lo hizo así, y desterró de su corazón el apego al mundo y le consagró á Dios. S. Agustin escribe, que el que piensa en la eternidad y no se convierte á Dios ó no tiene fe, ó no tiene juicio: *O æternitas, qui te cogitat, nec pœnitel, aut certo fidem non habet, aut si habet, cor non habet.* (S. Aug. in *Soliloq.*) En confirmacion de esta verdad refiere S. Juan Crisóstomo, que los gentiles echaban en cara á los cristianos que eran embusteros, ó insensatos. Embusteros, si decian que creian lo que realmente no creian, é insensatos, porque creyendo en la eternidad, no por eso dejaban de pecar: *Exprobrabant Gentiles, aut mendaces, aut stultos esse christianos: mendaces si non crederent quod credere dicebant: stultos, si credebant et peccabant.*

5. ¡Ay de los pecadores! dice S. Cesario de Arlés. Ellos entran en la eternidad sin haberla conocido; pero allí serán los gritos de dolor, cuando hayan entrado y vean que no pueden salir: *Væ peccatoribus, incognitam ingrediuntur ternitatem: sed væ duplex, ingrediuntur, et non egrediuntur.* Al que ha de entrar en el infierno, se le abre la puerta; pero luego que ha entrado, se le cierra para siempre. Las llaves las guarda el mismo Dios, como dice S. Juan: *Et habeo claves mortis et inferni* (Apoc. 1, 18.), para darnos á entender, que el que ha tenido la desgracia de entrar allí, está condenado á no salir jamás. La sentencia de los condenados, dice S. Juan Crisóstomo, está grabada sobre la columna de la eternidad, y no será jamás revocada. En el infierno no se cuentan los dias ni los años. Dice S. Antonino, que si un condenado supiese que habia de salir del infierno, despues que pasasen tantos millones de años cuantas gotas de agua tiene el mar, y átomos hay en la tierra, se alegrarian mucho mas de lo que se alegra un hombre condenado á la horca, cuando recibe la noticia de que le han perdonado, aun cuando además le hicieran monarca del mundo. Pero pasarán todos estos millones de años, y el infierno del condenado apenas habrá comenzado. Mas ¿de qué sirve multiplicar millones y millones de años á la eternidad, si como dice S. Hilario, no ha de tener jamás fin? *Ubi putas finem invenire, ibi incipit.* Por eso dice S. Agustin, que la eternidad no puede compararse con las cosas que tienen fin: *Quæ finem habent, cum æternitate comparari non possunt.* (In *Psal.* 36.) Cualquiera condenado se contentará con hacer este pacto con Dios, á saber: que Dios aumentára sus penas cuanto quisiera, señalando el término mas remoto que quisiese,

con tal que tuviesen fin. Empero la desgracia es, que este fin no ha de llegar jamás: *Perit finis meus*, dice el condenado: (*Thren.* 5, 18.) ¿Con que no hay término á la pena de los condenados? Nó: la trompeta de la divina justicia resuena sin cesar en el infierno, recordando á los condenados que sus penas han de durar siempre, y nunca, nunca han de acabar.

6. Si el infierno no fuese eterno, no seria su pena tan grande como es; porque como escribe Tomás de Kempis: *Modicum est et breve omne quod transit cum tempore*: No es grande la pena que tiene fin. Cuando un enfermo ha de sufrir una incision, ó una cauterizacion sobre una parte gangrenada de su cuerpo; el dolor es grande, pero soportable porque termina presto. Pero cuando el dolor es grande y dura muchos meses, se hace insoportable. ¡Ah, infelices pecadores obcecados! Cuando aquí se les habla del infierno, suelen responder: *Si voy allí, tendré paciencia*. ¡Pero como podrán de pensar cuando se vean en él! No se trata de sufrir allí algunos dias ó algunos meses, ni de un dolor mas ó menos agudo: se trata de sufrir todos los males y todos los tormentos reunidos, y de sufrirlos por toda la eternidad.

7. Jamás terminarán; jamás se disminuirán en lo mas mínimo. El réprobo siempre sufrirá el mismo fuego, la misma privacion de Dios, la misma tristeza, la misma desesperacion: porque, como dice S. Cipriano, en la eternidad no se hace cambio ninguno. Y esta misma idea de conocer anticipadamente todo aquello que ha de sufrir siempre, aumentará muchísimo su pena. Describiendo Daniel la felicidad de los bienaventurados, y la desgracia de los réprobos, dice; que estos verán siempre, y siempre tendrán fija en su imaginacion su eterna desgracia; y por eso la eternidad los afligirá, no solamente con el peso de la pena presente, sino tambien con el de la futura que es eterna: *Evigilabunt alii in vitam æternam; et alii in opprobrium, ut videant semper*. (*Dan.* 12, 2.)

8. Y estas no son opiniones controvertidas entre los doctores; sino dogmas de fe que están bien claros en las sagradas Escrituras. Pero la Escritura, replica un hereje, dice: *Discedite à me, maledicti, in ignem æternum*: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno (*Matth.* 25, 41.); luego lo que es eterno es el fuego, mas no la pena de daño. Así habla este incrédulo, pero habla neciamente. ¿A qué fin hubiese Dios criado este fuego eterno, si no sirviese para castigar á los réprobos eternamente? Pero para quitar todo pretesto de duda, muchos

textos hay en la Escritura que dicen, que no solo es eterno el fuego, sino tambien la pena de daño; y quiero citar algunos. S. Mateo (25, 46) dice: Irán estos al suplicio eterno: *Ibunt hic in supplicium æternum*. Y S. Marcos (9, 43.) se explica así: En donde el gusano de la conciencia no muere, y no se extingue el fuego que sufren: *Ubi vermis eorum non moriunt, et ignis non extinguitur*. Tambien S. Juan en el Apocalipsis manifiesta claramente esto mismo, por estas palabras: El fuego de sus tormentos durará por los siglos de los siglos: *Et fumus tormentorum eorum ascendet in sæcula sæculorum*. (Apoc. 14, 11.) Y S. Pablo: *Qui penas dabunt in interitu æternas*. (2, Thess. 1, 9.)

9. Me replicará quizá algun incrédulo: Pero ¿como Dios siendo justo puede castigar con una pena eterna un pecado que solo dura un momento? A esta objecion respondo, que la gravedad de un delito no se mide por la duracion del tiempo, sino por el peso de la malicia; y la malicia del pecado mortal es infinita, como dice Sto Tomás; porque es una ofensa cometida contra un Dios que es infinito en su bondad, en su omnipotencia, y en todos sus atributos. Por esto el condenado merecia sufrir una pena infinita; pero no siendo capaz de tal pena ninguna criatura, dice Sto. Tomás, que Dios la hace infinita en la duracion, pero no en la intension. Además de esto, es cosa justa que no cese la pena que merece el pecador mientras este perseverare contumaz en su pecado. Y por esta razon, así como en el cielo es siempre premiada la virtud de los justos, porque siempre dura, así en el infierno es castigada siempre la culpa de los réprobos; porque siempre permanecen contumaces en ella. Escribe Eusebio Emiseno: *Quia non recipit causas remedium, carebit sine supplicium*. Y está tan obstinado en su pecado el réprobo que se halla en los infiernos, que aunque Dios le ofreciese el perdón de sus culpas, lo rehusaría por el odio grande que contra Dios abriga en su corazon. Esto dice Dios por Jeremías (15. 18.) con estas palabras: *Quare factus est dolor meus perpetuus, et plaga mea desperabilis, renuit curari?* Mi herida es incurable, porque yo no quiero que me curen, dice el réprobo. ¿Como pues podrá Dios sanar la herida de la mala voluntad de los réprobos, cuando ellos rechazan y no quieren admitir el remedio, aunque se les ofrezca? Así el castigo de los réprobos se llama una espada, una venganza irrevocable: *Ego Dominus eduxi gladium meum de vagina sua irrevocabilem*. (Ezech. 21, 5.)

10. Y por la misma razon sucede que la muerte, que es tan temible y nos espanta en este mundo, en el infierno la desean los réprobos y no la pueden conseguir: *Et in diebus illis quærent homines mortem, et non invenient eam; et desiderabunt mori, et fuget mors ab eis*: En aquellos dias buscarán los hombres la muerte y no la hallarán: desearán morir, y la muerte huirá de ellos. (*Apoc. 9, 6.*) Desearian ser esterminados y destruidos por no padecer eternamente; pero no hallarán este remedio esterminador que les sugiere su misma desesperacion: *Non est in illis medicamentum exterminii*. (*Sap. 1, 14.*) Si un hombre condenado á la horca ha sido arrojado por el verdugo y no puede ahogarle con presteza, este espectáculo mueve al pueblo á compasion: pero los pobres condenados viven en continuas agonias de muerte y no tienen otra muerte que el tormento que no puede quitarles la vida: *Prima mors*, dice S. Agustin, *animam nolentem pellit de corpore, secunda mors nolentem tenet in corpore*. La primera muerte arranca al alma del cuerpo del pecador cuando él no quisiera morir; pero la segunda, que es la eterna, retiene su alma en el cuerpo cuando quisiera morir para terminar de una vez sus amargas penas. El real Profeta dice: *Sicut oves in inferno, positi sunt, mors depascet eos*: que los réprobos están en el infierno siendo pasto de la muerte. (*Psal. 48, 15.*) Y en efecto, es así. La oveja cuando pace, arranca y come las hojas de la planta y deja la raiz. La planta no muere, sino que crece y se vuelve á cubrir de hojas. Pues lo mismo hace la muerte con los réprobos: los atormenta y los oprime de penas; pero les deja la vida, que es la raiz de sus tormentos.

11. Mas ya que para estos desgraciados no hay esperanza de salir del infierno, seria menos doloroso que pudiesen engañarse y alucinarse á sí mismos, discurriendo de este modo: Quizá Dios se moverá algun dia á compasion de nosotros y nos librará de estos tormentos. Mas no sucede así en el infierno donde no cabe tal alucinamiento; porque el condenado, así como sabe de positivo que hay Dios, sabe tambien que sus padecimientos no han de terminar jamás: *Existimasti, inique, quod ero tui similis; arguam te, et statuam contra faciem tuam*. (*Psal. 49, 21.*) Siempre verá sus pecados presentes y la sentencia de su eterna condenacion: *Statuam contra faciem tuam*.

12. Deduzcamos de todo lo que acabo de decir, amados oyentes mios, que el negocio de nuestra salud eterna debe ser

el mas interesante y el mas esencial para nosotros : *Negotium*, dice S. Eucherio , *pro quo contendimus ; eternitas est*. Se trata en él de la eternidad , es decir , de una felicidad que no tendrá fin si nos salvamos ; ó de una desgracia tambien eterna , si nos condenamos. Cuando Tomás Moro fué condenado á muerte por Enrique VIII , trató su mujer de moverle á que cediera á la voluntad del rey ; pero él le habló de este modo : —Dime Luisa , ¿ cuantos años crees tú que podria yo vivir todavía ? Ya ves que soy viejo. —Aun podrias vivir veinte años. —Oh esposa insensata , replicó el esposo. ¿ Y quieres que por veinte años de vida en este mundo , me condene despues por una eternidad en el otro ?

13. ¡ Oh Dios mio ! creemos en el infierno , y sin embargo pecamos. Oyentes mios , no seamos nosotros tan necios como lo fueron tantos otros que ahora lloran sin remedio en los infiernos. ¿ Qué resta ya á los desgraciados de los placeres que disfrutaron en este mundo ? El Crisóstomo , hablando de los ricos y de los pobres , esclama : *O infelix felicitas , quæ divitem ad æternam infelicitatem traxit ! O felix infelicitas , quæ pauperem ad æternitatis felicitatem perduxit !* Los Santos se sepultaron vivos en las grutas y en los desiertos , para no verse sepultados despues de la muerte en el infierno por toda una eternidad. Aunque la eternidad fuese una cosa dudosa , deberíamos sin embargo hacer de nuestra parte los mayores esfuerzos para evitar los eternos tormentos del infierno. Pero no cabe duda ninguna ; porque es artículo de fé , que todos nosotros , al salir de esta vida debemos entrar en la eternidad para ser en ella , ó eternamente felices ó eternamente desgraciados. Sta. Teresa decia que muchos cristianos se condenan porque no tienen fe. Avivemos pues nosotros esta virtud que es la que nos allana la entrada en el paraíso. Tengamos presente que despues de esta vida miserable hay otra que no tiene fin. Valgámonos de todos los medios y hagamos cuanto esté de nuestra parte para asegurar esta vida que ha de ser eterna. Y si para conseguir este objeto es preciso separarnos del mundo , abandonémosle inmediatamente , siguiendo los consejos del que murió por nosotros en una cruz y nos dijo : *El que quiera venir detrás de mí , haga abnegacion de sí mismo , tome su cruz sobre sus hombros y sígame*. Creedme , oyentes mios , el único modo de asegurar la eterna salvacion , es hacer guerra á los vicios é imitar las virtudes que Jesucristo nos enseñó. Hacedlo así , y yo en su nombre os aseguro , que evitareis la

eterna condenacion y disfrutareis de su bienaventurada compañía por toda la eternidad en la gloria. Amen.

SERMON LI.

PARA LA DOMINICA VIGÉSIMASEGUNDA DESPUES DE PENTECOSTES.

ANGUSTIAS DE LOS MORIBUNDOS QUE DESCUIDARON SU SALVACION.

Reddite ergo quæ sunt Cæsaris
Cæsari, et quæ sunt Dei, Deo.
MATTH. 22, 21.

PARA sorprender á Jesucristo los fariseos en su conversacion, y acusarle despues, enviaron á preguntarle un dia, si era lícito pagar el tributo al César. Mas el Señor les dijo: Respondedme: ¿de quién es esta imágen que hay grabada en la moneda? Del César, respondieron los enviados. Pues dad al César, lo que es del César, replicó Jesucristo, y á Dios lo que es de Dios: *Reddite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei, Deo*. Con estas palabras quiso enseñarnos, que debemos dar á los hombres lo que les es debido; y que queria para sí todo el amor de nuestro corazon, puesto que para esto nos crió, y por esta misma causa nos impuso el precepto de amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*. ¡Infeliz de aquel que vea á la hora de la muerte, que ha amado á las criaturas y sus gustos, y ha descuidado amar á Dios! Porque en medio de las angustias que entonces le cercarán, buscará paz, y no la hallará: *Angustia superveniente, requirunt pacem, et non erit*. (Ezech. 7, 25.) ¿Y cuales serán estas angustias que le han de cercar y atormentar? Escuchadlas: Entonces dirá el infeliz moribundo:

Podia haberme hecho santo, y no lo hice. *Punto 1.º*

¡Si tuviese ahora tiempo de enmendar mi error!!! *Punto 2.º*

Pero este ya no es tiempo de remediarle... *Punto 3.º*

PUNTO I.

Podia haberme hecho santo , y no lo hice.

1. Como los Santos en toda su vida no pensaron en otra cosa que en dar gusto á Dios y hacerse santos , espèran con gran confianza la muerte , que los libra de las miserias y de los peligros de la vida presente , y los une perfectamente con Dios. Pero el que no piensa sino en satisfacer sus propios apetitos , y en vivir cómodamente , sin encomendarse á Dios , y sin pensar en la cuenta que debe darle un dia , ¿ como ha de poder esperar la muerte con tranquilidad ? ¿ Que dignos de compasion son los pecadores ! Ellos lanzan de sí la idea de la muerte cuando la tienen cerca , y solamente piensan en vivir alegremente como si nunca hubiesen de morir ; pero no tienen presente que á cada uno ha de llegar su fin : *Finis venit , venit finis.* (*Ezech. 7 , 2.*) Y cuando este llegue , cada cual cogerá aquello que sembró , como dice S. Pablo : *Quæ enim seminaverit homo , hæc et metet.* (*Gal. 6 , 8.*) El que haya sembrado obras santas , cogerá premios y vida eterna : y el que haya sembrado obras malas , cogerá castigos y eterna muerte.

2. La primera cosa que se representará al moribundo , cuando se le anuncie la llegada de la muerte , será la escena de la vida pasada ; y entonces verá las cosas de una manera muy distinta de aquella en que las veia cuando gozaba de buena salud. Aquellas venganzas que le parecian lícitas ; aquellos escándalos de que hacia poco caso ; aquella libertad de hablar de cosas deshonestas ó contra la fama del prójimo ; aquellos placeres que tenia por inocentes ; aquellas injusticias que creia eran permitidas , se le manifestarán entonces pecados y ofensas graves contra Dios , como lo eran realmente. Los hombres ciegos que quieren ser tales mientras viven , porque cierran los ojos á la luz , han de ver á pesar suyo á la hora de la muerte todo el mal que han hecho : *Tunc aperientur oculi cæcorum.* (*Isa. 35 , 5.*) A la luz de la muerte verá el pecador y se irritará , como dice el real Profeta : *Peccator videbit et irascetur.* (*Psal. 111 , 10.*) Verá todos los desórdenes de su vida pasada ; los sacramentos que despreció ; las confesiones que hizo sin dolor y sin propósito de la enmienda ; los contratos hechos contra el grito de la conciencia ; las injusticias causadas al prójimo en sus bienes , ó en su reputacion ; las bufonadas desho-

nestas ; los odios inveterados ; y los pensamientos de venganza. *Verd* los ejemplos que pudo imitar , dados por las personas temerosas de Dios , y de los cuales se burló , dándoles el nombre de hipocresía ó de necedad cuando versaban sobre ejercicios de religion y de piedad. *Verd* las inspiraciones de Dios , por medio de los doctores y maestros espirituales ; y tantas resoluciones y promesas que hizo y dejó de cumplir.

3. *Verd* especialmente las malas máximas que siguió durante su vida ; por ejemplo , *es necesario conservar el honor sin cuidar del honor de Dios : es preciso gozar cuando se presente la ocasion ; sin reparar en que quizá estos goces eran otras tantas ofensas contra el Criador. ¿ Que papel hace en el mundo el pobre que no tiene dinero ? Como si fuera mejor amontonar oro y perder su alma. ¿ Qué hemos de hacer ? puesto que en el mundo es menester que nos dejemos ver en él , como la sociedad exige.* De esta manera hablan los hombres mundanos mientras disfrutan buena salud ; pero mudan de lenguaje á la hora de la muerte , y reconocen la verdad y aquella máxima de Jesucristo que dice : *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero sum detrimentum patiatur ? ¿ De qué aprovecha al hombre reunir todas las riquezas del mundo , si pierde su alma ? (Matth. 16 , 28.)* En aquella hora fatal dirá el enfermo : ¡ Desgraciado de mí , que tuve tanto tiempo para arreglar los negocios de mi conciencia , y me encuentro al fin de mi vida sin haberlos arreglado ! ¿ Que trabajo me hubiese costado dejar aquella mala inclinacion , haberme confesado cada semana , y haberme evitado las ocasiones de pecar ? Y aun cuando esto me hubiese costado alguna incomodidad , ¿ no debia yo haberla sufrido para salvar mi alma ? Pero , ¡ gran Dios ! los pensamientos de tales moribundos que tienen turbada el alma , son muy semejantes á los de los réprobos , que tienen en el infierno el dolor inútil de haber pecado porque la culpa fué la causa de su perdicion.

4. Entonces no consuelan las diversiones pasadas , nila pompa que ya no existe , ni las venganzas que ejecutó contra sus rivales. Todas estas cosas se convertirán á la hora de la muerte en espadas que le traspasarán el corazon , como dice David : *Virum injustum mala capient in interitu.* (*Psal. 139, 12.*) Mientras se goza salud , desean los amantes del mundo banquetes , bailes , juegos y diversiones ; pero á la hora de la muerte , todas estas alegrías se convertirán en llanto y tristeza , como dice Santiago : *Risus vester in luctum convertetur ,*

et gaudium in mœrorem. (Jac. 4, 9.) Y vemos que sucede esto muy á menudo. Enferma gravemente aquel jóven brillante que mantenía la conversacion con sus agudezas, chistes y obscenidades. Sus amigos van á visitarle, y le encuentran enteramente triste y afligido. Ya no se chancea, ni se rie, ni habla; y si pronuncia algunas palabras, solo manifiesta en ellas terror y desesperacion. Entonces sus amigos le dicen ¿Qué es lo que decis? ¿qué tristeza se ha apoderado de vuestra alma? Es preciso estar tranquilo, porque esta indisposicion no vale nada. ¿Y como ha de estar tranquilo el infeliz enfermo, cuya conciencia está llena de pecados y de remordimientos, y que ve llegar el momento en que ha de dar cuenta á Dios de toda su vida pasada, cuando tiene tantos motivos de temer una sentencia de reprobacion? Entonces dirá: ¡Cuan necio he sido! Si yo hubiese amado á Dios, no me hallaria al presente cercado de tantas angustias. Si yo tuviese tiempo de remediar mis desórdenes pasados, como lo haria al presente! Pero pasemos al segundo punto.

PUNTO II.

Si tuviese ahora tiempo de enmendar mi error!

5. ¡Oh si tuviese tiempo de enmendar mi error! ¡qué no haria yo ahora! Así hablará el mundano moribundo. ¿Pero cuando pensará el desgraciado de este modo? Cuando se acaba el aceite de la lámpara de su vida y se mira á la puerta de la eternidad. Una de las mayores angustias que se experimentan entonces, es considerar el mal uso que se hizo del tiempo, cuando en vez de hacer méritos para el paraíso, solamente se hicieron para el infierno. *Si tuviese tiempo!* Vas buscando tiempo despues que perdiste tantas noches jugando, tantos años dando gusto á tus sentidos, y tantas semanas maquinando venganzas, sin pensar un instante en tu pobre alma. Ya no hay tiempo para tí, porque perdiste todo el que te se concedió: *Tempus non erit amplius.* (Apoc. 10, 6.) ¿No te habian avisado ya los predicadores que estuvieses preparado para la hora de la muerte, porque te sorprenderia cuando menos pensases? Estad preparados, dice Dios por S. Lucas (12, 40.), porque el Hijo de Dios vendrá cuando menos penséis: *Estote parati, quia qua hora non putatis, filius hominis veniet.* Con razon le dirá Dios entonces: Tú despreciaste mis

amonestaciones y perdiste el tiempo que mi bondad te concedia para hacer méritos. Ahora ya no hay tiempo. Oye como el sacerdote que te asiste, te intima ya que salgas de este mundo: *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo*: Sal, alma cristiana, de este mundo. ¿Y á donde ha de ir? A la eternidad. La muerte no respeta ni á los pobres ni á los monarcas; y cuando llega, no espera un momento, como dice el santo Job, por estas palabras: *Constituisti terminos ejus, qui præteriri non oterunt.* (Job 14, 5.)

6. ¿Que terror tendrá el moribundo al oir estas palabras, haciendo en su mente esta reflexion: *Esta mañana estoy vivo; y esta tarde estaré muerto! Hoy estoy en esta casa; y mañana estará en la sepultura. ¿Fero mi alma en donde estará? Crecerá su espanto cuando vea preparar la candela, y oiga que el confesor dice á sus parientes, que salgan de aquel cuarto y no entren mas; se aumentará mas cuando el confesor le ponga el Crucifijo en las manos y le diga: Abrazaos con Jesucristo y no penseis ya en el mundo. El enfermo toma el Crucifijo y le besa; y entre tanto tiembla de pensar en las muchas injurias que le ha hecho, de las cuales quisiera ahora tener un verdadero arrepentimiento: pero ve que el que tiene, no es sincero, sino forzado por el miedo de la muerte que ve presente. Y san Agustin dice, que aquel que es abandonado por el pecado antes que él le haya dejado, no le detesta libremente, sino movido de la necesidad: *Qui prius à peccato relinquitur, quam ipse relinquit, non libere, sed quasi ex necessitate (illud) condemnat.**

7. El engaño comun de los hombres mundanos es parecerles grandes las cosas de la tierra mientras viven, y pequeñas del las cielo, como remotas é inciertas. Las tribulaciones les parecen insufribles; y los pecados graves, cosas despreciables. Estos miserables están como si se hallasen encerrados en una habitacion llena de humo, que les impide distinguir los objetos. Mas á la hora de la muerte se desvanecen estas tinieblas, y el alma comienza á ver las cosas como son en sí. Entonces todo lo de este mundo aparece como es; á saber. vanidad, ilusion y mentira; y las cosas eternas se manifiestan con toda su grandeza. El juicio, el infierno, y la eternidad de que no hacian caso durante su vida, se dejarán ver á la hora de la muerte, como cosas las mas importantes; y á medida que comiencen á manifestarse tales cuales son, crecerán los temores y el espanto del moribundo: *In morte, dice*

S. Gregorio, *tanto timor fit acrior, quanto retributio vicinior; et quanto vicinius judicium tangitur, tanto vehementius formidatur.* (S. Greg. Mor. 24.) Porque cuanto mas se acerca la sentencia del juez, tanto mas se teme la condenacion eterna. Entonces, pues, el enfermo exclamará, sollozando: ¡Cuan desconsolado muero! ¡Infeliz de mí! Si yo hubiese sabido la muerte desgraciada que me esperaba! ¿Con qué no lo sabias? Obligacion tenias de haber previsto este caso; puesto que no ignorabas, que á una mala vida no puede seguir una buena muerte, como nos dice la Escritura y repiten á menudo los predicadores; pero pasemos al punto tercero.

PUNTO III.

A la hora de la muerte no queda tiempo de remediar el error.

8. A la hora de la muerte ya no les queda tiempo á los moribundos para remediar los desórdenes de la vida pasada: y esto sucede por dos razones: 1.^a Porque este tiempo es muy breve; pues además de que en los dias en que comienza y se agrava la enfermedad, no se piensa en otra cosa que en los médicos, en los remedios y en el testamento; los parientes, los amigos y hasta los médicos no hacen entonces otra cosa que engañar al enfermo, dándole esperanzas de que no morirá de aquella enfermedad. Por esto el enfermo alucinado por ellos, no se persuade de que la muerte está próxima. ¿Cuando pues comenzará á creer que se muere? Cuando comienza á morirse. Y esta es la 2.^a razon de que aquel tiempo no es apto para mirar por el alma. Porque entonces está tan enferma ésta, como el cuerpo. Los afanes, el trastorno de la cabeza, las vanas conversaciones asaltan de tal modo al enfermo que le inhabilitan para detestar verdadera y sinceramente los pecados cometidos, buscar remedios eficaces contra los desórdenes de la mala vida pasada, y para tranquilizar su conciencia. La sola noticia de que se muere, le aterra tanto, que le trastorna enteramente.

9. Cuando uno padece un fuerte dolor de cabeza que le ha impedido el sueño dos ó tres noches, no puede dictar una carta de ceremonia; ¿como ha de poder arreglar á la hora de la muerte una conciencia embrollada, con tantas ofensas cometidas contra Dios por el espacio de treinta ó cuarenta años, un enfermo que no siente ni comprende, y tiene una confu-

sion de ideas que le espantan? Entonces se verificará lo que dice el Evangelio: Llegó la noche cuando nadie puede hacer nada: *Venit nox, quando nemo potest operari.* (Joan. 9, 4.) Entonces sentirá que le dicen interiormente: *Jam enim non poteris villicare.* (Luc. 16, 2.) Ya no puedes cuidar de tu alma, cuya administracion te se concedió: *Angustia superveniente... conturbatio super conturbationem veniet.* (Ezech. 7, 25 et 26.)

10. Solemos decir de algunos, que hicieron mala vida; pero que despues hicieron una buena muerte, arrepiintiéndose y detestando sus pecados. Pero S. Agustin dice, que á los moribundos no los mueve el dolor de los pecados cometidos, sino el miedo de la muerte: *Morientes non delicti pœnitentia, sed mortis urgentis ad monitio compellit.* (Serm. 36.) Y el mismo Santo dice: que el moribundo no teme al pecado, sino al fuego del infierno: *Non metuit peccare, sed ardere.* Y en efecto, ¿aborrecerá á la hora de la muerte aquellos mismos objetos que tanto amó hasta entonces? Quizá los amará mas; porque los objetos amados, solemos amarlos mas cuando tememos perderlos. El famoso maestro de S. Bruno murió dando señales de penitencia; pero despues, estando en el ataud, dijo que se habia condenado. Si hasta los Santos se quejan de que tienen la cabeza tan débil á la hora de la muerte, que no pueden pensar en Dios ni hacer oracion, ¿como podrá hacerla el que no la hizo en toda su vida? Sin embargo, si los oimos hablar nos inclinamos á creer que tienen un verdadero dolor de los pecados de su vida pasada; pero es difícil que le tengan. El demonio por medio de sus ilusiones puede aparentar en ellos un verdadero dolor ó deseo de tenerle, pero suele engañarnos. Hasta de un corazon empedernido pueden salir las espresiones siguientes: *Yo me arrepiento; tengo dolor; siento con todo mi corazon,* y otras semejantes: *De medio petrarum dabunt voces.* (Psal. 103, 12.) A veces se confiesan, hacen actos de contricion y reciben todos los sacramentos. Pero yo pregunto, si se han salvado por esto. Dios sabe como se hicieron aquellas confesiones, y como se recibieron aquellos sacramentos. Pero ha muerto muy resignado, suele decirse. ¿Y qué quiere decir que ha muerto resignado? Tambien parece que va resignado á la muerte el reo que camina al suplicio. Pero ¿por qué? porque no puede escapar de entre los alguaciles y soldados que le conducen maniatado.

11. ¡Oh momento terrible del cual depende la eternidad! *Oh momentum, à quo pendet æternitas!* Este es el que hacia

temblar á los Santos á la hora de la muerte y los obligaba á esclamar: ¡ Oh Dios mio! ¿ en donde estaré de aquí á pocas horas? Porque como escribe S. Gregorio, hasta el alma del justo se turba á las veces con el terror del castigo: *Nonnumquam, terrore vindictæ etiam justî anima turbatur.* (S. Greg. Mor. 24.) ¿ Qué será pues de la persona que hizo poco caso de Dios, cuando vea que se prepara el suplicio en el cual debe ser sacrificado? *Videbunt oculi ejus interfectionem suam, et de furore Omnipotentis bibet.* (Job 21, 20.) Verá con sus propios ojos la muerte de su alma, que le ha sobrevivido, y comenzará desde este momento á experimentar la cólera divina. El Viático que deberá recibir, la Estremauncion que se le administrará, el Crucifijo que le pondrán en las manos, las oraciones ó recomendacion del alma que recitará el sacerdote que le asiste, el cirio bendito ardiendo, serán el suplicio preparado por la justicia divina. Cuando el moribundo vea este lúgubre aparato, un sudor frio correrá por sus miembros, y no podrá ni hablar, ni moverse, ni respirar. Sentirá que se acerca mas y mas el momento fatal; verá su alma manchada con los pecados; el juez que le espera y el infierno que se abre bajo sus plantas. Y en medio de estas tinieblas y de esta turbacion se hundirá en el abismo de la eternidad.

12. *Utinam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent.* (Deut. 32, 29.) Con estas palabras, oyentes míos, nos amonesta el Espíritu Santo á prepararnos y fortificarnos contra las angustias terribles que nos esperan en aquella última hora. Arreglemos pues desde este instante la cuenta que hemos de dar á Dios; porque no podremos de otro modo arreglarla de manera que aseguremos la salud de nuestra alma. Jesus mio crucificado, no quiero esperar que llegue la hora de la muerte para abrazaros, sino que os abrazo desde ahora. Os amo mas que á todas las cosas, y por lo mismo me arrepiento con todo el corazon de haberos ofendido y despreciado á vos que sois bondad infinita. Yo propongo amaros siempre, ayudado de vuestra gracia, y espero no ofenderos en adelante. Ayudadme, Dios mio, por los méritos de vuestra pasion sacrosanta, para que siempre os ame hasta disfrutar con vos en el cielo la gloria eterna.

SERMON LII.**PARA LA DOMINICA VIGÉCIMATERCIA DESPUES DE PENTECOSTES.****DE LA IMPENITENCIA.**

Domine, filia mea modo defuncta est.
 MATTH. 9, 18.

CUAN bueno es Dios! Si hubiésemos de obtener el perdón de parte de un hombre que tuviese de nosotros algún motivo de queja, ¡cuantos disgustos tendríamos que sufrir! No sucede esto de parte de Dios. Cuando un pecador se humilla y se postra á sus pies arrepentido de sus culpas, al punto le perdona y le abraza, segun aquellas palabras de Zacarías: *Convertimini ad me, ait Dominus exercituum, et convertar ad vos*: Convertíos á mí, dice el Señor de los ejércitos, y yo me convertiré á vosotros. (*Zach. 1, 3.*) Pecadores, dice el Señor: si yo os volví las espaldas, es porque vosotros me las volvisteis primero. Tornad á mí, y yo tornaré á vosotros y os abriré mis brazos. Cuando Natán reprendió á David de su pecado, este exclamó: *Peccavi, Domine*: He pecado contra el Señor; y Dios le perdonó inmediatamente, como le anunció el profeta por estas palabras: *Dominus quoque transtulit peccatum tuum.* (2. *Reg. 12, 13.*) Pero vengamos al Evangelio de hoy, en el que se cuenta, que cierto príncipe, cuya hija acababa de morir, recurrió inmediatamente á Jesucristo, suplicándole, que le restituyese la vida: Señor. le dijo, mi hija acaba de morir, pero ven tú á mi casa, pondrás la mano sobre ella y vivirá: *Domine, filia mea modo defuncta est, sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet.* Explicando este texto S. Buenaventura, se vuelve hácia el pecador y le dice: Tu hija quiere decir tu alma que ha muerto por la culpa; conviértete presto. Amados oyentes míos, esta hija es vuestra alma que acaba de morir por el pecado; convertíos á Dios, pero hacedlo presto; porque si tardais y diferís la conversion de dia en dia, la cólera celeste caerá sobre vosotros, y sereis precipitados al infierno, *Non tardes, converti ad Dominum, et ne differas de die in diem*:

subito enim veniet ira illius, et in tempore vindictæ disperdet te. (Eccl. 5, 8 et 9.) Este es el texto del presente sermón. En él os haré ver:

El peligro que corre el pecador que tarda á convertirse.
Punto 1.º

El remedio que debe emplear el pecador que quiere salvarse. Punto 2.º

PUNTO I.

Peligro que corre el pecador que tarda á convertirse.

1. S. Agustín dice, que hay tres especies de cristianos. Los primeros son aquellos que han conservado su inocencia después del bautismo. Los segundos, los que después de haber pecado se convirtieron, y perseveraron en estado de gracia. Y á los terceros pertenecen todos aquellos que cayeron y recayeron en el pecado, y llegan en este estado á la hora de la muerte. Hablando de los primeros y de los segundos, asegura que se salvarán; pero en cuanto á los terceros, dice que nada presume y que nada promete; y por estas palabras da claramente á entender, que es muy difícil que se salven. Pero Sto. Tomás enseña, que el que está en pecado mortal no puede vivir sin cometer otros pecados. Y antes que él lo dijo san Gregorio: *Peccatum, quod pœnitentia non deletur, mox suo pondere ad aliud trahit; unde fit, quod non solum est peccatum, sed causa peccati*: El pecado que no se borra con la penitencia arrastra á otro pecado con su misma malicia; de donde resulta que no solamente es pecado, sino causa de pecado. (S. Greg. l. 3, Mor. c. 9.) Por esto escribe S. Anselmo, que mientras uno permanece en pecado, si se ve tentado, hará aquello á que está mas inclinado: *Quando quis manet in peccato, ratio jam est deordinata, et ideo veniente tentatione faciet id, quod est facilius agere*. Y conforme S. Antonino con esta idea, dice: que aunque el pecador conozca el bien que es estar en gracia de Dios, sin embargo, como está privado de la gracia, siempre recae, por mas que se esfuerce para no recaer: *Per peccatum non potest prosequi bonum quod cognoscit, conatur et labitur*. ¿Y como podrá dar fruto el sarmiento que está separado de la vid? Pues todos los hombres que se hallan en pecado, son otros tantos sarmientos separados de la vid de Jesucristo. Y por eso nos dice el Señor: Así como el sarmiento no puede dar fruto por

si solo , si no permaneciere unido á la vid ; así no le podreis dar vosotros , si no permanecéis unidos á mí por la gracia : *Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite, sic nec vos nisi in me manseritis.* (Joan. 15 , 4.)

2. Pero yo, dicen algunos jóvenes, quiero consagrarme presto al servicio de Dios. Esta es la falsa esperanza de los pecadores que los conduce á vivir en pecado hasta la muerte, y luego al infierno. Tú que dices que luego te convertirás á Dios, respóndeme , ¿quién te asegura que tendrás tiempo para esto, y que no te sorprenderá una muerte repentina que te arrebatte del mundo antes de poder hacerlo? Esta posibilidad manifiesta S. Gregorio (*Hom 12. in Evang.*) donde dice: El Señor que prometió el perdón al que se arrepiente de su culpa, no prometió conceder tiempo para convertirse al que quiere perseverar en el pecado: *Qui pœnitenti veniam sponndit, peccanti diem crastinum non promisit.* Dice el pecador que se convertirá despues; pero Jesucristo asegura, que el tiempo no está en nuestra mano, sino en la de Dios: *Non est vestrum nosse tempora, vel momenta, quæ Pater posuit in sua potestate.* (Act. 1 , 7.) S. Lucas escribe que nuestro divino Salvador vió una higuera que no habia dado fruto en tres años: *Ecce anni tres sunt ex quo venio, quærens fructum in ficulnea hac, et non invenio* (Luc. 13, 7.) Por lo cual dijo al que cultivaba la viña: *Succide ergo illam: ut quid etiam terram occupat?* Córdala; porque no debe ocupar la tierra. (*Ibid.*) Tú pecador que dices que despues te dedicarás al servicio de Dios, respóndeme, ¿para que te conserva vivo el Señor? ¿Acaso para que sigas pecando? Nó, sino para que abandones el pecado y te enmiendes: *Ignoras, quoniam benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit?* (Rom. 2, 4. Puesto pues que no quieres enmendarte, y dices que despues lo harás, teme no sea que diga el Señor: *Córdute;* pues ¿para qué ha de vivir en la tierra? ¿Acaso para seguir ofendiéndome? Ea, cortadle presto y echadle al fuego, porque es árbol que no da fruto: *Omnis ergo arbor, quæ non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.* (Matth. 3, 10.)

3. Pero supongamos que el Señor te dé tiempo para convertirte; ¿si no lo haces ahora, lo harás acaso despues? Sepas que los pecados son otras tantas cadenas que sujetan al pecador y le impiden entrar por el camino de la gracia, como dice Salomon: *Funibus peccatorum suorum constringitur.* (Prov. 5, 22.) Hermano mio, si no puedes romper las cadenas que te atan al presente, ¿podrás acaso romperlas despues cuando

sean mas fuertes por los nuevos pecados que cometas? Esto mismo demostró el Señor un día al abad Arsenio, como se cuenta en la vida de los Padres. Para darle á entender á donde llega la locura de los que dilatan la penitencia, le hizo ver un etíope que no podia levantar del suelo un haz de leña, y él seguía haciéndole mayor; por lo cual le era mas imposible levantarlo. Y luego le dijo: Lo mismo hacen los pecadores: desean verse libres de los pecados cometidos, y cometen otros nuevos. Estos nuevos pecados los inducen despues á cometer otros de mayor malicia, y mas numerosos. Vemos el ejemplo de esto en Cain, que primeramente tuvo envidia á su hermano Abel, luego le aborreció, despues le mató, y últimamente desesperó de la divina misericordia, diciendo: *Majior est iniquitas mea, quam ut veniam merear*: Mi iniquidad es tan grande, que no merece perdon. (Gen. 4, 13.) Del mismo modo Judas primeramente cometió pecado de avaricia, despues entregó á Jesucristo, y últimamente se quitó la vida. Todos estos son efectos del pecado; porque atan al pecador y le esclavizan de tal modo, que el desgraciado conoce su ruina y la busca: *Iniquitates sue capiunt impium*. (Prov. 5, 22.)

4. Los pecados, además, agravan tanto al pecador, que no le permiten pensar en el cielo ni en su salud eterna. Por eso decia David: *Iniquitates meæ supergressæ sunt caput meum, et sicut onus grave gravatæ sunt super me*: Mis iniquidades subieron sobre mi cabeza, y pesaban sobre mí como una carga insupportable. (Psal. 37, 5.) Viéndose en este estado el desgraciado pecador pierde el uso de la razon, no piensa sino en los bienes de la tierra, y se olvida del juicio divino, como dice Daniel (13, 9.) por estas palabras: *Et everterunt sensum suum, et declinaverunt oculos suos ut non viderent cælum; neque recordarentur judiciorum justorum*: Se les trastornó el sentido, y apartaron sus ojos para no ver el cielo, y para olvidarse de los juicios del Señor. Su ceguedad llega hasta odiar la luz, temiendo que la luz turbe sus indignos placeres; porque el que obra mal, aborrece la luz, como dice S. Juan (3, 20.): *Qui male agit, odit lucem*. De esta ceguedad dimana, que estando sin vista estos infelices, andau de pecado en pecado, y todo lo desprecian; amonestaciones, divinas inspiraciones, infierno, gloria, y al mismo Dios. Porque como se lee en los Proverbios: Cuando el impío ha caído en el abismo de los pecados, todo lo desprecia: *Impius cum in profundum venerit peccatorum, contemnit*, (Proverb. 18, 5.)

5. Dice Job (16, 15.): *Concidit me vulnere super vulnus, irruit in me quasi gigas*: Descargó sobre mí herida sobre herida, y me acometió como un gigante. Cuando el hombre vence una tentacion, adquiere mayor fuerza para vencer la segunda, y el demonio la pierde. Pero al contrario, cuando cede á la tentacion, el demonio adquiere fuerzas de gigante, y el hombre queda tan debilitado, que no tiene fuerzas para resistirle. Cuando uno recibe una herida de mano del enemigo, le faltan las fuerzas; si despues recibe otra, quedará tan debilitado, que no podrá defenderse. Pues esto mismo sucede á los necios que dicen: Despues me dedicaré al servicio de Dios. ¿Como han de poder resistir al demonio, despues que han perdido las fuerzas y se han gangrenado sus heridas? Por esto dice el real Profeta: *Putruerunt, et corruptæ sunt cicatrices meæ à facie insipientiæ meæ*: Por mi necedad se corrompieron y gangrenaron mis heridas. (*Psal.* 37, 6.) En un principio es cosa fácil curar las llagas; pero despues que se han gangrenado, es cosa muy difícil; porque entonces es preciso aplicarles el fuego; y aun con esta medicina, hay muchas personas que no se curan.

6. Pero dirá alguno: S. Pablo dice que Dios quiere que todos se salven: *Omnes homines vult salvos fieri*. (1. Tim. 2, 4.) Y Jesucristo vino al mundo para salvar á los pecadores, como dice el mismo Apóstol: *Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere*. (1. Tim 1, 15.) Os voy á responder: Dios quiere que todos se salven; ¿quien lo niega? Pero aquellos que quieren salvarse: mas no aquellos que quieren su condenacion. Tambien es verdad que Jesucristo vino á salvar á los pecadores; pero no á los pecadores obstinados, que aman el pecado y desprecian á Dios. Para salvarnos necesitamos dos cosas: la primera la gracia de Dios; la segunda nuestra cooperacion. Por esto dice el Señor: *Eccæ sto ad ostium et pulso; si quis audierit vocem meam, et aperuit mihi januam intrabo ad illum*: Yo estoy á la puerta de vuestra alma y llamo: si alguno oyere mi voz y me abriere la puerta, entraré á él. (*Apoc.* 3, 20.) Segun esto para que la gracia de Dios entre en nosotros, es necesario que obedezcamos á sus voces y le demos entrada en nuestro corazon. Tambien dice el Apóstol, que obremos nuestra salud con temor y temblor: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini*. (*Philip.* 2, 12.) Con estas palabras nos manifiesta que debemos contribuir con nuestras buenas obras al logro de nuestra salud, porque de otro modo el Se-

ñor nos dará solo la gracia suficiente y no la eficaz, que es necesaria para salvarnos, como dicen los teólogos. Y la razón de esto es la siguiente: El que está en pecado y sigue pecando, cuanto mas apego tiene á la carne, mas se aleja de Dios. ¿Como, pues, puede Dios acercarse á nosotros con su gracia, cuando nosotros nos estamos alejando mas de Dios por el pecado? Es claro que entonces Dios se retira de nosotros y cierra la mano que antes tenia abierta para dispensarnos favores; lo que confirma el mismo Dios por el profeta Isaías con estas palabras: *Et ponam eam desertam.... et nubibus mandabo, ne pluunt super eam imbrem*: Y dejaré desierta la tierra, y mandaré á las nubes que no lluevan sobre ella. (*Isa. 5, 6.*) Esta tierra es el alma del pecador que Dios va abandonando; y las nubes son sus inspiraciones y su gracia que fecundan nuestras almas, como el agua de las nubes hace fecunda la tierra. Cuando el alma sigue ofendiendo á Dios, el Señor la abandona y le niega sus auxilios. Entonces la desgraciada carece del remordimiento de la conciencia y de la luz, y se aumenta su ceguedad y la dureza de su corazon; y finalmente se hace insensible á las divinas inspiraciones y á las máximas evangélicas, y sigue los funestos ejemplos de otras almas rebeldes como ella, que fueron por sus pecados á parar en el abismo del infierno.

7. A pesar de todo esto, el pecador obstinado suele decir: ¿Mas quién sabe si Dios se apiadará de mí, como ya lo ha hecho con otros grandes pecadores? Pero á esto le responde S. Juan Crisóstomo de este modo: Dices que quizá se apiadará. ¿Por qué dices quizá? Es cierto que sucede alguna vez; pero piensa que tratas de la salvacion de tu alma: *Fortasse dabit, inquis: cur dicis, fortasse? Contigit aliquando; sed cogita, quod de anima deliberas.* (*S. Joan. Chrysost. Hom. 22, in 2 Cor.*) Es cierto, digo yo tambien, que Dios ha salvado á grandes pecadores por medio de ciertas gracias extraordinarias; pero estos son casos rarísimos: son prodigios y milagros de la gracia, con los cuales ha querido Dios demostrar á los pecadores la grandeza de su misericordia. Y regularmente con aquellos pecadores indecisos que no acaban á determinarse, se determina el mismo Dios á enviarlos al infierno, con arreglo á las amenazas que les ha hecho Dios tantas veces, como consta de la santa Escritura. Dice el Señor: *Despexistis omnes consilium meum, et increpationes meas neglexistis; ego quoque in interitu vestro ridebo et subsannabo*: Despreciasteis todos

mis consejos y amonestaciones; pero yo tambien me reiré á la hora de vuestra muerte. (*Prov. 1, 25 et 26.*) Y en el v. 28. añade: *Tunc invocabunt me, et non exaudiam*: Entonces me invocarán, y yo no los oiré. Dios sufre las ofensas, pero no las sufre siempre; y cuando llega el momento de castigarlas, castiga las pasadas y las presentes: *Altissimus enim est patiens redditor.* (*Eccl. 5, 4.*) Cuanto mas tiempo ha esperado al pecador negligente, con tanta mayor severidad le castiga despues, como dice S. Agustin: *Quanto diutius expectat Deus, et emenderis; tanto gravius judicabit si neglexeris.* (*Lib. de util. ag. pœn.*) El pecador que promete convertirse y no se convierte por negligencia, se hace indigno de la gracia de una verdadera conversion.

8. Mas Dios está lleno de misericordia, dice el pecador. Es cierto que está lleno de misericordia; pero no obra sin razon y sin juicio. El usar de misericordia con el que quiere seguir ofendiéndole, no seria bondad en Dios, sino estupidez. Y el Señor dice por S. Mateo (20, 13.): *An oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum?* ¿Has de ser tú malo porque yo soy bueno? El Señor realmente es bueno, pero tambien es justo, y por lo mismo nos exhorta á que observemos su ley si queremos salvarnos: *Si autem vis ad vitam ingredi, serva mandata.* (*Matth. 19, 17.*) Si Dios tuviese misericordia de los buenos y de los malos, de modo que concediese la gracia de convertirse indistintamente á todos antes de morir, este modo de obrar seria hasta para los buenos una grande tentacion de perseverar en el pecado. Pero no lo hace así; sino que cuando ha apurado su misericordia, castiga y no perdona: *Et non parceret oculus meus super te, et non miserebor.* (*Ezech. 7, 4.*) Por esto nos avisa por S. Mateo, diciéndonos: *Orate autem, ut non fiat fuga vestra in hyeme, vel sabbato.* (*Matth 24, 20.*) En el invierno no se puede trabajar por el frio, y en el sábado porque lo prohíbe la ley. Las palabras de S. Mateo significán, que vendrá tiempo para los pecadores impenitentes, en que querrán dedicarse al servicio de Dios, y se lo impedirán sus malos hábitos. De esta desgracia hay tristes é innumerables ejemplos. Cuenta Catan en sus sermones sobre la buena muerte, que un jóven disoluto cuando se le amonestaba á dejar su mala vida, respondia: *Yo tengo una santa de mi devocion que todo lo puede; y esta es la misericordia de Dios.* Viose este desgraciado próximo á morir: llamó al confesor; y mientras se preparaba para la confesion, el demonio le hizo ver escritos todos sus pe-

cados. Entonces lleno de terror dijo : ¡ Ay de mí ! que lista tan larga de pecados ! y antes de confesarse espiró el infeliz. También Campadellí cuenta en su *Dominica*, que otro jóven noble sumergido en los vicios de la sensualidad , fué amonestado por muchos para que se confesara ; pero él los despreció. Despues cayó enfermo gravemente ; y entonces se confesó y prometió mudar de vida: pero luego que curó tornó al vómito. Oid pues como le castigó Dios. Estando un dia en el campo durante la vendimia , le atacó una calentura y se retiró á su casa. Inmediatamente mandó llamar á un religioso que vivia cerca porque la enfermedad se agravaba. Vino el religioso , entró en su cuarto y le saludó ; pero le vió con una vista horrible y con la boca abierta , y negra la lengua como un carbon. El religioso le llamó , pero ya estaba muerto. Oyentes míos , no seais tambien vosotros tristes ejemplos de la justicia divina. Abandonad el pecado , y abandonadle presto ; porque si tardais á hacerlo , experimentaréis vosotros el mismo castigo que han experimentado tantos otros. Tratemos pues del remedio.

PUNTO II.

Remedio para salvarse el que se halla en pecado.

9. Preguntado un dia Jesucristo , si eran pocos los que se salvaban : *Domine , si pauci sunt , qui salvantur ?* Respondió : *Contendite intrare per angustam portam , quia multi , dico vobis , quærent intrare , et non poterunt* : Procurad entrar por la puerta estrecha , porque en verdad os digo , que muchos querrán entrar y no podrán. (*Luc 13 , 23 et 24.*) Dice el Señor por estas palabras , que muchos quieren entrar en el cielo , mas no entran. ¿ Y porqué no entran ? porque quieren entrar sin incomodidad , y sin hacerse violencia para abstenerse de los placeres. La puerta del cielo es estrecha , y es menester fatigarse y esforzarse para entrar por ella. Y debemos persuadirnos que no siempre podremos hacer mañana lo que podemos hacer hoy. El no creer esta verdad es lo que conduce tantas almas al infierno. El alma que hoy es fuerte , mañana será mas débil , como hemos dicho arriba , estará mas obcecada y mas dura , le faltarán los auxilios divinos ; y de este modo morirá en su pecado. Puesto que conoces , ó pecador , que es necesario dejar el pecado para salvarte , ¿ porqué no lo dejas en el instante que Dios te llama ? Si le has de dejar alguna vez , decia San

Agustin, ¿porqué no le dejas ahora? Si *aliquando, cur non modo?* La ocasion que tienes al presente de poner remedio á tu mala vida quizá no la tendrás despues; y aquella misericordia que usa Dios ahora contigo, quizá no la usará mañana. Por tanto, si quieres salvarte, haz presto lo que tienes que hacer tarde. Confíesate cuanto antes puedas, y teme que cualquiera tardanza puede causar la ruina de tu alma.

10. Escribe S. Fulgencio: *Nullus sub spe misericordiae debet diutius in peccatis remanere, cum nolit in corpore sub spe salutis diutius ægrotare.* (S. Fulg. ad Petr. Diac.) Dice el Santo: Si estuvieses enfermo, y el médico te ofreciese un remedio seguro para sanarte, ¿dirias acaso entonces, no quiero sanar ahora porque espero sanar mañana? Y cuando se trata de la salud del alma, ¿hemos de querer perseverar en el pecado, diciendo: espero que Dios tambien será misericordioso conmigo mañana? Y si el Señor no quiere serlo mañana por sus altos juicios, ¿cual será tu muerte? ¿No quedarás condenado para siempre? Por eso nos dice el Apóstol que obremos el bien, mientras tenemos tiempo: *Dum tempus habemus, operemur bonum.* (Gal 6, 10.) Y por lo mismo nos exhorta el Señor á estar en vela y defensa de nuestras almas, porque no sabemos cuando ha de venir el Señor á tomarnos cuenta de nuestra vida: *Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horum.* (Matth. 25, 13.)

11. *Anima mea in manibus meis semper.* (Psal. 118, 119.) El que lleva en un dedo un diamante de gran valor, mira de cuando en cuando su mano para asegurarse si está allí el diamante. Pues el mismo cuidado debemos tener nosotros de nuestra alma, que es el diamante mas precioso que poseemos. Y si por desgracia la perdemos, por algun pecado, debemos tomar inmediatamente todas las medidas para recobrarla, recurriendo á nuestro divino Salvador, como hizo la Magdalena que corrió á postrarse á los pies de Jesucristo, luego que conoció el estado en que se hallaba, y lloró hasta obtener el perdon. Escribe S. Lucas: *Jam enim securis ad radicem arborum posita est.* (Luc. 3, 9.) Sabed, pecadores, que la segur de la justicia divina está amenazando al que vive en pecado. Temblad del golpe que va á descargar su venganza. Pero al mismo tiempo, tened ánimo, almas cristianas; y si os domina algun mal hábito, romped sin tardanza sus ligaduras, y no seais esclavas del demonio. Hija de Sion que vives cautiva, dice Isaías á las almas de los pecadores, rompe las cadenas que oprimen

men tu cuello : *Solve vincula colli tui, captiva filia Sion.* (Isa. 52, 2.) Y S. Ambrosio añade : *Posuisti vestigium supra voraginem culpæ, cito aufer pedem* : Has puesto el pié sobre la boca del volcan , que es el pecado que conduce á la puerta del infierno ; levántale y retrocede ; porque de otro modo caerás en un abismo de donde no podrás salir.

12. *Yo tengo un mal hábito* , dice el pecador. Pero si tú quieres dejar el pecado ¿quién te obliga á pecar ? Todos los malos hábitos y todas las tentaciones del infierno se vencen con la gracia de Dios. Encomiéndate pues á Jesucristo , pídele su amparo , y él te dará fuerzas para vencer. Pero cuando te veas en alguna ocasion próxima de pecar , es necesario que se evite prontamente ; porque de otro modo volverás á caer. S. Jerónimo dice , que no debemos detenernos á desatar la tentacion , sino que debemos cortarla de un golpe : *Potius præscinde, quam solve.* Vé presto á buscar un confesor , y él te dirá lo que debes hacer. Y si por desgracia cometieses despues algun pecado mortal , confiésale aquel mismo dia , ó aquella noche si puedes. Oye finalmente lo que ahora te digo : Dios está dispuesto á socorrerte ; y tu salvacion depende de tí. Tiembla pues , cristiano ; porque estas palabras mias te atormentarán como otras tantas espadas por toda la eternidad en el infierno si ahora las desprecias.

SERMON LIII.

PARA LA DOMINICA VIGESIMACUARTA DESPUES DE
PENTECOSTES.

DE LA BLASFEMIA.

Cum ergo videritis abominationem
desolationis.

MATTH. 24, 28.

Dios abomina todos los pecados ; pero especialmente el de la blasfemia : porque aunque todos son ofensas de Dios , y ceden en deshonra del Señor , como dice el Apóstol : *Per pravaricationem legis Deum inhonoras* , (Rom. 2, 23.) sin embargo , si bien los otros pecados le deshonran indirectamente , quebrantando su ley , la blasfemia le deshonra directamente , mal-

diciendo su santo nombre. Por esto dice S. Juan Crisóstomo, que ninguna culpa exaspera tanto al Señor, como oír á los hombres blasfemar su nombre: *Nihil ita exacerbat Deum, sicut quando nomen ejus blasphematur*. Permitidme pues, amados cristianos, que os haga ver en este día:

Cuan grande es el pecado de la blasfemia. *Punto 1.º*

Con cuanto rigor le castiga el Señor. *Punto 2.º*

PUNTO I.

Cuan grande pecado es la blasfemia.

1. ¿Que cosa es blasfemia? Es un dicho injurioso á Dios: *Est contumeliosa in Deum locutio*, así la definen los doctores. Pero ¡Dios mio! con quien se las ha el hombre cuando blasfema? Se las ha directamente con el mismo Dios: *Contra Omnipotentem roboratus est*. (Job. 15, 25.) ¿Y cómo, dice S. Efrén, no temes, ó blasfemo, que baje fuego del cielo y te devore? ¿Que se abra bajo tus plantas la tierra y te se trague? *Non metuis ne forte ignis de celo descendat, et devoret te, qui sic os adversus Omnipotentem aperis? Neque vereris, ne terra te absorbeat?* (S. Ephr. Paren. 2. Los demonios tiemblan al oír el nombre de Cristo, dice S. Gregorio Nacianceno; ¿y como no temblamos nosotros de injuriarle? *Dæmones ad Christi nomen exhorrescunt, nos vero nomen adeo venerandum contumelia afficere non veremur?* (S. Greg. Naz. Orat. 21.) El vengativo se las ha con un igual suyo; mas el que blasfema, quiere vengarse de Dios mismo que hace ó permite aquella cosa que disgusta al hombre blasfemo. Hay una gran diferencia entre ofender al retrato del rey, y ofender á su misma persona. El hombre es la imágen de Dios; pero el blasfemo ofende al mismo Dios, como dice S. Atanasio: *Qui blasphemat, contra ipsam Deitatem agit*. El que quebranta la ley del rey, peca; pero el que ofende á la misma persona del rey, comete delito de lesa majestad, que es castigado con horribles castigos, y no puede ser indultado. ¿Qué diremos pues del blasfemo que injuria á la majestad divina? Decia en su cántico Ana la profetisa: *Si peccaverit vir in virum, placari ei potest Deus; si autem in Dominum peccaverit vir, quis orabit pro eo?* Si pecare un hombre contra otro, puede Dios ser aplacado y perdonarle; pero si pecare contra Dios ¿quién orará por él? (1. Reg. 2, 25.) Es segun esto tan enorme el pecado de blasfemia, que parece que ni los

mismos santos están dispuestos á interceder á favor de nn blasfemo.

2. Algunas bocas sacrílegas blasfeman tambien contra Dios que las sostiene. Y por esto dice S. Juan Crisóstomo: *Tu Deo benefacienti tibi, et tui curam agenti maledicis?* Tú te atreves á maldecir contra Dios que te llenó de beneficios y te conserva? Señal es de que está ya uno de tus pies en el infierno, y que si Dios no te conservase la vida por su divina misericordia, estarías ya condenado para siempre; y en lugar de darle gracias, le maldices al mismo tiempo que él te está llenando de beneficios. Por esto el Señor se queja por David (*Psal. 54, 13.*), diciendo: Si mi enemigo me hubiese maldecido, yo le sufriría; pero tú me maldices al mismo tiempo que te estoy yo bendiciendo: *Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique.* ¡O lengua diabólica! esclama S. Bernardino de Sena, ¿que cosa te irrita hasta el punto de blasfemar de tu Dios, que te crió y redimió con su sangre? *O lingua diabolica, quid potest te inducere ad blasphemandum Deum tuum, qui te plasmavit, qui te pretioso sanguine redimit?* (S. Bern. sen. serm. 33.) Algunos blasfeman hasta de Jesucristo, que murió por su amor en una cruz; siendo así que aunque no debiésemos morir nosotros, deberíamos desear morir por amor de Jesucristo, para mostrar de algun modo nuestro agradecimiento á un Dios que dió su vida por nosotros. Digo de algun modo; porque no hay comparacion entre la muerte de una vil criatura y la de un Dios; y sin embargo, tú pecador, tú blasfemo, en lugar de amarle y bendecirle, le maldices, como dice S. Agustín: los Judios azotaron á Jesucristo, pero no le azotan menos los malos cristianos con sus blasfemias: *Flagellatus est Christus flagellis Judæorum, sed non minus flagellatus blasphemis falsorum christianorum.* (S. Aug. in Joan.) Otros han blasfemado contra la santa virgen María madre de Dios, que nos ama tanto, y que siempre está rogando por nosotros; pero estos hombres tan malyados han sido castigados terriblemente por Dios. Cuenta Surio (en el dia 7 de agosto) que un impío blasfemó de la Virgen, y en seguida hirió con un puñal su santa imágen que estaba en una iglesia; pero al punto que salió de allí, cayó un rayo y le redujo á cenizas. El infame Nestorio que habia blasfemado tambien y movido á otros á blasfemar de María santísima, diciendo que no era verdadera Madre de Dios, murió desesperado, con la lengua comida de gusanos.

3. *Quis loquitur blasphemias?* (Luc. 5, 21.) ¿Y quién es el blasfemo? Un cristiano. Uno que ha recibido el santo Bautismo por el cual quedó consagrada su lengua. Porque, escribe un santo doctor, que se pone sal bendecida en la lengua del que va á ser bautizado, para que la lengua del cristiano quede consagrada y se acostumbre á bendecir á Dios: *Ut lingua christiani quasi sacra efficiatur, et Deum benedicere consuescat.* (Clericat., tom. 1, Dec. Tract. 52.) ¿Y es posible que esta misma lengua se convierta despues en una espada que traspase el corazon de Dios, como dice S. Bernardino: *Lingua blasphemantis efficitur quasi gladius cor Dei penetrans?* (Tom. 4, serm. 33.) Por esto dice despues el mismo Santo, que ningun pecado contiene tanta malicia como la blasfemia: *Nullum est peccatum, quod habeat in se tantam iniquitatem sicut blasphemia.* Y antes que él lo dijo S. Juan Crisóstomo con distintas palabras: *Nullum hoc peccato deterius, nam in eo accessio est omnium malorum et omne supplicium.* Del mismo modo se esplicó S. Jerónimo, diciendo que cualquiera otro pecado es leve, comparado con la blasfemia: *Nihil horribilius blasphemiae, omne quippe peccatum comparatum blasphemiae, levius est.* S. Hier. in Isa. c. 18.) Y aquí debemos advertir, que la blasfemia contra los santos y las cosas santas, como los sacramentos, la misa, los misterios, etc. son de la misma especie que las blasfemias contra Dios. Porque, segun enseña Sto. Tomás, así como se refiere á Dios el honor que se hace á los santos y á las cosas santas, así la injuria que se hace á los santos redundá contra el mismo Dios que es la fuente de la santidad: *Sicut Deus in sanctis suis laudatur, como se lee en el salmo 150: Laudate Dominum in sanctis ejus; ita blasphemia in sanctos in Deum redundat.* (S. Thom. qu. 13. a. 13, a. 1, ad 2.)

4. Decimos, pues, con S. Jerónimo, que la blasfemia es un pecado mas grave que el hurto y el adulterio; porque todos los otros pecados, como dice S. Bernardino, dimanán, ó de la fragilidad ó de la ignorancia; pero el pecado de la blasfemia proviene de la propia malicia: *Omnia alia peccata videntur procedere partim ex fragilitate, partim ex ignorantia; sed peccatum blasphemiae procedit ex propria malitia.* (Cic. serm. 33.) Porque en efecto procede de una mala voluntad y de cierto odio concebido contra Dios; y así el blasfemo se hace semejante á los réprobos, los cuales, como dice Sto. Tomás, no blasfeman con la boca, porque no tienen cuerpo; pero blasfeman con el corazon, maldiciendo la divina justicia que los cas-

tiga: *Detestatio divinæ justitiæ, est in eis interior cordis blasphemia.* (S. Thom. 2, 2, qu. 13, a. 4.) Y añade el santo Doctor, que es creible que despues de la resurreccion, así como los santos en el cielo alabarán á Dios tambien con la voz, así los réprobos en el infierno le blasfemarán tambien con ella: *Et credibile est, quod post resurrectionem erit in eis etiam vocalis blasphemia, sicut in sanctis vocalis laus Dei.* Con razon, pues, llama un autor á la blasfemia, *lenguaje del infierno*, diciendo que el demonio habla por boca de los blasfemos, así como Dios habla por boca de los santos: *Blasphemia est peccatum diabolicum, loquela infernalis; sicut enim Spiritus Sanctus loquitur per bonos, ita diabolus per blasphemos.* (Mansi discors. 7, num. 2.) Cuando S. Pedro negaba á Jesucristo en el palacio de Caifás, jurando que no le conocia, le dijeron los Judíos que su acento descubria que era discípulo suyo, porque pronunciaba lo mismo que su maestro: *Vere et tu ex illis es, nam et loquela tua manifestum te facit* (Matth. 26, 73.) Lo mismo podemos decir del blasfemo: Tú eres del infierno, y verdadero discípulo de Lucifer, porque hablas el lenguaje de los condenados. Escribe S. Antonino, que los condenados en el infierno no se ocupan en otra cosa que en blasfemar y maldecir á Dios: *Non aliud opus inferno exercent, nisi blasphemare Deum et maledicere.* (Part. 2, tit. 7, cap. 3.) Y en prueba de esto aduce el testo del Apocalipsis: *Et commanducaverunt linguas suas præ dolore, et blasphemaverunt Deum cæli:* Y se comieron sus lenguas movidos del dolor, y blasfemaron del Dios del cielo. (Apoc. 16, 10 et 11.) S. Antonino en fin añade, que el que tiene el vicio de blasfemar, pertenece aun en esta vida á la clase de los réprobos, cuyas funciones desempeña: *Qui ergo hoc vitio detinetur, ostendit se pertinere ad statum damnatorum, ex quo exercet artem eorum.* (Ibid.)

5. A la malicia de la blasfemia, debemos añadir el escándalo que regularmente causa este infame vicio, que es un pecado que siempre suele cometerse esternamente y en presencia de otros. S. Pablo reprendia á los judíos, cuyos pecados eran causa de que los gentiles blasfemasen de Dios y se burlasen de su ley: *Nomen enim Dei, per vos blasphematur inter gentes.* (Rom. 2, 24.) ¿Cuanto pues mas culpables son los cristianos que inducen á los demás á imitar sus blasfemias? Pero ¿como sucede, pregunto yo, que en ciertas provincias no se oye blasfemar á ninguno, ó se oye raras veces; y en otras al contrario reina escandalosamente la blasfemia? de modo que se puede

decir de ellas lo que decia Dios por Isaías: Mi nombre es blasfemado todo el dia sin cesar: *Jugiter tota die nomen meum blasphematur?* (Is. 52, 5.) Por las plazas, por las casas, por las ciudades, y por las aldeas no se oye otra cosa que blasfemias. ¿En qué consiste esto? Consiste en que los unos aprenden de los otros; los hijos de los padres; los criados de los amos; los jóvenes de los ancianos. Especialmente en ciertas familias parece que el vicio de la blasfemia pasa por herencia de padres á hijos: el padre es blasfemo, y por esto lo son despues los hijos, los nietos y todos sus descendientes. ¡Oh padre maldito, causa de tanto mal, que en vez de enseñar á tus hijos á bendecir á Dios, los enseñas á blasfemar de Dios y de sus Santos! Dirá alguno: Yo los reprendo cuando los oigo blasfemar. ¿Pero de qué sirven esas tus repreensiones, si tú mismo les das el mal ejemplo con la boca? Por el amor de Dios y por el de tus hijos mismos, no blasfemes en adelante, ó padre de familias, y guárdate de blasfemar, especialmente delante de tus hijos; porque es un pecado tan grave la blasfemia, que no sé como Dios le sufre tanto tiempo. Y cuando oigas blasfemar á tus hijos, repréndelos con asperidad, como encarga S. Juan Crisóstomo, diciendo: *Castiga su boca, y santifica tu mano con este castigo: Conters os ipsius, manum tuam persecutione sanctifica.* (Hom. 4, ad Pop.) Hay algunos padres que castigan bárbaramente á sus hijos, si no hacen al punto lo que les mandan; pero que si les oyen blasfemar de los Santos, ó se rien, ó no los reprenden. S. Gregorio cuenta que un niño de cinco años, hijo de un noble romano, acostumbraba poner en ridiculo el nombre de Dios, y que el padre no le reprendía. Un día se vió el niño asaltado por ciertos hombres negros, y espantado corrió á los brazos de su padre; pero aquellos hombres negros eran demonios salidos del infierno, le mataron entre los brazos del padre, y se lo llevaron al abismo.

PUNTO II.

Con cuanto rigor castiga Dios el pecado de la blasfemia.

6. Dica Isaías: ¡Ay de la gente pecadora que blasfema del Santo de Israel! *Vae genti peccatrici blasphemaverunt Sanctum Israel.* ¡Ay de los blasfemos que serán eternamente infelices! porque segun Tobias, todos los que blasfeman serán condenados: *Condemnati erunt omnes qui blasphemaverint te.* (Tob.

13, 16.) Y por boca de Job dice Dios: *Imitatio linguam blasphemantium; condemnabit te os tuum, et non ego*: Si imitas la lengua de los blasfemos, te condenará tu boca y no yo. (Job. 13, 5 et 6.) Dirá pues el Señor al tiempo de condenarle: No soy yo quien te condena al infierno, sino tu misma boca con la que te atreviste á maldecirme á mi y á mis Santos. Los infelices blasfemos seguirán blasfemando en el infierno para mayor tormento suyo; porque las mismas blasfemias les recordarán sin cesar que por este pecado se perdieron para siempre.

7. Pero los blasfemos no solamente son castigados en el infierno, sino tambien en este mundo. En la ley antigua por estas palabras: El que blasfemare el nombre del Señor, muera apedreado por todo el pueblo: *Et qui blasphemaverit nomen Domini, morte moriatur; lapidibus opprimet eum omnis multitudo* (Lev. 24, 16.); y tambien en la ley nueva eran condenados á muerte despues del emperador Justiniano. 8. Luis rey de Francia los castigaba, haciéndoles agujerear la lengua, y marcar la frente con un hierro candente; y si alguno despues de este castigo volvía á blasfemar, mandó que muriera irremisiblemente ajusticiado. Cierta autor refiere que la ley civil les privaba del derecho de poder ser testigos en tela de juicio; y por la constitucion de Gregorio XIV quedaban eschuidos del derecho de sepultura. Y todavía se queja y se lamenta el blasfemo de lo que le sucede: *Yo no sé en que consiste, dice, pero me veo siempre en la mayor miseria. Alguna excomunion ha caído sobre mi casa*. La verdadera excomunion es la maldita blasfemia que siempre tienes en la boca: esta es la que te hace estar siempre pobre y maldecido de Dios.

8. ; Cuantos ejemplos podria yo citaros de hombres blasfemos que han tenido una muerte desastrada! Cuenta el padre Segneri (tom. 1, Rag. 8.) que dos hombres que habian blasfemado de la sangre de Jesucristo en la Gascuña, fueron muertos en una riña poco despues, y despedazados por los perros. Un habitante de Méjico, reprendido por sus blasfemias, respondió: *En adelante he de blasfemar mas; pero aquella misma noche su lengua quedó pegada al paladar, y murió el infeliz sin dar señales de arrepentimiento*. Omíto otros muchos casos terribles por no molestar, y que podreis leer en el libro *Contra la blasfemia* del padre Sarnelli.

9. Mas para concluir, decidme, blasfemos que me escu-

chais, ¿qué utilidad sacais de esta detestable costumbre? Ella no os causa placer alguno, porque, como dice el cardenal Belarmino, es un pecado sin placer. Ella no os enriquece, porque las riquezas huyen de los blasfemos. Tampoco os acarrea honor, porque cuando blasfemais, llenais de horror á cuantos os oyen, aun á aquellos mismos que tienen la misma costumbre que vosotros, pues todos os llaman *bocas de condenados*. Decidme pues, ¿por qué blasfemais?—*Padre, es una costumbre*. ¿Y creéis que la costumbre os escusará delante de Dios? Si un hijo apalease á su padre, y le dijese despues: *Padre mio, perdonadme, porque esto es una costumbre*, ¿os parece que su padre le escusaria? Decid que blasfemais por la cólera que os causan los hijos, la mujer ó el amo. ¿Mas es cosa justa que descargueis contra Dios y sus Santos, la cólera que estos causaron? *Pero el demonio me tienta*, añade el blasfemo. Si el demonio te tienta, haz lo que hacia cierto jóven, que viéndose tentado de la blasfemia, fué á pedir consejo al abad Pemene, el cual le dijo: que cuando el demonio le volviese á tentar, le respondiera: *¿Y para qué he de blasfemar de aquel Dios que me crió y me hizo tanto bien? Yo quiero alabarte y bendecirte sin cesar*. Y con esta medicina, el demonio dejó de tentarle. Cuando sientes algun rapto de cólera, ¿no puedes decir otras palabras que no sean blasfemias? Por ejemplo: *Maldito sea el pecado: Señor, ayudadme; Virgen Maria, dadme paciencia*. Y si hasta ahora has tenido vicio de blasfemar, renueva el propósito de violentarte para no blasfemar en aquel dia, todas las mañanas desde hoy en adelante, al tiempo de levantarte; y además rezarás á Maria Santisima tres Ave Maria, para que te ayude á conseguir la gracia de resistir á las tentaciones de blasfemia que te asalten. Sí, católicos, detestad este vicio que os conduce al infierno y os hace ingratos contra el mismo Creador que os dió la vida, y contra Jesucristo que os redimió con su preciosa sangre. De este modo evitareis la mala muerte que os espera, y disfrutareis de la gloria de Dios por toda la eternidad. Amen.

FIN.

SERMONES
ACERCA
DE DIVERSAS MATERIAS

por

S. ALFONSO MARIA DE LIGORIO:

traducidos del original italiano

POR D. JOSÉ MARIA DE MORA,

Y REVISADOS

Por el Pbro. D. José Guiva, esclaustrodo franciscano.

ACERCA DE LA UTILIDAD DE LAS SANTAS MISIONES.

CARTA.

1. **H**abiendo recibido la muy apreciada carta de V. S. I. que me demuestra el celo que le anima para enviar misiones á todos los pueblos de su diócesis al dar principio al gobierno de la misma; y quedo enterado al propio tiempo del cúmulo de dificultades que ha suscitado el consabido párroco. Yo, para obedecer los mandatos de V. S. I., que desea manifieste mi dictámen, voy á esponer latemente aquí cuanto en mi concepto crea justo y conveniente en la materia; y á responder juntamente á los fútiles argumentos que opone el entendido párroco.

2. Ello es cierto, I. S. que la conversion de los pueblos es el mayor de los beneficios que Dios concede á los hombres. Respecto de esto, dice el Angélico Doctor Sto. Tomás, que el don de la gracia con que Dios justifica al pecador, sobrepuja á la dádiva de la beatitud gloriosa. (*S. Tom. 1, 2. quest. 443.*) Ahora bien, la conversion de los pecadores es el objeto esclusivo á que tienden las misiones; porque de estas y por medio de las instrucciones y pláticas salea los pecadores ilustrados en el conocimiento de la malicia del pecado, del interés de su propia salvacion, de la bondad de Dios, y trocados de esta suerte sus corazones se quiebran las ataduras de los hábitos viciosos y emprenden una vida enteramente cristiana.

3. Tanto en la ley antigua, como en la ley de gracia dispuso el Señor que las misiones cooperasen á la salvacion del mundo. La fe dice el Apóstol, se propagó con la predicacion; que de modo alguno hubiera producido sus resultados, si los predicadores no hubiesen sido enviados por Dios mismo: *Quomodo credent ei quem non audierunt? Quomodo autem audient sine predicante? Quomodo vero predicabunt nisi mittantur?* (*Rom. 10, 14 et 15.*) Por lo cual, dice S. Gregorio, que el ejercicio de las misiones coincide con el principio del mundo, pues el Señor jamás descuidó de mandar operarios á cultivar su viña: *Ad erudiendum ergo Dominus plebem suam, quasi ad excolendam vineam, nullo tempore destitit operarios mittere.* (*Hom. 49 in Evang.*) Ya en el antiguo Testamento mandó á los profetas para que publicasen la ley, y en el Testamento nuevo envió

á su propio Hijo que nos enseñase la nueva ley de gracia , que fué como la perfeccion y complemento de la antigua: *Novissime diebus istis locutus est nobis in Filio.* (Hebr. 1, 1 et 2.)

4. Mas como Jesucristo fué enviado á predicar únicamente en la Judea , por eso ordenó que , consumada que fuese su muerte, los Apóstoles fuesen á predicar el Evangelio á todas las naciones: *Euntes in mundum universum prædicate Evangelium omni creaturæ.* (Marc. 16, 54.) Y así es que desde que comenzaron las misiones de los Apóstoles principió á fructificar el Evangelio por toda la tierra, conforme ya lo aseguró S. Pablo en su época: *In universo mundo est et fructificat, et crescit.* (Colos. 1. 6.) En seguida los Apóstoles enviaron á sus discípulos á propagar la fe á aquellas regiones que ellos no pudieron visitar. Y sucesivamente , y andando los tiempos , los sumos pontífices y los demás obispos han mandado santos operarios á predicar el Evangelio á diversas naciones , conforme nos lo enseña la historia eclesiástica. En el siglo IV fué enviado á Francia S. Ireneo. En el siglo V el papa Celestino I mandó á Escocia á S. Paladio , y á S. Patricio á Irlanda. En el VI S. Gregorio envió á Inglaterra al benedictino S. Agustin. En el VII , pasaron S. Eligio á Flandes , S. Chiriano á Franconia y S. Suiberto y S. Wolfranno á Holanda. En el siglo VIII S. Gregorio II , encargó la Germania á S. Bonifacio , á S. Wilibrando la Frisia, y á S. Uberto el Brabante. En el IX S. Ascanio pasó á Dinamarca y á Suecia , y S. Metodio á Bohemia , Moravia y Bulgaria. En el XII S. Mainardo fué á Livonia , y S. Oton á Pomerania. En el XIII , el papa encargó á ciertos religiosos Dominicanos y á otros de S. Francisco la predicacion del Evangelio en Grecia , Armenia , Etiopia , Tartaria y Noruega. Esto lo he extractado de la obra intitulada: *Noticias históricas de la Iglesia.*

5. Cóstanos por último las copiosas conversiones de los pueblos de la India oriental y del Japon practicadas en los modernos tiempos por S. Francisco Javier , y en las Indias occidentales por S. Luis Beltran. Paso en silencio muchísimas provincias habitadas por infieles y herejes convertidos por los misioneros y señaladamente la provincia del Chablais , á la cual fué enviado S. Francisco de Sales , que logró convertir en ella á setenta y dos mil herejes. Sabemos tambien que S. Vicente de Paul instituyó , con la aprobacion de la Silla apostólica , una congregacion de sacerdotes destinados á dar ejercicios de mision donde quiera que fuesen llamados ; por cuya razon son denominados: Padres de la Mision. En suma , no hay region del mundo en donde no haya sido plantado el estandarte de la fe , ó se haya llevado á cabo la reforma de costumbres, que no hayan mediado en ello las misiones. Y en ciertos parajes en que no alcanzaron á convertir á los pueblos , ni los

azotes de Dios, ni los terremotos, ni las guerras, ni el hambre, ni las leyes de los monarcas que fulminan castigos contra los reos de homicidio, de hurto, de adulterio, ó de blasfemias, consiguieron las misiones. Por eso dice sabiamente el docto P. Contenson dominicano, que las misiones solo alcanzan de suyo á las almas la vida eterna: *Per solas misiones impletur predestinatio, quæ est transmissio creaturæ in vitam æternam. (Theol. lib. 3. diss. 6. cap. 2.)* De ahí proviene que al acertar á prepararse la mision para un punto cualquiera, échase de ver ostensiblemente los esfuerzos con que se afana el infierno, por el intermedio de sus partidarios para impedir la salida de la mision, porque jamás falta en país alguno ciertas gentes de mal vivir, que rezelosos de que la mision no ponga estorbo á sus intentos, hacen cuanto está de su parte para trastornarla. Y pluguiera á Dios no existiesen quizás ciertos párrocos que, poco exactos en el cumplimiento de sus deberes, y temerosos de que no lleguen á descubrirse sus faltas, procuran con prelestos vanos impedir que la mision vaya á sus pueblos respectivos. Pero en este caso al obispo atañe suplir este vacío, enviando misiones, señaladamente á aquellos puntos cuyos párrocos le conste que son desidiosos, y mucho mas si observáre que son desafectos á las misiones, y no aguardar la espresa peticion del propio párroco, ó del comun del pueblo.

6. Si utilísimas son las misiones respecto de las ciudades, no útiles sino necesarias son para la gente del campo, ya por razon de los sermones, ya tambien de las confesiones. Y en cuanto á los sermones, si bien es cierto que en todos ó en la mayor parte de países católicos hay predicadores cuaresmales; mucho mayor, empero es el fruto que se obtiene de los sermones de mision, que no de las pláticas cuadregesimales; porque los que estas predicán, hacenlo, ordinariamente y aun en las aldeas mismas, encumbrándose en un estilo sublime y florido, ó cuando menos nada adecuado á la corta capacidad de los pobres campesinos. Llevan el sermon sabido de memoria, y no truecan sus conceptos bien hablen con gente culta, bien con ignorantes. Cuando en cierta ocasion se presentaron al cardenal Francisco Pignatelli, arzobispo de Nápoles, para tomar su bendicion, unos predicadores destinados a las aldeas; les inculcó este que hablasen en lenguaje sencillo y vulgar, propio del paraje á donde iban á predicar, en el cual la mayor parte de la gente era rústica, que no saca provecho alguno del sermon, si no se les habla en su propio lenguaje. Y luego añadió: mas vosotros me diréis: *La receta está ya hecha.* Y yo respondo á esto: *Pobres enfermos!* Y con estas palabras les despidió. Sobrada razon tenia de expresarse de esta suerte el santo prelado, porque, ¿que utilidad

para sus males pueden proporcionar al enfermo unos remedios que quizás prescribió el médico en una receta escrita antes de hacerse cargo de la enfermedad?

7. Originase de ahí, y la esperiencia nos lo demuestra, que cuando despues de oido el sermon, se acierta á preguntar á aquellos infelices labriegos, qué fruto han sacado de él, contestan que no han entendido siquiera una palabra, porque el predicador habló siempre en latin. Ya se ve, que no es exacto que tales predicadores echen sus sermones en latin, pero su modo de decir y aquellas maneras nada acomodadas á la inteligencia de cal y canto de aquellos miserables, hacen que se les conviertan las palabras en latines. Digo yo, y no creo atraerme por esto la nota de temerario, que quizás muy preferible fuera para estos pobres ignorantes no acudir jamás al sermon; porque los infelices, tras haber estado una hora ó mas, para escuchar el sermon por sacar de él algun fruto, al ver que nada han entendido, cogen aborrecimiento á la palabra de Dios, y se vuelven peores de lo que eran antes. Siguese de ahí, que al concluir la cuaresma se observan los mismos hábitos perniciosos, las mismas enemistades, se oyen las mismas blasfemias y las mismas palabras obscenas. En este punto mucha es la infelicidad de la gente del campo que, como dice Contenson, no tienen quien vaya á desmigajarles el pan de la divina palabra; por esto dije, que grande es la cuenta que deberán dar á Dios aquellos obispos que no curan de enviar misioneros á semejantes poblaciones: *Tot parvuli in oppidulis petunt panem, et non est qui frangat eis. Væ, prælatis dormitantibus! Væ præsbyteris otiosis!* (Cít. diss. 6.)

8. Pero, replicará alguien, ¿acaso no hay en cada pueblo su párroco que predica los sermones dominicales? Sí señor, efectivamente los hay, pero fuerza es convenir en que no todos desmenuzan, ni saben desmenuzar, el pan á la gente ruda, ni del modo como ordena el concilio de Trento á los pastores de las almas (Sess. 5. cap. 2. de Ref.) en donde se les impone la obligacion: *Ut plebes sibi commissas pro earum capacitate pascant salutaribus verbis, docendo necessaria ad salutem, annunciandoque cum brevitate et facilitate sermonis vitia, quæ eas declinare, et virtutes, quas sectari oporteat.* De lo que resulta, que poco aprovechan á la gente los sermones del párroco, ya porque, como llevo dicho, ó este no entiende el arte de predicar, ó porque predica con demasiada entonacion de voz, ó porque es sobrado difuso en los sermones, ó porque las mas de las veces habla en el sermon de sus intereses propios, ó se lamenta de las injurias que de los parroquianos recibe, y de ahí es, que estos y señaladamente los hombres, que mas necesitados

están de ello , no acuden al sermón , y muchos de intento dejan de asistir á la misa del párroco por no tener que oír la plática. Además , comun es la sentencia de Jesucristo: *Nemo propheta acceptus est in patria sua.* (Luc. 4, 24.) Fuera de que el escuchar siempre una misma voz contribuye á que los sermones causen poca impresion al auditorio.

9. Lo opuesto acontece en los sermones que hacen los misioneros, quienes, dedicados á este ejercicio , los ordenan bien y rectamente y los acomodan á la discrecion no solo de los doctos , sino tambien de los ignorantes. En aquellos sermones , no menos que en las instrucciones se desmenuza el pan de la palabra de Dios ; por manera , que los rústicos se ilustran acerca del conocimiento de los misterios de la fe , de los preceptos del decálogo , y en la manera de recibir fructuosamente los sacramentos , de los medios oportunos para perseverar en la gracia de Dios y acrecentar el fervor para corresponder dignamente al amor divino y agenciar el importante negocio de la salvacion. Esta es la causa de la numerosa concurrencia que acude á las misiones, en las cuales, á mas de oírse el eco de voces nuevas , se les habla en estilo humilde y vulgar. Hállanse además en ellas aquel conjunto de verdades eternas mas adecuadas para conmover al hombre , cuales son la importancia de la eterna salud , la malicia del pecado , la muerte , el juicio, el infierno, la eternidad, que espuestas tan uvidamente, seria por cierto mas maravilloso que dejasen de convertir á un pecador disoluto, que no que produzcan el efecto contrario. Siguese de ahí que crecido número de pecadores que asisten á la mision , sueltan los malos hábitos , desvian las ocasiones próximas, restituyen los intereses usurpados y los menoscabos que ocasionaron. Otros arrancan de cuajo los odios , y perdonan de todo corazon ; puesto que cuando alguno llega á perdonar al enemigo por la intercesion de algun personaje de gran valla , ó por otros respetos humanos, manteniendo viva en el corazon la raiz del odio, este tal conserva el pecado y el incentivo de la futura venganza. No pocos pecadores, en fin , que de muchos años no se han acercado á confesarse , ó se han confesado malamente , lo practican, en tiempo de mision , llevando las disposiciones necesarias.

10. Y este es otro de los grandes beneficios que producen las misiones. Dice el consabido párroco , conforme escribe V. S. I. en su carta , que en las misiones suele absolverse á muchos reincidentes , que necesitáran pasar por una prueba de muchos meses antes de aspirar á recibir la absolucion , y recibienla en la mision á los diez ó á lo mas quince días en que suele ella durar. Y esclama , cómo han de ir semejantes absoluciones ? Respondo yo y di-

go : pluguiese á Dios que en todas las confesiones se trajeran las mismas disposiciones que en las que se efectúan en tiempo de mision , pocas fueran entonces las almas que se condenáran ! Y pregunto yo ahora : ¿ acaso de la prueba del tiempo únicamente se puede venir en conocimiento de las buenas disposiciones del penitente? La prueba que se fia al tiempo suele ser muy falaz. ¿ Cuantas personas no hay que , antes del precepto pasual y á fin de alcanzar entonces la absolucion, se abstienen por un mes, y tal vez mas de los hábitos viciosos , se desvian de las prácticas pecaminosas, y luego despues reinciden en las mismas faltas, cumplido que han el precepto? De donde yo presumo, que mucho mejor puede discernirse de la buena disposicion del penitente por los nuevos conocimientos que en los sermones ha adquirido , por la compuncion de corazon que manifiesta, por la resolucion que toma, y por los medios de que echa mano para alejarse del pecado , que no por la dilacion temporal. Dice S. Cipriano , que no con la longitud del tiempo , sino con el vigor de la gracia se robustece la caridad. Y Santo Tomás , sienta , que á veces el Señor convierte á los pecadores con tal copia de compuncion, que adquieren de golpe una santidad perfecta: *Quandoque tanta commotione convertit (Deus) cor hominis ut subito perfecte consequatur sanctitatem.* (3. p. qu. 8. art. 5. ad 4.) Además , en un concilio de obispos flamencos celebrado en Bruselas, en un decreto que respecta á los confesores se hace la declaracion siguiente : *Confessarius à quibusvis peccatoribus gravioribus , etiam recidivis , stata lege non exigit ; ut per notabile tempus præviam exerceant opera penitentiam ; sed cum SS. Patribus expendat , Deum in conversione peccatoris , non tam considerare mensuram temporis quam doloris.* Por lo demás , aunque el confesor al conceder la absolucion deba estar cierto de las disposiciones que trae el penitente, sin embargo , como la materia del Sacramento de la Penitencia no sea física sino moral , basta una certidumbre tambien moral, que (conforme dice el *Instructor de confesores noveles*) no es otra cosa mas que *un juicio prudente y probable acerca de las disposiciones de los penitentes que no admite duda prudente en contrario.* Los que han practicado misiones y cuantos se han dado al ejercicio del confesionario saben muy bien la diferencia que media entre las confesiones que se oyen fuera del tiempo de mision , y las que en la misma ocurren : en las primeras salta á los ojos , que los pecadores acuden á confesarse con dolor y propósito verdaderos.

44. Aunque de las misiones no se sacase otro provecho que el de poner remedio á tantas confesiones sacrilegas como hacen los sujetos de ambos sexos , con callar los pecados por vergüenza , y especialmente las mujeres, entre las cuales es mas poderoso el ru-

bor, esta sola consideracion, debiera abogar en favor de las mismas misiones. Los males que acarrear las confesiones sacrílegas acontecen mas frecuentemente en las poblaciones cortas en que los pocos confesores que hay, son ó parientes ó conocidos, ó al menos paisanos del penitente, que siempre los tiene á la vista y calla los pecados y comete un continuado sacrilegio en su vida entera, por el rubor que le causa el descubrir sus miserias. Y no pocos reciben los últimos sacramentos y llegan al borde de la muerte, y aun a causa de esta vergüenza maldecida, dejan de descubrir sus pecados. De consiguiente uno de los mas notables efectos que producen las misiones es la reforma de tantas confesiones mal hechas; porque en la mision el penitente sabe de cierto que los confesores son forasteros, que le desconocen, y que marcharán del pueblo al cabo de pocos dias para jamás volver á él; y como de otra parte se halla aterrorizado por las palabras que ha oido predicar, suelta mas fácilmente el veneno de tantos pecados no descubiertos.

12. Y esto me obliga á decir; que los obispos deberian proveer que las misiones en los pueblos se prolongasen todo el tiempo suficiente para que todos los habitantes de la poblacion pudiesen confesarse con los misioneros. De otra suerte, cuando la mision peca por breve con respecto á la muchedumbre de pueblo, acontece que varias personas no pueden confesarse con los Padres, y quedan enredadas en sus conciencias, supuesto que, con los sermones se han removido ciertos escrúpulos, y no es factible que del sermón solo saque plena instruccion acerca de lo que deba practicar para ajustar su conciencia aquella persona, que anda mancillada con acciones pecaminosas, con tratos injustos, ú odios inveterados; por medio de la confesion se conoilia todo esto, y se ordenan los medios congruentes para practicar las réstituciones de intereses ó de fama, para remover las ocasiones que fueron causa de pecado, para proceder al perdon de las injurias; de otra manera vacilando el pecador entre las dudas que ocurren y las dificultades que se cruzan, y privado de la confesion, quedará en mas embarazosa situacion que no estaba anteriormente. Y si alguien hubiese hecho en otros tiempos confesiones sacrílegas, y acierta á no poder confesarse con los misioneros y sí con los sacerdotes del pais, continuará callando sus pecados como de antes. Si la mision es sobrado corta, de modo que no preste tiempo suficiente para que toda la gente del pais vaya á confesarse, sucederá que para muchas almas las misiones serán mas perjudiciales que útiles; porque á muchas personas que, merced á la ignorancia estaban en buena fe, los sermones les habrán hecho entrar en conocimiento de ciertas cosas ocurridas y no sintiéndose con ánimo de descu-

brirlas á los confesores del país , y constituidos ya en mala fe , cometerán sacrilegios y caminarán á su condenacion.

43. Por lo demás , nadie ignora el grande y general beneficio que de las misiones redundaba. Seria no acabar , el intentar hacer en esta carta la descripcion de las conversiones sin cuento que tanto de pecadores como de pueblos perdidos de pecados han conseguido las misiones ; quiero , sin embargo , relatar algunos hechos aunque en corto número. Hablando el célebre Luis Muratori de las misiones del P. Segneri Juniore , en el cap. 9 de su vida , dice : que poblaciones enteras abandonaban sus intereses por acudir á los sermones ; y que ostensiblemente se mostraba en el semblante de cada cual la abominacion al pecado , y la compuncion de corazon de que estaban poseidos : veíanse hollados los respetos humanos , convertidos los mas obstinados pecadores y obligados los sacerdotes á oírles en confesion , no solo de dia , sino aun de noche. Añade que , concluido que hubo la mision , el país apareció completamente trasformado ; ya no hubo mas escándalos , los abusos quedaron reformados , las enemistades rehacias , sosegadas , no se oyeron mas blasfemias , ni imprecaciones , ni palabras deshonestas. Idénticas cosas se hallan escritas tocante á las misiones del P. José de Carabantes , religioso capuchino , y muy en especial se refiere , que estando de mision en cierta ciudad , la gente llegó de tal suerte á compungirse , que casi todos los habitantes recorrían las calles vestidos con hábitos de penitencia , disciplinándose , y pidiendo con lágrimas perdon á Dios de sus pecados. Aun mas , léese en el cap. 45 de la vida de S. Vicente de Paul , que trata de las misiones practicadas por los sacerdotes de la venerable congregacion de la Mision , como estando esta en la diócesis de Palestrina , al salir del sermón cierto jóven á quien un enemigo suyo habia cortado un brazo , topando con él en la plaza pública , se arrojó á sus pies y le pidió perdon del odio que hasta allí le habia tenido , y no satisfecho todavía con esto , puesto de pié , lo estrechó en sus brazos con tales muestras de afecto , que cuantos presenciaron el caso lloraban de júbilo ; y muchos movidos de tal ejemplo , perdonaron á sus enemigos las injurias que de ellos tenian recibidas. En la propia diócesis , dos viudas , que , á pesar de muchas instancias , habian rehusado constantemente perdonar á los homicidas de sus maridos , despues de haber oido un sermón , quisieron perdonar la injuria y se desistieron de su querella , no obstante á ello la oposicion de ciertos sugetos que les persuadian lo contrario , fundándose en que los homicidios eran asaz recientes , de modo que todavía humeaba la sangre de sus maridos. Mas maravilloso es el paso siguiente. En un país , que por dignos respetos dejó de nom-

brar , reinaba de tal suerte el espíritu de venganza que los padres enseñaban á sus hijos como debían vengarse de las mas leves ofensas ; y tan arraigado estaba entre los habitantes del país este funesto vicio , que parecia imposible persuadirles que perdonasen las injurias. Acudían á la mision con la espada al lado , el arcabuz á la espalda , y algunos con otras armas en el cinto. Los sermones no hacian mella alguna para que se moviesen á reconciliarse con sus enemigos ; mas ocurrió que cierto dia , inspirado por Dios el predicador mostró al auditorio el Crucifijo , diciendo : Ea , el que abrigue odio contra su enemigo , venga y abrácese con Jesuoristo en señal de que por amor suyo está pronto á perdonar : al haber concluido estas palabras acercóse un cura , cuyo sobrino habia sido asesinado , dió un ósculo al Crucifijo , y llamando en seguida al homicida , que estaba allí presente , le abrazó de todo corazon. Al ver este ejemplo , y al eco de las palabras del predicador se conmovió el pueblo de tal suerte , que por una hora y media todo fué en la iglesia muchas reconciliaciones y abrazos de parte de los que antes se odiaban , y como se hiciese tarde , prosiguió el mismo afán la mañana siguiente: los padres perdonaban la muerte de sus hijos , las mujeres la de sus maridos , los hijos las de sus padres ó hermanos , con tales lágrimas de ternura que no se saciaban de dar gracias á Dios por el beneficio tan grande que habia concedido á aquel país. Refiérese además , que muchos bandoleros y asesinos de encrucijada conmovidos por el sermon , ó por lo que les contaban los que le habian oido , depusieron las armas , y emprendieron una vida cristiana ; de modo que en una sola mision se convirtieron de ellos poco menos de cuarenta.

14. Cosas estupendas se leen tocante á las misiones en la vida del P. Leonardo de Porto Mauricio religioso franciscano reformado , y entre otras se cuenta que estando de mision en un país de Córcega , llamado Mariana , en el cual las enemistades producian frecuentes homicidios , de modo que ciertas familias llegaron á extinguirse , concluida que fué la mision no hubo persona alguna que quedase por reconciliarse con su enemigo. En otro lugar llamado Casaccone vivia una familia muy rehacia en perdonar , pero como al concluir la mision dijese el predicador que no estendia su bendicion á aquellas personas que no querian deponer su odio , acudió toda la familia , y presentándose la parte contraria se hicieron las paces derramando abundantes lágrimas y pidiéndose mutuamente perdon. Ocurrió en el mismo lugar que informado cierto mozo de que iba á hacerse la mision en aquel pueblo , acudió desde larga distancia para topar en él á un enemigo suyo y darle la muerte ; mas acertando á oir el sermon , depuso inmediatamente

te su odio é hizo una confusion general. Un pueblo llamado Castel d'Acqua estaba dividido en tres numerosas parcialidades enemigas unas de otras ; y como se predicase la mision acudieron los enemistados á la iglesia completamente armados , de modo que se rezelaba iba á haber una carnicería , pero el sermon les infundió tal compuncion , que ellos mismos y de propio impulso fueron á encontrar al predicador y se hicieron mutuas paces. En otro lugar de la isla de Córcega existia una enemistad de veinte años entre dos partidos , que daba lugar á frecuentes homicidios : estando en el pueblo la mision una de las parcialidades rebusaba darse á partido porque estaba abanderizada por cierto sugeto muy obstinado , que se llamaba Lupo : mas viendo este que concluida la mision , todos los demás se habian reconciliado con Dios y quesolo él quedaba enemistado con su divina Majestad volvió sobre sí , volvió en amistad con sus enemigos y todo el mundo quedó en paz. Preparábanse en Liorna muchas diversiones para el carnaval , mas acertando á hacerse la mision , ya no se vieron máscaras , ni bailes , y hasta cesaron las comedias , porque como persona alguna acudia á ellas , tuvieron que cerrarse los teatros. Estas y otras cosas semejantes no son extraordinarias sino comunes á todas las misiones , por lo cual dejo de estenderme mas sobre esta materia.

15. Entremos ahora á tratar de los argumentos que opone el párroco de V. S. I., porque si yo los dejára sin respuesta, quedaria él aferrado en la mala opinion que de las misiones tiene formada. Dice, en primer lugar, que el fruto que de las misiones se saca, se reduce las mas de las veces á ahumadas , que brillan mucho, para apagarse inmediatamente ; porque en cuanto concluye la mision , los malvados son peores que antes. Y yo respondo : pluguiera al cielo que cuantos pecadores se convierten, perseverasen hasta la muerte! En esto se echa de ver cuanta sea la miseria del hombre , pues muchos recobran la gracia de Dios , pero para volver á perderla. Mas si ninguno otro bien produjesen las misiones , es al menos fuera de duda que mientras ellas duran en el pueblo se evitan las acciones malas , cesan los escándalos , no se oyen blasfemias , se da lugar á muchas restitutiones , y se reforman muchas confesiones mal hechas. Ni es tampoco exacto que concluida la mision muchos pecadores se vuelvan peores que antes ; no faltan quienes perseveran en la gracia de Dios , y otros , que si reinciden en sus faltas , se mantienen al menos muchos meses desviados del pecado mortal , y cuando no , adquieren en los sermones mas íntimo conocimiento de Dios , del interés de la propia salvacion , mas horror al pecado , por manera , que si vuelven á caer en él , se apresuran á salir de aquel estado antes

que el deber pascual se lo preceptue. Yo estoy en la certidumbre de que, si alguno de los que han frecuentado los sermones de mision llegan á morir dentro del año, difícilmente se condenará. Por uno y aun por dos años al menos se observa que dura el fruto de la mision, y si sucede lo contrario, la culpa está en los sacerdotes del país que no curan de mantener vivo el fruto de la mision, ya con sus pláticas, ya reuniendo al pueblo para entregarse á la meditacion y á las visitas al SS. Sacramento, y sobre todo con la asidua asistencia al confesionario: de otro modo corto es el fruto que de las misiones resta al cabo del año, ¿y esto porqué? por abandono de los sacerdotes que no quieren dedicarse á lo que les causa fastidio: *Vae praelatis dormitantibus! vae præsbyteris otiosis!* esclama el referido Contenson, *loc. cit.* Cuando la tierra está árida por el trascurso de tres ó cuatro años, fuerza es humedecerla con otra mision.

46. Dice, en segundo lugar, el párroco de V. S. I. que las misiones turban las conciencias, á causa de que se remueven los escrúpulos en los sermones. Linda argumentacion! Con que ¿será preferible, para no turbar las conciencias de los pecadores dejarles alestargados en la culpa y sumidos en aquella funesta paz que es el signo de su condenacion? Se perturban las conciencias? Y ¿que otra cosa pretende el demonio, sino que sus infelices esclavos no sean turbados en la fruicion de aquella paz fementida en que viven para su perdicion? Mas, deber es del pastor enviar á aguijonear á las ovejas que duermen en desgracia de Dios, para que despierten del sueño, y echen de ver el riesgo de la propia condenacion que les amenaza; y para despertar de semejante sueño el mejor medio es la mision.

47. Por esto añadido, que los obispos debieran procurar que las misiones recorriesen hasta las mas humildes aldeas de su diócesis. Dígolo porque en las comarcas sembradas de aldeas suelen los misioneros escoger para la mision un punto céntrico; al cual no acostumbra á acudir aquellos sugetos, cuya conciencia se halla muy sobrecargada de pecados, que son por consecuencia los mas obcegados y menos solícitos por su salvacion: estos tales, ó no se acercan ó se acercan rarísima vez á la mision, cuando esta no se verifica en la iglesia de su propia aldea, cohonestando su falta de asistencia con la mucha distancia, ó con la conclusion del sermón demasiado entrada la noche, ó con lo desapacible del tiempo, y así sucede que se quedan quietos en su lugar, y atascados en el mismo estado de perdicion. Hablo por experiencia propia. En crecido número de lugares en que se decía haber estado la mision, ó porque esta se predicó en algun punto céntrico, ó porque permaneció

muy poco tiempo en el país, hallamos que los habitantes sentían tantas necesidades espirituales, como si tal misión jamás los hubiese visitado; por cuya razón, cuando nuestra humilde congregación se presenta en alguna diócesis, suele recorrer todas las poblaciones de la misma, por reducidas que sean, y permanecer no sea mas que ocho días, puesto que en poblaciones mas populosas se detiene ocho, veinte y hasta treinta días, si necesario fuere, para oír en confesion á todos sus habitantes.

48. Opone, en tercer lugar, la observacion de que, los ejercicios de la misión suelen por lo comun concluir entrada ya la noche, lo cual da lugar á muchos escándalos. Respóndese á esto: Que es preocupacion de cerebros fantásticos creer que de predicarse por la noche los sermones de misión, se originan muchos pecados: en aquellos momentos toda la gente, especialmente la que frecuenta las misiones está aterrorizada; y cuando menos, nadie siente ánimo de armar asechanzas á los demás, porque juzga que no hallará quien corresponda á sus insinuaciones. Pero vaya! demos por caso que algun jóven libertino arme tentaciones á alguna doncella; ¿será esta suficiente razón para cerrar las misiones porque terminan por la noche? Pero dice: *Non sunt facienda mala ut eveniant bona*. Concédolo: mas una cosa es practicar el mal, otra cosa permitirlo; si para evitar todo peligro del daño que puede acontecer, debieran ser abolidas todas las cosas buenas, fuerza seria comenzar prohibiendo las festividades de los Santos, las procesiones, las romerías á lugares devotos, en cuyos actos se desliza siempre algun desórden; aun mas, tuvieran que vedarse la confesion, la comunión, el oír misa, porque en estas prácticas ocurren escándalos y sacrilegios. Pero bien sabemos que la Iglesia no ya permite tales prácticas, sino que las aprueba y preceptua.

49. Predicándose de noche los sermones de misión son causa de que se cometan pecados. Y cuando no hay misiones, replico yo, ¿no se comete pecado alguno? Cuando no hay misiones, siguen las prácticas pecaminosas, las riñas, las blasfemias y todos los escándalos antiguos; con las misiones se evitan, cuando menos por el tiempo en que estas duran, millares de pecados. Pero ¿por qué razón han de predicarse los sermones por la noche? En los parajes en que la gente puede acudir á ellos de día, yo digo tambien que se predique de día, mas bien que no de noche; pero en los lugares en que la gente no puede ir de día al sermón, ¿qué deberá hacerse? No cabe duda, que si en las poblaciones rurales dejan de acudir al sermón los pobres labriegos, que componen la mayor parte del auditorio, se concluyó con la misión; y por mas que uno se esfuerce en encargar á estos aldeanos que acudan temprano, no les

es posible practicarlo, sino cuando han concluido su tarea. Suélese decir en los sermones á los amos y á los arrendatarios que procuran hacer concluir mas temprano el jornal en los dias de mision, pero á semejantes palabras no dan oidos los amos, por no menoscabar sus intereses. De otra parte si los jornaleros no cumplen su jornal, no reciben salario; y faltándoles éste, carecen de pan; y por esta razon por mas esfuerzos que uno haga, la gente de las aldeas no acude al sermón sino muy tarde, hácia la puesta del sol, y repito, que no yendo á oirle los pobres labriegos, se perdió la mision.

20. Opone, además, la reflexion de que ciertos misioneros imprudentes publican en el púlpito los pecados que oyen en el confesionario, lo cual produce odio á las confesiones entre la gente que por no verse corrida en público dejan de confesar sus pecados. Pasmome causa de que el consabido párroco se valga de las mismas expresiones que usan ciertos sugetos de conciencia perdida, y malavenidos con la mision. Lo primero que practican los misioneros al llegar á un país, es informarse con los hombres mas prudentes del mismo, acerca de los pecados que mas comunmente reinan en él, y contra estos enderezan mas fuertemente la moral del sermón. Porque, harto prudentes son los misioneros para hablar en el púlpito de ciertos hechos particulares, que pudieran hacer columbrar las cosas que en las confesiones escucharon. Por lo demás, ¿de qué debe tratarse en el púlpito? ¿Acaso de éstasis, de raptos, de visiones y de revelaciones? El asunto de los sus sermones fórmanlo los pecados mas comunes que ordinariamente se cometen por todas partes, tales como la impureza, las blasfemias, las enemistades, los hurtos y otros á este tenor.

21. Dice tambien que él ha dejado de solicitar se le envíe la mision, porque tal peticion hace entrar á la gente en sospechas de que el párroco no cumple como debe sus obligaciones, y por esto acude á buscar auxilio ajeno. Esta dificultad, ó siquier escusa, lleva al parecer mezclada cierta porcion de soberbia. Yo digo todo lo contrario: lejos de acarrear deshonor al párroco la peticion que de las misiones haga, deshonra es el no pedirla, porque el retraerse de tenerla en su pueblo arguye rezelos de que lleguen á descubrirse sus propias faltas. Cuando el párroco es exacto en el cumplimiento de su ministerio, no dejan de encomiar los misioneros su conducta ante el pueblo y tambien ante el obispo.

22. Dice, por último, que no hace mas de tres años que la mision estuvo en su parroquia, y corta es la utilidad que se saca de las misiones, cuando son sobrado frecuentes, puesto que entonces el pueblo no presta mas oidos á ellas que los pájaros que están en el

campanario. Respondo: comunmente no conviene que las misiones se repitan en un mismo pueblo en corto intermedio de tiempo; sin embargo, el trascurso de tres años no puede considerarse como corto tiempo: es el suficiente para que ordinariamente la gente se haya olvidado ya de los sermones, y muchos hayan reincidido en sus faltas, y muchos mas entibiado su fervor; y con la segunda mision éstos vivifican su fervor, y aquéllos vuelven á levantarse de su caída. Ni es exacto que de la reiteracion de las misiones no se recoja fruto muy abundante; porque si bien al ocurrir la segunda mision no se observa en el pueblo aquella compuncion manifiesta que se mostraba la primera vez, el provecho empero que de ella obtiene la gente es grande, supuesto que muchas personas, que, como llevo dicho, volvieron á sus faltas como el perro al vómito, se levantan del pecado; otras que entibiaron su fervor le adquieren con nuevos bríos, y muchos vuelven al menos á caminar con mayor firmeza por el buen camino; por cuyos motivos nuestra humilde congregacion suele visitar, trascurridos que sean algunos meses, las poblaciones en que estuvo de mision, y practica en ellas la renovacion del espíritu; y la esperiencia nos demuestra el sumo provecho que de tal renovacion resulta.

23. Basta ya: y ahora yo ruego á V. S. I. que prosiga en su buen celo para procurar que las misiones recorran todos los pueblos de la diócesis cada tres años: y no dé oídos á las dificultades que suscitan, cuantos hablan, movidos por interés privado, ó poco conocedores del gran bien que las misiones producen. Ruego tambien á V. S. I. cele, porque, concluidas las misiones, los párrocos mantengan vivos en el pueblo los frutos conseguidos en la mision, prosiguiendo en la práctica de los ejercicios encargados por los misioneros, tales como las visitas al SS. Sacramento, las pláticas familiares de cada semana, el rosario, y otras devociones semejantes; pues acontece, y no raras veces, que por incuria de los sacerdotes del pueblo, se echa á perder la mayor parte del fruto, que en la mision se habia recogido. Pero no quiero molestar mas á V. S. I.: y recomendándome á sus oraciones, beso con todo afecto sus manos, quedando con el mayor respeto, de V. S. I. etc.

ACERCA DE LA UTILIDAD
DE PRACTICAR LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES
EN EL RECOGIMIENTO.

CARTA.

1. **T**ENGO recibida la carta de V. en que me indica hallarse todavía irresoluto acerca de la eleccion de estado; y que habiendo comunicado á su párroco el consejo que yo le dí, de ir á practicar los ejercicios en la casa de campo de su padre, le contestó dicho párroco que no cumplia ir á secarse de melancolía por ocho dias continuos en la soledad, y bastaba asistiese á los ejercicios que dentro breve tiempo él iba á abrir en su propia iglesia. Mas, ya que V. requiere otra vez mi dictámen acerca del punto de los ejercicios, fuerza es, que yo conteste latamente, y le muestre ante todo, cuanto mayor provecho producen estos ejercicios espirituales tenidos en el silencio y en el retiro, que no practicados en público, y teniendo que regresar en seguida á casa en donde continua como anteriormente sus pláticas y conversaciones con parientes y amigos; y con tanta mayor razon, en cuanto, conforme me escribe, carece en su casa de un aposento separado en donde pueda recogerse: estos ejercicios practicados en la soledad son por otra parte para mí muy apreciables, porque á ellos confieso es debida mi conversion y la resolucion que formé de abandonar el mundo. En seguida indicaré á V. los medios y la cautela con que debe procederse, para obtener de ellos el fruto deseado. Ruego, pues, á V. que leida que tenga esta carta se sirva comunicarla asimismo á su señor cura párroco.

2. Entremos, pues, á tratar primeramente de la grande utilidad que reportan los ejercicios practicados en el recogimiento, en donde con nadie se trata sino con Dios; y consideremos ante todo la razon de ello. Las verdades eternas tales como el grave negocio de nuestra salvacion, lo precioso del tiempo que Dios nos concede á fin de que atesoremos méritos para la bienaventuranza eterna, el deber de amar á Dios por ser bondad infinita, y por el inmenso amor que él nos profesa, y otras semejantes, no son perceptibles

sino con los ojos del entendimiento. Es cierto de otra parte, que si nuestro entendimiento no presenta á la voluntad el valor de lo bueno, ó la deformidad de lo malo, la voluntad no se determinará jamás ni á abrazar de suyo el bien, ni á evitar el mal. En esto consiste precisamente la perdicion de los hombres entregados al mundo: como viven sumidos en las tinieblas, y están halagados por los sentidos, no conocen la intensidad de los bienes y de los males eternos, se abandonan al goce de los placeres vedados, y se pierden miserablemente. Por eso nos aconseja el Espíritu Santo, que para evitar de caer en pecado, pongamos siempre los ojos en las postrimerías del hombre, esto es, en la muerte con la cual fenecerán para nosotros todos los bienes de la tierra; y en el juicio de Dios en el cual deberémos dar á Dios cuenta de las acciones de toda nuestra vida: *Memorare novissima tua et in aeternum non peccabis.* (Eccl. 7, 40.) Y en otro pasaje: *Utinam saperent et intelligerent, ac novissima providerent!* (Deut. 32, 29.) Cuyas palabras nos indican que si los hombres atendiesen como deben á las cosas de la otra vida, agenciáran indudablemente su santificacion, y huyeran del peligro de pasar una vida infeliz por toda una eternidad. Ellos cierran los ojos por no ver la luz, y ciegos como están, se arrojan en un cúmulo de males. Por eso, los Santos no cesaban de rogar al Señor que les iluminára con su luz: *Illumina oculos meos ne unquam obdormiam in morte.* (Ps. 12, 4.) *Deus illuminet vultum suum super nos.* (Ps. 66, 2.) *Notam fac mihi viam in qua ambulem.* (Ps. 142, 8.) *Da mihi intellectum et discam mandata tua.* (Ps. 148, 43.)

3. Ahora bien, cumple para alcanzar esa divina luz acercarse á Dios: *Accedite ad eum et illuminamini.* (Ps. 33, 6.) Porque, conforme dice S. Agustin, así como no podemos ver el sol, sino con la luz del propio sol; tampoco podemos ver la luz de Dios, sino con el auxilio de la luz del mismo Dios: *Sicut solem non videt oculus, nisi in lumine solis, sic Dominicum lumen non poterit videre intelligentia, nisi in ipsius lumine.* Y esa luz se alcanza en los espirituales ejercicios que nos aproximan á Dios, y Dios nos ilumina en ellos con su propia luz. Clfranse los ejercicios espirituales, á desasirse por cierto tiempo del comercio del mundo, y sustraerse del bullicio para entrar á solas en conversacion con Dios. Allí Dios habla con nosotros por medio de las inspiraciones, y nosotros correspondemos á sus palabras, entregándonos á la meditacion, al amor divino, al arrepentimiento por los disgustos que hemos ocasionado á su divina Majestad, ofreciéndonos en servicio suyo para en adelante con toda la intensidad de nuestro amor, suplicándole nos muestre su voluntad, y nos dé fuerzas para cumplirla. Job decia: *Nuno enim... requiescerem cum regibus et consilibus terrarum qui edificant sibi solitu-*

dines. (Job 3, 43 y 44.) ¿Quiénes son esos reyes que fabrican para sí mismos el lugar del retiro? Son, al decir de S. Gregorio, los que menosprecian el mundo y se desprenden del bullicio que en el mismo reina, por hacerse dignos de entrar en coloquio con Dios: *Edificant solitudines, id est, seipsos a tumultu mundi (quantum possunt) elongant, ut soli sint, et idonei loqui cum Deo.* (S. Greg. in Job loc cit.) Meditaba S. Arsenio acerca de los medios conducentes á su santificación, cuando he aquí que Dios le hace sentir estas palabras: *Fuge, tace, quiesce*: huye del mundo, cierra tus labios, deja la conversacion de los hombres, y concréte á hablar solamente conmigo; y descansarás sosegado en el retiro. Y en su conformidad, escribía S. Anselmo estas palabras á un sugeto afanado en los negocios del siglo que se lamentaba por no tener un momento de sosiego: *Fuge paululum occupationes tuas, absconde te modicum a tumultuosis cogitationibus tuis; vaca aliquantulum Deo et requiesce in eo. Dic Deo: Eia nunc doce cor meum, ubi et quomodo te queram; ubi et quomodo te inveniam.* Palabras que cuadran perfectamente á la persona de V. Huye, le dice, por un momento de esos cuidados terrenos que te traen desasosegado, y retírate á descansar en tu Dios. Dile: Señor, mostradme donde podré hallaros, y como podré hallaros, á fin de poder conversar á solas con vos, y escuchar al propio tiempo vuestras palabras.

4. Sí, que Dios se presta á hablar con el que le busca, pero no en el tumulto del mundo: *Non in commotione Dominus*, se le dijo á Elias (3. Reg. 19. 11.) cuando Dios le llamó á la soledad. La voz de Dios, dice el mismo pasaje vers. 12, se asemeja al silbido del viente-cillo suave: *Sibilus auræ tenuis*; que apenas se hace sensible, no á los oídos corporales, sino á los del espíritu, y sopla sin estrépito y con sosegada quietud. Esto mismo dice el Señor por el profeta Oseas: *Dueam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.* (Os. 2. 14.) Cuando Dios quiere atraerse á sí una alma, la lleva á lugar solitario, desviada de las intrigas del mundo y del comercio humano, y le habla allí con sus palabras de fuego: *Ignitum eloquium tuum*, (Psal. 118, 140.) Dícense de fuego las palabras de Dios porque derriben el alma, conforme dice la Esposa sagrada: *Anima mea liquefacta est ut (dilectus meus) locutus est* (Cant. 5, 6.); y la disponen mas fácilmente á doblegarse á los mandatos de Dios, y á recibir la forma de vida que á Dios plazoa exigir de ella; palabras de accion tan eficaz, que al propio tiempo que resuenan en el alma, operan lo que Dios de ella exige.

5. Cierta dia el Señor dijo á Sta. Teresa: *Cuantos deseos tuviera yo de hablar á ciertas almas, pero el mundo mueve tanto estrépito en su corazon, de suerte que mi voz no puede hacerse oír en ellas. Ojalá*

se desvidran un poco del mundo! Por manera, estimado señor mio, que Dios quiere hablar con V. á solas y en el retiro, no en la morada de V., en donde los parientes, los amigos y las tareas domésticas mueven estrépito en el corazon ó impiden llegue á él el eco de la divina voz. Ved ahí porque los Santos abandonaron su patria y su morada y corrieron á encerrarse en las grutas en los desiertos ó tal vez en las celdas de algun convento, para poder hallar á Dios y escuchar sus palabras. Refiere S. Eucherio (*Epist. ad S. Hilari.*) que cierto sugeto que se afanaba buscando en que lugar pudiese hallar á Dios, fué por fin á tomar consejo de cierto maestro espiritual, quien le condujo á un lugar solitario, diciéndole estas únicas palabras: *He ahí donde se halla á Dios*, que fué darle á entender que Dios no se halla entre el tumulto del mundo, sino en la soledad. Asegura S. Bernardo que mas alto conocimiento de Dios adquirió entre las hayas y las encinas de los bosques, que no en cuantos libros habia estudiado. La gente del mundo aprecia por carácter las conversaciones con los amigos, las francachelas y las diversiones, pero el deseo de los Santos es el de retraerse á lugares solitarios en la espesura de las selvas en las cavernas, para ocuparse esclusivamente en platicar con Dios que en la soledad se franquea á las almas en conversacion familiar como un amigo á otro amigo. *Oh solitudo*, esclama S. Jerónimo, *in qua Deus cum suis familiariter loquitur ac conversatur!* Solia decir el P. Vicente Carafa, que si algo hubiese tenido que desear en el mundo, se hubiera contentado con pedir una reducida cueva, un mendrugo de pan y un libro espiritual, para poder vivir desviado de los hombres y tratar únicamente con Dios. El Esposo de los Cantares encomia la belleza de una alma solitaria, y la compara á la hermosura de la tórtola: *Pulchræ sunt genæ tuæ sicut turturis.* (*Cant.* 4. 9.) Porque la tórtola evita la compañía de las demás avecillas, y vive siempre en lugares solitarios. Y de ahí es que los ángeles quedan llenos de admirable júbilo al contemplar la belleza y el resplandor de que va ornada cuando sube al cielo una alma, que pasó en este mundo una vida retraida y solitaria, como en un desierto: *Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens?* (*Cant.* 8. 5.)

6. Cumplame escribir á V. todas estas cosas para infundirle amor á la soledad; y confio que en los ejercicios próximos, no se secará de tedio, conforme le dice ese señor párroco; Dios hará gustar á V. tal copia de delicias espirituales, que saldrá muy adicto á los ejercicios de modo que no dejará de practicarlos cada año. Ellos prestan inmenso auxilio al alma en cualquier estado de vida que se eligiere: porque puesto el hombre en el mundo, los negocios, los disturbios y las distracciones llevan siempre cierta aridez

al espíritu , que pide ser de cuando en cuando humedecido y renovado , como exhorta á hacerlo el Apóstol: *Renovamini autem spiritu mentis vestrae*. (Ephes. 4. 23.) Abrumado el rey David por los cuidados de la tierra , anhelaba volar y huir del mundo para encontrar reposo: *Quis dabit mihi pennas, volabo et requiescam?* (Ps. 54 , 9.) Y como no podia salir corporalmente del mundo , andaba solícito buscando de tiempo en tiempo un abrigo donde guarecerse de las intrigas del reino cuyas riendas empuñaba , y puesto en la soledad hallaba sus delicias en la conversacion con Dios , y de este modo su espíritu sosegaba en paz: *Ecce elongavi fugiens et mansi in solitudine* (Ibid. vers. 8.) Jesucristo mismo , que ninguna necesidad sentia de estar en la soledad para recogerse en Dios , se desviaba frecuentemente del comercio de los hombres y se retiraba á hacer oracion en el monte ó en el desierto á fin de dársenos por ejemplar: *Dimissa turba, ascendit in montem solus orare* (Matth. 14. 23.) *Ipse autem secedebat in desertum et orabat*. Luc. 5. 16. Y ordenaba á sus discipulos que tras las fatigas de sus misiones , se retirasen para dar descanso á su espíritu , á un lugar solitario : *Venite seorsum in desertum locum, et requiescite pusillum*. (Marc. 6. 31.) Dando á entender con estas palabras , que aun en medio de las tareas espirituales el espíritu se relaja algun tanto , con el continuo trato de los hombres , de suerte que menester es restaurarle en el recogimiento.

7. Los hombres del mundo , avezados como están á las diversiones , á la conversacion , á los convites y á los juegos , juzgan que en la soledad , en donde se carece de tales pasatiempos , se padece un tedio insoportable ; y así acontece en verdad á cuantos tienen la conciencia maculada con pecados , porque cuando andan ocupados en los negocios del mundo , no aciertan á parar su atencion en los intereses del alma ; pero al hallarse libres de negocios , y puestos en la soledad en donde no curan de buscar á Dios , cargan sobre ellos los remordimientos de su conciencia , y lejos de hallar en la soledad del retiro apacible calma , hallan tedio y desasosiego. Pero traedme una persona que vaya en busca de Dios , y esta lejos de hallar tedio en la soledad , encuentra júbilo y satisfaccion. Así lo afirma el Sabio diciendo : *Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tedium convictus illius, sed lætitiā et gaudium* (Sap. 8, 16.); que no acarrea sinsabor ni disgusto el conversar con Dios , sino que infunde júbilo y sosiego. Cuando llegada la sazón de salir al campo los cardenales iban á esparcirse en sus quintas , el venerable cardenal Belarmino se retiraba á una casa solitaria á practicar un mes de ejercicios , y decia que aquel era su recreo , y realmente mas copia de delicias hallaba allí su espíritu , que los demás en todos sus pasatiempos. S. Carlos Bor-

romeo entraba dos veces al año en ejercicios , en los cuales hallaba las delicias del paraíso; y cierto año que estaba practicándolos en el monte Varalo , le acometió la última enfermedad que lo condujo á la muerte. También solía decir S. Jerónimo que la soledad era su paraíso en la tierra: *Solitudo mihi paradisus est.* (*Epist. 4, ad Rust.*)

8. Pero, dirán tal vez, qué satisfacción puede hallar una persona sola sin tener con quien distraerse? No , contesta S. Bernardo, no está en la soledad aquella persona que va en busca de Dios; porque Dios mismo está en su compañía , y le infunde mayor placer que si estuviera disfrutando de la de los príncipes mas poderosos de la tierra. Jamás , esclama el santo abad , jamás estuve menos solitario, que cuando estaba solo : *Numquam minus solus, quam cum solus.* (*Ep. ad Fr. de M. etc.*) Describe el profeta Isaías las dulzuras que Dios proporciona al que va á huscarle en la soledad, y dice: *Consolabitur Dominus Sion et consolabitur omnes ruinas ejus: et ponet desertum ejus quasi delicias , et solitudinem ejus quasi hortum Domini. Gaudium et lætitia inveniatur in ea, gratiarum actio et vox laudis.* (*Isa. 51. 3.*) Muy bien sabe el Señor dar consuelos al alma separada del mundo; compénsale con muchas creces la pérdida de los placeres de que deja de disfrutar en la tierra; convierte para ella la soledad en delicioso vergel en donde halla una paz que sacia sus deseos; y segregada del tumulto mundano , ofrece exclusivamente gratitud y alabanza á aquel Dios que con tal cariño la trata. Aunque la soledad no proporcionára otro placer que el de hacer entrar en conocimiento de las verdades eternas , esta circunstancia bastara de por sí para hacérsela apreciable. Es propio de las verdades divinas dejar saciada al alma en cuanto haya alcanzado á conocerlas ; lo contrario acontece con las vanidades del mundo, que son meramente demencia y corrupcion. Y este es cabalmente el placer intenso que se halla en los ejercicios espirituales practicados en el silencio; allí se reconocen al través de luz clarísima las máximas cristianas , el peso de la eternidad , la fealdad del pecado, el precio de la gracia , el amor de Dios para con nosotros , la vanidad de los bienes terrenales , la demencia de los que con el fin de conseguirlos pierden los bienes eternos, y aceptan una eternidad de penas.

9. De ahí proviene que á la vista de semejantes verdades el hombre acuda á escogitar los medios mas eficaces para afianzar su salud eterna , se ponga sobre sí , como dice Jeremías : *Sedebit solitarius et tacebit quia levavit se super se* (*Thren. 3. 28*), y desprendiéndose de todo afecto terreno, se una á Dios por medio de la oracion y del vehemente deseo de ser completamente suyo, ofreciéndosele

todo entero, y reduplicando los actos de arrepentimiento, de amor, de resignacion, para sobreponerse á las cosas creadas y reirse de cuantos colocan su aficion en los bienes del siglo, que él menosprecia altamente conociendo que son sobrado diminutos y nada dignos de atraerse el amor de un corazon creado espresamente para amar á un bien infinito como es Dios. Tan cierto es que al salir de los ejercicios se halla el hombre muy perfeccionado y muy distinto de lo que era cuando entró á practicarlos. Segun dictámen del Crisóstomo, el recogimiento es un auxilio maravilloso para alcanzarla perfeccion: *Ad adipiscendam perfectionem magnum in successu subsidium*. Por esto escribe un docto autor (citado por Com. pág. 213) tratando de los ejercicios espirituales: *Felix homo, quem Christus, è mundi strepitu in spiritalia exercitia et solitudinem celesti amœnitæ florentem, inducit*. Dichoso aquel que desprendido del tumulto mundano consiente á ser conducido por la mano del Señor á los ejercicios espirituales, en donde se disfruta de una soledad que participa de las delicias celestiales. Buenos son los sermones predicados en la iglesia, mas si el auditorio no atiende á meditar los conceptos que ha oido, corto será el fruto que de los mismos podrá sacarse; de las reflexiones se originan las resoluciones santas; mas estas reflexiones no se hacen del modo debido, si no se practican en el recogimiento. La concha que ha recibido el rocío del cielo cierra inmediatamente sus valvas y baja al fondo del mar para formar la perla. No cabe duda alguna, que para conseguir en los ejercicios un fruto perfecto, conviene meditar en silencio, y hablar á solas con Dios, acerca de las verdades que ya en los sermones ya en los libros han ido recogiendo. Por eso S. Vicente de Paul invitaba en la mision á sus oyentes á practicar los ejercicios en lugar segregado y solitario. Una sola máxima de santidad bien meditada, basta para hacer santo á un hombre. S. Francisco Javier abandonó el mundo por la impresion que hizo en su mente esta máxima del Evangelio: *Quid prodest homini si universum mundum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* (Matth. 16, 26.) Movido cierto estudiante por una máxima que acerca de la muerte le inculcaba un buen religioso trocó la mala vida que llevaba, en una vida santa. Otra máxima sobre la eternidad que S. Clemente de Ancira oyó repetidas veces á su madre: *Negotium pro quo contendimus vita æterna est*, le infundió fuerzas para sufrir con placer por amor de Jesucristo la multitud de tormentos que le mandó aplicar el tirano.

40. Y para formar cabal concepto del bien que producen los ejercicios practicados en el retiro, lea V., si le cayere á la mano, cualquier libro que trate de esta materia, y vea cuantas y cuan

prodigiosas conversiones han sido obradas por medio de los ejercicios. Voy á referir de paso algunas de ellas. Cuenta el P. Maffei, que vivia en Sena un sacerdote que daba públicos escándalos : acertó á pasar por aquella ciudad un misionero con quien entró en ejercicios , y no solo reformó sus costumbres y se confesó , sino que hallándose un dia en cierta iglesia , colmada de gente , subió al púlpito , derramando copiosas lágrimas , y con un dogal al cuello , pidió á todos perdon de los escándalos que les habia dado y luego tomó el hábito de capuchino , y murió en olor de santidad; y decia en aquel trance que se reconocia deudor á los ejercicios espirituales del bien que disfrutaba. Refiere tambien el P. Bartoli (lib. 5) que cierto caballero aleman, encenagado en toda suerte de vicios que habia llegado á dar su alma al demonio con cédula firmada con su propia sangre , practicó los ejercicios, y concibió tal contricion de sus pecados , que se desmayó muchas veces por la intensidad del dolor , y siguió el resto de sus dias haciendo una vida religiosa. Relata el P. Rosignoli (Notic. mem. de Es. tom. 3.) que en Sicilia vivia el hijo de un baron , tan disoluto de costumbres , que viendo su padre que eran inútiles cuantos medios habia puesto por obra para corregirlo se vió obligado por fin á enviarlo á las galeras entre los forzados; compadeciéndose de él un buen religioso , fué á verle , le persuadió valiéndose de maneras suaves que allí mismo en la galera entrase en la meditacion de ciertas máximas eternas , y concluidas que tuvo aquellas meditaciones , quiso el jóven hacer una confesion general y se operó tal conversion en sus costumbres , que su padre lo admitió con gran júbilo otra vez en su casa , y siguió apreciándolo en lo sucesivo.

44. Otro jóven flamenco , que practicó los ejercicios y se convirtió de la vida malvada que llevaba , decia á sus amigos que se pasmaban al verle tan trocado : Os maravillais de mi mutacion ; pues yo os diré , que si el demonio mismo fuere capaz de entrar en ejercicios se convirtiera á penitencia. Un religioso jóven , de tan pésimas costumbres que se hacia intolerable á todos , fué enviado por sus superiores á hacer ejercicios ; al ir á practicarlos mofábase de ellos , y decia á sus amigos : preparad las coronas , que á la vuelta no las habrá suficientes para mí. Pero en cuanto hubo hecho los ejercicios , cambió su vida de tal manera , que fué el ejemplar de los otros religiosos , quienes observando aquella mutacion quisieron todos ellos tener tambien sus ejercicios. Viendo ciertos jóvenes que unos amigos suyos iban á ejercicios , quisieron acompañarles no con objeto de aprovecharse de ellos , sino para mofarse de sus devociones en la conversacion ; pero vino todo lo contrario , pues de tal suerte se compungieron en ellos ,

que rompieron en lágrimas y gemidos, todos se confesaron y mudaron de vida. Hechos como estos pudiera citarlos á millares, pero no quiero pasar por alto el caso sucedido á una religiosa del convento de Torre de Specchi en Roma que presumia de literata, pero llevaba una vida muy desviada de la perfeccion. Comenzó con muy mala voluntad los ejercicios que en el monasterio se practicaban, pero á la primera meditacion que se hizo acerca del fin del hombre sintió tal impresion que comenzó á derramar lágrimas, y fué al padre espiritual y le dijo: *padre quiero hacerme santa, y á no tardar*. Mas cosas se le ocurrían todavía para decir pero las lágrimas embargaron su voz. Recogióse despues á la celda y púsose á escribir en un papel, que se entregaba toda entera á Jesucristo, y emprendió una vida penitente y retirada hasta la muerte. Aunque no hubiera motivo relevante para tener en mucho á los ejercicios espirituales, bastaria á ello saber el aprecio que de los mismos hicieron muchos varones insignes en santidad. S. Carlos Borromeo emprendió una vida perfecta desde que por primera vez hizo los ejercicios en Roma. S. Francisco de Sales se reconoce deudor á los ejercicios de la perfeccion de vida. El santo varon P. Luis de Granada, decia que no era suficiente toda la duracion de la vida para explicar el profundo conocimiento de las cosas eternas que le habian infundido los ejercicios. Llamábalos el P. Avila escuela de sabiduría celestial, y queria que á ellos acudiesen todos sus discipulos. Y el P. Ludovico Blosio, benedictino, decia, que debian darse á Dios gracias muy especiales por haber descubierto para la Iglesia en estos modernos tiempos el tesoro de los ejercicios espirituales.

42. Y si para las personas de toda condicion son de gran auxilio los ejercicios, sube de punto su utilidad para aquellas que se hallan en el caso de elegir estado y aun hallo escrito que el objeto principal de la institucion de los ejercicios, fué la eleccion de estado, del cual depende la salud eterna de cada cual. No se intenta decir que debemos esperar que baje del cielo un ángel y .nos indique la eleccion que conforme á la voluntad de Dios, debemos hacer; basta poner ante los ojos el estado que intentamos tomar, considerar el fin que á esta eleccion nos induce y pesar las circunstancias que en el mismo se hallen.

43. Y esta es la principal razon que me hace desear que emprenda los ejercicios en silencio, para que se resuelva en la eleccion de estado. Por lo cual, ruégole que en cuanto los haya comenzado como confio lo hará, ponga en práctica cuanto aquí voy á decir. En primer lugar, la única intencion que debe V. llevar en los ejercicios, es la de saber cual sea la voluntad de Dios respecto de V.:

por esto al encaminarse á aquella casa solitaria , diga entre sí : *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus* (Ps. 84, 9.) : voy á saber lo que me dirá el Señor y lo que quiere de mí. Cumple además tener una voluntad pronta y resuelta de obedecer á Dios, y seguir, sin poner cortapisas, los llamamientos que se dignase hacer : y suplicar ahincadamente al Señor le muestre para qué estado le llama su divina voluntad. Pero adviértase que para obtener esa luz fuerza es que la súplica sea dirigida á Dios con suma indiferencia. Pedir á Dios nos dé su luz para acertar en la eleccion de estado pero pedirselo no con cabal indiferencia, sino, en vez de disponerse á conformarse con la voluntad de Dios, pretender que Dios se acomode á nuestros deseos, es asemejarse á un piloto, que fingiere pero realmente no quisiere que la nave siguiese su derrota, y echáre áncoras al propio tiempo que tendiere las velas ; sobre los que tales súplicas enderezan á Dios no derrama el Señor sus luces ni les dirige su palabra. Mas si eleváre al Señor las súplicas con indiferencia y propósito de seguir su voluntad, entonces el Señor le mostrará claramente el estado mas conveniente para V. Y si la repugnancia contrastáre, ponga los ojos del entendimiento en el punto de la muerte, y considere qué estado hubiera preferido haber elegido en aquel trance ; y abrácele.

44. Lleve consigo á la casa de ejercicios un libro de las meditaciones que en ellos suelen hacerse ; la lectura de las cuales sustituirá á los sermones ; cerrando dicha lectura así por la mañana como por la noche con media hora de reflexiones. Procure llevar tambien algun libro de las vidas de los Santos, ú otro libro espiritual para hacer las lecciones y tales libros sean sus únicos compañeros en los ocho dias de retraimiento. Requiérese además, para obtener la divina luz y oír las palabras del Señor, desviar de sí toda distraccion : *Vacate et videte, quoniam ego sum Deus.* (Ps. 45, 44.) Para sentir la vocacion divina, fuerza es retraerse del trato del mundo. Poco aprovechan al doliente los remedios que no tomáre con las precauciones debidas, como resguardarse del aire vivo, de los maujares nocivos, del mucho trabajo mental ; asimismo, para que los ejercicios aprovechen á la salud del alma, conviene remover las distracciones nocivas, como recibir las visitas de los amigos, los recados de fuera de casa, las cartas que fueren llegando. S. Francisco de Sales, solia, cuando estaba de ejercicios, dejar á un lado las cartas que iba recibiendo, y no las leia hasta concluidos aquellos. Cumple tambien dejar de leer los libros de pura curiosidad y hasta los de estudio, porque entonces conviene estudiar únicamente en el Crucificado. Por lo tanto, absténgase V. de tener en el aposento otros libros mas que los espirituales ; y

léalos, no por impulso de mera curiosidad, sino con el fin de ayudarle á resolver acerca de la eleccion de estado, á que Dios le tuviere llamado.

15. Ni basta aun rechazar las distracciones que vienen de lo exterior sino remover tambien las interiores; porque al detenerse con plena deliberacion en pensar en las cosas del mundo, ó que atañen al estudio, ú otras semejantes, de poco servirán los ejercicios espirituales, ni el retiro. Dícenos S. Gregorio: *Quid prodest solitudo corporis, si defuerit solitudo cordis?* (Mor. lib. 10, cap. 12.) Pedro Ortiz, agente de Carlos V, entró en cierta ocasion á practicar ejercicios en el monasterio de Monte Casino, y al llegar á los umbrales del edificio, dirigió á sus pensamientos las palabras que dijo el Salvador á sus discípulos: *Sedete hic donec vadam illuc et orem*, (Matth. 16, 36.): pensamientos mundanos quedaos fuera, y concluidos los ejercicios volverémos á vernos y platicar. Llénese todo el tiempo de los ejercicios exclusivamente en lo que pertenece al provecho del alma, y no se pierda momento alguno. Suplícole, por último, que lea mientras duren los ejercicios esta breve oracion que pongo aquí:

Dios mío, yo soy aquel infeliz pecador que os menosprecié en los pasados tiempos, mas ahora os estimo y amo sobre todas las cosas, y no deseo amar sino solamente á vos. Vos me quereis para vos todo entero, y yo quiero ser enteramente vuestro. Loquere, Domine, quia audit servus tuus: mostradme vuestra voluntad para conmigo, á fin de que yo la cumpla sin reserva; é indicadme especialmente el estado en que quereis que yo os sirva: Notam fac mihi viam in qua ambulem.

Encomiéndese V. en los ejercicios muy señaladamente á Maria, Madre de Dios, rogándole le alcance la gracia de cumplir exactamente la voluntad de su divino Hijo; y no olvide tampoco al practicarlos de encomendarme á Jesucristo, que yo no dejaré de hacerlo, y muy especialmente por V., para que el Señor le santifique como yo deseo; con lo cual, me ofrezco de V. etc.

DISCURSOS

PROPIOS PARA TIEMPOS EN QUE SE SUFREN PÚBLICAS CALAMIDADES.

Nótese, que estos discursos no se dan aquí en toda su estension, sino que van meramente indicados ciertos pasajes que pertenecen á los asuntos respectivos, tocándose muy por encima el espíritu de los mismos, á fin de ofrecer á los predicadores materia para estenderlos y amplificarlos á su sabor, agregándoles despues la moralidad contra los vicios, en donde mejor les conviniere.

DISCURSO I.

DIOS AMENAZA CASTIGARNOS, PERO PARA PRESERVARNOS DEL CASTIGO.

Heu, consolabor super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis. ISA. I. 24.

VED ahí como habla Dios, cuando trata del castigo y de la venganza: dice que se ve apremiado por la justicia á tomar venganza de sus enemigos. Pero notad aquí y penetrad el sentido de la palabra *Heu*: este vocablo es una espresion de dolor, que nos manifiesta que á caber en Dios posibilidad de llorar antes de proceder á castigarnos, derramára lágrimas amargas al verse obligado á colmarnos de afliccion á nosotros que somos criaturas suyas, á quienes apreció hasta dar su propia vida por nuestro amor: *Heu*, dice Cornelio á Lápide, *dolentis est vox, non insultantis: significat se dolentem et invitum punire peccatores*. Nó; ese Dios, que es el padre de las misericordias, que tan tiernamente nos ama, no se complace cuando nos castiga y nos aflige, sino cuando nos perdona y nos consuela: *Ego enim scio cogitationes quas ego cogito super vos, ait Dominus, cogitationes pacis et non afflictionis.* (Jerem. 29, 11.) Pero, dirá alguien, si esto es realmente así, ¿ como es que

Dios nos aplica ahora sus castigos, ó nos amenaza con ellos? ¿Como? Porque quiere usar de sus misericordias; el enojo que ahora nos demuestra, es todo paciencia y misericordia. Tengamos pues entendido, oyentes míos, que el Señor se presenta airado, no ya para castigarnos, sino para que abandonemos nuestros pecados, y le demos ocasion de perdonarnos. He ahí el asunto de mi discurso: *Dios amenaza castigarnos para preservarnos del castigo.*

Las amenazas de los hombres son ordinariamente un efecto de su soberbia é impotencia; de ahí es que en cuanto ellos alcanzan á satisfacer su agravio, no acuden á las amenazas, á fin de no prestar á sus enemigos ocasion de eludir la venganza. Solo, cuando carecen de poder suficiente para tomar satisfaccion de la injuria recibida, apelan á las amenazas, por cumplir en cierto modo con su enojo, afligiendo por este lado á sus enemigos. No de esta conformidad son las amenazas con que Dios nos conmina, su naturaleza es diametralmente opuesta á esotras. Que no por impotencia de castigarnos nos amenaza Dios, pues bien pudiera castigarnos cuando le pluguiere, sino que tolera nuestras faltas, para alcanzar á vernos arrepentidos y exentos de castigo: *Dissimulas peccata hominum propter pœnitentiam.* (Sap. 11. 24.) Lejos de conminarnos sus amenazas movido por el odio para afligirnos con el temor, Dios nos amenaza por amor, para que nos convirtamos y evitemos el castigo; nos amenaza porque rehusa vernos sumidos en la perdicion; nos amenaza en fin porque aprecia nuestras almas: *Parcis autem omnibus, quoniam tua sunt, Domine, qui amas animas.* (Sap. 11. 27.) Fulmina amenazas, pero en el entre tanto, nos sufre y suspende el castigo, porque no quiere vernos condenados, sino enmendados: *Patienter agit propter vos, nolens aliquem perire sed omnes ad pœnitentiam reverti.* (2. Petr. 3. 9.) Y en efecto, las amenazas de Dios son voces tiernas y amorosas que nos da su bondad, solícita en salvarnos por su medio de las penas que merecemos.

Esclama Jonás: *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur.* (Jon. 3. 4.) Pobres Ninivitas, les dice, ya apremia el tiempo de vuestro castigo: yo os lo annuncio de parte de Dios; sabed que á la vuelta de cuarenta dias Ninive quedará destruida y no existirá ya mas sobre la tierra. Mas, como avino que Nínive hiciese penitencia, y quedase libre del castigo: *Et misertus est Deus* (ibid. 10.) afligióse Jonás de este perdon, y lamentándose con el Señor: yo, por esta razon, le dijo, huía á Tar-

sis, porque sé cuan piadoso sois, y que tras las amenazas dejais de castigar: *Scio enim quia Deus clemens et misericors es, et ignoscens super malitia.* (Jon. 4, 2.) Desde allí huyó el profeta á Ninive, y hallándose en mitad del campo se acogió bajo una yedra para guarecerse de los rayos de un sol abrasador: mas qué hizo Dios? Permitió que la yedra quedase agostada, de lo cual concibió Jonás tanta pena que deseaba la muerte. Entonces le dijo el Señor. *Tu doles super hederam in qua non laborasti neque fecisti ut cresceret.... et ego non pascam Ninive?* (Jon. 4, 10.) Tú te lamentas por la pérdida de la yedra, que tú no criaste, ¿y no quieres que yo perdone á los hombres á quienes formé con mis propias manos? La destruccion que el Señor manda intimar contra Ninive, no fué, conforme al sentir de S. Basilio, una profecía, sino una sencilla amenaza de la cual se proponia obtener la conversion de aquella ciudad. Muchas veces Dios se muestra airado con nosotros, dice el Santo, pero para usar de misericordia, y lanza sus amenazas no para castigarnos, sino para preservarnos del castigo: *Indignans miseretur, et minitans, salvare desiderat.* Y añade S. Agustín: el que os dice, *guardaos....* no lleva intencion alguna de dañaros: *Qui clamat tibi, observa, non vult ferire.* Y he aquí precisamente lo que Dios practica con nosotros: nos amenaza con sus castigos, dice S. Jerónimo, no para descargarlos sobre nosotros sino para librarnos de ellos, como nosotros al oir sus avisos acudamos á enmendarnos: *In hoc clementia Dei ostenditur; qui enim prædicat pœnam, non vult punire peccantes.* Cuando, Señor mío, dice S. Gregorio, parece que quereis mostrarnos mas airado, entonces tomáis mas á pechos nuestra salvacion; fulmináis amenazas, pero con ellas no pretendéis sino llamarnos á penitencia: *Sævis et salvas; terres et vocas.* Bien pudiera el Señor castigar repentinamente á los pecadores, enviándoles una muerte subitánea que no diere lugar á penitencia; pero nó; muéstrase indignado, osténtase empuñando el azote, por ver al pecador antes convertido que castigado.

Dijo el Señor á Jeremías: *Dices ad eos si forte audiant et convertantur unusquisque à via sua mala: et pœniteat me mali quod cogito facere eis.* (Jer. 26, 3.) Ve, díjole, y di á los pecadores, si quisieren escucharte, que si abandonaren el pecado, yo retendré los castigos, con que pensé escarmentarles. ¿Lo habeis oido, hermanos míos? Idénticas palabras os hace sentir el Señor hoy dia por mi boca. Si os enmendáreis, él revocará la sentencia de vuestro castigo: *Neque Deus hominibus,* dice San

Jerónimo, *sed vitiiis irascitur* : No aborrece Dios á nuestras personas, sino nuestros pecados, y, conforme añade el Crisóstomo, hasta de nuestros pecados llega á olvidarse, como nosotros nos acordemos de ellos : *Si nos peccatorum meminimus, Deus obliviscetur*. Conviene á saber; con tal que nosotros contritos y humillados pidamos de ellos perdon, segun nos lo tiene prometido : *Humiliati sunt, non disperdam eos*. (2. Par. 12, 7.)

Pero, para proceder á la enmienda, fuerza es rezelarse del castigo; de otra suerte jamás llevaremos á cabo la reforma de nuestra vida. Bien es verdad que Dios protege al hombre que en su misericordia confia : *Protector est omnium sperantium in se* (Ps. 17, 31.), pero al que confia y teme al propio tiempo su justicia; porque la esperanza que ataja el temor degenera en presuncion y temeridad : *Qui timent Dominum, speraverunt in Domino; adjutor et protector eorum est*. (Ps. 113, 11.) Con harta frecuencia habla el Señor en la Escritura del rigor de sus juicios, y del infierno, y de la multitud de los que en él se precipitan : *Ne terreamini ab his qui occidunt corpus; timeate eum qui habet potestatem mittere in gehennam*. (Luc. 12, 4.) *Sputiosa via est quæ ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam*. (Matth. 7. 13.) Y porqué? Porque el temor nos desprenda de los vicios, de las pasiones, de las ocasiones; y de esta suerte alcancemos derecho á esperar la salvacion, que no es concedida mas que á los que permanecieran en la inocencia, ó á los penitentes que confían pero entre temores. Oh, y cuanta es la fuerza que para refrenar los ímpetus que arrastran al pecado obtiene el temor del infierno! Para este fin lo crió Dios. Él nos crió tambien y nos redimió con su muerte, para que fuésemos salvos; nos impuso el precepto de confiar de nuestra salud, y por eso reanima nuestro valor diciendo, que los que en él esperaren no se perderán : *Universi qui sustinent te, non confundentur*. (Ps. 44, 42.) Mas tambien exige y ordena que temamos la condenacion eterna. Enseñan los berejes que todos los que están justificados, adquieren indefectible derecho á ser tenidos por justos y predestinados; pero esta doctrina fué muy justamente condenada por el concilio Tridentino. (Sess. 6, Can. 14 et 15.) Puesto que tan perniciosa es á la eterna salud semejante seguridad, como provechoso el temor : *Ipsæ terror vester erit vobis in sanctificationem*. (Isa. 8, 14.) El santo temor de Dios santifica al hombre; por eso David pedia al Señor la gracia de temerle, para que este mismo temor es-

tirpára de él los afectos carnales: *Confige timore tuo carnes meas.* (Psal. 118, 120.)

Temamos pues por nuestras culpas, pero temamos no hasta llegar á abatirnos, sino á elevarnos en la confianza de la divina misericordia, conforme practicaba el mismo profeta, diciendo al Señor: *Propter nomen tuum, Domine, propitiaberis peccato meo, multum est enim.* (Ps. 24, 11.) ¿Como? ¿Perdonadme, dice, porque grande es mi pecado? Si; porque tanto mas resplandece la misericordia del Señor, cuanto mas humillante es la miseria, y cuanto mayor es el cúmulo de pecados, mas realza la misericordia, el que pone toda su confianza en Dios, que promete salvar á quien en él espera: *Salvabit eos, qui speraverunt in eo.* (Ps. 36, 40.) Por eso dice el Eclesiástico, que el temor de Dios no infunde pena en el corazon; sino satisfaccion y júbilo: *Timor Domini delectabit cor, et dabit lætitiám et gaudium.* (Eccl. 1. 21.) Porque el temor mismo incita á poner en Dios una sólida esperanza, que hace la felicidad del alma: *Qui timet Dominum nihil trepidabit, quoniam ipse est spes ejus. Timentes Dominum beata est anima ejus.* (Eccl. 34, 46 et 47.) Si; la hace feliz, porque el temor desvia al hombre del pecado: *Timor Domini expellit peccatum.* (Eccl. 1, 27.) Infunde al propio tiempo un poderoso deseo de observar los divinos mandamientos: *Beatus vir qui timet Dominum in mandatis ejus volet nimis.* (Ps. 111, 4.)

Cumple pues persuadirse que el castigo no se aviene con la índole de Dios, que siendo por naturaleza bondad infinita, *Deus cujus natura bonitas*, conforme dice S. Leon, pone sus deseos en colmarnos de beneficios y contentos. Obligale á descargar sobre nosotros sus castigos el cumplimiento de su justicia, que no la complacencia de su inclinacion. Dice Isaías que acudir al castigo es cosa ajena del corazon de Dios: *Dominus irascetur ut faciat opus suum, alienum opus ejus.... peregrinum est opus ejus ab eo.* (Isa. 28, 21.) Por eso nos dice el Señor, que á las veces suele fingir que nos envia castigos: *Ego fingo contra vos malum.* ¿Y porqué? Ved ahí porque: *Revertatur unusquisque à via sua mala.* (Jer. 18, 11.) Obra de esta suerte para que nos enmendemos, y podamos preservarnos de la pena que llevamos merecida. Dice el Apóstol que Dios, *cujus vult miseretur et quem vult indurat.* (Rom. 9, 18.) Sobre cuyo pasaje, dice S. Bernardo (Ser. 5, num. 3.), que Dios respecto de sí quisiera salvarnos, mas nosotros le ponemos en la precision de condenarnos: *Sed quod misereatur proprium illi est:*

nam quod condemnet, nos eum cogimus. Llámase padre de las misericordias, no de las venganzas; los motivos de su piedad los saca de sí mismo; los de sus venganzas, los toma de nosotros. ¿Y quien fué jamás capaz de comprender la magnitud de la divina misericordia? Dios en medio de su cólera se compadece todavía de nosotros, dice David: *Deus iratus es, et misertus es nobis.* (Ps. 59.) *O ira misericors*, esclama el abad Beroncosio, *quæ irascitur ut subveniat, minatur, ut parcat.* ¡O piadosa indignacion, airada para socorrernos, amenazadora para perdonarnos! *Ostendisti*, continua diciendo David, *populo tuo dura, potasti nos vino compunctionis.* Osténtanos Dios armada su diestra con el azote; mas únicamente para que entremos en arrepentimiento y compuncion por las ofensas que contra su divina Majestad estamos cometiendo: *Dedisti timentibus te significationem, ut fugiant à facie arcus, ut liberentur dilecti tui.* Muéstrase con el arco ya tendido y á punto de disparar la saeta; pero no la dispara, porque solo quiere que el temor nos lleve á la enmienda, y nos libertemos del castigo, *ut liberentur dilecti tui.* Quiero infundirles pavor, dice Dios, porque movidos de él se levanten del cenagal del pecado y vuelvan á mí: *In tribulatione sua mane consurgent ad me.* (Oseas 6, 1.) En efecto, bien que el Señor nos vea tan ingratos y merecedores del castigo, desea con todo preservarnos de él, porque aunque ingratos pone en nosotros su amor y desea nuestro bien: *Da nobis auxilium de tribulatione.* Tales eran, por último, los ruegos de David, y tales deben ser tambien los nuestros: Señor, permitid que el azote que ahora causa nuestra tribulacion, abra nuestros ojos y nos estimule á abandonar el pecado; porque en fin, si no cortamos con él, concluirá con precipitarnos en una condenacion eterna, que es aquel castigo que nunca acabará. Que resolucion tomamos pues, oyentes míos? ¿No echais de ver que el Señor está airado contra nosotros? ¿Que no puede sufrir mas, porque su paciencia llegó al colmo del sufrimiento: *Iratus Dominus.* ¿No observais como crecen de dia en dia los castigos? *Crescit malitia, crescit inopia rerum.* Crecen los pecados, dice el Crisóstomo, y razon es que crezcan á proporcion los castigos. Dios está enojado, mas con todo y á pesar de su enojo, hoy me manda á mí, lo que ordenó al profeta Zacarías: *Et dices ad eos: hæc dicit Dominus..... Convertimini ad me..... et convertar ad vos.* (Zach. 1. ex num. 3.) Pecadores, dice el Señor, vosotros me volvisteis las espaldas y me obligasteis á privaros de mi gracia: no me

preciseis hasta á echaros para siempre de mi presencia , y á castigaros con las penas del infierno , cerrándoos todo camino de remedio y de perdon. Concluid de una vez , dejad de pecar , convertíos á mí que yo prometo perdonar cuantas ofensas hubiereis cometido contra mí , y estrecharos otra vez entre mis brazos , como hijos míos : *Convertimini ad me , ait Dominus , et convertar ad vos*. Decidme , ¿porqué quereis perderos ? Ved con cuanta bondad os habla el Señor : *Et quare moriemini , domus Israel ? (Ezech. 18 , 31.)* ¿Porqué correis por vuestro propio impulso á precipitaros en las llamas abrasadoras de aquel horno encendido ? *Revertimini , et vivite. (Idem.)* Volved á mí , vedme con los brazos abiertos , pronto á recibirlos y perdonaros.

No dudeis del perdon , pecadores míos , continua diciendo el Señor : *Discite benefacere , et venite , et arguite me , dicit Dominus : si fuerint peccata vestra ut coccinum , quasi nix dealbabitur. (Isa. 1 , 17 , 18.)* Ea , dice el Señor , mudad de vida , y venid á mí , y si yo no os perdonáre *arguite me* ; como si dijera : increpad mi infidelidad y engaño ; mas nó , que yo no seré infiel á las promesas que os tengo hechas ; yo haré que de mancilladas que están vuestras conciencias , adquieran por medio de mi gracia la blancura de la nieve. Nó ; yo no pasaré á castigaros , si vosotros tratáreis de la enmienda , dice tambien el Señor , porque yo soy Dios y no hombre : *Non faciam furorem iræ meæ , quoniam Deus ego , et non homo. (Osæ 11. 9.)* Con lo cual indica , que así como el hombre jamás olvida la injuria recibida ; Dios , al ver arrepentido al pecador , no recuerda ya las ofensas que contra él ha cometido : *Omnium iniquitatum ejus , quas operatus est , non recordabor : (Ezech. 18 , 22.)* Convirtámonos pues á Dios , pero luego y sin demora. Basta ya de ofensas ; no provoquemos mas su cólera. Vedle ahí , que nos está llamando , y pronto á perdonarnos , si nosotros nos arrepentimos del mal que hemos obrado , y le prometemos cambiar de vida.

Haga aquí el pueblo el acto de contricion y propósito de la enmienda , y acuda á invocar á María santísima para que le alcance el perdon y la perseverancia final.

DISCURSO II.

LOS PECADORES REHUSAN CREER EN LAS AMENAZAS DE DIOS , HAS-
TA QUE LES ALCANZA SU CASTIGO.

*Si poenitentiam non egeritis , omnes
similiter peribitis.*

LUC. 13 , 5.

DESPUES que el Señor hubo prohibido á nuestros primeros padres el comer de la fruta vedada, acercóse al árbol la desdichada Eva ; y desde allá la serpiente le habló de esta manera : ¿Porqué os ha prohibido Dios que comieseis de tan precioso fruto? *Cur præcepit vobis Deus? Præcepit Deus*, contestó Eva, *ne comederemus et ne tangeremus illud, ne forte moriamur.* (Gen. 3, 3.) Ved ahí patente la flaqueza de Eva; el Señor habia conminado en términos absolutos con la muerte, y Eva comienza á revocarla en duda, *ne forte moriamur*: si comiere del fruto, quizás moriré. Mas ya el demonio atento á lo liviano del temor que causára á Eva la divina amenaza; entrometióse á animarla diciéndole: *Nequaquam morte moriemini*; fuera temores, que no habrás de morir por eso: y la engañó y la hizo prevaricar y gustar de la manzana prohibida. De esta misma suerte el enemigo de las almas continua todavía engañando á tantos pobres pecadores. Dios levanta su azote; pecadores, poned fin á vuestros desórdenes, moveos á penitencia, de otra manera correreis á condenaros como tantos otros que os han precedido: *Si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.* Pero acude el demonio y les dice: *Nequaquam moriemini*; no temais, seguid pecando, no os negueis el gusto, porque Dios es grande en misericordia; despues os concederá su gracia y podreis salvaros: *Deus timorem incutit*, dice san Procopio, *diabolus adimit.* Dios no atiende sino á atemorizar-nos con las amenazas á fin de que abandonemos el pecado y agenciemos nuestra salvacion; y el demonio anda solícito para arrebatarnos el temor á fin de que prosigamos en la carrera de nuestros vicios, y tropecemos con nuestra condenacion: y como tantos son los infelices que prefieren escuchar al demonio que no á Dios, por eso tantos son los que se condenan mi-

serablemente. El Señor se ostenta en estos momentos airado á nuestra vista, y tiene levantado contra nosotros su castigo. Quién sabe cuantas personas habrá en este país, que no pensarán siquiera en mudar de vida, ufanos con la idea de que la cólera del Señor se aplacará y la calamidad no prevalecerá. He ahí el asunto del presente discurso: *Los pecadores rehúsan creer en las amenazas de Dios, hasta que tienen cerca de sí el castigo.* Si no nos enmendáremos, amados hermanos míos, llegará el castigo; si no reformáremos nuestra vida, Dios cuidará de reformarla.

Cuando Lot quedó advertido por el Señor de la inevitable destrucción que iba á caer sobre Sodoma, avisó de ello á sus yernos diciéndoles: *Surgite et egredimini de loco isto, quia delabit Dominus civitatem hanc.* (Gen. 19, 14.) Rehusaron estos asentir á sus palabras: *Et visus est eis quasi ludens loqui*; parecían que hacia burla de ellos espantándoles con tal amenaza. Mas llegó el castigo, y quedaron burlados por el fuego. ¿A que aguardamos, oyentes míos? Dios nos advierte que el castigo es inminente, demos mano pues á nuestras culpas; ¿esperaremos á que Dios mismo quiera poner término á ellas? Atiende, pecador mío, á las palabras que te dice S. Pablo: *Vide ergo bonitatem, et severitatem Dei; in eos quidem qui ceciderunt, severitatem; in te autem bonitatem Dei, si permanseris in bonitate, alioquin, et tu excideris.* (Rom. 11, 22.) Considera, dice el Apóstol, como la justicia de Dios se ha ejercido sobre tantas gentes castigadas ya y precipitadas al infierno: *Vide in eos qui ceciderunt, severitatem; in te autem bonitatem.* Ve de otra parte la misericordia que á Dios plugo usar contigo; y pon un término á tus maldades; si mudares de vida, si apartares las ocasiones, si frecuentares los Sacramentos, si emprendieres una vida cristiana, el Señor te relevará de la pena: *Si permanseris in bonitate.* De lo contrario, perderás irremisiblemente tu alma: *Alioquin, et tu excideris*; porque sobrado te ha sufrido el Señor y llegó al colmo su paciencia. Dios es misericordioso mas de otra parte es justo; derrama su misericordia sobre aquel que le teme, pero la retira de los obstinados.

Laméntase el que se siente azotado por el castigo y dice: ¿Porqué ha permitido el Señor la pérdida que en mis intereses he sufrido? ¿Porqué me ha privado de la salud; porqué me ha arrebatado aquel hijo ó aquel pariente? ¿Pecadores! ¿qué es lo que decís? esclama Jeremias: *Peccata vestra prohibuerunt bonum à vobis.* (Jer. 5, 25.) No entró en los deseos de

Dios hacer perder aquellos intereses, privarte de esotra ganancia, ni de la compañía de aquel pariente; Dios anhelaba concederte dicha en todas tus cosas, pero tus pecados oponieron obstáculo á sus deseos. ¿Es acaso cosa ajena de Dios, esclama Job, llevar consuelo á sus criaturas? Estos son precisamente sus deseos: *Numquid grande est, ut consolaretur te Deus? Sed verba tua prava hoc prohibent.* (Job, 43, 41.) El Señor deseaba consolarte, pero las blasfemias en que contra los Santos prorumpiste, las murmuraciones en que aguzaste tu lengua, las obscenidades que tus labios profirieron con grave escándalo de los demás, se lo han impedido. No Dios, sino el pecado, es quien nos hace infelices y miserables: *Miseros facit populus peccatum.* (Prov. 14, 34.) Sinrazon tenemos, dice Salviano, en quejarnos de que Dios se muestre duro con nosotros; ¿con cuanta mayor dureza no tratamos nosotros á Dios, pagando con sendas ingratitudes los favores que de su mano tenemos recibidos? *Quid queremur, dum durus agit nobiscum Deus? Multo nos durius cum Deo agemus.*

Juzgan los pecadores hallar la felicidad en el pecado; mas el pecado les trae toda afliccion y miseria: *Eo quod non servieris Deo tuo*, dice el Señor, *in gaudio.... servies inimico tuo..... in fame, et siti, et nuditate, et omni penuria..... donec te conterat.* (Deut. 28, 47, 48.) Rehusaste servir á tu Dios en la paz de que gozan sus servidores, servirás pues á tu enemigo, rebosando afliccion y necesidad, hasta que él haya cumplido el designio de hacerte perder tu alma y tu cuerpo. El pecador, dice David, se atarea en fabricar con sus propias culpas la sima en que debe precipitarse: *Incidit in foveam quam fecit.* (Ps. 7, 16.) Poned la vista en el hijo pródigo; afanado por vivir á su antojo en la licencia y en los placeres, sale de la casa del padre; mas despues se ve obligado á pastorear puercos, y reducido á tan estremada miseria, que no podia saciar su hambre con aquellos groseros manjares de que se saciaban aquellos animales: *Cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant, et nemo illi dabat.* (Luc. 15, 16.) Reflere S. Bernardino de Sena (Dom. 2. Quadr.), que un hijo desnaturalizado arrastró á su padre gran trecho por el suelo. Mas, ¿qué aconteció despues? que llegó un dia en que él fué tambien arrastrado por su propio hijo, y al llegar á cierto punto exclamó: *No mas, detente, hijo, no pases mas adelante; porque hasta aqui yo tambien arrastré á mi padre, párate aquí.* Y á este propósito cuenta igualmente Baronio (v. el año 33. num. 6.) que al cruzar

un dia la hija de Herodiada, que hizo degollar á S. Juan Bautista, un rio cuyas corrientes estaban heladas, quebró el hielo con el peso del cuerpo, cayó y quedó prendido su cuello entre las grietas del hielo; y como hiciese muchos esfuerzos para librarse de la muerte, se le separó la cabeza del tronco, y allí quedó muerta. Dios es justo y en cuanto llega el dia de la venganza, prende al pecador en el propio lazo, que él mismo se tendió con su propia mano: *Cognoscatur Dominus iudicia faciens; in operibus manuum suarum comprehensus est peccator.* (Ps. 9, 17.)

Temamos, hermanos míos, al presenciar los castigos que descienden sobre los demás, y nos sintamos merecedores de castigos semejantes. Cuando al derrocar la torre de Siloé, dejó muertas entre sus ruinas á diez y ocho personas, habló el Señor á los que allí estaban presentes y les dijo: *Putatis quia et ipsi debitores fuerint, præter omnes homines habitantes in Israel?* (Luc. 13, 4.) ¿Juzgais que estos infelices eran los únicos deudores á Dios por sus pecados? También vosotros sois deudores al Señor; y si no os convirtiereis á penitencia, así como aquellos han sido castigados lo sereis también vosotros: *Si penitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.* (Ibid. 5.) Oh, y cuan grande es el número de los que se pierden infelizmente alucinados con la falsa esperanza de la misericordia de Dios! Invocando en Dios la misericordia llevan adelante la pésima carrera de su vida. Sí, Dios es misericordioso y por eso concede sus auxilios y protege al que en ella confía: *Protector est omnium sperantium in se* (Ps. 17, 31.): mas al que en ella confía llevando la intencion de mudar de vida, no al que en ella confía abrigando un ánimo perverso de continuar ofendiéndole; la esperanza de estos no es á Dios acepta, sino abominable y digna de castigo: *Spes illorum abominatio.* (Job 14, 20.) Pobres pecadores; grande es su infelicidad en no reconocer que llevan un camino de perdicion. Viven condenados ya á las penas del infierno, y se burlan y rien de él, y menosprecian las amenazas de Dios, como si de Dios hubiesen recibido garantía de no ser castigados: *Et unde, esclama san Bernardo, unde hæc maledicta securitas?* ¿Donde habeis adquirido, ciegos de vosotros, esta maldita confianza? Maldita, digo, porque ella y no otra es la que os arrastra al infierno. *Veniam ad quiescentes habitantesque secure.* (Ezech. 38, 14.) El Señor concede su espera; mas cuando llegue por fin la hora del castigo vendrá á arrojar con plena justicia al infierno á aquellos

desdichados que viven sumidos tranquilamente en el pecado , como si para ellos no hubiese infierno.

Cesen , pues , de una vez nuestros pecados , amados hermanos míos , enmendemos nuestra vida , si deseáremos salir incolumes del azote que nos amenaza ; de lo contrario obligáremos á que Dios nos castigue : *Qui malignantur exterminabuntur.* (*Ps.* 36 , 9 .) Los obstinados son arrojados no tan solo del paraíso , mas tambien de la tierra , á fin de que su perverso ejemplo no arrastre consigo á los demás al infierno . Y cuenta , que nada son estos azotes temporales , en comparacion del castigo eterno y falto de esperanzas de alcanzar remedio . Atiende pues , pecador , hermano mio : *Jam enim securis ad radicem arboris posita est* (*Luc.* 3 , 9 .) , cuyo pasaje comenta el autor de la *Obra imperfecta* (*Hom.* 5 .) diciendo : *Non ad ramos posita, dicitur sed ad radicem , ut irreparabiliter exterminetur.* Indicando con esto que cuando se esmochan los ramos , el árbol queda vivo ; mas cuando se corta la raiz , el árbol queda indefectiblemente muerto , y se arroja al fuego . El Señor tiene empuñado el azote , ¿ y tú permaneces en desgracia suya ? *Securis jam ad radicem posita est ;* tiembla , porque la segur ya está al ras de la raiz ; teme que Dios no te euvie la muerte en medio del pecado , que si en tal estado fenecieres , serás precipitado al fuego del infierno , en donde no cabe remedio á tu desgracia .

Pero , muchos son , dices , los pecados que en los pasados tiempos tengo cometidos contra Dios , y el Señor me ha sufrido , y no me ha castigado ; espero por lo tanto que usará conmigo de misericordia en el porvenir . No confíes en ello , dice el Señor , no confíes : *No dixeris , peccavi , et quid mihi accidit triste ?* *Altissimus enim est patiens et redditor.* (*Eccl.* 3 , 4 .) No confíes , porque aunque Dios sufre , no sufre siempre ; tolera hasta cierto punto , y despues da la paga merecida : *Judicio contendam adversus vos coram Domino , de omnibus misericordiis Domini* , dijo Samuel á los Hebreos . (*1. Reg.* 12 , 7 .) El abuso de la misericordia , ¿ cuanto no coopera á la condenacion de los ingratos ? *Congrega eos quasi gregem ad victimam , et sanctifica eos in die occisionis.* (*Jer.* 12 , 3 .) Finalmente las reses de estos pecadores que andan relacios en enmendarse , serán víctimas de la justicia divina , y el Señor les condenará á la muerte eterna . ¿ Cuando ? *In die occisionis ;* cuando llegáre el dia de su justa venganza , de cuya proximidad debemos andar siempre recelosos , si no nos resolviéramos á abandonar el pecado : *Deus non irridetur , quæ enim seminaverit homo hæc et me-*

tel. (Gal. 6, 8.) Los pecadores hacen estudio en burlarse de Dios, confiésanse por la Pascua, ó dos ó tres veces al año, para volver luego al vómito, y confían en salvarse: *Irrisor, non pœnitens est*, dice S. Isidoro, *qui adhuc agit quod pœnitet*. Pero Dios no permite que se burlen de él, *Deus non irridetur*.

¿Qué hablais de salvacion! *Quæ enim seminaverit homo hæc et metet*; ¿y que cosa sembraste tú? Blasfemias, venganzas, hurtos, deshonestidades. ¿Pues, qué quieres esperar? Quien siembra pecados no puede aguardar otro fruto que castigos y el infierno: *Qui seminat in carne sua*, añade el Apóstol, *de carne et metet corruptionem*. Prosigue, hombre deshonesto, prosigue en vivir continuamente sumido en el cenagal de tus impurezas, ves añadiendo combustible; dia vendrá, dice S. Pedro Damiano: *Venit dies, imo nox, quando libido tua vertetur in picem, qua se nutriet perpetuus ignis in tuis visceribus*. (Epist. 6.) Dia vendrá, en que tus impurezas se convertirán en pez, que dará mayor pábulo al fuego que te abrasará las entrañas por una eternidad.

Ciertos hombres hay, dice S. Juan Crisóstomo, que, *fiunt non videre*. Miran los castigos y fingen no verlos. Otros, dice S. Ambrosio, no quieren mostrar temor á los castigos hasta que no les ven muy de cerca: *Nihil timent quia nihil vident*. A todos estos acoutecera lo propio que sucedió á los hombres en tiempo del diluvio. Predicaba el patriarca Noé, anunciando el castigo que Dios preparaba contra los pecadores; mas los pecadores no quisieron dar crédito á las palabras de Noé; y con verle fabricar el arca, no mudaron de vida, siguieron en sus pecados, hasta que llegó el castigo y quedaron todos ahogados en las aguas del diluvio: *Et non cognoverunt donec venit diluvium, et tulit omnes*. (Matth. 24, 39.) Lo propio avino á aquella pecadora, conforme leemos en el Apocalipsis, que decia: *Sedeo regina et luctum non videbo*: proseguia en la carrera de sus impurezas, y confiaba escapar del castigo; pero llegó el azote, segun se le habia predicho: *Ideo in una die venient plagæ ejus, mors et luctus, et igne comburetur*. (Apoc. 18, 7. 8.)

Hermano mio, ¿quién sabe si este es el postrer llamamiento que Dios te hace! Dice S. Lucas, que topando una vez el dueño de un campo con una higuera que de tres años no habia dado fruto, dijo: *Ecce tres annis sunt quærens fructum in ficulnea hac, et non invenio; succide ergo illam, ut quid etiam terram occupat?* (Luc. 13, 7.) Van ya tres años que ese árbol no da

fruto alguno , vaya pues fuera , cortadlo , y arrojadlo al fuego ; ¿ de qué sirve que esté ocupando una porcion de terreno ? Y respondió entonces el que cultivaba la viña : *Domine , dimitte illam et hoc anno* , veamos si este año dará fruto : *sin autem succides eam* ; de otra suerte lo echaremos al fuego. Vengamos á nosotros ; pecador mio , van muchos años que el Señor se acerca á visitar tu alma , y hasta ahora ningun fruto ha hallado en ella , fuera de espinas y abrojos ; quiero decir , culpas y pecados. Oye como grita la divina justicia diciendo : *Succide ergo illam , ut quid terram occupat* ? Pero interviene la misericordia y dice : *Dimitte et hoc anno*. Ea , aguardemos por otra vez , veamos si esta alma se convierte al llamamiento. Pero tiembla , porque esta misma misericordia se habrá mancomunado con la justicia , y si ahora dejas de enmendarte , será cortada tu vida , y tu alma enviada al infierno. Tiembla , hermano mio , y procura que no se cierre sobre tí el brocal. Esto mismo suplicaba David : *Neque absorbeat me profundum , neque urgeat super me puteus os suum*. (*Ps.* 68 , 26.) Los pecados , cierran paulatinamente la boca de la sima , esto es , del estado de condenacion , en donde se derrumbó el pecador. Mientras que esta sima no queda completamente cerrada , restan esperanzas de salir de ella ; mas si se cierran sus bordes , ¿ que esperanza puede quedar ? Entiendo que se cierra la sima , cuando el pecador pierde toda luz , y no atiende á cosa alguna ; y entonces acontece lo que dice el Sabio : *Impius cum in profundum venerit , contemnit*. (*Prov.* 18 , 3.) Menosprecia la ley de Dios , los avisos , los sermones , las excomuniones , las amenazas ; tiene en nada al infierno mismo , hasta llegar á decir : Tantos van á él que yo me acompañaré con los otros. Quien da esta suerte se explica , puede salvarse sí , pero es moralmente imposible que llegue á conseguirlo. Hermano mio , qué dices á esto ? ¿ Has llegado todavía al estado de despreciar los mismos castigos de Dios ? ¿ Qué dices ? Y si á tal punto hubieres llegado , qué partido tomarás ? ¿ El de desesperarte ? No por cierto. ¿ Sabes lo que te cumple hacer ? Acudir á María Santísima. Aunque te hallares desesperado , y abandonado de la mano de Dios , dice Blosio , María es la esperanza de los desesperados , el socorro de los abandonados ; y así la denomina : *Spes desperantium , adiutrix destitutorum*. Asimismo se espresa S. Bernardo , diciendo : Reina mia , el que está desesperado y espera en vos , ya no es desesperado : *In te speret qui desperat*. Pero si Dios me quiere condenado , dirás ,

¿que esperanza puede haber para mí? No, hijo mio, dice Dios, yo no deseo tu condenacion: *Nolo mortem impii*. ¿Qué quereis pues de mí, Señor mio? Quiero que este pecador se convierta, y se reponga á la vida de la gracia: *Sed ut convertatur et vivat*. (*Ezech. 33, 11.*) Daos prisa pues, hermanos míos, arrojaos á los pies de Jesucristo; vedlo ahí, ved como tiene los brazos abiertos para abrazaros, etc.

(*Hágase despues el acto de contricion.*)

DISCURSO III.

DIOS USA DE MISERICORDIA HASTA CIERTO PUNTO Y DESPUES CASTIGA.

Indulsiſti gente, Domine, indulſiſti
gente; numquid glorificatus es?

ISAÍ. 58, 18.

SEÑOR, ¿cuan repetidas veces no habeis otorgado vuestro perdón á este pueblo? amenazásteisle de muerte con terremotos, con la peste, derramada por los pueblos vecinos, con las enfermedades y muerte de sus compatriotas; mas al cabo usasteis con él de misericordia: *Indulsiſti genti, Domine, indulſiſti genti; numquid glorificatus es?* Perdonasteis, pusisteis en obra vuestra clemencia; mas ¿que fruto habeis conseguido? ¿Han abominado acaso de sus pecados? han trocado su vida? Nó, que reincidieron en peores faltas que las primeras; desvanecido aquel ligero temor, volvieron á cometer nuevas ofensas, y á provocar de nuevo vuestro enojo. ¿Qué es esto, pecadores, hermanos míos; ¿os lisonjeais acaso de que Dios siempre espera, siempre perdona y jamás castiga? Nó; Dios usa de misericordia: y ved ahí el asunto del presente discurso; *Dios usa, digo, de misericordia hasta cierto punto, mas despues se arma de su justicia y descarga su castigo.*

Es preciso convenir en que Dios no puede dejar de tener odio al pecado. Como Dios es la santidad misma, ha de aborrecer de necesidad á aquel monstruo, enemigo suyo, cuya malicia contrasta abiertamente con la rectitud divina. De lo cual se sigue, que Dios ha de odiar necesariamente al pecador, que se allega al pecado: *Similiter autem odio sunt Deo, impius et impietas ejus.* (*Sap. 14, 9.*) ¡Buen Dios! ¡con que sentidas es-

presiones y con cuanta razon se queja el Señor de aquellos que le menosprecian por afiliarse al bando de su enemigo! *Audite, cæli, auribus percipe, terra, quoniam Dominus locutus est: Filios enutrivit et exaltavi, ipsi autem spreverunt me. (Isa. 1. 2.)* Escuchadme, cielos, dice Dios, atiende, tierra, á la ingratitud con que me pagan los hombres: Yo les nutrí, yo les exalté como hijos propios, y ellos me devuelven injurias y menosprecios. *Cognovit bos possessorem suum, et asinus præsepe domini sui, Israel autem me non cognovit..... abalienati sunt retrorsum. (Isa. 1, 3 et 4.)* Los brutos mismos, el buey, el jumento reconocen á su dueño y le muestran gratitud; pero mis hijos, continua diciendo en sus quejas el Señor, me han desconocido, y vuelto bruscamente las espaldas: *Abalienati sunt retrorsum*. Pero como? *Beneficia etiam feræ sentiunt*, dice Séneca, hasta los brutos son agradecidos á quien les hace bien; ved sino como el perro sirve, obedece y guarda fidelidad al dueño que le sustenta! Las fieras mismas, como los leones y los tigres, se muestran agradecidos al que les da alimento. Y á Dios que hasta hoy día, hermano mio, te ha proporcionado todas las cosas, te ha dado el sustento, el vestido; que mas? te ha conservado la vida al mismo tiempo que tú le estabas ofendiendo ¿como le has tratado? ¿Qué piensas con respecto á tu porvenir? ¿Pretendes continuar llevando la misma vida? ¿Juzgas quizás que no existe para tí, ni castigo ni infierno? Ten empero entendido que al par que el Señor no puede dejar de aborrecer el pecado, porque él es santo, tampoco puede dejar de castigarlo en el pecador rehacio, porque él es justo.

Mas al castigarnos, no descarga la pena por pura complacencia, sino impelido á darnos el castigo por nuestro propio impulso. No hizo Dios el infierno, dice el Sabio, por propension que tenga su espíritu en enviar á los hombres á sufrir tormentos, ni se regocija tampoco en su condenacion, pues no desea que se pierdan las cosas que él crió: *Deus mortem non fecit, nec laturus in perditione vivorum, creavit enim ut essent omnia. (Sap. 1. 13, 14.)* El arbolista no planta el árbol para cortarlo desde luego y arrojarlo al fuego, y Dios ningun deseo tiene de que seamos miseros y afligidos eternamente. Por eso dice el Crisóstomo, que grande es la magnanimidad del Señor en tolerar al pecador antes de llegar á vengarse de los ultrajes que de él recibe: *Ad reposcendam de peccantibus ultionem, consuevit Deus morasnectere*. Aguarda ansioso para observar si se convierten; y si puede poner en uso su misericordia: *Propte-*

roa expectat Dominus, ut misereatur vestri. (Isa. 30, 18.) Dios nuestro Señor, dice el propio Santo, es diligente en salvar, y tardo en condenar: *Ad salutem velox, tardans ad demolitionem.* Trátase de perdon; si el pecador está contrito, al punto mismo, si demora ni tardauza Dios le concede su perdon. Apenas David hubo dicho, *peccavi*, que el profeta le anunció que quedaba ya perdonado: *Dominus quoque transtulit peccatum tuum. (2. Reg. 12, 13.)* Y en efecto, no son tan eficaces los deseos que de obtener el perdon sentimos nosotros, cuanto son vivos los que tiene el Señor de concedérnoslo: *Non ita tua condonari peccata cupis*, dice el citado Santo Doctor, *quam tibi remissa esse expetit.* Mas, trátase de castigo: aguarda, amonesta, despacha previamente sus avisos: *Non fecit Dominus Deus verbum, nisi revelaverit secretum suum. (Amos 3, 7.)*

Pero cuando Dios observa que ni sus beneficios, ni sus amonestaciones, ni sus amenazas nos mueven á ceder ni á enmendarnos, acude, obligado por nosotros mismos, al castigo; y al descargarlo sobre nuestras cabezas aun nos pone á la vista las grandes misericordias que antes derramó sobre nosotros: *Existimasti inique, quod ero tui similis: arguam te, et statutam contra faciem tuam. (Psal. 49, 21.)* Y entonces dirá al pecador: ¿Pensaste, inicuo, que yo me hubiera olvidado, como tú, de los ultrajes que contra mí cometiste, y de las gracias que te dispensé? Dice S. Agustín, que Dios no tiene aborrecimiento á nosotros sino amor; y que odia solamente á nuestros pecados: *Odit Deus et amat; odit tua, amat te.* No se enoja con los hombres, añade S. Jerónimo, sino con sus pecados: *Neque Deus hominibus sed vitiis irascitur.* El Señor, por su naturaleza, propende á hacernos beneficios, continua diciendo el Santo; mas nosotros le precisamos á castigarnos y á tomar, fuera de su costumbre, un semblante airado: *Deus qui natura benignus est, vestris peccatis cogetur personam, quam non habet, crudelitatis assumere.* No otra cosa quiere denotar David cuando dice, que Dios, cuando castiga se asemeja al beodo, que dormido sacude con el palo: *Et excitatus est tamquam potens crapulatus à vino, et percussit inimicos suos. (Ps. 77, 65.)* Esplicalo Teodoreto, diciendo, que así como la embriaguez no es natural al hombre, tampoco es propio de Dios aplicar los castigos; y que nosotros somos quienes concitamos contra nosotros mismos aquel enojo que naturalmente no conserva: *Thesaurizas tibi iram quam Deus naturaliter non habet. (S. Hieron.)*

Reflexiona S. Juan Crisóstomo, que en el juicio final Jesucristo dirá á los réprobos: *Ite, maledicti, in ignem eternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus.* (Matth. 25, 41.) Id al fuego que está preparado para Lucifer y sus secuaces. Y pregunta el Crisóstomo, quién preparó para los pecadores este fuego: Dios, acaso? Nó; porque Dios no crea las almas para el infierno, como afirmaba el impio Lutero; el fuego se lo aparejan los pecadores mismos por medio de sus pecados: *Comparaverunt delictis suis.* Quien siembra pecados, coge castigos: *Qui seminat iniquitatem, metet mala.* (Prov. 22. 8.) Cuando el alma consiente el pecado, se somete voluntariamente á pagar la pena del delito y se condena por su propio juicio á las llamas del infierno: *Dixistis enim: Percussimus fœdus cum morte, et cum inferno fecimus pactum.* (Isa. 28, 15.) Bien decia S. Ambrosio, que Dios á nadie condena, sino que cada cual es el propio autor de su castigo: *Nullum prius Dominus condemnat, sed unusquisque sibi auctor est pœnæ.* Y así, como dice el Espíritu Santo, el pecador quedará consumido en el odio mismo que profesó á sí propio: *Et virga iræ suæ consummabitur.* (Prov. 22, 8.) Y en efecto, porque, como dice Salviano, el que á Dios ofende, no tiene verdugo mas cruel contra sí mismo que á sí propio, porque él es quien allega los tormentos que le martirizan: *Ipse sibi parat peccator quod patitur, nihil itaque est in nos crudelius nobis.* Dios no nos quiere afligidos; y nosotros atraemos sobre nuestras cabezas una nube de tormentos, y con nuestros pecados encendemos las llamas que nos han de abrasar: *Nos etiam nolente Deo, nos cruciamus; nam cœlestis iræ accendimus incendia quibus ardeamus.* Y Dios nos castiga porque nosotros le obligamos á castigarnos.

Pero, yo sé, dices, que la misericordia de Dios es grande; y por mas pecados que yo cometa, entiendo arrepentirme despues, trocar de vida, y Dios tendrá piedad de mí. Mas no lo creas así, dice Dios: *Et ne dicas: miseratio Domini magna est, multitudinis peccatorum meorum miserebitur.* (Eccl. 5, 6.) No lo juzgues así, ¿dice el Señor ¿y porqué? He ahí el porqué: *Misericordia enim, et ira ab illo cito proximant.* (Ibid.) En efecto, Dios tiene suma paciencia, Dios espera á algunos pecadores, y digo á algunos, porque á otros no les espera; ¿á cuantos de ellos no ha enviado al infierno tras el primer pecado en que cayeron? A otros espera, mas no siempre, sino hasta cierto punto: *Dominus patienter expectat; ut cum judicii dies advenerit, in plenitudine peccatorum puniat.* (2. Mach. 6, 14.)

Nótese el *cum judicii dies advenerit*, cuando llega el día de la venganza; *in plenitudine peccatorum*, cuando está colmada la medida de los pecados que Dios ha determinado perdonar: *puniat*; entonces el Señor cierra la puertas de su misericordia, y lanza el castigo sin remision. La ciudad de Jericó, no cayó á la primer vuelta que diera el Arca, ni tampoco á la quinta, ni á la sexta; pero cayó por fin á la séptima. (*Jos. 9, 20.*) Lo propio acontecerá contigo, dice S. Agustin: *Veniet septimus arcae circuitus, et civitas vanitatis corruet*. Dios te perdonó el primer pecado, el décimo, el septuagésimo, y el milésimo; quizás te ha llamado repetidas veces, ó te está llamando ahora mismo; rezélate que no sea esta la postrer vuelta del Arca: esto es, el postrer llamamiento, tras el cual, si no mudares de vida, concluyó para tí la remision: *Terra enim*, dice el Apóstol, *sæpe venientem super se bibens imbrem..... proferens autem spinas ac tribulos, reproba est, ac maledicto proxima, cujus consummatio in combustionem.* (*Hebr. 6. 7.*) Que es como si dijera, el alma que recibió frecuentes aguas de luz y de gracia divinas, y en vez de dar frutos, produjo espinas de pecados, está próxima á ver descargar sobre ella la maldicion; y su último fin será el de ir á arder eternamente en el infierno. En una palabra, llegado el término, Dios envia su castigo.

Y cuando Dios quiere castigar, entended que puede y sabe castigar. *Derelinquetur filia Sion, sicut civitas quæ vastatur.* (*Isa. 1, 8.*) ¿De cuantas ciudades no sabemos que fueron destruidas y asoladas por causa de los pecados de sus moradores, que Dios no pudo tolerar por mas tiempo? Acertó á pasar cierto dia Jesus á la vista de la ciudad de Jerusalem, la miró, y considerando la ruina en que debia quedar envuelta á causa de sus maldades, movido á compasion, conforme suele tenerla y grande de nuestras miserias, derramó lágrimas: *Videns civitatem flevit super illam.* (*Luc. 19. 41*), y dijo nuestro Redentor: *Non relinquent in te lapidem super lapidem, eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ.* (*Ibid. 44.*) Pobre ciudad, no quedará en tí piedra sobre piedra, porque rehusaste apreciar las gracias que yo te concedí visitándote con tantos beneficios, y tantos señales de amor; y tú, ingrata, me desprecias y me arrojas de tí: *Jerusalem, Jerusalem..... quoties volui congregare filios tuos, et noluisti? Ecce relinquetur vobis domus vestra deserta.* (*Luc. 13, 34.*) Quien sabe, pecador hermano mio, si en este mismo momento, el Señor está mirando tu alma, y al mirarla derrama lágrimas? quizás descubre el des-

precio con que miras la visita que te está haciendo, y los toques que te está dando para que mudes de vida: *Quoties volui et noluisti?* Cuantas veces, dice el Señor, te he prodigado mis luces para atraerte á mí, y no has querido oirme; hiciste el sordo, y seguiste desviándote de mí? *Ecce relinquetur domus tua deserta.* Mirame próximo á abandonarte, y si te dejare en desamparo, tu ruina será inevitable y sin remedio.

Curavimus Babylonem et non est sanata; derelinquamus eam. (Jer. 51, 9.) Cuando el médico ve que el enfermo rehusa los remedios, que él mismo le propuso con entrañable amor, y lo arroja por la ventana; qué hace por último? le vuelve la espalda y lo deja. Hermano mio, cuantos medios, cuantas inspiraciones, cuantos llamamientos ha puesto por obra el Señor, para preservarte de tu condenacion? ¿Que le resta que hacer? Si despues de ello te condenares, ¿podrás quejarte de Dios, que de tantas maneras te ha llamado á sí? Llama Dios con los sermones y con los avisos interiores, llama con beneficios, llama finalmente con calamidades temporales, á fin de infundirnos temor y evitarnos de caer en el castigo eterno; puesto que, conforme al sentir de S. Bernardino de Sena, para evitar ciertos pecados especiales y señaladauiente los de escándalo, no hay remedio mas eficaz que los castigos temporales: *Pro talibus admonendis, nullum reperitur remedium nisi Dei flagellum.* Cuando el Señor ve que sus beneficios no producen otro resultado, sino volver mas procaz al pecador en su mala vida; que se menosprecian sus amenazas; que habla y sus palabras no son escuchadas, entonces abandona al pecador y le castiga con la muerte eterna; y por eso dice: *Quia vocavi et renuistis, et increpationes meas neglexistis; ecce in interitu vestro ridebo, et subsannabo vos.* (Prov. 1. 24.) Vosotros dice, os reís de mis palabras, de mis amenazas, de mis castigos: llegará para vosotros el postrero, y entonces yo me reiré de vosotros. *Virga.... versa est in colubrum.* (Exod. 4.) Pasaje, que comenta de esta manera S. Bruno: *Virga in draconem vertitur quando emendare se nolunt.* Al castigo temporal sucederá el eterno.

¡Que bien sabe castigar el Señor, y como sabe proporcionar el castigo por las cosas mismas y motivos propios del pecado! *Per quæ quis peccat, per hæc et torquetur.* (Sap. 11. 18.) Los Judíos dieron muerte á Jesus porque estaban rezelosos de que los Romanos no se apoderasen de sus bienes: *Venient Romani, decian, et tollent locum nostrum.* (Joann. 11, 48.) Y este mismo pecado de haber dado muerte á Jesus, fué la causa de

que poco tiempo despues fueron los Romanos y les despojaron de todo: *Timuerunt perdere temporalia*, dice S. Agnstin, *et vitam æternam non cogitauerunt, et sic utrumque amiserunt.* (Hom. in Fer. VI. Pass.) Por no menoscabar sus intereses perdieron sus almas; pero vino el castigo, y perdieron entrambas cosas. Esto es lo que á muchos acontece, pierden sus almas por causa de los bienes terrenales; mas Dios permite, con gran justicia, que el pecado les haga en esta vida indigentes y en la otra condenados.

Pecadores mios, cesad de provocar la cólera de vuestro Dios. Entended que cuanto mayor es el cúmulo de misericordias que con vosotros ha usado, cuanto mas prolongado es el tiempo que os ha sufrido, si no tratáreis de poner coto á vuestros desórdenes, tanto mas grave é inminente será vuestro castigo: *Tardam vindictam, compensat Dominus gravitate peccatorum*, dice S. Gregorio. *Væ tibi, Corozaim*, he ahí como habla el Señor á una alma á que colmó de beneficios; *væ tibi Bethsaida, quia si in Tyro et Sidone factæ fuissent virtutes quæ factæ sunt in vobis, olim in cilicio et cinere sedentes pœniterent.* (Luc. 10, 13.) Hermanos mios, si las gracias que el Señor ha derramado sobre vosotros, las hubiese hecho á un turco, á un salvaje, *si in Tyro et Sidone factæ fuissent virtutes quæ factæ sunt in vobis*, á la hora que es, aquéllos se hubieran quizás santificado, ó al menos hubieran hecho penitencia de sus pecados; ¿y vosotros os habeis convertido á santidad? ¿Habeis hecho al menos penitencia de tantos pecados mortales, de tantos pensamientos desarreglados, de tantas palabras, de tantos escándalos? ¿No veis como Dios está enojado contra vosotros? ¿No reparais que está empuñando el azote? ¿No observais que teneis á la muerte sobre vuestras cabezas?

¿Y qué podemos hacer? decís. ¿Reducirnos á la desesperacion? No, que Dios no nos quiere desesperados: *Adeamus ergo cum fiducia*; he ahí lo que nos toca hacer, conforme nos exhorta S. Pablo: *Adeamus cum fiducia ad thronum gratiæ ut misericordiam consequamur; et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.* (Hebr. 4, 16.) Acerquémonos con presteza al trono de la gracia para recibir el perdon de nuestras culpas y del castigo que nos amenaza: *in auxilio opportuno*, es decir, que quizás el auxilio que Dios querrá concedernos hoy no nos lo prestará el dia de mañana. Apresurémonos, pues, á presentarnos ante el trono de la gracia. Mas, ¿que trono es este de la gracia? Es el mismo Jesucristo: *Ipse est propitiatio pro peccatis nos-*

tris. (1. Joan. 2. 2.) Jesus, por los méritos de su sangre es quien obtiene para nosotros el perdón; no nos retardemos. Mientras que nuestro Redentor predicaba por la Judea, curaba á los enfermos y concedía otras gracias; las personas que se las pedían alcanzábanlas; mas los negligentes, que no cuidaban de solicitar sus gracias, quedaban sin ellas: *Pertransiit benefaciendo.* (Act. 10, 38.) Esta reflexion obligaba á decir á S. Agustín: *Timeo Jesum transeuntem:* dando á entender, que cuando el Señor nos ofrece sus gracias, importa sobremanera corresponder á su obsequio, cooperando por nuestra parte á su obtencion: ~~de otra~~ suerte Jesus pasará, y nosotros quedaremos ~~salvados de ellas~~: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* (Ps. 94, 8.) Hoy Dios te llama, pues hoy mismo entrégate á Dios; si aguardares á mañana quizás mañana Dios no te llamará y quedarás en el abandono. Trono de gracia es tambien, conforme dice S. Antonino, María Santísima, que es reina y madre de misericordia. Si vieres, pues, que Dios está enojado contra tí, te exhorta S. Buenaventura, *si videris Dominum indignatum, ad spem peccatorum confugias*; recorre á la esperanza de los pecadores. ¿Y quien es la esperanza de los pecadores? Es María, que se llama Madre de la santa esperanza: *Mater sanctæ spei.* (Eccl. 24, 24.) Mas conviene advertir, que la esperanza santa es la esperanza del pecador que anda arrepentido del mal que ha hecho, y propone mudar de vida; que de otra suerte, quien entendiere continuar en su mala vida, abrigando al propio tiempo la esperanza de que María le prodigará sus auxilios y procurará su salvacion, se entregaria á una esperanza falsa y temeraria. Arrepintámonos, pues, de los pecados que hemos cometido, propongamos enmendarnos, y llenos de confianza recurramos á María, y entonces ella nos socorrerá y nos salvará. (*Hágase aquí el acto de contricion.*)

DISCURSO IV.

DE LAS CUATRO PUERTAS PRINCIPALES DEL INFIERNO.

Defixæ sunt in terra portæ
ejus. THREN. 2, 9.

Muy espacioso es el camino que conduce al infierno y muchas son las personas que por él transitan: *Spatiosa via est quæ ducit ad perditionem et multi intrans per eam.* (Matth. 7. 13.) Varias son tambien las puertas del infierno, bien que se hallan colocadas acá en la tierra: *Defixæ sunt in terra portæ ejus;* (Thren. 2. 9.) Esas puertas son los vicios, con los cuales el hombre ofende á Dios, y atrae sobre sí los castigos y la muerte eterna. Pero entre los vicios hay cuatro principales que arrastran al infierno mayor número de almas, y acá en la tierra llaman sobre el hombre los castigos divinos; á saber, el odio, la blasfemia, el hurto, y la impureza. Ved ahí las cuatro puertas que franquean su entrada al mayor número de las personas que se condenan: de ellas voy á tratar muy especialmente en el día de hoy, á fin de que nos enmendemos y pongamos pronto remedio: que de nó, Dios le pondrá por su mano, pero á costa de nuestra ruina.

La primera puerta del infierno es el odio. Así como el paraíso es el reino del amor, así el infierno es el reino del odio. Padre, dice uno, yo soy de mio agradecido; aprecio á los amigos; pero no puedo tolerar al que me injuria. Pero, hermano, sepas que lo que ahora dices y estás haciendo, lo practican tambien los bárbaros, los turcos y los salvajes: *Nonne et Ethnici hoc faciunt?* (Matth. 5. 47.) Querer bien al benefactor es cosa harto natural; y lo practican no ya los infieles, sino hasta los brutos mismos, y las fieras. *Ego autem dico vobis*, oye lo que yo te digo, dice Jesucristo, atiende á mi ley, que es ley de amor: *Diligite inimicos vestros*, yo quiero que vosotros, que sois discípulos míos, ameis tambien á vuestros enemigos: *Benefacite his qui oderunt vos;* y derrameis beneficios á los que os quieren mal: *Et orate pro persequentibus vos;* y si otra cosa no alcanzáreis, orad al inenos, y socorred con vuestras plegarias á los que os persiguen, y entonces sereis hijos de Dios vues-

iro padre: *Ut sitis filii Dei patris vestri, qui in cælis est.* (*Mat. 5. 44, 45.*) Con razon pues dice S. Agustin, que el amor solo es el que demuestra quienes son los hijos de Dios ó los del diablo: *Sola dilectio discernit inter filios Dei et filios diaboli.* Así lo practicaron los Santos, amando á sus enemigos. Santa Catalina de Sena socorrió en una grave enfermedad y asistió largo tiempo, como sirvienta, á una mujer que la habia disfamado en punto de honestidad. S. Acayo vendió sus bienes para acudir al socorro de cierto sugcto que le habia quitado la fama. S. Ambrosio señaló una pension diaria y suficiente para pasar cómodamente la vida á un sicario que habia atentado contra sus dias. Esos sí que pudieron verdaderamente llamarse hijos de Dios. Cosa extraordinaria por cierto, dice Sto. Tomás de Villanueva, no pocas veces recibimos de otra persona algun disgusto, y por la mediacion de un amigo le perdonamos la injuria; y luego no querremos perdonarla siendo Dios quien nos lo ordena?

¡Cuan bella esperanza de ser de Dios perdonado atesora aquel que perdona al que le ofendió! De Dios mismo obtiene la promesa de su perdon: *Dimittite et dimittemini.* (*Luc. 6. 37.*) *Remittendo aliis*, dice el Crisóstomo, *veniam tibi dedisti.* Mas el que arde en deseos de venganza, ¿como podrá pretender que le sean perdonados sus pecados? Este al rezar el padre nuestro se condena á sí mismo cuando dice: *Dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.* Al paso que cuando quiere vengarse dice á Dios: Señor, no me perdoneis, porque yo no quiero perdonar: *Tu in tua causa fers sententiam*, tú estás pronunciando la sentencia contra tí mismo, decia san Juan Crisóstomo. (*Hom. 18, in Joan.*) Pero no dudes que serás juzgado sin misericordia tu que no quieres usar de misericordia para con tu prójimo: *Judicium enim sine misericordia illi, qui non fecerit misericordiam.* (*Jac. 2. 13.*) Mas, como tendrá jamas osadia de buscar á Dios, dice S. Agustin, y de esperar el perdon de las injurias que contra el Señor tiene cometidas, el que rehusa perdonar á su enemigo como Dios manda que lo haga? *Qua fronte indulgentiam peccatorum obtinere poterit, qui præcipienti dare veniam non acquiescit?* Si apetece pues la venganza, hermano mio, despídete del paraíso: *Foris canes.* (*Apoc. 22. 15.*) Los perros por su propension á la rabia son el emblema del vengativo; y tales perros son arrojados del paraíso, y tienen un infierno acá y otro allá. El que abriga odio, dice S. Juan Crisóstomo, no disfruta jamás de

paz sino que vive en continua tormenta : *Qui inimicum habet, numquam fruitur pace, perpetuo æstuat.* (Hom. 22.)

Pero, padre mio, ese sugeto me ha robado la honra : *Honorem meum nemini dabo.* Ved ahí el bello proverbio que jamás se les cae de la boca á esos perros del infierno que rabian por vengarse: Me ha quitado la honra, y yo quiero arrancarle la vida. ¿Quieres arrancarle la vida? ¿Y acaso eres tú el dueño de la vida de un hombre? Dios solo es el dueño de la vida : *Tu es, Domine, qui vitæ et mortis habes potestatem.* (Sap. 18. 23.) ¿Quieres vengarte del enemigo? Y Dios quiere tambien vengarse de tí. La venganza solo á Dios es lícita : *Mea est ultio, et ego retribuam in tempore.* (Deuter. 32, 35.) Pero, ¿de qué suerte dices, se remediará el menoscabo que ha sufrido mi honor? Como? ¿Con que para reponer tu honor quisieras hollar bajo de tus pies el honor de Dios mismo? ¿No sabes, dice S. Pablo, que cuando quebrantas la ley de Dios, atentas contra su honra? *Per prævaricationem legis, Deum inhonoras.* (Rom. 2. 23.) ¿Que suerte de honor es este? Honor propio de un turco, de un idólatra: la honra del cristiano consiste en obedecer á Dios, y observar su santa ley. Mas yo, replicas, quedaré envilecido á los ojos del mundo. Dime, responde S. Bernardo, si la casa amenazáre de caerte encima ¿dejarías de huir, por no ser tenido por vil á los ojos de los demás? Y por no pasar por vil, ¿quieres de buena voluntad condenarte á las penas del infierno? Si perdonares, serás objeto de alabanza para los buenos; por lo cual, dice S. Juan Crisóstomo, el modo de vengarte es haciendo beneficios al enemigo: *Beneficiis eum officio et ultus es.* (Hom. 20. 10, 6.) Porque de este modo la gente increparán á tu enemigo y dirán bien de tí. No pierde en manera alguna la honra aquel que tras la injuria dice : Cristiano soy, no puedo, ni quiero acudir á la venganza. El que así se comportáre, léjos de perder el honor, lo adquiere, y salva al mismo tiempo su alma. Mas el que ejecuta la venganza, será de Dios castigado, y no tan solo en la vida futura, mas tambien en la presente. Esquive enhorabuena la justicia de los hombres; ¿que vida, sin embargo, pasará despues de haber satisfecho su venganza? ¿Que satisfactorio le será el vivir siempre como un fugitivo, rezeloso continuamente de la mano de la justicia, temeroso de los parientes de la víctima; atormentado de los remordimientos de la conciencia, privado de la gracia de Dios, y condenado al infierno? Y consideremos, oyentes míos, que idéntico pecado es el vengarse de hecho, como el desear la venganza. Si ocurriere, pues, el recibir una

ofensa, qué deberémos practicar? En el calor de la pasión recurramos á Dios sin tardanza, recurramos á María santísima, á fin de que nos preste su auxilio, y nos dé fuerzas suficientes para perdonar, y digamos entouces con afán: Señor, yo perdono por amor de vos la injuria que acabo de recibir, y vos por vuestra misericordia perdonadme á mí las repetidas ofensas que os tengo hechas.

Pasemos á tratar de la segunda puerta del infierno, que es la *blasfemia*. Ciertas personas al sufrir alguna contradiccion, no acuden á vengarse de los hombres, mas quisieran vengarse de Dios mismo, blasfemando de sus Santos: y no faltan algunos que llegan á maldecir al Dios mismo que les sostiene. ¿Sabeis, hermanos míos, que clase de pecado sea el de la blasfemia? Dice un autor: *Omne peccatum comparatum blasphemæ, levius est*: y ya anteriormente lo habia dicho S. Juan Crisóstomo: *Blasphemia pejus nihil*. (*Hom. 1. ad Pop. Antioch.*) Los demás pecados suelen cometerse por fragilidad, dice S. Bernardo, mas este se comete únicamente por malicia: *Alia peccata videntur procedere ex fragilitate et ignorantia, sed blasphemia procedit ex propria malitia*. (*Serm. 33.*) Razon tenia pues S. Bernardino de Sena en llamar á la blasfemia pecado diabólico, porque el blasfemador, cual demonio, injuria directamente á Dios y á sus Santos. Peor es su condicion que la de aquellos judios que crucificaron á Jesucristo, los cuales no le reconocian por Dios, al paso que el que blasfema, sabe que blasfema contra Dios mismo y arroja cara á cara el ultraje. Peor es que los perros que no suelen clavar dentellada contra el amo que les da el pan; mas el blasfemador ultraja á Dios mientras que Dios le está llenando de beneficios. ¿Que pena, dice S. Agustin, será suficiente para castigar delito tan execrable? *Quæ supplicia sufficiunt, cum Deo fit ista tam nefaria injuria?* (*De Civ. Dei, cap. 9.*) No es pues maravilla, dice Julio III en su bula 23, que existiendo este pecado no cese Dios sus castigos: *Minime mirandum, si flagella non amoveantur*. Refiere Lorino (*in cap. 4. Levit.*) que en el proemio de la Pragmática-Sancion de Francia se cuenta, que en ocasion que el rey Roberto estaba orando por la paz del reino, le respondió el Crucifijo, que jamás su reino disfrutaria de completa paz, hasta tanto que hubiese arrancado de él las blasfemias. Amenaza el Señor con la destruccion á aquel reino, en donde está de asiento tan maldito vicio: *Blasphemaverunt sanctum Israel, terra vestra deserta desolabitur*. (*Isa. 1, 4, 7.*)

Ojalá se diese el ejemplar de lo que dice S. Juan Crisóstomo: *Contere os ejus, percussione manum tuam sanctifica*. Romper la boca fuera necesario, á esos malditos blasfemadores, y apedrearlos despues conforme en la ley antigua estaba ordenado: *Qui blasphemaverit nomen Domini, lapidibus obruet eum omnis multitudo*. (*Levit. 24, 16.*) Pero mejor seria poner en uso lo que en otro tiempo practicaba en Francia el rey S. Luis; quien ordenó por un edicto que el blasfemador fuese marcado en los labios con un hierro incandescente. Acaeció que cierto noble se dió á prorumpir en blasfemias, acudieron á interceder con el rey á su favor muchos personajes, rogándole le absolviere del castigo; mas S. Luis quiso que de todo punto se cumpliese, y echándole algunos en cara su escesivo rigor, respondió que mejor hubiera querido abrasar á su propia lengua, que no permitir que en su reino se hiciera á Dios tan grave injuria.

Dime, blasfemador, ¿de que país eres? Voy á decírtelo yo mismo; eres del infierno. A S. Pedro le reconocieron en la casa de Caifás por galileo, á causa del acento de su habla: *Vere et tu*, le dijeron, *ex illis es, nam et loquela tua manifestum te facit*. (*Matth. 26, 73.*) ¿Cual es el habla de los condenados? La blasfemia de Dios y de sus Santos: *Et blasphemaverunt Deum cœli præ doloribus et vulneribus suis*. (*Apoc. 16, 11.*) ¿Y que fruto sacas, hermano mio, de tales blasfemias? No te producen honra; porque el blasfemador causa horror á sus propios compañeros de blasfemia. Ni tampoco utilidad alguna temporal. ¿No ves que este vicio maldito te tiene continuamente en la indigencia? *Miseros facit populos peccatum*. (*Prov. 14, 34.*) Ni te proporciona placer, porque ¿que gusto puede producir el blasfemar de los Santos? Gusto propio de un condenado: disipado aquel turbion de ira, ¿que amargura, que dolor queda en el corazon? ¿Y que culpa tienen los Santos? ¿Que mal te hacen los Santos? Ellos te ayudan; ruegan á Dios por tí, y tú les maldices? Quita resueltamente este vicio. Mira, que si ahora no procuras reformar tu conducta, continuarás en él hasta la muerte, como ha acontecido á tantas personas que han espirado con la blasfemia en los labios. Pero, padre mio, ¿qué haré cuando me acometen los ímpetus de la ira? ¿Dios mio! ¿no hay por ventura otras palabras, otras vocablos, sino maldecir á los Santos? Decid, malhaya mi pecado; decid, Madre mia, amparadme, dadme paciencia. Pronto se desvanecerán los ímpetus de aquella pasion, de aquel enojo, y te hallarás en gracia de

Dios; de lo contrario, ¿qué experimentas de ello? Mayor aflicción y tu ruina eterna.

Veamos otra de las grandes puertas del infierno por la cual entra en él crecido número de hombres: esta puerta es el *hurto*. Ciertas personas prestan, por decirlo así, honores divinos al dinero, y le aprecian como su último fin: *Simulacra gentium argentum et aurum.* (*Ps.* 113, 4.) Pero bien salió sentencia contra estos tales: *Neque fures, neque rapaces regnum Dei possidebunt.* (*1. Cor.* 6, 10.) Verdad es, que el hurto no se cuenta por el mas grave de los pecados, mas, conforme dice S. Antonino, es el pecado mas arriesgado contra la eterna salud: *Nullum peccatum periculosius furto.* La razon de ello es: porque para alcanzar el perdon de los demás pecados, basta tener de ellos un verdadero arrepentimiento; no así en el hurto: el arrepentimiento no es suficiente, cumple además la restitucion, que á veces es barto difícil practicar. He ahí, que vision tuvo una vez cierto ermitaño: vió á Lucifer sentado en su trono que preguntó á un demonio, ¿porqué habia tardado tanto tiempo en regresar? Respondióle, que se habia detenido por tentar á un ladron á fin de que no biciese las restituciones. Y entonces replicó Lucifer: aplicad un severo castigo á este mentecato. ¿A que vino, le dijo, perder tanto tiempo? ¿No sabes que quien toma lo ajeno no suele restituirlo jamás? En verdad que así sucede: lo ajeno se conyerte como en sangre propia; y el dolor de sacar la sangre propia para darla á otro, es duro de padecer. La esperiencia de todos los dias nos lo demuestra. Innumerables son los hurtos que se cometen, y ¿son muchas por ventura las restituciones que se hacen?

Guárdate, hermano mio, de tomar y retener las cosas ajenas. Y si alguna vez en los pasados tiempos caiste en esta falta, pon presto remedio. Si no pudieres hacer de golpe la restitucion por entero, hazla paulatinamente. Y sepas que los bienes ajenos no solo te llevarán al infierno, sino que aun causarán en esta vida tu aflicción y tu miseria. Tú despojaste á otros, mas vendrán otros y te despojarán á tí: *Quia tu spoliasti gentes multas, spoliabunt te omnes.* (*Habac.* 3, 9.) Los bienes ajenos llevan consigo lamaldicion para la casa entera del usurpador: *Hæc est maledictio quæ egreditur super faciem omnis terræ..... et veniet ad domum furis.* (*Zach.* 5, 3.) Entiéndese decir, segun esplica S. Gregorio Nacianceno, que quien retiene lo ajeno, no solo perderá aquello que retiene, mas tambien lo suyo:

Qui opes inique possidet, etiam suas amittit. Los bienes ajenos son como fuego y llama que devoran cuanto encuentran.

Atended, madres y esposas, cuando vuestros hijos ó maridos entran bienes ajenos en casa, gritad, increpad, no aplaudais el hecho ni siquiera con el silencio. Sintió Tobías en su casa los balidos de un cordero: *Videte*, dijo, *videte, ne forte furtivus sit, rededite eum.* (Tob. 2, 21.) Y, dice S. Agustin, que como Tobías amaba á Dios, *nolebat sonum furti audire in domo.* Otras personas hay que toman los bienes ajenos, y procuran aquietar su conciencia haciendo alguna limosna. Mas, *non vult Christus rapina nutriri*, dice S. Juan Crisóstomo: No quiere el Señor que le honren con los bienes de otro. Los hurtos propios de los nobles y de los grandes de la tierra son las injusticias, el daño causado á tercero, el quitar á los pobres lo que les es debido; y esas acciones son otros tantos hurtos que requieren una completa satisfaccion; pero semejantes restituciones llevan en sí muchísima dificultad, y gran facilidad en arrastrar personas al infierno.

Entremos por último á hablar de la *deshonestidad*, que es la cuarta puerta del infierno que da ingreso á la mayor parte de los condenados. Dicen algunos: Ese es pecado de poquito. ¿De poquito? Pero es pecado mortal. Dice S. Antonino que tal es la corrupcion que levanta este pecado, que ni los demonios mismos pueden sufrirla: y añade el propio Santo, que cuando se cometen estas torpezas hasta el demonio huye por no verlas. Por eso suponen los doctores, que ciertos demonios, que fueron espíritus de elevada jerarquía, recordando su antigua nobleza, desdénanse de tentar á los pecadores por este lado. Considerad ahora que hediondez no causará á Dios aquella persona, que vuelve siempre como el perro al vómito, y como cerdo se revuelca en el cenagal inmundo de vicio tan maldecido: *Canis reversus ad suum vomitum, et sus lota in volutabro luti.* (2. Petr. 2, 22.) Dicen aun los deshonestos: Dios tiene misericordia de este pecado, porque sabe que somos hechos de carne. ¿Qué estais diciendo? ¿Dios tiene compasion de este pecado? Sabed pues, que, segun nos relata la Escritura, los castigos mas horribles que Dios ha descargado sobre el mundo, han sido contra este pecado. Por ningun otro pecado se lee que se arrepintiese Dios, dice S. Jerónimo, de haber hecho al hombre, sino por el pecado de la deshonestidad: *Pœnituit eum quod hominem fecisset..... omnis quippe caro corruperat viam suam.* (Gen. 6. 6 et 12.) Por eso dice Eusebio, que por nin-

gun género de pecado ha enviado el Señor tan rigurosos castigos á la tierra, como por este: *Pro nullo peccato tam manifestam justitiam exercuit Deus, quam pro isto.* (Euseb. Epist. ad Damas.) Envió una vez fuego del cielo sobre cinco ciudades, é hizo morir abrasados á todos sus moradores, reos de este vicio. Por este mismo pecado señaladamente envió Dios el diluvio universal, que causó la muerte á todos los hombres, exceptuando solamente á ocho personas. Es pecado que Dios castiga no solo en la vida futura, sino tambien en esta. Baste entrar en los hospitales, y échase de ver allí muchos pobres jóvenes, antes fuertes y vigorosos, ahora débiles y escualtidos, llenos de dolores y atormentados por la sajadura y el fuego; y porqué? Por causa de este vicio maldito: *Oblita est mei, et projecisti me post corpus tuum; tu quoque porta scelus tuum et fornicationes tuas.* (Ezech. 23, 35.) Por haberte olvidado de mí, y vuéltome las espaldas, por satisfacer un miserable placer de tu cuerpo, quiero que aun en esta vida pagues la pena de tus maldades.

¿Tener Dios compasion de este pecado? Y es cabalmente el que lleva mas erellido número de almas al infierno. Dice san Remigio, que la mayor parte de los condenados están en el infierno por este pecado. Y segun el P. Segneri, así como Nena de pecadores el mundo, hinche de almas el infierno. Lo propio habia dicho antes de él S. Bernardo: *Hoc peccatum quasi totum mundum trahit ad supplicium.* (Tom. 4. serm. 21.) Y precedentemente á S. Bernardo dijo S. Isidoro, *Magis per luxuriam humanum genus subditur diabolo, quam per cetera vitia.* (Lib. sentent. cap. 39.) Consiste la razon de ello en que á este vicio propende la natural inclinacion de la carne, y por esto dice el Angélico Maestro, que el demonio en ninguno otro vicio se complace tanto como en este; puesto que la persona que viene á caer en ese lodazal de infierno, queda apesgada á él, y casi impotente para arrancarse de aquel fango: *Nullus in peccato tenacior quam luxuriosus*, dice Sto Tomás de Villanueva, (cap. 4. de S. Idolph.) Fuera de que es vicio que embota las luces, de tal suerte que el deshonesto queda completamente ciego y casi olvidado de Dios: *Voluptates impudicæ*, dice S. Lorenzo Justiniani, *oblivionem Dei inducunt.* (De Lib. vit.) Conforme con lo que espresa el profeta Oseas: *Non dabunt cogitationes suas, ut revertantur ad Deum suum, quia spiritus fornicationum in medio eorum, et Dominum non cognoverunt.* (Osea 5, 4.) El deshonesto desconoce, y desobedece á Dios y

á la razón, como dice S. Jerónimo; y solo subordina su voluntad al fomes de los sentidos, que le lleva á obrar á la manera de los irracionales: *Nec parat rationi, qui impetu ducitur.* (Sanct. Hier. in epist.)

Como ese pecado balaga por otra parte los sentidos, de ahí es que engendra inmediatamente un hábito en el cual algunos viven sumidos hasta la muerte. No es difícil observar á muchos hombres casados, á muchos ancianos ya decrepitos derramados en los mismos pensamientos licenciosos, y en los mismos pecados que cuando mozos cometían. Fácil como es de sujar la caída en ese pecado, llega á multiplicar desmedidamente el número de las culpas. Preguntad al deshonesto, cuántas veces ha consentido en pensamientos menos puros? y os responderá: ¿Quién es capaz de recordarlas? Pero, hermano mio, aunque tú ignores su número, bien presente lo tiene Dios; y tú debes saber que un solo pensamiento deshonesto consentido, es suficiente para arrojarte al infierno. ¿Cuántas palabras deshonestas has pronunciado con complacencia propia y escándalo ajeno? De los pensamientos y palabras pasemos á las obras, y en ellas muchas son las torpezas en que esos miserables se revuelcan como cerdos (*sui in volubro luti*) sin llegar á saciar su deseo, porque este pecado jamás se satisface cumplidamente. Pero, padre, viene uno diciendo, ¿como deberé comportarme en medio de tantas tentaciones como me asaltan, frágil como soy, y hecho de carne? Ya que te sientes frágil, ¿porqué no acudes á Dios y á su santísima Madre que lo es de la pureza? Ya que eres de carne, ¿porqué te abalanzas á las ocasiones? ¿porqué no traes mortificada tu vista? ¿porqué clavas tus ojos en ciertos objetos, que te engendran despues las tentaciones? S. Luis Gonzaga, ni para mirar á su propia madre, osaba alzar los ojos. Y es de notar tambien que el pecado de la deshonestidad arrastra frecuentemente en pos de sí á los demás pecados: arrastra odios, hurtos y señaladamente confesiones y comuniones sacrilegas; originadas del rubor que acomete al penitente al confesarse de tamañas torpezas cometidas. Y digamos aquí de paso, que por causa de los sacrilegios cargan muy particularmente sobre nosotros las enfermedades y las muertes. Dijo el Apóstol que: *Qui enim manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit, non dijudicans corpus Domini*; y añadió luego despues: *Ideo inter vos multi infirmi et imbecilles, et dormiunt multi.* (1. Cor. 11, 29.) Cuyo texto, así lo esplica el Crisóstomo: que las personas de

que hablaba S. Pablo eran castigadas con enfermedades mortales, porque recibían los sacramentos con dañada conciencia: *Quandoquidem peccabant, quod participes fierent mysteriorum, non expurgata conscientia.* (Chrysost. in cap. 3. Isai.)

Hermano mio, léjos de mí el infundirte desconfianza; mas si alguna vez te hallares encenagado en este vicio, procura á levantarte presto de esta balsa sucia é infernal; álzate pronto de ella, aprovecha el momento en que Dios te concede suficiente luz, y te tiende su mano para sacarte fuera. Lo que inmediatamente debes practicar es romper con las ocasiones; de lo contrario vendrán á ser perdidas todas las pláticas, los propósitos, las lágrimas y las confesiones. Aparta la ocasion y encomiéndate á Dios y á María, madre de la pureza: al sentirte tentado por este vicio, no andes en propósitos con la tentacion, acude sin tardanza á invocar y llamar en tu socorro los nombres de Jesus y de María: nombres sacrosantos que tienen la virtud de ahuyentar al demonio y amortiguar el infernal ardor de la tentacion. Si el demonio prosiguere en ella, prosigue invocando á Jesus y á María, y no rezeles la caída. Procura, á fin de arrancar de tí los hábitos perversos, tener alguna devocion especial á la Virgen Santísima: comienza por ayunar todos los sábados en obsequio suyo; procura visitar su imagen diariamente, y ruégale te libere de aquel vicio; y por la mañana, luego despues de levantado, no te olvides jamás de rezar tres *Avenarias* á su pureza, y lo propio harás por la noche antes de recogerte; y sobre todo, como llevo dicho, cuando se abata sobre tí la tentacion, invoca inmediatamente á Jesus y á María. Y cuenta, hermano mio, que si ahora no te enmendares, tal vez no llegarás á enmendarte nunca jamás. (*Acto de contricion.*)

DISCURSO V.

DE NADA APROVECHAN LAS DEVOCIONES EXTERIORES COMO NO
ESTIRPEMOS DEL ALMA NUESTROS PECADOS.

Et nunc nolite illudere, ut forte con-
stringantur vincula vestra.

ISA. 28. 22.

ORDENA Dios á Jonás que vaya á predicar á Ninive; Jonás desobedece á Dios, embárcase y se dirige á Tarsis. Mas ved ahí, que asalta á la nave una recia tempestad que la pone en inminente riesgo de zozobrar; y conociendo entonces Jonás que el temporal que les afflige es un castigo fulminado contra su desobediencia, dice á la tripulacion del buque: *Tollite me, et mittite in mare, et cessabit mare à vobis; scio enim quoniam propter me tempestas hæc venit; (Jon. 1. 12.)* Y en efecto, arrojáronlo al mar, y se aplacó la borrasca: *et stetit mare à furore suo.* Luego, á no haber sido Jonás lanzado al mar, no se hubiera serenado la tempestad. Oyentes míos, ¿alcanzais á comprender que consecuencia debemos sacar nosotros de este ejemplo? Si no arrancáremos del alma nuestros pecados, la tempestad, esto es, el azote inminente de Dios no cesará. Nuestros pecados son el viento infausto que mueve la tormenta, y nos lleva á la perdicion: *Iniquitates nostras quasi ventus abstulerunt nos. (Isa. 64, 6.)* Hácense actualmente penitencias, novenarios, procesiones, esposiciones del SS. Sacramento, mas ¿de qué aprovechan esos actos, si no procuramos enmendarnos? si no cercenamos del alma los pecados? Este es el asunto del presente discurso: Poco provecho nos traerán todas las devociones, si no estirpamos del alma los pecados, porque no conseguiremos aplacar á Dios.

Suele decirse que no mengua el dolor, si no se arrancáre la espina. Dios, dice S. Jerónimo, no se enoja porque el enojo es una pasion, y Dios no sufre pasion alguna; siempre permanece sesegado; y aun quando descarga sus castigos, no traspone un punto su tranquilidad: *Tu autem Dominator virtutis in tranquillitate iudicas. (Sap. 12, 18.)* Mas el pecado mortal encierra en sí tanta malicia, que por su propia naturaleza provocára á

ira, y moviera á aflicción al Señor, si Dios fuere capaz de sentir cólera ó aflicción alguna. Pero los pecadores á eso conspiran en cuanto está de su parte, conforme lo nota el profeta Isaías: *Ipsi autem ad iracundiam provocaverunt, et afflixerunt spiritum sanctum ejus.* (Isa. 63, 10.) Escribió Moisés que al enviar Dios el diluvio se mostró de tal suerte afligido por los pecados de los hombres, que dijo, verse obligado á esterminarlos de la haz de la tierra: *Tactus dolore cordis intrisecus, delebo, inquit, hominem... à facie terræ.* (Gen. 6. 6, 7.) De todos los castigos que sufrimos, dice el Crisóstomo, la causa única son los pecados: *Ubi est fons peccati, ibi est plaga supplicii.* (In ps. 3.) Sobre las palabras del Génesis, que despues del diluvio dijo Dios: *Arcum meum ponam in nubibus* (Gen. 9, 13.), hace san Ambrosio la signiente reflexion (Lib. de Noe, cap. 47.), á saber: que la Escritura no dice *sagittam ponam*, sino, *arcum*, para mostrar, que el pecador es el que aplica la saeta al arco, y provoca á Dios á descargar su castigo.

Si deseáremos aplacar al Señor, fuerza es que apartemos lo que causa su enojo, conviene á saber, que arranquemos de nosotros nuestros pecados. El paralítico pedia á Jesucristo la salud del cuerpo, y el Señor antes de concedérsela, quiso sanarle el alma, infundiéndole dolor de sus culpas, y diciéndole despues: *Confide, fili, remittuntur tibi peccata tua.* (Matth. 9, 2.) Estirpó primero el Señor, dice Sto. Tomás, la causa de la enfermedad, que eran las culpas, y le sanó en seguida de la enfermedad misma: *Iste petebat sanitatem corporis et Dominus dat animæ, quia tamquam bonus medicus auferre voluit mali radicem.* (S. Thom. in Matth. loc. cit.) La raíz del mal forma la culpa, pues, segun S. Bernardino de Sena: *Causa infirmitatis sæpe sunt peccata.* Por eso el Señor en cuanto le hubo sanado de su dolencia, se lo advirtió, diciéndole: *Vade, et noli amplius peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.* Hijo, no reincidas en el pecado, porque volvieras á caer en enfermedad peor que la primera. En el Eclesiástico se habia hecho ya notar este aviso: *Fili, in tua infirmitate..... ab omni delicto munda cor tuum etc, et da locum medico.* (Eccl. 38, 9.) Importa acudir primero al Médico de las almas, á fin de que te desinfiene de las culpas, y luego despues al médico del cuerpo, para que te sane de la enfermedad. En resúmen; la causa de todos los castigos está en el pecado, y mas que en el pecado todavía, en nuestra obstinacion; dicelo S. Basilio: *Nostri causa hæc invehuntur, qui retinemus cor impenitens.* (In Isa. 9.)

¿Tenemos ofendido á Dios, y rehusamos hasta el arrepentimiento? Cuando Dios nos llama con las voces del azote, exige que le escuchemos, de lo contrario, le obligamos á decargar sobre nosotros su maldición: *Si audire nolueris vocem Domini, venient super te omnes maledictiones istæ. Maledictus eris in civitate, maledictus in agro, etc. (Deut. 28. 15.)* Cuando á Dios ofendemos, provocamos contra nosotros los castigos de todas las criaturas. A la manera que cuando un esclavo se rebela contra su dueño, dice S. Anselmo, se atrae el enojo no solo de su propio amo sino aun de toda la familia; así cuando ofendemos á Dios, llamamos contra nosotros las molestias de las criaturas todas: *Non solum iram Dei promeruimus, sed totam creaturam contra nos excitavimus. (S. Anselm. de Similit. capit. 101.)* Y se irritan muy señaladamente contra nosotros, añade S. Gregorio, aquellas criaturas que hacemos servir de instrumento de ofensa contra el Criador: *Cuncta quæ ad usum pravitatis infleximus, ad usum nobis vertuntur ultionis. (Hom. 31, in Evang.)* Movido Dios por su misericordia retiene los impetus de esas criaturas para que no nos aflijan, mas al ver que ninguna cuenta hacemos de sus amenazas, y no renunciamos á la perversidad de nuestras costumbres, entonces se valdrá grandemente de estas mismas criaturas, á fin de tomar venganza de las injurias que contra él cometemos: *Armabit creaturam contra insensatos. (Sap. 5, 48.) Et pugnabit cum illo orbis terrarum contra insensatos. (Ibid. 21.)* Non est ulla creatura, dice el Crisóstomo: *(Homil. in Absal.), quæ mota non fuerit, cum ipsum Dominum senserit moveri.*

Oyentes míos, si no hacemos por aplacar á Dios procurando enmendarnos, no alcanzaremos jamás á librarnos del castigo. ¿Puede darse mayor insentatez, dice S. Gregorio, como pretender que Dios deje de castigarnos, al paso que nosotros no queremos abstenernos de ofenderle? *Est primum genus dementiae nolle à malis quiescere, et Deum velle à sua ultione cessare. (Mor. lib. 8. Ep. 41.)* Crecido es el número de los que ahora vienen á la iglesia, oyen el sermón, pero no acuden á confesarse, ni se resuelven á trocar de vida. Si no apartamos la causa del castigo, ¿como querremos vernos libres del azote? *Nec amputamus causas morbi, ut morbus auferatur, decia S. Jerónimo.* Seguimos irritando á Dios, y nos maravillaremos de que Dios continúe azotándonos? *Miramur, dice Salviano, si miseri sumus, qui tales impuri sumus?* ¿Juzgamos acaso que Dios se satisface con que asistamos á las procesiones, ó acudamos á la iglesia,

solamente y sin sentir arrepentimiento de los pecados, sin restituir la fama ó los intereses ajenos, sin desprendernos de las ocasiones que nos llevan alejados de Dios? Ah! no queramos burlarnos del Señor: *Et nunc nolite illudere, ne forte constringantur vincula vestra.* (Isa. 28, 22.) Dejaos de mofaros de Dios, dice el profeta, porque de esto resulta que quedais mas prendidos y aberrojados con las cadenas que os retienen destinados al infierno. Comentando Cornelio á Lápide el citado pasaje de Isaías, dice, que cuanto mas se esfuerza la raposa que cae prendida en el lazo en soltarse de él, tanto mas aprieta el nudo: *Impii illusores irridendo Dei minas et penas, magis iisdem se adstringunt.* Pecadores míos, acabemos de una vez; cesemos de provocar el enojo de Dios; el azote está próximo á nosotros: *Consummationem enim, continua diciendo el profeta, et abbreviationem audiui à Domino super universam terram.* (Ibid.) Yo no soy el profeta Isaías, pero sé deciros, que veo venir sin demora el castigo con que Dios nos está amenazando, como no tratemos de convertirnos.

Escuchad lo que os dice el Señor: *Quia quæsiuit hæc de manibus vestris?* (Isa. 4. 12.) ¿Quien exige de vosotros tales procesiones y penitencias? Lo que yo quiero es que os laveis de los pecados: *Ne offeratis ultra sacrificium frustra.* (Ibid. 13.) ¿De qué sirven vuestras devociones, si no enmendais vuestra vida? *Solemnitates vestras odivit anima mea.* (Ibid. 14.) Sabed, dice el Señor, que vuestros obsequios y devociones exteriores son odiosas á mi espíritu, pues pretendéis que ellas os sirvan para que yo os libre del castigo sin ver reparadas siquiera las ofensas que he recibido: *Holocaustis non delectaberis, sacrificium Deo spiritus contribulatus.* (Ps. 50, 18.) Nada aceptas á Dios son cuantas devociones, limosnas y penitencias provengan de una alma inficionada por el pecado, y no arrepentida de él; que Dios solo agradece y acoge las ofrendas del afligido, que llora las ofensas cometidas, y se resuelve á mudar de vida.

Y Dios no admite chanzas: *Deus non irridetur.* Yo no os he ordenado, dice, tales procesiones ni penitencias: *Non sum locutus cum patribus vestris de verbo victimæ, etc.: sed hoc præcepi eis: Audite vocem meam, et ero vobis Deus.* (Jer. 7. 22.) Lo que yo exijo de vosotros, dice Dios, es que prestéis oídos á mi voz, que troqueis de vida, que hagais una confesion perfecta, con verdadero dolor, pues que tan frecuentes reituciones, despues de las confesiones pasadas, harto demuestran, que todas ellas fueron malas: exijo que os hagais violencia en

romper con aquellas uniones amistosas , con aquellas compañías: exijo que procureis restituir aquellos intereses , resarcir aquellos daños : *Audite vocem meam* ; obedeced mis palabras, *et ero vobis Deus.* (Jer. 7 , 23.) ; y entonces seré para vosotros un Dios de misericordia cual vosotros deseais. Las palabras de S. Mateo : *Qui habet aures audiendi audiat* , las comenta el cardenal Hugo diciendo de este modo : Ciertas personas tienen oídos , mas no para oír y practicar lo que han oído. Cuántos hay que oyen el sermón , oyen las advertencias que les hace el confesor , oyen , por fin , cuanto les cumple hacer para aplacar al Señor , y salen de la iglesia , y obran mucho peor que antes ; ¿ como podrá aplacarse Dios ? Y ¿ como pueden esperar esos tales que el Señor les libre de sus castigos ? *Sacrificite sacrificium justitiæ , et sperate in Domino* , dice David. (Ps. 4 , 6.) Honrad al Señor , no en apariencia , sino con las obras , que esto significan las palabras *sacrificium justitiæ* , llorando vuestras culpas , frecuentando los sacramentos , reformando vuestra vida , y confiad despues en el Señor : porque esperar en él continuando á vivir en el pecado , no es tener una verdadera esperanza , sino una temeridad , un engaño del demonio que os hace mas odiados de Dios y mas mercedores de castigo.

Hermanos míos , considerad que el Señor está enojado ; que tiene levantado su brazo para descargar sobre nosotros el castigo con que nos amenaza : ¿ qué pensais hacer para preservaros del azote ? *Quis demonstrabit vobis fugere à ventura ira ? Facite* , decia allá en su tiempo el Bautista , cuando predicaba á los hebreos , *facite ergo fructum dignum penitentiæ.* (Matth. 3 , 8.) Importa hacer penitencia , pero una penitencia digna de perdon , esto es , verdadera y resuelta. Fuerza es trocar la ira en mansedumbre , perdonando las ofensas ; la intemperancia en abstinencia , observando , cuando menos , los ayunos ordenados por la Iglesia , y absteniéndose de tanto vino que convierte á los hombres en irracionales , á cuyo fin se requiere dejar de frecuentar las casas de bebida ; trocar la deshonestidad en castidad , no volviendo mas al vómito de aquellas torpezas , resistiendo á los malos pensamientos , evitando las palabras obscenas , las compañías disolutas , las conversaciones peligrosas. *Fructum dignum penitentiæ.* Hacer frutos dignos de penitencia importa una aplicacion asidua al servicio de Dios , y tanto mas asidua , cuanto mas ofendido le habemos. *Sicut exhibuistis* , nos advierte el Apóstol , *membra vestra servire immunditiæ ... ita exhibete servire justitiæ.* (Rom. 6. 19.) Así lo proa-

ticaron una Sta. Maria Magdalena , un S. Agustin , una Santa Maria Egipciaca , una Sta. Margarita de Cortona , que con sus penitencias y buenas obras se conciliaron la amistad de Dios, mejor que otras almas menos inficionadas de pecados pero mas tibias: *Plerumque gratior est Deo* , dice S. Gregorio , *feruens post culpam vita , quam torpens innocentia*. Hácese mas apreciado de Dios un penitente fervoroso , que un inocente tibio. Y asi esplica el Santo aquel texto ; *gaudium erit in celo super uno peccatore poenitentiam agente , quam super nonagintanovem justis*. (Luc. 15. 7.) Entiéndase respecto de aquel pecador que despues del pecado se decide á amar á Dios con mayor fervor que el justo.

En esto consiste, pues, el hacer frutos dignos de penitencia, no ya tan solamente en oír el sermón , en visitar á la Virgen , en ir á la procesion , quedando adheridos al pecado y á la ocasion del pecado. Esto es mas bien mofarse de Dios , como he dicho antes , y provocar mas su enojo : *Et ne velitis* , continua diciendo el Bautista , *dicere inter vos : patrem habemus Abraham*. (Matth. 3, 9.) No aprovecha decir ; ya tenemos á la Virgen que nos ayuda ; ya tenemos á nuestro santo Patrono que nos protege ; porque cuando nosotros no curamos de desarraigar de nosotros nuestros pecados , los Santos no pueden ayudarnos. Amigos de Dios son los Santos , por lo cual no se deciden , sino que mas bien se avergüenzan de proteger al obstinado. Temblemos , porque el Señor tiene ya publicada la sentencia de que sean arrojados al fuego aquellos árboles que no dan fruto : *Omnis ergo arbor , quæ non facit fructum bonum , excidetur , et in ignem mitetur* (Matth. 5. 19.) Cristiano mío , ¿ cuantos años llevas de estar en el mundo ? Y dime ¿ qué frutos de buenas obras has producido hasta ahora ? ¿ Que honor has rendido á Dios en tu vida ? Pecados , injurias , menosprecios , he ahí los frutos , el honor que á Dios has dado : Dios por un efecto de su misericordia te concede tiempo para la enmienda , á fin de que llores las ofensas que contra el Señor cometiste , y le ames en lo que te resta de vida. ¿ Qué determinas hacer ? ¿ A qué te resuelves ? Ea decídetelo presto á darte de todas veras á Dios. ¿ Qué aguardas ? ¿ Aguardas á que seas cortado de raiz y arrojado á las llamas del infierno ?

Concluyamos pues nuestro discurso. El Señor me ha enviado aquí el día de hoy para predicaros , y os ha inspirado á vosotros la idea de venir á escucharme , porque quiere libertaros del castigo que os amenaza , si os convirtiereis de todas

veras: *Noli subtrahere verbum, si forte audiant, et convertantur, et pœniteat me mali quod cogito facere eis.* (Jer. 26, 2.) Me ordena el Señor que os diga de parte suya, que él está pronto á arrepentirse del castigo, esto es, á revocar el azote que habia pensado enviaros, *et pœniteat me mali quod cogito facere eis*; pero con la condicion, *si audiant et convertantur*, si se convirtieren realmente; de lo contrario, dará suelta al castigo. Temed pues, pbr si todavía no estuviereis resueltos á mudar de vida. Mas alegraos, si de veras consentís en volver á Dios: *Lætetur cor quærentium Dominum.* (Ps. 104, 3.) Regocíjese aquel corazon que va en busca de Dios; porque Dios es todo piedad y amor para quien lo busca: *Bonus est Dominus animæ quærenti illum.* (Thren. 3, 25.) No sabe desechar el Señor un corazon humillado y arrepentido de las faltas que ha cometido. *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias.* (Ps. 50.) Alegrémonos pues, si tenemos firme intencion de mudar de vida. Y si al contemplarnos reos de tantos delitos, tememos los castigos de la justicia divina, recurramos á la Madre de la misericordia, que es María Santisima, que protege y libra de castigos divinos á cuantos se acogen bajo su manto protector: *Ego civitas refugii omnium ad me confugientium*; palabras que le pone en boca S. Juan Damasceno. (Acto de contricion.)

DISCURSO VI.

DIOS ENVIA LOS CASTIGOS EN ESTA VIDA, NO PARA NUESTRA PERDICION, SINO PARA NUESTRO BIEN.

Non enim delectaris in perditionibus nostris. JOB 3. 22.

PERSUÁDAMONOS, cristianos míos, que no hay quien nos ame mas tiernamente que Dios. Decia Sta. Teresa, que mas nos ama Dios, que no nos amamos nosotros mismos. Nos amo desde la eternidad: *In charitate perpetua dilexi te.* (Jer. 31. 3.) Y por un efecto de su amor hacia nosotros, nos sacó de la nada y vos dió el ser: *Ideo attraxi te miserans tui.* (Ibid.) De ahí es que cuando Dios nos mortifica con sus castigos acá en la tierra, no obra á impulsos del mal que nos desee, sino del bien que nos quiere, y porque bien nos ama. *Hoc autem pro*

certo habet omnis qui te colit, quod vita ejus si in probatione fuerit, coronabitur; si in tribulatione, liberabitur. (Tob. 3. 21.) Así decia el santo Tobias: Señor, el que te sirve tiene por seguro que tras la prueba recibirá la corona, y tras la tribulacion se verá libre de la pena de que se hiciera merecedor. *Non enim delectaris in perditionibus nostris; porque vos no os complacéis en nuestra perdicion: quia post tempestatem tranquillum facis, et post fletum exultationem infundis* (Ibid. 22.); pasada la tormenta del castigo, nos dais la bonanza; y enjugado el llanto, nos concedéis el júbilo de la paz. Hermanos míos, tengamos pues entendido, y esto voy á demostraros el día de hoy, que *Dios no envia los castigos en esta vida para nuestra perdicion, sino por nuestro bien, á fin de que nos desprendamos de los pecados, volvamos á su gracia, y evitemos de esta suerte los castigos eternos.*

Dabo timorem meum in corde eorum, ut non recedant a me. (Jer. 32. 40.) Dice el Señor, que él infunde en nuestros corazones el temor á fin de que no los abandonemos al dominio de los afectos y delicias terrenales, de suerte que por su causa cometieramos la ingratitud de abandonarlo. Y á los pecadores que á Dios abandonaron ¿de qué manera los llama á conversion y al regreso á la gracia? Mostrándoseles airado, y descargado sobre ellos los castigos en esta vida: *In ira populos confringes* (Ps. 55. 8.); y conforme á otra version, que indica: S. Agustin: *In ira populos deduces.* Y preguntando el Santo *Quid enim est, in ira populos deduces?* ¿Qué viene á significar el que Dios conduce á los pueblos en su enojo? Responde: *Implebuntur tribulationibus omnes, ut in tribulationibus positi, recurrant ad te:* Vos, Señor, les henchis de tribulaciones, á fin de que viéndose en tanta afliccion, dejen el pecado y á vos acudan. ¿Qué es lo que practica una madre para destetar á su chiquillo? Pone hiel en los pechos. Lo propio hace el Señor para llamar á sí las almas, y desprenderlas de los delitos de la tierra que las llevan distraidas de su eterna salud; pone hiel en los pechos, esto es, derrama la amargura en todos sus devaneos, vanidades é intereses, á fin de que echando de menos la paz en aquellos bienes, acudan á Dios que es quien puede únicamente colmarles de contentos: *In tribulatione sua mane consurgent ad me.* (Oseá, 6. 1.) Si abandono á esos pecadores, dice Dios, en el cumplido goce de sus pasatiempos, continuarán adormecidos en el pecado; fuerza es pues azotarles para que despierten de su letargo, y acudan á mí. Cuando se verán sumidos en la tribulacion dirán: *Venite*

et revertamur ad Dominum, continua diciendo el profeta Oseas, *quia caput, et sanabit nos, percutiet, et curabit nos*. ¿Que recurso nos queda, dicen los pecadores que reconocen su estado, si no abandonamos nuestra perversa vida? Dios no aplacará la ira que contra nosotros muestra, y seguirá castigándonos segun su justicia; ea, arrojémonos otra vez á sus pies, que él nos sanará de nuestras enfermedades; y si nos mortificó con sus azotes, se dignará con sus misericordias consolarnos.

In die tribulationis mee Deum exquisivi, et non sum deceptus. (Ps. 76, 3.) En los dias de sufrimiento, decia el Profeta, busqué á Dios y no quedé burlado; porque el Señor me franqueó su auxilio: por lo que el mismo profeta le daba rendidas gracias de las humillaciones con que le habia abatido por causa de sus pecados, las cuales le habian amaestrado en la observancia de la ley de Dios: *Bonum mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas.* (Ps. 118, 71.) La tribulacion del pecador es á la vez pena y gracia, *pœna est, et gratia est*, dice S. Agustin: es pena, con respecto á sus pecados; es tambien gracia, y gracia inmensa, en cuanto preserva al pecador de la pena eterna; y es prenda de la misericordia que Dios quiere usar con él, como vuelva por el buen camino, y acepte con gratitud la tribulacion que le proporciona contemplar el miserable estado en que se halla, y le incita á volver á Dios. Procuremos pues enmendarnos, hermanos mios, y quedaremos libres del presente azote. *Quid servat post pœnam*, prosigue diciendo san Agustin, *qui per gratiam exhibet pœnam?* El que tocado del castigo vuelve á Dios, no tiene por que temer; pues no con otro fin nos envia Dios sus azotes, sino para que volvamos á él; alcanzado que habrá el Señor su intencion, levantará de nosotros el castigo.

Imposible es, dicelo S. Bernardo, pasar de los placeres de la tierra á los del paraíso: *Difficile est, imò impossibile, ut presentibus quis fruatur bonis, et futuris: ut de deliciis transeat ad delicias.* (De Inter. Dom. c. 45.) Por eso dice el Señor: *Noli æmulari in eo qui prosperatur in via sua, in homine faciente injustitias.* (Ps. 36, 7.) No envidies, hijo mio, al pecador que camina prósperamente por una vida malvada. *Prosperatur?* conforme al comentario de S. Agustin (in cit. Ps.), *sed in via sua: laboras? sed in via Dei.* Aquel, en su perversa vida ha prosperado y tú que sigues la senda del Señor, te ves en la tribulacion? atiende al fin, dice el Santo: *Illi prosperitas in via est, in pervertione; tibi infelicitas labor in via, in pervertione*

felicitas: Aquel será feliz en esta vida, pero infeliz en la eternidad; tú te verás mortificado en esta vida, pero feliz en la eterna. Regocíjate pues, pecador, y rinde á Dios gracias, al ver que en esta vida te castiga y toma venganza de tus pecados, porque muestra en esto que quiere usar contigo de misericordia en la eternidad: *Deus, tu propitius fuisti eis, ulciscens in omnes adinventiones eorum.* (Ps. 98, 8.) Cuando el Señor descarga acá en la tierra sus castigos temporales, no los fulmina tanto con el objeto de castigarnos, como con el de que nos enmendemos. Díjole Dios á Nabuco: *Fœnum ut bos comedas; septem quoque tempora mutabuntur super te, donec scias quod dominatur Excelsus super regnum hominum.* (Dan. 4, 22.) Ea, quiero que por espacio de siete años te veas obligado á alimentarte de yerba como los brutos, para que sepas que yo soy el soberano, que doy y quito los reinos á los hombres, y te corrijas de tu orgullo. Y en efecto, aquel rey soberbio volvió en sí, y se enmendó; y despues decia: *Nunc laudo, et glorifico Regem cœli.* (Ibid.) Y Dios le restituyó tambien el reino: *Libenter commutavit sententiam*, dice S. Jerónimo, *quia vidit opera commutata.*

¡Infelices de nosotros, dice el propio Santo, si cayéremos en pecado y Dios no nos castigáre acá en la tierra! ¡Que indicio fuera este de reservarnos el castigo para la eternidad! *Magna est ira Dei, quando non nobis irascitur; reservat nos sicut vitulum in occisione.* (Hieron. in cit. Ps. 36.) ¿Qué es lo que indica, añade, ver que el médico observa que el enfermo tiene corrompidas las carnes, y no las saja? Designa que lo desahucia y lo abandona á la muerte. Dios perdona al pecador en el tiempo, dice S. Gregorio, para castigarlo en la eternidad: *Parcit, ut in perpetuum feriat.* (Mor. lib. 8. cap. 4.) ¡Ay de aquellos pecadores, á quienes Dios cesa de hablar, y se les muestra como si no estuviera airado! *Et quiescam, nec irascar amplius.* (Ezech. 16, 42.) *Et provocasti me*, sigue diciendo el Señor, *in omnibus his: et scies quia ego Dominus, ut recorderis et confundaris.* (Ezech. 16, 43, 62, 63.) Día vendrá, ingrato, dice, en que sabrás quien soy yo, recordarás las gracias que sobre tí derramé, y verás para confusion propia tu estremada ingratitud! ¡Ay del pecador que lleva adelante su mala vida, y para su castigo permite Dios que consiga sus perversos deseos! conforme dice por David: *Israel non intendit mihi, et dimisi eos secundum desideria cordis eorum.* (Ps. 80, 12.) Indicio es este de que el Señor quiere remunerarles acá en la tierra por

algun ligero bien que quizás hayan practicado ; y reserva á sus pecados pleno castigo allá en la eternidad. De él habla con respecto á esta vida , cuando dice : *Misereamur impio , et non disceat justitiam..... non videbit gloriam Domini.* (Isa. 26, 10.) Mas en estas palabras viene encerrada la ruina del infeliz pecador, porque ufano en su prosperidad, se hace ilusion creyendo que así como el Señor usa con él de misericordia en tiempo de la ofensa , prorogarálala tambien para despues , y caído en este error continua viviendo en el pecado. Pero ¿ usará siempre el Señor de esta misericordia en favor suyo? Nó; que llegará por último el dia del castigo , en el cual será arrojado del paraíso , y enviado á los calabozos de los rebeldes : *Et non videbit gloriam Domini.* Acerca de las palabras : *Misereamur impio* , decia S. Jerónimo : *Longe á me misericordia tam rigorosa.* Señor , decia , alejad de mí tan terrorífica piedad ; si os ofendiere , castigadme , os suplico , en esta vida , porque no siéndolo acá en el tiempo , tendré que serlo en el otro mundo , y por una eternidad. Por esta razon decia asimismo S. Agustín : *Domine , hic seca , hic non parcas , ut in æternum parcas.* Castigadme acá , Dios mio , no me concedais perdon , á fin de que podais precaverme de los castigos eternos. Cuando el médico atende á arrancar la podredumbre del enfermo , es indicio de que quiere sanarlo. Y así es que decia S. Agustín : *Magnæ misericordiæ est nequitiam impunitam non relinquere.* (Serm. 37.) Grande misericordia muestra el Señor con aquel pecador á quien castiga en esta vida para que torne en sí. Por esto Job suplicaba rendidamente al Señor que le mandase aflicciones : *Hæc mihi sit consolatio , ut affligens me dolore , non parcas.* (Job. 6. 10.)

Dormia Jonás en la nave , cuando andaba huyendo de Dios ; mas viendo el Señor que el infeliz estaba cercano á la muerte temporal y á la eterna , hizo que le despertára el piloto : *Quid tu sopore deprimeris? Surge , et invoca Deum tuum* (Jon. 1, 6.) Esto mismo , hermano mio , está ahora haciendo Dios contigo ; tú estabas sumido en el pecado , privado de la divina gracia , y condenado al infierno. Descargó el azote , y el azote es la voz de Dios que te está diciendo : *Quid tu sopore deprimeris? Surge , et invoca Deum tuum.* Despierta , pecador , no intentes proseguir en el olvido de tu alma y de tu Dios. Abre los ojos , y mira cuan cercano tienes el infierno , en donde gimen ya muchos infelices por menos pecados de los que tú cometiste ; y tú estás durmiendo ? ¿ Y no piensas en confesarte ? No atien-

des á librarte de la muerte eterna? *Surge, invoca Deum tuum.* Levántate presto de esa hoya de infierno en donde caíste; pide á Dios perdon; y si todavía no estuvieres resuelto á mudar de vida, suplicale al menos que derrame sobre tí sus luces, y te dé á conocer el infeliz estado en que te hallas. Sepas aprovecharte de los avisos que el Señor te envía. Una vara fué lo primero que acertó á ver Jeremías: *Virgam vigilantem ego video.* Y luego despues se presentó, dijo, á su vista, una olla encendida: *Ollam succensam ego video.* (Jer. 1. 13.) A cuyo propósito, dice S. Ambrosio: *Qui virga non corrigitur, in olla mittitur ut ardeat.* (In Ps. 38.) Quien no quisiere enmendarse con el rigor del castigo temporal, será lanzado al infierno para arder perdurablemente en él. Atiende, pecador mio, que el Señor te está hablando al corazon y llamando á penitencia por medio de este castigo. Dime, qué respondes á Dios? Cuando el hijo pródigo abandonó la casa paterna, olvidábase completamente de su padre, mientras estaba distrado en las delicias; mas al verse reducido á un infeliz estado, pobre, abandonado de todo el mundo, obligado á pastorear cerdos, y sin poder siquiera saciar su hambre con los groseros manjares de que se saciaban los puercos, arrepintióse, y vuelto en sí de sus pasados desórdenes exclamó: *Quanti mercenarii in domo patrie mei abundant panibus, ego autem hic fame pereor!* (Luc. 15. 17.) ¡Cuantos siervos de mi padre se hallan abundantemente alimentados en su casa, y yo estoy aquí, muriéndome de hambre! *Surgam, et ibo ad patrem meum.* Y así lo puso por obra, y fué amorosamente recibido en los brazos de su padre. Hermano mio, ve ahí lo que te cumple hacer. Echa la vista sobre la infelicidad de tu pasada vida, que has consumido lejos de tu Dios; vida colmada de hiel, de espinas y de amargura; y no fuera posible tenerla de otra suerte, porque estabas sin Dios, que es el único bien capaz de satisfacernos de contentos. Mira cuantos siervos de Dios, que ponen en él su amor llevan una vida dichosa, y gozan de una paz imperturbable, esto es, de la paz de Dios que, como dice el Apóstol, prevalece sobre todos los placeres de los sentidos: *Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum.* (Phil. 4, 7.) Y tú qué haces? ¿No reparas que estás padeciendo y padecerás duplicado infierno, uno acá en la vida, otro en la eternidad? Ea, dí asimismo: *Surgam et ibo ad Patrem meum.* Me alzaré de este mortífero letargo en que vivo condenado, y volveré á Dios. Verdad es que le tengo muy ofendido por haberme separado de él tan á disgusto suyo,

pero en fin él es mi padre todavía: *Surgam, et ibo ad Patrem meum*. Y ¿qué dirás, pecador mio, á tu Padre cuando llegues á su presencia? Dile las mismas palabras de que usó con el suyo el hijo pródigo: *Pater, peccavi in cælum, et coram te, non sum dignus vocari filius tuus*. Padre mio, os confieso mi error; obré mal en dejaros á vos que tanto me habeis amado; ya veo que no soy digno de llamarme hijo vuestro; pero perdonadme y acogedme siquiera como siervo; recibidme al menos en vuestra gracia, y castigadme despues segun fuere vuestra voluntad.

¡Feliz de tí si te espresares y obrares de esta suerte! Alcanzarás á conseguir lo que aconteció al hijo pródigo. Al verle el padre á sus pies, y al verle arrepentido de su yerro, léjos de espulsarle de su presencia, no solamente lo admitió en su casa, sino que le dió los brazos y el ósculo de hijo: *Accurrens cecidit super collum ejus, et osculatus est eum*. Y luego mandó que le vistiesen un rico traje, que es el vestido de la gracia: *Proferite stolam primam, et induite illam*. Ordenó además que se celebrase en la casa un magnífico festin, pues el padre rebo-saba de satisfaccion por haber vuelto á ver un hijo á quien juzgaba muerto, ó para siempre perdido: *Epulemur, quia hic filius meus mortuus erat, et revixit, perierat et inventus est*. Regocijaos, oyentes míos, pues aunque Dios se nos muestra airado, sin embargo no deja de ser nuestro padre. Volvamos arrepentidos á ponernos á sus pies, y aplacará inmediatamente su ira, y nos librará del castigo. Ved á María nuestra madre que está suplicándole en nuestro favor; y dirigiéndose despues á nosotros nos dice: *In me omnis spes, vitæ et virtutis... transite ad me omnes*. (*Eccl.* 24, 26.) Hijos míos, nos dice esta Madre de misericordia, pobres hijos míos que os hallais en la tribulacion, acudid á mí y en mí hallareis toda esperanza. Nada me niega mi divino Hijo: *Qui invenerit me, inveniet vitam*. Estabais muertos por el pecado, venid á mí, y encontrareis la vida; esto es, la vida de la divina gracia, que yo os alcanzaré por mi intercesion. (*Acto de contricion.*)

DISCURSO VII.

DIOS NOS CASTIGA EN ESTA VIDA PARA MOSTRARSE MISERICORDIOSO EN LA OTRA.

Ego quos amo, arguo et castigo.
APOC. 3. 19.

CUANDO el Señor envió la deshecha tempestad que puso en grave riesgo de zozobrar á la nave que montaba Jonás, en castigo del pecado que cometiera quebrantando el mandato divino, que le ordenaba fuese á predicar á Nínive, cuantas personas en la nave habia estaban sobresaltadas y llenas de pavor, y cada cual dirigia sus oraciones á su Dios: pero Jonás se hallaba á la sazón bajo cubierta de la nave y entregado al sueño: *Dormiebat sopore gravi.* (Jon. 1. 5.) Venidos luego los navegantes en conocimiento de que aquel hombre era la causa de la borrasca, le arrojaron al mar, en donde fué engullido por una ballena. Al verse Jonás en lo interior del cetáceo y en tan inminente riesgo de perecer, dirigió á Dios sus plegarias, y Dios le libró de trance tan arriesgado: *Clamavi tribulatione mea ad Dominum, et exaudivit me.* (Jon. 2. 3.) Y ved aquí, dice S. Zenon, que Jonás *vigilat in celo, qui stertebat in mari*; sumido en el pecado estaba durmiendo en la nave; mas en cuanto vió sobre sí el castigo y estuvo abocado á la muerte, abrió los ojos, acordóse del Señor, acudió á ampararse de su misericordia, y Dios le sacó libre, permitiendo que el pez lo arrojase de sus entrañas sano y salvo en la playa. Muchas son las personas que se adormecen en el pecado, y viven olvidadas de Dios mientras no ven los castigos divinos; mas Dios que no desea su perdición, levanta el azote, á fin de que despierten del mortífero letargo, recurran á él, y pueda de esta suerte arrancarles á la muerte eterna. Y ahí está manifestado el asunto del presente discurso: *Dios nos castiga en esta vida, para usar de misericordia en la otra.*

No para esta tierra hemos sido criados, sino para el reino bienaventurado del paraíso. A este fin y porque no vivamos en el olvido de Dios y de la vida eterna, dice S. Agustin, el Señor mezcla tamaños sinsabores con las delicias mismas mun-

dañales: *Si cessaret Deus et non misceret amaritudines felicitatibus sæculi, oblivisceremur ejus.* Si á pesar de vivir entre espinas en la vida presente estamos sin embargo tan adheridos á ella, y tan poco afanados por alcanzar el paraíso; ¿cuanto menor aprecio le tuviéramos, si Dios no colmase continuamente de amargura los placeres de la tierra? Si hubiéremos ofendido á Dios hemos de contar con recibir el castigo ó en esta vida ó en la eterna. Dice S. Ambrosio, que Dios ya cuando nos castiga, ya cuando nos releva de la pena, siempre se muestra misericordioso para con nosotros: *Quam pius, quam clemens Deus in utroque, cum miseretur, aut vindicat.* (Lib. in 6. Luc.) Los castigos que Dios nos envia son efectos de su amor mismo; son penas, sí, pero penas que nos rescatan de las penas eternas y nos llevan á la perdurable felicidad. *Dum judicamur*, escribió el Apóstol, *à Domino corripimur, ut non cum hoc mundo damnemur.* (1. Cor. 11. 32.) Lo propio indicaba también Judith á los Hebreos, cuando tenían sobre sí el azote del Señor: *Flagella Domini quibus corripimur, ad emendationem, non ad perditionem nostram evenisse credimus.* (Judith 8. 27.) Y no otra cosa decía Tobías: *Omnis qui te colit.... si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit; non enim delectaris in perditionibus nostris.* (Tob. 3. 21.) Señor, esclamaba, vos enviáis el castigo, á fin de que podáis usar con nosotros de misericordia en la otra vida, porque vos no quereis nuestra perdición. Dios mismo nos enseña que aplica el rigor de sus castigos en esta vida á los que ama, á fin de que se enmienden: *Ego quoniam amo, arguo et castigo.* (Apoc. 3. 19.) *Ubi amor est*, dice San Basilio de Seleucia, *severitas solet esse pignus gratiarum.* Emplear el rigor con la persona que es objeto de cariño, es mostrar deseos de favorecerla. ¡Infeliz del pecador, que viviendo sumido en el pecado, ve derramarse sobre sí las prosperidades! Indicio es este de que el Señor le reserva el castigo para la eternidad: *Exacerbavit Dominum peccator, secundum multitudinem iræ suæ non quæret.* (Ps. 10. 4.) Ved ahí el mas cruel de sus castigos, dice S. Agustin en el lugar citado: *Non quæret, multum irascitur dum non requirit;* no exigir cuenta de los pecados y no aplicar las penas merecidas, es prueba de que su enojo es terrible. Yo te llamo, y tú te muestras sordo á mis voces? Enmiéndate, hijo, dice Dios; de otra suerte concitarás contra ti la explosión de mi cólera, apagaré mi celo por tu salud, y te dejaré en este mundo gozarte indemne en tus pecados y descargaré sobre ti en la otra vida mis castigos:

Et requiescet indignatio mea in te ; et auferetur zelus meus à te ; et quiescam, nec irascar amplius. (Ez. 16, 42.) No te hagas pues sordo á las voces del Señor, te lo recomienda el Apóstol, hermano mio ; de lo contrario, el dia del juicio recibirás en pena de tu obstinacion un castigo tremendo, castigo eterno que no alcanzará jamás á tener fin : *Secundum autem duritiam tuam et imponentis cor, thesaurizas tibi iram in die iræ, et revelationis iusti iudicii Dei, qui reddet unicuique secundum opera ejus. (Rom. 2. 5. 6.)*

No cabe mayor castigo, dice S. Jerónimo, para el pecador, como no recibirle acá por los pecados que en esta vida cometiére : *Magna ira, quando peccantibus non irascitur Deus.* Y S. Isidoro Pelusiota dice, que no son dignos de lástima los pecadores que andan acá mortificados con castigos, sino mas bien aquellos que llegan al punto de la muerte sin haber sufrido pena alguna en la tierra : *Delinquentes, et in hac vita castigati deplorandi non sunt, sed qui impuniti abeunt. (Lib. 5. Epist. 269.)* No consiste lo peor del mal, sigue diciendo el propio Santo, en estar enfermo, sino en no hallar medicina que sane de la enfermedad : *Non tam molestum ægrotare, quam morbo medelam non afferri.* Cuando Dios deja sin castigar en esta vida al pecador, dice S. Agustin en otro pasaje, aplica entonces con mayor rigor la pena ; de lo cual deduce el Santo, que es colmada infelicidad para el pecador verse lleno de dichas y sin penas : *Si impunita dimittit (Deus), tunc punit infestius ; quoniam nihil est infelicius felicitate peccantium. (Epist. 5. ad Marcell.)* Cuando el reino de Inglaterra se levantó contra la Iglesia, no recibió temporales castigos, antes bien quizás desde aquella ocasion sobreabundaron en él las riquezas ; mas en quedar abandonado y perdido en su misma felicidad, consistió su mayor castigo. *Nihil infelicius felicitate peccantium. Nulla pœna, magna pœna,* dice el sobredicho Santo Doctor. (*Serm. 37. de Verb. Dom.*) No recibir castigo alguno en esta vida en pena de los pecados cometidos es gran castigo ; y mayor lo es todavía el gozar de prosperidad llevando una vida relajada.

Pregunta Job : *Quare ergo impii vivunt, sublevati sunt, con fortatque divitiis? (Job. 21, 7.)* ¿Por qué causa, Señor, en vez de ser arrebatados del mundo, humillados y colmados de angustias los pecadores, disfrutan cumplidamente de salud, honores y riquezas ? Y á esto responde el mismo santo Job : *Ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt. (Ibid. 13.)* Infelices ! cortos son los dias en que les es dado

gozar de aquellos bienes; mas cuando acierta á llegar la hora del castigo, momento para ellos inesperado, son arrojados al infierno á quemar eternamente entre sus llamas, en aquel lugar de suplicio. Idéntica pregunta hizo Jeremias: *Quare via impiorum prosperatur?* y añade luego: *Congrega eos quasi gregem ad victimam.* (Jerem. 12, 3.) Los animales destinados para los sacrificios holgabau del trabajo, y eran puestos á cebar, para ser sacrificados despues. Lo propio practica Dios con los obstinados: les abandona á sí mismos, deja que se ceben en los placeres de esta tierra, para sacrificarles despues en la vida eterna á su divina justicia. *Hi enim ut victimæ ad supplicium sanguinantur*, dice Minucio Felix (in suo Octavio.) ¡Miseros! esclama David, no serán azotados en esta vida, gozaránse en sus fugaces deleites, pero su sueño durará cortos instantes: *Cum hominibus non flagellabuntur.* (Ps. 72, 3.) *Verumtamen quomodo subito defecerunt velut somnium surgentium.* (Ibid. 18, 19.) ¿Que pesadumbre no siente un miserable enfermo que sueña ser rico ó potentado, y luego despierta y vuelve á hallarse miserable y enfermó como de antes? *Quemadmodum fumus deficient.* (Ps. 36, 20.) Presto se desvanece la felicidad de los pecadores, cual se desvanece el humo al soplo de un ligero viento. *Fumus*, así comenta S. Gregorio este pasaje, *ascendendo deficit*. Así como el humo desaparece al subir hácia las regiones elevadas, así acontece al pecador: *Vidi impium superexaltatum, et transivi, et ecce non erat.* (Ps. 36, 35.) Dice Minucio Felix en el lugar citado, que los pecadores, *Miseri altius tolluntur, ut decendant profundius*. Permite el Señor para mayor castigo, que el pecador se encumbre á veces muy á lo alto, á fin de que sea mas grave su caída, conforme á lo que dijo David: *Dejecisti eos, dum allevarentur.* (Ps. 72, 18.)

Si el enfermo, dice el Crisóstomo, tiene, para obtemperar á las prescripciones del medico, que sufrir las molestias del hambre ó de la sed, es indicio de que existe para su salud vislumbre de esperanza; mas si el facultativo le permite que sacie en cuanto se le antoje su apetito y su sed, qué designa tal permiso? Designa que el médico lo desahucia. Y de la misma manera, dice S. Gregorio: *Manifestum perditionis indicium, quando nulla contrarietas impedit quod mens perversa concepit*. Cuando Dios permite al pecador que alcance sus péfidos designios, es evidente señal de que éste corre hácia su condenacion eterna: *Prosperitas stultorum perdet illos.* (Prov. 1, 32.) Así como el relumbron es signo del rayo, dice S. Bernardo, así tam-

bien la prosperidad es indicio de condenacion eterna: *Sicut fulgur tonitrum portat, ita prosperitas supplicia sempiterna.* (Serm. in Fer. V. Dom. 2. Quadrag.) No envia el Señor mayor castigo, como el de permitir que el pecador siga aletargado en la culpa, sin echar de ver el sueño mortífero en que está sumido: *Inebriabo, ut sopiantur, et dormiant somnum sempiternum, non consurgant, dicit Dominus.* (Jerem. 51, 39.) Rezelábase Cain, despues de haber cometido el fratricidio contra Abel, de perecer á manos del primer hombre que topase: *Omnis qui invenerit me, occidet me.* (Gen. 4, 14.) Mas el Señor le aseguró que viviria y que nadie atentaria contra su vida: y dice S. Ambrosio, que el serle concedida larga vida fué el mayor castigo que pudo recibir Cain: *Longæva vita vindicta est; favor enim impiorum est, si subito moriantur.* (Lib. 2. de Abel, cap. 9.) Dice el Santo que Dios se muestra piadoso con el pecador obstinado, cuando le envia una muerte prematura, porque le libra entonces de tantos infiernos, de cuantos se hiciera merecedor, si continuára en el pecado, y de la condenacion final.

Huélguense pues los pecadores en pasar la vida á su antojo, gócense en paz en medio de sus placeres, llegará por último la muerte, y quedarán presa del pecado, como el pez cogido en el anzuelo: *Sicut pisces capiuntur hamo, sic homines in tempore malo.* (Eccl. 9, 12.) Por esto dice S. Agustin: *Noli gaudere ad piscem qui adhuc in esca exultat, nondum traxit hamum piscator.* Si accertares á ver, cristiano, distraído en las delicias de un banquete á un reo, condenado á muerte, y ya con el dogal al cuello, aguardando por momentos la orden de ponerse en marcha para dirigirse al lugar del suplicio: qué te parece? Le tuvieras envidia ó compasion? De la misma manera, dice el Santo, no os mueva la envidia respecto de aquel infeliz que halla cumplido gozo en medio de sus vicios: *Nondum traxit hamum piscator.* Está cogido en el anzuelo, dentro de la red del infierno semejante pecador; al llegar el momento señalado para su castigo, conocerá su ruina, se lamentará de ella, pero no será posible su remedio.

Por lo contrario, signo favorable es para el pecador el verse perseguido en esta vida por las tribulaciones y castigos; signo es de que Dios bien le quiere todavia, y va á trocar la pena eterna en castigo temporal. Cuando el Señor nos castiga acá abajo, dice S. Juan Crisóstomo, no es por placer de aniquilarnos, sino por atraernos á sí: *Cum irascitur, non odio hoc*

facit, sed ut ad se attrahat quos non vult perire. Castigate por breve tiempo, para tenerte consigo por toda una eternidad: *Adversatur ad tempus, ut te secum habeat in æternum.* (*Chrys. in Matth. c. 4. Hom. 14.*) Cuando el médico saja las carnes del enfermo, dice S. Agustin, aparenta ser cruel, pero el médico hiende las carnes para sanarlas: *Medici percutiunt et sanant.* Idéntico á esto es lo que el Señor practica con nosotros, dice el Santo: *Savire videtur Deus; ne metuas, Pater est, numquam enim savit, ut perdat.* Y Dios mismo nos lo asegura: *Ego quos amo, arguo et castigo: æmulare ergo et pœnitentiam age.* (*Apoc. 3, 16.*)

Hijo, dice el Señor, yo te amo, y porque te amo, te castigo; *æmulare*, mira cuanta es mi bondad para contigo; comienza ahora tú á hacerte bueno para mí; conviértete á penitencia de tus pecados, si deseas que te perdone la pena que tienes merecida; y acepta al menos con paciencia las tribulaciones que yo te envío: *Ecce sto ad ostium et pulso.* Atiende, que la cruz que ahora te mortifica, es mi voz que te está llamando, para que tornes á mí, y huyas del infierno que te amenaza. *Sto ad ostium et pulso*, estoy llamando á la puerta de tu corazon, ábre-la pues, y sepas que cuando el pecador que me espulsó, andará buscándome y me franqueará la puerta de su corazon, yo entraré sin demora, y quedaré para siempre en su compañía: *Si quis aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cœnabo cum illo, et ipse mecum.* (*Apoc. 3, 20.*) Permaneceré unido constantemente con él acá en la tierra, y si perseverare en su fidelidad, le sentaré conmigo en el trono de mi reino eternal: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo.* (*Ibid. 21.*)

Y qué? ¿Es acaso Dios algun encruelecido tirano para deleitarse en nuestros padecimientos? Complácese en ellos, sí, pero su complacencia, al modo que la de un padre quando castiga á su hijo, se cifra no en la pena que sufre el hijo, sino en la correccion que de la pena espera conseguir: *Disciplinam Domini, fili mi, ne abjicias; nec deficias, cum ab eo corriperis.* (*Prov. 31, 11.*) Hijo, dice el Profeta, no rehusés el castigo, ni te amilanen las penas que recibas de la mano del Señor: *Quem enim diligit Dominus, corripit, et quasi Pater in filio, complacet sibi.* (*Ibid. 3, 12.*) Entiende que te corrige y te castiga, porque te ama. No anhela por verte mortificado, sino corregido; gózase en tu pena por tu propio bien, así como el padre no halla placer en la afliccion que causan al hijo las reprehensiones que le da, sino en la enmienda que le librá de su

ruina. *Pœna nos ad Dominum perducunt*, dice el Crisóstomo. Los azotes temporales nos reintegran á Dios, y Dios nos los envia por no tenernos separados de su lado.

¿Porqué, pues, prorumpes en lamentos contra Dios, hermano mio, cuando te ves en la tribulacion, en vez de mostrarte pecho por tierra agradecido á su favor? Dime, si un reo de pena capital, se hallára ya sentenciado al último suplicio, y viniera el príncipe y le conmutase la sentencia en una hora de calabozo, ¿tuviera el reo razon alguna para lamentarse de la prision que iba á sufrir? Y si todavía anduviera quejoso de ella, ¿no asistiera cumplido derecho al príncipe para retirar su conmutacion, y entregar otra vez al criminal al último suplicio que tenia merecido? Tambien tus pecados te tienen ya de muy antiguo y repetidas veces merecido el infierno. ¡Infierno! ¿Conoces lo que encierra en sí esta palabra? Sabes que un solo instante de sus tormentos prevalece sobre ciento, y mil años de los mas atroces suplicios que sufrieron los mártires acá en la tierra? ¡Y en este infierno debieras haber penado por toda la eternidad! ¿A que viene pues lamentarse de las tribulaciones, de las enfermedades, de las persecuciones, de la pérdida de intereses, que Dios envia? Da á Dios gracias, y di: Señor, poco es esto para satisfaccion de mis pecados: mi destino era arder en el infierno entre la desesperacion y el completo abandono; yo os doy gracias de que me llameis á vos por medio de la tribulacion que me enviais. Muchas veces, dice Oleastro, el Señor llama á conversion á los pecadores por medio de las penas de esta vida: *Pœna est modus loquendi Dei, quo culpam ostendit*. Al través de las penas temporales nos muestra el Señor la inmensidad de la pena merecida por nuestros pecados, y nos aflige con aquellas, para que enmendados, nos preservemos de los castigos eternos.

¡Infeliz del pecador (hemos dicho ya) que no recibe castigo en esta vida! Pero mas infeliz todavía si aplicada la pena no tratáre de su enmienda. *Non est grave*, decia S. Basilio, *plaga affici, sed plaga non meliorem effici*. No es desgracia el ser mortificado por Dios en esta vida en pena de los pecados cometidos; esto sí, y grande, no acudir á la enmienda, despues del castigo, y asemejarse á aquellos hombres de quienes dice David, que aun en medio de los castigos siguen viviendo aletargados en el pecado: *Ab increpatione tua dormitaverunt*. (Ps. 75. 7.) Diríase que el fragor mismo de los azotes y de los rayos que Dios fulmina contra ellos, léjos de despertarlos del le-

targo de muerte en que yacen perdidos, sirve para conciliarles mas el sueño. *Percusi vos, et non redistis ad me.* (Amos 4, 9.) Envió el azote, dice el Señor, para que volviesséis á mí, y vosotros, ingratos, os hicisteis sordos á mis clamores! Infeliz del pecador, que semejante al hombre del cual habla Job: *Mittet contra eum fulmina.... cor ejus indurabitur tamquam lapis, et stringetur quasi malleatoris incus.* (Job. 41. 14.) Dios le visita con sus azotes, y en vez de reducirse y acudir á él con el arrepentimiento en el corazon, *stringetur quasi malleatoris incus*; se endurece todavia mas, cual el yunque á los reiterados golpes del martillo; y se ostenta semejante al impío Acáz, de quien dice la Escritura: *Tempore angustiarum suarum auxit contemptum in Dominum.* (2. Paral. 28. 22.) Él, ¡desdichado! en vez de humillarse, acrecentó la soberbia y el menosprecio hácia el Señor.

Mas, ¿sabeis lo que acontece en su temeridad á estos infelices? Sucédeles, que comienzan á sufrir el infierno en esta vida: *Pluet super peccatores laqueos; ignis, et sulphur, et spiritus procellarum pars calicis eorum.* (Ps. 10. 7.) El Señor hará llover sobre ellos los castigos, las enfermedades, las miserias, las amargas; que léjos de dejar colmado llenan tan solo una pequeña parte de su cáliz, esto es, del castigo que merecen. *Partem calicis dixit*, conforme al comentario de S. Gregorio, *quia eorum passio hic incipit, sed æterna ultione consummatur.* Llámase aquel castigo porcion del cáliz, dice el Santo, porque su pena principia en esta vida, y llegará á cumplimiento con la venganza eterna. Tal es el merecimiento de aquel pecador que afligido por el azote divino, á fin de que proceda á su enmienda, prosigue en obras dignas de castigo, y escita á mas alto grado el enojo del Señor. *In flagellis positum*, dice San Agustin, *flagellis digna committere est savientem acrius ad iracundiam concitare.* ¿Que mas debí hacer, dirá entonces el Señor, para vuestra enmienda? ¡O pecadores! yo anduve solícito llamándoos por medio de sermones, de inspiraciones internas, y las menospreciasteis. Os llamé con beneficios, y vosotros redoblasteis vuestra insolencia. Os llamé con azotes, y proseguisteis en las ofensas. *Super quo percutiam vos ultra, addentes prævaricationem? Et derelinquetur filia Sion, sicut civitas quæ vastatur.* (Isa. 4, 5 et 8.) ¿No bastarán mis castigos á enmendaros? ¿Quereis que yo os deje completamente abandonados? A ello me obligarán por último vuestros pecados.

Abstengámonos de abusar mas de la misericordia divina,

oyentes míos. No hagamos como los escuerzos que se irritan y se enfurecen contra la persona que les azota. Dios carga las tribulaciones sobre nosotros, porque nos ama, y desea vernos convertidos. *Optima consideratio*, dice Oleastro, *cum senseris panam, culpæ meminisse.* (In Gen. 42.) Al sentirnos mortificados por el azote, pongamos nuestra consideracion en los pecados cometidos, y digamos como los hermanos de Josef: *Mérito hæc patimur, quia peccavimus in fratrem nostrum.* (Gen. 42. 21.) Señor, razon teneis en castigarnos, pues os tenemos ofendido á vos que sois nuestro Dios y nuestro Padre: *Iustus es, Domine, et rectum iudicium tuum.* (Ps. 118. 137.) *Omnia ergo quæ fecisti nobis, in vero iudicio fecisti.* (Dan. 3. 31.) Justo sois, Señor, y justos son tambien vuestros castigos. Nosotros aceptamos la tribulacion que nos enviáis; concedednos fuerza suficiente para sobrellevarla con resignacion. Y aquí viene muy á propósito mencionar lo que en cierta ocasion dijo el Señor á una religiosa: *Tú pecaste, haz pues penitencia de tu pecado, y entégate á la oracion.* (Dising. de Teres. Palabra III, §. vi.) Ciertos pecadores quedan completamente tranquilos con haberse encomendado á los siervos de Dios: cúmpleles, además, hacer oracion y penitencia. Practiquémoslo así, hermanos, y en cuanto el Señor atienda á ver nuestra resignacion, no solamente nos perdonará nuestros pecados, sino que tambien nos librárá del castigo. Y si Dios continuáre enviándonos la afliccion, acudamos á aquella Señora, que se llama consoladora de los afligidos. Verdad es que se compadecen tambien de nosotros los Santos, pero entre ellos, ninguno, dice San Antonino, siente mas tiernamente nuestras miserias, como esa divina madre nuestra, María: *Non reperitur aliquis Sanctorum ita compati in infirmitatibus, sicut mulier hæc B. Virgo Maria.* Y añade Ricardo de San Lorenzo, que esa madre de misericordia, no bien echa de ver que algun miserable está padeciendo, que no acuda á socorrerlo: *Non potest miserias scire, et non subvenire.* (Acto de contricion.)

DISCURSO VIII.

LA ORACION APLACA LA IRA DE DIOS Y NOS LIBERTA DEL CASTIGO, COMO NOSOTROS TENGAMOS DESEOS DE ENMENDARNOS.

Petite et accipietis; querite et invenietis.

JOAN. 16. 24.

EL hombre de corazon bondadoso no puede dejar de compadecerse de los que están afligidos, ni de anhelar porque los deseos de éstos obtengan cumplida satisfaccion. Mas ¿quién posee corazon tan lleno de bondad como el mismo Dios? Él es por su naturaleza bondad infinita, de donde se sigue que en Dios hay por natural propension un deseo sumo de libertarnos de todo género de males, de hacernos felices y participantes de su propia felicidad. Exige, sin embargo, y por nuestro mayor bien, que le pidamos las gracias de que necesitamos, para librarnos de los castigos á que nos hemos hecho acreedores, y para llegar al goce de la felicidad eterna. Por esto nos tiene prometido que escuchará los ruegos que le dirijamos, confiados en su infinita bondad: *Petite et accipietis.* (Joan. 16.) Vengamos al objeto del presente discurso: *La oracion aplaca la ira de Dios y nos libra del castigo merecido, como deseemos enmendarnos.* A fin de librarnos pues del azote que nos aflige, y sobre todo del castigo eterno, fuerza es orar y esperar, y este será el primer punto: no basta empero rogar y esperar, importa además orar y esperar conforme es debido; que será el segundo punto.

Dios nos quiere salvos á todos: *Omnes homines vult salvos fieri*, nos lo afirma el Apóstol. (1. Tim. 2. 4.) Y por muchos que sean los pecadores que merezcan el infierno, no quiere, sin embargo, que ni uno de ellos se pierda, sino que mediante la penitencia, recobren todos su gracia, y obtengan la eterna salud: *Nolens aliquos perire, sed omnes ad pœnitentiam reverti.* (2. Petr. 3. 9.) Para libertarnos empero de los castigos merecidos, y dispensarnos sus gracias, quiere ser rogado. *Per orationem*, dice S. Lorenzo Justiniani, *ira Dei suspenditur, vindicta differtur, venia procuratur.* La oracion suspende el

castigo y solicita el perdón. ¡Cuan grandes no son las promesas que hace Dios á quien le invoca! *Invoca me.... eruam te.* (Ps. 49. 15.) Acude á mí, dice el Señor, y yo te salvaré de todo daño: *Clama ad me, et exaudiam te.* (Jer. 33. 3.) Pídemme y serás oído: *Quod volueritis, petetis, et fiet vobis.* (Joan. 15. 7.) Pedid cuanto querais y os será concedido. Una sola es la oración, decia Teodoreto, pero ella es capaz de alcanzar todas las gracias: *Oratio, cum sit una, omnia potest.* Y entendamos, pecadores hermanos míos, que cuando pedimos y suplicamos cosas útiles á nuestra eterna salud, no son obstáculo nuestros pecados para impedir lleguen á nosotros las gracias que solicitamos: *Omnis qui petit, accipit.* (Matth. 7. 8.) Sea justo ó pecador, dice Jesucristo, el que ruega, alcanza. Por esto decia David: Señor, vos sois la dulzura y la misericordia mismas para aquellos que os invocan: *Tu, Domine, suavis et mitis, et multae misericordiae omnibus invocantibus te.* (Ps. 85. 5.) Así es que el apóstol Santiago nos exhorta á fin de estimularnos á la oración: *Si quis vestrum indiget sapientia, postulet à Deo, qui dat omnibus affluenter, nec improperat.* (Jac. 1. 5.) Cuando á Dios se pide, él concede mas de lo que se le pide; *dat omnibus affluenter.* Y notad esotra palabra, *nec improperat.* Suelen los hombres al ser solicitados por aquellas personas de quienes recibieron alguna ofensa, echarles inmediatamente en rostro el disgusto que les causaron; Dios no lo practica así con nosotros; *nec improperat*: cuando solicitamos de él alguna gracia para provecho de nuestras almas, no nos echa en rostro las ofensas que contra su santidad tenemos cometidas; sino que al par que si siempre le hubiésemos servido fielmente, oye nuestras súplicas y nos da sus consuelos. *Usque modo non petistis quidquam in nomine meo*, dijo en cierta ocasion el Señor á sus discípulos, y lo propio dice hoy dia á nosotros: *Petite et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum.* Joan. 16. 24.) Como si dijera: porqué os quejais de mí? Lamentaos mas presto de vosotros mismos, que por no haberme pedido las gracias, no las habeis recibido. Pedid de hoy en adelante cuanto querais, y quedareis colmadamente satisfechos. Y si careciereis de mérito para obtenerlas, pedidlas, dijo en otro lugar, en mi nombre, esto es, por mis méritos, al eterno Padre, y yo os prometo, que obtendréis cuanto pidais: *Amen, amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.* (Joan. 16. 26.) *Aures principis paucis patent*, dice S. Juan Crisóstomo, *Dei vero omnibus volentibus.* Los príncipes de la tierra conceden au-

diencia á corto número de personas, y pocas veces al año; mas Dios da continua audiencia á cualquiera que la solicite, y escucha á todo el mundo.

Confiados en tan sublimes promesas, tantas veces repetidas por el Señor en las Sagradas Escrituras, pongamos nuestro empeño, cristianos, en pedirle continuamente nos conceda las gracias necesarias para salvarnos, esto es, el perdón de los pecados, la perseverancia en su gracia, su divino amor, la resignación en su santa voluntad, una buena muerte y la eterna gloria. Por medio de la oración conseguiremos todas estas gracias, sin la oración nada obtendremos. Por eso dicen comunmente los SS. Padres y los Teólogos que la oración es necesaria á los adultos por necesidad de medio, que es decir, que sin la oración es imposible salvarse. Dice doctamente Lessio, que debe reputarse como de fe que la oración es necesaria para conseguir la salud eterna : *Fide tenendum est, orationem adultis ad salutem necessariam esse*. Eso mismo se deduce claramente de las Sagradas Escrituras que dicen : *Petite et accipietis*. (Joan. 16. 24.) Quien pide, recibe : luego, dice Santa Teresa, quien no pide, no recibe : *Orate, ut non intretis in tentationem*. (Matth. 26. 41.) *Oportet semper orare*. (Luc. 18. 1.) Esas palabras : *Petite, orate, oportet*, dicen comunmente los Teólogos con Sto. Tomás, que importan precepto grave. Oremos, pues, y oremos con gran confianza; ¡confianza! en qué? Confiados en estas divinas promesas; pues dice S. Agustín, que Dios por sus promesas se hizo deudor nuestro : *Promittendo debitorem se fecit*. Prometió, y no puede faltar á su palabra. Pidamos, y esperemos, y nuestra salvación no podrá faltar-nos : *Nullus speravit in Domino, et confusus est*. (Eccl. 2. 11.) Jamás ha habido, ni habrá, afirma el Profeta, quien haya puesto en Dios su confianza, y se haya perdido. El Señor manifestó su voluntad de proteger á cuantos ponen en él su esperanza : *Protector est omnium sperantium in se*. (Ps. 17. 34.) Empero ¿como se aviene que algunos pidan gracias y no las obtengan? Esto acontece, responde Santiago, porque la petición no se hace debidamente : *Petitis, et non accipitis. eo quod male petatis*. (Jacob. 4. 3.) No basta solamente pedir, fuerza es, pedir y esperar, como es debido; y pasemos al segundo punto.

Dios tiene cumplido deseo de librarnos de todo mal y de hacernos participantes de sus bienes, conforme dije al principio; quiere empero ser rogado; y rogado debidamente, para que seamos oídos. ¿Como pudiera oír el Señor á aquel pecador

dor, que le ruega le libre del azote, si él rehusa arrancar de su corazon el pecado, que es la causa del azote? Cuando el impío Jeroboan levantó su mano contra el profeta, que le echaba en rostro sus maldades, el Señor le secó la mano, y el infeliz no pudo retirarla: *Et exaruit manus ejus quam extenderrat contra eum, nec valuit retrahere eam ad se.* (3. Reg. 13. 4.) Vuelto entonces el rey al hombre de Dios, le rogó, suplicase al Señor, que le restituyera la mano. Y con ocasion de este suceso, dice Teodoreto: *Valde stultus simplex rogavit prophetam, ut sibi peteret non sceleris remissionem, sed manus curationem.* Y quiso decir: O estúpido Jeroboan, tú suplicas al profeta que te alcance el recobro de la mano, y no ruegas que obtenga para tí el perdón de tu pecado? Eso es lo que practican muchas gentes, ruegan al Señor que les libre del azote; suplican á los siervos de Dios que con sus oraciones impidan el castigo fulminado, y no ruegan para conseguir su gracia á fin de dejar el pecado y mudar de vida. ¿Y como pueden pretender estos tales ser librados del castigo, si ellos no quieren arrancar la causa? ¿Quién es el que arma el brazo del Señor con sus rayos para castigarnos y llenarnos de angustia? Es el maldito pecado: *Census peccati pena*, dice Tertuliano: los azotes de Dios son un censo, que debe pagarse forzosamente, por el que se ha hecho dendor suyo á causa del pecado. Dice igualmente S. Basilio, que el pecado es una escritura de débito, que nosotros formalizamos contra nosotros mismos: *Est chirographum quoddam contra nos*: como quier que cometiendo el pecado nos hacemos deudores voluntarios del castigo. No es Dios, pues, sino el pecado quien nos hace infelices: *Miseri facit populos peccatum.* (Prov. 14. 34.) El pecado es el que obliga á Dios á crear sus castigos: *Fames, et contritio, et flagella, super iniquos ereata sunt hæc omnia.* (Eccl. 40. 9. 10.)

Pregunta Jeremías: *¡O mucro Domini! usquequo non quiesces? Ingredere in vaginam tuam, refrigerare, et sibe.* (Jerem. 47. 6.) ¿Cuando cesarás de afligir á los hombres, espada del Señor? Ea, sosiega; entra en la vaina, y calla. Continua, empero, diciendo el Profeta: *Quomodo quiescet, cum Dominus præceperit ei adversus Ascalonem?* (Ibid. 7.) ¿Como será posible que sosiegue, si los pecadores no quieren poner coto á sus maldades, y el Señor ha encargado al azote sus venganzas, mientras de ellas se hagan dignos los pecadores? Mas ¿y los novenarios, y las limosnas, y los ayunos, y las oraciones que estamos haciendo, porqué no las atiende Dios? Responde el

Señor : *Cum jejunaverint , non exaudiam preces eorum ; et si obtulerint victimas , non suscipiam , gladio consumam eos.* (Jer. 14. 12.) ¿Deberé atender, dice el Señor, á los ruegos de aquellos que imploran el perdon de la pena , y no el perdon de los pecados , y son renitentes en la enmienda ? ¿Qué me importan sus ayunos , sus víctimas , sus limosnas , si no quieren trocar su vida ? *Gladio consumam eos* ; á pesar de sus oraciones , penitencias y devociones , mi justicia divina se ve obligada á castigarlos , y aniquilarlos.

No pongamos pues , hermanos míos , toda nuestra confianza solamente en la oracion , ó en otra suerte cualquiera de devociones , si no nos resolviéremos á estirpar nuestras culpas. Por mas que os afaneis en orar , en golpear vuestros pechos , en pedir misericordia , todo esto no basta. Tambien oraba el inicuo Antioco , mas dice la Escritura , que sus oraciones no eran poderosas á alcanzarle de Dios misericordia : *Orabat autem hic scelestus Dominum , á quo non esset misericordiam consecuturus.* (2. Mach. 9. 13.) Devorado el infeliz por los gusanos , próximo á la muerte , suplicaba se le librase de aquel suplicio , mas no sintiendo dolor de sus pecados , no consiguió misericordia. No pongamos nuestra confianza en la proteccion de nuestros santos patronos , si no tratáremos de enmendarnos. Dicen algunos : Nuestro S. Januario , ú otro Santo nos protege , María madre nuestra nos defiende : *Quis demonstrabit vobis fugere á ventura ira ? Et ne velitis dicere intra vos : Patrem habemus Abraham.* (Matth. 3. 9.) ¿Como será posible evitar el castigo , si no abandonamos nuestros pecados ? ¿Como querrán favorecernos los Santos , si nosotros andamos rehacios en prevenir el enojo del Señor ? *Quid profuit Jeremias Judæis ?* dice el Crisóstomo. Tambien los Judíos tuvieron á un Jeremías que abogaba por ellos y á pesar de las oraciones de este santo profeta , no evitaron el castigo , porque no dejaron el pecado. No cabe duda , dice el santo Doctor , que mucho prestan , para alcanzar las divinas misericordias , las oraciones de los Santos ; pero en qué circunstancias ? *Prosunt plurimum , sed quando nos quoque aliquid agimus.* Ayudan , empero , cuando nosotros contribuimos por nuestra parte , y nos violentamos por estirpar el vicio , evitar las ocasiones , y reconciliarnos con Dios. Mientras el emperador Foca audaba solícito en levantar muros , y multiplicar defensas para contrastar al enemigo , oyó una voz que desde el cielo le decia : *Erigis muros , intus cum sit malum , urbs captu facilis est.* ¡Ah Foca ! ¿qué apro-

vecha afanarse en levantar defensas exteriores? Cuando el enemigo está dentro de los muros, la ciudad corre gran riesgo de caer en su poder. Conviene pues espulsar de lo interior de nuestra alma al enemigo que la ocupa, esto es, el pecado; de lo contrario, Dios no podrá salvarnos del castigo, porque Dios es justo, y no puede permitir que queden impunes los pecados. Dirigian en cierta ocasion sus súplicas á María Santísima los moradores de Antioquía, y rogaban les librase de un funesto azote que les mortificaba: mientras estaban en el fervor de las súplicas, oyó S. Bertoldo que desde el cielo respondió la divina Señora: *Abusum projicite et ero vobis propitia*: Desprendeos de los pecados y yo os libraré del castigo.

Roguemos pues al Señor que nos muestre su misericordia, pero roguémosle como lo practicaba David: *Deus in adiutorium intende*: Señor, ayudadme. Dios quiere ayudarnos, pero quiere tambien que nosotros cooperemos á nuestra salvacion, practicando cuanto alcanzáremos á hacer de parte nuestra. *Qui se juvari efflagitat, etiam quod in se est, facit*, dice Ilareto. Quien desea socorro, fuerza es que comience ayudándose á sí propio. Dios quiere salvarnos, pero no debemos exigir que Dios lo practique todo, y que nosotros no pongamos por obra cosa alguna de nuestra parte. *Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te*, dice S. Agustin. ¿Qué pretendes pues, pecador hermano mio? ¿Que Dios te franquee la entrada en el paraíso, cargado como andas con tus pecados? Tú atraes sobre tí los castigos de Dios, ¿y quieres que Dios te libre de ellos? Tú quieres condenarte, ¿y quieres que te salve Dios?

Mas si abrigáremos recta intencion de convertirnos de veras á Dios, entonces dirijámosle nuestras súplicas, y demos entrada al júbilo; siquiera hubiésemos cometido todos los pecados del mundo: ¿entendísteislo conforme os lo dije desde el principio? El que ruega con voluntad de enmendarse, consigue de Dios misericordia: *Omnis qui petit accipit*. Roguemos en nombre de Jesucristo, quien nos prometió, que su eterno Padre nos concederá cuanto le pidiésemos en nombre y por los méritos de su Hijo: *Si quid petieritis Patrem in nomine meo dabit vobis*. Oremos pues, y no nos causemos de orar; de esta manera obtendremos todas las gracias, y conseguiremos la salvacion eterna. Y S. Bernardo nos exhorta á recurrir al Señor por la mediacion de María: *Queramus gratiam, et per Mariam queramus, quia quod querit, invenit, et frustrari non potest*. (De Aqued.) Al oír María nuestros ruegos, dirige los su-

yos en favor nñestro á su divino Hijo , y cuando María ruega, alcanza lo que pide : sus súplicas no pueden dejar de ser oídas por un Hijo que tanto amor le tiene. (*Acto de contrición.*)

DISCURSO IX.

MARÍA SANTÍSIMA ES LA MEDIANERA DE LA PAZ ENTRE LOS PECADORES Y DIOS.

Ego murus, et ubera mea sicut turris ex quo facta sum coram eo quasi pacem reprensens...

Cant. 8, 10.

LA divina gracia es un tesoro de infinito valor, porque nos hace amigos de Dios: *Infinitus est thesaurus, quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiae Dei.* (*Sap. 7, 14.*) Sígnese de ahí, que así como no es posible poseer bien alguno que prevalezca sobre la gracia de Dios, no puede tampoco sobrevenir mal tan funesto, como el de caer en desgracia suya por el pecado, que nos constituye en enemigos de Dios: *Odio sunt Deo impius, et impietas ejus.* (*Sap. 14, 9.*) Si te aconteciere pues, cristiano mío, el haber perdido en alguna ocasión y por causa del pecado la amistad de Dios, no cierres tu corazón á la esperanza, ni al consuelo, porque Dios te ha deparado á su propio Hijo, que si tal fuere su voluntad, puede obtener para tí el perdón y la gracia que perdiste: *Ipsa est propitiatio pro peccatis nostris.* 1. *Joan. 2, 2.*) ¿De que te rezelas, dice S. Bernardo, si acudes á ese poderoso mediador, que todo lo puede para con su eterno Padre? *Jesusum tibi dedit mediatorem, quid apud Patrem talis Filius non obtineat?* (*S. Bern. Serm. de Aquaed.*) Por vosotros, ó pecadores, él satisfizo á la divina justicia, continua el mismo santo abad, y remachó en la cruz vuestros pecados, que arrancó de vuestras almas: *Quid timetis modice fidei? Peccata affixit cruci suis manibus.* Mas, si embargados todavía por el respeto que os infunde su majestad divina, sentís rezelo de recurrir á Jesucristo, Dios os ha otorgado otra abogada para con su Hijo, y esta intercesora es María: *Sed forsitan et in ipso majestatem venerare divinam, advocatum habere vis apud ipsum? Recurre ad Mariam.*

Y con efecto, María fué constituida para el mundo por me-

dianera de la paz entre los pecadores y Dios. Oid las palabras que pone en su boca el Espíritu Santo en los Cantares: *Ego murus: et ubera mea sicut turris, ex quo facta sum coram eo quasi pacem reperiens.* (Cant. 8, 10.) Yo soy, dice nuestra madre, el refugio de los que á mí se recomiendan: mis pechos, es decir, mi misericordia es una torre de defensa para el que á mí acudiere: entienda el que se hallase enemistado con el Señor, que yo fui constituida en el mundo por intercesora de los pecadores para con Dios. *Ipsa reperit pacem inimicis, vitam perditis, salutem desperatis,* dice el cardenal Hugo. Por eso se dice de María, que es bella como los pabellones de Salomón: *Formosa sicut pellis Salomonis.* (Cant. 4, 4.) En los pabellones de David no se trataba sino de los negocios de la guerra, en los de Salomón no se hablaba sino de los intereses de la paz. Lo cual nos manifiesta que María no agencia en el cielo otros negocios, que los de la paz y perdón en favor de los pobres pecadores. Por eso S. Andrés Avelino denominaba á María, Agente de los negocios del paraíso; mas ¿cuales vienen á ser esos negocios de que se ocupa María? No son otros que los de rogar continuamente por nosotros: *Stat Maria,* dice el venerable Beda, *in conspectu Filii sui non cessans pro peccatoribus exorare.* (In cap. 1. Lucas.) Y el beato Amedeo: *Adstat beatissima Virgo,* dice, *vultui conditoris prece potentissima, semper interpellans pro nobis.* Y es así, porque María no cesa un instante de interceder por nosotros para con Dios, ofreciendo sus oraciones que son muy poderosas, para obtener en favor nuestro toda suerte de gracias, como nosotros no rehusamos, por otra parte, recibirlas. Y ¿qué! ¿existe por ventura quien rehusé admitir las gracias que esa divina Señora se presta á conseguir en favor de él? Existen ciertamente; y son aquellos que no quieren abandonar el pecado, ó las amistades peligrosas, ó las ocasiones de pecado, ni soltar la hacienda ajena que están reteniendo; tales son, los que rehusan recibir las gracias que María les proporciona; porque María quiere conseguir para ellos la gracia de la restitución, del abandono de amistades peligrosas, del desvío de las ocasiones de pecado; mas ellos están decididos á no desprenderse de estos lazos; y por eso no aprecian, antes bien rechazan formalmente las gracias que María les consigue. Por lo demás, ¿cuanto no se compadece de nosotros la buena Señora, y con que maternal afecto no se afana continuamente en aliviar las miserias y peligros en que desde el cielo nos ve envueltos acá en la tierra? *Videt enim nostra discrimina,* prosigue

diciendo el beato Amedeo, *nostrique clemens Domina materno affectu misereatur.*

Cierto dia Sta. Brígida oyó como Jesucristo decia á María estas palabras: *Pete, Mater, quid vis à me*: Madre mia, solicitud de mí lo que queráis. Y María contestó: *Misericordiam peto pro miseris.* (Rev. lib. 1, cap. 46.) Que es como si dijera: Hijo mio, puesto que vos me hicisteis Madre de misericordia, y abogada de los infelices, ¿que otra cosa podré pedirós, sino vuestra piedad en favor de los miserables? En una palabra, dice S. Agustin, entre todos los Santos del cielo, no hay otro que con mas anhelo ruegue por nuestra salvacion, como María: *Unam ac te solam pro nobis in cælo fatemur esse sollicitam.* (Ap. S. Bon. in Spec. Lect. 6.)

Exhalaba sus quejas allá en otro tiempo Isaias, con estas palabras: *Ecce tu iratus es, et peccavimus..... non est qui consurgat et teneat te.* (Isa. 64, 4, 7.) Señor, exclamaba el profeta, nuestros pecados os tienen muy justamente airado contra nosotros, y no tenemos en nuestro favor quien pueda aplacar vuestro enojo, ni detener vuestros castigos. Razon tenia entonces el profeta de espresarse en estos términos, dice S. Buenaventura, porque en aquel tiempo carecian del patrocinio de María: *Ante Mariam non fuit qui sic Deum detinere auderet.* (In Spec. cap. 12.) Ahora, empero, cuando Jesucristo levanta el brazo para castigar al pecador, que á la proteccion de María se acoge, las súplicas de esta Señora obtienen del Hijo en favor del culpable la suspension del castigo. *Detinet Filium ne percutiat.* Nadie como María, continua diciendo el propio Santo, sabe retener con su mano la espada de la divina justicia, por preservar de esta á los infelices: *Nemo tam idoneus qui gladio Domini manus abjiciat.* Con gran propiedad, pues, llamaba S. Andres Avelino á María: Paz de Dios con los hombres: *Salve, divina cum hominibus reconciliatio.* (Orat. 2. de Assumpt.) Denominábala S. Justino, *Sequestram*, diciendo: *Verbum usum est Virgine Sequester.* *Sequester* significa arbitrador, á cuya decision se remiten las partes que están litigando, para la avenencia del litigio. Con cuya palabra intenta decir S. Justino, que Jesucristo remite al arbitrio de su Madre las razones que como juez tiene contra el pecador, á fin de que esa Señora agencie la paz: de otra parte el pecador se abandona en sus manos, y María procura por un lado, que el pecador se convierta y se arrepienta, y del otro, obtiene del Hijo el perdon, y de esta manera asienta las paces. Tal es el oficio de miseri-

cordia que esa Señora está continuamente practicando.

Cuando Noé observó que habia concluido el diluvio , envió fuera del arca á la paloma ; regresó esta ave llevando en el pico un ramo de olivo , que fué como el símbolo de la paz que Dios otorgaba á los hombres. La paloma era la figura de María : *Tu es illa* , dice S. Buenaventura , *fidelissima columba Noe , quæ inter Deum et mundum diluvio spirituali submersum mediatrix fidelissima extitisti*. Vos , ó María , sois aquella paloma siempre fiel para el que os invoca , que por medio de vuestra intercesion para con Dios , nos habeis conseguido la paz y la salud. *Per te pax celestis donata est* , decíale S. Epifanio. Pregunta el autor del Pomerio , ¿por qué causa en la ley antigua se mostraba el Señor tan riguroso en sus castigos , enviando ya diluvios , ya lluvias de fuego , ya serpientes venenosas y otras plagas semejantes , y ahora ostenta tan gran misericordia con nosotros , que estamos cometiendo mayores delitos ? *Quare parcat nunc mundo ipse Deus qui olim multo his minora peccata gravius punivit ?* Y responde : *Totum hoc facit propter Beatam Virginem*. (*Citad. por el p. Pepe, Grandezas, etc.*) Muévase á ello el Señor por el amor de María que intercede por nosotros. ¡Oh , y de cuanto tiempo antes no hubiera perecido la tierra , si María no interpusiera sus súplicas ! *Cælum et terram jamdudum ruissent , si Maria suis precibus non sustentasset*. Por esto la Iglesia quiere que invoquemos á esta divina Señora , como Madre de nuestras esperanzas : *Spes nostra, Salve*. No se avenia el impío Lutero en llamar á María : Esperanza nuestra , conforme nos lo enseña la Iglesia , porque decia , que nosotros debemos poner nuestra esperanza únicamente en Dios , y no en las criaturas ; puesto que Dios fulmina su maldicion contra el hombre , que en las criaturas funda sus esperanzas : *Maledictus homo qui confidit in homine*. (*Jer. 17, 5.*) Esto es innegable , pero debe entenderse fulminada la maldicion contra el hombre que sienta su confianza en la criatura con respecto á las cosas que son en ofensa de Dios , ó con absoluta independenciam del mismo Dios ; nosotros , empero , tenemos puestas nuestras esperanzas en María , como intercesora nuestra para con el Señor. Al modo como Jesucristo es medianero nuestro de justicia para con el eterno Padre , pues por los méritos de su Pasion obtiene de justicia el perdón del pecador arrepentido ; así tambien María es medianera de gracia para con su divino Hijo ; y su mediacion es tan poderosa , que por medio de sus súplicas alcanza del Hijo cuanto quiere ; por eso es voluntad del Hijo que todas las gracias

sean repartidas por la mano de su Madre: *Totius boni plenitudinem*, dice S. Bernardo, *posuit in Maria, ut si quid spei in nobis est, si quid gratiæ, si quid salutis, ab ea noverimus redundare.* (Serm. de Aquaed.) Colocó el Señor en manos de María el tesoro de las misericordias que quiere derramar sobre nosotros, porque es su voluntad que reconozcamos como provenientes de esta Señora los bienes que él nos concede; que no por otra causa el Santo le denominaba su mas firme confianza, y el fundamento de sus esperanzas: *Hæc maxima mea fiducia, hæc tota ratio spei meæ.* Y esta consideracion le obligaba á exhortar á las gentes á que solicitáran las gracias siempre por conducto de María: *Queramus gratiam, et per Mariam queramus.* Por esta misma razon la Iglesia quiere, á despecho de Latero, que llamemos á María, esperanza nuestra: *Spes nostra, salve.*

No por otra causa los Santos denominan á María, escala, luna, y ciudad de refugio. Llámala escala de los pecadores, *Hæc scala peccatorum*, S. Bernardo. El pecado es el muro de division que nos separa de Dios: *Peccata vestra dividerunt inter vos ad Deum vestrum.* (Isa. 59, 2.) El alma que posee la gracia divina, está unida con Dios y Dios lo está con el alma: *Qui manet in charitate in Deo manet et Deus in eo.* (1.ª Joan. 4, 16.) Mas cuando el alma vuelve á Dios las espaldas, que es cuando cae en pecado mortal, se separa de Dios y se derrumba en un abismo de miserias, y queda tan desviada de Dios, como lo está el pecado mismo. ¿Donde hallaremos pues una escala que ofrezca subida al alma para ir nuevamente á unirse con su Dios? La hallaremos en María; acuda á ella el pecador por mas miserable que sea su estado, y por mas encenagado que esté en los pecados, y María no retraerá su mano, sino que se la tenderá para arrancarlo del fondo de su perdicion: *Tu peccatorem*, dice san Bernardo, *quantumcumque foetidum non horres; si ad te suspiraverit, tu illum à desperationis barathro, pia manu retrahis.* (Orat. Paneg. ad B. V.) Por esto se llama tambien luna: *Pulchra ut luna.* (Cant. 6, 9.) Porque, conforme siente S. Buenaventura, así como la luna está entre el sol y la tierra, así tambien María se interpone siempre entre Dios y los pecadores á fin de alcanzar para estos la gracia divina: *Sicut luna est media inter solem et terram, sic et Virgo regia inter nos et Deum est media, et gratiam nobis refundit.* (Serm. 1.ª, de Nat. Dom.) Por esto se llama á sí misma ciudad de refugio, conforme indica S. Juan Damasceno: *Ego civitas omnium ad me confugentium.* Cinco ciudades de sagrado asilo habia en la antigua ley; el per-

peccador de algun delito que á cualquiera de ellas se retrajera, quedaba intolome de la persecucion de la justicia. No existen ahora tantas ciudades de refugio; hay empero una sola, que es Maria, cuyo asilo es el mas seguro amparo para evitar el castigo de la justicia divina. En aquellas ciudades ni todos los delinquentes, ni toda suerte de delitos hallaban seguro refugio; pero Maria es una ciudad de asilo que protege y salva á todo linaje de culpables. *Nullus est ita abjectus à Deo*, dice la propia Señora á Sta. Brigida, *qui si me invocaverit non reverteratur ad Deum et habiturus sit misericordiam.* (Rev. lib. 1. cap. 6.)

Maria no se desdena, antes bien se goza de ser el auxilio de los pecadores; así lo declara ella misma á la venerable sor María Villani: Yo además de la dignidad de Madre de Dios, gloriame de ser la abogada de los pecadores. Y conforme dice el Idiota, tomándolo de S. Juan Crisóstomo, Maria fué elevada á la dignidad de Madre de Dios, á fin de que los hombres que, en sus pecados y segun los decretos de la divina justicia encontrasen obstaculo para su salvacion, tuviesen en Maria una misericordiosa intercesora, cuyas súplicas les alcanzasen la salud eterna: *Ideo Mater Dei præelecta es ab æterno, ut quos iustitia Filii salvare non potest, tu per tuam salvares pietatem.* Tal fué el principal cargo que le confirió el Señor al crearla y ponerla en el mundo: *Pasce hædos tuos.* (Cant. 1. 7.) Apacienta, dice, tus recales; con cuyo nombre designa á los pecadores. Y esos recales encárgalos á la solicitud de Maria, porque ayudados de sus súplicas merezcan ser colocados á la diestra mano, cuantos por sus pecados debieran en el dia juicio ser colocados á la siniestra: *Pasce hædos tuos*, dice, comentando este pasaje Guillermo parisiense, *quos convertis in oves, et qui à sinistris in iudicio erant collocandi, tua intercessione collocentur à dextris.* Importa advertir aquí lo que ya notó Guillermo anglicano: Dios pone al cuidado de Maria los recales que á ella pertenecen: *Pasce hædos tuos*; ¿y cuales son los recales de Maria? No son por cierto, dice este autor, aquellos pecadores que tienen olvidada toda devocion á Maria, y desquidan de solicitar para sí su propia enmienda: tales pecadores, en sentir de Guillermo, caerán en la perdicion: *Qui nec B. Virginem obsequi prosequuntur, nec preces fundunt, ut aliquando resipiscant, hædi non sunt Mariae, sed ad sinistram sistendi.* Oyó Sta. Brigida como Jesucristo dijo en cierta ocasion á su Madre: *Conanti surgere ad Deum tribus auxilium.* Maria alienta con su socorro al que se esfuerza en abandonar su mala vida y volver á Dios, ó al que suplica

al menos á la divina Señora, que le alcance fuerzas para ejecutarlo así: si careciere empero de la voluntad de desatirarse del pecado, ningún auxilio podrá franquearle la Señora. Alcanzan únicamente su intercesion aquellos pecadores que la honran con algun obsequio particular; y que sumidos alguna vez en la desgracia de Dios recurren á su proteccion á fin de que les obtenga el perdón de sus culpas y les saque del infeliz estado en que se encuentran. El que así lo practicará, será salvo, porque, como ya dijimos mas arriba, Maria fué puesta en el mundo para atraer á los pecadores y encaminarlos á Dios. Así lo reveló el Señor á Sta. Catalina de Sena, diciéndole: *Hæc est à me electa, tamquam esca dulcissima ad capiendos homines, potissimum peccatores.* (Ap. Blos. Mon. Spir.) Y la propia Señora dice á Sta. Brígida, que así como el imán atrae el hierro, del mismo modo ella atrae hácia sí y hacia al Señor los corazones empedernidos: *Sicut magnes attrahit ferrum, sic ego attraho dura corda.* (Rev. lib. 3. cap. 32.) Pero entiéndase, como los corazones empedernidos anhelan por salir de su infeliz estado. Ah! si al menos animados todos de estos deseos acudiesen á Maria, á todos agenciára su salvacion! ¿Y porqué deberá temer por la suya, dice el abad Adam, aquel pecador que se acoge á la proteccion de Maria, y tiene en Maria su abogada y su Madre, pues por tal se le ofreció? *Timere ne debet, ut pereat, cui Maria se Matrem exhibet et advocatam?* ¿Por ventura, prosigue diciendo el susodicho abad, vos, Madre de misericordia, os denegariais á dirigir vuestras súplicas al Redentor, en favor de un alma que él rescató con su propia sangre? *Tu misericordiae Mater, non rogabis pro redempto Redemptorem?* Ah! y mucho que rogarais por ella, pues bien os consta, que aquel Dios que puso entre sí y los hombres por medianero á su propio Hijo, os hizo á vos mediadora entre el juez y el reo: *Rogabis plane, quia qui Filium tuum inter Deum et hominem posuit mediatorem, te quoque inter reum et iudicem posuit mediatricem.*

Ea pues, pecador mio, age gratias, te dice S. Bernardo, age gratias ei, qui talem tibi mediatricem providit. (Serm. in Sing. mag.) Da gracias al Señor tu Dios, que por los beneficios de misericordia que contigo ha usado, te concedió por abogado no solo á su propio Hijo, sino que todavía, á fin de alentarte tu valor y tu esperanza, determinó darte por mediadora de la paz á Maria. Por eso S. Agustin la invoca con el nombre de única esperanza de los pecadores: *Spes unica peccatorum.* Y san Buenaventura: *Si propter nequitias,* dice, *Dominum videris in-*

dignatum, ad spem peccatorum confugas. Si temieres; dice el Santo, que airado Dios te deseche, recurre á la esperanza de los pecadores, á María. Ella no podrá repelerte de su presencia, porque tu estado es harto infeliz, y el oficio de María es el de socorrer á los miserables: *Sibi pro miseriis satisfacere ex officio commissum est. Officium est tuum*, dice el citado Guillelmo parisiense, *te mediam interponere inter Deum et homines.* (Cap. 18, de Reth. lib.) Cuando acudamos pues al amparo de María, diga cada cual con Sto. Tomás de Villanueva: *Eia ergo advocata nostra, officium tuum imple.* Ea pues, Madre de Dios, puesto que vos sois la abogada de los infelices, llenad vuestro cometido, socorredme á mi, que soy harto miserable; si vos no me ayudáreis, mi perdicion es infalible. Y digámosle asimismo con S. Agustin: *Memorare piissima Maria, non esse auditum à seculo, quemque ad tua præsidia confugentem, esse derelictum.* Atended, piadosísima reina, que no hay recuerdo en el mundo, desde que en él estuvisteis, de que quien á vuestra intercesion acuda, quede de vos abandonado; no permitais sea yo el primero que tan infeliz suerte experimente, y que habiendo implorado vuestro amparo haya de quedar sumido en el abandono. (Acto de contricion.)

SERMON DE LA FESTIVIDAD

DEL GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ.

U no de los innumerables medios de salvacion que Dios, movido del grande amor que nos tiene y de los deseos que siente por nuestra salud, nos ha proporcionado, consiste en la devocion de los Santos, á quienes como á amigos suyos encarga intercedan por nosotros, y con sus méritos y oraciones nos alcancen las gracias que nosotros no tenemos merecidas. No procede esta intercesion de que los méritos de Jesucristo no sean mas que superabundantes para enriquecernos de toda suerte de bienes, sino porque place á su divina voluntad, honrar á sus fieles servidores, haciéndoles cooperadores de nuestra salud; y por otra parte, quiere alentar la confianza que á fin de alcanzar las divinas gracias tengamos puesta en

la mediacion de los Santos. Ahora bien ¿quien ignora, que S. José es entre todos los Santos, y despues de Maria Santísima, muy apreciado de Dios y muy poderoso para con Dios, para impetrar las divinas gracias á favor de sus devotos? Veamos pues en los dos siguientes puntos:

1.º Cuanta veneracion debemos tributar al Santo Patriarca por razon de su elevada dignidad.

2.º Cuanta confianza debemos poner en el patrocinio del Santo, por razon de su eminente santidad.

PUNTO I.

Quanta veneracion debemos tributar al patriarca S. José por razon de su elevada dignidad.

1. Bien nos cumple venerar al patriarca S. José, á quien el propio Hijo de Dios quiso honrar llamándole padre suyo: *Josephum parentis honore coluit Christus.* (Orig. Hom. 17, in Luc. cap. 2.) Idéntica denominacion le dan los Evangelios: *Erat pater ejus et mater mirantes super his, quæ dicebantur de illo.* (Luc. 2. 35.) Con el propio nombre le designó tambien la Santísima Virgen: *Ego et pater tuus dolentes querebamus te.* (Id. 2. 48.) Si el Rey de los reyes encumbró pues á José á tan elevada honra, justo y debido es, que nosotros procuremos ensalzarlo en cuanto podamos: *Ab hominibus valde honorandus, quem Rex regum sic voluit extollere.* (Card. Camer. tract. de S. Joseph.) ¿Que Angel ó que Santo, dice S. Basilio, mereció jamás ser llamado Padre del Hijo de Dios? *Nomine patris neque Angelus, neque Sanctus meruit appellari: hoc unus Joseph potuit nuncupari.* Muy propriamente pues puede aplicarse á José lo que dice S. Pablo: *Tanto melior Angelis effectus nomen hereditavit.* (Hebr. 1. 4.) Con el nombre de padre, Dios honró á José sobre todos los patriarcas, profetas, apóstoles, y pontífices: esos llevan el nombre de siervos, José obtiene el de padre.

2. Y vedlo como á tal padre, constituido señor de aquella reducida familia, reducida por el número, pero grande por los dos eminentes personajes que la integran, esto es, la Madre de Dios, y el Unigenito de Dios, humanado: *Constituit eum dominum domus suæ.* (Ps. 104, 21.) En aquella casa José manda y el Hijo de Dios obedece: *Et erat subditus illis.* (Luc. 2. 51.) Esta sujecion de Jesucristo, dice Gerson, al

paso que ostenta la humildad de Jesus, patentiza la elevada dignidad de José: *Et erat subditus illis; quæ subjectio sicut notat humilitatem in Christo, ita dignitatem signat in Joseph.* (Gerson, *Serm. de Nat. Virgin.*) ¿Y puede darse mayor dignidad, ni mas encumbrada celsitud, prosigue diciendo el mismo Gerson, como la de mandar al que impera sobre todos los reyes? *Quid sublimius quam imperare ei, qui in semore habet scriptum: Rex regum, et Dominus dominantium?*

3. Llenó de pasmo al mundo Josué, cuando mandó parar al sol en mitad de su carrera, porque le cumplia cabal tiempo para esterminar á sus enemigos, y el sol obedeció: *Obediente Deo voci hominis* (Jos. 10. 14.); mas, ¿qué género de comparacion puede caber entre Josué á quien presta obediencia el sol, criatura inanimada, y José, á quien se sujeta Jesucristo, que es el Hijo de Dios? Jesucristo en toda la duracion de la vida de José, le respetó como padre, y por treinta años, y hasta que alcanzó el punto de la muerte, le obedeció como á padre: *Erat subditus illis*. Y en efecto, en toda aquella serie de años, la ocupacion continua de Jesus Salvador, fué la de obedecer á José. Á José cumplió ejercer en todo aquel tiempo el oficio de gobernar, como cabeza que era de la familia; á Jesus, como súbdito, el oficio de obedecer á José, designado por Dios para hacer las veces de padre; de ahí es que Jesus no practicaba accion alguna, no movia un paso, no acercaba á los labios los manjares, no se entregaba al descanso, sino conformándose á las órdenes de José; poniendo antes bien la mas esquisita atencion en escuchar y obedecer los mandatos que de José provenian. En las revelaciones que el Señor hizo á Sta. Brígida, se lee: *Sic Filius meus obediens erat, ut cum Joseph diceret, fac hoc, vel illud, statim ille faciebat.* (Lib. 6. *Revel. cap.* 18.) Por lo cual escribia Juan Gerson: *Sæpe cibum et potum parat, vasa lavat, bajulam undam de fonte, nunquam domum scapit.* (In *Joseph distinc.* 3.) Y S. Bernardo, al hablar de S. José, dice: *Fidelis servus et prudens, quem constituit Dominus suæ Matris solatium, suæ carnis nutritium, solum denique in terra magni consilii coadjutorem fidelissimum.* (Hom. 2. *sup. Missus.*) De suerte que José no fué exclusivamente destinado para servir de alivio á la Madre de Dios, que por tamañas tribulaciones hubo de pasar en esta vida; ni para proveer al sustento de Jesus, sino todavía para, en cierto modo, ser el cooperador de la redencion del mundo, que fué la obra del gran consejo de las tres divinas Personas. Al reves-

tirle pues el Señor, respecto de su Hijo, de la cualidad de Padre, puso igualmente á su cuidado la solicitud de alimentarle y de defenderle de las asechanzas de los enemigos: *Accipe puerum*; como si le dijere las palabras del Salmó 10, 14: *Tibi derelictus est pauper*. José, yo he enviado á mi Hijo á la tierra, cubierto de pobreza y de humildad, despojado del esplendor de las riquezas y sin aparente dignidad; por eso le menospreciará el mundo; y se complacerá en llamarle, hijo del artesano (*Nonne hic est fabri filius? Matth. 13, 55*), conforme al humilde oficio que tú ejerces, pues yo quise que fueses pobre al elegirte para llenar las veces de padre respecto de mi Hijo. también pobre, puesto que vino no ya á sojuzgar el mundo, sino á padecer y morir por la salud de los hombres. Sé pues en la tierra su custodio y su padre en lugar mio: *Tibi derelictus est pauper*; en tus manos le abandono. Será blanco de las persecuciones, y tú participarás de ellas; atiende á su custodia, y séasme fiel. Por cuya razon, dice S. Juan Damasceno, que el Señor otorgó á José con respecto á Jesus, el amor, la vigilancia y la autoridad de padre: *Dedit ei affectum, sollicitudinem et auctoritatem patris*. Otorgóle el afecto de padre, á fin de que le custodiáse con amor estremado; la solicitud de padre, á fin de que le asistiese con cumplida cautela; y la autoridad de padre, á fin de asegurarle toda obediencia en cuanto dispusiese respecto de la persona del Hijo.

4. Llamándole á coadyutor de la obra de la redencion, segun dice S. Bernardo, quiso que autorizase con su presencia la Natividad de Jesus, á fin de dar fiel testimonio de la gloria que tributaron los Angeles al Señor por el nacimiento de su Hijo; de la revelacion que de la misma tuvieron los pastores, cuya revelacion refirieron ellos mismos á María y á José al visitar al Salvador que les fuera anunciado; y fuese además testigo de la llegada de los Magos, que guiados por la estrella, acudieron de remotos paises á prestar adoraciones al Niño Jesus, conforme ellos mismos declararon: *Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (Matth. 2. 2.)* Dispuso Dios además que José y María le ofreciesen al recién nacido Jesus, como lo cumplieron (*tulerunt ipsum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino. Luc. 2. 22.*), presentándole en holocausto á la muerte por la salud del linaje humano, conforme en las Escrituras, no ignoradas de María ni de José, estaba ya predecida la pasion de Jesucristo.

5. De ahí es, que viendo el Señor como Herodes, llevado

de su ambición de reinar buscaba como apoderarse de la persona del divino Infante, para darle la muerte, envió á decir de su parte y por ministerio de un Angel á José, que tomase al Niño y á la Madre y huyese á Egipto: *Surge et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi, usque dum dicam tibi. Futurum est enim ut Herodes querat puerum ad perdendum eum.* (Matth. 2. 13.) Y fiel y obediente José á la voz divina, en la oscuridad de la noche, de la propia noche (como quieren los intérpretes), en que recibió el aviso transmitido por el Ángel, toma al Niño y á la Madre y se encamina á Egipto; y sin perder tiempo recoge los instrumentos de su oficio que pudo llevar consigo, los cuales debian servirle en la tierra de Egipto para acudir al sustento de su pobre familia; María de otra parte, lleva en brazos al Niño, con los sencillos pañales que debian servir para su Hijo, y entrambos cogen solos el camino, sin siervo alguno que les acompañe, y cual infelices peregrinos emprenden un viaje largo, rodeado de peligros, y obligados á cruzar por regiones desiertas hasta llegar á Egipto, en donde carecian de parientes, de amigos, y daban con gente bárbara y desconocida. Llegado ya á Egipto se afana en el trabajo noche y dia, conforme dice S. Bernardo, para proveer al sustento de su santísima Esposa y del divino Infante. Regresa despues de Egipto, al recibir nuevo aviso del Angel, que le dice: *Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et vado in terram Israel.* (Matth. 2. 20.) José sale inmediatamente de Egipto y vuelve á Judea; mas avisado segunda vez por el Angel, deja la residencia de Judea, temeroso de Arquelao, que allí reinaba por muerte de su padre Herodes, y pasa á habitar á Nazareth en la region de Galilea, en cuya ciudad fijó en compañía de su amado Jesus su permanencia hasta la muerte, llevando una vida llena de privaciones en el ejercicio de su humilde ocupacion.

6. Acaeció por aquella sazon que yendo José junto con María y Jesus, jovencito entonces de doce años, á visitar el templo, al regresar á casa se halló solo con María, en cuya compañía juzgaba estaria el Hijo, y echó de ver que no era así: por tres dias consecutivos José no cesó un punto de llorar, al verse separado de Jesus, que era el amor de su corazón; pero lo que mayor angustia le causaba era el rezelo que le atormentaba de que quizás Jesus le hubiese abandonado por razon de algun disgusto que de él tuviese recibido; y no le considerase ya digno de conservar en su cuidado tan precioso

tesoro ; conforme escribia Laspergio : *Tristabatur ex humilitate , quia arbitrabatur se indignum , cui tam pretiosus commissus esset thesaurus*. Pero llevóle el consuelo al corazon el oir de la boca de Jesus mismo , que habia quedado en el templo por los intereses de la gloria de Dios. Desde entonces prosiguió José proveyendo á la asistencia de Jesus , hasta que ocurrió su muerte , en cuyo trance obtuvo la inefable dicha de concluir la vida entre María y Jesus , que en aquel momento le prodigaron sus consuelos ; por lo que , dice S. Francisco de Sales , que debe tenerse la certidumbre de que José murió de amor , como murió tambien de amor la Virgen esposa suya.

PUNTO II.

Quanta confianza debemos poner en el patrocinio de S. José por razon de su eminente santidad.

7. Gran confianza debemos colocar en la proteccion de San José , por el señalado amor que le mereció de Dios su eminente santidad. Para formar concepto del grado de santidad á que alcanzó S. José hasta saber , que fué elegido por Dios para hacer las veces de padre respecto de la persona de Jesucristo. *Qui et idoneos nos fecit ministros novi testamenti*, escribe S. Pablo en su 2.^a ep. á los Cor. cap. 3. vers. 6. Lo que equivale á decir , conforme indica Sto. Tomás , que cuando Dios elige á un hombre para determinado encargo derrama sobre él todas las gracias conducentes para adquirir idoneidad en aquel cargo : *Quando Deus quoddam ad aliquid eligit , ita disponit , ut ad id inseniantur idonei*. (S. Thom. 3. prop. qu. 27, art. 4.) Al disponer pues Dios que José ejerciese el oficio de padre , respecto de la persona del Verbo encarnado , débese tener la certidumbre de que le confirió todos los dotes de sabiduría y santidad que para tal cargo se requerian , ni cabe poner en duda que le enriqueció además con todos los privilegios y gracias á los demás Santos concedidas. En sentir de Gerson y de Suarez , tres fueron los privilegios especiales que caracterizaron á José : 1.º el de ser santificado desde el vientre de su Madre , al par que un Jeremías y un Bautista : 2.º el de haber sido asimismo confirmado en la gracia : 3.º el de estar exento de los apetitos de concupiscencia : de cuyo privilegio suele S. José por los méritos de su pureza , hacer participantes á sus devotos , librándoles de los movimientos de la carne.

8. El Evangelio atribuye á José el nombre de Justo : *Joseph autem vir ejus , cum esset justus.* (Matth. 1. 19.) ¿Qué nos viene á significar lo de hombre justo? Significa, dice S. Pedro Crisólogo , un hombre perfecto, que posee todo género de virtudes : *Joseph vocari justum , attendite , propter omnium virtutum perfectam possessionem.* Y con efecto, José era ya santo antes de los desposorios; acrecentóse sin embargo señaladamente su santidad , despues de verificados aquellos con la Virgen Santísima , cuyo ejemplo solo hubiera sido suficiente para santificarle. Y siendo Maria , conforme dice S. Bernardino de Sena , la dispensadora de las gracias que Dios concede á los hombres , ¿ con cuanta profusion , no es de creer , enriqueciese de ellas á su esposo á quien tanto amaba , y del que era respectivamente tan amada? ¿Cuanto , no es tambien de creer , aumentase la santidad de José el trato familiar que tuvo con Jesucristo , en el tiempo que vivieron reunidos? Si los dos discípulos , que iban al castillo de Emaús se sintieron inflamados en el divino amor en los cortos momentos que estuvieron en compañía del Salvador y escucharon sus palabras , por manera que se dijeron despues uno á otro : *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur in via?* (Luc. 24. 32) ¿ qué llamas de acendrada caridad , no debemos suponer encendidas en el pecho de José , por las conversaciones que por treinta años consecutivos tuvo con Jesucristo , escuchando sus palabras de vida eterna , observando sus ejemplos de perfecta humildad , de paciencia y de obediencia , viéndole aparejado para ayndarle en sus laboriosas fatigas , y servicial en todos los domésticos quehaceres? ¿Qué incendio de amor divino no debian levantar estas antorchas de caridad en el corazon de José , purificado como estaba de todo afecto terreno? Y si intenso fné el amor de José respecto de su esposa Maria ; este amor , empero , no dividia su corazon , conforme suele acontecer al hombre casado , segun espresion del Apóstol : *Qui autem cum uxore sollicitus est..... quomodo placeat uxori , et divinus est* (1. Cor. 7. 33.) ; porque el amor que á su esposa profesaba , henchia todavia mas su corazon de amor divino. No cabe duda pues que mientras José vivió en compañía de Jesus , creció de tal suerte en méritos y santificacion , que podemos decir que aventajó en ellos á los demás Santos.

9. Esto supuesto , y diciéndonos el Apóstol , que Jesucristo remunera en la otra vida á cada cual segun sus méritos : *Reddet unicuique secundum opera ejus* (Rom. 2. 6.) ; ¿ qué eú-

muló de gloria, no debemos juzgar fuese otorgado á José, que tan tiernamente sirvió y amó á Jesus, mientras viviera sobre la tierra? En el dia postrimero, el Salvador dirá á los elegidos: *Esurivi enim, et dedistis mihi manducare.... hospes eram, et collegistis me; nudus et cooperuistis me* (*Matth.* 25. 35); mas esos elegidos, no alimentaron, ni hospedaron, ni vistieron propiamente á Jesucristo, sino es en la persona de los menesterosos; S. José empero procuró el sustento, la habitacion y el vestido á la persona misma de Jesus. Fuera de que, el Señor prometió su recompensa al que en su santo nombre diere á los pobres un solo vaso de agua: *Quisquis enim potum dederit vobis calicem aquæ in nomine meo.... non perdet mercedem suam.* (*Marc.* 9. 40.) ¿Cual no será pues el galardón de José, quien puede decir á Jesucristo: Yo proveí no solo á tu alimento, á tu habitacion y á tu vestido, sino que además te libré de la muerte, salvándote de las manos de Herodes? Sirvan pues estas consideraciones para acrecentar nuestra confianza en José, persuadidos de que Dios, en obsequio de los elevados méritos del Santo, no se denegará á concederle lo que pida en favor de sus devotos.

40. Encarécelas todavía mas S. Bernardino de Sena, diciendo: *Dubitandum non est, quod Christus familiaritatem et reverentiam, quam exhibuit illi, cum viveret, tamquam Filius Patri suo, in cælis utique non negavit, sed potius complevit.* (*Serm. d. S. Joseph.*) Nótese las palabras, *familiaritatem et reverentiam*: aquel Señor que acá en la tierra mostró á Joseph reverencia, cual á su propio padre, nada le negará por cierto en el cielo de cuánto le pida. Agréguese á esta consideracion la de que, si bien José no obtuvo en este mundo autoridad alguna como padre natural sobre la humanidad de Jesucristo, ejercióla sin embargo siquiera en cierta manera, como esposo de Maria, a quien, cual Madre natural del Salvador, compitió una autoridad real sobre su hijo. El que tiene dominio sobre un árbol, tiénele tambien sobre el fruto que el mismo árbol produce. De ahí provino que Jesucristo respetó y obedeció en la tierra á José como á su propio superior, y que actualmente en el cielo las súplicas del Santo sean atendidas por Jesucristo como órdenes. Ya dijo Gerson, que cuando un padre ruega al hijo, sus ruegos son mandatos: *Dum pater orat natum, velut imperium reputatur.* (*De S. Joseph loc. cit.*)

41. Oigamos ahora lo que indica S. Bernardo acerca del poderío que obtiene José en dispensar las gracias á sus devo-

tos: *Quibusdam Sanctis datum est in aliquibus patrocinari; at sancto Josepho in omni necessitate concessum est opitulari, et omnes ad se pie confugientes defendere.* Ahora bien, estas palabras sugeridas á S. Bernardo por su propio dictámen, confirmólas Sta. Teresa por experiencia adquirida; diciendo: *A los demás Santos parece que el Señor les concedió el ser protectores en una necesidad especial, pero á S. José, la experiencia acredita, que es protector universal.* Y no pongamos duda en ello, porque así como en la tierra Jesucristo se sometió voluntariamente á José, también atiende en el cielo á cuantas súplicas le dirige el Santo. Hagámonos pues cargo, oyentes míos, que movido el Señor á la vista de las miserias que nos afligen, nos dice á todos nosotros las palabras que Faraon dirigió á su pueblo cuando ocurrió la penosa carestía de trigo, que afligió el Egipto: *Ited Joseph. (Gen. 41, 55.)* Id á José, si quereis hallar consuelo. Por la misericordia del Señor no hay en la tierra cristiano alguno que no sea devoto de S. José, mas entre sus devotos ninguno recibe mas caudal de gracias, que aquel que al Santo acude con mayor frecuencia y confianza. No dejemos pues pasar un solo día, ni muchos momentos del día sin encomendarnos á S. José, que despues de María Santísima, es el mas poderoso intercesor para con Dios. No dejemos pasar día sin ofrecerle alguna oracion especial, y señaladamente en la época de su novenario acrecentemos nuestras súplicas, ayunemos la vigilia de su festividad, y pidámosle gracias, y él nos las obtendrá en cuanto redunden en provecho de nuestra alma. Y muy especialmente os exhorto á que le pidais tres gracias particulares: conviene á saber, el perdon de los pecados, el amor á Jesucristo, y una buena muerte. En cuanto al perdon de los pecados, digo de esta suerte: si cuando Jesucristo vivia acá en la tierra en casa de José, un pecador hubiese deseado alcanzar el perdon de sus culpas, ¿que medio pudiera hallar mas eficaz que el de José para obtener el anhelado consuelo? Si deseáremos pues, ser de Dios perdonados, acudamos á José, que mas amado es ahora de Dios en el cielo, que no lo fuera en la tierra. Pidamos igualmente á S. José que nos alcance amor á Jesucristo; que á mi entender es la gracia mas singular que el Santo impetra para sus devotos, un tierno amor hácia el Verbo encarnado, por los méritos del que tan acendradamente le profesó S. José en este mundo. Supliquémosle por fin nos alcance una buena muerte: pues á todos consta que José es abogado para conseguir una muerte dichosa, pues él obtuvo la

damos sacar tanto fruto, como de la sagrada comunión. Dice S. Dionisio, que el santísimo Sacramento tiene una virtud suma para santificar nuestras almas mayor que la que tienen todos los otros medios espirituales: *Eucharistia maximam vim habet perficiendæ sanctitatis*. Y S. Vicente Ferrer dijo, que aprovecha mas al alma una sola comunión, que una semana de ayunos á pan y agua. La comunión es aquella medicina que nos libra de los pecados veniales, y nos preserva de los mortales; como dice el concilio de Trento: *Antidotum quo à culpis quotidianis liberemur, et à mortalibus præservemur*. Jesus mismo dice, que quien le come á él que es la fuente de la vida, recibirá la vida de la gracia: *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*, (Joan. 6, 58.) Inocencio III escribió, que Jesucristo por su Pasión nos libró de los pecados cometidos; y por la Eucaristia de los que podemos cometer. La Eucaristia, dice el Crisóstomo, es aquel fuego que nos inflama en el amor de Dios, y hace que el demonio nos tema: *Carbo est Eucharistia, qua nos inflamat ut tamquam leones ignem spirantes ab illa mensa recedamus, facti diaboli terribiles*. (Hom. 6^a ad Pop. Ant.) Explicando S. Gregorio aquellas palabras que dice la Esposa en los Cantares de Salomón: *Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me pharistatam* (Cant. 2. 4.); dice que la comunión es aquella bodega del vino en donde el alma queda de tal manera embriagada del divino amor, que olvida enteramente todas las cosas criadas.

7. Tal vez dirá alguno: Por eso no comulgo yo á menudo, porque no me embriago en el divino amor. A este tal le responde Gerson con estas palabras: ¿Con que quieres apartarte del fuego porque te sientes frio, cuando debias por lo mismo acercarte mas á menudo á este divino sacramento? Oye pues lo que dice S. Buenaventura: Aunque estés frio, debes acercarte, confiando siempre en la misericordia de Dios; porque cuanto mas enfermo se siente uno, tanto mas necesita del médico: *Licet tepide, tamen confidens de misericordia Dei accedas; tanto magis eget medico, quanto quis senserit se ægrotum*. (De Prof. Rel. cap. 78.) Y S. Francisco de Sales dice en el cap. 21 de su Filotea: Dos especies de personas deben comulgar con frecuencia; los perfectos para conservarse en la perfección, y los imperfectos para llegar á ser perfectos. Pero no hay duda alguna de que el que quiere comulgar, debe poner todo cuidado en comulgar bien dispuesto; y pasemos al segundo punto.

PUNTO II.

Qué es lo que debemos hacer al recibir la sagrada Comunión para sacar gran fruto de ella.

8. Dos cosas son necesarias para sacar gran fruto de la Comunión: prepararse bien antes de recibirla, y dar gracias á Dios después de haberla recibido. En cuanto á la primera parte, es indudable que los Santos sacaban gran fruto de las comuniones, porque procuraban prepararse bien. Y de no prepararse bien resulta, que muchas almas siempre viven con las mismas imperfecciones, á pesar de las muchas comuniones que hacen. Escribe el cardenal Bona, que el no adelantarse en la perfeccion comulgando, no consiste en el divino manjar que recibimos, sino en la poca preparacion con que nos acercamos á recibirle: *Defectus non in ciba est, sed in adentis dispositione*. Dos son las disposiciones principales que debe tener el que quiere comulgar con frecuencia. La primera es el desapego de las criaturas, desterrando del corazón todo lo que no sea Dios: cuanto mas apego á las cosas terrenas haya en el corazón, tanto menos cabida halla en él el amor de Dios. Conviene pues purgar el corazón de los afectos mundanos, para que le posea Dios enteramente. Esta fué la advertencia que hizo el mismo Cristo á Sta. Gertrudis para que pudiese comulgar bien: *No busco otra cosa de tí, le dice, sino que vengas á recibirme vacía de tí misma*. Desterramos pues del corazón las cosas criadas, y de este modo será todo entero del Criador; porque ninguno puede servir á dos señores, como dice el mismo Jesucristo en el Evangelio.

9. La segunda disposicion para sacar gran fruto de la comunión, es el deseo de recibir á Jesucristo á fin de amarle mas. S. Francisco de Sales decía, que se debe recibir solamente por amor al que por amor se nos da. Por consiguiente el principal fin de nuestras comuniones debe ser el aumentar en nosotros el amor hácia Jesucristo. Por esto dijo el Señor mismo á Sta. Matilde: Cuando comulgues, desea tener todo aquel amor hácia mí de que es capaz un corazón, y yo recibiré tu amor cual tú desearias que fuese.

10. También es necesaria la accion de gracias después de la comunión; porque la oracion que se hace después de comulgar, es la mas grata á Dios y la mas útil para nosotros.

Despues de la comunión debemos entretenernos en afectos y súplicas; y los efectos no deben ser solamente de acción de gracias, sino tambien de humildad, de amor y de ofrecimiento de nosotros mismos. Entonces es cuando debemos humillarnos cuánto podamos, viendo que un Dios se ha convertido en manjar nuestro despues de haberle ofendido tanto. Un sabio doctor dice, que el afecto mas propio del que comulga debe ser de admiración; y que debemos decir: *Un Dios descende á mi! Á mi se humilla todo un Dios!* Hagamos tambien entonces actos de amor hacia Jesucristo, puesto que él se ha hospedado dentro de nosotros para ser amado; por lo que agradece mucho oír decir al que le ha recibido: *Yo os amo, Jesus mio, y no amo otra cosa que á vos.* Ofrecámonos tambien entonces nosotros mismos á Jesucristo y todas nuestras cosas, para que disponga de ellas á su gusto, repitiendo muchas veces estas palabras: *Vos, Jesus mio, os disteis todo á mi, y yo me doy todo á vos.*

11. Además de los afectos, debemos repetir las súplicas con gran confianza despues de la comunión; porque este es el tiempo en que podemos ganar grandes tesoros de gracias. Dice Sta. Teresa, que Jesus está entonces en el alma como en un trono de gracia, y le dice como al ciego de nacimiento: *Quid vis, ut tibi faciam?* ¿Qué quieres que haga contigo? (*Marq. 10, 15.*) Que es como si le dijera: *Me autem non semper habetis.* (*Joan. 12, 8.*) Ahora me tienes aquí, pero no me tendrás siempre; pídemelas las gracias que quieras, porque he bajado de intento del cielo para concedértelas. ¡O que tesoros de gracias pierden aquellos que se entretienen poco en suplicar á Dios despues de la comunión! Entonces tambien debemos volvernos hacia el Padre eterno, y recordándole la promesa que Jesucristo nos hizo: *Amen amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.* En verdad, os digo, que si pidierais alguna cosa á mi padre en mi nombre, os la concederá (*Joan. 16, 23.*); debemos decirle: Dios mio, por el amor de este vuestro Hijo que al presente tengo dentro de mi pecho, dadme vuestro amor, y santificadme. Y si decimos esto con confianza, no debemos dudar que el Señor nos oirá. El que así lo haga, puede hacerse santo con una sola comunión, porque tiene en sí mismo la fuente de la gracia, y al que ha ofrecido que dará al que le pida: *Petite et accipietis.*

Despues de haber repetido estas súplicas, y de haber ofrecido á Dios todas nuestras cosas, debemos volvernos á Dios con el amor, y decirle: *Deus meus, tu es meus, et ego tuus.*

SERMON XXXII.

PARA LA DOMINICA TERCERA DESPUES DE
PENTECOSTES.

DE LA MISERICORDIA DE DIOS CON LOS PECADORES.

Gaudium erit in celo super uno
peccatore poenitentiam agente.
LUC. 15. 7.

Se cuenta en el Evangelio de hoy, que los Fariseos murmuraban de Jesucristo, porque acogia á los pecadores y comia con ellos: *Hic peccatores recipit, et manducat cum illis.* (Luc. 15. 2.) Oyendo esto el Señor, les dijo: Decidme, si uno de vosotros tuviese cien ovejas, y perdiese una de ellas, ¿no abandonará las noventa y nueve en el desierto, é irá á buscar la que ha perdido? Y no dejará de buscarla hasta que la encuentre; y despues que la haya encontrado, la cargará sobre sus espaldas, y alegre convocará á sus amigos y vecinos, y les dirá: Dadme el parabien, porque he hallado la oveja que habia perdido: *Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam quæ perierat.* Y luego concluye con estas palabras: *Dico vobis, quod ita gaudium erit in celo super uno peccatore poenitentiam agente, quam super nonagintanovem justis, qui non egent poenitentia:* Os digo, que igual alegría habrá en el cielo por un pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de hacer penitencia. Hablemos pues hoy de la misericordia que usa Dios con los pecadores:

Punto 1.º Llamándolos á penitencia.

Punto 2.º Esperando á que se conviertan.

Punto 3.º Perdonándolos cuando se arrepienten.

PUNTO I.

Misericordia de Dios en llamar á los pecadores á penitencia.

1. ¿Que maravillados quedarian los Angeles, cuando pecó Adán, comiendo el fruto prohibido; y avergonzándose des-

pues del pecado cometido iba huyendo de la presencia de Dios; de ver al Señor que habia perdido á Adán, buscarle; y como el que va rogando, seguirle de cerca y llamarle! Adán, donde estás? le dice: *Adam, ubi es?* (Gen. 3. 10.) Hijo mío; donde estás? le repite. El P. Pereyra comenta estas palabras, y escribe sobre ellas: *Tales expresiones son propias de un padre que busca á su hijo perdido.* Hermanos míos, lo mismo ha hecho Dios con vosotros tantas veces como habeis huido de él, ofendiéndole, y Dios os ha llamado á penitencia por medio de inspiraciones, confesores y predicadores; como padre y pastor amoroso que llama sin cesar al hijo descarnado y á la oveja perdida. ¿Quién era aquel que os ha llamado tantas veces al redil de Jesucristo, que habiais abandonado por seguir la senda del vicio, que conduce al precipicio del infierno? Era el mismo Dios, cuyos embajadores son los predicadores y las divinas inspiraciones; como dice S. Pablo: *Pro Christo erga legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos.* (2. Cor. 5. 20.) Por esto dice el mismo Apóstol á los pecadores de Corinto: *Obsecramus pro Christo, reconciliamini Deo:* En nombre de Cristo os suplicamos que os reconcilieis con Dios. S. Juan Crisóstomo comenta estas palabras, diciendo: *Ipsé Christus vos obsecrat: quid autem obsecrat? Reconciliamini Deo:* El mismo Cristo os ruega: y ¿qué es lo que os ruega? Que os reconcilieis con Dios. ¿Y como os reconciliareis con Dios? Abandonando el pecado y haciendo la paz con él: *Reconciliamini Deo.* Y después añade: *Non enim ipse inimicus gerit, sed vos:* El enemigo no es Dios; sino vosotros. Y en efecto, siempre es el pecador el que comienza las hostilidades contra Dios: siempre es Dios el que llama á la capitulación y á la paz al pecador. Cuando el ofensor está duro y renitente, el ofendido que es Dios se ablanda y humilla; para que el hombre vuelva á la amistad de su Dios, la criatura á la gracia del Criador.

2. Y á pesar de esto no cesa el Señor de llamarle con tantas voces é inspiraciones internas, remordimientos de conciencia y terrores y amenazas de castigos. Así ha obrado Dios con vosotros, oyentes míos; y viendo que haciais el sordo, se ha valido de los castigos; os ha llamado con aquellas persecuciones, con aquellas pérdidas de riquezas, con aquellas muertes de parientes, con aquella enfermedad mortal; os ha mostrado el decreto de vuestra eterna condenación: no porque quiera condenaros, sino porque quiere libraros del infierno que teniais merecido, según aquellas palabras de David: *Dedisti me-*

*tuentibus te significationem; ut fugiant à facie vestra, ut liberentur dilecti tui: Amenazaste á los que te temían, para que evitasen el castigo, y se librasen de él aquellos á quienes tú amabas. (Psal. 59, 6.) Vosotros llamabais desgracias aquellos trabajos, pero no eran sino misericordias que el Señor usaba con vosotros; eran voces de Dios para que dejaseis el pecado y no corrierais á la perdición: *Rauca facta sunt fauces mea. (Psal. 68, 4.)* Hijos, os dice Dios, mi voz se enronqueció llamándoos, y vosotros no me visteis: *Laboravi rogans. (Jer. 15, 6.)**

3. Mereciais por vuestra ingratitud que yo no os llamase mas, pero seguí llamándoos. ¡O Dios mío! ¿quién era aquel que os llamaba? Era un Dios de infinita majestad, que os ha de juzgar un día, y de quien depende vuestra suerte ó vuestra ruína eterna. Y vosotros ¿quienes sois? Unos gusanos miserables que mereceis el infierno. Y ¿por qué os llamaba Dios? Para haceros recobrar la vida de la gracia que habíais perdido. Volved al buen camino y vivid, os repaña á menudo: *Revertimini et vivite. (Ezech. 18, 32.)* Para asegurar la eterna vida, seía pequeño sacrificio vivir cien años ayunando y haciendo penitencia en un desierto; pero Dios os la ofrecía por un solo acto de dolor, y vosotros la rehusabais; y sin embargo él no os abandonó, y siguió diciéndoos: *Quare moriemini domus Israel?* Como un padre que va llorando tras un hijo que va á lanzarse voluntariamente al mar; así Dios ha ido tras de ti, diciéndote: Hijo mío, ¿por qué quieres condenarte?

4. Así como una paloma que quiere entrar en un palomar, y viendo cerrada la entrada por todas partes, va volando al derredor, y no deja de dar vueltas hasta que encuentra por donde entrar; así dice S. Agustín que tracia con él la misericordia divina, cuando él vivía en desgracia de Dios: *Circuibat super me fidelis à longe misericordia tua.* Lo mismo ha hecho el Señor contigo, ó pecador. Siempre que pecabas, destetabas á Dios de tu alma, como dice Job por estas palabras: *Impii dicebant Deo: Recede à nobis.* Los impíos decían á Dios: Apártate de nosotros. (Job 21, 14.) Y Dios en lugar de abandonarte se colocaba á la puerta de tu ingrato corazón, y llamando, te hacía conocer que él estaba por la parte de afuera, diciendo que quería entrar en tu corazón: *Eccē sto ad ostium, et pulso. (Apoc. 3, 20.)* Él te suplicaba que le dieras entrada en él, apiadado de sus ansias, según aquellas palabras de los Cantares (5, 2): *Aperi mihi, soror mea.* Abreme, te decía,

porque quiero librarte de tu ruina : quiero olvidarme de todos los disgustos que me has dado si abandonas la senda de tu perdicion. Quizá tú no quieres abrimme ahora por no quedarte pobre, restituyendo los bienes robados , ó dejando el trato de aquella persona que te provee de todo. ¿No puedo yo proveerte tambien ? dice Dios. Quizá piensas llevar una vida amarga , dejando aquella amistad que te tiene separado de mí. Pero ¿ no puedo yo contentarte y hacerte pasar una vida feliz ? Preguntalo á aquellos que me aman de corazón , y verás como están contentos con mi gracia , y no trocarian su estado , aunque humilde y pobre , por todas las delicias y riquezas de los monarcas de la tierra.

PUNTO II.

Misericordia de Dios en esperar á que se conviertan los pecadores.

5. Hemos considerado la misericordia de Dios mientras llama á penitencia á los pecadores : consideremos ahora su paciencia mientras espera á que se conviertan. Decia aquella gran sierva de Dios, D.^a Sancha Carrilo , hija de confesion del P. Juan de Avila , que deseaba edificar una iglesia que se intitulase : *La paciencia de Dios* ; considerando la gran paciencia que tiene Dios con los pecadores. Y en efecto , oyentes míos , ¿ quién podia sufrirnos tanto como nos ha sufrido Dios ? Si las ofensas que hemos hecho á Dios , las hubiésemos hecho á un hombre , aunque fuese el mejor amigo que tenemos , ó nuestro mismo padre , quizás se hubiese vengado de nosotros. La primera vez que le ofendimos , pudo castigarnos ; le volvimos á ofender , y Dios en vez de castigarnos , nos hacia bien , nos conservaba la vida , nos proveia de todo ; fingia que no veia las ofensas que le hacíamos , para dar lugar á que nos enmendásemos y dejásemos de ofenderle : *Disimulat peccata hominum propter penitentiam*. (*Sup.* 11 , 24.) Pero , ¿ en qué consiste , Señor , que vos que no podeis sufrir un solo pecado , sufrís tantos y calláis ? *Respicere ad iniquitatem non poteris. Quare respicis super iniquos agentes et taces ?* (*Habac.* 1 , 13.) Vos veis aquel hombre vengativo que estima mas su propio honor que el vuestro : aquel hombre codicioso que en lugar de restituir lo que ha robado sigue ejerciendo sus rapiñas : aquel deshonesto que en lugar de avergonzarse de la fealdad de sus vicios , se vanagloria de ellos : aquel escandaloso que no contento con

las ofensas que los hace él mismo, procura inducir á los demás á que os ofendan. Si los veis, ¿cómo callais y no los castigais inmediatamente?

—6. Dice Sto. Tomás que todas las criaturas, la tierra, el fuego, el aire y el agua quisieran por instinto natural castigar al pecador y vengar las injurias que está haciendo á su Creador: *Omnis creatura tibi factori deservians excoandescit adversus injustos*. Pero que Dios por su bondad se opone á ello y espera aun á los malvados para que se conviertan, y ellos abusan de su indulgencia para ofenderle mas. El profeta Isaías esclama: *Indulsisti genti, Domine, indulsisti genti, numquid glorificatus es?* (Isa. 26, 15.) Vos, ó Señor, los habeis esperado largo tiempo, habeis suspendido la venganza; pero, ¿qué ventajas habeis sacado de esto, si ellos han obrado peor que antes? ¿Por qué habeis de tener tanta paciencia con estos ingratos? ¿Por qué habeis de seguir esperándolos, y no los castigais? A esto responde el mismo profeta Isaías (30, 18.), diciendo: *Propterea expectat Dominus, ut misereatur vestri*. Dios espera al pecador para que se enmiende por fin y pueda de este modo perdonarle y conducirle á la salvacion. Yo no quiero que el pecador se condene, dice el Señor, sino que se convierta y se salve: *Nolo mortem impij, sed ut convertatur impius á via sua et vivat*. (Ezech. 32, 14.) 6. Agustin añade, que si Dios no fuese Dios, sería injusto; por tener tanta paciencia con los pecadores. Pecamos nosotros, sigue diciendo el Santo, estamos adheridos al pecado meses y años, nos vanagloriamos del pecado, y tú nos sufres, ó Señor! Te provocamos á la ira, y tú nos convidas con tu misericordia! *Nos peccamus, inhaeremus peccato. Gaudemus de peccato, et tu placatus es! Te nos provocamus ad iram, tu nos ad misericordiam!* Parece que hay una contienda entre Dios y nosotros: nosotros nos empeñamos en irritarle para que nos castigue, y él se empeña en invitarnos con el perdón.

—7. Señor, dice el santo Job, ¿qué cosa es el hombre á quien tanto engrandesces y amas? *Quid est homo, quia magnificas eum, aut quid apponis erga eum bon tuum?* (Job. 7, 17.) S. Dionisio Areopagita dice que Dios va tras los pecadores como un amante despreciado, pidiéndoles que no se pierdan, y diciéndoles sin cesar: Ingratos, ¿por qué me abandonais? Yo os amo, y no deseo otra cosa que vuestro bien. Advertid, ó pecadores, dice Sta. Teresa, que aquel que os llama y os viene siguiendo, es aquel Señor que os ha de juzgar un día: su-

bed que si os condenáis , serán para vosotros las penas mayores que sufríeis en el infierno , las muchas misericordias que usa ahora con vosotros.

PUNTO III.

Misericordias de Dios en perdonar á los pecadores que se arrepienten.

8. Cuando un vasallo se rebela contra un príncipe de la tierra y va despues á pedirle perdon ; el príncipe le arroja de su presencia , sin dignorse mirarle. Pero Dios no se porta así con nosotros , cuando humildemente le pedimos perdon : *Non avertet faciem suam à vobis , si reversi fueritis ad eum.* (2. Paral. 30 , 9.) Dios no sabe volver el semblante por no mirar al pecador cuando vuelve á él arrepentido. Jesus mismo nos protestó , que jamás dejará de admitir á ninguno que se postre arrepentido á sus pies : *Eum qui venit ad me , non ejiciam foras.* (Joan. 6 , 37.) Pero , ¿ como ha de poder rechazarle , cuando él mismo le convida á que vuelva á su redil , y promete abrazarle ? *Revertere ad me , dicit Dominus , et suscipiam te.* (Jer. 3 , 1.) En otro lugar dice : Yo he debido volveros la espalda , ó pecadores , porque vosotros me la volvisteis primero á mí ; pero volveos de nuevo á mí , y yo me volveré á vosotros : *Convertimini ad me , ait Dominus exercituum , et convertar ad vos , ait Dominus.* (Zach. 1 , 3.)

9. ¡ O con que ternura abraza Dios al pecador que se convierte ! Esto cabalmente quiso manifestarnos Jesucristo , cuando dijo , como hemos referido arriba : que él es el buen pastor , que cuando encuentra á la oveja perdida , la abraza amoroso y la carga sobre sus espaldas : *Et cum invenerit eam , imponit in humeros suos.* (Luc. 15 , 5.) Lo mismo nos manifestó en la parábola del hijo pródigo , haciéndonos saber que él es aquel padre que sale al encuentro al hijo perdido cuando vuelve á casa , le abraza , le besa , y se embriaga de alegría al recibirle : *Acurrrens cecidit super collum ejus , et osculatus est eum.* (Luc. 15 , 20.)

10. Dios nos asegura tambien que cuando el pecador se arrepiente , el Señor quiere olvidarse de los pecados que ha cometido , como si no le hubiese ofendido con ellos. Mas si el impío , dice , hiciere penitencia , vivirá y me olvidaré de todas las iniquidades que ha cometido : *Si autem impius egerit penitentiam..... vivet , omnium iniquitatum ejus quas operatus est ,*

non recordabor. (*Ezech.* 18, 21 et 22.) Y él mismo nos añade por el profeta Isaías (1, 18.): *Venite, et arguite me; dicit Dominus, si fuerint peccata vestra, ut coccinum, quasi nix dealbabitur*: Aunque vuestra conciencia estuviere enteramente manchada por el pecado, quedará blanca como la nieve. Pero sobre todo, debemos notar estas palabras que dice en el mismo lugar: *Venite, et arguite me*, que quieren decir: Venid á mí, pecadores, y si yo no os perdono y no os alargo los brazos, echadme en cara que he faltado á mis promesas. Mas no temáis que falte á ellas; porque Dios no sabe despreciar á un corazón contrito y humillado: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.* (*Psál.* 50, 19.)

11. El Señor cifra su gloria en ser misericordioso con los pecadores, como dice Isaías: *Exaltabitur parcens vobis.* (*Isa.* 30, 18.) Y la Iglesia añade que Dios manifiesta su omnipotencia perdonando, y apiadándose de quien le ofende: *Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas.* No penseis, oyentes míos, que Dios quiere hacer os esperar largo tiempo el perdón; porque os le concederá tan presto como le pidais, como se lee en la Escritura por estas palabras: *Plorans nequaquam plorabis; miserans miserebitur tui.* (*Isa.* 30, 19.) No teneis mucho que llorar, porque al instante que lloréis vuestras culpas, se apiadará Dios de vosotros: *Ad vocem clamoris tui, statim ut audierit, respondebit tibi.* (*Ibid.*) Dios no hace con nosotros lo que nosotros hacemos con él. Nos llama y hacemos el sordo; pero Dios al instante que nos oye decir: *perdonadme, Dios mío*, nos responde compadecido: *yo te perdono.* Ea pues pecador, ¿por qué tardas á pedir perdón á ese Señor omnipotente y compasivo á quien tienes ofendido? ¿Porqué no vuelves á la casa de ese padre amoroso que abandonaste como el hijo pródigo, y te espera con los brazos abiertos para abrazarte, y olvidar las injurias y ofensas que le has hecho?

SERMON XXXIII.

PARA LA DOMINICA CUARTA DESPUES DE PENTECOSTES.

LA MUERTE ES CIERTA É INCIERTA.

Laxate retia vestra in capturam.
LUC. 8. 4.

En el Evangelio de hoy se lee, que habiendo Jesucristo un día entrado en una barca, oyó á S. Pedro que decía, que él y sus compañeros habian trabajado toda la noche y no habian podido coger ningún pez. Entonces Jesus le dijo: *Duc in altum, et laxare retia vestra in capturam*: Conduce la barca á alta mar, y echarás al agua las redes para pescar. Ellos llevaron la barca al medio del mar, y habiendo arrojado las redes, cogieron tanta multitud de peces, que casi se rompian con el peso. Nosotros somos, oyentes míos, los pescadores que Dios ha puesto en medio del mar de la presente vida: á nosotros nos ha mandado lanzar las redes para coger peces, esto es, hacer obras buenas para adquirir méritos con los cuales conseguimos la vida eterna. ¡Dichosos nosotros, si conseguimos este fin y nos salvamos! Pero desgraciados si en lugar de adquirir méritos para conseguir el Paraíso, los hacemos para merecer el infierno y nos condenamos! El éxito de nuestra felicidad, ó de nuestra desgracia eterna, se ha de ver á la hora de nuestra muerte, la cual es cierta é incierta. El Señor nos asegura que es cierta para que nos preparemos para cuando llegue; y quiere tambien que sea incierta, es decir, que ignoremos el día y la hora en que ha de suceder, porque estemos siempre aparejados, y no nos pueda sorprender. Dos puntos son estos, oyentes míos, de grande importancia para nosotros.

Punto 1.º Es cierto que hemos de morir!

Punto 2.º Es incierto cuando hemos de morir.

PUNTO I.

Es cierto que hemos de morir.

1. En la Epístola á los Hebreos (9. 27.) nos dice S. Pablo que está determinado que todos los hombres han de morir: *Statutum est hominibus semel mori*. Esta es la sentencia que por efecto del pecado original recayó sobre todo el género humano y sobre cada uno de sus individuos en particular. S. Cipriano dice que todos nacemos con el cordel al cuello; y por esto nos vamos acercando mas á la horca cada paso que damos en esta vida. La horca que nos aguarda será aquella última enfermedad que nos ha de arrancar de este mundo para trasladarnos al otro. Así pues, hermanos míos, como fuisteis escritos un día en el libro de los bautizados, así lo habeis de ser otro en el libro de los difuntos. Del mismo modo que decís, hablando de vuestros antepasados: la memoria de mi padre, de mi tío y de mi hermano; nombrarán también la vuestra vuestros sucesores cuando hubiereis salido de este mundo. Y así como vosotros oísteis tocar á muerto muchas veces por los que ya murieron, así oirán tocar por vosotros los que os sobrevivan.

2. Todas las cosas futuras son inciertas para los hombres que viven; pero la muerte es una cosa cierta y segura, como dice S. Agustín: *Cetera nostra bona et mala incerta sunt, sola mors certa est*. Es incierto si el niño que nace hoy será pobre ó rico, si tendrá buena ó mala salud, si morirá joven ó llegará á la vejez; pero es muy cierto que ha de morir aunque sea noble é hijo de un monarca. Cuando llega la hora de la muerte, todos ceden á su violencia, porque nadie la puede resistir. Por eso dice el mismo S. Agustín (*in Psal. 12.*): Se resiste al fuego, al hierro, á los reyes; pero ¿quien resiste á la muerte cuando llega? *Resistitur ignibus, undia, ferro, resistitur regibus; venit mors, quia ei resistit?* Estando para morir un rey de Francia, dijo: *Ved como ya no puedo conseguir con todo mi poder que la muerte me espere una hora mas*. Y en efecto, cuando ha llegado el fin de la vida, la muerte á nadie espera ni un momento, como dice el santo Job (14. 6.): *Constituisti terminos ejus, qui præteriri non poterunt*: Fijaste los límites de la vida del hombre que á ninguno es dado traspasar.

3. Hemos de morir sin remedio. Y esta verdad no sola-

mente la creamos, sino que la vemos y la palpamos. Cada siglo se llenan de gente nueva las casas, las plazas, y las ciudades; y son conducidos á la huesa los que nacieron anteriormente. Son las generaciones humanas semejantes á las olas del mar, que mueven un poco de ruido y desaparecen para siempre, pero luego se forman otras nuevas. Asi como terminaron los dias de la vida de los que vivieron antes que nosotros; asi llegará tiempo en que no quedará vivo ninguno de quantos al presente vivimos en este mundo, como dice el real Profeta (*Psal. 88. 49.*) por estas palabras: *Quis est homo, qui vivit, et non videbit mortem?* ¿Quién es el hombre que vive y no ha de morir? Si alguno quisiese hacerse la ilusion de que no ha de morir, este tal no solamente faltaria á la fe, que nos enseña lo contrario, sino que sería un loco. Porque sabemos que todas los hombres, aunque hayan sido poderosos, príncipes, ó monarcas, han muerto finalmente. ¿Y en donde están todos estos al presente? S. Bernardo hace esta pregunta: *Dic imhi ubi sunt amatores mundi?* Decidme ¿donde están ahora los amadores del mundo? Y se responde el mismo Santo: *No quedó de ellos otra cosa que polvo y gusanos.* De tantos grandes y príncipes de la tierra que fueron sepultados en soberbios mausoleos de mármol, ¿qué otra cosa ha quedado sino un poco de polvo y algunos huesos sin carne? Sabemos que todos nuestros antepasados están muertos, como nos lo recuerdan sus retratos, sus libros de memoria, los muebles que usaron, los bienes que nos dejaron. ¿Y podremos esperar, á pesar de esto, que no hemos de morir nosotros? ¿Quien vive ahora de aquellos que vivian en esta ciudad cien años hace? Ninguno; todos se hundieron en la sima de la eternidad; en un abismo eterno de delicias, ó en una eterna noche de tormentos. Y la misma suerte nos espera tambien á nosotros: ó eterna gloria, ó eterna condenacion.

4. ¿O Dios! todos sabemos que hemos de morir; pero la desgracia y el error consiste en que nos figuramos que la muerte está tan remota, como si nunca hubiese de llegar; y por esto vivimos tan olvidados de ella. Pero, presto ó tarde, pensemos ó no en la muerte, es cierto y de fe, que hemos de morir, y que cada dia, cada hora que vivimos, nos acercamos mas á la muerte y á la sima que debe tragarnos: Porque no tenemos en este mundo una mansion duradera, como dice el Apóstol, sino que vamos en busca de la eterna: *Non enim habemus hic, manentem civitatem, sed futuram inquirimus.* (Hebr.

13. 14.) No es esta la patria para que fuimos criados; estamos peregrinando en este mundo, y como de paso; como escribe el mismo Apóstol: *Dum sumus in corpore, peregrinamur à Domino.* (2. Cor. 5, 6.) Nuestra patria verdadera es el Paraíso, si sabemos conquistarle con la gracia de Dios y con las buenas obras. Nuestra casa no es esta donde habitamos al presente, sino que estamos aquí como de paso para la eternidad: *Ibát homo in domum aeternitatis suae.* (Eccl. 12, 5.) Esto supuesto ¿no sería gran locura que comprase bienes en un pueblo por donde pasase un extranjero, para quedarse en él olvidado de su casa y de su familia? Pues más necio es todavía el que espera ser feliz en este mundo, que debe abandonar tan presto, y pecando se pone en peligro de haberse infeliz en el otro, donde ha de vivir eternamente.

5. Decidme, amados oyentes míos, si viésses un condenado á muerte que mientras es conducido al cadalso, en lugar de prepararse á morir, anduviese por las calles con mucha serenidad, mirando los objetos que mas le gustan, pensando en espectáculos y festines, pronunciando palabras obscenas, maldiciendo del prójimo, ¿no diríais que este infeliz estaba loco ó abandonado de Dios? Decidme pues ahora vosotros: ¿No estais caminando ya á la muerte? Pues ¿porqué pensais únicamente en complacer á vuestros sentidos? ¿Por qué no os ocupais en ajustar las cuentas que habeis de dar en el tribunal de Dios, un día que quizá está mas cerca de lo que vosotros creéis? Almas que teneis fe, dejad á los necios del mundo que piensen en hacer fortuna en este triste valle de lágrimas; y pensad vosotros en hacerla en la otra vida que ha de ser eterna.

6. Fijad vuestras miradas sobre aquella huesa, donde yacen sepultados vuestros parientes y amigos; y mirad aquellos cadáveres, cada uno de los cuales os dice mudamente: *Mihi heri, et tibi hodie.* A mí me sorprendió la muerte ayer, y á ti te sorprenderá hoy. (Eccl. 28, 25.) Tú tambien te has de convertir en polvo y ceniza como yo. Y entonces ¿cual será la suerte de tu pobre alma, si antes de morir no ajustas bien tus cuentas con Dios? ¡Ah hermanos míos! si queréis vivir bien, y tener ajustadas las cuentas para aquel gran día, en que debe decidirse vuestra causa; procurad no olvidaros de la muerte en los días que os quedan de vida, bastante cortos á la verdad: *O mors bonum est iudicium tuum.* (Eccl. 41, 5.) ¿Qué bien juzga de las cosas, y qué bien dirige sus acciones el que las

juzga y dirige, teniendo presente en la memoria la hora de la muerte! La memoria de la muerte nos hace perder la inclinacion y afecto á todos los bienes de la tierra. Por esto dice S. Lorenzo Justiniani : *Consideretur vitæ terminus, et non erit in hoc mundo, quid amatur*: Consideremos en el fin de esta vida, y no amaremos las cosas de este mundo. (*De ligno vitæ, cap. 8.*) Fácilmente desprecia las riquezas de este mundo, los honores y los placeres de la tierra, el que piensa que debe dejar todas estas cosas dentro de un breve plazo de tiempo, y ha de ser arrojado á la huesa para que le coman los gusanos.

7. Algunos destierran de su imaginacion el pensamiento de la muerte, como si de este modo pudiesen desterrar la misma muerte léjos de su cuerpo. Pero la muerte no puede evitarse; y el que no quiere pensar en ella, en gran riesgo se pone de tener una muerte desgraciada. A la vista de la muerte despreciaron los santos los bienes de la tierra. Con este fin tenia S. Carlos Borromeo sobre la mesa un cráneo humano, ante sus ojos. El cardenal Baronio tenia escrito en el anillo que llevaba: *Memento mori*: acuérdate que has de morir. Cierta venerable obispo de Saluzzo tenia escritas estas palabras en el cráneo de un difunto: *Como estoy yo, estarás tú tambien*. Los santos solitarios, cuando se retiraban al desierto ó á las grutas, se llevaban una calavera de un muerto, para prepararse á morir con la vista continua de este objeto, que les recordaba el fin que habian de tener. Por esto, preguntado un ermitaño á la hora de su muerte, en que consistia que se hallaba tan alegre, respondió: *Como he tenido siempre la muerte ante los ojos, no me espanta ahora que la veo*. Al contrario, ¡cuanto pavor infunde, cuando se presenta al hombre que ha pensado poco en ella!

PUNTO II.

Es incierta la hora en que hemos de morir.

8. Escribe el Idiota, que nada hay mas cierto que la muerte; pero nada mas incierto que la hora en que hemos de morir: *Nil certius morte, hora autem mortis nihil incertius*. Es cierto que hemos de morir. Determinado está por Dios el año, el mes, el dia, la hora y el instante en que cada uno de nosotros ha de salir de este mundo y entrar en la eternidad. Pero no ha querido Dios que nosotros sepamos cuando debe llegar es-

te momento. Y muy justamente, como dice S. Agustín; porque si suplésemos el día fijo de nuestra muerte, esto sería causa de que muchos siguiesen pecando, con la seguridad que tenían de no morir antes de aquel día: *Si statuisset viam omnibus, faceret abundare peccata de securitate.* (S. August. in Psal. 144.) Por esto dice el Santo, que nos ha ocultado Dios el día de la muerte, para que vivamos siempre bien: *Latet ultimus dies, ut observentur omnes dies.* (Hom. 12 inter 50.) Por lo cual Jesucristo nos exhorta á que estemos preparados, ya que no sabemos el día en que nos hemos de presentar á dar cuenta de nuestras obras. Quiere que sepamos que vendrá la muerte cuando menos pensemos, para que estemos siempre aparejados á ella, como dice S. Gregorio: *De morte incerti sumus, ut ad mortem semper parati inveniamur.* S. Pablo nos avisa también que el día del Señor, es decir, el día en que Dios ha de juzgarnos vendrá cuando menos pensemos, como un ladrón nocturno que entra en la casa, cuando mas descuidada está la familia: *Dies Domini, sicut fur in nocte, ita veniet.* (1. Thess. 5, 2.) Puesto que la muerte puede sorprendernos en todo tiempo y en todo lugar, dice S. Bernardo, que si queremos tener una buena muerte, debemos estar preparados á ella en todo tiempo, y en cualquier lugar que nos hallemos: *Mors ubique te expectat, tu ubique tam expectabis.* Y S. Agustín escribe: *Latet ultimus dies, ut observentur omnes dies.* (Hom. 12.) El Señor nos oculta el día en que hemos de morir, para que estemos preparados á la muerte todos los días y todos los momentos de nuestra vida.

9. La desgracia de muchos cristianos que se condenan, consiste en que muchos, aun aquellos ancianos que conocen que se les acerca la muerte, creen que todavía ha de tardar, y que cuando llegue, les dará tiempo para prepararse. Escribe S. Gregorio: *Dura mente diu esse longe mors creditur, etiam cum sentitur.* (Moral. lib. 8.) Pensais así vosotros, oyentes míos? Pero ¿como podeis saber si la hora de vuestra muerte está próxima ó remota? ¿Y como sabeis que os dará tiempo para prepararos? ¿A cuántos conocemos que han muerto de repente, unos en el camino, otros estando sentados, otros durmiendo en su lecho? Y pregunto, ¿quién de estos creía que había de morir de este modo? Sin embargo murieron; y si la muerte los cogió en pecado mortal, ¿cual habrá sido la suerte de sus tristes almas? ¡Infelices aquellas almas á quienes la muerte sorprende repentinamente! Aun digo mas: todos aque-

llos que se acostumbran á vivir con la conciencia manchada, se puede decir que mueren repentinamente, aunque hayan tenido muchos dias de término para prepararse; porque es muy difícil arreglar su conciencia y enmendar su vida, para volver á la amistad de Dios en unos dias tan confusos y llenos de terror, como son aquellos que anteceden á la muerte. Pero repito: que esta enemiga del género humano puede asaltaros de modo que no os dé ni aun el tiempo preciso para recibir los santos Sacramentos. ¿Quién os asegura que viviréis vosotros dentro de una hora? ¿Quién os asegura que no se hundirá este techo dentro de un minuto, y nos hallaremos hundidos en la sima profunda de la eternidad? Este pensamiento hacia temblar á Job, que decía: *Nescio enim, quandiu subsistam, et si post modicum tollat me Factor meus*: Ignoro el tiempo que he de vivir, y no sé si me quitará la vida mi Criador dentro de un momento. (*Job 32, 22.*) Y S. Basilio nos advierte que al entregarnos al descanso por la noche no confiemos en ver el día de mañana: *Cum in lectulum ad quiescendum membra tua prueris, moli confidera de luco advenas*. (*Inq. ad fil. spirit.*)

10. Cuando el demonio, pues, te induzca al pecado, diciéndote que despues te confesarás, debes responderle: ¿Y sé yo acaso si el día de hoy será el último de mi vida? Y si la muerte me cogiere en pecado, de modo que no tuviere tiempo de confesarme, ¿cual seria mi suerte por toda la eternidad? ¿A cuantos infelices pecadores ha sorprendido la muerte en el tiempo mismo que estaban cometiendo algun pecado mortal, y fueron sepultados en los infiernos? *Sicut pisces capiuntur homo, sic capiuntur homines in tempore malo*: Les sucede como á los peces, que tragan el anzuelo que los mata, cuando solamente pensaban en el alimento que los seduce. (*Eccl. 9, 1.*) Los pecadores mientras pecan se creen tranquilos y seguros con la idea de hacer despues una buena confesion, para evitar de este modo su eterna condenacion; pero la muerte los sorprende repentinamente cuando mas descuidados se hallan, como dice S. Pablo: *Cum animi dixerint, pax et securitas, tunc repentinus eis superveniet interitus*. (1. *Thesa. 5, 3.*)

11. Es muy extraño que si un hombre debe recibir de otro una suma de dinero, toma para ello ciertas precauciones, haciendo que el dador le dé un recibo firmado, diciendo que hace esto porque nadie sabe lo que puede suceder: puede

sobrevenir la muerte, añade, y yo pierdo mi dinero. Repito, pues, que es muy de extrañar que no se tenga la misma precaucion quando se trata de salvar el alma, que vale mas que todos los intereses del mundo. ¿Porqué no dicen tambien entonces: *Quidn sabe lo que puede suceder?* Quando se trata del dinero, si pierden aquella suma, no lo pierden todo; y lo que pierden por un lado, pueden ganarlo por otro; pero el que pierde el alma, todo lo pierde, y no le queda esperanza alguna de recobrarla. Si se muriese dos veces, podria perderse el alma la primera, y salvarse la segunda: pero no, cristianos; solamente se muere una vez, como dice S. Pablo: *Statutum est hominibus semel mori.* (Hebr. 9; 27.) Nadie muere mas que una vez; y el que esta vez se engaña, se engaña para siempre; y por esto la condenacion se llama error que no tiene remedio ninguno: *Periisse semel æternum est.*

42. Quando al venerable Juan de Avila, hombre santo y apóstol de la España, le dieron noticia de que se acercaba su muerte, y le quedaban pocos instantes de vida, ¿qué os parece que respondió este gran siervo de Dios, que habia vivido santamente desde la infancia, como leemos en su vida? Respondió temblando de pavor: *¡O si tuviese un poco mas de tiempo para prepararme á morir!* Del mismo modo temblaba tambien á la hora de la muerte el abad S. Agaton despues de tantos años de penitencia, y decia: *¡Qué será de mí!* *¡Quién puede saber los juicios de Dios!* Y tú, pecador, ¿qué dirás quando te anuncie tu muerte el sacerdote que te asista, diciéndote: *Parte, alma cristiana, de este mundo?* ¿Dirás acaso, esperad un poco, dejad que me prepare mejor? Esto seria inútil, porque la muerte no espera á nadie, y por lo mismo es necesario prepararse desde ahora. S. Pablo nos advierte que si queremos salvarnos, debemos vivir con temor y temblor de que no nos sorprenda la muerte en pecado: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.* (Philip. 2, 12.) Reflexionad, oyentes míos, que se trata de la eternidad; y que si el árbol de vuestra vida cayere hacia la parte del austro ó hacia el aquilon, así ha de permanecer para siempre: *Si ceciderit lignum ad austrum, aut ad aquilonem, in quocumque loco ceciderit, ibi erit.* (Eccl. 11, 3.) ¿Que alegría será la vuestra, si podeis decir entonces: ya estoy salvo, ya lo aseguraré todo, ya no puedo perder á Dios, y será feliz para siempre! Pero si cayereis hacia la parte del aquilon, esto es, de la condenacion eterna, ¿qué direis? Esclamareis poseídos de la mas negra desespera-

cion: ¡Desgraciado de mí! me engañé, y mi error no tiene remedio. Ea, pues, si quereis evitar tan triste suerte, haced hoy mismo una firme resolucion de dedicaros al servicio de Dios. Confesad presto vuestras culpas á un confesor, con propósito de no ofender mas al Criador; y de este modo conseguireis una buena muerte y después la eterna gloria.

SERMON XXXIV.

PARA LA DOMINICA QUINTA, DESPUES DE PENTECOSTES.

CONTRA EL VICIO DE LA IRA.

(*Omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio.*)

MATTH. 5. 22.

LA ira es semejante al fuego; porque así como el fuego es vehementemente y violento luego que tomó fuerza, é impide que se le vea en el humo que despide; así la ira hace que prorumpa el hombre en mil escesos, y no le deja ver lo que hace, haciéndole reo de este modo de la muerte eterna: *Omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio.* Es tan perjudicial al hombre la ira, que le desfigura aun esteriormente. Aunque sea la persona mas bella y graciosa del mundo, se hace semejante á un monstruo furioso que esparce el espanto en torno de sí, cuando la cólera le trasporta. El iracundo, dice S. Basilio, pierde hasta la figura humana, transformándose en una fiera: *Iracundus humanam quasi figuram amittit, feræ speciem induit!* (S. Bas. Hom. 24.) Si la ira, pues, nos desfigura esteriormente, ¿cuanto mas nos desfigurará en el interior y á los ojos de Dios? Esto es lo que voy á demostraros en el presente discurso:

Punto 1.º La ruina que causa al alma la ira que no se refrena.

Punto 2.º Como debemos refrenar la ira.

PUNTO I.

La ruina que causa al alma la ira que no se refrena.

1. Dice S. Jerónimo, que la ira es la puerta por donde entran en el alma todos los vicios: *Omnium vitiorum janua est iracundia.* (Inc. 29. Prop.) Ella precipita al hombre en las venganzas, en las blasfemias, en las injurias, en las murmuraciones, en los escándalos y en otras iniquidades; porque oscurece la razón y hace que el hombre obre como un irracional y como un loco: *Caligavit ab indignatione oculus meus.* Mi vista, dice Job, se oscureció con la cólera. (Job 17, 7.) Lo mismo dijo David: *Conturbatus est in ira oculus meus.* (Psal. 30, 10.) Y S. Buenaventura dijo después, que el hombre irritado obra sin reflexión; sin ver lo que es justo é injusto: *Iratus non potest videre, quod justum est, vel injustum.* En suma, dice S. Jerónimo, que la ira hace perder al hombre la prudencia, la razón y el sueño: *Ab omni consilio deturpat, ut donec irascitur, insanire credatur.* Y Santiago escribe: *Ira enim iri justitiam Dei non operatur.* Las obras de un hombre iracundo no pueden con la justicia divina, y por consiguiente estar exentas de pecado. (Jacob. 1, 20.)

2. Cuando el hombre está poseído de la ira y no procura refrenarla, fácilmente aborrece al que fué causa de que se irritare. El odio, según S. Agustín, no es otra cosa que una ira tenaz: *Odium est ira diuturna tempore perseverans.* Por lo cual, dijo Sto. Tomás, que la ira es repentina, y el odio dura mucho tiempo: *Ira subita est, odium vero diuturnum.* (Opusc. 5.) Cuando en alguno, pues, persevera la ira, es señal de que en él domina el odio. Pero dirá alguno: Yo soy cabeza de casa ó padre de familia: debo corregir á mis hijos y criados y levantar la voz cuando es necesario, contra los desórdenes que advierto. Es verdad, le respondo yo; pero una cosa es irritarse contra el prójimo, y otra muy distinta contra el pecado del prójimo. Irritarse contra el pecado, no es propiamente ira, sino celo; por lo que, no solamente es lícito, sino que á las veces es también necesario, con tal que se haga con la debida prudencia, de modo, que hagamos ver que nos irritamos contra el pecado, y no contra el pecador. Porque si la persona á quien corregimos llega á comprender que hablamos por pasión y por odio contra ella, entonces la corrección no dará

ningun fruto; antes hará mucho daño. Irritarse del modo dicho arriba, es irritarse contra el pecado del prójimo; y esto es lícito, como dice S. Agustín por estas palabras: No se irrita contra el prójimo, el que se irrita contra el pecado del prójimo: *Non fratri irascitur, qui peccato fratris irascitur*. Aquí se verifica cabalmente lo que dijo David: *Irritamini, et nolite peccare*: Irritaos sin pecar. (*Psal. 4, 5.*) Otra cosa es irritarse contra el prójimo por el pecado que ha cometido; y esto nunca es lícito, porque no podemos odiar á los otros por sus vicios, como dice S. Agustín: *Nec propter vitia (licet) homines odisse.* (S. Aug. in *Psal. 148.*)

3. El odio lleva consigo el deseo de la venganza; y por eso dijo San Tomás, que la ira, cuando es plenamente voluntaria, va unida al deseo de vengarse: *Ira est appetitus vindictæ*. Suele alguno decir: Si yo me vengo de talano, Dios me perdonará, porque tengo motivos para ello. ¿Y quién te ha dicho, le digo yo, que tienes motivos? Lo dices tú porque estás obcecado de la ira. Pero ya te dije arriba, que la ira ofusca la imaginacion, y hace perder la razon y el juicio. Mientras estás irritado, la accion de tu prójimo te parecerá una injuria grande é insufrible; pero luego que te se pase la cólera, advertirás, que no era tan grave como á ti te parecia. Pero aunque la injuria sea grave, gravísima, ¿crees que por esto te perdonará Dios, si te vengas? De ninguna manera: porque el mismo Dios dice, que el vengar los pecados no te toca á tí, sino á él; y añade, que cuando llegue el tiempo, sabrá castigar los delitos como merecen: *Mea est ultio, et ego retribuam in tempore.* (*Deut. 32, 35.*) ¿Con que quieres vengar la injuria que te ha hecho el prójimo? También Dios querrá justamente vengar las muchas que tú le has hecho; y especialmente esta que tú quieres vengar, por mas que Dios te manda perdonarla: *Qui vindicari vult, à Domino inveniet vindictam.* (*Eccl. 28, 4.*) Cosa chocante, dice el Eclesiástico: el hombre quiere vengarse del hombre, y después pide misericordia á Dios. Siendo carne el tal hombre, no perdona; y se atreve á pedir perdón á Dios: *Homo homini reservat iram, et à Deo querit modelam.... Ipse, cum caro sit, reservat iram; et propitiacionem petit à Deo? Quis exorabit pro delictis illius?* (*Eccl. 28, 3 et 5.*) ¿Con que cara, dice S. Agustín, podrá pedir perdón de sus culpas á Dios, el que no le obedece, y no perdona á su prójimo, como le manda el mismo Dios? *Qua fronte indulgentiam peccatorum obtinere poterit, qui precipiendi dare veritatem non acquiescit?*

4. Supliquémos al Señor que nos libre de que se apodere de nosotros alguna pasión violenta, y especialmente la ira: *Animo irreverenti et infrmito ne tradas me*: No me entregues á una pasión violenta y desenfrenada. (*Ecc.* 23, 27.) Porque entonces será difícil que no caiga en alguna culpa grave contra el prójimo ó contra Dios. ¡Cuántos por no refrenar la cólera pronuncian horrendas blasfemias contra Dios ó contra sus santos! Pero Dios, al mismo tiempo que nosotros nos encendemos de cólera, arma su mano con el azote del castigo. Dice Jeremías que el Señor le preguntó un día: *Quid tu vides, Jeremia? Et dixi: Virgam vigilantem ego video*: ¿Que es lo que ves, Jeremías? Y él le respondió: Yo veo una vara que vela para castigar. (*Jer.* 1, 11.) Volvió Dios á preguntarle: *Quid tu vides? Et dixi: Ollam succensam ego video*: ¿Qué es lo que ves? Y Jeremías respondió: Veo una olla que hierve. (*Ibid.* v. 13.) Esta olla hirviendo, es figura de una persona colérica, á quien amenaza la vara, esto es, la venganza divina. Ved, pues, la ruina que acarrea la ira al hombre que no la refrena. Primeramente le hará perder la gracia de Dios, y después la vida temporal, como dice el Eclesiástico: *Zelus et iracundia minuunt dies*: El celo y la ira abrevian la vida. (*Ecc.* 56, 26.) Y Job dice, que verdaderamente la ira mata al necio: *Vere stultum interficit iracundia*. (*Job.* 5, 2.) En el tiempo que viven los iracundos, pasan una vida infeliz; puesto que siempre están en una situación violenta y llena de agitación, como una tempestad. Pero pasemos al segundo punto, donde tengo que deciros muchas cosas útiles para remediar este vicio.

PUNTO II.

Como debemos enfrenar la ira.

5. Ante todas cosas debemos estar en la inteligencia de que no es posible que la debilidad humana no experimente jamás en el alma ningún movimiento de ira, siendo tan grande la vicisitud de las cosas humanas. Séneca dice que ninguno puede estar enteramente libre de la ira: *Iracundia nullum genus hominum excipit*. (*Sen.* l. 3, c. 12.) Todo lo que podemos hacer es moderarla cuando ha tenido alguna cabida en nuestro corazón. Pero me direis: ¿y como se modera la ira? ¿Como? Con la mansedumbre. La virtud de la mansedumbre se llama la virtud del cordero, esto es, la virtud amada de Jesu-

oristo, el cual sin irritarse, sufrió su pasión y fué sacrificado en la cruz como un cordero. Por esto dice Isaias (53. 7.): *Sicut ovís ad occisionem ducetur, et quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperuit os suum*: Será conducido á la muerte como una oveja, y estará mudo como un cordero cuando le esquilan, que está sin abrir su boca. Por eso nos ha encargado que aprendamos de él á ser benignos y humildes de corazón: *Discite à me, quia mitis sum et humilis corde* (Matth. 11, 20.)

6. ¡O cuan agradable es á Dios un hombre lleno de mansedumbre, que sufre tranquilo y con calma los lances adversos, las desgracias, las persecuciones y las injurias! A estos está prometido el Paraíso, segun aquellas palabras de S. Mateo (5. 4.): *Beati miles, quoniam ipsi possidebunt terram*. Estos son los llamados hijos de Dios: *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur*. (Matth. 5, 9.) Algunos se vanaglorian de que son mansuetos, pero sin fundamento; porque lo son con aquellos que les hacen bien ó los alaban; mas solo respiran furor y venganza contra los que los injurian; ó les causan algun daño. Empero la virtud de la mansedumbre consiste en ser mansueto y sufrido con el que nos maltrata y nos aborrece, como dice David: *Cum his, qui oderunt pacem, eram pacificus*: Era pacífico con los que aborrecian la paz. (Psal. 119, 7.)

7. Es preciso tener entrañas compasivas, como dice san Pablo, con nuestros prójimos, y debemos sufrirnos mutuamente unos á otros: *Induite vos... viscera misericordie etc. supportantes invicem, et donantes vobismetipsis, si quis adversus aliquem habet querelam*: Revestios de entrañas de compasion... sufriendoos mutuamente, y perdonándoos unos á otros las injurias que os hicieron. (Col. 3, 12 y 13.) ¿Quereis vosotros que los demás os sufran los defectos que teneis, y que os disimulen, si tienen algun motivo de queja contra vosotros? Pues lo mismo debeis hacer vosotros con los demás. Cuando recibais, pues, algun agravio de vuestro prójimo que está irritado contra vosotros, sabed, que la respuesta suave desarma al hombre iracundo: *Responsio mollis frangit iram*. (Prov. 15, 1.) Pasando un monge por un campo sembrado, salióle al encuentro el dueño de él, y llenóle de injurias. El monge le respondió con humildad: *Hermano; tenéis razon, he obrado mal, perdonadme*. Y se suavizó tanto el labrador con esta respuesta, que no solamente se le pasó toda la cólera, sino que quiso seguirle, y entrar monge en su convento. Los soberbios

convierten las humillaciones que reciben en fomentar su soberbia; pero los humildes y mansuetos convierten los desprecios que se les hacen, en fomentar y aumentar su humildad, como dice S. Bernardo: *Est humilis, qui humiliationem convertit in humilitatem.* (S. Bern. Serm. 24. in Cant.)

8. S. Juan Crisóstomo escribe: *Mansuetus utilis sibi et aliis*; que el hombre mansueto es útil á sí mismo y á los demás. Es útil á sí mismo, porque como dice un autor ascético, *el tiempo de merecer es aquel que se reciben desprecios.* Y por esto Jesucristo llamó felices á sus discípulos cuando los llenasen de maldiciones y los persiguiesen: *Beati estis, cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint.* (Matth. 5, 44.) Por esta razón los Santos desean siempre ser despreciados, como lo fué Jesucristo. El hombre mansueto es útil á los otros, porque, como dice S. Juan Crisóstomo, no hay cosa que ulueva mas á los otros á dedicarse al servicio de Dios, que el ver á un cristiano lleno de mansedumbre y alegre cuando recibe alguna injuria: *Nihil ita conciliat Domino familiares, ut quod illum vident mansuetudine jucundum.* La razón de esto es, porque la virtud se conoce en el tiempo de la adversidad: así como el oro se prueba en el crisol, así la mansedumbre del hombre se prueba en la humillación: *In igne probatur aurum et argentum, homines vero receptibiles in camino humiliationis.* (Eccles. 2, 5.) En los Cantares se lee: *Nardus mea dedit odorem suum.* (Cant. 1, 11.) Es el nardo una yerba odorífera, pero solamente esparce su olor cuando se frota y estrega fuertemente; lo que significa, que no se puede asegurar que un hombre tiene mansedumbre, sino cuando estamos convencidos por experiencia, de que realmente la tiene, porque le vemos sufrir con paciencia y sin cólera los malos tratamientos y las injurias. Entonces y solo entonces puede sentirse el olor de su nardo, ó la virtud de su mansedumbre. Dios quiere que seamos pacíficos, aun con nosotros mismos. Cuando uno comete alguna culpa, quiere el Señor que se humille y se duela de ella, y haga propósito de no volver á cometerla; pero no quiere que se irrite contra sí mismo; porque el hombre que tiene turbada la razón, nunca puede obrar con acierto ni prudencia: *Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea.* Mi corazón se turbó, y mi virtud me abandonó. (Psalm. 37, 44.)

9. Por esto cuando recibimos afrentas, debemos refrenar la ira, y responder con suavidad, como dijimos arriba, ó cuando menos callar; y de este modo venceremos, como dijo

deba practicar para salvarse, yo no sé indicarle otro medio mas útil y seguro que el de ingresar en alguna congregacion. La congregacion es un medio que abarca en sí los medios mas útiles para conseguir la eterna salud, y á este respecto puede muy bien decir un hermano de la congregacion: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa*. En primer lugar, es gran medio para la salvacion de un secular, el oír la palabra de Dios: de tal suerte, que los SS. Padres tienen por señal de reprobacion el hacer de ella menosprecio, porque las ovejas de Jesucristo oyen con placer el eco de su voz, que se les envia por el intermedio de los sacerdotes: *Oves meæ, vocem meam audiunt*. (Joan. 10, 47.) Y la razon es obvia; los seglares que andan afanados en los negocios del mundo, y no cuidan de oír sermón alguno, se olvidan con grandísima facilidad de los bienes y de los males de la otra vida, por cuya causa se abandonan á los placeres de la tierra, y viven y mueren sumidos en el pecado. Mas los que están en la congregacion, oyen los recuerdos de la muerte, del juicio, del infierno y de la eternidad, y apoyados con el auxilio divino resisten mas obviamente á las tentaciones que les asaltan. Y por esto dice el Espíritu Santo: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis*. (Eccl. 7, 40.)

Conviene segnidamente al seglar á fin de mantenerse en la gracia de Dios, la frecuencia de Sacramentos, que son el pasto del alma, cuya vida conservan, y señaladamente la santa Comunión, que es llamada pan, porque así como el pan material sustenta la vida del cuerpo, así tambien el pan celestial conserva la del alma. Que de tal suerte lo enseña el concilio de Trento, al decir, que el Santísimo Sacramento del Altar, no libra de los pecados veniales y nos preserva de caer en los mortales.

En tercer lugar, el que acude á las congregaciones de la Virgen Santísima se halla enriquecido con las gracias que esta divina Madre le dispensa: *Mecum sunt divitiæ*, dice esta Señora, *ut ditem diligentes me*. Y S. Buenaventura; *Qui acquirit gratiam Mariæ*, dice, *agnoscelur à civibus paradisi; et qui habet characterem ejus, adnotabitur in libro vitæ*. Palabras que deben entenderse muy especialmente de los hermanos de las congregaciones de María, respecto de los cuales corre idéntica paridad en lo de ser inscritos en los libros de la congregacion, como en lo de estar escritos en el libro de la vida, con tal que perseveren en asistir á la congregacion, y en

cumplir las reglas de la misma; pues de otra manera, ¿qué aprovecha tener el nombre escrito en los registros de la congregacion, y no acudir á sus ejercicios, y si por ventura á ellos se acude, no frecuentar los Sacramentos, que es la parte mas interesante de su regla? Gentes hay que van á la congregacion no con el ánimo de dar honor á nuestra Señora, ni de agenciar por la salvacion propia; sino con espiritu de dominacion y de administracion, de lo cual resulta que mas de una vez se echan á vocear y á altercar en las reuniones de la congregacion, mas descompasadamente que si se hallasen en un garito. Para practicarlo así vale mas no asistir á los ejercicios de la congregacion.

Por consiguiente, recomiendo á cada cual de vosotros que ante todo asista á las prácticas de la congregacion, y no las posponga á cosas fútiles, como hacen algunos, á quienes el juego, ó el paseo, ú otras cosas de ningun valor distraen de los espirituales ejercicios; y preguntándoseles el motivo de su falta de asistencia, responden: Padre mio, estuve ocupado. Pero, hijo mio, repongo yo, sepas que todas de las ocupaciones de este mundo, ninguna hay mas importante que la salvacion del alma; si llegares á perderla, lo perdiste todo. Dime ¿abandonáras tu negocio que te produjera mil ducados de ganancia, por otro asunto cuyo lucro no montára diez maravedís? Y así á este tenor. Piérdase todo como no se pierda el alma. Al llegar el domingo, hermanos mios, dejad todos los quehaceres y acudid á la congregacion; y tened entendido que el culto de la Virgen Santísima, no irrogará perjuicio á vuestros intereses: *Domestici ejus vestiti sunt duplicibus.* (Prov. 31. 21.) Dobles trajes dice que visten los siervos de María, esto es, granjean duplicado interés, á saber el espiritual, y el temporal. Recomiéndooos además, que cuando asistiereis á la congregacion no os olvideis de acudir á la confesion y á la comunión, conforme ordenan las reglas de la misma; de lo contrario, si en pecado entráreis y en pecado saliéreis, ¿que fruto habréis sacado de ella? Recomiéndooos por último, que acudais á los ejercicios de la congregacion con el esclusivo objeto de practicar vuestras devociones. Colóquese cada cual en su lugar, atienda á obedecer, y cumpla el encargo de que se halle revestido, y ponga todo su empeño en acudir á la congregacion para el logro de su eterna salud. Practicadlo así, hermanos, y veréis cuantos favores espirituales y temporales derramará sobre vosotros la Santísima Virgen: y muy particu-

larmente cual será su amparo en la hora de vuestra muerte. Oh! ¡y que tesoro de consuelos proporciona para aquella ocasion el haber servido á María! Refiere el P. Binetti (*Perfecc. de N. S. cap. 31.*) que hallándose asistiendo á un moribundo muy devoto de María, le dijo, poco antes de morir, estas palabras: *Si supieseis, Padre, que júbilo siento en mi alma por haber servido á María Madre de Dios! No tengo voces para explicar la alegría de que ella rebosa en este momento.* Y así murió en una paz celestial. Yo confio que han de tener una muerte colmada de consuelos los hermanos de la congregacion de María que han frecuentado sus ejercicios. Cuando el duque de Populi, que se confesaba deudor de cuantas gracias de Dios habia recibido, á la proteccion de María, por haber asistido á su congregacion, se halló en el punto de la muerte, llamó á sí á su hijo, y le dijo: Frecuenta, hijo mio, las congregaciones de nuestra Señora; este es el mayor y mas pingüe patrimonio que puedo darte, y este te dejo.

Ea, hermanos míos, postrémonos todos á los pies de esta Señora, y prometamos que no dejaremos jamás de asistir á la congregacion. Decid conmigo: Reina y Madre mia, en esta misma hora yo debiera ya estar ardiendo en las llamas del infierno, pero vos con vuestra intercesion me habeis libertado de ellas hasta este momento; yo os doy gracias esta mañana por tan señalado favor, y os pido perdon de las faltas de asistencia á la congregacion que sin causa he cometido. ¿Cuántos pecados hubiera escusado, si á ella hubiese acudido? Perdonádmelas, Madre mia, y rogad á vuestro Hijo que me perdone las ofensas que contra él he hecho. Sí, buen Jesus mio, perdonádmelas por los méritos de la sangre que por mí derramasteis, y por el amor de María, que yo ya me arrepiento... etc. Hagamos ahora nuestra promesa, y diga cada cual: O María, Madre de Dios, yo os prometo que desde hoy en adelante solo una necesidad apremiante, me impedirá de asistir á los ejercicios de la congregacion; así os lo prometo; y sufriré contento el castigo que me enviáreis, si faltáre á esta promesa. Y vos, Reina y Señora mia, amparadme en todas las necesidades de la vida, y especialmente en las ocasiones peligrosas de ofender á Dios; (mas entonces invocad su auxilio, y ella os socorrerá.) Y en el trance de la muerte no me abandonéis, Madre mia; asistidme en aquella ocasion, y recibid mi último aliento, cobijándome bajo vuestro manto. Con que, hermanos míos, sed fieles á María en la promesa que acabais

de hacerle esta mañana, y yo os prometo de su parte su amparo en la vida y en la muerte. Vosotros acudiréis á esta capilla para rendir vuestro homenaje á esta Señora, y María os conducirá despues á reinar en el regio alcázar del paraíso. Recibid entre tanto la bendicion que voy á daros en nombre de María, á fin de que cumplais la palabra que habeis soltado. (*Déseles la bendicion con el Crucifijo.*)

DISCURSO

DIRIGIDO

Á LAS DONCELLAS PIADOSAS.

HERMANAS mías; no es mi ánimo detenerme esta mañana en la esplanacion de las ventajas y provechos que reportan las doncellas que consagran su virginidad á Jesucristo; mi objeto es hacer de ellos solamente una somera indicacion. Y en primer lugar; la doncella dedicada á Dios adquiere á sus divinos ojos una belleza solo comparable con la de los ángeles del cielo: *Erunt sicut angeli Dei in cælo.* (*Matth. 22, 30.*) Refiere Baronio (*ann. 480, num. 23. in Compend.*) que al exhalar el último suspiro una tierna doncella, por nombre Georgia, pusiéronse á revolotear inmediatamente al rededor de su cuerpo crecido número de palomas; y en cuanto el cadáver fué trasladado á la iglesia aquel enjambre de palomas se posó en el techo de la iglesia misma y en el punto que correspondia directamente con aquel que ocupaba la difunta en el interior del edificio, y no salieron de allí hasta que fué dada sepultura á aquel cuerpo inanimado. Juzgó la gente que aquellas palomas no eran sino ángeles que acompañaban en comitiva á aquel cuerpo virginal.

Además la doncella que abandona el mundo para darse completamente al amor de Jesucristo, viene á constituirse en esposa del mismo Jesucristo. Complácese nuestro Redentor en llamarse en el Evangelio, unas veces Padre, otras Maestro, otras Pastor de las almas, mas con respecto á las vírgenes hácese llamar Esposo: *Exierunt obviam sponso.* (*Matth. 25. 1.*) La muchacha prudente que intenta mudar de estado en el mundo,

procura averiguar con exactitud cual de los pretendientes á su mano prevalezca sobre los demás en nacimiento y bienes de fortuna. Informémonos pues, con la esposa de los Cantares, que bien conocidas tiene las dotes de su divino Esposo, acerca de sus cualidades. Dime, esposa sagrada, ¿quién es ese tu amado, que entre todas las mujeres te hace la mas feliz? *Dilectus meus*, responde, *candidus et rubicundus, electus ex millibus*. (Cant. 5. 10.) Mi amado, dice ella, es cándido por la pureza, y rubicundo por el fuego de su amor, y en una palabra, su belleza, su nobleza y su afabilidad le constituyen el mas amable de los hombres. Sobrada razon tuvo, pues, la gloriosa virgen Santa Inés, conforme dice S. Ambrosio (*Lib. de Virg.*) cuando al proponérsele por esposo al hijo del prefecto de Roma, respondió, que habia hallado otro partido asaz mas ventajoso para ella: *Sponsum offertis? Meliorem reperi*. Idéntica respuesta dió Sta. Domitila sobrina del emperador Domiciano, á ciertas mujeres que porfiaban en persuadirla que le era plenamente lícito desposarse con el conde Aureliano, supuesto que él se daba por satisfecho con que continuase profesando la religion cristiana. Mas, decidme, respondió la Santa; si por un lado viesesen á ofrecer á una doncella la mano de un monarca, y por otro la de un rústico, ¿á cual de entrambos juzgais que se decidiera por esposo? ¿Y por casarme yo con Aureliano abandonaré al Rey del cielo? Demencia fuera de que yo sabré librarme. Y por conservarse fiel á Jesucristo á quien tenia consagrada su virginidad, prefirió morir abrasada viva, suplicio, á que la condenó la saña de su bárbaro amante. (*Croisset. Exerc. ec. á 12 de mayo.*)

Las esposas de Jesucristo que movidas de su amor abandonan el mundo, se atraen la predileccion de Jesucristo. Llámaseles primicias del Cordero: *Primitias Deo et agno*. (Apoc. 14. 4.) ¿Y porqué razon se llaman primicias? Porque, conforme dice el cardenal Hugo, así como los frutos primerizos son mas gratos al paladar que los tardíos, de la misma manera, las vírgenes son mas amadas de Dios que las demás personas. El esposo se nutre entre azucenas: *Qui pascitur inter lilia*. (Cant. 2. 16.) ¿Y quienes vienen á ser esas azucenas, sino aquellas doncellas piadosas que entregaron su virginidad á Jesucristo? Dice el venerable Beda, que los cánticos de las vírgenes, esto es, las alabanzas que á Dios tributan las vírgenes en el hecho mismo de conservar intacto el lirio de su pureza, complace al Señor harto mas que los cánticos de los otros Santos. Y

es mucha verdad , porque conforme espresa el Espíritu Santo , no hay precio comparable al valor de la virginidad: *Non est digna ponderatio continentis animæ. (Eccl. 26, 20.)* Por eso nota el cardenal Hugo que de los demás votos puede obtenerse dispensa, mas en manera alguna de la virginidad ; y es la razon porque el valor de la virginidad no puede compensarse con ninguno de los tesoros del mundo. Por el mismo motivo , dicen los Doctores , que la Santísima Virgen Maria hubiera renunciado á la dignidad eminente de ser Madre de Dios si ella hubiese causado menoscabo á la joya de su virginidad.

¿ Quien es capaz de comprender acá en la tierra el cúmulo de gloria que el Señor tiene reservado en el paraíso para sus vírgenes esposas ? Dicen los Doctores que las vírgenes ostentan en el cielo una auréola particular, que viene á ser como una corona ó gloria especial, de que carecen las demás Santas , que no fueron vírgenes. Pero contraigámonos al punto mas importante del presente discurso. Dirá tal vez alguna doncella : ¿ Y por ventura si llego á casarme deberé renunciar á mi santificación ? A esta pregunta no os daré yo respuesta, pues vais á oír la que da S. Pablo , y al propio tiempo echaréis de ver la diferencia que media entre las vírgenes y las casadas : *Mulier innupta et virgo, cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu ; quæ autem nupta est, cogitat quæ sunt mundi, et quomodo placeat viro (1. Cor. 7. 34.)* ; y luego sigue diciendo el Apóstol : *Porro hoc ad utilitatem vestram dico . . . ad id quod honestum est, et quod facultatem præbeat sine impedimento Dominum obsecrandi.* Digo , en primer lugar , que si bien la mujer casada puede santificarse en cuanto al espíritu , de modo alguno se santificará respecto al cuerpo ; lo contrario ocurre con las vírgenes perfectas , las cuales se santifican en el alma y en el cuerpo , pues consagraron á Jesucristo su virginidad : *Sancta corpore et spiritu.* Y notad además esotras palabras : *Quod facultatem præbeat sine impedimento Dominum obsecrandi.* Oh ! y que de obstáculos no hallan las pobres casadas en la via de la santificación ! Y cuanta mas elevada fuere su condicion , mayores serán los impedimentos que se crucen. Para que la mujer emprenda el camino de la santidad , fuerza es que agencie los medios oportunos , y señaladamente que haga mucha oracion mental , que frecuente los Sacramentos , que traiga continuamente su pensamiento puesto en Dios. Empero ¿ de que tiempo puede disponer la mujer casada para emplearlo en el pensamiento de las cosas de Dios ? *Nupta cogitat quæ sunt mundi,*

dice S. Pablo , *et quomodo placeat viro*. La mujer casada debe acudir al sustento y vestido de la familia ; poner diligencia en la educacion de los hijos , contentar al marido y á los deudos de éste ; por lo cual , ella ha de tener dividido el corazon , como dice el mismo Apóstol , puesto que tiene compartido el afecto entre el marido , los hijos y Dios. ¿ Que holgura tendrá la madre de familias para darle largos ratos á la oracion , ni para recibir frecuentemente la sagrada Comunión , si ni siquiera tiene el suficiente desahogo para acudir á las tareas domésticas ? El marido urge para ser servido , los hijos ó lloran , ó gritan , ó se rebullen. Y andad luego á recogeros para ponerlos en oracion en medio de tan encontrados y revueltos pensamientos. Apenas le será dado ir á la iglesia para recogerse y comulgar cada domingo. Quedará en buen hora con los buenos deseos en su corazon , pero difficilísimamente podrá atender como es debido á las cosas de Dios. Es innegable sin embargo , que la privacion misma puede atesorarle méritos , si se resignare á la voluntad de Dios , que no otra cosa exige de ella en su estado , sino resignacion y paciencia ; mas sumida en aquel piélago de distracciones y disturbios , falta de oracion , de Sacramentos , es moralmente imposible alcance tan virtuosa paciencia y resignacion.

Y pluguiese al cielo que los únicos males que afligiesen á las pobres casadas se ciñeran á la imposibilidad de dedicarse á la devocion , harto mayor mal es el continuo é inminente riesgo de perder la gracia de Dios , á que se hallan abocadas , con el perenne trato familiar de cuñados , y deudos , y amigos del marido , ya en la propia morada , ya en las casas ajenas. Estos males no llegan á sospecharlos las doncellas , pero sobrado los comprenden las casadas , que en tales riesgos diariamente andan envueltas , no menos que los directores que las oyen en confesion. No entremos á tratar de la miserable condicion de todas las mujeres casadas. Péximo trato por parte del marido , disgustos ocasionados por los hijos , necesidades domésticas , sujecion á suegros y cuñadas , dolores de parto , siempre acompañados de mortal peligro , celos , escrúpulos acerca de la educacion de los hijos , todo esto levanta una horrorosa é incesante tempestad , en medio de la cual viven congojosas las pobres casadas. Y plegue á Dios que en tan deshecha borrasca no llegue á zozobrar el alma misma , y tras el infierno de la presente vida , no tenga que ir á padecer los tormentos de la otra. Ved ahí la envidiable suerte que

andan buscando las doncellas que siguen los impulsos del mundo. ¿Y será posible, replica aquella doncella, que entre todas las mujeres casadas no haya siquiera una sola que sea santa? Sí, respondo yo, efectivamente las hay; ¿mas quienes lo son? Santa será aquella que está entre martirios, si los sufre por Dios, sin impacientarse y con señalado sufrimiento. Pero ¿se hallarán muchas casadas de condicion tan perfecta? Como de moscas blancas. Y si se hallare alguna, oiréísla lamentarse con sentidas quejas por haberse entregado al mundo, cuando hubiera podido consagrarse á Dios. Yo no recuerdo haber hallado entre todas las casadas piadosas ni una sola que estuviese contenta con su estado.

La verdadera dicha pues es la de aquellas doncellas que se consagran á Jesucristo. Ellas no están espuestas á los peligros en que necesariamente se arriesgan las casadas. Sueltas de los vínculos de afecto para con los hijos y los hombres de la tierra, no necesitan usar de galas, ni atavíos, pues al paso que á las casadas importa llevar vestidos de lujo y pomposos adornos, ya para competir con sus iguales, ya para complacer á su marido, bástale á una doncella consagrada á Dios, una miserable saya que cubra sus carnes: y mengua fuera si de otra suerte se vistiese y aderezase. Además á las doncellas no atormentan los cuidados domésticos, ni los de los hijos ó del marido; sus pensamientos y cuidados se cifran en agradar á Jesucristo á quien consagraron su alma, su cuerpo y todo su amor. Y de ahí resulta que estando su espíritu mas desahogado para ocuparse de Dios, disponen de mayor espacio de tiempo para darse á la oracion y frecuentar los Sacramentos.

Pero oigamos ahora las excusas que alegan ciertas doncellas de gran tibieza en el amor de Jesucristo. Dice la precitada: Yo muy de buena voluntad abandonaria el mundo, como pudiese entrar en un convento, ó me fuese al menos posible ir á la iglesia cuando me ocurriese practicar mis devociones; pero en casa no hay que pensar en ello, porque mis hermanos son de pésima condicion y me desazonan de continuo, y mis padres por otra parte no permiten que vaya á la iglesia. Y pregunto yo ahora: ¿Quieres dejar el mundo para entrar á gozar de una vida regalona, ó bien para alcanzar tu santificacion? ¿Por satisfacer tu propia voluntad, ó la de Jesucristo? Si te propones abandonar el mundo para santificarte y complacer á Jesucristo, te hago esotra pregunta:

dime, ¿en qué consiste la santificación? No consiste por cierto en morar en un convento, ni en pasar todo el día en la iglesia, sino en acudir á la oracion y á la comunión, cuando se pueda, en obedecer, en poner mano á los quehaceres de la casa, en llevar vida retirada, en sufrir con paciencia las fatigas y los menosprecios. ¿Piensas acaso que en el convento gastarás el día entero entre el coro y la celda, para ir luego al refectorio y despues á paseo? En el convento hay su tiempo determinado para la oracion, la misa y la comunión, pero en lo restante del día las religiosas deben ocuparse en el servicio del monasterio, señaladamente las legas, que como exentas de coro, tienen mas faenas á que atender, y menos tiempo para dedicarse á la oracion. Todas claman por el convento. Empero ¿cuanta mayor proporcion para orar y santificarse tienen las doncellas devotas y menesterosas en su propia casa que no en el convento! ¿Cuántas de estas jóvenes, me consta, que se arrepintieron de haber tomado el velo, señaladamente si ingresaron en conventos de crecida comunidad, en que á las pobres legas apenas queda tiempo en ciertas ocasiones siquiera para rezar el rosario! Pero padre mio, en mi casa mis padres me fastidian, mis hermanos me molestan todos á porfía, me tratan mal, de suerte que esto no es vivir. Enhorabuena! Y ¿por ventura si te entregas al mundo no hallarás tambien quien te trate mal? Darás con suegra, cuñadas, hijos insolentes y con el marido. Ah! ¿y que de malos ratos no se te esperan de parte del marido, que como suelen hacerlo todos, prometen maravillas al principio, y concluyen al poco tiempo por convertirse de maridos en tiranos de sus mujeres, á quienes tratan no ya como compañeras, sino como esclavas! Preguntad sino, penguatad á todas las casadas si es ó no la pura verdad lo que acabo de decir. Pero ¿qué necesidad teneis de andar preguntándolo, si á la vista está el ejemplar de vuestras propias madres? Al menos si os diereis á Dios, los disgustos que sufrís en vuestra propia casa los padeceriais por amor de Jesucristo, y este Señor os convertiria en ligero y agradable el peso de esta cruz. ¿Puede darse mayor pena que padecer por el mundo y padecer sin alcanzar méritos? Ea pues, si Jesucristo os invita con su amor y os escoge por esposas suyas, regocijaos con la satisfactoria confianza de que el mismo Señor os prodigará sus consuelos en medio de los sufrimientos.

Empero tales consuelos los recibiréis en cuanto vosotras

pongais todo vuestro amor en Jesucristo y vivaís como esposas suyas. Oid por último los medios de que debeis aprovecharos para vivir como verdaderas esposas de Jesucristo, y progresar en vuestra santificación. No basta para que una virgen se santifique, que conserve intacta su virginidad y se llame esposa de Jesucristo, necesario es además, que practique las virtudes propias de tal esposa. Léese en el Evangelio que el cielo se asemeja á las vírgenes; empero ¿á que clase de vírgenes? No á las vírgenes fatuas, sino á las prudentes. Estas fueron introducidas á las bodas, mas á las primeras les dieron con la puerta en el rostro, mientras les decia el Esposo: *Nescio vos*; seais en buen hora vírgenes, mas yo no os reconozco por esposas mías. La verdadera esposa de Jesucristo sigue en pos de su Esposo á donde quiera que vaya: *Sequuntur agnum quocumque ierit.* (Apoc. 4, 14.) ¿Y qué es lo que quiere significar el ir en pos del Esposo? Esplicalo S. Agustin: Es imitarle, siguiéndole con el alma y con el cuerpo. Consagrado le habeis el cuerpo, fuerza es pues que le consagreis tambien el corazon por entero, por manera que todo él esté dedicado á su amor. Para cuyo efecto menester es agenciar los medios de hacerse completamente de Jesucristo.

Consiste el primer medio en la oracion mental, en la cual debeis asiduamente ocuparos. Mas no juzgueis que para tener esta oracion sea indispensable vivir en el claustro ó pasar el dia entero en la iglesia. No se me oculta que en vuestras casas ocurren no pocas veces alborotos y pendencias de parte de las personas que las frecuentan; sin embargo, las muchachas de buena voluntad bien saben hallar lugar y tiempo para dedicarse á la oracion, como por ejemplo, en ocasion en que haya quietud en la casa, ó por la mañana antes de que se levanten los demás, ó por la noche cuando todo el mundo haya ido á recogerse. Ni tampoco es necesario estar siempre hincado de rodillas para hacer oracion; la oracion se aviene basta con las haciendas de la casa; y aun puede tenerse caminando, si no hubiere mejor ocasion para ello; basta elevar el espíritu á Dios, meditando la pasion de Jesucristo ú otro punto devoto.

El segundo medio está en la frecuencia de los sacramentos de confesion y comunión. Para la confesion preciso es que cada cual elija para sí un director espiritual, del cual dependa en todo con cumplida obediencia, de otra suerte, no caminará jamás por la recta via. Por lo que hace á la comu-

nion, no es suficiente depender en este punto de la entera obediencia, menester es además desearla y pedirla. Este pan divino quiere ser comido con hambre, y Jesucristo quiere escitar los deseos. La comunión frecuente afianza en su fidelidad y señaladamente en la conservacion de la pureza, á las esposas de Jesucristo. Por la virtud del santísimo Sacramento se conservan en el alma todas las virtudes, y parece como si por un efecto especialísimo mantuviese intacta la azucena de la virginidad: ya lo indicó el Profeta, que llamó á este Sacramento: *Fru mentum electorum, et vinum germinans virgines.* (Zach. 9. 17.)

Está cifrado el tercer medio en el retiro y la cautela: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.* (Cant. 2, 2.) La doncella que piense mantenerse fiel á Jesucristo en medio de los devaneos y vanidades del mundo, quiere un imposible; preciso es para ello que se conserve entre las espinas de las abstinencias y mortificaciones, que use no solo de la mayor reserva y modestia en el trato y vista de los hombres, sino también que eche mano de la severidad y aun de la grosería, cuando el caso lo exigiere: esas son las espinas que conservan á las azucenas, quiero decir, á las vírgenes; de otra suerte presto caerán en perdición. El Señor dice, que las mejillas de su esposa son bellas como las de la tórtola: *Pulchræ sunt genæ tuæ sicut turturis.* (Cant. 4, 9.) Y porqué? Porque la tórtola evita por natural instinto la compañía de las otras aves, y vive siempre solitaria. Para que una virgen aparezca bella á los ojos de Jesucristo, busque la soledad, esfuércese cuanto pueda en ocultarse á los ojos de los demás, y no haga ostentacion de sí. Zeloso es, dice S. Jerónimo, este Esposo: *Zelotypus est Jesus.* Por lo cual desagrádale en extremo observar que la virgen dedicada primeramente á su amor, anela despues por ser vista, y complacer á las gentes. Las doncellas santas prefieren procurarse la fealdad á ser codiciadas de los hombres. La venerable sor Catalina de Jesus, monja de santa Teresa, solia lavarse con el agua sucia de gallinero, y luego se esponia á los rayos del sol, para amortiguar los colores de su tez. La virgen Sta. Andregesina, que, segun refieren Ibs Bollandistas, habia contraído esponsales con cierto sugeto, suplicó al Señor le concediese la gracia de volverse deformemente fea, y fueron inmediatamente oídos sus ruegos, puesto que luego apareció cubierta de lepra, de modo que todo el mundo huía de ella: mas en cuanto quedaron rotos los espon-

sales, ella volvió á recobrar su anterior hermosura. Refiere tambien Jacobo de Vitriaco (*In Spec. Exempl. 20. v. Virg.*) que habia en un convento una virgen consagrada á Dios, de cuyos hermosos ojos quedó prendado cierto príncipe, quien amenazaba de reducir á pavesas el convento si aquella religiosa no se rendia á sus deseos; mas ¿qué hizo ella? Se arrancó los ojos y los envió en una fuente al príncipe, mandándole á decir estas palabras: *He ahí las saetas que han abierto las heridas en tu corazon, quédate con ellas, y deja intacta mi alma.* Sigue refiriendo el susodicho autor (*Exempl. 19.*) como santa Eufemia, cuya mano habia prometido su padre á cierto conde, que no perdonaba medio para obtenerla, por librarse de sus instancias, cogió una navaja y se cortó la nariz y los labios, diciéndose á sí misma estas palabras: *Vana hermosura, no serás ya para mí nueva ocasion de pecado.* Cuenta asimismo S. Antouino, y confirmalo Baronio (*an. 670. num. 36.*) que rezelosa Sta. Ebba, abadesa del monasterio Coligamense, de la invasion de los bárbaros, tomó una navaja y se cortó la nariz y el labio superior hasta la raiz de las encías, é insiguiendo su ejemplo, las monjas que en número de treinta habitaban en aquel monasterio lo propio practicaron: llegaron los bárbaros, y despechados al ver figuras tan diformes, pegaron fuego al edificio y abrasaron vivas á todas aquellas religiosas; por cuya razon dice Baronio, que la Iglesia las inscribió en el catálogo de los mártires. No es lícito sin embargo á las demás obrar de esta conformidad; aquellas santas religiosas lo practicaron así por impulso del Espíritu Santo. Por lo demás ahí teneis ejemplares de lo que han hecho las vírgenes amantes de Jesucristo para desviar de sí los deseos de los hombres. Procuren al menos las otras vírgenes devotas andar con modestia, y esquivarse en lo posible de la vista de las personas de otro sexo. Que si por ventura una virgen llegase á recibir violentamente y sin culpa propia afrenta de parte de algun hombre, sepa que quedará tan pura como antes. Así contestó Sta. Lucia al tirano que la amenazaba con hacerle perder su honra: *Si permitieres le dijo, que yo reciba ofensa contra mi voluntad, recibiré duplicada mi corona.* Comun es el proverbio que dice: *que no el sentir sino el consentir es lo que causa el daño.* A mas de que, á la doncella modesta y santa no osan los hombres provocarla.

El cuarto medio apto para conservar la pureza consiste en la mortificacion de los sentidos: *Nulla in parte*, dice S. Basilio,

mæchari convenit virginem non lingua, non aure, non oculis, non tactu, mulloque minus animo. (S. Bas. de vera Virg.) La doncella que tenga en precio su pureza, debe ser honesta en las palabras; razonando con modestia, y evitando las conversaciones con los hombres, á no exigirlo la necesidad, y en este caso gastará pocas palabras: honesta en los oídos, apartándolos de todo discurso mundano: honesta con los ojos, manteniéndolos ó cerrados ó fijos en el suelo, al hallarse en presencia de los hombres: honesta en el tacto, usando de suma cautela en este punto, ya con respecto á las demás, ya consigo misma; y muy especialmente honesta en el espíritu, procurando resistir á los pensamientos impuros, acudiendo al efecto sin demora al amparo de Jesus y de Maria. A este fin cumple que mortifique su cuerpo con ayunos, abstinencias, disciplinas y cilicios; cuyas mortificaciones empero no debe emprender sin previo dictámen del confesor; de lo contrario acarrearán daño al alma, pues le infundirán orgullo. Estas penitencias, pues, no deben ejecutarse sino en virtud de obediencia; sin embargo, conviene alimentar deseos de practicarlas, y solicitar del confesor permiso para emprenderlas, pues si el director no observáre en la penitente deseos de mortificación, no le invitará á mortificarse. Esposo de sangre es Jesucristo que se desposó con las almas en el madero de la cruz, en donde derramó por nosotros hasta la última gota de su sangre: *Sponsus sanguinem tu mihi es.* (Exod. 4, 25.) Por eso las esposas que le aman aprecian los sufrimientos, las tribulaciones, las enfermedades, los dolores, los malos tratamientos, las injurias, y las aceptan, no ya con paciencia, sino con júbilo. De esta suerte recibe esplicacion el pasaje de que las vírgenes van en pos del Cordero á cualquier parte á donde se dirija: *Sequuntur agnum quocumque ierit.* (Apoc. 14, 4.) Siguen con júbilo y satisfaccion á su Esposo Jesus á donde quiera que vaya, ya sea á los oprobios ya á las penas; así lo han practicado tan crecido número de tiernas y santas vírgenes, que acudieron á sufrir los tormentos gozosas y risueñas.

Para obtener, finalmente, hermanas mías, la gracia de la perseverancia en la vida santificante, menester es que os encomendeis con frecuencia y fervor á la Reina de las vírgenes Maria santísima, que como medianera en los tratos y conclusion de estos esponsales, conduce á las vírgenes á desposarse con su Hijo: *Adducentur virgines post eam* (Psal. 44, 15.); y obtiene para las esposas escogidas el premio de la fidelidad:

pues sin el auxilio de María todas ellas serian esposas infieles.

Ea pues, vosotras las que anhelaís por no ser del mundo, sino de Jesucristo (y hablo con aquellas doncellas que sienten dentro de sí mismas la vocacion del divino Esposo para dejar el mundo, por su amor), no quiero que esta mañana hagais voto alguno, ni os ligueis á guardar castidad perpetua; estos votos dejadlos para cuando Dios os los inspire y el confesor los consienta; quiero únicamente que con un simple acto, en manera alguna obligatorio, deis gracias á Jesucristo por la merced que os hace de atraeros á su amor, y os ofrezcais enteramente á su servicio en esta vida. Decidle pues, de esta manera: ¡O Jesus, Dios y Redentor mio, que quisisteis morir por mi amor! permitid que ose invocaros tambien con el nombre de Esposo; pues á tanto me atrevo, al ver que vos me llamais á tanta honra; por cuyo beneficio no sé como daros las debidas gracias. Mi actual paradero deberia ser el infierno, y vos en vez de castigarme me invitais á ser esposa vuestra. Sí, Esposo mio, yo abandono el mundo y todas las demás cosas por vuestro amor, y á vos me entrego completamente. ¡Para qué quiero el mundo! Jesus mio, vos seréis de hoy en adelante mi único bien, mi único amor. Ya sé que vos quereis todo mi corazon, y yo estoy pronta á entregarlo todo entero. Aceptad, por un efecto de vuestra misericordia, el don que os hago de mi persona, y no le desecheis conforme exigieran mis merecimientos. Olvidad las ofensas que en las pasadas épocas contra vos he cometido, de ellas me arrepiento con toda mi alma; ojalá hubiese perecido antes de cometerlas! Perdonad mis culpas, inflamad mi corazon con vuestro amor, concededme vuestro auxilio, para que me conserve fiel á vos, y no os deje jamás. Esposo mio, vos os habeis dado completamente á mí, y yo ahora me entrego toda á vos. Reina y Madre mia, María, atad, encañenad mi corazon con el de Jesucristo, y enlazadlo de manera que no llegue á desprenderse jamás. *(Al fin del discurso el predicador dará la bendicion con el Crucifijo, y dirá):* Voy á echaros la bendicion, con la cual me propongo ligaros con Jesucristo, para que no le solteis jamás; y mientras os doy la bendicion, entregad vuestro corazon á Jesucristo, diciéndole: Jesus y Esposo mio, de hoy en adelante á vos solo amaré, y no á otra cosa alguna.

ALGUNOS TEXTOS

DE LA SAGRADA ESCRITURA Y DE LOS SS. PADRES APLICABLES Á CIERTAS CALAMIDADES PÚBLICAS.

PARA EL AZOTE DE LOS TERREMOTOS.

Commota est et contremuit terra. . . quoniam iratus est eis. (Psal. 17, 8.)

Movebitur terra de loco suo propter indignationem Domini. (Isa. 13, 13.)

Qui respicit terram, et facit eam tremere. (Psal. 103, 32.)

Agitatione agitabitur terra, sicut ebrius. (Isa. 24, 20.) Acerca de cuyas palabras dice el cardenal Hugo: *Evomet enim terra peccatores*. La tierra dará violentas arcadas y arrojará de sí á los pecadores.

Causa enim terræmotus est Dei ira; porro causa divinæ iræ nostra sunt peccata; noli autem supplicium timere, sed supplicii parentem, peccatum. (S. Jo. Chr. t. 5, serm. 6.)

Dominus terrarum orbem concutit, non ut vertat, sed ut eos qui insolenter se gerunt, ad salutem convertat. (Idem ib. serm. 66.)

Concutitur civitas, mens vero tua non conquatitur. (Idem cit. serm. 6.)

Præcessit tamquam præco terræmotus, iram Dei denuncians, ut supplicium inferendum repellamus. (Idem ibid.)

Ecce venit terræmotus, quid profuerunt opes? Periit una cum possessione possessor. Omnium commune sepulchrum facta est civitas, non artificum manibus, sed a calamitate fabricatum. (Idem ibid.)

Prius corda hominum, et postea elementa turbantur. (Vide ibid.)

PARA LA SEQUIA.

Si in præceptis meis ambulaveritis. . . dabo vobis pluvias temporibus suis. Quod si non audieritis me. . . dabo vobis cælum desuper sicut ferrum, et terram æneam. Consumetur incassum labor vester, non proferet terra germen, nec arbores poma præbuerint. (Levit. 26, 3. et seqq.)

Usquequo lugebit terra, et herba omnis regioni siccabitur, prop-

ter malitiam habitantium in ea? Consumptum est animal. (Jer. 12, 4.)

Sementem multam jacies in terram, et modicum congregabis. (Deut. 28, 38.)

Ob hoc campi steriles, quia charitas frigit.

Polluisti terram in fornicationibus tuis, et in malitiis tuis; quam obrem prohibita sunt pluviarum stillæ. (Jer. 3, 3.)

Ego trium mensium pluviam ante vindemiæ tempus a vobis prohibebo... quoniam non estis conversi ad me. (Amos 4, 7.) S. Basiliius: *Discamus quod ob aversionem nostram calamitates infligit Deus.*

Siccentur radices ejus, atteratur messis ejus. (Job 18, 16.)

De esta suerte oraba Salomon en la dedicacion del templo: *Si clausum fuerit cælum, et non pluerit propter peccata eorum, et orantes in loco isto, pœnitentiam egerint; exaudi eos in cælo. (3 Reg. 8, 35.)*

Dice el Señor: *Nubibus mandabo, ne pluant. (Isa. 5, 6.)*

Quia domus mea deserta est, propter hoc super vos prohibiti sunt cæli, ne darent rorem... Vocavi siccitatem super terram. (Aggæus 1, 9.)

S. Agustin: *Perseverant flagella, qui perseverant delicta.*

S. Basilio: *Cælum videmus solidum, serenitate sua nos contristans. Terra exsiccata est, horrida et ob hoc siccitatem scissa; fontes nos deseruerunt.*

PARA TIEMPO DE CARESTÍA Y ESTERILIDAD.

Terram fructiferam in salsuginem a malitia inhabitantium in ea. (Ps. 106, 34.) El cardenal Hugo: ¿qué es lo que ocasiona el pecado? *Terram fertilem in sterilitatem adducit.*

Maledicta terra spinas et tribulos germinabit. (Gen. 3, 18.)

Maledictio vorabit terram, et peccabunt habitatores ejus. (Isa. 24, 6.)

Revelabunt cæli iniquitatem ejus, et terra consurget adversus eam. (Job 20, 27.)

Ego dedi frumentum et vinum, quæ fecerunt Baal; idcirco sumam frumentum et vinum meum. (Osee 2, 4.) Los bienes concedidos por el Señor los convierten ciertas gentes en ídolos, esto es, en objeto de pecado.

S. Agustin (Serm. 13.): *Cur famem pateris? Cur inopiam sentis? Quia quotidie crescit et culpa. Ad Deum convertere, relinque idolum.*

Honora Dominum de tua substantia, et implebuntur horrea tua. (Prov. 3, 9.)

Egestas a Domino in domo impii: habitacula autem justorum benedicentur. (Prov. 3, 33.)

PARA EL AZOTE DEL GRANIZO, EL DE ANIMALES NOCIVOS, RAYOS, PESTE, ENFERMEDADES Y CALAMIDADES SEMEJANTES.

Grando, fames ad vindictam creata sunt. (Eccl. 39, 35.)

Et immittam in vos bestias pessimas usque ad internecionem. (Ez. 3, 17.) S. Jerónimo allí: *Famem pestilentiam, et bestias pessimas propter nostra venire peccata manifestum est.*

Nullum adeo exiguum animal est, quod non possit contra peccatum esse potentissimus hostis. El autor: Flores exemplorum.

S. Juan Crisóstomo en el *Psalm. 3*: *Quandiu Adam purum servavit vultum, ei bestię parebant, quando autem scđavit inobedientia, odio habebunt.*

Propter peccata vestra immittam in vos bestias agris quę consumant vos. . . ad paucitatem cuncta redigant, desertęque fiant vię vestrę. (Lev. 26, 21 et 22.)

Sementem multam jacies in terram, et modicum congregabis, quia locustę devorabunt omnia.

Illuxerunt fulgura ejus orbi terrę, vidit, et commota est terra. . . annuntiaverunt cęli justitiam ejus. . . confundantur omnes, qui adorant sculptilia. (Psal. 96.) Dice el Abulense: *Cum tonitrua audierimus, sciamus Deum nos voce sua velle admonere, ut a malo recedamus. (In cap. 9. Exodi.)*

Extendens manum percutiam te, et populum tuum peste. (Exod. 9, 15.)

Terra infecta est ab habitatoribus suis; propter hoc maledictio vorabit terram, et relinquentur homines pauci. (Isa. 24, 5. et seqq.)

Qui malignantur, exterminabuntur. (Psal. 36, 9.)

Armavit creaturam ad ultionem inimicorum. (Sap. 3, 18.)

S. Gregorio: *Mala quę patimur mala nostra meruerunt.*

S. Cipriano (ad Dem.): *Miraris iram Dei crescere, cum crescat quotidie quod puniatur.*

Qui delinquit. . . incidet in manus medici. (Eccl. 38, 15.)

Vidi eos qui operantur iniquitatem, et seminant dolores, et metunt eos. (Job 4, 8.) El que siembra culpas recoge dolores y penas.

Quia oblita es mei, et projecisti me post corpus tuum, tu quoque porta scelus tuum, et fornicationes tuas. (Ez. 23, 35.)

S. Basilio: *Nemo se torqueat in inquirendis causis, cur siccitas,*

*fulmina , grandines , nostri causa hæc invehuntur , qui retine-
mus cor impænitens. (In cap. 9. Isa.)*

S. Crisóstomo (in Psal. 3) : *Peccatum fontem malorum reprimamus.*

Salviano , (lib. 4 de Prov.) *Qui miraris si castigamur? Miseriæ , infirmitates , testimonia , sunt mali. Deum ad puniendum nos trahimus invitum.*

Elementa mundi conspirant in impios. (Philo lib. 1 , Vit Moys.)

S. Anselmo : *Ex offensione non solum iram Dei , sed totam creaturam adversus nos excitavimus. (De Simil. cap. 104.)*

S. Gregorio (tom. 5 , in Ev.) : *Jure omnia nos feriunt , quæ vitiis nostris serviebant.* Y el cardenal Hugo : *Omnis creatura conqueritur de ipsis qui abusi sunt ea.*

REGLA

PARA LA PRÁCTICA DE ESTOS SERMONES EN EL DISCURSO DE UNA MISIÓN.

Introduccion á la mision.

Grandes bienes que producen las santas misiones. — Carta á un obispo , tom. II. pág. 154.

Motivos de conversion.

Importancia de la eterna salud , t. I. p. 116.

Riesgos de la eterna salud , t. I. p. 97.

Certidumbre é incertidumbre de la muerte , t. I. p. 263.

Muerte del pecador , t. II. p. 22.

Práctica de la muerte , t. II. p. 64.

Congojas de los moribundos negligentes , t. II. p. 123.

Muerte del justo , t. I. p. 109.

Juicio particular , t. II. p. 14.

Juicio universal , t. I. p. 49.

Penas del infierno , t. I. p. 103.

Pena de daño , t. II. p. 100.

Remordimientos de los condenados , t. I. p. 92

Eternidad de las penas del infierno , t. II. p. 115.

Vida infeliz del pecador, etc. *t. i. p. 123.*

Misericordia de Dios para con los pecadores, *t. i. p. 256.*

Vanidad del mundo, *t. i. p. 280.*

Todo concluye, y presto concluye, *t. ii. p. 57.*

Obstáculos que se oponen á la conversion.

Peligros acerca de la salvacion eterna, *t. i. p. 97.*

Ilusiones del pecador, *t. i. p. 130.*

Malicia del pecado mortal, *t. i. p. 80.*

Malos hábitos, *t. i. p. 165.*

Pensamientos desordenados, *t. ii. p. 92.*

Pasion dominante, *t. ii. p. 107.*

Escándalos, *t. i. p. 186.*

Del vicio de la ira, *t. i. p. 271.*

Del vicio de la blasfemia, *t. ii. p. 140.*

De la impureza, *t. ii. p. 73.*

Conversaciones deshonestas, *t. ii. p. 37.*

Callar los pecados en la confesion, *t. i. p. 147.*

Medios de conversion.

Ciencia de los Santos y demencia de los pecadores, *t. i. p. 74.*

Medios necesarios para alcanzar la eterna salud, *t. i. p. 63.*

De la oracion y de sus condiciones, *t. i. p. 208.*

El Paraíso, *t. i. p. 141.*

Amor que Jesucristo nos profesa, y obligacion que tenemos de corresponder á él, *t. i. p. 68.*

Amor que tienen al hombre las tres divinas Personas, *t. i. p. 231.*

Entrañable compasion de Jesucristo para con los pecadores, *t. i. p. 153.*

Valor del tiempo, *t. i. p. 194.*

AL CONCLUIR LAS MISIONES.

De la perseverancia en la conversion.

En cuanto se haya llegado á las últimas pláticas de la mision en que suele recomendarse al auditorio la perseverancia, será muy congruente bablar de los graves peligros á que se espone los que reinciden en el pecado despues de la mision; y á

fin de evitar estas recaídas se dan ciertas instrucciones que sirvan como de reparo á aquellas; como son en primer lugar el desvío de las ocasiones, de las malas compañías y de los respetos humanos; y en segundo lugar se encarga la frecuencia de sacramentos y la oracion; esto es, el acudir á Dios en las tentaciones, pidiéndole cada dia la gracia de la perseverancia.

Hase puesto tambien el sermón de María santísima, que encargamos muy eficazmente uo se omita jamás, supuesto que produce mas abundante fruto que las demás pláticas. De algun pecador, sé yo por esperiencia, que permaneció renitente en los otros sermones, y quedó convertido en el de la santa Virgen. No parezca fuera de propósito en una mision tal plática, pues el beato Leonardo de Porto Mauricio y el P. Segneri, el jóven, lo practicaban así; y nosotros en la congregacion del santísimo Redentor no lo pasamos jamás por alto; cónstame que otros misioneros comienzan tambien ahora á predicar dicho sermón de la Virgen. Es innegable que el alma que llega á adquirir especial devocion á la Madre de Dios, y se encomienda frecuentemente á su intercesion, obtendrá la gracia de perseverar en una vida santificada, porque María lleva tambien el nombre de Madre de la perseverancia.

Ni se omita tampoco la plática concerniente á la oracion, que da poderoso fruto; porque si los que á la mision han acudido, se olvidan de encomendarse á Dios, no será en manera alguna posible que perseveren fieles. Si la premura del tiempo impidiese hacer aparte esta plática, podrá el predicador, ó ya en los otros sermones que haya en la mision, ó bien en los ejercicios espirituales, intercalar muy á menudo ciertas exhortaciones invitando al auditorio á la devocion á Jesucristo y á su santísima Madre, pues la oracion es el medio único que nos obtiene la gracia divina, y señaladamente la santa perseverancia, conforme enseña S. Agustin.

Grave riesgo de perdicion en que cae el que abusa sobradamente de la misericordia de Dios, *tom. II. pag. 44.*

Infeliz estado de los reincidentes, *t. I. p. 173.*

Desvío de las ocasiones, *t. I. p. 179.*

Desvío de las malas compañías, *t. II. p. 51.*

Menosprecio de los respetos humanos, *t. I. p. 213.*

De la obediencia debida al confesor, *t. I. p. 201.*

De la sagrada Comunión, *t. i. p. 249.*

Eficacia y necesidad de la oración, *t. ii. p. 30.*

Confianza que debemos poner en María santísima, *t. i. p. 86.*

Antes de echar el postrer sermón, suelen muchas congregaciones y misioneros, conviene á saber, la de los Pios Operarios, la de los eclesiásticos de Santa María de la pureza, la nuestra del santísimo Redentor, en vez de sermones, ocuparse por dos ó tres días en las meditaciones acerca de la pasión de Jesucristo, las cuales son de gran provecho para la perseverancia de las personas que á la misión hayan acudido. El que se aparta del pecado únicamente por temor del castigo, fácilmente reincidirá en sus antiguos vicios, en cuanto cese aquel temor; mas el que queda unido por los lazos de amor con Dios, perseverará sin dificultad en una vida perfecta. Así pues, en los dos ó tres días últimos, el predicador mismo de la misión, comenzará por tener media hora de instrucción acerca de la oración mental, enseñará prácticamente la manera fácil de tenerla, como igualmente las disposiciones y acciones de gracias necesarias para la comunión. Entrará luego después en la meditación, poniendo la consideración en la pasión de nuestro Señor Jesucristo, entremezclándola con devotos afectos de arrepentimiento, de amor, y de santas resoluciones. Y los misioneros dejarán á cargo del párroco que cada día haga tener en la iglesia oración en común á todo el pueblo.

PARA LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

En la introducción: Utilidad de estos ejercicios, *t. ii. p. 151.*

Verdadera sabiduría, *t. i. p. 74.*

Valor del tiempo, *t. i. p. 194.*

Abuso de la misericordia divina, *t. ii. p. 44.*

Congojas de los moribundos negligentes, *t. ii. p. 123.*

Juicio particular, *t. ii. p. 14.*

Pena de daño que se padece en el infierno, *t. ii. p. 100.*

Confianza en el patrocinio de María, *t. i. p. 86.*

Amor que Jesucristo nos profesa, y obligación que tenemos de corresponder á él, *t. i. p. 68.*

	PÁG.
SERMON XXXVI. Para la dominica séptima despues de Pentecostes.	
—De la educacion de los hijos.	5
SERM. XXXVII. Para la dominica octava despues de Pentecostes.—	
Del juicio particular.	14
SERM. XXXVIII. Para la dominica novena despues de Pentecostes.—	
De la muerte del pecador.	22
SERM. XXXIX. Para la dominica décima despues de Pentecostes.—	
De la eficacia y necesidad de la oracion.	30
SERM. XL. Para la dominica undécima despues de Pentecostes.—Del	
vicio de hablar deshonestamente.	37
SERM. XLI. Para la dominica duodécima despues de Pentecostes.—	
Abuso de la misericordia divina.. . . .	44
SERM. XLII. Para la dominica décimatercia despues de Pentecostes.	
—Debemos evitar las malas compañías.	51
SERM. XLIII.—Para la dominica décimacuarta despues de Pentecos-	
tes.—Todo fenece en este mundo.	57
SERM. XLIV. Para la dominica décimaquinta despues de Pentecos-	
tes.—De la muerte de los mundanos.	64
SERM. XLV. Para la dominica décimasexta despues de Pentecostes.	
—De la deshonestidad.	73
SERM. XLVI. Para la dominica décimaséptima despues de Pentecos-	
tes.—Del amor de Dios.	82
SERM. XLVII. Para la dominica décimoctava despues de Pentecos-	
tes.—De los malos pensamientos.	92
SERM. XLVIII. Para la dominica décimanona despues de Pentecos-	
tes.—De la pena de daño que se padece en el infierno.	100
SERM. XLIX. Para la dominica vigésima despues de Pentecostes.—	
De la pasion dominante.. . . .	107
SERM. L. Para la dominica vigésimaprima despues de Pentecos-	
tes.—De la eternidad y del infierno.	115
SERM. LI. Para la dominica vigésimasegunda despues de Pentecos-	
tes.—Angustias de los moribundos que descuidaron su salvacion.	123
SERM. LII. Para la dominica vigésimatercia despues de Pentecostes.	
—De la impenitencia.	131
SERM. LIII. Para la dominica vigésimacuarta despues de Pentecos-	
tes.—De la blasfemia.. . . .	140

SERMONES ACERCA DE DIVERSAS MATERIAS.

Acerca de la utilidad de las santas misiones.—Carta.	151
Acerca de la utilidad de practicar los ejercicios espirituales en el recogimiento.—Carta.	165
Discurso I.—Dios amenaza castigarnos, pero para preservarnos del castigo.	177
Discurso II.—Los pecadores rehusan creer en las amenazas de Dios, hasta que les alcanza su castigo.	184
Discurso III.—Dios usa de misericordia hasta cierto punto y despues castiga.	191
Discurso IV.—De las cuatro puertas principales del infierno. . . .	199
Discurso V.—De nada aprovechan las devociones exteriores como no estirpemos del alma nuestros pecados.	209
Discurso VI.—Dios envia los castigos en esta vida, no para nuestra perdicion, sino para nuestro bien.	215
Discurso VII.—Dios nos castiga en esta vida para mostrarse misericordioso en la otra.	223
Discurso VIII.—La oracion aplaca la ira de Dios y nos liberta del castigo, como nosotros tengamos deseos de enmendarnos.	231
Discurso IX.—María Santísima es la medianera de la paz entre los pecadores y Dios.	237
Sermon de la festividad del glorioso patriarca S. José.	244
Sermon para la fiesta de la anunciacion de nuestra Señora. . . .	254
Sermon de los dolores de María Santísima.	262
Discurso familiar á una muchacha que toma el velo de religiosa. .	270
Discurso á los hermanos de la Congregacion.	276
Discurso dirigido á las doncellas piadosas.	280
Algunos textos de la Sagrada Escritura y de los SS. Padres aplicables á ciertas calamidades públicas.	291
Regla para la práctica de estos sermones en el discurso de una mision.	294
Para los ejercicios espirituales.	297